



LA BATALLA DEL DESTINO

ARTUR BALDER

Lectulandia

La batalla del Destino, tercer episodio de la saga dedicada al héroe germano Arminio, reconstruye paso a paso y fielmente una de las confrontaciones más importantes de la historia antigua: la Batalla del Bosque de Teutoburgo.

Es el otoño del año 9 d. C. Las legiones del pro-pretor de Germania se movilizan por las selvas para ejercer, como de costumbre, un severo castigo contra los queruscos.

Sin embargo, tras ganarse la confianza de numerosos clanes germanos, y sin olvidar sus raíces culturales, Arminio el Querusco exterminará las tres legiones en los pasos de una selva conocida como Teutoburgo, asestando el golpe militar más duro que había sufrido el Imperio Romano desde su fundación. El desastre, rememorado por todos los historiadores clásicos, conmocionó profundamente a Roma y provocó la muerte de su viejo emperador, el sagrado Augusto.

Apenas cincuenta romanos lograron sobrevivir entre los más de treinta mil hombres que fueron masacrados en una de las batallas más sanguinarias, crueles y heroicas de la historia.

Lectulandia

Artur Balder

La batalla del Destino

SAGA DE TEUTOBURGO III

ePub r1.0

Arnaut 07.09.13

Artur Balder, 2007

Retoque de portada: Redna G.

Editor digital: Arnaut

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Duras, vergonzosas derrotas sólo ha
padecido Augusto en dos ocasiones,
Y ambas tuvieron lugar en Germania;
Me refiero a aquélla de Lollius y a
aquélla de Varus.
Pero mientras que en la primera sufrió
más vergüenza que desgracia,
La segunda casi llegó a ser decisiva para
el floreciente Imperio;
Pues tres legiones enteras, el pro-pretor,
el alto mando y las tropas auxiliares
Sucumbieron en el campo de batalla.*

SUETONIO, *Vida de los Césares.*

«Entre los germanos conocí entonces un hombre joven de noble origen al que llamaban Arminius, hijo de Segimer, uno de los príncipes de su pueblo. Era una persona valiente, poseía el don de aprender rápido y era más inteligente que la mayoría de los bárbaros. El fuego de su espíritu iluminaba su faz y sus ojos. Durante nuestras campañas había sido uno de los guías, jefe de las fuerzas auxiliares queruscas; además de la ciudadanía romana había alcanzado la dignidad de tribuno de caballería.

Fue precisamente ese Arminius quien aprovechó los descuidos de nuestro mando en beneficio de un acto criminal, desde el momento en el que supo, con gran astucia, que nadie es más fácil de vencer sino aquel que nada malo teme, pues en la mayor parte de las trampas es el sentimiento de seguridad quien dicta el principio del verdadero infortunio».

VELLEIUS PATERCULUS, *Historia Romana* II, 118.

Ca. 25-30 d. C.

«Durante muchos años oí hablar del santuario de Irminur. Según nos contó uno de nuestros esclavos germanos, se decía con veneración que había sido el lugar del que habían partido las hordas de Arminius. Que allí se habían reunido por millares, atraídas por extraños pactos de dioses y hombres y por el sonido de las luras y trompas de guerra. Que un viento había arrastrado a los cuervos de sus druidas para que llevaran las noticias hasta los confines de la tierra del norte, atrayendo al máximo número de régulos, de clanes, de enemigos de Roma. Sin dudar que Arminius recurrió a algo más que a la fe de sus seguidores, estoy seguro de que además de los cuervos sagrados de los que, se dice, pueden hablar con sus líderes religiosos, el germano enviaría jinetes a la grupa de aquellos caballos de altísima cruz y gruesas patas que cabalgan días enteros sin fatiga por el país de las colinas verdes, a la espera de que las promesas de botín fructificasen en el ánimo de sus vecinos. Como fuera que aquello llegase a ocurrir, supe entonces que muchos se concentraron en un gran templo, en un santuario de culto al dios de la guerra, en las inmediaciones de la espesa selva de Teutoburgo, en los días en los que Varus ordenaba la marcha de nuestras fuerzas hacia los campamentos del oeste.

Cerunno el Iluminado. Todavía recuerdo la primera vez que escuché ese nombre, y creó confusión en mí, al saber a través de los prisioneros que los germanos eran conducidos por un líder religioso que llevaba el nombre de un dios celta. Era la divinidad gala con dos cuernos de ciervo y dos orejas de bestia bovina; frecuentemente se le representaba con un torque de oro alrededor del cuello. Era el señor de los animales, asociado a la serpiente, al oso, al lobo y al jabalí. La esencia de su culto era muy antigua, y no me cabe duda alguna que aquel santón se servía de la fama del dios para ejercer mayor poder sobre sus seguidores, los supersticiosos germanos».

CASSIUS CHÆREA

Nomenclatura germánica y latina: toponimia, personajes y pueblos.

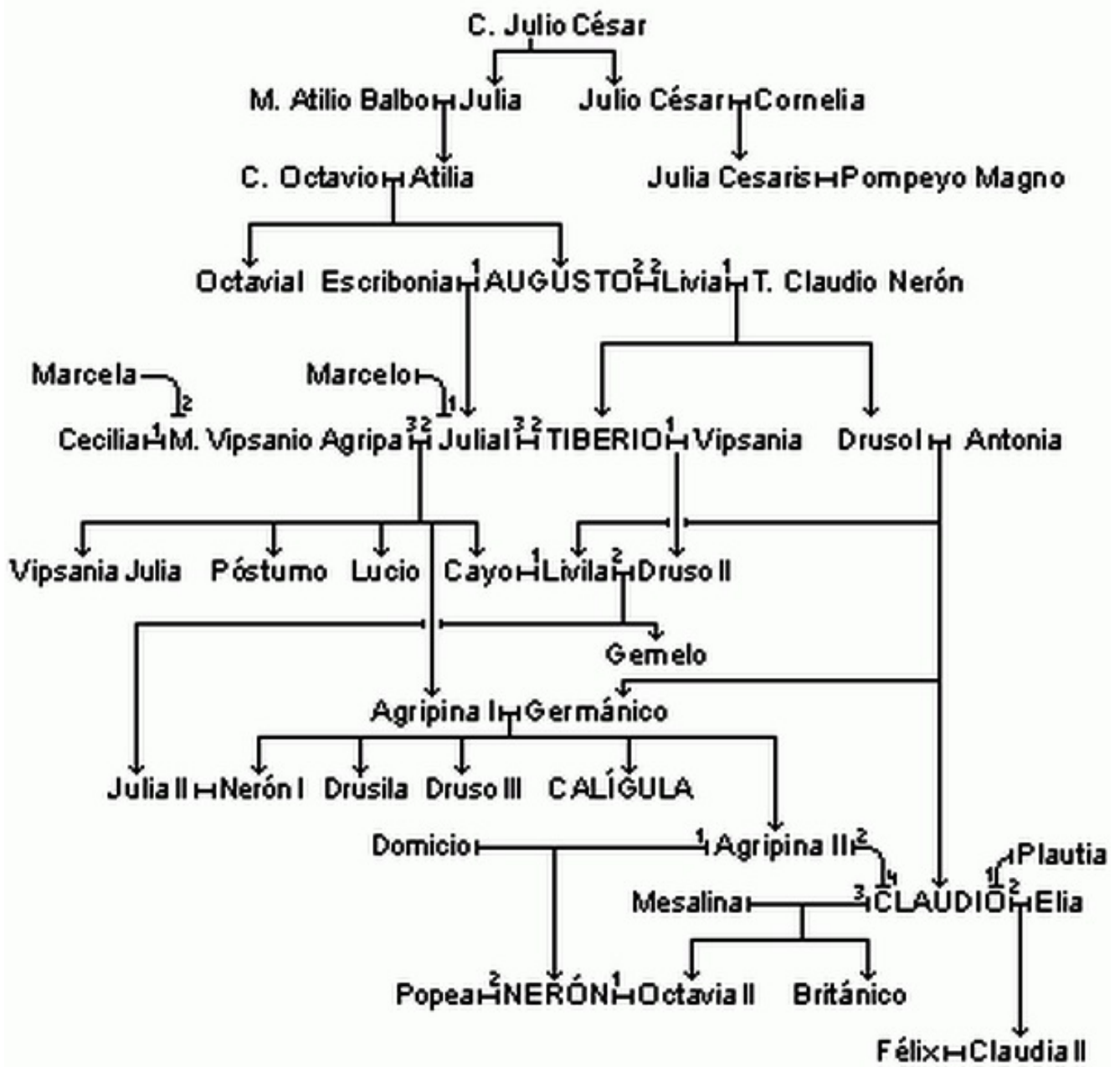
Todos los nombres geográficos usados en este libro, así como las tribus germánicas, galas y rætias mencionadas, son auténticos, y han sido recogidos, transcritos y usados de acuerdo a la nomenclatura romana anotada por Tácito en su *Germania* y por la enciclopedia *Loeb Classical Library*, y según los detallados mapas del Atlas der *Alten Zeiten* depositados en la Staatliche Bibliothek de Berlín, uno de los cuales reproducimos en las primeras páginas para mejor orientación del lector.

Dado el escaso uso de la nomenclatura germana existente en la literatura española, el autor ha seguido su propio criterio de traducción para nombres de personajes, de lugares y de pueblos germanos, en concordancia con los diccionarios de germánico e indogermánico.

Así mismo, los nombres de lugares fundados por Roma normalmente son referidos según su nomenclatura latina original, del mismo modo que muchos de los nombres de generales, senadores, funcionarios y, en general, personajes del mundo romano recreados en la historia.

A su vez, se ha decidido respetar los caracteres rúnicos latinos y una adaptación fidedigna de los nombres germánicos legados por las escasas fuentes históricas supervivientes al Tiempo.





EN LAS SELVAS DE GERMANIA



Tenía la sensación de que algo sobrenatural se movía muy por encima del santuario. Un dios pisoteaba la tierra. Se restregó los ojos y despertó completamente. Hacía mucho frío y el viento rugía. Se asomó a la plataforma y se dio cuenta de lo que significaba: las nubes se arrastraban envueltas en vientos huracanados, como si se dirigiesen al fin del mundo para cumplir una implacable misión.

Los dioses acudían a la llamada. El querusco se incorporó y caminó hasta la abertura que accedía al espacio exterior de la plataforma, un altar consagrado a tormentosas divinidades; era el mismo lugar en el que Cerunno, el hombre-rayo de Wulfmunda, le había entregado a *Zankrist*, la cumbre de la Roca del Sol, la cúspide del santuario de Externstein. Allí, muy cerca, a Armin le pareció que los rostros de unos dioses tenebrosos cobraban forma en las nubes. Se preguntó si las rocas todavía se sostenían sobre la tierra, o si la magia de Cerunno las había arrastrado, llevándoselas hasta los confines de un helado reino de gigantes.

Se arropó con la antigua piel de lobo, cubriéndose la cabeza con las fauces. Después se echó la espada a la espalda. Descendió los peldaños excavados en el interior de la mole rocosa. El silbido del aire lo acosaba. ¿Por qué sentía placer al escuchar los alaridos insistentes del viento, sus aullidos atormentados? Porque los hechiceros le habían dicho, desde niño, que eran las voces de criaturas ancestrales, espíritus que rondaban las ciénagas de los queruscos: que aquellos espíritus del viento eran la jauría de Wulfmund. El hombre-lobo se unía a ellos en la hora decisiva, en el Día de la Guerra.

Unas sombras de niebla y vaho lo recibieron cuando accedió al nivel inferior, que recorría los riscos para descender después por una escalinata peligrosamente tallada en la resbaladiza roca. Una de aquellas sombras se volvió y Armin reconoció en ella, al acercarse, el rostro excitado y los ojos extraños de Vitórix.

—Vercingetórix visita el campo de batalla —aseguró el galo, lanzando una mirada furtiva al azote de los vientos. Sus ojos azules, a pesar de todo, mostraban la errática locura de un fanático, asomando en las rendijas de los párpados con un fulgor de astucia.

Otras dos sombras vigilaban el acceso: eran los hermanos Wulfrund y Wulfsung, los temerarios hijos de Wulfila, que tanto lo habían ayudado en los últimos meses, durante los cuales habían asistido a la preparación de la batalla. Armin los saludó con indiferencia, lanzando furtivas miradas a su alrededor.

—A decir verdad no sólo Vercingetórix debe estar bendiciendo el campo de batalla, sino todos sus muertos —comentó.

—Los romanos se perderán en medio de la niebla —espetó Wulfsung con una

sonrisa malévol.

—Las nieblas de Teutoburgo acompañan a los hijos de Germania —repuso Armin—. Pero tenemos que estar seguros, es posible que aquí estemos sepultados por un manto impenetrable, y que sin embargo, unas millas más allá ni siquiera lo hayan visto...

—¿Y eso es conveniente? —inquirió Wulfrund, contrariado.

—La niebla siempre es buena para el que camina por tierra conocida; nos permitirá movernos con sigilo. ¿Hace mucho que ha amanecido?

—Lo que tarda una ardilla en zamparse dos avellanas —respondió Vitórix. Wulfsung y Wulfrund se miraron con una mal disimulada sonrisa. No dejaban de sorprenderse con las respuestas del excéntrico galo, que para ellos era como un habitante de la luna.

—Eso me recuerda que tengo hambre; es hora de que Cerunno responda a nuestras preguntas. Los mensajeros de la última batida ya habrán vuelto, no podemos descuidar detalle alguno...

—Y entre esos detalles comer es el más importante —aseguró Wulfsung, mientras se ponía en marcha detrás de Armin.

Apenas abandonaron el refugio junto a la cornisa, cuando el azote del viento los obligó a pegarse a las piedras y descender con cautela. Así, arrimados a las rocas, superaron la última cornisa.

—¡No miento si juro que no había visto niebla así en muchísimos años! —gritó Armin, al tiempo que saludaba al enorme Brumber y a otros queruscos de su guardia personal.

—¡Puede que ese Cerunno haya invocado a tus dioses, pero Vercingetórix juró que vendría a asistirnos! —añadió el galo con frenética alegría.

Armin sonrió a medias y lanzó una mirada a Wulfsung.

—Pues ya que puedes hablar con él dile que no es necesario que nos asista *tanto*... —murmuró el querusco, malhumorado—. ¡O acabaremos matándonos unos a otros en lugar de acertar en los cascos romanos!

Las paredes de roca del santuario se elevaban y desaparecían en la niebla, hiriendo el vientre de las nubes. Una entrada se abría en la base del santuario. Allí languidecía el fuego de las antorchas.

La voz de Wulfsung resonó en la sala, por encima del rugido del viento.

—¿De dónde viene ese olor? —protestó Brumber, percibiendo el pestilente aroma de una hoguera sagrada.

—Creo que ese cuervo muerto será tu primer bocado del día... —añadió Wulfrund. Era rara la jornada en que no se burlaban de las costumbres de los hombres-cuervo, los sacerdotes brúcteros, que quemaban carroña para conocer los designios del enemigo y provocar su infortunio.

—Cerunno ha convidado a los dioses-cuervo, les prometió divinos presentes, ¿lo recuerdas? Jamás había visto tantos sacerdotes juntos. Eso no puede traer nada bueno. Los druidas brúcteros son raros... Acabará por caer el cielo sobre la cabeza si siguen con sus...

La voz de Wulfsung se apagó con un eco, y las chanzas y risas que la coreaban se extinguieron como una llama barrida por el soplo de la tempestad. El mismísimo Cerunno sostenía una antorcha junto a la boca de uno de los corredores que accedía al pasillo central por el que andaban. Varios régulos germanos de cierta edad —sombras ominosas ataviadas con yelmos alados— y algunos sacerdotes brúcteros y tubantios vestidos con sagos negros lo seguían solemnemente.

Los ojos de Cerunno se clavaron en Wulfsung, quien agachó la cabeza y pareció buscar su propia autoestima por los rincones de la gruta.

—Wulfsung sólo tiene hambre, oh Cerunno —se disculpó Armin, tratando de proteger a su compañero. No sabía por qué, pero un escalofrío le recorría la espalda cada vez que se encontraba frente a los ojos impenetrables de Cerunno. Sus espesas cejas, su sago blanco, su larga barba enredada con hojas de muérdago, no parecía haber cambiado con el paso del tiempo. Volvía a ser un niño cada vez que tropezaba con el maestro de los maestros. Quizá eso era el respeto a los ancestros, o al más allá. El hechicero tenía una energía inconmensurable, y gozaba del privilegio de los adivinos. Cerunno no tenía el aspecto de un hombre mortal. Era ajeno al paso del tiempo. Ajeno a la derrota. Nadie lo veía comer o beber. En realidad, Armin estaba seguro de que Cerunno era el más temible de los guerreros de Germania, el más temible de los hombres, y aunque Roma desconocía su nombre, él era la voz que ordenaba la conciencia de los germanos, la mano que los conminaba hacia una guerra implacable y feroz desde hacía meses, años, acaso siglos.

Apenas habían pasado unos granos de arena, cuando Cerunno se aproximó lentamente al gigantesco Wulfsung. Sus ojos parecían estar a punto de estallar en llamas ante el resplandor de la antorcha, que había alzado a poca distancia de sus cejas erizadas, para escrutar el rostro del guerrero.

—Mírame a los ojos, malnacido hijo de Wulfila —ordenó, y su voz resonó en la caverna—. ¿Qué ves en ellos?

Wulfsung apenas lograba alzar la vista. Una fuerza magnética le impedía mirar a los ojos del sacerdote. Pocos eran los que se atrevían a enfrentarse a su mirada, y aquel era el peor de los desafíos que podía proponer su imperiosa voz. Wulfsung temió que el hechicero usase sus poderes y lo maldijese.

—¡Responde! —la enorme energía con la que el hechicero arrojó aquella orden pareció retumbar como un trueno, y los vientos se enfurecieron en la boca de la cueva.

Armin estaba a punto de decir algo cuando Cerunno se volvió en busca de su

mirada, como si lo hubiese adivinado. El querusco se atrevió a ir en ayuda de su fiel amigo.

—Wulfsung admira a Cerunno y a todos los hombres-rayo, pero tiene hambre y cuando tiene hambre se pone nervioso y dice...

—Todavía es un niño... —terminó Vitórix con su acento galo—. Nunca ha hablado con Vercingetórix...

Cerunno pareció hacer caso omiso a las observaciones de Vitórix, a quien, quizá por considerarlo loco, jamás concedía demasiada importancia.

—Silencio ahora —murmuró el santón con desprecio. Por alguna razón el rayo de la cólera se había distraído en las nubes de aquella mente obcecada y belicosa—. Hoy no quiero risas ni palabras que puedan ofender a los dioses; ordeno que los jóvenes se queden callados si no quieren ser partidos por el rayo. Cuando los dioses hablan es mejor pasar desapercibido. Y en cuanto a tu perro Wulfsung, dale de comer, Armin, antes de que prenda fuego a su cabellera y lo convierta en una rata pelada.

Y dicho aquello, el hechicero lanzó una última mirada a Wulfsung entre las danzantes llamas de su antorcha y continuó hacia delante, en busca de la cámara en la que ya se concentraba la mayoría de los jefes germanos.

—La confederación aguarda; el *Valthing* se ha reunido —anunció el hechicero al marcharse.

Armin lanzó una mirada censora a Wulfsung, que respiraba aliviado. Desconfiando de los excéntricos comentarios y las locuras de Vitórix, Armin le susurró al oído:

—Descendiente de Vercingetórix, tú eres el más sensato de toda mi guardia y por eso confío en ti más que en ningún otro, por eso cuida que no hagan tonterías y encárgate de que coman en el campamento; después iré con vosotros.

—¿Y si alguien intenta apuñalar a Armin por la espalda? —le espetó el galo, entornando sus ojos intensamente azules.

Armin se sobrepuso a la idea.

—Si está Cerunno delante nada de eso puede pasar, te lo aseguro.

Sólo a empujones logró que Vitórix acatase sus órdenes. Después siguió el cortejo de Cerunno.

Las antorchas ardían en las paredes de la caverna. Sólo el tintineo de las gotas ponía acentos en el insondable silencio. Armin se sentó junto a Wulfila. El viejo germano mostraba un semblante serio y despiadado. Las greñas grises le colgaban como mechones de esparto reseco, su rostro parecía tallado en un legendario pedernal. Armin recordaba cómo había combatido junto a su padre; Wulfila era tan fiero como cualquier bestia de los bosques cuando sonaba la llamada de la guerra. Veía el odio en los rostros de los líderes tribales, sonrisas que creían saborear la

contienda, implacabilidad en aquellos ojos del norte, algunos de ellos tan aparentemente vacíos como azules.

Armin ocupó el puesto del *kuninc* junto a Wulfila, algo adelantado ante el círculo que encerraba al druida de los ivernios. Cerunno entregó la antorcha a Ortwin, y éste se sentó donde una treintena de druidas, sacerdotes y hombres-cuervo encaraba a casi un centenar de régulos germanos de todas las tribus y familias que poblaban los confines de la tierra a la orilla derecha del Rhenus, desde el monte Taunus y las selvas de Hercynia hasta el monte Melibocus y las praderas del oeste.

El chasquido de un rayo pareció penetrar en la tierra y arrastrarse huyendo detrás de las paredes; parecía un somnoliento temblor que anunciaba el despertar de un primigenio gigante.

Por primera vez en mucho tiempo, Armin vislumbró una sonrisa en el rostro de Cerunno, que contemplaba el techo de la caverna, extasiado. Los jefes intercambiaron miradas desconfiadas. No eran pocos los que lo habían supuesto: los sacerdotes lograrían que el cielo se desplomase sobre sus cabezas. Cerunno alzó los brazos. Tras un extraño silencio, los bajó parsimoniosamente, y a Armin le pareció que permanecerían así, a media altura, suspendidos como las ramas de un árbol que desafía la tempestad. Entonces Cerunno cerró sus manos y les mostró los puños crispados.

—Los dioses debaten sus últimas palabras, los hombres se reúnen a la espera de sus designios. Os he convocado en nombre del *kuninc* a esta batalla, que os bendecirá tanto si ganáis como si perdéis. Es nuestra última reunión. Ya no hay más tiempo, porque se acaba un tiempo antes de que comience otro. Las espadas deben hablar, el acero quiere beber sangre. Una inmensa batalla os aguarda. Escuchemos las palabras del *kuninc*, el plan del guerrero, y sólo entonces nos despediremos. Mientras tanto, ¡servid por última vez el sagrado *medhu*!

Armin se alzó después de que Cerunno ocupase su lugar entre los druidas. Éste, aferrado a su báculo tallado en la raíz de un manzano, clavaba los ojos en el querusco. Armin se retiró la piel de lobo que descansaba sobre sus greñas y habló con decisión.

—Necesito escuchar a los últimos oteadores y cazadores que vigilaban el avance de Varus.

Cuando el querusco, con tanta indiferencia y juvenil brío, pronunció el nombre del pro-pretor, los rumores se desataron, la tensión se desbordó y varios régulos alzaron los cuernos y lanzaron rugidos. Otro trueno bostezó en las paredes de la caverna.

Dos márseros con los parietales rapados, de crestas embalsamadas con rojo quermés y de salvaje mirada, se aproximaron junto a un viejo calvo de aspecto tan decrepito y astroso como pueda imaginarse. Armin recordaba que los márseros jamás

hablaban directamente con los hombres de otras tribus, y sólo trasmitían sus mensajes a través de sus sacerdotes.

El viejo desdentado se adelantó y clavó la mirada azul, demente, teñida por el velo de unas cataratas pegajosas, en el rostro de Armin, y acompañó sus palabras con gestos de manos y brazos que parecían expresar mímicamente lo que decía, extendiendo las vocales o acortándolas en una cadencia casi onomatopéyica que trataba de representar los conceptos sobre los que versaban los fonemas, esforzándose por abandonar su cerrado y arcaico dialecto de los bosques de Hercynia. La mitad de su rostro había sido untada con una capa de grasa y almagre, la cual confería a su aspecto una primitiva e inhumana expresión de grandeza.

—El dragón se hace largo. Las lluvias obligan a Varus a venir sin orden de guerra. Los guías han logrado llevarlos por el sendero que Armin pidió. La pista atraviesa los desfiladeros... los bosques espesos donde anidan los cuervos de Groordanhir. Nerthus los hizo crecer a partir de sus plumas. Los carros se atrancan en los primeros barro. Varus teme las colinas rocosas del sur. Varus quiere alcanzar el oeste atravesando los montes escogidos. Varus tiene prisa, tiene mucha prisa... Los charcos son hondos... los torrentes empiezan... bajan con más agua. —La última frase abandonó el cerco carnosos de sus encías acompañada de una siniestra mirada y un extraño gesto que parecía señalar el hambre—: Mis árboles vigilan a Varus.

—¿Se han dividido? —inquirió el querusco, sin acabar de comprender todo lo que se ocultaba en el lenguaje subjetivo del sacerdote.

—No lo han hecho... Continúan adelante todos juntos. Hay muchos caballos, muchos galos, hay... ¡germanos! Hay... muchos legionarios con lanzas. Hay... tres águilas... ¡Tres águilas...! —El sacerdote apuntó los codos y realizó un gesto que sin lugar a dudas entre los suyos simbolizaba al ave, y todos sintieron los que significaba.

Al mencionar las águilas muchos jefes estallaron en risas, injurias y provocadoras palabras.

—Caminan... más lentamente que antes... —continuó el informador.

—¿Y la niebla? ¿Les ha sorprendido también a ellos?

Los ojos del sacerdote mársero parecieron vacuos como el brillo del acero.

—El aliento de Nidhóg inunda los negros bosques de Teutoburgo... llena sus pulmones... ciega al enemigo... ¡ciega al enemigo!

Esta vez el furor de los germanos parecía incontenible. Pataleaban y empuñaban sus armas a dos manos, otros, sentados, golpeaban la piedra con los nudillos, y la caverna se llenó de aullidos, que imitaban a los animales sagrados con los que cada clan tribal se identificaba.

Cerunno se alzó y golpeó una antorcha con su báculo, la echó en medio del *Thing* y allí estalló un cubilete de cristal. Nadie lo había visto, pero el contenido, al incendiarse, alzó una violenta llamarada como si de un fuego de dragones se tratase.

La aparición ígnea descendió rápidamente, y los líderes vieron cómo el druida parecía caminar sobre las llamas, que se apartaban, obedientes, a su paso. El temerario ritual dominó sus corazones repentinamente, y todos guardaron silencio. La voz cavernosa los envolvió como el abrazo constrictor de una gran serpiente:

—Una espesa niebla ha vendado los ojos de Varus. Pero está convencido de sus pasos, sabe que marcha hacia el oeste. En dos días habrá logrado traspasar los montes que se interponen entre Mattium y los territorios de los brúcteros, la tierra que planea exterminar.

Cerunno miró al *kuninc*.

—Pues en tal caso, ha llegado la hora —anunció Armin, caminando hacia el centro del conciliábulo—. Hoy muchos de nosotros ya no volveremos a vernos. Tanto si morimos como si no, es el momento de que los régulos sepan sus cometidos, y de que mis hombres os guíen hacia los lugares que he escogido. Muchos habrán de apresurarse, pues a partir de ahora deberán cruzar la ruta de Varus antes de que éste llegue y ocupar los territorios al sur y a su izquierda. Después tendrán que rodear las colinas y extenderse en los bosques, preparados para el ataque. No lo olvidéis: una vez suene la llamada de este cuerno —Armin señaló un cuerno de caza que colgaba de su cuello—, todos los flancos deberán ser azotados. Las legiones deben sentirse incapaces de maniobrar. Ahora son vulnerables. Vienen sin formación y el terreno juega a nuestro favor. Una vez rodeadas, el momento del ataque llegará en las ciénagas hacia las que se dirigen. Allí los esperaré junto a los queruscos, los hermanos sugámbrios, los jinetes amsívaros, y a todos los hombres a caballo. Varus no debe escapar. Para eso es necesario asestar un golpe mortífero en la cabeza del dragón, de esta manera toda su fuerza se convulsionará desconcertada y comenzará un asalto tras otro desde las tinieblas de los bosques.

Los germanos se habían alzado, los puños crispados sostenían las armas, una fuerza incontenible estallaba como un oleaje contra Armin.

—¡Teutoburgo será el foso de las legiones! Allí quienes conocen el plan y quienes lo han preparado mostrarán a las hordas dónde hay comida escondida; allí encontraréis parapetos de troncos, arietes ocultos, miles de lanzas preparadas, y los que guiarán a cada régulo conocen cada sendero y cada piedra... ¡venceremos a Roma!

El grito del *kuninc* se alejaba retumbando en la oscuridad.

Armin alzó a *Zankrist*:

—¡La cabeza de Varus! ¡A por las águilas de Roma!

El querusco se abrió paso en medio del caos de brazos y piernas y corrió en busca de la salida. Los jefes lo seguían, profiriendo gritos y salvas de feroces alaridos. Una algarabía infernal subía de las cavernas del Santuario. Atrás había quedado la contención y el meditabundo poder de los sacerdotes: la ira se desbordaba. Armin

traspasó el cerco de guardias que vigilaban la entrada de la gruta, atravesó el corredor y cruzó el arco de antorchas, salió y corrió en medio del rugido del viento y la espesa niebla, gritando como loco, perseguido por la salvaje horda.

Pero de pronto algo se interpuso en la niebla. Sombras ominosas que relinchaban. El querusco se detuvo en seco, jadeando, con la espada en alto.

Docenas de caballos mugían airados y unos jinetes de aspecto hosco le dedicaban ceñudas miradas. Reconoció los anchos mentones de aquellos hombres, las barbas amarillas y trenzadas, las largas coletas como cascadas que recorrían los hombros, los yelmos cobrizos en forma de máscara con sus incrustaciones de ámbar y piedras de fuego, las razas de aquellos caballos, que parecían tan anchos como altos, corpulentos, los cuellos esbeltos de algunas cabalgaduras de patas pelosas.

Y ante todo las facciones de aquel hombre que lo miraba como un fantasma. El tiempo había cincelado su rostro. Las marcas lo arrugaban, la barba crecía ahora poblada, a diferencia de los tiempos en que cabalgó entre los queruscos como un lobo querusco... pero todavía llevaba los dos cuernos de uro colgados al pecho. Armin miró los ojos del jinete en medio del rugido del viento. Reconocía aquella violenta intensidad, y pronunció el nombre de uno de los héroes de su infancia con la devoción con la que un niño se encuentra con un semidiós reencarnado.

—¡Gailswinther...!

El jinete alzó el brazo armado, los brazaletes nórdicos, los gruesos anillos.

—Saludo a Wulfmund, a Werwulf, al *kuninc* de Teutoburgo, al hijo de Segimer, hijo de Segismund, hijo de Segibrandt. ¡Gloria a ti!

Armin se repuso, mientras a su alrededor docenas de régulos germanos creaban una línea frente a las filas de caballos que se agolpaban unos contra otros, nerviosos, excitados, perdiéndose en la niebla.

—Me envía Guntram, el Rey del Norte, junto a sus hijos, para que obedezcamos a su aliado Wulfmund —añadió Gailswinther—. Trescientos caballos sajones ya pastan en las praderas de alrededor, y vienen cuatrocientos más en camino formando una larga comitiva, a la que se han unido doscientos jinetes longobardos que buscan venganza contra Roma.

Sus ojos se desorbitaron al amparo de hostiles cejas:

—¿Dónde está Varus? —gritó de pronto con la furia de un héroe sanguinario—. ¡Decidme! ¿Dónde está Varus?

Los gritos del jinete se propagaron entre las hordas, y Armin sintió que a su alrededor, sobre la tierra, una tormenta humana se cernía con la fuerza de cien mil hombres.

El cabecilla querusco todavía admiraba la silueta de Gailswinther, corporeizada en la niebla como las apariciones de los héroes legendarios.

—¿Lograste escalar las nórdicas elevaciones del Walhall en busca de tu soñada valquiria? —preguntó Armin—. Aún recuerdo la caza del oso en las cuevas del norte, en Biunderrup...

Gailswinther rió como loco y su caballo se encabritó.

—¡Las valquirias son mujeres difíciles! —gritó.

Para Armin, Gailswinther había sido uno de los ídolos de su juventud, pues rescató a su padre Segimer de las cohortes de Tiberio en el cruce del Amisia, cuando éste resultó herido en un ojo.

Pero mientras el viento zumbaba y la humedad dejaba que sus greñas goteasen, y los gritos y manifestaciones de heroica furia rugían a su alrededor como un oleaje desbordado, el querusco recordaba las hazañas de su ídolo en la batalla contra las dos legiones gobernadas por Cayo Sentio Saturnio; revivía con nitidez, en un recuerdo que había idealizado a lo largo de los años, el resplandor del sol en los aceros, las grandes nubes blancas, y cómo una numerosa caballería, capitaneada por Gailswinther, se abalanzaba contra el muro de cuero y acero de las cohortes y se abría paso a través de una tormenta de hierro. Lo que en apariencia condenaba a muerte al temerario, lo salvaba de ella de la manera más inverosímil; una lección difícil de aprender para los mortales que se conforman con seguir vivos. Gailswinther era el verdadero ídolo guerrero de muchos jóvenes, pues junto a la loca violencia que lo arrojaba de frente a las fauces más afiladas del enemigo disponía del favor de los dioses y resultaba ileso tras encabezar las más audaces acometidas.

Aquellas imágenes se agolpaban en la mente del querusco. Todo temblaba en sus sienes, y un extraño ardor pulsaba en las entrañas de su corazón, empujando sangre y nervios hacia delante. Sus ojos se abrieron enfurecidos, sus brazos se crisparon, tomó el estandarte de los queruscos —un astil con la cabeza de lobo grabada a fuego en un pedazo de piel— y escuchó, en medio de la tempestad humana y la creciente lluvia, la voz que lo conminaba.

—¡Querusco! —gritó Gailswinther, que había aparecido de nuevo entre las sombras de vaho y el remolino de caballos que pateaban aquellas praderas, convertidas ya en una extensión de barro y matas de hierba grises.

—¡Querusco! —vociferaban otros.

—¡*Kuninc!*

Un coro entonó la palabra y luego fueron muchas las voces que la repetían insistentemente, y era como un zumbido que atronaba sus oídos:

—*Wulf, Wulf, Wulf...*

Armin gritó poseído por el deseo de gloria y corrió por la pradera, seguido de su horda de queruscos. Los jinetes de Gailswinther y otros cabecillas montados seguían aquella comitiva. Armin daba largos trancos con el estandarte de los lobos negros hacia el montículo que se elevaba junto a las primeras moles rocosas del Externstein.

Miles de hombres se agolpaban alrededor. El querusco recorría ahora imperiosamente una brecha entre las vociferantes hordas de la barbarie: sus botas de oso se hundían en el fango para precipitarse con enérgico paso en busca de la cima del túmulo. Una vez allí se detuvo, contempló la inmensa fuerza que lo rodeaba y sus ojos se desorbitaron.

Alzó el estandarte, empuñado con ambas manos.

Sintió que sus brazos levantaban a peso un fragmento de la historia del mundo.

El bramido del ejército comenzaba a retumbar en las paredes del Santuario de Irminur. El rugido del viento palidecía ante aquella algarabía descomunal. Un filo de fuego eléctrico que atravesó el cielo y tocó los bosques detrás de ellos, en medio de un destructor estallido. Las trompas emitían toques festivos y siniestras llamadas que se alejaban aturridas por el ulular del viento. El trueno retumbaba.

El querusco sintió como si sus botas dejaran de tocar la tierra, y un extraño malestar se apoderó de su estómago. Sintió una opresión en los pulmones y respiró entrecortadamente. Y de pronto surgió de sus profundidades más remotas, de los confines más sombríos de su ser y de la historia de su ser, el verdadero rugido de un animal. Dejó de ser un hombre. Regurgitó el mensaje de sus antepasados. Retornó a los albores del tiempo y era él mismo por vez primera.

El grito de guerra del hombre-lobo exhortó a los bárbaros.

El *berserker* convocaba a las manadas de Germania antes de dar comienzo a la gran cacería.

Pasó un tiempo sin medida hasta que Armin volvió en sí. Sólo entonces pudo iniciarse el verdadero despliegue de las huestes de la primitiva confederación. Hubo al fin algo de comida y Cerunno y los druidas impidieron que los más exaltados se precipitasen sin orden ni concierto en busca de las legiones de Varus. Los *herzog* ejercieron su influencia y las hordas permanecieron en las praderas y campamentos, hasta que llegó la hora de que partiesen lo más ordenadamente posible y en silencio. Cientos de antorchas se extinguieron, y las partidas de guerreros se sumergían en las selvas como filas de hormigas en la espesa masa de los árboles. Los grupos más ruidosos fueron enviados a vanguardia, para que esperasen la llegada de Varus en las inmediaciones de las praderas, donde planeaba asestar el golpe mortal a la línea de avance romana.

Sus secuaces comenzaron a desvelar el secreto plan. Todo parecía haber sido dispuesto por los cabecillas queruscos. Las sendas estaban marcadas, y Armin había planeado en detalle la ubicación de los contingentes según sus cualidades, agrupando numerosas unidades de téncteros, sugámbríos, brúcteros y tubantios en las sombras de los bosques y a ambos lados de la ruta que las legiones seguirían. Sus fuerzas se cerrarían sobre el enemigo como un cepo de acero. No alcanzaba imaginar qué

heroicas hazañas, qué proezas debían realizar los mandos romanos para lograr resistir la fuerza y violencia de aquella emboscada.

Cuando las últimas tropas desaparecían, y Armin se había despedido de cuantos debían guiar los pasos de los caudillos, desvelándoles el plan sobre el terreno, los contingentes queruscos y la mayor parte de los jinetes se movilizaron hacia el oeste.

Los caballos resoplaban en las vagarosas tinieblas de los bosques. El día continuaba nublado, y aunque las nubes no parecían tan hoscas y densas, la luz que se abría paso entre las tupidas techumbres de la floresta de Teutoburgo era incierta. Junto a Armin, que encabezaba la comitiva, iba una larga fila de druidas coronados con tiaras de hiedra, y a su cabeza se erguía Cerunno sobre una yegua blanca, balanceándose ligeramente con los pasos cautos de la hermosa bestia, que parecía conocer la importancia de su carga; el santón iba absorto, los ojos fijos en un horizonte cubierto de vegetación.

No muy lejos venían los régulos queruscos, Vitórix, Wulfila y sus hijos, que se encargaría del mando de las tropas de infantería y de las lanzaderas, y más atrás Segmir, Hadubrandt, Wilunt y numerosos jefes antecedían a una interminable comitiva de miles de caballos y decenas de miles de hombres que cargaban con sus pesados adminículos, muchos de ellos campesinos que habían sido armados gracias a las reservas forjadas durante el año anterior para la ocasión. Cerunno había prohibido que Armin fuese molestado por sus compañeros de aventuras con chanzas y dichos.

Mientras iba a la cabeza de la marcha, contemplaba ante sí el sombrío bosque. Los animales, tan sensibles a la presencia del hombre cazador en una selva profunda y salvaje como la de Teutoburgo, huían al sentir el temblor de aquellos pasos. Sólo bandadas de pájaros descarados se atrevían a espiarlos; algunos levantaban el vuelo ruidosamente o correteaban por las malezas de ortigas y espinos, otros sobrevolaban las cañadas anegadas por mares de helechos, antes de ascender en busca de las copas de los árboles. Y así, sosteniendo las riendas de su caballo, se sentía solo frente a la incertidumbre del destino. Esa era la fatalidad del ser humano: por un lado ser víctima de lo incierto, por otra la tentación de gobernarlo, tendiéndole una emboscada al propio destino. Y eso mismo era lo que pretendía: tenderle una emboscada al mismísimo Augusto, al dueño del *Imperium Romanum*, al todopoderoso señor del mundo. Y así, encabezando las filas, se sentía responsable de cuanto acontecería después. Un momento más tarde sintió de nuevo que el mundo cambiaría, que todo estaba a punto de precipitarse en una afortunada cascada de acontecimientos que salvarían a Germania de las garras de Roma.

Ordenó a su caballo un trote más rápido.

Los desfiladeros se abrieron, reptando entre raíces de fresnos y castaños centenarios, cortando la ruta, y obligaron a Armin a abandonar sus pensamientos. La luz se intensificaba y los bancos de niebla se rezagaban en el fondo de unas cañadas

que parecían cruzar el terreno como marcas impresas sobre la tierra por el inmenso carro de Thor. Si era verdad que en otro tiempo al dios del trueno le había gustado recorrer el mundo en busca de notables aventuras, Teutoburgo mostraba todos los signos de haber sido pateado muchas veces por sus machos cabríos; tal era el aspecto accidentado e imprevisible de sus dédalos de roca y de sus hondonadas cenagosas, por las que ya descendían arroyos y cascadas.

No muy lejos, Armin sabía que una ruta trepaba por los hombros de las colinas en busca del calvero dominante desde donde controlarían la llegada de Varus al frente de los primeros y más fuertemente armados contingentes de las legiones. Desde allí ordenaría el primer asalto. Debía llegar con tiempo para prepararlo todo y estar en posición de una modificación del plan en el caso de que los mandos de Varus desconfiasen de sus guías y cambiasen la ruta por la que se deslizaban en busca del oeste.

Mientras tanto, Varus contemplaba desde su litera el avance de uno de los *aquilifer*, y así, entre la monotonía de troncos y ramas, mientras veía la forma del Águila de Plata que era el estandarte más valioso de una legión, se sumergía en delirios de grandeza irrigados por tragos de vino puro que uno de sus esclavos se encargaba de escanciar en la copa de cristal alejandrino.

Parte del atelaje que impulsaban las reses de carga estaba dedicado a muchas de las pertenencias más valiosas de Varus. Tinajas de alabastro, las mejores ánforas y piezas de cerámica de Campania, viajaban sumergidas en cajas repletas de serrín. No se aventuraba a dejar nada tras de sí, como tampoco su botín personal o los cofres en los que custodiaba buena parte de los millones de sestercios en oro, plata y piedras preciosas —sobre todo ámbar— así como toda clase de mercancías valiosas, contrabando que los recelosos cuestores de Colonia no deberían inventariar para las arcas oficiales de Augusto. Él, Varus, se encargaba de la recaudación en las tierras del norte, y entregaría, como en Siria, lo que considerase oportuno. Y eso en verdad era poco, pues no resultaba precisamente difícil disimular las cuentas con la justificación de los gastos en tropas auxiliares y falsificar las cifras. Y así, con sus mejores pertenencias auestas, Varus se adentraba en el paisaje neblinoso, ofendido por el soplo de un viento feroz que, al fin, comenzaba a remitir.

A pesar de estar rodeado por los escuadrones de caballería, Varus se dio cuenta de que el camino perseguido se estrechaba.

—Dejad que Casio me asista —pidió el romano.

Uno de los jinetes se ausentó y al poco volvió al trote junto a un corpulento *praefectus alæ*. Era suficientemente joven y gozaba de gran prestigio entre los mandos de las legiones acantonadas en Mattium. Sus hazañas en Asia bajo el mando del nieto de Augusto muerto en Artagyra, Cayo Julio, le habían hecho merecedor de varias condecoraciones, y se decía a menudo que pedía combate cuerpo a cuerpo con los caudillos bárbaros para amedrentar las hordas enemigas. De cualquier modo, para Varus era tan útil como deslenguado. Pero por vez primera en aquel viaje le hizo venir *ex profeso*.

El rostro curtido y la mirada apesadumbrada de Casio Querea aparecieron junto a la litera. Varus era consciente de lo que pensaba de su actitud, pero su primera forma de dominio consistía en mostrarse indiferente a las opiniones de sus oficiales. Descorrió la cortinilla, que colgaba pesadamente debido a la humedad.

—Me llamas, pro-pretor —sugirió Casio, consciente de que Varus no iniciaría la conversación.

—Así es —Varus bebió de su copa con parsimonia—. El camino parece más

difícil y quería escuchar tus argumentos. Escucharlos directamente, quería decir, porque ya sé que tienes por costumbre opinar mucho y mal sobre mis decisiones aun cuando nadie ha requerido tu consejo...

Las anchas alas de la nariz de Casio se hincharon.

—Mis opiniones carecían ayer de valor para el pro-pretor de este ejército y hoy me doy cuenta de que son todavía menos valiosas de lo que él suponía.

—Explícate, Casio, sólo me gustan los acertijos de las mujeres, pues conducen al centro de un dulce laberinto, pero los tuyos no son de mi agrado, como podrás imaginarte —replicó Varus, mirando a los oficiales que escoltaban al prefecto.

—Con ello quiero afirmar, oh Varus, que hace unos días mis afirmaciones podrían haber valido muchos sacos de *aureus*, y pronto no valdrán ni unos cuantos ases.

—¿Tanto te deprecias, querido Casio? Pensé que te valorabas mejor a ti mismo —replicó el pro-pretor.

—Cuando seguimos por esta ruta y estábamos a tiempo de evitarla mis afirmaciones podrían haber valido algo, pero ahora nuestro ejército se empeña con el barro y los retruécanos de un camino hacia el oeste. Las huestes se dispersan, las legiones no están en disposición de defenderse, y como ya no podemos dar marcha atrás, te digo que mis afirmaciones no valen ni unos pocos ases.

—Por fin has hablado con claridad; de modo que sigues opinando lo mismo. Pero estamos mucho más cerca de nuestro destino. ¿Pretendes que las legiones de Colonia nos resten la gloria? ¿Acaso no somos nosotros los que se han empeñado en pacificar Germania desde Mattium? ¿Qué se ha de pensar de mis legiones en Roma, las legiones acantonadas en el corazón de Germania, sino que están prestas a cumplir sus servicios más dignos?

—¿A qué precio nos aseguramos la gloria? —inquirió Casio Querea.

—En tres días habremos cruzado estas sierras y descenderemos hacia los territorios de los brúcteros y de los tubántios, esas manadas de animales recibirán justo castigo a sus sangrientos asaltos contra Aliso. Y ya sabes que dos legiones se cerrarán sobre el territorio desde el sur. ¿Quién podrá enfrentarse a cinco legiones que avancen hacia el mar del oeste? Nadie, Casio, pero no te he hecho venir para discutir sino para referirme a esta ruta... —Varus hizo una pausa y miró recelosamente las tinieblas de la espesa selva que ahora atravesaban. Las ramas de los árboles se sacudían encima de ellos, como si quisieran echar a andar y aplastarlos. Algo amenazador, sombrío, despertaba la desconfianza del pro-pretor.

—¿No hay ninguna alternativa a esta que seguimos?

—Los guías aseguran que es la más adecuada, y a decir verdad, tienen razón, es la más adecuada para lo que pretendes, pero quizá lo que pretendes no es lo más adecuado. Atravesar este territorio sin reparar en los riesgos es una osadía, Varus...

—¿Acaso no fue Julio César osado? ¿Acaso no atravesó el Rhenus sobre un

punte traqueteante cuyos clavos él mismo remachó con los dientes para ir en busca de los repugnantes germanos? ¿Acaso no fue osado Drusus, aventurándose hasta las orillas del Albis, cuando rayos y aquilones le cortaban el rostro...? Varus también es osado, lo que sucede es que estáis demasiado acostumbrados a la buena vida de Mattium.

—¿Y acaso Aníbal no atravesó las grandes montañas y se precipitó contra Roma? ¿Acaso no fuimos vencidos por el cartaginés en Canæ? Nuestros enemigos también son osados, Varus, no hemos de olvidarlo. Esa confianza en los bárbaros...

—¿Y qué hacer ahora, pues? ¿Nos queda otro remedio?

—Detengámonos, Varus, por todos los dioses, ya no hay marcha atrás, pero no podemos dejar que el ejército se disperse a lo largo de tantas millas, hay que lograr que las unidades se reagrupen y se compacten de nuevo. No soporto ver esas hileras de legionarios confiados que piensan más en sortear los arroyos repentinos, las ciénagas imprevistas y apartar los árboles caídos en un mar de helechos que en sus propias armas...

—Un alto —repitió el pro-pretor pensativamente—. De acuerdo. Sólo uno. Este lugar parece bueno. Casio Querea, retrocede junto a Lucius constatando que la parada sirve a tus fines. Cuando todo sea de tu agrado haz galopar a un mensajero y reanudaremos la marcha. Cejonius y Vala Numonius permanecerán en intendencia junto a las fuerzas de caballería. Que los rastreadores vayan en busca de cualquier indicio por delante, y ahora cuidaremos de extender más nuestra visión de los flancos. Yo mismo decidiré entre las rutas que los rastreadores propongan. Es probable que cambiemos el rumbo.

Casio lanzó una última mirada al pro-pretor: sus ojos se entornaron hasta convertirse en sargazos grises al amparo de las aquilinas cejas. Después retrocedió acompañado por sus oficiales.

Poco tiempo después los estandartes se detuvieron. Los escuadrones se dispusieron como muros defensivos alrededor del campamento central y de los carros de Varus, detrás de los cuales venían en marcha miles de legionarios. Las horas pasaron, y el viento dejó de bramar entre los árboles. La niebla pareció congelar el paso del tiempo. No había paredes rocosas cercanas y el bosque estaba tranquilo, enraizándose en las pendientes de unas lomas embarradas que trepaban hacia el norte, las faldas de los montes Osnengi. Varus se reunió con sus mandos y recibió en la recién plantada tienda a dos de los guías germanos.

Conocía a ambos, pero intercambió miradas de inteligencia con sus oficiales. Uno de ellos tenía un rostro tan salvaje que no podía menos que despertar en él cierta desconfianza. Siempre lo había hecho, pero con las dudas de muchos de sus oficiales y con el devenir de la ruta este sentimiento se había intensificado.

El turgón, procedente de las tribus del este, era alto y orgulloso. Se decía que era

capaz de caminar cincuenta millas al día sin fatigarse, que era capaz de oler a los hombres y a las mujeres en la oscuridad, y sus cualidades como guerrero eran las flechas más certeras que se habían disparado jamás ante los ojos de un romano. Mejor que cualquier arquero cretense, el turgón, no obstante, había rehusado a luchar contra los germanos, limitándose a trabajar al servicio de las cohortes del Rhenus como rastreador infalible y como guía experimentado. Durante los últimos dos años Varus no había podido quejarse de él. Sin embargo, la ruta por la que se empeñaba en guiarlos, a pesar de contar con el beneplácito de los demás guías, no dejaba de resultar sospechosa incluso para un incauto y confiado líder como Varus.

—¡Turgón! Habla de esta ruta a Varus. Todos mis oficiales me aconsejan que nos detengamos. Creo que tu elección no es buena.

Las facciones del germano no se vieron alteradas. Tal era la firme soberbia de los que pertenecían a su tribu.

—La ruta escogida por *Ojo-de-Búho* es la mejor entre ninguna otra. Varus quería llegar pronto al oeste y castigar a los brúcteros, y el oeste que busca está detrás de esas últimas colinas.

—Cada vez son más escabrosas, y estamos en época de lluvias, en cualquier momento podría sorprendernos una de esas brutales tormentas a las que tan aficionados son tus dioses...

—*Ojo-de-Búho* no entiende —respondió el germano, impasible.

—Turgón, empiezo a creer que entiendes *demasiado* —le espetó Varus con una mirada de astucia.

—Este sugámbrio no opina lo mismo —habló el prefecto Vala Numonius—. ¡Dile a él lo que me has contado!

La expresión del sugámbrio, al que le faltaban varios dedos en ambas manos, estaba marcada por la ansiedad, y no dejaba de lanzar miradas amedrentadas al turgón.

—La ruta que dictan los turgones es cierta... pero... muy dificultosa para las legiones. Yo conozco este país, y sé que ahora podremos desviarnos a través de un bosque hacia el sur y después torcer de nuevo hacia el oeste. La región es más plana, hay menos barro, la selva es profunda, pero transitable, hay más espacio entre los árboles porque son más viejos, y al final los llanos son cenagosos, pero están despejados y las legiones podrán reagruparse.

—¿Cuánto tiempo nos retrasaría? —inquirió Varus.

—Dos jornadas, quizá tres.

—No es demasiado tiempo, aunque espero que las legiones del Rhenus no lleguen antes que nosotros. No soportaría que en Roma una tardanza así me privase del triunfo. Yo me he encargado de pacificar Germania y ahora la campaña del oeste contra los brúcteros debe servir para engrandecer la fama de Varus y no la de esos

advenedizos que se acantonan cómodamente en Colonia, sobre todo Germánico.

Los ojos del turgón se entornaron, lanzando una mirada llena de malignidad al sugámbrio, que lo miraba amedrentado.

—Y tú, turgón, será mejor que permanezcas en adelante junto a las tropas auxiliares, ya no se requieren tus servicios como rastreador. ¡Lleváoslos! ¡Que envíen una ración de buey a este sugámbrio!

Tras un avance contenido, Varus ordenó la detención de la hueste. Apenas habían iniciado el cambio de ruta, pero el descenso de las laderas había propiciado un ligero avance. El bosque se espesaba y la nueva ruta se introducía en el corazón de la floresta de Teutoburgo, que parecía enredarse con mil columnatas salvajes y nudos de excrecencias vegetales, arrugando tierra, malezas y barro.

Aquella noche los octetos se habían levantado en largas hileras junto a la misma ruta que habían seguido en busca del oeste. Una parada a media tarde les había permitido descansar y después volvieron a ponerse en marcha. Pero las dificultades aumentaban y el terreno se arrugaba en el vaivén de las colinas rocosas y de las selvas de Germania, a cada paso más impenetrables. El cambio de ruta había aliviado la marcha de los legionarios y de las miles de reses que tiraban de vigas, atelajes, impedimentas y pesadas máquinas de guerra.

El campamento volvía a ser una larga hilera de octetos levantados en la misma ruta, y los fuegos encendidos por los legionarios parpadeaban en las tinieblas vivientes. El viento se levantó de nuevo y las nubes marcharon cegando el cielo nocturno, al tiempo que los aullidos de los lobos recorrían los confines de aquella tierra perdida y alejada del favor de todos los dioses que conocían.

Caldus Cælius tendió el vaso de vino a uno de sus legionarios. El oficial, un patricio romano, bebió largamente el vino caliente y mordió la jugosa carne recién tostada. La quinta cohorte de la legión XVII había sacrificado a uno de sus animales, tal y como intendencia había permitido, para saciarse.

—¿Crees que Varus ha hecho bien? —preguntó uno de los legionarios lacónicamente.

—Ha hecho, y eso basta —respondió Caldus—. Pero parece acertado; la mayoría de los oficiales habría abandonado a Varus para seguir a Casio Querea, si no fuera porque Casio es fiel a Lucius Egius, y Lucius es fiel a Augusto. Pero pocos son los que confían en las decisiones de Varus.

—Sólo trata de impresionar a Roma —añadió otro de sus oficiales.

—Quiere brillar —aseguró el joven Caldus—. Su talento es la política y el robo justificado. Sabe mantener satisfechas las arcas de Roma y las suyas propias, y sabe gobernar a los germanos, eso es cierto, no lo hace mal, pero como hombre de armas... —hubo varias risas— ya sabéis que es un inútil. De cualquier modo, sólo

quiero que esta situación se enmiende cuanto antes. Las legiones no deben moverse dispersas a lo largo de una ruta tan emboscada como esta. Desde hace días tengo la sensación de que alguien va siguiéndonos.

—Los rastreadores no han dado con huellas —aseguró Marcus, uno de los oficiales.

—La humedad y las lluvias las borran demasiado pronto en esta clase de selvas —arguyó Calvus.

—¡Por Júpiter! ¡Eso no era el aullido de un lobo!

No muy lejos de donde Calvus y los oficiales conversaban, la exclamación de un legionario indignó a otro de los que compartían su tienda.

—¡Maldito seas! —le respondió una voz cascada y gutural.

—Si vuelves a fastidiarme tendrás que vértelas con una *mentula* romana, a ver si así mantienes la boca ocupada en otra cosa que no sea molestar al mejor centurión de este maldito ejército —la amenaza de Cazarratas sonaba anodina contra el viento, que otra vez se había levantado y azotaba los pliegues de la tienda. Las risas se apagaron en seguida.

El pequeño legionario continuaba absorto, tratando de desentramar la algarabía de aullidos. En Mattium escuchaban el canto de las manadas, como en los campamentos a orillas del Rhenus, pero sonaban distantes. Ahora, desde que las legiones se habían introducido en aquellas nemorosas colinas, y sobre todo desde que atravesaban las espesas fortificaciones naturales de Teutoburgo, el aullido de los lobos se había vuelto aterrador y ubicuo.

Habrían jurado que cada noche aquellas bestias estaban más cerca, que olían el miedo de los romanos. No había nada más adverso al sueño que el continuo ulular de los lobos. Y no habían sido pocas las ocasiones en las que los centinelas, confundidos por una manada que se aventuraba en busca de las reses, se sentían presas de un ataque germano. Las leyendas circulaban por los fuegos de ronda y durante la noche se mencionaban las gestas de Drusus y de Julio, y las de Tiberio, y los cuentos acerca de los germanos eran tomados a chanza con cierto temor por los soldados. No eran pocos los que habían oído hablar de los miembros de esas tribus que se metamorfoseaban en osos, lobos y halcones, y cualquier suceso fuera de lugar o no del todo natural, como un animal extraviado o moribundo, requería la presencia de los augures de Varus. Éstos no cesaban de repetir que ninguno de aquellos encuentros pasaba de ser una mera casualidad, y que no representaba indicio alguno de que se hallasen bajo el influjo sobrenatural de las divinidades de los bárbaros.

—Bien dicho, Cazarratas —respondió, divertida, la segunda voz.

—Flaco es un hombre, no como tú, enano —siguió Cazarratas, con indiferencia.

—En el sur no hay tantos lobos —comentó el pequeño legionario.

—En el sur sólo hay rameras de todos los colores —Cazarratas volvió a cosechar sonoras carcajadas.

El legionario era de origen cartaginés, y entendía el desprecio con el que Cazarratas trataba de humillarlo.

El cuchillo del legionario emitió un destello en las tinieblas al encontrarse con el errátil resplandor de una antorcha que parpadeaba en el exterior.

—Vamos... ¿otra vez a las armas? —preguntó Flaco, apoyando su brazo en el hombro tenso del legionario.

—Al pequeñajo le gusta sacar los dientes —añadió Cazarratas—. Mejor reserva tus fuerzas para esos germanos, sabes que te tengo cariño, negrito, y que no quiero romperte la cabeza.

El brillo del puñal se desvaneció de nuevo.

—¿Sabes una cosa? Ya te he contado que he pasado muchas noches como esta en Germania —continuó Cazarratas, recostándose boca arriba—. Pero ninguna fue tan terrible como aquellas que pasé junto a Drusus. Él no era como Tiberio, ni como el embasiceta de Varus; Drusus era el más grande, y no recuerdo época más placentera en mi vida... No sabría decirte cuántas princesitas bárbaras abrí de par en par...

—¿Por qué las llamas *princesitas*? —preguntó otra voz.

—¡Julius! Parece mentira que un devorador de vírgenes como tú me haga esa pregunta —le recriminó el veterano centurión—. ¿No sabías que los bárbaros tienen jefes hasta para mear? Por eso cada jefe tiene hijos, y sus hijas son las princesitas de Cazarratas. Deberías saber que cuando marchábamos junto a Drusus las manadas de lobos cantaban alrededor día y noche, y nos esperaban con la llegada de las nieves. Creo que estaban ansiosos por devorar el ejército entero. No era raro que algún incauto cayese dormido y muriese de frío durante una vigilia. Y ellos pueden olerlo, huelen la muerte y vienen y te clavan los dientes. Cuando volvíamos al puesto, lo único que quedaba de esos desgraciados era un rastro de sangre en la nieve. Esos demonios peludos los arrastraban a dentelladas hasta la maleza y sólo dejaban un par de huesos, o nada, cuando los más hambrientos venían a quebrantar los restos, o a esconderlos, como hacen todos los perros.

—¿Y qué dices de esas leyendas acerca de *Cabeza-de-Lobo* y de los hombres-lobo? —preguntó la voz de Flaco. Un golpe de aire sacudió la tienda. Las ramas de la bóveda del bosque crujieron secamente.

—No son más que estupideces —respondió el centurión—. ¿No los habéis visto morir como todos los hombres? Os aconsejo que penséis en las princesitas bárbaras que nos aguardan. Yo siempre hago eso. Tú, legionario del desierto, mantén a punto tu agujón, pero no lo utilices contra Cazarratas, pues en un lugar como este lo mejor que podemos hacer es descansar y confiar unos en otros, antes de que los hombres-lobo vengan a destriparnos.

—Y ese *Cabeza-de-Lobo*, ¿luchó contra Cayo Sentio Saturnio...? —cuestionó Flaco, dubitativo.

—¡Parecéis niñas asustadas! —gruñó Cazarratas—. Cazarratas estuvo allí, el gran Cazarratas vio cómo ese Segimerus combatía contra las cohortes. Yo mismo le miré a los ojos a través del muro de espadas y lanzas. Era un gran cerdo, he de reconocerlo, y habría disfrutado desangrándolo, pero huyó espantado cuando Sentio puso en marcha los arcos de Cupido.

—¿Los arcos de Cupido? —preguntó el pequeño legionario, sorprendido. Sabía lo suficiente acerca del ejército y ningún arma recibía ese nombre. Las risas volvieron a llover sobre él como una salva de escarnios.

—El pequeñajo no sabe qué son los arcos de Cupido —se mofó Cazarratas.

—¡Con lo bien que maneja su aguijón ese escorpión del desierto! —añadió Julius.

—Pues explícamelo si no quieres que te abra el cuello de buitre con mi aguijón, hijo de cerda —amenazó el legionario, enfurecido. Eso, en realidad, era la clase de gestos que le agradaban a Cazarratas del carácter del curtido legionario africano, recientemente incorporado a su contubernio.

—Tu papaíto Cazarratas te lo va a explicar —se burló la voz del centurión en un tono insultante, como si hablase a un muchacho estúpido, entrecortado por las risotadas de sus colegas—. Verás, pequeñajo, cuando un general romano se ve en apuros en una batalla contra los bárbaros, ama tanto a sus cohortes que pone en marcha a los arqueros de Cupido, nuestro querido dios del amor. Y eso significa que todas las ballestas de gran calibre, los onagros y las catapultas machacan la línea de combate con o sin hijos de Roma. ¿Lo entiendes ahora? Es decir, el general se carga el frente y lo disuelve a costa de sus propios hombres, los mata, los aplasta y se acabó. Y se vuelve a casa con la victoria, donde todo el mundo le felicitará por ello.

—¡Sobre todo Augusto! —vociferó Flaco.

—Eso es ser un cerdo cobarde —protestó el legionario.

—Ya, pero los senadores utilizan un vocabulario diferente, y lo llaman *general efectivo* —rió Cazarratas—. En realidad opino como tú, pero ya que todos los generales de Roma no pueden ser como Drusus, a los demás el sagrado Augusto les permite esa clase de marranadas. Personalmente, creo que deberían azotar el culo de Sentio Saturnio hasta que lo despellejasen, pero así están las cosas...

—Quién sabe, a lo mejor ese *Cabeza-de-Lobo* aún nos espera —murmuró el legionario, agorero.

—¿Sabes que podría mandarte azotar por eso? —rugió la voz de Cazarratas—. Las leyes de Tiberio lo llaman *derrotismo*, y está muy penado bajo su mando. De todos modos, no deja de ser listo el pequeñajo, porque la batalla contra *Cabeza-de-Lobo* y todas sus ratas peludas tuvo lugar no muy lejos de aquí, en las fuentes del Amisia, algo más al sur.

—La culpa es de los queruscos, esos perros bastardos —blasfemó Flaco—. Yo no me fío de ellos. Hay demasiados en Mattium ahora, y continúo desconfiando de todo lo que hacen. Sólo hay que verles la cara... Creo que Varus se equivoca, no puede admitir a toda clase de bárbaros peludos entre sus tropas.

—En realidad esa es una cuestión que sólo un mentiroso como Varus puede resolver, y los queruscos son tan mentirosos como él. ¡Qué más da...! ¡Callaos de una vez! Quiero dormir.

Antes que ningún otro, Cazarratas parecía haber sido raptado por Morfeo. El resto no lograba conciliar el sueño, por más que simulasen dormir profundamente. El velo de tinieblas que cubría los bosques se apartó, los grandes volúmenes tormentosos se deformaron, y más allá de la última bruma titiló un racimo de cristales candentes. La luna se puso en movimiento, segando con su macilento resplandor los vapores dispersos. Los aullidos rompieron junto a una claridad blanca que despuntaba entre los agitados ramajes de la selva, y otra vez fueron tan intensos como el zumbido en las ramas melancólicas de los fresnos y los robles. El pequeño legionario era el único que mantenía los ojos abiertos, seguro de que algunos de aquellos aullidos eran voces humanas que se llamaban unas a otras. Se preguntó cuánto tiempo tardarían en abandonar las pieles de lobo para precipitarse contra ellos, desgarrando las tiendas en medio de un mar de sangre que fluiría entre las raíces de aquel bosque maldito. De pronto pudo ver el rostro de una bestia asomada a la tienda: la cara circunspecta del lobo, sus ojos oblicuos, las sanguinolentas fauces, se deformaban en una podredumbre jadeante de la que brotaba el rostro semihumano de una alimaña. Aferró el cuchillo y sintió de pronto el aire frío en el rostro, percibió las sombras alrededor, quietas, y no vio nada en el interior de la tienda.

Había soñado despierto, pero el alba estaba cerca y no quiso volver a ser atrapado por la negra marea de las pesadillas. Se mantuvo ocupado hasta que los cantos de los pájaros resonaron en la selva germana y la luz se abrió paso sinuosamente entre los árboles.

—¿Fue esto necesario? —preguntó Armin al día siguiente, sin apartar los ojos de las cabelleras ensangrentadas que habían traído los mensajeros del mársero Melonua, el feroz hijo de Cradarich.

Los márseros estaban allí, apartados detrás del grupo de régulos que, formando un círculo junto a las columnas que creaban los troncos enguantados de musgo, observaba el siniestro espectáculo. Eran tan salvajes como los animales, y Armin comprendía, con recelosas miradas, que la animosidad belicosa de las partidas de germanos que aguardaban a las legiones en las sombras de los bosques aumentaba por momentos. Temía que todo el plan fallase. Un asalto en el momento equivocado, y años enteros de aprendizaje y planificación se disolverían en las corrientes del tiempo sin efecto alguno, como un muñeco de barro deshecho en las aguas de un torrente demasiado impetuoso. Los ojos de los márseros reflejaban las pasiones más abyectas y viles del guerrero: los márseros lanzaban miradas de odio, y el vaho de su aliento convertía sus rostros en fantasmales apariciones de violencia y fatalidad. Las crestas rojas, la sangre y la tinte del quermés adheridas a sus rostros, los gestos nerviosos que surcaban sus facciones demacradas, tan animales, es más, tan bestiales, los símbolos blancos en sus pechos, todo ello inducía a Armin a creer en una situación casi incontenible en los cazadores que se arrastraban por el corazón de Teutoburgo en busca de la sangre de Varus, como les habían pedido sus hechiceros.

—Por las barbas de Wuotanc: esa pareja de márseros se ha zampado a un romano para empezar el día —musitó Vitórix. Wulfsung arrugó una sonrisa ambigua, motivada por la incapacidad de creer que el maravilloso e incontenible acto de comer pudiera ir acompañado de las entrañas de un ser humano. Para la gran mayoría de las tribus germanas, eso era un sacrilegio que sólo practicaban algunos sacerdotes con fines adivinatorios.

Armin permaneció en silencio unos instantes más.

—Nadie me ha respondido —gruñó al fin con decisión—. ¿Fue esto necesario?

Las cabelleras ensangrentadas habían sido recortadas con precisos cortes, pero la piel que había recubierto el cráneo de los enemigos colgaba desigualmente a tiras por encima de los mechones romanos.

El portavoz de los márseros era un sugámbrio de aspecto feroz. Su mirada parecía oscilar por momentos entre la desconfianza absoluta, la idolatría y el temor hacia el líder querusco, que clavaba sus ojos oscuros en él con la sagacidad de un halcón.

—¡Lo era, oh *kuninc*! Los romanos han enviado partidas de rastreadores más y más lejos. Estaban desconfiando. ¡Varus ha modificado el curso del dragón!

Armin se agitó y apretó los puños crispados.

—¿Hacia dónde?

—El dragón tuerce hacia el sur, abandona la ruta más dura y se sumerge en los bosques más espesos, allí siguen la huella bajo los árboles.

Una extraña sonrisa se posó en el rostro del querusco.

—¿Y esa es la razón por la que los rastreadores fueron derribados? —inquirió.

—Esos romanos iban oteando y sorprendieron a un gran número de tubantios en busca del sur para disponerse como el *kuninc* lo había ordenado. Los márseros los abatieron con sus flechas antes de que hicieran sonar sus cuernas. Pero no sólo esos que ves aquí son los que han caído. Al menos seis parejas de rastreadores romanos están con Hella, y muchos de los guías sugámbrios ya han desertado, y están en camino para unirse a tus caballos, porque una vez los romanos se hayan dado cuenta de que las partidas de rastreadores no regresan sabrán que algo se conjura en su contra.

—Y espero que ya sea demasiado tarde —advirtió el querusco.

—Caminan muy deprisa, has de saberlo. Esta mañana levantaron los campamentos y se movilizaron antes que el sol.

Armin alzó el rostro y buscó el sol a través de la cubierta de ramas. La bóveda de la selva susurraba. Una gran colina se interponía entre ellos y el astro dominante.

—En marcha; Varus será recibido con honores.

El querusco saltó sobre *Draupner* y, seguido por una gran agitación general, trotó entre los árboles.

No supieron cuánto tiempo había pasado, pero al fin una larga pendiente tras los desfiladeros lo condujo al encuentro con el sol.

Apareció de pronto entre los árboles como un niño que juega al escondite antes de mostrarse en toda su fuerza. Armin dejó que *Draupner* galopase por la pradera salvaje antes de internarse en una nueva espesura. A su alrededor, pesados caballos extendían el terror entre las bestias del bosque. Los pájaros huían ante la estampida que trepaba bajo los árboles antes de invadir la solitaria pradera. De nuevo la inmensa fuerza lo envolvía, surgiendo del silencio, como si durante aquella noche hubiesen venido aislados, inconscientes del poder destructor de la caballería germana.

—¡Aquí! —ordenaba Armin agitando los brazos—. ¡Gailswinther!

Los caballos sajones y longobardos se agruparon en aquella zona. Los estandartes de los hombres del norte fueron clavados en la hierba fresca y poco a poco los cuadrúpedos se excitaban unos contra otros a su alrededor, con gran alboroto de voces y mugidos.

Armin galopó hacia el otro extremo de la larga pradera. Una nueva orden y esta vez fueron convocados los jinetes queruscos y brúcteros.

—¡Wulfrund y Wulfsung! —gritó el querusco—. ¡Todos los cabecillas hacia la Cima del Trueno, la cima del Wiehengebirge! ¡Que sus hombres acampen en este

lugar! Cerunno conoce el camino y se encargará de los rituales.

Armin hizo que *Draupner* girase en redondo y fue en busca de Wulfila.

—¡Reúne a los jefes y llévalos a la Cima del Trueno!

Al amparo de las pedregosas colinas, aquel pastizal descubierto estaba oculto en los altos de Osning. La barrera de cimas y quebradas se cerraba por delante como un anillo frente a un valle en el que las aguas de todas aquellas serranías se concentraban confluyendo en una de las llanuras más cenagosas de Teutoburgo. Se extendía por el paisaje como una cuña ancha y profunda en la que, engañosamente, se alternaban terrones grisáceos y latigazos de verdor. Cuando al fin el galope de *Draupner* coronó la Cima del Trueno, el sol iluminó el territorio de las naciones del norte, y desde aquel privilegiado calvero en la cumbre de la más alta de las colinas divisó con avidez la entrada de la ancha hondonada, las lomas distantes, la quietud del accidentado paisaje. Las legiones no podían haber elegido otro camino más adecuado para sus intenciones. Todas sus iniciativas por abandonar la ruta imposible propuesta por los espías sólo podía llevarlos en busca de aquel paisaje.

—El momento se acerca —murmuró.

La llegada de los caballos no consiguió sacarlo de su ensimismamiento. Los *herzogs* se encontraban, al llegar a la Cima del Trueno, con la imagen de un *kuninc* absorto que miraba hacia el sureste como hipnotizado.

Gritos y relinchos, pateos y airados vozarrones, y un rumor de muchas conversaciones en un idioma extraño, fueron abriéndose paso en la maleza. Al fin el espacio de una dificultosa y solitaria senda fue ocupado por una irrupción de caballos en marcha, de carros empujados por bueyes, de elásticas piernas donde los músculos se tensaban con cada paso, de brazos que sostenían largas pértigas. Por encima de la densa marea humana que atravesaba la selva apuntaban los angulosos discos y emblemas de los estandartes de las primeras cohortes, moviéndose con dificultad entre las ramas más bajas. Los cascos de miles de legionarios desfilaron, las cáligas pisotearon el musgo, y quienes venían por detrás se encontraron con una senda apisonada por el curso de los carros, las bestias de carga y el grueso de la caballería, capitaneado por los prefectos Lucius Egius y Vala Numonius.

Poco tiempo después apareció un *aquilifer* celosamente custodiado por un escuadrón de corpulentos romanos: era el portaestandarte de una de las Águilas de Plata, que precedía el paso inmediato a la lujosa litera cargada por una veintena de esclavos. Junto a él eran enarbolados los estandartes del elefante y del toro, y el del rayo.

Los ojos de Varus recorrían la organizada muchedumbre que lo rodeaba. Las partidas que precedían a las cohortes de la XVII legión abatían algunos de los troncos más inoportunamente enraizados en el camino de una ruta que parecía haber sido abandonada hacía siglos. A los ojos de los desconfiados centuriones, sólo parecía una trocha de animales redescubierta por el tránsito irregular de los bárbaros. Pero aun así Varus confiaba en la brillante alternativa de su misión, y esperaba llegar cuanto antes a los territorios de los brúcteros para imprimir la huella de su gran ejército y ofrecer un ejemplo de cómo era capaz de sofocar los arrebatos e incontinencias de las tribus más reaccionarias.

A medida que el sol se levantaba y los haces de rayos cruzaban al bies las tinieblas de la selva, el ánimo de los legionarios se deshacía de esa pesada sensación de inseguridad que entumecía sus articulaciones cada mañana. La luz devolvía el coraje a quienes musitaban sus oraciones al Júpiter *Tonantis*, recelosos de la travesía a la que los sometía el incauto alto mando de Varus. Ante la mejora de la marcha se creía, además, que los bosques finalizarían aquel mismo día, y que los pantanos vendrían después, un territorio agreste y arduo, pero en el que la visibilidad, al fin, empezaría a jugar a su favor.

De cualquier modo, Varus volvió a formular la pregunta:

—¿Han aparecido esos rastreadores?

Varus leyó la respuesta en el curtido rostro de Vala Numonius.

—¡Alto! ¡Detened esta litera! —ordenó el pro-pretor. Se apeó trabajosamente, descendió y pisoteó el musgo y las hojas, y miró a su alrededor, donde la marea de soldados y caballos se movía todo lo rápido que el terreno les permitía. Varus se ciñó el deslumbrante casco y dejó que le ayudasen a subir a su caballo. Una vez encima y cuando la toga púrpura estuvo en su lugar, ordenó que los esclavos izasen la litera y que continuasen la marcha. Ajustados los aparatosos pectorales de la coraza de bronce, Varus se sintió al fin investido del poder militar que debía caracterizar su salida de los bosques.

—Acabaremos con esos rumores en cuanto las aldeas de los brúcteros humeen ante los ojos de las legiones —declaró con suficiencia—. ¿No te parece?

—Así es.

—¡Claro! Y ahora vuelvo a preguntarte dónde están esos rastreadores —insistió Varus con cierto hastío, como si le importase más bien poco lo que había sido de ellos.

—No han aparecido ni ellos ni sus cuerpos —añadió Vala, trotando junto a Varus, quien se había ubicado inmediatamente detrás del *aquilifer*.

—¿Crees que a mí no me causa desazón? La culpa la tiene ese malcriado de Casio, por eso no le he dejado que vuelva a incorporarse al mando. Que se quede atrás, si considera que hay tantos problemas para reconducir las cohortes de la XIX, y que no se dedique a intrigar contra mis decisiones. Si no fuese por sus amistades en Roma, te aseguro que no consentiría su presencia bajo mi mando... Lo enviaría en una expedición en busca de Thule...

—Pero Varus, no deja de ser cierto que la desaparición de los rastreadores no augura nada bueno.

—Estamos saliendo de los bosques, Vala. Si fuésemos presa de un ataque ya se habría producido. ¿Y qué? ¿Cuántas veces fue atacado Drusus mientras iba en busca del Albis? Se podrían contar por docenas. Salen de los bosques y después se ocultan, no podemos evitar encontrarnos en el corazón de Germania. La pérdida de algunos rastreadores me entristece y me encoleriza a la vez, pero no me roba el sueño.

—Drusus encontró una de sus peores horas en las inmediaciones de estas regiones, también Sentio Saturnio. No es un territorio en el que sea bueno cometer imprudencias...

—¿A quién llamas imprudente, a Publius Quinctilius Varus? —rezongó el pro-pretor, toda su carne flácida se llenó de un caprichoso ímpetu—. La amistad no ha de darte esos poderes, Vala, te lo advierto. Y ahora dime, ¿cuánto falta para que salgamos de esta selva?

—Sin lugar a dudas poco, en eso coinciden la mayoría de los guías que han regresado...

—¿Son muchos los que han desertado?

—Todos los que iban en avanzadilla se retrasan.

Varus guardó silencio y entornó los ojos a la par que los clavaba en el plumaje argénteo del Águila de la legión.

—¡Cortad esas ramas para que mis Águilas avancen! ¿Desde cuándo se aparta el estandarte cuando se encuentra con algún impedimento? ¡Cortadlas! ¡Vamos! —gritó Varus—. Debo suponer que se ha producido alguna clase de ataque —añadió, volviendo a la conversación con Vala—. Por si acaso, ordena la maniobra que discutimos ayer mismo: avance, el más rápido posible.

—Eso volverá a causar el distanciamiento de las unidades... Muchos de los campamentos de la XVII todavía están abandonando la antigua ruta.

—¡No es posible que sean tan lentos!

Vala se preguntó cuántos años hacía que Varus no dirigía una campaña.

—Quiero ver el fin de estos bosques antes del anochecer —continuó el exigente pro-pretor— y dormiremos fuera de ellos. Haz sonar las trompas, que se imponga un nuevo ritmo, si hay riesgo de ataque entonces debemos ir más rápido hacia las llanuras. No veo una solución mejor. Esperaremos allí, fortificados.

Vala comunicó las órdenes y los bronces belísonos resonaron en el bosque, como la llamada de unos pájaros extraños que acallaban el incesante gorjeo de las aves de Teutoburgo. Los mensajeros galoparon a lo largo de la columna, en busca de los mandos de las legiones XVIII y XVII, para supervisar las órdenes del pro-pretor.

Varus sintió cómo a su alrededor la caballería, que se había mantenido inquieta durante toda la travesía, comenzaba a dar fuerza y velocidad a su paso, hasta que las primeras cohortes tuvieron que empezar a trotar y el orden y concierto de primera hora de la mañana fue sustituido por una precipitada premura en la que únicamente los caballos de los escuadrones se sentían cómodos.

—¡Empujad! ¡Empujad! —gritaba la voz de Cazarratas varias millas por detrás de aquella escena.

Las cuerdas estaban a punto de romperse, los legionarios se inclinaban como un prado de espigas tumbado por el viento, pero la catapulta era inamovible a pesar del enorme esfuerzo. Un látigo había restallado en el aire. Varios de aquellos rostros castigados se volvieron hacia Cazarratas, más desafiantes que medrosos.

—¿Queréis que os acaricie la espalda, malditas mujerzuelas? —gritó de nuevo el centurión.

La catapulta se había desplazado en la pendiente ayudada por el terreno, que en aquella curva se volvía limoso gracias a una fuente que cruzaba la senda, y una vez allí la rueda de madera se había encajado entre grandes bloques, quedando el brazo de la lanzadera enterrado por las malezas. Varias horas de sufrimiento no habían bastado para sacar la máquina del apuro, y Cazarratas había recurrido a más y más hombres.

Frustrados, veían cómo las hileras de legionarios pasaban junto a ellos y se

alejaban. Empezaban a quedarse al final de la marcha, pero Cazarratas no daba su brazo a torcer.

—¡Vosotros, *auxilia!* —gritó de nuevo, evitando con evidente asco la tentación de descargar el látigo sobre las espaldas de sus legionarios—. ¡Flaco, dile a ese decurión que se detenga!

El famélico legionario se fue hacia el decurión y le transmitió los deseos de Cazarratas, que vociferaba y gesticulaba al otro lado del batallón tratando, en vano, de sacar la catapulta del barranco.

—Esos galos nos harán bien —protestó el centurión cuando los refuerzos vinieron a ayudarlos—. ¡Más, más, que vengan todos! La columna se mueve demasiado rápido y nos vamos a quedar aquí a solas con la máquina a esperar a Segimerus *Cabeza-de-Lobo*, ¿verdad, pequeñajo?

En medio de las risas de Cazarratas, el látigo restalló bajo los árboles, y el pequeño legionario gruñó iracundo. Cazarratas se inclinó sobre aquél y descargó su pesado brazo en la espalda. Enfurecido, el legionario apoyó el filo de su cuchillo en la tensa cuerda de la que tiraba con todas sus fuerzas, y dejó que el centurión se confiase y continuase con su broma.

La catapulta comenzó a moverse, y un tronco joven, aplastado por el peso de ésta, gruñó secamente volviendo a su posición de origen. La máquina de guerra se movía a costa de un gran esfuerzo, el ángulo adverso en el que descendía multiplicaba el esfuerzo necesario para desplazarla. Las cáligas resbalaban en el suelo fangoso. Varios legionarios cayeron de rodillas y se levantaron de nuevo a costa del quebranto de sus espaldas por no soltar las cuerdas.

Cazarratas parecía disfrutar con la escena.

—¡Venga, cerdos, un poco más y todo habrá acabado, y podréis decir que vuestro Cazarratas os ayudó a sacar esta porquería de un barranco germano...!

No llegó a acabar la frase que tanto placer le estaba proporcionando. La cuerda de la que tiraba el pequeño legionario al que mortificaba depositando parte de su peso en su espalda, saltó tras ser cercenada por el filo del puñal, y lo hizo con la furia del más cruel de los latigazos. El centurión ni siquiera tuvo tiempo para zafarse, y las hebras dejaron una huella sanguinolenta en su rostro tras el chasquido.

Preso de una cólera incontrolable, el centurión gritó desgarradamente y se echó las manos a la cara. En ese momento la mayoría de los legionarios que empujaban de aquella cuerda se vinieron atrás arrastrados por el peso de la catapulta, que volvía a ceder. Cuando Cazarratas logró asir su propio látigo, la mayoría huía de él y la catapulta volvía a retroceder por la ladera, esta vez precipitándose con nuevo ímpetu hacia una posición todavía más desventajosa. Todo el esfuerzo se venía abajo.

Cazarratas desenfundó el gladio y se fue en busca del pequeño legionario, que no tardó en verse acosado por varios de los secuaces del centurión, entre ellos, el pérfido

Flaco. En medio del desconcierto general, el legionario del sur se defendía dando cuchilladas al aire.

Fue en ese momento cuando un galope se impuso al desorden general y varios caballos atravesaron el gentío que se agolpaba alrededor de aquel improvisado combate de gladiadores.

—¡Deteneos! —la voz de Casio Querea se impuso desde lo alto—. Deteneos si no queréis que os mande alancear aquí mismo... Centurión, ¿qué es esto?

Cazarratas no lograba articular palabra alguna, y se debatía con sus instintos.

Finalmente lanzó una mirada iracunda al prefecto y le mostró la marca del rostro, que había propagado un tono lívido a las numerosas cicatrices del veterano.

—¿Has sido tú el que ha hecho eso? —preguntó Casio al joven legionario.

—La cuerda se rompió mientras el centurión se apoyaba en mi espalda, a pesar de que no lográbamos sacar adelante la catapulta. ¡La cuerda se rompió y le golpeó en la cara!

—Veo que los dioses te castigan —concluyó Casio.

—¡Mentira! ¡Mentira! —gritaba Cazarratas fuera de sí. Varios hombres habían logrado apresar sus brazos y privarle del arma—. ¡Mira el cuchillo con el que se defiende! ¡Con ese mismo filo cortó la cuerda!

—Veo que si no se hubiese defendido con ese cuchillo ya te habrías encargado de ensartarlo en tu gladio —añadió Casio—. ¿Y qué hacías apoyándote en su espalda?

—¡Eso es mentira!

—Mentira... —murmuró el prefecto con desprecio—. Como si no te conociese demasiado bien. Considera tu herida un castigo, y celebraremos juicio cuando hayamos abandonado estos malditos bosques. ¡Tomad los nombres de estos legionarios! Pues los acuso de haber perdido una catapulta...

—¡La han perdido ellos, no yo! —rugió Cazarratas con insolencia.

—¡Estaban bajo tu mando, engendro del Can Cerbero! ¡Y no te atrevas a responderme una sola vez más! —exclamó al fin Casio—. Abandonad la catapulta. ¡Incorporaos a la marcha inmediatamente y preparaos para correr si podéis! Permaneced atentos porque es mi orden que esta legión debe ir a paso vivo, y si llega la hora será necesario que abandonemos parte de la carga.

—Ni siquiera nos atacan y ya huimos, eso dice mucho... —Cazarratas no logró acabar su frase, cuando Casio le descargó un latigazo. Fue un golpe inmediato y severo, y sólo pretendía demostrarle quién mandaba. Intercambiaron miradas de odio.

—Una sola palabra más, sólo una, centurión, y no será necesario que los germanos nos ataquen para que cuelguen tu cabeza de uno de esos árboles. ¡En marcha!

Casio hizo girar el caballo y dejó que aquellos hombres se incorporasen a las últimas cohortes.

Las plantas rastreras se acercaban a beber al estanque. Las rocas del santuario estaban cubiertas por una hiedra centenaria, sus hojas acerbas exudaban un olor amargo. El reflejo del rostro se rompió: la superficie del ignoto manantial se fragmentó con cien ondulaciones cuando el antebrazo del hombre se introdujo en la ordalía de agua. Lo que allí se había reflejado nítidamente dio paso a una mano que aferraba la empuñadura de una espada, que había reposado en el fondo.

Todo el fuego que asomaba al rostro de Armin había quedado oculto por la máscara de grasa de lobo mezclada con cieno que ahora lo cubría; la salvaje luz iluminaba únicamente las cuencas de sus ojos, ascuas desmesuradas y hambrientas, enmarcadas por los sargazos rojizos de sus párpados.

Privado de la barba a la manera de los jóvenes líderes queruscos, su cara y su cuello y las raíces de los desgredados mechones que partían de sus anchas sienes permanecían cubiertas por el unguento de las ciénagas. La pestilencia del cieno en el que hervía el recuerdo de los seres vivos, el hedor a ruina con el que se envolvía como en una capa solemne e invisible, le precedían.

Las ciénagas. Armin recordaba los cuentos de Cerunno. Cómo en sus profundidades se abrían las puertas que accedían al submundo de Hella. Allí era donde sucumbían los traidores y los asesinos, los enemigos de los germanos, también los violadores, los hombres falsos y las mujeres mentirosas, allí pagaban su tributo a la tierra los que no merecían el privilegio de convertirse en el humo que, ascendiendo desde una pira funeraria consagrada por las manos de un sacerdote, trepaba en busca de las mansiones del Padre de la Guerra. Privado de la incineración, el más despreciado de los traidores era entregado a la podredumbre de las ciénagas, pues aquel que no era capaz de transfigurarse en héroe debía volver a convertirse en barro de gusanos, para renacer entre las bestias o volver a menguar en el ciclo de la lucha. Las reflexiones sobre el castigo estaban unidas a la materia de la que procedían los hombres mortales, y en la incineración final que sólo merecían los héroes.

Armin se cubría con el cieno de la materia primigenia. Con el color del castigo. Se convertía en el *berserker* de los pantanos, en el demonio de las ciénagas que tantas veces lo había visitado en el transcurso de sus primeras pesadillas infantiles. Y así, uncido por Cerunno, vio su propio rostro reflejado en la superficie del cristalino estanque en que el santón había dejado descansar a *Zankrist*.

—El acero ha dormido en las aguas lípidas de este manantial, y el hombre que lo empuña está cubierto con el nefario cieno de la muerte. El arma es la intervención de los dioses, su designio, y está pura, es el acero que brilla en el agua. El hombre es corrupto, sucio, y mortal, y como tal te he revestido con el cieno de muchas almas de

animales y hombres y árboles muertos. Ambos, hombre y arma, cual nube y rayo, estáis listos para la última hora —recitó la voz del legendario santón de Wulfmunda.

Armin continuó inclinado, ensimismado, sin apartar la mirada de su propio rostro en la superficie del estanque, donde el agua que resbalaba por la hoja de *Zankrist* goteaba insistentemente, enturbiando el reflejo de su extraña imagen. Monstruoso como en los tiempos de su niñez, apareció junto a él el rostro de Cerunno, que le hablaba al oído, igual que un ciervo confidente que se acerca para susurrar enigmas en el oído de una divinidad.

—Todo está dispuesto. ¡Lo he visto con mis ojos de pájaro! Los sacerdotes de los dioses tenebrosos entonan sus plegarias, los régulos empuñan sus cuchillos ceremoniales, miles de hombres y mujeres te acompañan como a un río en su loca caída hacia los mares. Tu fuerza es ahora irreprimible. Nada puede detenerse en la piedra que ha echado a rodar ladera abajo. Ahora todo lo que se amontonaba experimenta la alegría de caer. ¡Y debes ayudarlo a caer, y a caer muy abajo! No te importe perecer en esta hora, que es la más grande de todos los años que recuerdo. Pocos de los que nacen tienen el privilegio de escoger el motivo y la hora de su muerte. Hoy es un buen día para morir.

No supo durante cuánto tiempo aquellas palabras resonaron en su mente, mas cuando quiso volver a fijarse en Cerunno, ya no estaba allí. Su reflejo se había esfumado a cambio de intrincadas nervaduras de ramas de sauce, hiedras colgantes, hojas mustias, tallos trepadores, que urdían su trama por encima del manantial.

Armin se alzó y giró sobre sí mismo. Enfundó la larga espada de los clanes y se la echó a la espalda con ayuda del tahalí. Después saltó sobre *Draupner*, que relinchaba inquieto, consciente de lo que se avecinaba, igual que en los días en los que intuía la proximidad de una gran tormenta. A una orden suya, la bestia se encabritó y saltó hacia delante por una senda.

La senda se retorció entre enormes bloques erráticos, acumulados al pie de la colina por ancestrales glaciaciones, gigantomaquias y disputas milenarias entre el cielo y la tierra. Le pareció que los troncos se apartaron y descubrió una escena mítica: docenas de sacerdotes se habían agrupado en torno al monumento megalítico que los ancestros dedicaron a Thor en aquellas frondosas sombras. Le sorprendió a Armin descubrir un séquito de mujeres que rodeaban a una sacerdotisa de cabellos rojos. La mitad de su pecho estaba siendo uncida por los dedos de Cerunno con el ungüento aceitoso del quermés. Armin dejó que su caballo se detuviese. Unos trazos de luz descendían e incendiaban la tenue humareda de una hoguera. Podía ver la silueta del adivino con su tiara de hiedra y muérdago, el cayado de raíz de manzano, los rugosos dedos enrojecidos extendidos como las extremidades de un ambicioso tejo que rebrota. Por un momento se preguntó cómo podría haber allí tanta calma mientras la vida y la muerte estaban a punto de celebrar sus bodas a corta distancia,

cuando todos aquellos manantiales que los rodeaban fluyendo por los surcos de la selva iban a volverse tan rojos como el crepúsculo que se avecinaba.

Retrocedió hacia la senda. Atravesó la maleza por un túnel practicado a golpe de hacha durante los largos meses en los que prepararon la batalla y descendió una pendiente rodeando los flancos de la colina. Hacia el suroeste la selva se volvía tan espesa que apenas era posible trotar entre los apretados troncos, las enramadas y la marea de arbustos. A pesar de que la llanura pantanosa se abría no muy lejos, los bosques de Teutoburgo extendían latigazos de su impenetrable alfombra al pie de las colinas.

A lo lejos escuchó un ligero toque que lo obligó a detenerse. *Draupner* se movía lentamente y Armin prestó toda su atención. Inconfundibles para quienes habitaban lejos de Roma, y también para quienes vivieron en las entrañas de sus ejércitos: eran las llamadas de las legiones. Parecían hallarse a una distancia inconmensurable, pero ahí estaban. Y él sabía lo rápido que podían moverse cuando se lo proponían. Sin duda alguna sus cálculos eran exactos. Habían caído en la trampa, pero ya eran conscientes de que estaban en inminente peligro. La desaparición de sus partidas de rastreadores había llegado a oídos de los mandos, sospechaban de la presencia de enemigos. No imaginarían bajo ningún concepto lo que les esperaba, pero él, a quien los romanos habían llamado Arminius concediéndole el rango de tribuno de caballería, él conocía la pericia de los altos mandos y de los generales de las legiones: eran capaces de maniobrar en cuestión de unos granos de arena. No podía permitirlo. Había que empezar a actuar.

—¡Armin! —la voz de Vitórix lo arrancó súbitamente de sus reflexiones—. ¡Los romanos están aquí!

—¡Ve en busca de las caballerías! ¡Diles que el *kuninc* los llama! Gailswinther entenderá. Pídele a Wulfila que haga lo que le pedí... —ordenó al galo.

—¿Wulfila?

—¡Sí, Wulfila! ¡Sabes quién es, por las barbas de Thor!

—¡Claro que lo sé! Pero ese Wulfila hace rato que mandó a sus fuerzas desde el claro al otro lado de la colina. Estaba nervioso, le sudaban las manos. Había continuas peleas entre los queruscos. No se aguantaban ni entre ellos... ¡Tus germanos no pueden esperar más! ¡Debes darles la orden! Wulfila y toda esa marea de Wilunt y de Witolt ya ocupan las posiciones que ordenaste ante la pradera. Los bosques están atestados de hachas, cientos de frámeas apuntan hacia el llano... y no serán pocos los romanos que morirán golpeados por las cabezas de los martillos.

—¿Y los otros jefes?

—Fueron uncidos por los druidas. Todos pasaron por las piedras del *nemeton* y pronunciaron las palabras de Cerunno. Todos los cabecillas de las hordas han desaparecido en la selva, a la espera de tu orden. Los jefes que están al mando de los

caballos dijeron que se reunirían en lo alto de la Cima del Trueno.

Armin miró hacia arriba.

—Si no ha cambiado nada deben estar casi todos allí, excepto sus hijos, los *fürst* permanecen en los prados del norte, junto a los jinetes, que aguardan inquietos y cada vez más ruidosos. A pesar de las órdenes de Cerunno querían presenciar la llegada de Varus desde lo alto de la colina.

—Y están a punto de llegar...

—Todo se ha hecho como dispusiste antes de que desaparecieses en busca de esa... nueva cara que te has puesto. ¡Y además sin barba! —rezongó el galo, acariciándose las hebras de su espeso bigote, como si una cuchilla invisible fuera a causarle el ignominioso afeitado.

—Bien —murmuró misteriosamente Armin con la ansiedad de un hombre hambriento, y sus ojos volvieron a abrirse desmesuradamente: habría dicho que por primera vez en su vida Vitórix le había mirado de un modo extraño, como si fuese él quien al fin se había vuelto loco.

El descendiente de Vercingetórix reparó en su violenta mirada.

—¿Cómo piensas vencer a todos esos romanos? —le espetó de pronto el galo, acariciándose las muñequeras guarnecidas de púas. Son muchos. A juzgar por el rumor de esas trompas Vitórix diría que son veinte mil...

—Pero yo soy más listo que Augusto y que todos sus generales juntos —respondió el querusco resueltamente, y volvió a provocarlo con aquel gesto que parecía intimidar a su compañero de aventuras; llevar la máscara de guerra tenía sus ventajas.

—Vercingetórix me dice que estás loco.

Armin frunció el entrecejo exageradamente, abrió los ojos hasta que el blanco contrastó horriblemente con el negro ceno que enmarcaba la carne roja de los párpados, y sacó la lengua mostrándole los colmillos.

—Ya somos dos —se burló el querusco.

—¡Casio! ¡Allí!

El joven Calvus Cadius señalaba unas rocas bajo los árboles.

Era tal el rugido de la cascada que se precipitaba entre los riscos, siempre al amparo de las sombras, que sólo a gritos lograron ponerse de acuerdo. El descenso ideado por los ingenieros *inmunes* y los *milites*, rodeando el desnivel, se había deteriorado con el paso de miles de soldados y cientos de carretas. Mientras tres cohortes se empeñaban en reparar los desperfectos de la pila de troncos y barro que sorteaba los desniveles rocosos, Casio había ordenado que los escasos escuadrones de retaguardia se dispersasen, superando el río que aunaba la potencia de mil torrentes en el lecho del boscoso valle. Nadie quería imaginar lo que significaría verse atrapados en aquella selva si estallase una tormenta.

La partida había abandonado a los soldados. Casio se había adentrado en el bosque. Un indicio llamó la atención del avezado prefecto, que pidió el reconocimiento de una partida compuesta por varios de los mejores soldados junto a su mejor tribuno, Calvus.

Ahora era precisamente él quien señalaba hacia las rocas con el rostro pálido.

—¡Casio! ¡Allí!

Casio y una docena de jinetes fueron hasta aquella prueba que confirmaba todas sus sospechas.

Cuando sus soldados se hubieron desplegado, el prefecto descendió del caballo y se aproximó con pasos graves al más espantoso escenario que pueda ser imaginado.

Piedras y lianas parecían arrastrarse por aquel rincón de la selva, y las sombras, que todo alrededor eran tan densas y profundas, se esclarecían al pie de una barrera de riscos que bien podría haber dado cobijo a una de las criaturas míticas con las que combatió Heracles en los pantanos de Lerna. La luz trazaba desiguales y cambiantes parches sobre las piedras. Se escuchaba el lánguido gemido del viento. Rodeado de moscas, abierto por todos sus costados, vergonzosamente ladeado, terriblemente exánime estaba el cuerpo de uno de los rastreadores, ensartado en una estaca ennegrecida que elevaba afilada y dura la advertencia blasfema de su puntal. Junto al cuerpo de aquel rastreador, veían las cabezas de cinco romanos, ensartadas con sus cascos todavía ceñidos. El zumbido de los insectos anunciaba con pesadez la presencia de un funesto mediodía.

Calvus se inclinó y apoyó ambas manos en las piedras, como un augur que se arrodilla ante la escalera de un templo.

—Santos dioses... Yo conocía a ese hombre —murmuró Calvus.

Un silencio de muerte reinaba en la selva.

—Lo sabía... —rezongó Casio—. Lo sabía...

Caldus se aproximaba al prefecto. Iba a decir algo cuando la voz de Casio cambió de registro y su rostro lo miró, lleno de energía.

—¿Por qué se demoran las unidades de los *auxilia*? ¿Por qué se demoran las unidades de los *auxilia* germanos? —Casio se abalanzó como loco sobre el tribuno y lo agarró por los hombros con una fuerza sobrecogedora que infundía terror en los que presenciaban la escena. ¿Se había vuelto loco...?

—¿Por qué se retrasan los *auxilia*, dímelo? —gritó el prefecto, y volvió a mirar los cuerpos de aquellos rastreadores.

Caldus logró sobreponerse, confundido.

—No lo sé... sólo oí que se retrasaban por orden de Varus para vigilar la retaguardia de la marcha. Varus pretendía así que sufriesen todas las bajas si se producía un ataque.

—No Caldus, no es por eso. ¡No es por eso!

Tras rugir aquellas palabras, Casio se volvió y trepó las rocas con la agilidad de un mono.

—¡Estos hombres se merecen dignos funerales! ¡Ayudadme vosotros, mientras los demás vigiláis nuestras espaldas!

Preso de una extraordinaria energía, Casio fue socorrido por Caldus en la cima del risco. La luz bañaba sus cuerpos en torno al maloliente cadáver, hacía brillar sus furentes ojos. Casio trataba de arrancar la estaca, pero había sido aprisionada por una gran fuerza en una grieta profunda. Los insectos se elevaban alrededor. Caldus trataba de apartarlos de su boca, mientras aspiraba el hedor y le devoraba las entrañas. Casio jadeaba, impotente. Ninguno quería asir el cuerpo y alzarlo hasta sacarlo de la estaca, lo que parecía imposible dada la longitud de ésta.

—Que los dioses no nos obliguen a abandonar a este hombre... —suplicaba Casio en su desesperación—. Jamás abandoné un muerto sin sus dignos funerales...

Por fin Casio se volvió y miró a sus horrorizados compañeros. Tomó una de las cabezas y se la arrojó a un jinete, que la apresó perturbado, arrugando el rostro al sentir el tacto del cuello desgarrado.

—Envuélvela en tus mejores togas, que es la cabeza de un compañero...

En ese momento el joven Caldus se volvía y arrojaba por la boca todo lo que había comido aquella mañana entre arcadas y amargos retortijones.

Casio extrajo el gladio y comenzó a golpear la estaca, dando mandobles a cada cual más furioso, hasta que al fin se astilló y, tras apoyar todo su peso contra ella, logró partirla. Socorrido por el pálido Caldus, abrazaron el cuerpo del cadáver y lo extrajeron. Después descendieron trabajosamente y envolvieron al muerto en una manta, lo alzaron sobre el caballo de Casio y emprendieron el regreso.

La luz se había debilitado bajo los árboles, cuando escucharon un griterío salvaje

que procedía de las cascadas. Apenas Casio ordenaba la detención cuando las voces se hicieron más claras: el paso de los riscos por encima del torrente parecía bloqueado por un asedio de innumerables crestas rojas.

—¡Márseros!

—¿Márseros en Teutoburgo? —inquirió Casio con ojos halcónidos—. Nuestra ventaja es que no saben de nuestra presencia.

—¿Cuántos? —se escuchó la voz de Cayo Licinio, otro de los jóvenes patricios bajo el mando de Casio Querea.

—Es difícil precisarlo, pero debemos actuar con destreza. Y no olvidéis que esas cabezas que lleváis en el regazo son el orgullo de un soldado, pues algún día puede que otro tenga que cargar con las vuestras. Despejaremos el camino y dos de vosotros se encargarán de conducir a los caballos por encima de las piedras. Trataremos de cubrirnos con ellos. De cualquier modo hay que actuar rápidamente, sin vacilación. ¡Matadlos a todos!

Apenas había dicho aquello, cuando Casio se deslizaba entre las ramas en busca de la espalda de sus enemigos.

Una conveniente hilera de rocas ofrecía amparo a los arqueros márseros, que no cesaban de arrojar sus flechas hacia el ejército. Abandonado el rincón, el ejército romano respondía con sus *pilla*, que iban a clavarse entre la densa vegetación.

Las gargantas de los márseros emitían espantosos aullidos. Varios cuerpos romanos yacían al otro lado del arroyo; no habían logrado llenar los odres de agua antes de que la tentación de la sangre sedujese a sus ocultos enemigos. El mársero se inclinaba entre las piedras, recubierto de sangre, con la cresta roja apelmazada por el ácido y reseco jugo del quermés. No podía haber más mortífera fiereza que la que asomaba a sus ojos rasgados y azules. Había gritado haciendo vibrar temblorosamente su garganta, cuando al volverse para avistar a sus compañeros descubrió los ojos cargados de furia, el casco de bronce y el brillo fugaz del acero. El filo negro forjado con hierro de Noricum acabó con todos los cantos de aquella criatura humana, y su cabeza decapitada corrió por las piedras pintando indescifrables letras que sólo la muerte repentina sabe escribir de un solo trazo. Apenas la cabeza se detenía entre los helechos, cuando Casio saltaba por encima de las rocas y arrojaba un furioso golpe sobre el brazo recién armado de otro salvaje: brazo y cuchillo cayeron amputados, al tiempo que la hoja volvía hambrienta para morder el costado del herido. Muerto aquél, Casio descubrió no muy lejos cómo Calvus rodaba entre las malezas debatiéndose con un mársero que lo acosaba con salvajes ojos. Fue en su auxilio, no sin antes derribar a otro arquero que se interpuso en su camino con sus cuchillos; pero aquellos germanos de los bosques no eran los que peleaban en las praderas abiertas, y desconocían las destrezas de los gladiadores y de los legionarios aguerridos, enfrentándose a sus enemigos como si fuesen ciervos y jabalíes

indefensos que han caído en una trampa.

Caldus rodaba en un amasijo de barro, hojas y guijarros. Casio comprobó que la comitiva de sus caballos ya sorteaba las rocas. No podía abandonar a Caldus a su suerte. Marco Licinio protegía el paso entre los árboles.

Una lluvia de flechas los avisaron de que un nutrido grupo de salvajes se aproximaba. Escucharon sus gritos romper todo alrededor como una jauría de animales hambrientos.

Casio no sabía cómo dar el golpe, tan pronto como Caldus estaba sobre su captor era su antagonista el que giraba y lo amenazaba; ambos se debatían por el dominio de un cuchillo que empuñaban a partes iguales en el regazo, tratando de dominar la afilada punta. Caldus se defendía de aquella mirada de odio que lo acosaba y de aquellas uñas que se clavaban en sus manos, de aquellos dientes afilados y de aquella boca que hedía. El mársero logró hundir sus incisivos en el hombro del romano, que profirió un espantoso grito. Casio iba a dar el golpe mortífero, cuando el propio Caldus se convulsionaba, y el cuerpo tenso del mársero languidecía con los ojos abiertos y vacíos.

—Has vencido... —reconoció Casio, con una mirada llena de orgullo, mientras ayudaba a su tribuno a ponerse en pie—. No me equivoqué contigo.

Las flechas pasaron cortando el aire y los gritos ulularon entre la vegetación. Las voces de unos romanos les advertían de que ya no podrían escapar si no abandonaban la orilla en aquel mismo momento.

Mientras sorteaban las rocas sobre los torrentes, las flechas cruzaban el aire y se sumergían en las aguas con un zumbido. Apenas llegaban a la otra orilla, cuando el caballo de Caldus fue alcanzado por varias flechas que se hundieron en su piel blanca con un sonido esponjoso. Los cuartos traseros del animal vacilaron, relinchó presa del pánico y resbaló hacia la cascada.

Caldus gritó y trató de aferrar las riendas. No había terminado de asirlas cuando el animal se precipitaba entre las piedras, arrastrado por el agua. Después de golpearse la testa, de costado, el cuadrúpedo enfrentaba la caída del gélido torrente. Caldus comprobó en su amargura que el animal se convulsionaba.

—No está muerto, Casio, no puedo abandonar así a mi caballo...

—¡Marchémonos, Caldus! ¡Ahora!

—¡No! —gritó el joven, presa de un coraje temerario.

Las flechas comenzaban a silbar alrededor. El caballo trataba de enderezarse bajo la cascada de agua.

—¡Por Marte, Caldus! ¡No lo hagas! Da gracias si la muerte de tu caballo es lo peor que vayas a presenciar en esta batalla... —le gritó Casio. Viendo que Caldus no retrocedía, pidió que varios arqueros romanos se apostaran en la orilla y que disparasen sus flechas para dar protección al tribuno.

Caldus recorrió el camino hacia la orilla, salvó la distancia que lo separaba de Casio y se arrojó a las aguas verdes y profundas. La fuerza del agua lo empujaba. Se aferró a una roca y se enderezó con gran esfuerzo. Los gritos de los salvajes se elevaron por encima del atronador bramido de los torrentes. Caldus abrazó el cuello de su caballo y recorrió su garganta con el filo de su gladio. La espuma se volvió roja. La cabeza decayó exánime. Las patas dejaron de convulsionarse aparatosamente. El animal moría gracias a la fidelidad de su amo.

Se dejó arrastrar un buen tramo por las gélidas corrientes, encubierto por la espuma y la vegetación. Después asomó la cabeza, unos brazos tiraron de él y lo sacaron del agua. Dos hombres lo colgaron sobre sus hombros, mientras tosía y perjuraba. Casio lo abrazó y preguntó, besándolo como a un hijo:

—¿Quién sino tú habrá de ser el orgullo de tu familia? ¡Vedlo, este es un romano!

Abandonaron la emboscada orilla y se incorporaron al ejército, en el que las trompas resonaban con llamadas inconexas. El desorden reinaba entre los legionarios, incapaces de saber de dónde vendría el ataque. Casio estaba convencido de que no tardaría en llegar. Sus tribunos se congregaban en torno al estandarte de la legión.

—¿Qué noticias nos han llegado de la vanguardia? —exigió Casio.

—Varus se acerca al final de los bosques —anunció un tribuno.

—Pero Varus va montado a caballo y las dos alas principales empujan a marchas forzadas. La mayoría de las cohortes se han quedado atrás, atosigadas por el ritmo... —se lamentó otro.

—Y desprotegidas... ¡Maldición de todos los dioses! ¡Maldigo a Varus ante todos vosotros! —gritó Casio, colérico—. No hay peor situación para el ejército, y Varus sólo piensa en ponerse a salvo y esperarnos a la salida de los bosques. Se ha sentido inseguro, ¡ese cobarde!

—Los rastreadores no han regresado —añadió un centurión.

—Sí que lo han hecho —respondió Casio con decisión—: al menos sus cabezas sí que lo han hecho.

El tribuno miró con un gesto de dolor la cabeza que Casio le señalaba con la punta de su espada, sostenida en brazos de un legionario.

—Ahí tienes todo lo que ha quedado de algunos de nuestros mejores rastreadores. ¡No había ni rastro de los salvajes que los guiaban!

—Los guías han desaparecido...

—¡Nos han traicionado!

—Los guías están llevándonos a un matadero, ¡abrid los ojos! Hay que movilizarse ya mismo...

—¿Qué hacer?

—Que la marcha sea en tortuga, que tiren toda la carga que no sea necesaria, que abandonen los carros y que conduzcan las reses en el centro de la columna, rodeadas

por muros de escudos. Iremos en esa posición lo más rápido posible. Nos separa una larga distancia todavía, y algo me dice que no nos van a atacar unos pocos salvajes como esos...

Marco Licinio ayudó a Calvus, que trataba de aferrar las riendas de un caballo.

Casio continuaba dando órdenes con la fiereza de un general que había optado por omitir el mando de Varus.

—¿Y el ala de Cejonius?

—Cejonius pretendía largarse para cohesionar las dos últimas legiones —respondió un tribuno.

—¡No! Que vuelva, que vuelva inmediatamente repartiendo sus escuadrones, tiene que proteger los flancos de las cohortes... —ordenó Casio—. Yo mismo iré en su busca. Pongámonos en marcha. Comunicadlo a todos los centuriones.

Casio y tres tribunos galoparon entre los árboles. Sus gritos se alejaban en todas direcciones, alcanzando a cada mando a su paso, cohorte tras cohorte. El Águila de Plata le seguía a caballo, empuñada por su violento *aquilifer*, y dondequiera que iban los saludos de los legionarios los recibían y acto seguido se cubrían con sus escudos.

—Este escuadrón protegerá el Águila de la legión. ¡No me abandonaréis hasta que hayamos abandonado los bosques! ¡Moriré junto a ese estandarte!

La caballería comandada por el *prefectus alæ* Cejonius se agrupaba bajo grandes fresnos. La maleza parecía más despejada en aquel lugar y el suelo de la selva era menos accidentado. Allí podrían presentar mayor resistencia. Los arrogantes jinetes se apartaban ante el trote decidido y la mirada fulminante de Casio.

—Cejonius —saludó el prefecto—. No puedes marcharte con esos caballos.

Cejonius era natural de Umbría, moreno, y se afeitaba con tanto celo que apenas se levantaba una sombra en su rostro curtido por las cuchillas y el sol.

—En rango estamos equiparados, Casio; no puedes imponer tus razones a las de Varus, y Varus nos pidió que ocupásemos otra posición.

—Esto es una emboscada, Cejonius; Varus abandona los bosques y galopa a caballo para dejar el peligro atrás. Ahora estamos aquí y tenemos que prepararnos para lo peor...

—¿Cuándo se ha producido el ataque?

—Ahora mismo...

—Casio —le interrumpió el prefecto de caballería—. No puedes presuponer un ataque por un encuentro desafortunado con una tribu de los bosques.

—Sabes que los rastreadores no volvieron, y he encontrado algunas de sus cabezas clavadas en estacas...

Cejonius miró a otro lado, incómodo.

—No puedes presuponer una emboscada de esas proporciones...

—¡Estamos en la peor de las posiciones imaginables, las leyes militares nos

obligan a *proteger* las legiones, no a acatar las ideas de un loco que huye rodeado por dos alas de caballería...! ¡Esto es fatalidad, Cejonius! ¡Ese cielo que ves ahí arriba, ese cielo está a punto de desmoronarse sobre nuestras cabezas y nadie se da cuenta porque esta maldita selva impide toda visión...!

—No puedo anteponer tus sospechas a las órdenes del pro-pretor, Casio...

El prefecto agarró a Cejonius por las correas de la coraza con violencia.

—Puedes marcharte si quieres, pero la caballería se queda. ¿Está claro?

—¡Se acercan! —gritó Vitórix.

Incluso al otro lado de la colina se escuchaban las llamadas de las legiones. Armin no se detuvo para prestar atención. *Draupner* saltó una rama baja y abandonó el suelo del bosque.

De pronto se vio rodeado por centenares de jinetes. Las hordas vociferaban inquietas alrededor de unos postes mal clavados en torno a los cuales los más jóvenes hacían girar a sus cuadrúpedos. Los rostros de los muchachos se volvieron hacia el demonio de las ciénagas. Por unos momentos Armin se sintió extraño entre aquellos hombres, ajeno, extranjero, *sobrenatural* habría dicho, de conocer la palabra.

El querusco fue a su encuentro sin yelmo alguno, las greñas encrespadas por la máscara de cieno, los ojos punzantes cargando contra cada mirada, las riendas en la mano, conteniendo el nervioso brío de la gran cabalgadura negra que era *Draupner*. Algunos régulos sajones le arrojaban hoscas miradas. Veía las barbas trenzadas, las largas coletas rubias de los hombres del norte, los ojos azules agazapados, como aves de presa al amparo de unas máscaras cónicas cerradas con garras de bronce cobrizo. A su alrededor desfilaban las astas de gamo y los cuernos de uro en los estandartes, las plumas de cuervo y de alondra sobresaliendo de los yelmos penígeros, las corazas negras de piel, las capas y mantos curtidos en piel de oso y de nutria, de marta y de lobo, las muñequeras tachonadas de púas, las largas barbas de los longobardos y de los veteranos, los rostros lampiños de los adolescentes queruscos, tubantios, brúcteros, catuarios y angrívaros, y los anchos corpachones de los caballos del norte, con sus patas peludas y lerdas, de las razas venidas de allende los mares germánicos. Las filas se abrían a su paso, las palabras caían muertas en los corros de chanzas, cuando descubrían al príncipe querusco, al jefe de los clanes del lobo negro, a Wulfmund redivivo, al soberbio *kuninc* de Germania.

Armin tensó todos sus músculos y apretó los hombros. Respiró profundamente cuando se halló en el centro de la gran pradera, un lomo pelado que descendía la cara norte de la Cima del Trueno, semejante a una larga brecha abierta en las selvas de Teutoburgo.

Elevó la cabeza y abrió la boca, como si quisiera tragarse todo el aire del cielo. Allá arriba unas nubes blancas se dejaban herir por las cimas del Teutberg, y, a pesar de los parches azules, la tarde se volvió repentinamente gris y la luz declinó ante la presencia de unas formaciones tormentosas.

—¡Gailswinther! —rugió Armin—. ¡Wulfrund! ¡Wulfsung! ¡Gerowech!

Y así, uno a uno, gritó los nombres de los comandantes de la caballería, y cada vez que pronunciaba un nombre otra horda bramaba y golpeaba los escudos de

madera, sacudiendo espadas, lanzas, martillos. El furor se abría paso entre las hordas, los hombres vociferaban, las bestias relinchaban, piafaban, pateaban la hierba.

Armin se reunió en círculo con los treinta jefes que había nombrado y miró sus rostros, donde pares de ojos inquietos no cesaban de escrutarlo para adivinar al ser humano que habían conocido y que ahora se ocultaba tras la máscara de guerra: ahora se enfrentaban a unos ojos implacables y enfurecidos, a una boca de lobo que daba órdenes.

—Conocemos a Wulfmund, y le seguiremos al combate —afirmó Gerowech, uno de los hijos de Guntram, el Rey del Norte.

—¡Escucharéis la orden de la Boca del Lobo, del Werwulf! —rugió Armin, mirándolos uno a uno—. Procurad que vuestros jinetes no se precipiten. Los queruscos rodearán la Cima del Trueno por el sur y el oeste, y aguardarán en las sendas de las ciénagas a que yo descienda y los guíe. Allí enfrentaremos la caballería de Varus. Sólo después los romanos deben advertir al resto del ejército. ¿Entendido? Sajones y longobardos irán por esa senda hacia el noreste y esperarán en el inicio de las praderas. Allí es donde libraremos el gran asalto. Preparad todos los cuernos de caza, sólo cuando yo acuda y escuchen la llamada de los queruscos al sur de la Cima tendrán que resonar los cuernos por todo Teutoburgo...

—¿Y si Wulfmund no llega...? —preguntó Gailswinther; era el único de todos ellos que no se dejaba intimidar por la nueva apariencia de Armin.

El querusco se aproximó a él desafiantemente, plantando su rostro a unas pulgadas del impertérrito y legendario jinete.

—Si no llego es que alguien te ha cortado las barbas y te las ha metido por el culo, así que dudo mucho que te preocupe demasiado lo que haya pasado conmigo.

Vitórix y Wulfsung empezaron a reírse como salvajes. Gailswinther sonrió malévolamente.

Los guerreros intercambiaron miradas festivas. Armin desorbitaba los ojos y ordenaba a *Draupner* trotar alrededor del círculo.

—¡Es hora de que empiece la pelea! —gritó, como sólo lo hacen los locos—. ¡Gloria! —gritó.

Las hordas vociferaron desordenadamente su nombre.

Draupner se encabritó, excitado y encolerizado, y arañó el aire con sus patas delanteras.

—¡Yo os conduzco a la victoria! —gritaba el querusco, tirando de las riendas con fuerza para controlar las alzadas del caballo—. ¡A por las águilas de Roma!

Vitórix gritó alzando los brazos tras Armin.

Se reunieron con las hordas de los clanes queruscos.

—Wulfrund y Wulfsung, Sigmir, Hadubrandt, Hartmold... conducid los caballos hacia el sur, ya conocéis el lugar elegido. ¡Que nadie abandone los árboles hasta que

el Werwulf llegue!

Una marea de cuadrúpedos empujaba al fondo de la pradera introduciéndose en las cañadas de la selva. Había miles de caballos en marcha, y eso era una fuerza que sin lugar a dudas superaba los contingentes montados de Varus y sus tres legiones, por más galos y celtíberos que trajese consigo.

La hora definitiva se aproximaba inexorablemente. Las legiones estaban a punto de aparecer en el este, en el regazo de los precipicios y desfiladeros de las serranías de Osning. Armin sabía que la historia entera de su pueblo convergía en aquel lugar, y que lo que sucediese dejaría huellas para el resto del mundo.

Ya sólo unas pocas docenas de jinetes esperaban en el prado.

Eran los más viejos, que acompañaban sobre sus jamelgos a los jóvenes ávidos de gloria, recogiendo los enseres olvidados, los adminículos caídos durante los ejercicios. Sus voces recorrían melancólicamente el prado, cuando Armin, seguido por Vitórix, se precipitó de nuevo en la senda que trepaba por los costados de la colina en busca de la cumbre en la que aguardaba el cónclave de Germania.

El sol adquiría el fulgor de una esfera de cobre incandescente en el oeste. Descendía poderosamente hacia su propio ocaso, se precipitaba una vez más en su órbita prescrita en busca de un telón de nubes que cruzaba el horizonte meridional de este a oeste. Las colinas se elevaban en medio de un vaho dorado. Por encima, las nubes de tormenta venían del norte.

La silueta negra del querusco apareció contra la luz. Detrás entraron varios miembros de su guardia. El calvero de la Cima del Trueno estaba ocupado por más de cien régulos germanos y sus mensajeros. La infantería de Germania esperaba las últimas órdenes del *kuninc*. Armin sabía que todo estaba dicho, pero había dispuesto así su plan: quería dirigir su última palabra y su última arenga momentos antes del gran asalto, quería presenciar la aparición de las legiones desde aquel balcón que, como un bárbaro templo erigido al dios de las tormentas, se asomaba sobre el escenario de la batalla.

Su fuerte mirada se encontró, de pronto, con los ojos de su tío Ingomer.

—¡Que Thor me socorra! ¿Qué ven mis ojos? ¡In! ¡Go! ¡Mer! —exclamó burlonamente.

—Ingomer ha venido con sus hombres para apoyar a Wulfmund... —se excusó su tío.

—¡Sorprendente! —bramó Armin—. ¿Y quién ha tenido la feliz idea de invitarte a mis festejos?

—Nadie —respondió escuetamente Ingomer. Armin sabía que ocultaba el nombre del que lo había llevado a aquel lugar—. Fue cosa de Ingomer que Ingomer llegase a combatir con sus hermanos de Germania.

—¿Y dónde está Segestus, tu gran amigo de Siga? —preguntó el querusco en un

tono agresivo que invitaba a la risa a los rudos jefes.

—Segest es amigo de Varus y permanece en sus tierras...

La mirada de Armin se enturbió, iracunda.

—Segestus es amigo de los romanos, ¡y está demasiado ocupado buscando la mano derecha de su hijo mayor, que Armin cortó de un mandoble! Quién sabe, a lo mejor algún día la encuentra y una de sus mujerzuelas es capaz de cosérsela...

Más risas. El broncíneo clamor de las trompas romanas invadía el ancho valle. Armin se aproximó a Ingomer, y el caballo de éste se inquietó ante el brío irrefrenable de *Draupner*.

—¿Ves este caballo? Es noble, el más noble que hayas conocido. Este animal perdió a su hermano por culpa de Roma y por culpa de Segest: se llamaba *Sleipner*, y tú lo conociste. Los dos, mi caballo y yo, venimos hoy a cobrar venganza. ¡Venganza, Ingomer! La más grande de las venganzas pende sobre el cuello de esas legiones, y quiero el corazón de Varus en la mesa de los cuervos... Si obras en contra mío, no quedará nada de ti... Y si no fuese el día que es mandaría azotar a todos estos deslenguados nacidos del excremento de las urracas hasta dar con el traidor que te encubre, porque no deberías estar aquí, Ingomer, y tu presencia no es bienvenida... pues nos produce asco a mí y a mi sagrada mujer...

—Todos los brazos deberían ser bienvenidos en esta hora —se defendió Ingomer lacónicamente—. Y durante todo este tiempo he servido fielmente al pacto, he informado acerca de los movimientos de Varus, he advertido sobre las intenciones de los guías, y ahí están las legiones, donde Wulfmund deseaba que estuviesen. No soy un traidor.

—¡Eso lo veré más tarde! Recuerda que la historia de los hombres será muy larga, y tu cuello es muy corto. El cobarde se da demasiada importancia a sí mismo. No cae en la cuenta de que en medio de la historia igual da uno más que menos. Y te aseguro que si me fallas en esta última hora, me encargaré personalmente de ti y de los tuyos... te despedazaré a ti y a todos tus hijos si has venido a traicionarme...

Armin se volvió de nuevo y arengó a los régulos. La atención de aquéllos se había desviado hacia las llamadas de las trompas romanas, y muchos se asomaban por encima del calvero para presenciar el espectáculo: Varus emergía de los bosques como la diligente columna de un hormiguero. Desde allí arriba podían ver cómo los escuadrones de caballos invadían el centro de la pradera.

—Daré la orden de asalto a través del campo de batalla, y enviaré a varios queruscos con cada jefe, para asegurarme de que todo será así y de ninguna otra manera. He venido a vencer. Nada de actuar por cuenta propia. Hay que acabar con las tres legiones. Germania es libre, no quiere esclavos, por eso pido reagrupaciones y ataques organizados para acabar con el enemigo. No he venido a negociar, sino a tributar una venganza. ¡El sublime Augusto, el padre del Imperio, debe recibir un

mensaje claro: algo que no había sucedido jamás en la historia de Roma, el total exterminio de estas tres legiones y de sus correspondientes tropas auxiliares! ¡La pérdida de sus tres águilas de plata...! ¡A partir de hoy y tras este mandoble, si los dioses nos son propicios, Roma andará coja y no se recuperará nunca de la ira del norte!

Los hombres sacudieron sus testas, los brazos se tensaron, alzados, y los gritos comenzaron a resonar a su alrededor.

El dragón romano había aparecido y reptaba lentamente por las praderas, allá abajo. Treinta mil soldados del Imperio avanzaban a través de los bosques de Teutoburgo, encaminándose a una trampa letal.

La coraza negra de Armin se recortaba contra el inicio del crepúsculo. Los brazos runificados del lobo querusco se extendieron, como si quisiese abrazar el valle.

—¿Queréis aprender algo de historia? —gritó jovialmente a los agitados jefes que, inquietos, esperaban con ansiedad la orden de Armin para partir en busca de los bosques.

—¡Déjanos invadir el campo de batalla! —gritó un hombre recio y ancho, de espesa barba negra y fieros ojos azules.

—¡Ahora o nunca! —gritó otro rubio, ciñéndose el primitivo barboquejo con el que aseguraba el yelmo alado.

—¡Aprended algo de historia antes de la lucha! —gritó Armin. *Draupner* parecía alterado por los gritos desaforados y violentos de su jinete—. Hispania está allá en el sur. No es tan grande como las Germanias, pues así nos llama Roma, pero es lo bastante grande como para albergar a muchos pueblos... En Iberia hubo gente como nosotros, gente atacada por Roma, robada, masacrada, engañada... Allí hubo un héroe llamado Viriatus, un pastor al que habían asesinado amigos, mujer, hijos, animales... ¿Sabéis que tenía Viriatus? Nada. Lo que tendréis vosotros si no me hacéis caso, ¡y escuchad! Viriatus estuvo al frente de una hueste rebelde, hombres como vosotros y como yo, hombres libres que quisieron continuar siendo libres. Hace muchos años Viriatus tuvo a su merced dos legiones enteras, vencidas, postradas y acorraladas a sus pies como una presa entre las colinas, después de muchas batallas victoriosas entre los ríos de aquellas tierras extrañas. Los romanos quisieron hablar, y quisieron *pactar*, cuando se vieron en tan desventajosa situación... Ellos inventaron esa palabra, *tractatus* —al pronunciar el vocablo latino Armin escupió con desprecio—. Tratado, ¡trato...! Pero Viriatus era un buen hombre, él era bueno de corazón —el querusco hizo una pantomima burlesca tras la máscara negra que lo cubría y se golpeó la coraza con el puño cerrado, señalándose su propio corazón— y aceptó un tratado, y dejó marchar en paz aquellas legiones vencidas, en paz y a salvo, como mensajeras de sus palabras ante el Senado de Roma, como prenda de sus buenas y confiadas palabras.

La carcajada que siguió a aquella pausa habría hecho temblar los cimientos de Roma, tan sarcástica y despiadada era, tan delatora de lo que se proponía el que así se reía de su enemigo, de su pasado, del mundo entero.

—Estúpida vanidad humana también la de los hombres más humildes; él, el *pastor* Viriatus, había enviado un mensaje al todopoderoso Senado de Roma, y Roma se rendía ante él y le ofrecía un *trato*, aceptando todas sus condiciones... Se sintió libertador, y grande, ¡pobre loco! ¡Yo os digo que era un pobre loco y sólo como pobre loco será recordado en la historia! ¿Quién se atreverá a glorificar a ese perdedor? ¡No serán los germanos! Yo os digo, ¡pobre loco! Porque no hubo ni habrá ya un *Liberator Hispaniæ*... ningún historiador romano hablará así de esos pueblos... Y escuchad el resto del cuento: ¡Roma volvió! Roma siempre vuelve. Roma vuelve con más soldados. Y en aquella ocasión volvieron cuatro legiones contra Viriatus. Roma encargó en secreto la muerte del insurrecto, del amigo del Senado, a unos traidores que jamás cobraron su soldada... El pastor rebelde fue vencido y crucificado, y en lugar de traerle el cargo honorífico del Senado, el de «Amigo del Pueblo de Roma», los legionarios mearon sobre su cadáver mutilado. ¿A qué creéis que estáis jugando, hombres libres? ¡Esto es a vida o muerte! ¡Hoy nos jugamos el destino de nuestras casas, de nuestros hijos, de nuestras estirpes, mujeres, el honor de nuestros antepasados, todo...!

Se volvió violentamente y continuó:

—Si alguien promueve un pacto con Roma, y ese en Germania sólo es el repugnante Marbod, es porque no le importan los demás. ¡Quiere sus favores a cambio de traicionarnos en el oeste! ¡Y hoy, aquí, ahora, o me recordáis el pacto que jurasteis con todos nosotros y me entregáis vuestra mano, o la corto como hice con la mano del hijo de Segestus! ¡Ese bastardo! ¡Ese gusano que se retuerce en la ciénaga donde se pudren las víctimas de Drusus! ¡Hoy el Senado de Roma va a escuchar nuestras palabras! ¡Sí! ¡Hoy es el día señalado por los milenios! ¡Este es el *tractatus* que *Arminius* ofrece a Augusto: victoria o muerte! ¡Muerte a Varus!

Los germanos se agitaban, la horda coreaba las palabras con devota furia: *Wulf, Wulf, Werwulf*.

Draupner se encabritada a cada grito del querusco, el demonio de las ciénagas que montaba en cólera, y su sombra se recortaba contra la bóveda de fuego del crepúsculo en los confines de la tierra.

—¡Es la batalla de los dioses! ¡Es el fin del mundo! ¡Hoy es el fin y el principio de todas las cosas! Si Viriatus y tantos otros muertos tuviesen una oportunidad, sólo una entre mil, de enmendar sus errores, lo dirían rápidamente: no les faltó coraje, ¡les sobró confianza! ¡No confiaremos en Roma! ¡A la Alianza de los Ases! ¡Mil años esperando un día! ¡Al menos yo he aprendido esa lección, y yo os conduzco a la guerra! ¡Yo os dirijo! ¡Me elegisteis vuestro *kuninc*, y ahora me seguiréis a la muerte

o a la victoria!

Wulfmund gritó como lo hacen las bestias. El aullido del *berserker* amenazó al mundo.

Wulf, Wulf, Werwulf!

Wulf, Wulf, Werwulf!

Así rugían los caudillos, aferrando crispadamente sus armas, los nervios tensos, los ojos desorbitados.

El coro se elevó. Los jefes, enfurecidos, amenazaban a las legiones desde la Cima del Trueno.

—¡¡Hi, Armin!! ¡¡Hi, Armin!!

Ingomer miraba alrededor, angustiado.

—¡Nadie es más fácil de vencer que aquel que confía demasiado en sí mismo, y esa confianza es el principio del infortunio! Por eso, ¡Vitórix y Wulfsung! ¡Aquí! ¡Mostrad mi confianza a Ingomer!

En medio de la confusión general, el galo y el fiel querusco aparecieron a caballo detrás de Ingomer. Rápidamente, el largo cuchillo de Vitórix empujaba el grueso gizonte del tío de Armin, a punto de degollarlo. Sorprendido, Ingomer sintió cómo la punta de una espada insinuaba las peores intenciones de Wulfsung, que sólo esperaba la señal de Armin para ensartarlo. Varios de los hombres que acompañaban a Ingomer se volvieron contra ellos, desconcertados. La mayor parte de los jefes gritaron y los amenazaron. El derramamiento de sangre parecía inminente.

—¡Alto! —gritó Armin, aproximándose con una maléfica sonrisa en la comisura de los ojos, las arrugas de interrogación cubriendo su frente, alzando las cejas bajo la máscara negra—. Deteneos... ¡Atad a Ingomer! Por Thor que no tendrá el honor de luchar en esta batalla, no le consentiré que venga a última hora a ganarse el respeto de los clanes queruscos, después de su traición en Siga... —Miró fijamente a su tío—. No hay nada que puedas hacer para ganarte mi confianza. Pero vosotros, los portavoces de sus hordas, ¡haced como jefes lo que él haría! Si traicionáis la Alianza de los Ases, Ingomer será despedazado, como lo seréis vosotros en cuanto os encuentre...

Ingomer pareció tranquilizarse y dejó caer una fija y estoica mirada, no exenta de rencor, sobre el rostro enmascarado del *kuninc*. Armin le devolvía una burlona sonrisa. Su tío hizo una señal con los brazos y un gesto con la cabeza con los que detenía a sus hombres. Aceptaba en silencio la humillación más grande de la que podía ser objeto un régulo germano. Vitórix juntó sus manos rudamente en la espalda y las ató con tendones de gamo. Wulfsung tomó las riendas del caballo y obligó a Ingomer a descender del mismo con un obstinado empujón. Incapaz de mantener el equilibrio, Ingomer cayó pesadamente al suelo. Trató de levantarse y miró a su alrededor los rostros airados de los jefes de Germania, los ojos de desprecio, las

miradas altivas que descendían hasta él, y hasta los mismos caballos parecían ebrios de aquella soberbia ira que emanaba de cada una de las palabras de Armin. Por fin se encontró con la máscara negra que encerraba el rostro de su sobrino. Aquel joven que había tenido entre sus brazos cuando sólo era un niño ahora lo humillaba ante sus familiares.

—Este es el precio que pagas por una traición, y da gracias a los dioses que no me cobro mayor venganza... ¡por ahora! —rugió Armin. Toda sonrisa había desaparecido de su rostro. Las venas de su cuello se hinchaban al pronunciar aquellas palabras, con los ojos clavados en Ingomer como si retuviese a duras penas un sangriento e irrefrenable apetito de destrucción.

—¡Quiero esas tres legiones descuartizadas! —estalló de pronto, y *Draupner* piafó arañando el aire con las delanteras y relinchó entre sus piernas—. ¡No esclavos! ¡No rendición! ¡No pacto! ¡Deben ser exterminadas! ¡El mensaje para el emperador será definitivo! ¡*Hi, Rom!* ¡*Hi, Rom!*

El furor teutónico se desbordaba alrededor como un oleaje. Ingomer fue arrastrado por Wulfsung, que tiraba de él mediante la cuerda.

Armin desenfundó la larga espada, la empuñó y la alzó como si fuese a clavarla en las nubes.

—¡El Bosque de la Muerte! ¡La hora de las normas! ¡Germania debe hundir su puñal en el pecho de Augusto!

Ingomer cayó de rodillas ante la premura de su captor, que lo apartaba de los jefes.

Las voces pedían a los dioses la victoria.

Sigu, Sigu, Sigu...

Armin desapareció junto a muchos jinetes en las tenebrosas sendas que descendían en busca de los llanos. Cuando los régulos abandonaban la Cima del Trueno y sus gritos de guerra se apagaban en la cerrada espesura de los árboles, Cerunno apareció apoyándose en su báculo de manzano, tenso y fiero, vestido con el níveo sago de los nacimientos, los brazos nervudos cubiertos de ajorcas de oro.

—¡Alto, Wulfsung hijo de Wulfila! —ordenó el santón. Wulfsung se sintió como paralizado por un rayo. Temía otro enfrentamiento con el druida—. Ata a Ingomer a este tronco robusto, y ávalo *bien*. Desde aquí presenciará junto a Cerunno y otros hombres-rayo el devenir de la gigantesca batalla. Y si alguien ha de ser sacrificado en aras de una traición, él será el primero en entregar su corazón latiendo entre mis dedos a Wuotanc y a Thor... y me beberé su sangre viva si así doy satisfacción a las vengativas divinidades.

Wulfsung no se atrevió a cuestionar la orden del santón. Hizo lo que éste le pidió, y ató con fuerza el cabo al tronco del árbol que aquél le señalaba obstinadamente. Era un tronco solitario, viejo, casi deshojado, que se erguía orgullosamente en el centro

del calvero. Cerunno ordenó a Wulfsung que se marchase con un escueto gesto y una mirada. Wulfsung desapareció al trote como espantado por una terrible aparición.

Ingomer, investido del máximo estoicismo, se enfrentó a la mirada del adivino. El viento meció sus barbas.

—Todavía recuerdo el día, Ingomer, en el que viniste a ofrecer tus servicios a Wulfmunda, aquel día en el que tentaste la imaginación de un niño llamado Armin... ¿Lo recuerdas, Ingomer? ¿Comprendes ahora tu error? Los dioses estaban hablando claro desde hacía mil años... sólo yo lo sabía, y por eso, como era de esperar, fui considerado loco. Yo veía lo que tendría que suceder, los demás se ofuscaban en absurdas vicisitudes acerca de lo que *había* sucedido. Tentaste la imaginación del niño Armin y lograste apartarlo de mí, y me sentí frustrado y vencido por ti, como ese viejo árbol al que tú ahora te ves atado como un condenado a su piedra antes de ser arrojado al fondo de un río muy profundo. Yo pensé que había perdido al último querusco, y sin embargo... tu fuiste muy necesario para acabar mi obra. Gracias a ti y gracias a Segest, Armin pudo aprender lo que yo jamás habría podido enseñarle desde Wulfmunda: el odio contra Roma. Vosotros le enseñasteis a odiar como sólo sabe odiar un digno enemigo, a odiar hasta la muerte. Gracias a vuestra fallida insidia estamos hoy aquí todos, arrastrados por un viento poderoso hacia la Gran Guerra.

—¡Yo actué según el derecho germano, y ofrecí a mis sobrinos lo que como hermano de su padre fallecido me correspondía...!

—Necio y estúpido mortal... —musitó Cerunno con desprecio e insinuó con la mano el gesto con el que se espanta una mosca—. ¡Calla de una vez, y aprende a callar, pues siempre hablaste de más! Me desafiaste con tu gran boca ante el consejo de Wulfunda, y ahora estás a merced de tu propia idiotez... ¿Para qué te llevaste a Armin, sino para amargarle la existencia? Le enseñaste a manejar una espada sólo para que acabase siendo un miserable esclavo de Roma, para que rindiese tributo en sus legiones, y eso sin tener en cuenta que conspiraste junto a Segest para que Armin fuese asesinado por Paterculus en Colonia, quien en realidad sólo deseaba casarse con Thusnelda... ¡Traidor!

—¡Eso es falso! ¡Falso! —gritó Ingomer fuera de sí. Su rostro estaba rojo como la grana y escupía las palabras con ira—. ¡Maldición de los dioses! ¡Yo fui traicionado por Segest! ¡Jamás supe de su plan! ¡Jamás supe que pretendía que acabasen con Armin en Colonia...! ¡Jamás! ¡No seré condenado por un delito que no he cometido! ¡No me dejaré juzgar por él...!

Cerunno se apartó del encolerizado germano con la indiferencia del que huye de un animal enfermo, capaz de transmitir sólo con la mirada la peor de las epidemias.

—¡Perro rabioso! Escúpelo todo... y pide a los dioses que tus hordas no hagan ninguna tontería, porque va en ello también tu vida —sentenció el hechicero.

El aire jugaba con su larga e hirsuta barba, igual que hacen los niños inquietos

con los cabellos de sus abuelos.

Ingomer cayó de rodillas, de pronto profundamente desesperado y ensimismado, absorto, y miró hacia la cuna de hierba y ciénagas, cercada por colinas boscosas, en la que se adentraban las primeras unidades de Varus.

Cerunno clavó sus ojos en el primer rastro de las legiones de Roma, luego alzó los brazos como si invocase las nubes, el cielo y sus ocultos abismos del tiempo, abrió las arrugadas palmas de sus manos, entornó los ojos, habló al profundo universo.

Y un viento gélido arrastró sus palabras:

*Untar heriun tuem sunufatarungo:
Iro saro rihtun,
Garutun se iro gudhamun,
Gurtun sih iro suert ana,
Helidos, ubar gringa,
Do sie to dero hiltiu ritun...
Ferahes frotoro; her fragüen gistuont
Forhem uurtum, hwer sin fater wari
Fireo in folche...*

LA BATALLA DEL DESTINO



Todos habían desaparecido al galope por las trochas barrocas de la ladera. *Draupner* sorteaba los obstáculos como si una pasión nueva e innombrable lo dominase. ¿Acaso conocía el honor que, por caprichos del destino, le era concedido a su jinete?

El querusco dejó atrás las intrincadas vueltas de su senda. Otra vez galopaba en solitario hacia la hora definitiva. Una luz relampagueó en la sombría selva. El sol crepuscular se asomaba por los intersticios del espeso follaje. Una nueva carrera y de pronto el impetuoso cuadrúpedo surgía de las tinieblas e invadía el comienzo de las praderas, donde una hierba alta animaba el furioso galope. Armin vio a lo lejos las colinas contra el telón del fuego del atardecer. Las cohortes venían a cierta distancia. Parecía que, al internarse en las praderas, aminoraban la marcha, a la espera de que el resto de las unidades fuese abandonando la incertidumbre de los bosques. Pero Armin sabía que eso llevaría mucho tiempo, incluso toda la noche. Eso no llegaría a suceder jamás.

Tiró de las riendas y detuvo a *Draupner*. Cabeceando y como de mala gana, el cuadrúpedo obedeció a su jinete. Allí delante, no demasiado lejos, los legionarios de una cohorte se habían detenido, al parecer exhaustos tras la apresurada marcha del día, mas no se les permitía sentarse y, por lo que veía, el querusco estaba seguro de que la orden de montar campamento no había sido dada. Varus dudaba y esperaba. No le costó demasiado reconocer los estandartes más atrás. Las formas de las turmas de caballería se apresuraban por encima de la barrera de *milites* y *hastatii*.

Armin tiró de las riendas y dejó que *Draupner* se moviese lentamente. Clavaba los ojos en aquella masa indefinida y chirriante de cuero que eran la barrera de legionarios. Prestaba atención a la algarabía de voces, gritos y metálicos toques de trompa que procedía del ejército de Roma.

Al fin se detuvo, consciente de que las cohortes venían en aquella dirección, hacia él. No había máquinas de guerra en vanguardia. Los *tormenta* parecían, como las noticias habían asegurado, rezagados en el interior de los bosques de Teutoburgo. Varus se había apresurado demasiado para abandonar el corazón de las tinieblas, incapaz de aguantar una sola noche más los aullidos de los lobos.

Las formas humanas se clarificaron. Los estandartes se elevaron poco a poco. Las voces que tanto odiaba crecieron en intensidad hasta que uno de ellos dio un grito de sorpresa, y extendió el brazo como si se tratase de una flecha con la que quisiera atravesar al querusco desde la distancia. Las piernas se detuvieron y muchas voces excitadas crecieron en el frente. Armin se dejó ver con una extraña e implacable actitud. Como la aparición de un fantasma, el querusco detuvo el paso de los romanos, que esperaron la llegada de los centuriones. La noticia retrocedía creando

confusión y curiosidad.

Un caballo blanco con dorados arreos recorrió el frente. A su grupa iba lo que no podía ser sino uno de los legados de Varus. Sin apartarse demasiado de la línea acorazada, que ya formaba empuñando las lanzas y los *scutum*, el jinete esperaba la llegada de unas turmas de caballeros, y trataba de escrutar la inquietante forma de aquel hombre que, solitario, se atrevía a desafiar de tal modo al ejército imperial.

Apenas llegaban los jinetes de refuerzo, cuando Armin salió de aquel estado de imperturbable quietud como sacudido por un rayo: el propio *Draupner*, como si hubiese actuado tan en contra de su propia naturaleza, se encabritó ante la vuelta a la vida de su amo, y el grito del *berserker* amenazó a sus enemigos. De nuevo volvió a gritar enfurecido, deformando el rostro bajo la máscara negra, y cuando los centuriones empezaron a devolverle a voces su insulto, haciendo toda clase de obscenos ademanes, el querusco emprendió un trote en zigzag, alzando repetidas veces el puño en señal de amenaza.

Fue entonces cuando de las tinieblas de los bosques, al pie de la Cima del Trueno, emergió un centenar de caballos que pateaban con ambición la pradera, viniendo al encuentro del querusco. No muy lejos apareció otra horda a caballo, que galopaba desde el suroeste en busca de las posiciones determinadas por el *kuninc*. Queruscos, cientos de queruscos armados.

Una extraña y violenta emoción se apoderó del pecho de Armin al ver cómo aquellas barbas largas y aquellos rostros fríos se aproximaban a su puño amenazador, que no había dejado de blandir contra los romanos provocadoramente. El torbellino de corceles se cernió a su alrededor creando una tupida e inquieta barrera. Armin deseaba que no diesen el aspecto de una formación organizada, a pesar de lo mucho que había estudiado con los clanes queruscos aquel tipo de movimientos. Una carrera no demasiado larga y todo estaría listo.

Las turmas sobrepasaron la línea de escudos y el arrogante legado, que no apartaba los ojos del germano que lo insultaba con el puño en alto, mantenía la mirada clavada en aquella barrera que no superaba los trescientos caballos.

Armin comenzó a recorrer la línea de jinetes queruscos y Vitórix vino al fin a su encuentro con un largo astil al que habían dado la forma de un estandarte romano, y a cuyo extremo había sido clavada la silueta de una tosca águila de madera con las alas extendidas. Sin dejar de proferir alaridos de placer, Armin empuñó fieramente el estandarte y lo arrastró por delante de sus caballerías. Las pieles de oso, las capas de lobo, los yelmos salvajes, extraídos de las fauces de sus animales protectores, se sacudieron como una monstruosa criatura que profería los más espantosos aullidos. Las armas se alzaban a sus espaldas y Armin arrastraba el estandarte, aproximándose al ejército de Varus, donde reinaba creciente agitación.

Las fuerzas del legado, a la espera de las órdenes de Varus, se prolongaban de

norte a sur, creando un frente cada vez más largo y fuerte, por cuyas calles salían numerosas turmas de caballería. Armin sentía el deseo de aquel imprudente romano, estaba seguro de lo que quería y sabía que en campo abierto no rehusarían un ataque de aquellas características.

Las hordas de jinetes queruscos parecían inquietas y sus caballos retozaban y giraban sobre sí mismos, como un enjambre oscuro en medio de la pradera, a diferencia de las ordenadas unidades romanas. Wulfsung emprendió un galope aparentemente suicida y arrojó una piedra contra los romanos, situándose a imprudente distancia de aquéllos. Después de mantener la mirada fija en los centuriones de una cohorte, retrocedió envuelto en una carcajada feroz. Este acto provocó el desorden entre las filas de Armin, que empezaron a aproximarse más y más al frente de las cohortes, trazando grandes y complicados círculos en los que, de manera casi inexplicable, no llegaban a colisionar entre ellos, y gracias a los cuales las piedras que arrojaban cada vez caían más cerca de los romanos. Hasta que Armin emprendió un galope directo empuñando el estandarte con el que se burlaba de las legiones. En el momento preciso, lo arrojó contra el legado y obligó a *Draupner* a girar vertiginosamente. Detrás de él, Vitórix, que venía muy en zaga, arrojó una jabalina y ejercitó el mismo giro en dirección contraria. Al enfilar el galope de regreso las miradas de ambos jinetes se encontraron, y una extraña y juvenil alegría alborozó los corazones de quienes se reían de la muerte de ese modo tan temerario, tan salvaje, tan querusco, y rieron ruidosamente al ver que uno de los centuriones y varios caballeros habían abandonado sus filas para, en vano, hacer un amago de persecución, hecho que provocó un griterío de sonoridad latina y dominante entre los mandos. Armin volvió inmediatamente sobre sus huellas y *Draupner* se encaró otra vez a los envalentonados romanos que retrocedían. El querusco les dedicó la más burlona y feroz de sus carcajadas, arrugando las facciones igual que un lobo al acecho.

—¿Qué...?

Varus no logró acabar la frase, cuando él mismo, desde uno de los promontorios herbosos que se elevaban en la pradera, observó el espectáculo que se ofrecía en vanguardia.

Rodeado de su guardia personal y en medio de la confusión desatada por sus mandos, quienes ponían en orden las cohortes preparándolas para un ataque, Varus se abrió paso soberbiamente hacia el frente. Se ajustó el barboquejo y presumió que su penacho estaba en el sitio que correspondía. Los legionarios dirigían miradas desconfiadas y curiosas hacia el pro-pretor de las Germanias. Publius Quinctilius Varus al fin veía llegada la hora de demostrar que era un héroe en el campo de batalla.

Una calle se abrió en el centro del ejército y Varus vino acompañado por los estandartes del Senado de Roma y el Águila de Plata de aquella legión. La comitiva se detuvo detrás del escudo de cohortes que enfrentaba los escarnios de las hordas. Varus observaba ahora con una sonrisa en el rostro la actitud de los salvajes bárbaros.

—Debe ser alguna tribu primitiva... —dijo Varus, y quiso imaginar el aplauso que hubiese recibido al regalar un espectáculo semejante en un circo de Roma.

—¿Podríamos cazar vivos a algunos de esos bárbaros? —preguntó de pronto a Lucius Egius. El prefecto se encogió de hombros, anonadado.

—¿Ha dicho el pro-pretor que quiere cazarlos vivos? —respondió Lucius.

—¡Por Júpiter y por Marte, Lucius Egius! —exclamó indolentemente Varus, haciendo un rotundo gesto con el que sacudió el pomposo penacho de su casco—. ¿Tan infecto es el aire de esa selva que ha acabado por robarte el sentido, aparte del poco pelo que te quedaba en la cabeza?

Lucius inclino su mirada y pareció ir a morderse los labios.

—¿Quién sino Tiberio ha recorrido estos bosques en busca de osos con los que agasajar a las multitudes de Roma? ¿Por qué Varus, que ahora se ocupa de las Germanias, no encuentra entre sus legiones algo de sentido común?

Un alarido y un grito de guerra germano obligaron a la selecta reunión del alto mando a levantar sus miradas y volver sus cabezas en busca del enemigo.

—¿No es magnífico? ¿Por qué no puedo pretender dar captura a estos salvajes para mostrarlos en el circo, como presente a la familia imperial y al sagrado Augusto, y para mayor gloria del Senado? Oh divinos dioses, escenificar las guerras de Roma es una práctica habitual en los *ludii*, y he llegado a ver combatir a los osos de Tiberio hasta en los circos de Calabria, contra unos etíopes melenculosos de excelentes cualidades... ¡Mirad, mirad!

Varios de aquellos germanos se habían aproximado demasiado y sus proyectiles lograron impactar, sin mayor gloria que el escarnio, en los escudos de la primera línea. Sólo eso bastó para desatar una oleada de espantosos alaridos, hasta que muchos de ellos entonaron al unísono un grito que se repetía obcecadamente contra el clamor de las trompas romanas, con la insistencia de una respiración de oso en el fondo de una caverna.

El legado de Varus que había presenciado la aparición del primer germano no apartaba su mirada del rostro del pro-pretor. Éste, que era consciente de su ansiedad, se demoraba, hasta que al fin dejó caer una mirada de suficiencia y lo invitó a hablar, preguntándole:

—¿Qué ha sucedido, Vala Numonius, que presentas un rostro tan agrio como la peor leche de la Galia?

—Primero descubrimos a un rastreador en medio de la pradera, no demasiado lejos de nosotros, y después vino a su encuentro esa horda —respondió con firmeza el legado.

—¿Qué es lo que te enfurece de ese modo? —preguntó Varus.

—Me enfurece el enemigo —respondió Vala. Varus le sonrió, arrugando sus gruesos carrillos.

—Pues acabemos con él —respondió el pro-pretor—. Aquí comienza el castigo a las tribus del este, nuestra premura se ve recompensada.

Lucius levantó las manos e hizo un ademán de contención.

—Con todos mis respetos hacia el coraje del pro-pretor, pero prefiero ser calumniado por cobarde que poner en peligro a muchos hombres...

Varus musitó algo incomprensible en griego.

—Varus, sin lugar a dudas y como es su costumbre, seguro que hay muchos más germanos escondidos en los bosques de alrededor... —presumió Lucius.

—No vamos a entrar en los bosques —repuso Varus.

—Pero hay más de dos legiones en el interior de esas selvas...

—¿Y qué?

—Podría ser desastroso en el caso de que una gran horda nos aguardase y nos asaltase desde todos los flancos... —repuso Lucius.

—También podría tratarse de una horda de temerarios que ha salido en busca de gloria, se conformarán con un amago y huirán despavoridos a otros puestos más alejados. Es probable que nos aguarde cierto ejército, pero parece de niños creer que ése es el ejército, o que el ejército estuviese aquí... —arguyó Vala.

—Los rastreadores siguen sin llegar, no son pocos los soldados que han desaparecido en esas partidas... —insistió Lucius.

—¡Está bien! Parece claro que esta campaña atraviesa el corazón de Germania, y que los germanos del oeste aguardan alguna clase de castigo después de todo lo que

han emprendido en el último año. Es evidente que han de producirse ciertos ataques y que el riesgo está a nuestro alrededor, pero recordad cómo Julio César se adentró en aquellas selvas vírgenes no mucho tiempo atrás, y cómo no se dejó acobardar por todos esos aullidos... —añadió Varus con suficiencia.

—Julio César —aclaró Lucius, armándose de toda su paciencia— nunca atravesó el *saltus Teutoburgensis*. No muy lejos de estos emplazamientos el mismísimo Drusus sufrió una de sus peores horas cuando se vio sorprendido por una alianza de bárbaros, y allá en el oeste fue vencido Cayo Sentio Saturnio... no muy lejos de aquí...

—¡No fue vencido! —exclamó Vala.

—Escucha los relatos de los soldados que habitan a orillas del Rhenus, y ya me dirás qué clase de acción emprendió Saturnio para salvar la batalla...

—¡Ya basta! —exclamó Varus, volviendo a mirar entre sus mandos hacia las hordas de greñosos germanos—. Posiblemente lo que pretenden es acobardarnos e impedirnos seguir adelante —supuso el pro-pretor—. Contamos con las fuerzas montadas de una legión, podemos dar una lección a esas ratas malolientes y dejar que esta salida sea más segura, necesitamos ganar terreno, las legiones que nos siguen precisarán más espacio si pretendemos levantar un campamento antes de emprender una salida rigurosa hacia el oeste... ¿Qué propones, Vala Numonius? Solicito tu consejo.

El arrogante legado sonrió levemente al pro-pretor. Varios centuriones entendieron la respuesta de aquel hombre vengativo, y murmuraron en voz baja.

—Creo que es el general de generales el que debe decidir mientras está presente en el campo y al mando de un ejército como éste —respondió Vala.

—Bien, pues escuchadme.

Las filas de jinetes queruscos ofrecían el espectáculo más espantoso y salvaje que pueda imaginarse. Los aullidos y bravatas de los germanos, el golpe de las muñequeras guarecidas de púas metálicas contra los escudos redondos y ligeros, los guiños grises del acero, las largas espadas, las hachas bipenne empuñadas a dos manos, las picas y los martillos, y la inquietud de sus propios caballos, provocaban a los legionarios que, creando un frente inmóvil y acorazado, se limitaban a lanzar toda clase de insultos a los enceguecidos locos, cuando un proyectil demasiado certero, arrojado por uno de los más temerarios bárbaros, arrancaba a algún escudo el humillante eco de un golpe seco.

Armin se detuvo a media distancia entre ambos frentes, y comenzó a agitar los brazos haciendo señales a los germanos. Las turmas romanas se desplazaron pesada y soberbiamente. Las filas de las cohortes de *hastatii* se abrieron, creando las calles por las que, como muy bien sabía el querusco, se moverían ahora en busca de las posiciones frontales. Armin observó el espectáculo con calculada frialdad: otra vez aquel despliegue de fuerzas, otra vez las tácticas que tan a fondo reconocía, pues él mismo había sido tribuno de caballería en los ejércitos del odiado Augusto. El frente romano se expandió por la pradera hacia el norte y hacia el sur. Armin comprobó que los límites de los bosques ya empezaban a hallarse suficientemente cerca de las nuevas posiciones del ejército de Varus, mas esos extremos se desplazaron hacia el oeste, creando una suerte de mandíbula mortífera que, demasiado bien lo sabía, Varus pretendía cerrar sobre la caballería germana, dándole caza para aplastarla antes de triturarla con muelas de acero. Cientos de jinetes romanos se desplazaban por detrás del mar de lanzas inmóviles que creaban las filas de legionarios. Frente a él, los estandartes mostraban el *imago* de Augusto, mostraban al toro, signo y símbolo de la mayoría de las legiones fundadas por Julio César a orillas del Rhenus, y el estandarte del Senado, con su SPQR mirando por encima de sus soldados. El golpe de los timbaleros, pausado y firme, comenzó a eclipsar las bravatas de los germanos. Armin se dio cuenta de que el silencio comenzaba a reinar a sus espaldas, a medida que Varus desplegaba el espectáculo organizado y a la vez inexorable de un avance al estilo de Roma.

El viento sacudió las greñas del querusco, sus ojos continuaban estudiando con descarada posición el movimiento del enemigo. Lo rodeaban con un semicírculo que ocupaba la mayor parte de las praderas de norte a sur al pie del Wiehengerbirge. De pronto sus pulmones fueron sacudidos por una extraña tensión, y el deseo, el único y verdadero deseo, fue más grande que el cielo que lo encerraba. El dorado crepúsculo se extendía por detrás, y el sol apuntó con fuerza al sortear un banco de nubes, como

si el ojo de Wuotanc tratase de deslumbrar a su enemigo. Armin alzó el puño. *Draupner* se inquietó. Los germanos colocaron sus escudos sobre los caballos y soplaron a su manera contra la cara interior, produciendo un zumbido que no se parecía a nada que los romanos hubiesen oído fuera de las fronteras de Germania; ni siquiera las tribus de los galos practicaban aquella forma de extorsión que sólo podía recordar a pueblos bárbaros, salvajes e infernales, cuyo único deseo era morir imitando a los animales más terribles de su mundo.

El zumbido del *barditus* que tantas veces había mencionado Julio César en sus memorias resonó como una tenaz interferencia en medio del acompasado golpeteo de los timbaleros romanos y las llamadas de las trompas de bronce. Los vexilarios intercambiaron órdenes del alto mando de uno a otro extremo del campo de batalla, tal y como el legionario que Armin había sido sabía que debía ser. Aquel sonido cesó con el último golpe de timbal, y la legión guardó un mortal silencio.

Los germanos habían dejado de soplar en sus escudos para cobrar aliento. Los últimos zumbidos cesaron. Se extendió una misteriosa calma alrededor. Armin se daba cuenta de que los mandos romanos los observaban. Querían sopesar el grado de cobardía de quienes les cortaban el paso. Habrían imaginado que retrocederían ante la formación semicircular de las turmas de caballería: dos *alæ milliaria* completas, con un total de más de mil trescientos caballos pesados, se disponían a caer sobre un frente querusco de no más de trescientos jinetes. Podía distinguir los *equites legionis*, unidades independientes comandadas por centuriones especializados y *optios*, así como las *equites singulares*, que rodeaban los estandartes y el alto mando de los legados y del propio Varus, apostados detrás de las cohortes mixtas.

Aquel instante fue el más largo de aquella confrontación y en verdad de toda su vida. Y nunca habría sido suficientemente largo. Así, adelantado ante sus compatriotas, parecía enfrentarse al fin a su odiado enemigo. Era como si pudiese abrazar el mundo extendiendo los brazos. Súbitamente, Armin alzó los puños crispados a la par que arrojaba un feroz alarido, desorbitando los ojos y mostrando las fauces del lobo querusco que había en su interior. Los germanos lo secundaron, y el *furor teutonicus* inundó el aire quieto de las últimas horas de la tarde.

Varus dejó caer el mentón, ofendido ante aquella insolencia. Sacudió por igual su papada y su penacho de plumas teñidas con múrice. Vala Numonius hizo la señal a sus hombres y unos granos de arena después los *signifer* montados agitaban sus vexilos.

Las primeras turmas comenzaron a trotar, desgranándose del poderoso frente. Los vozarrones de los jinetes se animaron unos a otros. Armin no necesitaba estar más cerca para imaginar la voracidad de aquellos rostros. Primero se adelantaron las turmas ubicadas en los extremos, después lo hicieron las que estaban frente a Armin, en el centro. Recorrerían aquel espacio rápidamente. El último instante de calma

había finalizado con aquella señal de Varus. Todo había dado comienzo con una orden, y ya nadie podría decir cuándo acabaría. El destino mordía la carnaza de Armin, después de haberse introducido hasta el fondo de la trampa. La emboscada estaba a punto de entregar sus sangrientos frutos.

El querusco había dejado de gritar y sopesaba las distancias. Las turmas apuntaron con sus lanzas, las filas de caballos comenzaron a hacer temblar el suelo de la pradera. Ochocientos caballos cargaban contra ellos a toda fuerza. Los queruscos se controlaban. Armin mantenía el puño en alto y gritaba la orden de calma continuamente. Sus lugartenientes recordaban una y otra vez el plan a los excitados jinetes.

Vitórix se había colocado un yelmo alado a la manera de los galos, y no dejaba de insistir en que debían esperar.

Nada hacía pensar a Varus que el efecto de su carga no sería devastador. Vala Numonius y sus *equites singulares* trotaban a lo lejos, aproximándose para disfrutar del espectáculo que estaba a punto de tener lugar. El golpe de los timbales ya ordenaba avance a las cohortes. La carga pretendía derribar la máxima cantidad de jinetes germanos para dejar que los *hastatii*, que venían detrás, se ocupasen de exterminarlos o capturarlos, según fuera el caso más propicio.

Las cerradas filas de caballos ya se abatían a galope tendido. Armin se veía a unos granos de arena del impacto mortal de sus lanzas.

Fue en ese momento cuando reaccionó y ordenó a *Draupner* girar y correr con todas sus fuerzas. Dejó caer el brazo y gritó a las hordas la esperada orden. Vitórix y Wulfsung la repitieron y los jinetes queruscos iniciaron su carrera en dirección contraria a la esperada, huyendo del ataque romano.

Draupner ganaba velocidad mientras los caballos romanos hacían temblar la tierra unas docenas de pies por detrás. Armin giraba para ver sus rostros furiosos, el ancho frente de la carga. Escuchaba los gritos de los germanos, el temblor de la cacería, y las turmas que se cerraban sobre ellos. Por un momento Armin se vio casi rodeado por el avance de aquel enorme frente.

Ya alcanzaba a los más rezagados caballos queruscos. Los escuadrones estaban a punto de tocarlos con las puntas de sus lanzas, cuando las hierbas de la pradera cambiaron de color ante ellos, aparecieron nuevos matorrales, y unos árboles dispersos anunciaron un cambio en el terreno. Algo que pasó en unos instantes, y que no podía revestir mayor importancia...

Fue entonces cuando la cabalgata querusca perdió brío y pareció reagruparse en su huida, persiguiendo estrechas sendas por las cuales corrían más lentamente.

El ímpetu de los jinetes romanos acicateaba sus cabalgaduras y ya parecían estar a punto de caer sobre sus presas fugitivas, cuando un extraño grito recorrió inconexamente el frente, sin ningún éxito.

Armin apenas encontró la forma, a tal velocidad, de reconocer la señal de piedra que guiaba sus pasos. Obligó a *Draupner* a girar vertiginosamente, a punto de desmoronarse y se situó en la ruta de la salvación. Gracias a esta dilación ya se veía casi rodeado de jinetes romanos. Parecía ir a ser ensartado en aquellas lanzas, cuando cientos de caballos empezaron a hundirse a su alrededor en medio del fango.

El lodo estallaba bajo las pezuñas confiadas de los pesados caballos. Los jinetes caían derribados en la blanda vegetación. El violento galope se derrumbaba alrededor como una ola que va a morir entre las rocas de una costa infranqueable. Las lanzas de los que venían detrás eran ensartadas en sus cuerpos espasmódicos. El barro ennegrecido salpicaba las relucientes y bruñidas corazas de los caballeros.

Turmas enteras vociferaban aturcidas. Las riendas tensas sacudían los morros de los caballos desbocados en un intento inútil por salvarlos de la catástrofe. Escuadrones enteros en revuelta caída aterradora pugnaban por salir del barrizal que se extendía por debajo de la engañosa vegetación.

Fue entonces cuando cientos de salvajes queruscos emergieron de los arbustos y comenzaron a arrojar pesadas frámeas de hierro, dardos y piedras. Rápidamente, ráfagas de lanzas y flechas zumbaron desde las espesuras. Los flechazos ululaban alrededor, las puntas gélidas penetraban en las corazas, agujereando vientres, corazones y costillas.

Armin retrocedió y vio cómo uno de los pocos jinetes que, por fortuna, había entrado en la ruta firme que atravesaba laberínticamente el inicio de los pantanos, ordenaba a su caballo retroceder, aterrorizado. Varios queruscos corrieron tras él. Inseguro, obligó al caballo a trotar en busca de la salvación, pero erró el paso y penetró en uno de los invisibles tentáculos arenosos de la ciénaga. Apenas había conseguido desmontar y recuperar la tierra firme, cuando una pesada lanza volaba hacia él y le atravesaba el cuello, derribándolo en medio de victoriosos alaridos.

Aquel infierno se extendía a lo largo del frente. Un gran sector de la caballería había logrado frenar a tiempo, pero se enfrentaba a hordas de queruscos que emergían de las ciénagas con los rostros embadurnados, gritando furiosamente y arrojando pesados *gæsos* de hierro, proyectiles de plomo y una contumaz lluvia de piedras.

Armin recorrió el laberinto y se reunió con una docena de jinetes. Abandonó el frente dando un rodeo, mientras comprobaba que todo había resultado como esperaba. Las cohortes se habían dispersado para ayudar a aquellos jinetes, que a duras penas lograban abandonar la inaccesible trampa de las ciénagas. Era el momento de dar la gran orden.

Había llegado la hora de que la batalla del destino diese comienzo.

Armin ordenó a *Draupner* un brutal galope a través del extremo septentrional de la gran pradera, a prudente distancia de los contingentes romanos, que se reagrupaban en el centro. Recorriendo a galope tendido el pie de la Colina del Trueno, el querusco

buscó el cuerno de uro que Cerunno había preparado para la ocasión. Se lo llevó a los labios, y sopló con todas sus fuerzas.

El son de Llamada de los Ases atronó sus oídos.

El belígero, gozoso, inconfundible toque de caza fue respondido casi inmediatamente por una algarabía alegre y festiva que se alejaba resonando por las colinas. Le parecía que eran docenas, cientos de cuernos los que bramaban, creando una música cuyo clamor incitaba a las hordas al ataque definitivo y total. Era la señal. Como si el cuerno de Heimdall emitiese su llamada en aquel improvisado ocaso de los dioses.

Y mientras Armin soplabá, por detrás de él surgía una muchedumbre de bárbaros que invadía las praderas verdes en busca de las aturdidas cohortes.

Exhausto, dejó de soplar y escuchó ya lo inútil de su llamada, cuando cientos de cazadores germanos hacían bramar sus grandes trompas. Toda Germania parecía responder a la llamada de la guerra: el aullido del lobo invocaba a las manadas de todos los clanes.

Más allá de la Cima del trueno, donde los terrenos de la selva descendían en un suave manto, allí aguardaba la verdadera caballería de Germania. Armin apenas había aparecido cuando Gailswinther emergió al frente de los briosos caballos sajones y longobardos, y no eran pocas las cabalgaduras amsívaras y angrívaras que mostraban a lomos las cabelleras de sus enemigos y los cráneos en los que aquellos guerreros bebían la sangre de sus cuadrúpedos en el caso de que cayesen heridos de muerte. La fiereza de aquel frente rugía. Armin apenas tuvo palabras para su idolatrado jinete. Gailswinther sólo deseaba abalanzarse contra la legión.

—¡Allí! ¡Allí! —gritaba el *kuninc*—. ¡Forma una punta y golpea en el centro de la pradera! ¡Divide el ejército de Varus!

El del yelmo cobrizo vaciló.

—¡El Águila de Plata! ¡El Águila!

—¡No vayas a por el águila! —le prohibió Armin, con tal furia que pareció estar a punto de golpearlo con sus puños—. ¡Deja el trofeo para el final! Hay que romper el ejército, eso es lo que ellos siempre hacen y es lo que nos conviene. ¡Vamos, golpea con el martillo de Thor en el centro de la pradera! ¡Golpea! ¡Golpea ahora!

Gailswinther abandonó su sueño estoicamente, abrumado por la fría certeza del plan de Armin, que empezaba a convertir aquellas anchas praderas en un infierno de locura y destrucción, y voceó las órdenes a sus jefes. Los longobardos obedecieron al lobo querusco, que amenazaba con su espada a quienes, dejándose llevar por el furor, trataban de alterar el curso de su estrategia. Ese último paso era de vital importancia. Tenían que descongestionar la salida de los bosques y así impedir que las fuerzas de la pradera pudieran formar un grupo demasiado compacto. Sabía que una legión era prácticamente invencible si conseguía cerrar sus cohortes formando en cuadro.

Gailswinther encabezó el asalto sin más dilación. La caballería de Germania partió como un ariete hacia el centro de las praderas, dispuesta a abrir una brecha incurable en el pecho de la legión que protegía a Varus. Armin logró alcanzar la cabeza de la cabalgata. Las cohortes se cerraron ante su llegada. Las hordas que combatían en el oeste se desplazaron para respaldar el golpe de los caballos germanos. El frente creció ante sus ojos. Las puntas se alzaron. Las lanzas romanas se apostaron en la tierra. El sueño de Armin se hizo realidad, y acompañó al mayor jinete que había conocido en una carga suicida contra las cohortes de Augusto.

El golpe seco, el chasquido de los huesos de los caballos, el derribo de los legionarios, el contacto de los cuerpos enemigos, el odio y la ira, lo envolvieron en un torbellino inconexo y mortal. Consciente de que habían sobrevivido al embate, y al ver que *Draupner* retrocedía ileso tras el golpe y se alejaba prudente del frente, Armin descabalgó, desenfundó a *Zankrist* y gritó como un *berserker*.

Enfrentado por un *hastati* que se arrojaba con la lanza y el gladio, Armin aferró el asta del arma arrojadiza y dio un mandoble tras el cual el legionario recurrió a la espada hispana, pero el golpe a dos manos, dada la longitud de la espada germánica, disponía de un alcance mortífero. Apenas había conseguido desarmar a su primer contrincante, cuando un hacha bipenne salía de alguna parte y cortaba la cabeza del romano, que cayó de rodillas. El querusco se abalanzó al interior de la cohorte, donde su espada zumbó en un amplio círculo antes de golpear un pesado escudo tras el cual se protegían dos legionarios. Una patada y un nuevo mandoble y uno de ellos caía de espaldas, cuando el segundo se enfrentaba al golpe devastador de *Zankrist*. El otro se reponía y empuñaba el gladio, pero el codo de Armin retrocedía y paralizaba la maniobra por la espalda golpeando su cara con la empuñadura, antes de descender con todas sus fuerzas asestando el inexorable golpe del halcón. El grito y la mirada de furia del líder querusco fueron lo último que aquel soldado percibieron, antes de que la hoja descendiese, venciese la resistencia de su brazo y le aplastase el yelmo, por cuyas hendiduras brotó el salpicón rojo, todavía vivo.

Muy cerca un germano blandía su martillo contra la cabeza de otro hombre que gritaba aterrorizado. La rea lanzada de un centurión pasaba cortando el aire antes de atravesar el pecho de aquel poderoso gigante ténctero, traspasando su caja torácica y derribándolo.

Armin se volvió, con ojos inundados de fuego.

El centurión que había arrojado esa lanza luchaba en cuadro y lograba enfrentar a tres jóvenes sugámbrios que se defendían con sus escudos redondos. No muy lejos Gailswinther galopaba a golpe de hacha, en busca del extremo sur del frente, con lo que estaban a punto de partir la legión y de dejar a Varus aislado en el oeste. Su caída era fundamental para desmoralizar las legiones. Si se enteraban de que el alto mando había sucumbido, el caos sería absoluto.

Armin corrió entre los cadáveres en busca de aquel centurión y su aguerrida cuadrilla. Sin emitir grito alguno, el querusco irrumpió entre los germanos con el ímpetu de un lobo hambriento. Hizo amago de abalanzarse contra el centurión cuando cortó la dirección de su golpe y se arrojó a su derecha. La estrategia dio su fruto, y uno de los legionarios resultó herido por el mandoble. El más joven de los germanos arrojó un puñal de manera sorpresiva e impremeditada, y Armin apenas tuvo tiempo, mientras se lanzaba en busca del centurión, acosando sus ojos tenaces, de darse cuenta de que el mismo se clavó en la sien de uno de los romanos, que gritó aterradoramente y se echó las manos a la cabeza. Como había sido herido de tal modo, profirió estremecedores alaridos revolviéndose en el suelo, probablemente enloquecido por la fatal punzada.

En medio de aquella sangrienta orgía, Armin se enfrentó al pesado centurión.

La trampa de *Arminius* se cerraba con fauces de acero. Aquel valle ya no sería una hondonada cenagosa perdida en la memoria de los primitivos mapas de Germania. Por momentos se convertía en el escenario de una catástrofe humana, en un infierno de locura provocado por el odio y la venganza del *kuninc* querusco, de las hordas enceguecidas. Todo el ímpetu de miles de germanos, contenido por los diques de su estrategia, se desbordaba en las selvas de Teutoburgo, ahogando cualquier esperanza.

El sol descendía y un crepúsculo rojeaba entre las colinas; el oeste se desangraba, y las nubes se enlutaban alrededor.

Varus contemplaba atónito el espectáculo, incapaz de reaccionar. Aquella algarabía de trompas de caza parecía tan irreal como el desorden que ocupaba el improvisado campo de batalla. Con cada movimiento había aguardado el restablecimiento del orden. Había creído que la caída de la caballería en las ciénagas sólo iba a ser un bochornoso pero ocasional infortunio; pero la masacre de los jinetes caídos aumentaba. Eran cientos los bárbaros que emergían de los arbustos alanceando a sus escuadrones caídos como a cerdos que se arrastran en el fondo de una pocilga; después aquel jinete recorriendo la pradera y el clamor de las trompas enemigas terminaron de anonadarlo, cuando miles de germanos surgieron de la linde del bosque como una marea vociferante. Pero con el ataque de la caballería germana se impuso una reacción, y habían sido sus legados los encargados de ordenar las formaciones. De pronto la voz de Lucius Egius le arrancó del aturdimiento.

—¡Hacia la duodécima cohorte! ¡Allí! —gritaba, tirando de las riendas de su caballo—. ¡Varus!

—¡Hacia el estandarte! ¡Hacia el Águila! —gritaban las voces enfurecidas de los centuriones por encima del desconcierto general.

Vala Numonius había desaparecido entre los escuadrones alcanzados en vanguardia y, tras una ardua lucha, había logrado replegarse bajo la lluvia de proyectiles formando un compacto cuerpo reducido a su cuarta parte por la masacre de las ciénagas. Ahora volvía con las hordas a su espalda, incapaz de resolverse contra la marea de los bárbaros. Desde el norte, Varus veía el horror de la línea de combate, que parecía ceder por momentos.

—¡Las líneas no resisten! —exclamó al fin, más amedrentado que ansioso de dominio.

—¡Hacia el Águila! —gritaba Lucius Egius una y otra vez.

El Águila de Plata se erguía todavía en el corazón de aquel sector del ejército, mas al mirar en aquella dirección Varus se dio cuenta del verdadero peligro que corría: el ataque de caballería había abierto una larga brecha en las cohortes. Parecía

evidente que su enemigo trataba de dividir las fuerzas. En el este se hallaba el sector más fuerte de la legión, y contaba con los contingentes que tarde o temprano saldrían de los bosques...

Esa palabra le obligó a respirar entrecortadamente por un momento. Un escalofrío le recorrió el espinazo. Los bosques.

¿Qué estaba sucediendo en el interior de las intrincadas selvas? ¿Qué había significado la desaparición de los rastreadores? ¿Los conducían a una emboscada? ¿Dónde estaban las tropas auxiliares germanas? En la retaguardia...

Por un momento el mundo se nubló ante sus ojos y lo que su mente imaginaba, entre el avance trabajoso y atropellado de los caballos de la *equites singularis*, ocupó su campo de visión: el plan de su enemigo salió a la escasa luz de aquel crepúsculo, teñido con la sangre de diez mil muertes.

—¡Vala Numonius! —gritó Varus de pronto, volviendo en sí—, ¡Recorre ese flanco, no les dejes acercarse!

Sus órdenes no parecían ir demasiado lejos, tal era el estruendo que llenaba el aire de quejas, lamentos y golpes de toda índole, mientras a su alrededor una muchedumbre mugía entre el inconexo clamor de las trompas de caza enemigas y las trompetas romanas. Los timbales añadían una pesada cadencia al caos.

No muy lejos, varios de los guías germanos que habían permanecido en vanguardia por orden de Varus emprendían un galope fugitivo ante los ojos de Vala Numonius. La traición estaba clara. Los habían conducido a una inmensa emboscada. El legado escrutó los bosques en aquella dirección y sopesó que el flanco sur de las praderas parecía menos dominado por el enemigo. Sólo en aquella dirección encontrarían, además, alguna posibilidad de salvarse, cruzando las aguas del Amisia en su curso alto y tratando de alcanzar la fortaleza de Aliso. A su alrededor no eran pocos los jinetes que caían traspasados por el lanzamiento de frámeas germánicas.

—¡Desplegaos y cargad antes de que os devoren! —ordenó por tercera vez, y de nuevo una oleada de jinetes se cobró varias vidas entre los germanos, que retrocedían sólo para tomar carrerilla y volver al asalto. Proteger las cohortes en retirada era la única opción que le quedaba.

Los caballos germanos habían pasado por encima de las cohortes hasta las inmediaciones de los estandartes. Lucius Egius y la mayor parte de los mandos se abrían paso protegiéndose por los muros de legionarios que a duras penas contenían el empuje de las hordas. Varus pudo ver el combativo furor de aquellos demonios rubios, las trenzas teñidas de sangre, los yelmos cónicos, las alas de cuervo en sus cascos, la destreza de sus cabalgaduras y las espadas y hachas haciendo molinetes en lo alto antes de sajar a diestro y siniestro. Los caballos se encabritaban ensartados por algún *hastati* antes de que un hacha oscilase y le separase la cabeza del cuerpo.

Lucius Egius se abalanzó hacia las unidades que protegían el último paso que los

comunicaba con el grueso de la legión XIX. Los estandartes centellearon a escasa distancia de los jinetes germanos. Varus logró movilizarse en medio del apretado y fugitivo pelotón, y unos pasos después su caballo comenzó a moverse más rápidamente. Los estandartes trotaban hacia el centro de la formación, protegido por un cinturón de aguerridas cohortes, en cuyo corazón se alzaban las primeras tiendas del pretorio.

Lucius Egius permaneció allí en el límite de la brecha abierta por la caballería germana, haciendo lo imposible por auxiliar la retirada de Vala Numonius y de las cohortes aisladas en el oeste. Si aquel vínculo se interrumpía una buena parte del ejército sería aniquilado.

Pero aquel jinete endemoniado se empeñaba en acercarse entre las filas de legionarios. Los combates fueron suicidas, y por cada germano que caía aparecieron tres más que gritaban enloquecidos.

Vala Numonius pugnaba por mantener el orden en el ala de caballería. Todas las cualidades de un ejército montado habían sido bloqueadas por la fatalidad. El desconocimiento del terreno y el acoso de las hordas y sus armas arrojadas a escasa distancia habían imposibilitado un uso valioso de la fuerza. La protección de las cohortes en retirada se le antojaba la peor de las decisiones que hubiera podido tomar un general, ahora que el grueso de la legión se interrumpía gracias a la furiosa barrera de jinetes germanos.

A su alrededor las bajas se multiplicaban. Las lanzas llovían y bastaba un descuido para que los escudos dejaran de ser eficaces. Vala Numonius se sintió abandonado por Varus en la estacada. Los había utilizado a todos para poder escapar de la terrible situación en la que momentáneamente se había visto atrapada la vanguardia. Ahora no había signos de que el grueso de la legión arrojase ataque alguno contra el nuevo frente de germanos interpuesto entre ambos. Se cerraba y protegía el límite a la espera de la llegada de las fuerzas sorprendidas en las selvas. Pero Vala se dio cuenta de que esas fuerzas no llegarían jamás, y una chispa centelleó en su mente. Y se preguntó si acaso su aparente infortunio no sería en verdad el signo de la buena fortuna, una señal otorgada por los dioses, y miró hacia el sur resueltamente. Allí los contingentes germanos parecían dispersos y desprevenidos, menos numerosos sin lugar a dudas. Miró a los centuriones a los que protegían las filas de caballos y jinetes, que estaban siendo sacrificadas sin mayor dificultad, y se cercioró de lo que iba a hacer.

—¡Marcus! ¡Claudio Petronio! ¡Vosotros, escuchadme! —gritó furioso—. ¡Reunid las turmas! ¡Reunid a los prefectos! ¡Carga hacia el sur! ¡Ahora! ¡Todos!

—¿Qué se supone que vamos a hacer? —inquirió el joven Marcus.

—¡Tomaremos una posición más ventajosa en el sur de la llanura!

—Pero, vamos a dejar esas cohortes sin protección alguna, no podrán resistir el

ataque por los cuatro costados...

—¡Nosotros tampoco! —gritó Vala, fuera de sí—. ¿O qué crees que estamos haciendo, sino ser sacrificados uno a uno? Las leyes militares obligan a un mando a tomar la decisión *menos* sacrificada entre muchas otras... y esta es la mejor. Si nos quedamos aquí seremos sacrificados.

—Varus va a lanzar un ataque... —gritó otro jinete.

—¿Dónde crees que están las máquinas de guerra? —inquirió Vala, desesperado—. Esta mañana apenas habían llegado tres catapultas... Es un desastre, debemos tomar la iniciativa —el legado dio la señal a su guardia personal y comenzó a ordenar la carga.

Poco tiempo después el grito de guerra de los caballeros romanos obligaba a muchos a volverse en su dirección. El ala de caballería abandonó sus posiciones como un águila que levanta el vuelo. Se arrojaron hacia el sur y nada pudo hacerles frente. A su paso, las espadas de los jinetes abrían los rostros de muchos queruscos y sugámbrios que habían ocupado los enclaves del sur de la pradera, otros eran aplastados por el paso de los pesados caballos. Las turmas galoparon con implacable y vengativa furia, e hicieron pagar caro el acoso a sus enemigos, que no pudieron reagruparse a tiempo para recibir al regimiento en fuga.

—¡Avernus! ¡Avernus! —gritaba un legionario en medio del pánico.

—¡Aún podemos salvarnos! —respondió un decurión.

La mayoría de los legionarios gritaba a los jinetes todo tipo de maldiciones. Los miembros de las cohortes quedaron desprotegidos. Cuando la sorpresa acabó, las hordas que habían acosado el avance de las turmas romanas se lanzaron contra aquellas cohortes abandonadas en el oeste.

Aquella sección del ejército había sido condenada a muerte.



Casio Querea había vuelto junto a las cohortes de la tercera legión en retaguardia. Trotaba lentamente, vigilando el avance. Todas las órdenes habían sido escasas cuando se trató de compactar el avance bajo los árboles. Al fin había logrado que Cejonius redistribuyera sus escuadrones por los flancos más accesibles, protegiendo las dos legiones que se movían bajo los árboles, así como el gran contingente de advenedizos que, esperando sacar partido de la campaña en el oeste, parasitaban en el ejército a la espera de volver mucho más ricos a Colonia. No eran pocos, además, los militares que habían partido con sus mujeres e hijos, los cuales formaban acobardados batallones que marchaban a pie vigilando las carretas de pertenencias y los atelajes militares, en el centro de la columna. La mayoría de los escuadrones bajo el mando del legado Cejonius aguardaban en el curso más exterior de la ruta, ya cerca del fin de la selva, o al menos del claro en el que la legión XIX esperaba acampada.

No había pasado mucho tiempo desde que aquel nuevo orden se había impuesto, dejando el lastre de muchas máquinas de guerra en manos de las tropas auxiliares, que se demoraban en la retaguardia para mayor confirmación de las sospechas de Casio, cuando al caer la tarde un clamor creció y vino a visitarlos sobre los árboles.

Primero fue el lejano toque de un cuerno.

Casio ordenó a su caballo que se detuviese y prestó atención. De pronto la respuesta fue amplificadas por docenas de cuernos que se llamaban. Los toques cada vez estaban más cerca, y el trompeteo de los bronce romanos se vio interrumpido por una disonante y lánguida algarabía, como si una inmensa cacería se hubiese anunciado a lo largo de millas y millas.

El siguiente escalón sonoro rompió no muy lejos bajo los árboles, y le respondió otro a lo lejos. No podían discernir si procedía del este o del oeste, del norte o del sur, o de todas partes a la vez. Un extraño rumor creció. Casio miró, como muchos otros, hacia las hileras de troncos que cortaban el paso a su visión. Se escucharon chasquidos y ruidos secos en el interior de la selva.

—¡Tocad a formación! —gritó con todas sus fuerzas.

Pronto su orden fue secundada por varias trompetas, y la llamada se repitió a lo largo de la ciega columna.

Escucharon el avance de una gran jauría. Les pareció que miles de fieras se aproximaban en la sombra. La columna se detenía y formaba alrededor de sus pertenencias a lo largo de la ruta. Los gritos de los centuriones no lograban imponer respeto.

Casio galopaba junto a las unidades en busca del centro de la columna.

—¡Agrupadlos en círculo cuando encontréis un claro! —gritaba.

El caos parecía garantizado, y apenas empezaba a concebir un plan desesperado cuando aquel rugido creció e irrumpió entre los árboles. Docenas de germanos aparecían por todas partes, a ambos lados de la ruta, y las piedras comenzaban a golpear los escudos de los legionarios. Las lluvias de lanzas y flechas arrancaron los primeros lamentos.

Casio Querea estaba cerca de las unidades que protegían a los hijos de sus soldados. Sorteó varias filas de enfurecidos sugámbrios que lo aguardaban con los rostros recubiertos con máscaras verdes, empuñó el gladio y se abrió paso hábilmente. Formó un frente compacto y avanzó cobrando fuerzas a su paso a medida que rescataba más cohortes de la irresoluta parálisis a la que les sometía la cruel emboscada. Su frente se encontró ante un terreno despejado bajo los árboles que descendía hacia el improvisado campamento formado por los cuerpos civiles de la legión XVIII. La batalla fue sangrienta, y cada paso que daban les costaba muchas vidas. Los germanos arrastraban parapetos de ramas y pieles de uro, gracias a los cuales se protegían de las armas arrojadas romanas.

Casio sintió cómo el paso de una frámea zumbaba y le quemaba la piel de la pantorrilla, un grano de arena antes de que el asta de hierro se hundiese en el vientre de su cabalgadura. Nunca llegó a asestar el mandoble que estaba a punto de abrir la cabeza de uno de aquellos bárbaros, y el animal relinchó a causa de la funesta lanzada, saltó hacia atrás y derribó a su jinete en medio del estrépito general. Casio se aferró a la empuñadura del gladio como si de su propia vida se tratase, aunque a causa de ello la caída se cobró una fuerte contusión en el codo. Un instante después atajaba la robusta pierna de un brúctero, giraba sobre sí mismo y abría de parte a parte el rostro de otro bárbaro. Abriéndose paso con destreza entre los ojos feroces y el más desconcertante de los combates, varios legionarios consiguieron abrir una brecha en el frente que los separaba de la nueva cohorte. Casio advirtió que muchos de sus enemigos se subían a los árboles y que desde allí sus arcos comenzaban a zumbar. En medio de una gran mortandad, sus cohortes entraron en contacto con las que protegían carros, mujeres y niños, y la marea de los germanos cedió a su alrededor como un oleaje de aullidos.

—Tú, centurión, reúne a todos esos hombres y crea una barrera con lo que encuentres —ordenó Casio.

Cazarratas le lanzó una extraña mirada por toda respuesta.

—¡Ya habéis oído al prefecto! Olvidaos de las heridas, mujercitas... —ordenó el veterano.

El cuchillo del legionario africano emitía un destello rojo. Flaco había perdido esa permanente expresión de indolente cinismo, y ya no estaba tan dispuesto a reírse hasta de su propia sombra, si a costa de ello encontrase algún placer. Julius organizó una cuadrilla con los restos de la séptima cohorte, número que, como en todas las

legiones, estaba formado por tropas de poca experiencia, principalmente demasiado jóvenes. Cazarratas reformó la octava, de la que era centurión, y a la que pertenecía por derecho propio como era el caso de ese número, por tratarse de legionarios de primera, que él mismo había ido seleccionando con el beneplácito de Varus, en Mattium. Los troncos se amontonaban frente a la barrera de carretas, dentro de las cuales los niños sollozaban o guardaban, junto a sus madres, el obstinado silencio de una criatura que quiere sobrevivir.

La luz escaseaba bajo los árboles, y una claridad evanescente daba paso a las sombras. La tarde tocaba a su fin. Casio trotaba a lo largo de aquel bastión que había logrado resistir el primer embate. Las hordas habían retrocedido en busca de la tercera legión en marcha, la XVII, y los combates eran aislados. Entre los corros de legionarios que se cosían los tajos, unos fuegos ardían delatoramente bajo los árboles, calentando el agua con que se limpiaban las heridas. Docenas de zapadores *militēs* reunían rastros de maleza, despejando el terreno.

Casio ordenó a su caballo que se detuviese.

Un viento ululaba en las copas de aquellos árboles retorcidos, como si sus ramas trataran de aferrar las precipitadas nubes que enlutaban el cielo y detrás de las cuales los dioses les daban la espalda. La noche se posó en la trama impenetrable, y un golpe de viento tumbó los penachos de llamas de las antorchas, que se alejaban formando fantasmales hileras.

El romano empujó a su caballo en busca de los contingentes montados. En un círculo de grandes hogueras, escudados por los puestos de vigilancia que creaban un gran anillo bajo los árboles, cientos de caballos se hacinaban inquietos junto a sus jinetes. Casio podía leer la inquietud en los rostros de todos aquellos hombres.

Los pedazos de carne se tostaban en un espetón junto a la tienda de Cejonius. El legado recibió a Casio junto a la tienda y, tras cruzar una mirada fatalista, se introdujeron en ella y ordenaron que les dejaran solos.

—Aquí está el mapa. —Cejonius apoyó sus anchas manos abiertas sobre un pergamino en el que aparecían trazados con surcos e iconos los accidentes de las Germanias—. Y aquí estamos nosotros. —Casio clavó su mirada como si de un puñal se tratase—. Éstas son las colinas de Osnengi, y éstas —señaló arrastrando el dedo sobre una conjetura demasiado clara— las colinas del *Saltus Teutoburgensis*.

—Es un territorio tan incierto para los mapas, y sin embargo tan cierto para nosotros —se lamentó Casio.

—Deja la retórica para los ociosos habitantes de las ágoras griegas...

—No es retórica, Cejonius. Es la verdad.

—Los primeros que tomaron estas notas fueron los geómetras de Tiberio —dijo Cejonius, mirando el mapa—. Tiberio recorría las orillas del Amisia tras su desembarco en las costas de los frisios, y los guías menapios le hablaron de esta

región como de una de las más inaccesibles.

—Las fuentes del Amisia, ¿verdad?

—Así es —Cejonius se acarició la curtida piel morena.

—Las fuentes del Amisia siempre gozaron de la peor fama entre los rastreadores. ¡Nos hemos metido en la boca del lobo! —Casio asestó un golpe a puño cerrado sobre la mesa.

—No nos sirve de nada caer en la desesperación. ¡Mira el mapa de nuevo!

—¿Que mire qué mapa? ¿Es esto un mapa? —bramó Casio.

—¡Está tan en blanco como una toga *candida* que la madre se olvidó en el cubo de cal!

—No todo está en blanco. Fíjate aquí. —El dedo de Cejonius mostraba el itinerario de una ruta imaginaria—. La ruta que ha de salvarnos no es la del oeste.

Casio clavó sus ojos en el rostro de Cejonius.

—¿Propones desestimar las órdenes del pro-pretor?

—¿Y está vivo ese pro-pretor...? Ni siquiera lo sabemos. Todo me induce a pensar que ese incesante clamor de trompas en el este y en el oeste procede de una matanza sin cuartel. Hemos quedado atrapados en el centro de la emboscada y el tiempo juega a nuestro favor si conseguimos aprovecharlo. Están reduciendo a Varus y a todas las unidades que han quedado aisladas por esas hordas en la ruta, pero aquí están los caballos y hay demasiadas cohortes. Sencillamente están esperando. Saben que cuando acaben con ellos vendrán a por nosotros sin mayores complicaciones. Es una trampa mortal, Casio.

—¡Te lo advertí, por todos los dioses que te lo dije! ¡Y se lo dije a Varus! Pero ese cobarde tenía demasiada prisa en abandonar los bosques...

—Y no se equivocaba.

—¡Pero ya estaba cometido el error!

—Nuestra salida está en el sur, hay que buscar la ruta que desciende en busca de Aliso.

—Aliso está bien fortificado, si lográsemos llegar muchos sobrevivirían.

—¿Qué otra ruta perseguirá Lucius Nonius Asprenas, sino la de Aliso por las aguas del Lupia?

Casio insinuó una burlona y desesperanzada sonrisa.

—Para cuando el sobrino de Varus decida movilizarse y se entere de lo que ha sucedido, todo habrá acabado.

—¡Vamos, Casio! Conoces a Lucius Nonius, siempre fue de nuestra opinión, pero mientras Varus fuera el pro-pretor nadie podía discutir sus órdenes. Y el problema ha sobrevenido cuando ese cretino se ha puesto a jugar a la guerra... ¡No es un militar! Debemos dar a entender a quienes nos espían desde las sombras que estamos dispuestos a esperar hasta mañana para continuar la ruta del oeste, y partir esta noche

de improviso hacia el sur.

Casio paseó la mirada desesperadamente por los objetos hasta que sus ojos se detuvieron en la luz de aquella solitaria palmatoria que alumbraba el mapa de Germania.

—En medio de la noche... Es un suicidio.

La larga pausa que sobrevino fue interrumpida por un lejano redoble de tambor. El trueno se alejaba pesadamente.

Casio fue hacia la entrada y se asomó. Miró hacia arriba. Sólo podía distinguir lo que las antorchas y hogueras dejaban ver: intrincadas bóvedas de ramas.

Volvió junto a Cejonius.

—Tenemos que decidirlo ahora. También estoy convencido de que éste será el último respiro que nos concedan los dioses. Marte y Júpiter nos abandonan, esperemos que Saturno venga en nuestro auxilio. ¿Cómo has pensado hacerlo? ¿Cómo sabes que en esa dirección no nos encontraremos con inaccesibles rocas?

—Hay que atravesar la selva en busca del sur —reveló Cejonius—. El mapa es más explícito cuando nos alejamos hacia el oeste, no hay grandes elevaciones y podremos sortear los cursos de agua. De cualquier modo, estamos al pie de las grandes colinas, el terreno ha de descender agrupando los riachuelos que alimentan el Amisia y es a su orilla donde se levantan las estacas de Aliso.

—¿Qué distancia estimas que nos separa?

—Si la suerte nos sonriese llegaríamos en dos días, al anochecer, sin hacer pausa alguna...

—Y sin encontrar ningún obstáculo insalvable, eso es confiar en Fortuna.

—¿Nos queda otra opción?

—Ser realistas y prepararnos para una marcha de al menos tres días.

—No lo lograremos, si la marcha se extiende tanto y se nos echan encima no llegaremos vivos sino clavados en sus lanzas.

Casio asestó un golpe sobre la mesa.

—No me marcharé sin abrir la cabeza de cien de esos salvajes —amenazó.

—¿Y qué importa eso? Tendrá que ser una marcha por la supervivencia...

—Si logramos llegar a Aliso me cobraré muchas vidas, Cejonius, juro por el Campo de Marte que pagarán por esta derrota, lo juro...

Lo que en las tinieblas de los bosques ya era oscuridad cerrada, en las praderas de la muerte todavía era una claridad lívida que languidecía en el oeste.

Ingomer vio cómo la silueta de Cerunno caminaba por la cima del calvero hasta la linde del bosque, se ocultaba y volvía a emerger de ella, tocado con su yelmo con astas de ciervo. Acaso el adivino emulaba en su megalómano delirio a las divinidades ivernias de la caza. Junto a él venía un hombre joven, de piel muy blanca. Ambos se detuvieron enigmáticamente, y fueron como dos monolitos sagrados e imperturbables contra el fragor de la guerra.

La luz se convirtió en una franja violácea, y los druidas se sentaron en la hierba. Ingomer creyó que las criaturas del infierno visitaban la Cima del Trueno cuando, envueltos en sagos negros, los pastores de brujas, los hombres-cuervo de los brúcteros, las sacerdotisas de Nerthus, emergieron de las tinieblas murmurando y arrojándole miradas de odio. El viento sacudía los harapos de sus vestiduras. Cada uno de ellos portaba una antorcha que arrojaba en un círculo formado con anchas rocas al llegar al centro del calvero. Cuando la noche hubo caído, Cerunno se abrió paso entre los hechiceros y colocó los bloques de turba en el círculo de piedra. Después vació el contenido de una alforja de piel. Altas llamaradas crujieron y treparon, iluminando el tenebroso cóncave.

Los hombres-cuervo iniciaron sus rituales, comenzaron a quemar animales muertos, algunos en avanzado estado de descomposición, hallados en los rincones más oscuros de la selva. Mientras las llamas devoraban los cuerpos de aquellas criaturas ellos proferían extraños lamentos en la lengua antigua, de la que sus memorias sólo conservaban el recuerdo de algunas runas. Bocanadas de un humo negro y pestilente eran arrastradas por el viento. Ingomer se echó al suelo y trató de cubrir su cabeza con la hierba, para protegerse del mágico influjo que se atribuía a aquellos efluvios del infierno. Nervioso, el tío de Armin volvió a abrir los ojos para descubrir que las apesadumbradas siluetas de los sacerdotes se metamorfoseaban en enormes animales carroñeros que iban y venían del campo de batalla con la carne de los enemigos caídos en combate. Un sudor frío empapaba las greñas del guerrero, incapaz de librarse de las ataduras, convencido de que aquel humo le engañaba, entregándolo a descabelladas alucinaciones.

Fue entonces cuando la silueta de Cerunno el Sabio alzó el Caldero de la Lluvia, que Ortwin el Blanco golpeaba acompasadamente con su bastón, y la forma angulosa de su yelmo con astas de ciervo se recortó contra la incandescente aparición de un rayo que golpeaba las colinas del Wiehengebirge. Ingomer retuvo la forma del adivino contra el resplandor, y su risa despiadada lo estremeció en medio del rugido

del trueno y la sobrecogedora oscuridad que se abatieron casi inmediatamente sobre ellos, haciendo temblar la tierra, que parecía querer huir bajo sus rodillas ante la cólera del adivino.

Las ráfagas de lluvia no tardaron en azotar al reo de los druidas. El fuego se debilitó inmediatamente en su círculo mágico.

—¡A por las Águilas!

El grito de Armin había resonado entre las hordas de queruscos, tubantios y dulgurnios que acosaban las cohortes. Detrás se atrincheraban los codiciados estandartes de Varus, y especialmente el Águila de Plata de la legión XIX.

Destruída la sección del ejército que había quedado aislada en el oeste después de la fatal caída de las *alæ* romanas en las ciénagas y su posterior huida, el líder querusco se proponía retomar un ataque en medio de la noche contra las fuerzas restantes de aquella legión.

Wulfila emergió empuñando el hacha bipenne y esperó el consejo del *kuninc*.

—¡No os quedéis todos en el centro! —le gritaba Armin, alejándose de la línea de combates, ocultando su rostro tras un escudo ligero, para protegerse de las flechas que, ocasionalmente, disparaban los pocos arqueros cretenses de la legión—. ¡Rodeadlos! ¡Rodeadlos por el sur y fortaleced esa línea, Wulfila! Hay que estar prevenidos por si los caballos fugitivos vuelven... Un ataque de sus turmas en medio de la oscuridad causaría muchas bajas y lograrían reunirse con Varus.

—¿Y eso de qué les serviría? —preguntó un jefe dulgurnio que había compartido muchos combates junto a su brazo.

—Hay que impedir que logren fortalecerse esta noche. El asalto debe continuar sin pausa, por la mañana volverán a ser más fuertes. No quiero que huya nadie...

Un pesado caballo se abrió paso hasta ellos por la espalda. Armin se volvió, arrojó el escudo y empuñó la larga espada a dos manos, dispuesto asestar un mandoble.

La cabalgadura se detuvo cabeceando a prudente distancia y se encabritó, descubriendo a su jinete.

—¡Segmir!

—¿Vas a segar las patas de mi caballo sin saber antes quién soy?

—El que habla en campo de batalla no conserva su vida por mucho tiempo —respondió el querusco.

—Te traigo nuevas de los bosques, hijo de Segimer.

Los ojos de Armin se abrieron y se clavaron en los de aquel pariente.

—Todo ha acontecido según lo pactado, el desastre es grande, las dos legiones han sido acosadas y lo mejor que han conseguido ha sido reagruparse en cinco u ocho grandes contingentes. Los grupos más pequeños y aislados ya han sido aniquilados.

¡Los márseros son terribles! He oído que ya han llenado sus improvisados altares de sacrificios a Nerthus. Pero Roma no ha sido vencida. Hay un grupo muy numeroso no muy lejos, paralizado por la noche, pero que podría alcanzar los contingentes de Varus mañana mismo...

—Hay que impedirlo. ¡Diles a todos que la batalla acaba de empezar y que la noche es nuestro mayor aliado...!

De pronto la aparición de un rayo con sus vetas de fuego iluminó el extraordinario campo de batalla, y la explosión del trueno acobardó a los caballos, en los que provocó el pánico por algunos momentos. Poco después una lluvia pertinaz comenzaba a azotarlos.

—¡Thor está con nosotros! —exclamó Armin, alzando los brazos al cielo como un loco—. ¡Los dioses visitan el campo de la victoria!

Wulfila miraba desconfiadamente la sobrecogedora oscuridad que los rodeaba.

—¡Wulfila, prepara a tu gente! ¡Pronto iré con vosotros para arremeter contra esas cohortes! ¡Y tratad en todo momento de acabar con los centuriones! ¡Son los que en estas ocasiones comandan sus ejércitos!

Wulfila y su hijo Wulfsung se apresuraron y desaparecieron bajo la lluvia.

—Segmir, ordena a los jefes que combaten a la entrada de los bosques que se preparen para un asalto contra ese bastión bajo los árboles...

—Muchos de ellos están demasiado interesados en ese grupo de carros, creen que allí va el oro de Varus...

—No digas eso a nadie, o puede que perdamos la batalla por culpa de ese oro —le pidió Armin, acercándose a la cabalgadura de su interlocutor—. No hay más oro que la tierra que pisas, mientras sea de los germanos, pero se engeuecerán ante la presencia del botín. Es importante que esta noche los contingentes de Varus sean reducidos a cenizas o debilitados. Si no consigo romper el anillo de las cohortes, entonces prepararemos un asedio, por eso no deben saber que el oro de Varus está allí. Además —añadió entornando los ojos— dudo mucho que Varus huyese dejando atrás su botín, estoy convencido de que el oro de Varus está ahí delante, junto a sus estandartes.

—Así lo haré, Armin hijo de Segimer.

—¡Te saludo, Segmir!

El encanecido guerrero desapareció bajo las rachas de lluvia; a lo lejos, empezaban a titilar los débiles fuegos y las antorchas de ambos bandos.

—¡Es el momento! ¡Transmite la orden! —ordenó Casio Querea.

No había transcurrido demasiado tiempo desde que escudriñaran los mapas en la tienda de Cejonius, cuando todo había sido preparado para la repentina huida. El atelaje, media docena de catapultas y una veintena de onagros y balistas serían abandonados bajo los árboles. Los carros también quedarían atrás. Las mujeres tuvieron que oír mentiras acerca de sus maridos; que los encontrarían más adelante, que se trataba de una maniobra disuasoria para poner a salvo a sus familias, aunque en muchas ocasiones sus miradas delataban la comprensión absoluta de la situación. Eran mujeres de soldados. Querían escapar con sus hijos de aquella matanza.

La precipitada partida se inició casi en la más completa oscuridad. Casio había organizado el movimiento con cuidadosa atención. Mujeres y niños permanecerían en el centro de la columna, que formaría creando un cuadrado, a la par que se replegaba en busca del sur.

Los caballos de los rastreadores trotaban por delante, y cuando traspasaron el círculo de antorchas los primeros grupos de bárbaros que los vigilaban no tardaron en brotar de las sombras como demonios. Los combates se iniciaron, y un salvaje griterío se desató en las tinieblas. Casio ordenó el ataque, y Cejonius envió a varias turmas al trote.

El aguerrido romano sólo escuchaba zumbidos antes de que un golpe seco partiese las defensas abdominales de algún jinete. Las salvas de flechas echaron por tierra a docenas de romanos. Casio se abalanzó dando un rodeo hasta que dieron con un grupo de márseros.

Habría jurado que no eran hombres sino bestias lo que le aguardaba agazapado al amparo de los arbustos. La espada del romano hacía crujir los huesos de sus cabezas. La turma lograba aplastar una partida de arqueros en fuga, no sin pagar su tributo de muertes. Un cuerno de caza empezó a sonar delatoramente no muy lejos. Un jefe mársero sin lugar a dudas, que avisaba de su fuga. Casio entregó las riendas del caballo a un compañero y corrió en las tinieblas al amparo de los anchos troncos de roble, en busca de aquella llamada. No tardó en abrirse paso hasta ella. Su horrible toque emergía de unas sombras más densas que el resto de la noche. Había caballos apostados alrededor.

Casio se arrastró como una serpiente ansiosa por inocular su veneno, gateó hasta que lo tuvo claro. Aquellos márseros se sentían demasiado seguros en los bosques como para esperar que un romano se deslizase hasta ellos reptando por el suelo con la destreza de una víbora; mas Casio había luchado en los desiertos de oriente, y no habían sido pocos los legionarios avezados que le habían advertido de las tácticas del

escorpión y del crótalo. Fascinado, había pasado largas y solitarias horas de campaña observando el movimiento del escorpión, su cautela, su sensible percepción del movimiento en cada grano de arena que temblaba agitado por el viento, hasta que entraba en combate y clavaba su aguijón.

Casio Querea extendió el brazo con todas sus fuerzas atravesando los arbustos y arrancó un gemido a las sombras; el toque de cuerno finalizó inmediatamente. Como el herido se retorció en la oscuridad, ninguno de sus secuaces pudo saber de dónde había venido el golpe. Casio aprovechó la incertidumbre para asestar un mandoble que cortó la cabeza de un másero. Después emergió pesadamente de los arbustos y buscó el combate cuerpo a cuerpo antes de que pudieran echar mano de sus arcos. Dos de aquellos salvajes fueron muertos por la experta espada, y los otros tres desaparecieron en las sombras. Casio tomó el cuerno delator y lo destrozó de una pedrada.

Volvió sobre sus pasos y encontró a la columna fugitiva. Cuando llegó junto a los centuriones que habían encabezado la partida se sorprendió ante lo que vio.

—¡Alto! —le gritaron varias voces cuando fue descubierto.

—¡Soy Casio! —gritó éste con los brazos en alto. Y a medida que se acercaba leía la profunda desconfianza en los rostros de los curtidos legionarios—. ¿Qué sucede?

—¿No habías huido junto a Cejonius?

—Tú me conoces, Lucio, ¿desde cuándo Casio Querea huye y por Júpiter de qué me estás hablando?

No pudo leer mayor desprecio en el rostro de otro centurión herido en el brazo, que pidió con un gesto a varios legionarios que iluminasen el rostro de Casio con sus teas ardientes.

—Cejonius nos ha abandonado.

Casio contrajo el rostro, abatido.

—No puede ser cierto... ¿todos los caballos?

—Todos.

—Incluido el tuyo —añadió Cazarratas, uniéndose al mando de los centuriones.

—¡Le entregué mi caballo a un soldado después de desmontar para arrastrarme por esa selva en busca del cuerno que bramaba dando la señal de nuestra huida...! ¡Yo lo hice callar!

—¿Y qué? —preguntó Cazarratas—. Ahora braman otros. ¿No los oyes? Ya todos se han enterado de que hemos abandonado el campamento, y mientras tanto Cejonius galopa alegremente hacia el sur. Quién sabe, quizá no le fue tan bien a Casio y por eso ha vuelto con los perdedores...

El gladio de Casio se movió rápidamente y golpeó de plano el hombro de Cazarratas. En medio de la confusión, el prefecto romano, con el rostro crispado de ira, apoyó el filo del arma en el cuello del centurión.

Varias puntas de acero lo amenazaron.

—No te voy a matar porque prefiero que lo hagan esos bárbaros —susurró Casio—, y ahora apartad vuestras armas, a no ser que alguien se atreva a decirme que he huido con esos desertores.

Los centuriones lo abandonaron con gran descrédito y Casio, como si no hubiese sucedido nada, despreció la amenaza a Cazarratas y actuó como lo que continuaba siendo, el hombre que estaba al mando de aquella comitiva.

—Cejonius propuso la ruta en busca de Aliso y es la única que nos puede salvar, continuaremos adelante. Estáis bajo el mando de Casio Querea, y obedeceréis a sus órdenes cuando las oigáis. Cazarratas, Lucio, Marconio... cubrid permanentemente la retaguardia. El resto repartíos por los flancos y procurad que los hombres no se descuiden. Yo me ocuparé de la vanguardia, pero no quiero rastreadores demasiado alejados unos de otros, o caerán sacrificados por la pericia de esos márseros. Formaremos en cuadro, dejando en el centro a mujeres, niños y enseres. ¿Todavía conservamos el estandarte?

—El Águila de Plata de la legión XVIII está en nuestro poder.

—La llevaremos hasta Aliso, vencerá con nosotros.

A pesar de todo, el transcurso de la primera noche se cobró muchas vidas. Era evidente que no estaban siendo acosados sino por hordas aisladas de bárbaros, pero el conocimiento del terreno les otorgaba gran ventaja. Además de las trampas que la propia naturaleza interponía, las salvas de flechas, las puntas incendiadas y las pesadas frámeas eran arrojadas contra los flancos desde las inciertas tinieblas. El uso de las antorchas era tan necesario como nefasto; sin ellas corrían el riesgo de extraviarse y desperdigarse, mas quienes las portaban se convertían en el objetivo de todos los arqueros. Hasta que Casio recurrió a una argucia, y mandó atar las antorchas en la punta de ramas largas y firmes que eran portadas por varios legionarios: de este modo los arqueros márseros dirigían sus flechas hacia un objetivo inexistente, y el resultado logró animar la marcha, que en cierto momento se había hecho insostenible.

La lluvia caía con insistencia, y la atmósfera, inundada por el resplandor de lampos y fucilazos, ponía acentos de una claridad diurna en medio de las tinieblas. El terreno se humedeció y se hizo más resbaladizo. Flojas secas y barro se mezclaron en las cañadas dificultando los ascensos. No había pasado mucho tiempo, cuando restalló un rayo alcanzando un roble. Una gran llama ardió en medio de un efímero incendio que la lluvia se encargó de sofocar inmediatamente. El humo acre de la divina anunciación sólo provocó pesimismo en los augures que, apoyándose en el *lituus*, caminaban al frente de grandes grupos de mujeres y niños, cuyo inconsolable llanto se hacía aún más insistente que la lluvia.

El destino de las unidades que habían quedado en retaguardia, fragmentadas por el primer ímpetu de los germanos, fue nefasto, el peor y el único entre todos los imaginables. Aisladas a lo largo de la ruta de los bosques, quienes no pudieron reagruparse en contingentes de considerable tamaño sucumbieron ante la violencia de los sugámbrios y de los gigantes téncteros. Los pocos caballos que permanecían entre los contingentes de la legión XIX emprendieron huidas suicidas entre los árboles, y detrás de cada tronco había un hacha empuñada por manos vengativas. Las argucias ideadas por Armin para aproximarse a los escudos romanos dieron su fruto y permitieron a los germanos abalanzarse a corta distancia sobre su enemigo, ejerciendo una presión irrefrenable. Las cohortes eran reducidas una tras otra. Las endebles formaciones, alargadas sobre la ruta, no pudieron enfrentarse al ímpetu aniquilador de aquellos guerreros que luchaban en su propio terreno.

Sólo algunas unidades más fuertes y numerosas consiguieron romper el cerco que los cerraba hacia el sur a través de la floresta. Las hordas se replegaron en busca de los asedios más encarnizados y prestaron poca atención a los contingentes que lograban abrirse paso y huir momentáneamente. Como si de una cacería se tratase, los germanos se concentraron en ciertos puntos de la ruta y organizaron la más macabra de las celebraciones que pueda imaginarse en tiempos civilizados.

Círculos de hordas rotaban como hormigueros en torno a cohortes enteras que iban siendo eliminadas por desgaste. Mientras la lluvia arreciaba y los relámpagos estallaban, el furor de los germanos iba en aumento y su seguridad crecía. Rachas de lanzadas y de flechas iban mermando las fuerzas de los núcleos de resistencia romanos, hasta que el pánico y la desesperación obligaban a los supervivientes a huir pisoteando torpemente los cadáveres de sus compañeros. Veían cómo los golpes de hachas y mazas remataban a muchos de los que se retorcían en el suelo, mientras las hordas jugaban a rodearlos y a acosarlos, hasta que algún jefe iracundo se abalanzaba a celebrar combate en medio del aterrador corro vociferante.

La guerra degeneraba en una barbarie sin orden alguno. Los romanos eran acosados como animales. Muchos de los últimos en resistir resultaban capturados y los druidas dulgurnios ordenaban que fuesen encerrados en cárceles de madera a las que después prendían fuego; sus cuerpos en llamas iluminaban los rostros sedientos de muerte, las crestas apelmazadas, las cabelleras de sus enemigos. Los márseros se llevaban a sus prisioneros bosque adentro, donde desaparecían, quizá a la espera de un traslado hacia las cuevas de Hercynia, donde les aguardaba un final incierto y en todo caso trágico en manos de sus hechiceros; sólo los más afortunados se convertirían en esclavos.

Pero mientras aquel caos tenía lugar en el último sector del ejército de Varus, sorprendido al atardecer en medio de las selvas de Teutoburgo, algunas de las más aguerridas y afortunadas cohortes lograban abrirse paso hacia el sur a través del agreste territorio. En parte salvadas por el furor que se ensañaba en aquellas partes del ejército apresadas por el infortunio, esos grupos consiguieron pasar inadvertidos durante la mayor parte de la noche. La lluvia azotaba los árboles y el estallido de un rayo bastaba para hacerles creer que iluminaría miles de rostros salvajes aguardándoles en las sombras. Pero no ocurrió y uno de esos grupos, bajo el mando del joven Calvus Caelius, se detuvo pocas horas antes del amanecer al pie de un precipicio que cortaba la improvisada ruta.

Apenas sumaban medio centenar de hombres. Quizá eso los había salvado y les había permitido pasar inadvertidos una vez rompieron el anillo de hordas que asediaba la ruta.

Aquellos hombres caminaban firmemente con sus impedimentas y sus armas, prestos al combate, y habían logrado reducir a una treintena de márseros, dándoles caza y desmembrándolos en su propio terreno a cambio de dos bajas y cuatro heridos graves.

Y ante todo portaban el orgullo de una legión entera: el Águila de Plata de la XVII, cargado por el silencioso Arrius, un *aquilifer* que había preferido aferrar con sus manos aquel símbolo antes que asegurarse la vida con una espada en medio de la precipitada huida.

Calvus miró el estandarte y se enfrentó al abismo.

La lluvia había empapado la capa de lana merina y el agua fría resbalaba por su cuerpo empapado, encharcando sus cáligas enlodadas. Gracias al casco podía mirar hacia las profundidades del precipicio, donde los torrentes procedentes de una abrupta colina se estrellaban contra las peñas. Sabía que detenerse era lo peor que podían hacer, y por eso trataba de imprimir un paso implacable a la huida, que todos sus hombres seguían con afán a pesar de sus heridas. Cargaban en turnos con las parihuelas de los heridos.

Calvus recorrió las rocas con prudentes y decididos pasos. Hizo una señal y los demás lo siguieron en el descenso. Las últimas y más negras horas de la noche transcurrieron lentamente, resbalando entre los penachos de hierba y las rocas musgosas que jalonaban el dificultoso descenso. Calvus estaba seguro de que no se equivocaba. Tras la larga pendiente ascendente de los bosques ahora el terreno se accidentaba en las inmediaciones de las fuentes del Lupia. El descenso de las aguas sólo podía conducirlos hasta la fortaleza de Aliso. Era imposible que las hordas hubiesen llegado tan pronto hasta sus empalizadas, y las legiones del Rhenus tendrían que movilizarse en su busca.

Recordaba las palabras heroicas de Casio Querea, todo lo que había aprendido en

los días soleados de Mattium junto a uno de los mejores soldados que había permanecido en las fronteras de Germania Interior, y ahora estaba convencido de que su plan podría conducirles a la salvación.

Sortearon la garganta por un estrecho paso. Lo más difícil fueron las parihuelas. Los heridos, atados a ellas, veían el abismo rugiente por debajo, entre las piedras, a la luz de un ocasional fucilazo que azulaba el abismo antes de abandonarlo en las sombras. Después la ladera de la colina se precipitó abruptamente y descendieron casi en cuclillas por el fango hasta las charcas que fluían perezosamente entre los árboles, testigos del desbordamiento del arroyo. La lluvia continuaba azotándolos con más fuerza a medida que el amparo de los árboles decrecía, hasta que una claridad comenzó a teñir el cielo tímidamente.

Las nubes de tormenta apenas dejaron que el telón gris diferenciase los densos ramajes de la selva. La caída de los rayos pareció remitir para dar paso a pertinaces rachas de lluvia. Los héroes de Calvus caminaban estoicamente sin mediar palabra alguna, con el agua hasta las rodillas. Cuando el día empezó a emerger descubrieron el perfil de unas colinas monótonas y sombrías a su alrededor. Unos penachos de niebla colgaban enganchados de sus laderas; nubes que habían descendido durante la noche y que se deshacían tras descargar toda su agua.

Todos los dioses tenebrosos de aquel desolado mundo parecían haber conspirado contra las legiones de Roma. La tormenta misma era el peor augurio que podrían haber esperado los romanos, una vez sometidos al asalto de las hordas. Pero Calvus no estaba dispuesto a aceptar la derrota; aquellas aguas que fluían violentamente a través de la selva iban en la única dirección que podría salvarlos, y estaba convencido de que no eran los únicos que se reunirían tras las empalizadas de Aliso, a la espera de las legiones del Rhenus.

Los dioses les entregaban un cometido inquebrantable: salvar el Águila de la legión XVII, lo que podía ser, en aquellas circunstancias, el orgullo de todo el Imperio en su peor hora desde que había sido fundado.

CLADESVARIANA



Al amparo de unas pieles tendidas de las ramas, Armin masticaba los pedazos de carne seca de oso que Vitórix le había cortado. El cuchillo del galo reducía ávidamente el grosor de aquel bloque bien curado en el pasado invierno, arrancándole gruesas tajadas que repartía y que sus compañeros no tardaban en devorar con los dedos. El improvisado campamento sofocaba el hambre que había despertado en los germanos la larga noche de combates, así como los gritos de los heridos, cuyos desgarros, orificios y tajos eran lavados y cosidos por los santones más jóvenes o diestros compañeros.

La mañana estaba gris. Caía una espesa cortina de agua. Había oscurecido bajo los pesados nubarrones de tormenta que se arrastraban a baja altura, cegando los altos de las colinas. No pocas veces había mirado el líder querusco hacia la Cima del Trueno, en la cadena del Wiehengebirge. Allí había ardido una gran hoguera horas atrás; ahora la cumbre de la colina, en la que se reunían muchos de los santones queruscos y brúcteros, aparecía envuelta en una mortaja de nubes cuyos jirones inferiores se deshacían en penachos de niebla.

El agua goteaba por los pliegues de la piel que hacía las veces de techumbre. La lluvia era un vapor gris que velaba las praderas sembradas de muertos. A pesar de que muchos continuaban insultando a los romanos, la mayoría se había retirado en busca de algún descanso, nuevas armas y alimento. Armin se echó a *Zankrist* a la espalda y desapareció en medio de la cortina de agua. Dirigió sus pasos hacia el nuevo *Walthing*. La choza apareció entre ajetreados grupos de hombres que iban y venían cargando con provisiones, estacas, arietes. Los combates se sucedían y era consciente de que los romanos estarían reorganizándose con la llegada de las primeras luces.

La endeble construcción de pieles emergió como un fantasma en medio del vapor y la lluvia. Algún fucilazo iluminaba la atmósfera con indiferencia, para reforzar el contorno giboso de las colinas que rodeaban el campo de batalla. El improvisado *Walthing* no era más que una serie de estacas que sostenían una bóveda de pieles de animales. Pero el agua sorteaba sus rebordes y los jefes podían reunirse allí abajo sin sufrir el azote de la lluvia. El querusco apartó los pliegues y resopló una bocanada de vaho al entrar. El aire estaba más frío y las inofensivas teas que iluminaban aquel espacio no bastaban para proporcionar calor alguno. Los golpes de aire barrían la tienda.

—Wilunt —saludó Armin, dejando caer su espada.

Un pesado germano cubierto con un manto de pieles de nutria se alzó. Mostraba un corte bastante profundo en la mejilla. Los nudillos ensangrentados no sorprendieron a Armin, cuando él mismo había sufrido un golpe de refilón en su

mano izquierda.

El querusco saludó con una mirada al resto de jefes que aguardaba en las sombras, masticando cansinamente carne curada. Los rumores acallaron ante la llegada del *kuninc*.

—¿Qué noticias nos traes de los bosques, Wilunt?

Un joven albino escanció *medhu* en un cuerno y se lo ofreció a Armin. Éste lo aferró con premura y se lo llevó a los labios, echando un largo trago, sin apartar los ojos de la mirada del régulo.

—Los romanos mueren bajo los árboles —informó el brúctero—. Nunca me había saciado viendo tanta muerte. Es una cacería mortal. Los márseros siguen las huellas de muchos de los fugitivos.

—Háblame de esas dos legiones —pidió el querusco, apoyando una pierna sobre el banco de madera.

—Arrastraban muchas armas que no les sirvieron de nada —respondió el brúctero con indiferencia. Se escucharon risas en las sombras—. Las máquinas de guerra se quedaron abandonadas entre los árboles, y muchas de ellas ardieron hasta que la lluvia las empapó de tal modo que no pudimos hacerlas ceniza. Se formaron varios grupos bastante grandes. Uno de ellos albergaba a la mayoría de sus mujeres y de sus acompañantes, y lograron emprender una huida hacia las fuentes del Lupia, pero por lo que he oído la caballería los ha abandonado a su suerte.

—Cínicos y falaces en la victoria, los romanos son también cobardes en la derrota —comentó Armin.

—Como pasó en estas praderas, buena parte de la caballería huyó cuando Gailswinther rompió el ejército —aseguró el brúctero—. Esas partidas no llegarán muy lejos por esas rutas bajo los árboles. Por allí los bosques son profundos, y estas lluvias han sido traídas por los dioses para garantizarnos la victoria...

—¡Cerunno ha convencido a los dioses! —exclamó una voz.

—Con tanta agua los torrentes se están desbordando y ya sabes lo que sucede en esa región: cada cañada se convierte en un torrente que arrastra los restos que el bosque ha acumulado durante la sequía del verano, hay hondonadas que son anegadas por el lodo... No saldrán con vida.

—¿Y las Águilas? —preguntó Armin.

—Una de ellas ya ha sido conquistada en los bosques, y está en manos de los guerreros de Cradarich —reveló Wilunt.

—¡Los márseros han ganado a los queruscos! —exclamó Wulfila, alzándose en busca del pedazo de carne curada, junto al que clavó un largo cuchillo, no sin lanzar antes una hosca mirada al brúctero.

Armin sonrió, satisfecho ante la pasión de los guerreros germanos por alcanzar los trofeos del ejército enemigo.

—La victoria es el único bien que debe importarnos —lo tranquilizó el querusco.

Wulfila, el viejo y robusto guerrero que había combatido junto a su padre, el legendario Segimer, cortó un grueso pedazo de carne y se retiró a su asiento lanzando un bufido de desprecio.

—La otra debe haber huido en las partidas de fugitivos, pero muchos otros estandartes se han rendido a nuestros clanes —aseguró Wilunt.

—¡Y la tercera aguarda a Wulfila entre los brazos de Varus, ahí afuera! —exclamó Armin. Después su rostro volvió a mostrar la gravedad de costumbre e interrogó al régulo—. ¿Alguien detendrá las manos de los márseros cuando alcancen a ese batallón de fugitivos?

—¿Las mujeres y los niños? —respondió el brúctero—. No esperará el *kuninc* que esas hordas se detengan ya ante nada. Fue difícil contener a mis hombres hasta que llegase el sonido del cuerno que anunciaba el inicio de la gran cacería. Nuestras fuerzas se mueven sin control. Se han unido nuevos grupos que llegaron al amanecer, no hay órdenes que valgan, es una matanza. Muchos harán prisioneros, pero otros no los harán. Son pocos los jefes que desean hacer esclavos, pero es cierto que todo ha sido tan rápido y terrible, tan sencillo, que algunos, saciados, creen que van a la caza de nuevos bienes, y persiguen esclavos y esclavas...

—Ya han aprendido demasiado de los romanos, y desean hacer con ellos lo mismo que los romanos habrían hecho con los germanos vencidos... —reflexionó Armin.

—Algunos vuelven cargados con botines y con pieles, otros continúan en busca de las partidas. Los más jóvenes se reúnen de nuevo y van en busca de venganza y de gloria. Muchos druidas viajan con ellos. No pocas han sido las jaulas llenas de romanos a las que han prendido fuego para abrasarlos, y no pocos han sido los que fueron sacrificados vivos por otros santones...

—Todo sigue su curso —pensó Armin quedamente—. Ahora vamos a buscar a Varus, continúa ahí afuera, acampado bajo la lluvia, y mientras no muera continuará siendo el pro-pretor de Germania.

—¿Y qué propone el *kuninc*? —inquirió Wulfila.

—Descansaremos algunas horas, dejadlos que recuperen aliento, muchos de nuestros hombres requieren ayuda y los enemigos están aislados —respondió el querusco—. Carecen de materiales para organizar una defensa, porque se han quedado apartados de los árboles. Cuando se halla cumplido el tiempo, volveremos a preparar un ataque. Será esta noche. Esa es la peor hora. Nos dispondremos a lo largo del día y los hostigaremos, pero el asalto comenzará a la noche. Publius Quinctilius Varus no verá la luz de un nuevo día.

Los gemidos de los heridos convertían la marcha en una lenta agonía. El cruce de aquel pequeño valle estaba resultando más difícil de lo que habían supuesto. Calvus hundió sus piernas en la fría corriente de lodo. Un nuevo río fluía perezosamente entre los árboles. Las raíces se retorcían bajo la superficie en movimiento, y a cada paso tropezaba con un nuevo obstáculo, enredándose con malezas sumergidas. A veces el terreno del bosque, cubierto por la inundación, se volvía tan blando que el agua le llegaba hasta la cintura y debía apresurarse, tratando de adivinar una nueva ruta. Otras, un mal paso era capaz de enviarlo al agua. La peor parte era para los que cargaban con heridos. No sabían si resistirían demasiado tiempo al frío y la humedad, pero Calvus, al frente de aquel medio centenar de aguerridos hombres que custodiaba el Águila de Plata de la legión XVII, no estaba dispuesto a abandonar a nadie en el camino, a no ser que el final de su vida fuera inminente, y en ese caso había jurado por Marte que él mismo daría muerte a quien se lo pidiese. Aquel pensamiento había impuesto silencio entre algunos hombres que eran más mayores que él. Ahora el grupo se había convertido en una inconsciente marea cuya única voluntad era el joven Calvus Cælius y cuyo símbolo era el estandarte de la legión. Su decisión y coraje habían facilitado la huida, pero el momento moralmente decisivo había llegado hacía tan sólo unas horas.

Antes de que rompiera el amanecer, uno de los heridos había recaído. La fiebre aumentaba. Había perdido un brazo, amputado por el golpe de un hacha cuyo filo, todavía insaciable, había herido gravemente su costado, abriéndole una sucia herida a la altura de las costillas pectorales. Improvisaron un torniquete con cuerdas, apretaron la carne de la que manaba profusa sangre, le dieron algo que morder. Calvus observó aquel muñón de carne humana, los arañazos que arrasaban su pecho como si le hubiesen dado diez latigazos con láminas de acero, los labios hinchados. Durante las primeras horas de marcha todo fue bien, y nadie quiso reconocer que al cargar con las parihuelas de Marcus Apulius la sangre del romano les corría por los brazos antes de ser diluida por aquella lluvia que actuaba como una anestesia del sufrimiento. Pero antes del alba Marcus dejó de gemir. Al cabo de un rato sortearon aparatadamente un desfiladero. Resbalaron y Marcus fue a parar al fango. Calvus se inclinó y trató de levantarlo. Un gemido lo paralizó. La lluvia goteaba por su casco, empañando aquel rostro en el que los ojos se volvían amarillentos como si un nuevo y espeso párpado los cubriese.

—¡Marcus! Marcus despierta... estamos más cerca, llegaremos a Aliso en unas horas —le suplicó Calvus. Los demás hombres comenzaban a inclinarse alrededor.

—Me muero, Calvus —murmuró con supremo esfuerzo su interlocutor—. No

merece la pena que carguéis conmigo, me muero ya...

Caldus pareció indefenso ante el arma más temible de un hombre mortal: su estoicismo ante la inevitabilidad del destino.

—No siento miedo —añadió sin parpadear—. No quiero seguir.

Caldus sintió que tenía que enfrentarse a la voluntad de un hombre.

—No puedo dejar a nadie atrás —añadió firmemente—. Lo he jurado por Marte. No puedo dejarte aquí, abandonado sin dignos funerales, convertido en alimento de inmundas alimañas... No puedo hacerlo. No lo haré.

Caldus tomó las parihuelas e hizo ademán de levantarlas.

Un extraño gemido abandonó la boca del malherido.

—No... he dicho. No.

Varios hombres lanzaron censuradoras miradas a Caldus. Otros se retiraron los cascos y se restregaron el agua que empapaba sus rostros demacrados por el esfuerzo y la fatalidad.

—Tiene derecho a elegir su muerte —añadió un decurión—. Quiere aliviarnos de su carga, porque sabe que va a morir muy pronto.

—No quiero... —murmuró Marcus— ...que me veáis morir cobardemente. No quiero huir de la muerte...

Caldus se apoyó en su rodilla un largo instante. A su alrededor las sombras de los legionarios parecían provistas de ojos que brillaban en la claridad gris del alba. La lluvia asistía monótonamente a sus deliberaciones.

—No puedo dejarte aquí —insistió con firmeza.

La crispación y un rastro de ira cruzaron el rostro de aquel hombre casi desangrado.

—En tal caso... —gimió, e hizo una larga pausa—. Mátame con tu espada. Es lo que yo haría si tuviese fuerzas para ello...

Caldus lo miró sorprendido.

—Que ellos sean testigos de una muerte valiente... Quiero que sea tu acero, y mi voluntad, y no la herida de un bárbaro, lo que me arrebatte la vida con honor... Hazlo, Caldus, hazlo...

—Malditos dioses que nos obligáis a retorcernos como gusanos en medio de este fango... —murmuró Caldus, tratando de huir y lanzando una mirada a la bóveda salvaje y lluviosa que los separaba de la creciente opacidad del amanecer.

—Hazlo...

Caldus miró a su alrededor.

—¿Qué dicen estos legionarios? ¿Qué dicen los representantes de Roma? No tomaré la decisión solo...

—Sí que lo harás —lo interrumpió el decurión enérgicamente—. Lo harás porque eres el líder del grupo, eres el general de esta legión. Lo harás o lo dejarás morir aquí,

pero no puedes dejar de respetar su voluntad.

Caldus desenfundó el gladio. No lo sabía, pero muchos no pensaban que fuera capaz de hacerlo. Habían asistido a ajusticiamientos y a juegos, habían presenciado combates y muertes, pero aquello era el símbolo del destino de todo un ejército. Marcus agonizaba.

De pronto y sin mediar palabra, Caldus apoyó la punta de su acero sobre el pecho del moribundo, a la altura del corazón, y dejó caer todo su peso aferrando nerviosamente la empuñadura. Tras un crujido y un espasmo los ojos de Marcus se comprimieron para relajarse ajenos a cualquier emoción.

Caldus respiraba con dificultad. Dio un tirón en dirección contraria y desenfundó el arma de su sangrienta vaina. Durante un tiempo sin medida le pareció que el mundo perdía el color y el sonido, se sintió mareado, pero apenas perdió el equilibrio. Volvió en sí para contemplar el cadáver de aquel legionario. Después sintió las miradas a su alrededor. Uno a uno, los soldados se retiraban y se incorporaban a la marcha, alejándose taciturnos cuesta abajo.

—Retirad esas parihuelas, podrían servirnos más adelante —ordenó Caldus con voz de acero—. Y tú, decurión, con la ayuda de otros hombres oculta el cuerpo de este legionario bajo tierra y piedras.

El soldado cruzó una mirada fatal con los decididos ojos de Caldus.

Éste se colocó el casco y continuó adelante.

La lluvia arreció. El terreno, que descendía en una gran cuna entre abruptas colinas, los había conducido a aquellos valles anegados por las inundaciones.

Ahora el agua fluía entre las piernas de los legionarios como un lodo sucio. Los fresnos y los sauces les cortaban el camino creando espesas, impenetrables barreras. Las espadas zumbaban alrededor desgarrando el pecho de una selva que no parecía conocer fin. La lluvia los castigaba con su monótona, triste, inquebrantable caída. El Águila de Plata, acosada por la maleza, continuaba huyendo en busca del sur.

Armin se había propuesto que Varus y su legión se tragasen todo el barro de aquellas praderas, para lo cual lo primero que debían hacer era hostigarlos y obligarlos a comprender su propia desgracia. Si el querusco había estimado que su enemigo era vulnerable, también consideraba de gran interés desmoralizar a sus tropas, para evitar un enardecimiento heroico inconveniente en esa posición.

Abandonó la penumbra del *Walthing* y entró en la cortina de lluvia. Se echó la piel de lobo sobre los hombros, agachó el hocico rugoso y disecado de la bestia para protegerse del contumaz aguacero hasta que los largos colmillos acotaron su campo de visión mientras goteaban. La grasa negra con la que Cerunno le había enmascarado continuaba adherida a su rostro, pero por encima parecía haber sido tatuado un laberinto sin solución, un demente caos de salpicaduras rojas que se habían vuelto costrosas y reseca, y que habían empezado a gotearle por los brazos, manchando la flexible coraza de cuero con la que se había protegido el tórax. La lluvia no era capaz de disolver aquellos colores con los que el adivino y el destino trataban de investirlo para el ritual de una batalla que continuaba por todas partes, bajo la lluvia, convertida en una extraña matanza, en una larga cacería, en un salvaje asedio.

Todo aquello giraba en su mente mientras caminaba por la pradera, sorteando los numerosos cadáveres romanos, las piezas de sus armaduras desmontadas, sus adminículos desperdigados. Había imaginado con todo detalle cómo debía empezar la batalla en las selvas de Teutoburgo, pero ahora se daba cuenta de que nunca le había dado demasiada importancia al desarrollo. Y mucho menos al final. Consideró tan capital el principio que cualquier otro aspecto quedaba relegado al mismo. Toda la batalla era una consecuencia de aquel *incipit*. Había participado en los asedios de las legiones, en las campañas de Panonia, conocía algunas de las tácticas básicas del ejército de Roma: a menudo los generales consideraban de suma importancia la supervivencia de sus tropas, iniciaban golpes de tanteo, acotaban los campos de batalla, trataban de provocar el contraataque y la peligrosa muerte por alcance, si el enemigo se batía en retirada. Esta era en realidad la forma más fructífera de matanza, si en justicia puede aplicarse ese adjetivo a una actividad bélica de cualquier índole y época.

Pero Roma había tenido en cuenta otros planteamientos como la victoria y la esclavitud, la civilización de un territorio, el dominio sobre el mismo y sobre su fuerza productora, su pueblo. El plan de Armin era un caos en desigual semejanza. Nunca había considerado en qué medida los germanos sufrirían menos bajas. Había exhortado el deseo de venganza, y la venganza es ciega. Había exigido a todos

aquellos hombres, viejos y jóvenes, que muriesen por matar hasta que llegase el fin, y todos parecían haberle entendido. Pero él mismo, Armin, ¿lo había entendido? ¿Sabía lo que significaba realmente, cuando aquellas hordas salvajes se arremolinaban en las cercanías del Santuario de Irminur, cuando las selvas se atestaban de clanes sedientos de sangre...?

Ahora veía los cadáveres. Otra vez. Regresó a aquellos años de su juventud, a su prueba de fuego, a la batalla en la que se hizo hombre de un día para otro. Recordó el mismo campo de batalla en el que su hermano lo había abandonado a su suerte, en el que su padre había muerto transverberado por un lance de balista, en el que Cerunno había vaticinado la Gran Guerra. ¿Estaría su hermano Segifer entre aquellos mandos de las tropas auxiliares de Varus? ¿O era aquel, el mismo Flavus, del que había oído hablar en Colonia, el formidable tribuno, el domador de caballos...?

De cualquier modo, la lluvia lograba lavar un campo de batalla más sucio que ningún otro que hubiera visto. Los cuerpos que ahora veía estaban pálidos o amoratados por el frío, algunos hinchados. Los miembros que pisoteaba no llevaban muchas horas allí tendidos, pero el frío de la tormenta se había encargado de lavar la muerte, haciéndola más táctil, más duradera y distante a la vez. La muerte en los campos de batalla soleados desprende en seguida un terrible hedor que, al menos en aquella ocasión, evitarían, a la par que la lluvia se encargaba de lavar los regueros de sangre, disolviéndolos mientras manaban de las heridas, de los cuerpos mutilados, de los cuellos abiertos, de los cráneos trinchados.

El fragor se abrió paso entre la lluvia. Un fragor de gritos brutales e inconexos. Muchos brúcteros, queruscos y tubantios vociferaban contra una empalizada frágil, casi absurda. A Armin le costaba creer que los romanos no muriesen de vergüenza en semejantes circunstancias antes que de miedo, dado su orgullo. Todo lo que veía era una barrera de escudos asegurados tras un miserable terraplén, detrás de los cuales se amontonaban soldados y se apostaban algunos centenares de arqueros. Las lanzas surgían de pronto, arrojadas sin emoción alguna y de manera preventiva, para recordar al enemigo que estaban allí, vivos, dispuestos a defenderse. Cuando una horda se aventuraba en pos de la barrera los contingentes de las cohortes se agrupaban para recibirla. Entonces se producía un caos absurdo que el querusco no veía con buenos ojos. Poco faltaba para que aquello se hubiese convertido en una lucha entre hombres ridículos y salvajes que habían salido de las cavernas para denostar el orgullo de los militares romanos. En cualquier caso, los ojos inquisitivos de Armin no tardaban en darse cuenta de que mediante ese tipo de escaramuzas los romanos salían ganando, se restablecían, sabían reagruparse, ocultarse tras los escudos, colaborar organizadamente y ensartar a los furibundos germanos, no sin sufrir algunas bajas. El frente había quedado sin control durante las últimas horas de la noche y a primeras horas de la mañana. No eran pocos los que se sentían agotados

y muchos jefes se habían retirado a una distancia prudente para descansar, comer, e incluso emborracharse.

Armin alzó los brazos. Vitórix, que lo había seguido todo aquel tiempo como un fantasma, masticaba carne vorazmente, reduciendo los últimos pedazos de su porción de carne de oso.

—¡Aquí, Vitórix! ¡*Draupner*!

Vitórix emitió un par de juramentos que nadie entendía y desapareció en el vapor de lluvia.

—Vosotros —ordenó a un par de jefes—: escuchad a Wulfila y obedecedle. Wulfila, quiero que traigas cuerdas, hay muchas en la linde del bosque guardadas, y que arrastres los cadáveres de los romanos hasta este lugar. Otros que sostengan las pieles y que recojan sus brazos y sus manos, todo lo que encuentren, que los agrupen y lo traigan aquí. Y quiero que dejen de atacar de ese modo, ¡estamos regalando hombres a Varus!

Armin no esperaba entusiasmo alguno, y supo que los gestos de desaprobación y repugnancia hacia sus órdenes iban a ser toda la respuesta que obtendría.

—¿Dónde está Varus? —preguntó oteando la niebla. La lluvia le impedía escrutar el centro del campamento romano. Suponía que el cobarde estaba en el mismo centro, rodeado por todas las fuerzas con las que contaba, tratando de resistir hasta que las legiones del Rhenus llegasen en su auxilio.

Vitórix chapoteaba alrededor, tirando de las riendas de las cabalgaduras. Al menos cuatro caballos seguían al galo, impacientes y reacios. Armin montó a la grupa de *Draupner*. Trotaron alrededor del campamento, a distancia segura. Un anillo desigual sitiaba las fuerzas de la legión XIX. En algunas zonas había montones de muertos. La matanza había alcanzado extremos increíbles hacia el centro de la llanura. Varus no contaba ni con la mitad de la legión, y todo ello sin el apoyo de la caballería, que era la única pieza que podría haberles ayudado a emprender una huida desesperada. El anillo de las hordas arrojaba piedras y frámeas ocasionalmente, a lo que le respondían salvas cada vez menos tupidas de flechas y proyectiles de plomo y piedras. Las máquinas de guerra escaseaban. Sólo habían logrado salvar cuatro catapultas, y la culpa había sido de la prisa con que Varus había abandonado las selvas, dejando atrás las lanzaderas más pesadas.

Por lo tanto, aquellas máquinas se habían dispuesto durante la noche cubriendo uno de los flancos del campamento, que se apostaba sobre una cierta elevación. La pendiente y un perímetro cubierto por el alcance de las catapultas y de una o dos balistas de gran tamaño había obligado a los germanos a disponer los emplazamientos de su perímetro de sitio a mayor distancia. Armin suponía que la tienda del propretor se hallaría en el eje central del campamento, pero más próxima a aquel flanco que al otro. Los romanos habían encontrado una última defensa con aquella

disposición: cubrían el flanco más duro y atestaban de tropas la zona en la que la pendiente era más suave. De vez en cuando hacían girar balistas y catapultas, y dejaban que sus proyectiles atravesasen zumbando su propio campamento por encima de sus cabezas para aterrizar a poca distancia en medio de las hordas, si se envalentonaban en gran número contra el flanco más débil, lo que ocasionaba una gran mortandad.

Lucius Egius se miró los pies, acurrucándose tras los escudos. «No tardarán en volver. No tardarán en atacar. No van a retirarse». Su cerebro repetía aquellas frases compulsivamente.

La noche había sido la más larga de toda su vida. Durante las negras horas se preguntaba de dónde llegaría el nuevo embate que aquel caudillo tenía, sin lugar a dudas, planeado. No podía ser de otro modo. Todo estaba demasiado bien previsto, cuidadosamente dispuesto, pragmáticamente ejecutado. El desastre había alcanzado una magnitud desproporcionada, inconcebible, aterradora.

Mientras la marea de las hordas germánicas remitía gracias a la llegada del funesto día, la lluvia, monótona y pertinaz, le recordaba la triste realidad en un constante descender al descubrimiento de nuevas y más deformes realidades. Había oído tantas historias sobre las batallas de Roma... El prefecto se había ganado la confianza de muchos generales. Lucius Egius era un hombre que sabía escuchar y que aprendía, había evitado los sistemas totalitarios de Tiberio, y prefería enseñar y entrenar a imponer duros castigos entre los hombres que se incorporaban a una legión, a pesar de sus limitaciones. Congraciado con los altos mandos y con los inestimables centuriones, se había convertido en una de las piezas claves del alto mando de Varus como pro-pretor de las Germanias. Sencillo y servicial, advertía con prudencia y soportaba los escarnios, las miradas por encima del hombro, las ingratitudes de los nobles legados patricios, como un mal inevitable del mundo en el que vivía, tan militar, tan romano, y en realidad y al uso de los últimos veinte años, también tan imperial.

La grandeza del ejército se había apoyado en recordar las victorias. Todos actuaban como si el mundo no hubiese existido antes de Augusto y de su Principado, de su recién fundado y marmóreo Imperio. Pero Lucius Egius había servido en el seno del ejército, y escuchada, en labios de los veteranos, las historias de las derrotas, que también las hubo, a pesar de la política antiderrotista del Senado reformado por Augusto.

A su mente venían recuerdos de relatos funestos, acudían como a una llamada desesperada. Trataba de adaptarse a aquella nueva situación incomprensible. A su alrededor apenas había conversaciones. El heroísmo se había esfumado. Los centuriones estaban crispados y serios, ordenando sus propias instrucciones. Varus se había encerrado en su gran tienda, protegido de la lluvia, y no lo había visto desde hacía horas. Sin duda alguna esperaba el final, se preparaba para una ruina absoluta, y sólo quería ser interrumpido si la situación empeoraba peligrosamente.

Así era Varus. En todo sentido, un oportunista. Un buen gobernante, pero un

oportunista, un claro exponente de la corrupción de Roma, y de ninguna manera un militar. Se habían desatado varios conatos de furia con la calma de las últimas horas. No habían sido pocos los legionarios que habían maldicho el nombre del pro-pretor, y algunos, agobiados por el sitio y la espera indefinidos, habían propuesto sacrificar a Varus para aplacar la cólera de los dioses.

Los dioses romanos... Marte lo había abandonado, a él y a todos aquellos hombres, cerca de treinta mil, incluso más, aunque no debían contar con los gruesos de las tropas auxiliares, pues ahora estaba seguro de que habían desertado en la cola de la comitiva.

Lucius clavaba sus ojos en las cáligas embarradas, enlazaba las manos, se las retorció. Volvía a mirar el barro de aquella tierra vengativa.

¿Hasta dónde alcanzaría la magnitud del levantamiento? Libres como las aguas de una presa largamente contenida con falsos diques, ¿de qué serían capaces los germanos? ¿Devastarían todos los puestos de vigilancia? Su única esperanza era llegar hasta Aliso, pero incluso esto se le antojaba la última ilusión de un ejército sin esperanza.

Levantó la mirada, sin lograr concretar lo que veía, tan ensimismado había estado. Como un hombre que regresa cautelosamente del filo de un abismo, se puso en pie y volvió a representar su papel, hilvanando los pasos al volver a la realidad, consciente como un actor de que debía ser así hasta el final de la tragedia.

La voz volvió a pronunciar su nombre. Lucius estaba pálido. Llevaba manchas de barro por la cara. Sus vestiduras no eran las de un prefecto orgulloso de su rango, ahora sucias y desarregladas. La piel de su rostro colgaba alrededor de las ojeras, muy grises, y un principio de barba enmarcaba los pómulos amoratados del veterano.

Recorrió el campo con la mirada. Los arcos zumbaban ocasionalmente, enviando punzantes mensajeros al enemigo. Trató de parecer inflexible y duro, de caminar por encima de la muerte, como si nada hubiese sucedido, evitando las miradas de los legionarios, que acudían en busca de sus ojos como los niños tras un padre demasiado pródigo.

No. No cedería ante aquella coacción. Ese era el último bastión y había que resistir hasta el final. Pero en lo más profundo empezaba a dudar si no merecía la pena acabar cuanto antes, y al pensar aquello se miró de nuevo las cáligas embarradas, los pies fríos.

Varios centuriones lo guiaron por el perímetro. Las capas de lana estaban empapadas. Las tiendas se habían levantado con cierto orden, y al menos había la posibilidad de que el botín de las otras legiones sorprendidas en medio de las selvas, sin duda alguna peor paradas en aquel desastre, atrajera los instintos del enemigo y los dejaran en paz a lo largo de aquel día, abandonándolos a su suerte... Algo en su interior le decía que eso no iba a suceder, por más que lo desease. Continuaba siendo

un hombre cuerdo. Y las desventajas de ello era ser demasiado consciente de la realidad hasta el punto de no poder engañarse a sí mismo.

Un veterano centurión miraba desde un pequeño promontorio por encima del flanco sur. El desnivel natural les había brindado cierta ventaja, y allí los germanos estaban más lejos. El terreno jugaba a su favor, y la lluvia les habría impedido trepar ágilmente por la tierra húmeda si hubiesen lanzado un ataque masivo.

—Podéis girar esas catapultas y balistas rápidamente —ordenó Lucius—. Desde este punto podemos cubrir ambos flancos.

—¿Y el bosque? —preguntó la voz del centurión, tomada por el frío.

Lucius respiró profundamente sin poder evitar una molesta tos.

—Creo que desde aquí podemos lanzar contra los tres flancos, norte, este en el bosque y oeste en la pradera donde han sucumbido los caballos. Nos reservamos este flanco para una posible huida, es el que más nos conviene. De cuando en cuando arrojad un proyectil hacia cada frente, para que no puedan calcular cuál es el flanco más descuidado.

—Al menos contamos con un flanco contra el que proteger la espalda —declaró el centurión.

—Es mucho decir —murmuró Lucius, volviéndose en busca de las tiendas principales.

Los heridos se contaban casi por cientos. No era posible mirar hacia ninguna parte sin encontrarse con un legionario al que le habían vendado la cabeza, cubriendo manchas enrojecidas, y los que contaban con brazos y piernas heridos eran los más numerosos. Sintió ira una vez más contra Varus, y por un momento deseó irrumpir en la tienda del pro-pretor, asesinarlo y entregárselo a los germanos, a cambio de una retirada digna. Hasta el Águila habría entregado, la mismísima Águila de la legión, el estandarte de su orgullo. ¿Para qué preservar ese orgullo? ¿Quién podría estar orgulloso de un emperador que ubicaba al mando de un ejército a semejante idiota? ¿Cómo podía suceder eso? Política. Retórica. Aristocracia romana. Eso ya no tenía nada que ver con el espíritu militar que había hecho grande a Roma siglos atrás. La revelación de un mundo decadente que se derrumbaba sobre sus propios pilares, las legiones que lo sostenían, le agobió hasta la desesperación.

Por fin se declaró republicano y quiso hundir él mismo un puñal en el pecho de Augusto ante las escaleras del Senado. Ahora comprendía tantos malestares soterrados entre los bajos mandos. Ahora entendía los rumores que recorrían las legiones apostadas en el Rhenus, desde Colonia hasta Moguntiacum, que sugerían un auténtico motín en contra de las leyes militares de Augusto.

Sus ojos tropezaron con el estandarte: el Águila de Plata se erguía plantada frente a la tienda del pro-pretor, donde dos *signifer* montaban guardia y el fuego consagrado a Marte se había apagado en el altar debido a las fuertes lluvias. Varus se entregaba al

ostracismo en compañía de aquellos absurdos augures. Todavía resonaba en su mente el grito triunfante de aquellos imbéciles aduladores al salir de Mattium. «¡Las águilas vuelan en el oeste! ¡Marte está con Varus!».

¿Para qué preservar el orgullo de aquel estandarte que significaba los errores cometidos, el sacrificio de cuanto se encontraba a su alrededor? Le pareció un objeto maldito, indigno, y tuvo el impulso de librarse de él, arrojándolo a los bárbaros para rescatar a todos aquellos hombres de una muerte segura.

Para Armin, consciente de la estrategia romana, no cabía duda alguna. Aquello podía fallar. La impaciencia y la sensación de poder operaban en contra de los germanos, y sabía por experiencia que era un pueblo demasiado desorganizado en la guerra.

—El tiempo puede actuar en nuestra contra.

—¿Crees que las legiones lograrán escapar de los bosques? —preguntó Vitórix.

—Eso es lo que menos me preocupa —respondió el querusco—. Pocos serán los que salgan vivos de Teutoburgo, y esos pocos lo harán como ratas en el lodo, perseguidas por hambrientos tejones. Me preocupa que las legiones del Rhenus se abran paso hasta nosotros y nos obliguen a dejar inacabado nuestro trabajo...

—Hemos vencido... ¿verdad? —dudó Wulfsung.

—¡Todavía no!

Wulfsung frunció el entrecejo.

—Necesitamos la cabeza de Varus... Los romanos valoran mucho a sus jefes, aunque sean los más inútiles que hayan pisado la tierra. Varus puede ser tan idiota como parece, pero el Senado hará lo imposible para que el pueblo romano no interprete nuestra victoria como lo que en verdad es. Tendrá la necesidad de que este suceso trascienda lo menos posible, de que la derrota no sea recordada, y eso nos perjudicaría. Si queremos hacer algo más que asestar un golpe a las legiones que sostienen el yugo sobre Germania, si queremos que la historia recuerde nuestro nombre y que Roma entera se eche a temblar cuando pronuncie «Germania», para eso es necesario que el desastre sea completo, que el pánico cunda, y que la cabeza de Varus repose sobre una bandeja en el palacio de Augusto.

—¿Tan importante es Varus? —insistió Vitórix.

—Varus es un familiar de Augusto, un familiar del *emperador*. ¿No lo entendéis? —y el rostro del germano se iluminó y sus ojos sonrieron bajo la piel de lobo, entre los colmillos goteantes y las piedras de ámbar incrustadas en las cuencas oculares—. ¿No lo veis? ¿Cuántas veces han dicho a los germanos que Augusto es un dios? ¿Que Augusto es el *dios* del Senado? ¿Que es invencible, centenario, inmortal...? ¿Que gobierna el mundo desde antes de que todos nosotros nacióésemos? ¿Qué sucederá cuando todos sepan que tres de sus veintiocho legiones han sido aniquiladas, borradas de la frontera, tragadas por las inundaciones de Germania? ¿Qué pasará cuando el pro-pretor de Germania y todo el alto mando sean sacrificados por nuestros sacerdotes? ¿Y cuando se sepa que un familiar de Augusto ha sido degollado y que su cabeza ha colgado de los estandartes de Roma? ¿No se reirá el mundo de un dios cuyos familiares son muertos por el enemigo germano y huelen tan mal y se pudren como cualquier otra bestia de este mundo? ¡Eso es lo que quiero que sepan todos, no

sólo en Germania, también en África, en Siria, en Judea, en Egipto...! —exclamó Armin, sin darse cuenta de que todos aquellos nombres eran absolutamente desconocidos para la mayoría de los que le escuchaban, plantados en la lluvia como quienes atienden a la palabra de un oráculo—. ¡Quiero que todos los pueblos a los que domina el Imperio Romano sepan que en Germania los dioses de Augusto son tan mortales como los animales a los que damos caza en nuestras selvas!

Un rayo estalló demasiado cerca y los jefes exhortaron al líder querusco. Armin había recobrado el ánimo y su gente giraba alrededor recibiendo instrucciones. Wulfila no tardó en aparecer con cientos de cadáveres romanos que venían amarrados a muchos caballos de ancho pecho. El querusco ordenó que los acumulasen formando una barrera lo más cerca posible del frente más vulnerable del campamento de Varus. Los romanos se asomaban entre los escudos para espiar lo que sus enemigos perpetraban con los restos de sus compañeros.

Pidió que en lugar de piedras empezasen a arrojar las manos y brazos de aquellos desgraciados contra sus compañeros romanos. Y poco tiempo después la tarde caía en algún lugar detrás de las nubes, mientras el anillo que asediaba el campamento romano se fortalecía con altas barreras de romanos muertos en los que se clavaban nuevas salvas de flechas, mientras la carne muerta impactaba contra los escudos de la mal improvisada barrera romana. Armin era consciente del grado de desmoralización que ello podría causar en el enemigo, algo que le interesaba más que acciones por parte de sus jefes y que, por su inoportunidad, sólo servían para dar ánimos a los centuriones romanos, al ver que al menos eran capaces de resistir y de causar bajas en sus salvajes enemigos.

Los ataques de los germanos cesaron, y Armin controló el círculo entero al galope, disponiendo contingentes de caballos que volvían en busca de lucha a un nuevo campamento, a la espera del ataque definitivo, previsto para la noche. Deseaba desgastar al enemigo, hasta que tuviese la sensación de que se avecinaba un final ineludible, prohibiéndoles cualquier éxito, por pequeño que fuese, y que pudiese alimentar su autoestima en lugar de roerla lentamente.

Manos y brazos, amoratados y llenos de cicatrices, llovían de pronto y golpeaban los escudos de la barrera, como señales de unos muertos que deseaban regresar, aunque ya despedazados, al amparo del campamento. Otras veces unas figuras solitarias se aproximaban a caballo a galope tendido, surgían de las rachas de lluvia y arrojaban uno de aquellos miembros entre los apiñados legionarios. Y la mano caía agarrotada entre sus lanzas, rodaba sobre sus hombros, o el hueso golpeaba sus cascos sonoramente para mostrar el espantoso espectáculo. Y lo que en un principio produjo violentas reacciones que ni siquiera los centuriones lograron contener, después se convirtió en una callada agonía moral. Varus había ordenado que expulsasen aquellos miembros, y los restos fueron arrojados más allá de la barrera.

Pero el espectáculo era atroz. En medio de la luz incierta aparecían, a unas pocas yardas, aquellos restos diseminados. Las cabezas fueron clavadas por los germanos en largas estacas que plantaban lo más cerca posible del campamento, y la barrera de cuerpos romanos descuartizados, en algunas zonas más alta que en otras, se convirtió en una amenaza insalvable para los que estaban condenados a espiar los movimientos de los bárbaros. Ahora no se enfrentaban a un enemigo salvaje que arremetía contra ellos: sólo veían cuerpos romanos muertos, muchos de ellos mutilados por las pesadas hachas cuando se había cobrado las reservas y fueron necesarios proyectiles humanos de renuevo.

La lluvia, al fin, en lugar de languidecer, arreció. Armin tuvo la sensación de que un rayo caía no muy lejos, en el oeste, partiendo la incipiente nocturnidad como un mandoble de fuego blanco. Su caballo se encabritó con el temblor de tierra, y todos supieron que Thor se acercaba para exhortarlos a un nuevo y devastador ataque contra Varus.

La cortina de agua era tan espesa que apenas podían distinguir las luces del campamento romano, que empezaban a encenderse, parpadeando. El viento se levantó y la lluvia casi se volvió horizontal. Un vendaval despertó el rugido de los bosques. De no haber sido germanos, hijos de aquellas tierras, muchos de ellos habrían abandonado a su enemigo, atemorizados por una cólera que sólo podía ser, a su entender, de origen divino. Pues aquello sólo podía significar que los dioses tenebrosos de Germania se enfurecían. Las selvas se inundaban. Los torrentes se desbordaban en atronadora caída. Las llamaradas de los rayos chasqueaban en las florestas. Los perfiles de las colinas semejaban un cónclave de gigantes que, reunido por la furia de los Ases, aguardaba el golpe exterminador contra el enemigo que había osado dominar su tierra.

Armin luchaba contra el viento a la grupa de *Draupner*. La tupida hierba de la llanura se encharcaba. No se dio cuenta de que era él hasta que estuvo muy cerca. El rostro curtido, los pómulos rojos y las enredadas trenzas de Gailswinther emergieron de la lluvia. Su caballo sajón era más pesado y lento, pero más fuerte y resistía mejor el frío y la lluvia, mientras *Draupner*, puro nervio nacido en las praderas de los amsívaros, piafaba alrededor haciendo caso omiso a las palabras que Armin trataba de murmurar en sus orejas, para persuadirlo de que el trueno venía en su favor.

—¡Si Thor quiere derribarnos que me parta un rayo! —exclamó, temerario, el jinete.

—Mal momento escoges para desafiar al hijo de Wuotanc... —advirtió Armin, tratando de retener a su cabalgadura. Vitórix se las veía con la suya, y, supersticioso como era, no le había gustado el comentario de Gailswinther.

—¡Cuidado con la parte baja de la llanura, en el oeste! —advirtió Armin—. ¡Recoge a todos los jinetes aquí, frente al flanco norte de Varus!

—Las ciénagas se han desbordado allá abajo —vociferó el avezado jinete—. Las laderas resbalan como un lodazal, he mandado que todos los caballos abandonen los árboles, donde muchos se habían retirado a comer... He visto cómo dos grandes robles caían arrancados de raíz por el viento... ¡Es una verdadera furia! —exclamó extendiendo los brazos, y prorrumpió en una brutal carcajada.

—Cerunno convoca la cacería de Wuotanc... —murmuró Armin, impresionado por el resplandor de un rayo.

—Y Vercingetórix no anda demasiado lejos —añadió Vitórix, que como galo y natural de Gergovia no compartía con los queruscos aquella simpatía por las tempestades.

—Necesitamos esas empalizadas cuanto antes... ¡Wulfila! Busca a Witolt y pídele que empiece a arrojar piedras y frámeas desde el oeste, que mantenga ocupados a esos legionarios y que se olviden del flanco norte... Hay que prepararse para el ataque definitivo. ¿No querías el Águila de Plata? —preguntó, volviéndose hacia Gailswinther—. ¿No querías el Águila de Varus? ¡Pues ahí está! A un paso...

—¿Me la dejarás a mí? —preguntó el jinete jovialmente.

—¿Crees que Wulfila y sus hijos te dejarán adueñarte de ese estandarte? Son docenas los jefes que esperan atrapar el Águila de Plata de Varus... ¡tendrás que luchar por ella! —estalló el brutal Wulfila, amenazándolos con el puño.

—¡Yo prefiero la cabeza de Varus, a la que daré justos honores! —respondió Armin, y las risas estallaron a su alrededor por encima de un enjambre de truenos.

La luz de unas palmatorias iluminaba el paso fantasmal del viento. Los costados y el techo de la tienda del alto mando se sacudían. Un fuego ardía en el centro, inquieto, como el último reducto de dioses venidos del sur, acosados por el dominio de divinidades tormentosas que pugnaban por destruir su mundo, por borrar toda su obra de la faz de la tierra. Las togas *trabeas* de los augures se destacaban alrededor del fuego, sosteniendo entre rezos y abstrusos ademanes sus sacrosantos *lituus*.

Varus miraba el fuego y, como si le abriese una puerta al recuerdo, sus ojos se precipitaban en un espacio mucho más lejano a través de las llamas. Aquella luz le ayudaba a evadirse, a recordar distantes días que creía haber olvidado, sumido en los placeres de un presente siempre oportunamente provechoso. Él era el único que parecía ausente en el interior de la tienda. Había ordenado que extendiesen muchos de sus tapices. No había ni rastro de la hierba de Germania, que, tupida y aplastada, se extendía por debajo de las alfombras como un esponjoso colchón. Hizo traer varios *lectus*, y se echó en uno que contaba con patas de marfil y un gran colchón de plumas de ganso. Allí, soslayado, sostenía una copa de oro colmada de vino puro. Las ánforas no estaban lejos; varios de sus sirvientes aguardaban pacientemente en las penumbras, a la espera de que manifestase su más mínimo deseo.

—¿También tú crees que no adopto una actitud adecuada? —preguntó el propretor—. ¿Por qué esperar tenso y medroso si puedo hacerlo con mesura y calma?

Echó un largo trago. Sus pómulos estaban rojos, y a la luz de aquel inquieto resplandor parecía que muchas de aquellas venillas amoratadas que tatuaban sus carrillos se habían remarcado en las últimas horas. De cualquier modo, Lucius Egius y sus centuriones se daban cuenta de algo sorprendente: Varus no estaba borracho.

Cuando se decidió a dar el último informe Lucius temía encontrarlo perdido en un abismo de generosa indiferencia. Pero no había sido así. Allí estaba, como en los tiempos de Martium. Prefería saborear sus placeres antes que sucumbir a ellos, y eso causó cierta simpatía en Lucius. Era lo menos que podía hacer por respeto a su ejército, a sus legionarios, al nombre de su familia.

—Te escucho, Lucius Egius —declaró de pronto con sobria serenidad.

Lucius comenzó con su relato. Le habló del lanzamiento de los miembros humanos, de la barrera de muertos, del pésimo estado de sus legionarios, y le dio a entender claramente que aquel caudillo los odiaba sin medida y que detrás de aquellas decisiones sólo podía haber una búsqueda implacable de la muerte. No adivinaba solución alguna. En ese momento Varus clavó sus ojos en el prefecto, como si hubiese leído una frase no pronunciada pero claramente presente en el discurso.

—¿Hay algo que quieras sugerir con todo ello? —preguntó suspicazmente. Su

ancho cuello apenas tembló con las palabras. Introdujo un dedo en el vino y lo removió con parsimonia—. No es hora de grandes orgullos ni de absurdas ocultaciones. Nuestro enemigo nos ha acorralado y no sabemos si las legiones del Rhenus llegarán a tiempo. Mi sobrino, Nonius Asprenas, es de rápidas conclusiones, pero le falta saber la noticia y nos esperará más al oeste... Hay que reconocer que una rendición podría ser ventajosa para nosotros.

A todos les pareció que Varus había encontrado una lucidez diamantina bajo la presión del momento. No era otro sino él quien debía sugerir una cosa así, a pesar de que todos suplicaban la idea en el ínterin. A fin de cuentas era él quien había cometido los errores, y era él quien debía despojarse de su orgullo, salvar a sus legionarios y postrarse ante Roma para recibir el castigo que el mundo romano considerase oportuno.

—Quiero salvar a todos estos hombres, si ello está en mi mano —declaró con decisión—. Pero antes quiero saber, sin que ello trascienda jamás, qué opinan los mandos. No quiero que actúen en contra de su propia voluntad.

Lucius cruzó miradas con varios centuriones junto a los que desempeñaba sus funciones casi con total autonomía del mando de Varus.

—El ejército de la legión XIX no se opondrá a las decisiones del pro-pretor, le ha seguido hasta la ruina y ahora tratará de seguirle hacia una salvación para sus hombres, por deshonrosa que sea para Augusto o para el Imperio.

—Y Varus es una de las decisiones de Augusto —añadió el propio Varus, con indolencia y una absurda sonrisa—. Pienso que los dioses nos entregan su mayor bien en situaciones grandes como estas. Las reserva para cada hombre con secreto mensaje. Fijaos en Julio César, no le perdonó su vanidad, y lo que para Varus ha sido imprudencia en el campo de batalla, para aquél lo fue en su propia Roma, en ese campo de batalla que es la política. O Drusus, recordadlo: todo lo hacía demasiado bien, era demasiado buen general, demasiado buen legado, invencible, y cayó repentinamente de un caballo y allí quedó tendido como un gusano. Ahora Varus recibe su lección, y ya la ha aceptado. Si salgo con vida no revelaré estas deliberaciones, nadie tendrá la oportunidad de saber que en verdad todos vosotros queríais abandonar a Augusto y salvar la vida. No debería exigirse tanto a los soldados: morir a cambio de nada es una mierda. Mío ha sido el error de entrar en esta trampa, y más serán todas las responsabilidades anexas. Ya no me importa. ¿Crees que podrás hablar con ese caudillo germano? ¿Crees que sabremos su nombre? A decir verdad es un hombre glorioso, bárbaro e incontenible, pero grande. Casi me parece que estoy ante un general romano que ha decidido capitanear esas hordas...

—Varus, varios hombres capturados por nuestros legionarios han mencionado su nombre, se llama Armin...

El pro-pretor pareció petrificado por el sonido de aquella palabra. Sus gruesos dedos parecieron perder el pulso y fue como si la sangre no acudiese a sus mejillas por unos instantes.

—¿*Arminius*...? —pronunciaron sus labios casi imperceptiblemente.

Su mente relampagueó y todo lo que había oído lo sacudió como un trueno. Las advertencias de Segestus, aquella penúltima conversación, aquel ruego aparentemente absurdo, inútil, codicioso, de un germano con ansias de servirse indirectamente de su poder para dar venganza a cuestiones personales. Segestus se lo había advertido. El error estaba ahí, frente a él, como una revelación fatal. Aquel desertor de la legión I *Germánica*, aquel tribuno de caballería protegido por Paterculus. Había oído hablar de él desde diversos ángulos y siempre, de uno u otro modo, parecía hacer acto de presencia como un fantasma que nunca se desvanecía del todo. Los había espiado desde las sombras. Él y ningún otro era aquel misterioso *Wulfmund*, un infiltrado, un conocedor de los planes de Roma. Había contado con espías entre los auxiliares de Mattium. Lo había provocado y atraído hacia el oeste. Había urdido un plan perfecto. Lo estaba esperando, y él, Varus, preocupado por su vanidad, no había sido suficientemente suspicaz. Había entrado en la trampa del lobo.

El momento había sido tan denso, que su transcurso se había escapado a la vivencia de la misma realidad que lo rodeaba. Varus volvía en sí con dificultad. Volvía de contemplar aquel plan perfectamente organizado, y se sintió más despreciable que nunca.

De pronto, sus ojos buscaron con ansiedad las armas y se posaron en su propia espada.

Varias luces se reunieron en el frente sur del campamento romano. Al principio no lo entendieron, pero Armin fue a asegurarse de lo que suponía. Las luces se balanceaban, hacían señas. El querusco se aproximó en medio de la lluvia. Allí el terreno se extendía en una larga pendiente. Los romanos escogían su mejor flanco para solicitar un encuentro.

—Quieren negociar —se dijo Armin.

Retrocedió hacia la oscuridad en medio del vendaval de viento y lluvia. Cuando alcanzó el corro de jefes gritó:

—¡Buscad a Ortwin! ¡Hacedle venir!

Varios jinetes queruscos partieron en las tinieblas, tras reconocer que sabían dónde se encontraba. Ortwin el Blanco atendía a muchos heridos.

Durante un tiempo la mente de Armin pareció quedar en suspenso. No podía concebir aquella situación. Roma se rendía ante los germanos. No dejaba de ser halagador.

Ortwin apareció con la cabeza cubierta por una capucha de pieles de nutria. Descendió del caballo y se abrió paso entre las sombras de los guerreros; trataban de protegerse debajo de anchas pieles que impedían que la lluvia golpease sus rostros.

El rostro de Ortwin apenas era reconocible. Su barba amarilla y sus ojos brillantes eran lo único que destacaban en el rostro albino.

—Ortwin, tú eres el único que habla latín y el único en cuya palabra confío... sabrás escucharlos —y Armin señaló las luces que parpadeaban y giraban en el campamento romano—. Detente a cierta distancia de ellos, y espera. Estoy seguro de que no nos traicionarán. Sólo tienes que saludar y escuchar lo que digan.

Ortwin miró a Armin. El querusco le devolvía la mirada bajo los colmillos del lobo, tras la máscara ritual salpicada de sangre.

El joven sacerdote montó su caballo y, escoltado por cuatro jinetes queruscos, avanzó lentamente hacia el campamento romano. Lo único que Armin y sus hombres distinguieron fue la antorcha de Ortwin que, débil y parpadeante, se aproximaba a las distantes luces. Se detuvo, bastante cerca. No vieron nada sospechoso. La antorcha de Ortwin parpadeaba en el mismo sitio. Nadie parecía haber perpetrado traición contra ellos. Unas luces empezaron a abandonar el campamento y fueron al encuentro de Ortwin. Se reunieron.

El tiempo transcurrió lentamente. El viento pareció calmarse, pero la lluvia crepitaba alrededor. Los rayos caían ahora detrás de las colinas del Wiehengebirge, en el oeste, y Armin supuso que las selvas estaban siendo azotadas por la tormenta.

Las antorchas se separaron y se movieron en direcciones opuestas. Ortwin y los

queruscos volvieron. Armin miró al sacerdote. Los jefes se arremolinaron alrededor, todos ellos deseosos de conocer las noticias de Varus, y si había sido él en persona quien, tratando de hablar directamente con su oponente, se había dirigido al campo de batalla.

—¡Vayamos al *Walthing*! —exclamó Armin—. Y que todos los jefes allí reunidos lo oigan.

Uno de los ayudantes de Ortwin desapareció en la oscuridad a galope tendido, pero nadie se dio cuenta de ello, en medio de la excitación que provocaba la rendición de Varus.

La comitiva se puso en marcha y, siguiendo las antorchas guía que habían sido plantadas en el terreno y protegidas por tejados de piel, encontraron el camino hasta el *Walthing*.

En su interior descansaban varios jefes. Las conversaciones se interrumpieron. Armin pidió silencio. Varios de sus mensajeros acudieron en busca de cuantos régulos y padres de clanes estuviesen velando junto a las hordas que se reagrupaban numerosas alrededor del campamento de Varus, a la espera de las órdenes del *kuninc*. Pronto hubo muchos más jefes de los que Armin habría imaginado. Sus rostros fieros, algunos heridos, guardaban silencio. La noticia se había propagado como si el estandarte de la legión XIX ya estuviese allí, en manos de los germanos.

Armin pidió a Ortwin que empezase.

—No era Varus el que vino... —reconoció Ortwin.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Armin—. Sería algún miembro de su mando.

—Lucius Egius saluda a *Arminius* —declaró Ortwin. Muchos jefes lanzaron extrañas miradas al querusco—. El prefecto de las cohortes reconoce el estado lamentable de los restos de la legión y te trasmite el mensaje de Varus. Está dispuesto a entregar sus estandartes, está dispuesto a entregar todas sus pertenencias, que viajan con él, con tal de que sus hombres, conducidos por su irresponsabilidad en la inteligente trampa de *Arminius*...

—¡No me llames *Arminius*! —exclamó de pronto el querusco, dominado por una ráfaga de ira y dando una sonora patada a la mesa central, donde varios cuernos en los que se escanciaba el *medhu* rodaron, derramando su contenido.

Sus ojos se encontraron con los de su amigo, hostiles. Los rumores circularon por las penumbras. Ortwin parecía contener una extraña e incomprensible ira. Armin había oído su nombre romano sólo una vez y le pareció que ofendían su orgullo, pero al escucharlo por segunda vez estuvo seguro de que el sacerdote trataba de acusarlo.

—Con tal que sus hombres —continuó el joven sacerdote, sin pestañear ni apartar la mirada de los ojos de Armin— puedan librarse del castigo final e innecesario, aceptando además la derrota y renunciando la legión a todos sus símbolos...

Armin se sonrió de pronto, satisfecho. Muchos jefes arrojaron gritos y levantaron

los brazos.

—¿Y quién se quedará con el Águila? —preguntó Wulfila.

—Si se acepta esa decisión, tendrá que ser entregada al *kuninc*... —anunció el jefe querusco.

Armin ya leía desaprobación en los rostros a su alrededor.

—¿Y qué más han dicho acerca de su retirada? —preguntó el querusco.

—Que abandonarán Germania en busca del Rhenus y que no regresarán.

—¿Y Varus?

Ortwin alzó la voz.

—Varus ofrece su cabeza a los germanos, pues reconoce que ya no valdrá nada ni a la orilla derecha ni a la izquierda del Rhenus. Se rinde para salvar a sus hombres.

—Como Vercingetórix... —exclamó Vitórix, dubitativo al oír su propia voz—. No esperaba algo así de Varus.

—¿Y quién podría esperarlo?

Armin se sintió confuso. Una rendición en aquellas condiciones era leal, así como el indulto de las mujeres y niños que habían sucumbido en el interior de las selvas. Ahora tenía la oportunidad de tomar una decisión que ahorraba vidas en ambos bandos. Aquella decisión era como un hierro candente cuya quemadura podría marcarle para toda la vida.

—¡Lo decidiremos entre todos! ¡Que la decisión sea tomada por el *Walthing!* —gritó por encima de las voces, que se elevaban discrepando unas contra otras, a veces riendo, a veces tratando de saber cómo repartirían el botín, lo que ya empezaba a ocupar la mente de los jefes más que la verdadera situación política de Germania. Otra vez aquel espíritu tribal de caza y botín pasaba por encima de la verdadera importancia de la decisión. Otra vez la pequeña política obnubilada la mirada de quienes no eran capaces de mirar más allá, las consecuencias en la historia de su pueblo.

—¡NO!

El grito impuso silencio. La negación se abrió paso hasta ellos con la fuerza de una maldición.

—¡No! ¡No! ¡Mil veces no! —gritaba la voz.

Cerunno apareció empapado por la lluvia. La barba le colgaba pegada al sago blanco. Sus venas y hasta sus nervios parecían insinuarse bajo los pliegues mojados. Sus cabellos lacios colgaban chorreando a ambos lados de su cabeza como horribles y sucias greñas. Con una mano empuñaba una mortecina antorcha, con la otra se apoyaba en el viejo cayado de manzano. Pero su mano se aferraba al muñón de aquella severa raíz con tal energía, que no parecía servirse de la misma para caminar, más bien la blandía como un arma de mágicas propiedades. Las alas de su nariz estaban muy abiertas, y un soplo de ira ardía en sus mejillas. Y lo peor de todo eran

aquellos ojos, aquel par de ojos que jamás habían visto tan abiertos, tan dispuestos a fulminar, y el parpadeo rápido y voraz de ave de presa que vigila el mundo desde las alturas. La crispación que transmitía Cerunno se propagaba a su alrededor como la energía de una hoguera, reduciendo a ceniza la voluntad de sus opositores, como si fueran troncos resecos alcanzados por un sortilegio.

—¡Malditos! ¡Siete veces malditos! —rugió la voz cavernosa, acentuando lentamente las palabras y alzando el cayado, con el que los señaló a todos, girando firmemente sobre sí mismo sin atisbo alguno de senil vacilación.

Armin, confundido, fue el único que no retrocedió ante la imprecación del legendario hechicero. Mas no por ello estaba menos atemorizado. Si Cerunno había invocado aquella tormenta, como tantas otras, en cualquier momento el hombre-rayo podría atraer la caída de un rayo que acabase con todos ellos de un solo golpe.

Detrás aparecieron más rostros sombríos. Un cónclave de decrepitos ancianos calados por la lluvia. Sus labios entreabiertos dejaban escapar un vaho fantasmal. Se apoyaban, centenarios, en sus bastones. Vestían sagos negros. Cargaban con cuervos muertos. Sus ojos miraban gravemente. Sus miradas se clavaban en la casta guerrera.

—¿Qué veo a mi alrededor, sino ratas que caen en trampas para ratas? —inquirió Cerunno con desprecio y un temblor en los labios. Su voz parecía brotar de una profunda caverna—. Maldición de los dioses sobre quienes quebranten los juramentos de la Tierra. Maldición de los dioses sobre quienes osen romper el pacto de los Ases. Maldición de los dioses sobre ellos y sobre las siete generaciones a las que sus mujeres den a luz en un mundo funesto...

Armin inclinó su cabeza y evitó los terribles ojos de Cerunno, que lo acosaban.

—He oído las falsas palabras de Varus, he oído cómo intenta negociar... ¡ahora que se ve perdido! ¿Negoció cuando se sentía en el vértice de su poderío? El destino está trazado desde hace muchos años, los druidas y sacerdotes no consentirán que los hijos de sus pueblos quebranten el sagrado juramento que los ha conducido hasta la hora suprema. Todavía conservo el olor de la podredumbre que Julio César dejó tras sus matanzas en Alesia, ¡y aún quiso aparecer magnánimo a los ojos de la historia! ¿Recordáis el trato que dio el romano a su pacto, la cabeza de víbora llamada Julio César? Como los cerdos, como el estiércol y peor que el estiércol fueron para él los cuerpos de los niños, de las mujeres, de los nobles guerreros celtas... Aceptó un trato que no cumplió salvo ante los escribas de la historia romana... Hizo esclavos y mató a millares, irrigó Gergovia con la sangre de sus hijos para que creciesen los espinos de los elfos negros, y ¿qué hizo con Vercingetórix, la última y más noble mano que se debatía contra las serpientes de acero de ese puerco lampiño que era Julio César?

»El héroe fue encarcelado en Roma, sirviendo a sus propósitos hasta que al fin llegó el día de hacerlo desfilar ante las estúpidas masas de la ciudad donde los hombres están podridos, y allí anduvo desnudo el que había depuesto sus armas

noblemente para salvar a su pueblo, atado a la cuadriga triunfal de Julio César, en la que se erguía aquel vanidoso tocado con los laureles de sus dioses, de esos mismos dioses que hoy vienen a nuestras puertas, suplicantes, mendigando un mendrugo de piedad ante la furia del rayo y el temblor del trueno... de esos dioses aturridos que hoy despiertan del embriagador sueño provocado por orgías festejadas con el sacrificio de nuestros pueblos. ¡Eso es lo que le debemos a Augusto, su ahijado, su heredero, su espíritu!! Le debemos un golpe salvaje. Una puñalada en los pulmones. Reventada por un mandoble debe ser la boca del que mendiga perdón. «Perdón» yo os advierto que es una palabra que maldigo, cuyo significado no debe ser aprendido por hombres de guerra.

»Roma debe ser tratada como ha tratado a los galos, como ha tratado a los germanos, y entre ellos los sugámbrios son quienes mayores exterminios han sufrido. ¿A qué creéis que venía Varus, sino a ejercer un terrible castigo? ¿Cuántas de las mujeres de los brúcteros habrían sido ultrajadas, cuántas niñas convertidas en carne de sus campamentos, cuántos de vuestros nobles herederos violados y tratados como esclavos de los embasquetas? ¿Cuántas aldeas habrían sido reducidas a ceniza después de los incendios? Sabed esto, hoy, ¡hacedos duros! No tembléis ante los ojos de un enemigo suplicante, porque no deja de ser un enemigo. Desead su muerte. Acabad con él. Servidme a Varus y a sus mandos para que yo mismo os enseñe la lección de mi vida sobre los altares de Teutoburgo, ante las piedras de Thor y de Wuotanc, y ved cómo mis ojos no parpadean cuando exprima la sangre de sus corazones después de abrirles el pecho con este cuchillo que pende de mi cinto, aguardando la santa hora, porque esa sangre no será la sangre de Varus, sino la sangre de un Imperio herido de muerte por hombres que habrán dejado de ser hombres... Y tú, *kuninc* —rugió de pronto con desprecio, apuntando con su bastón a Armin; el querusco creyó que un rayo caería de un momento a otro y que lo reduciría a ceniza— ¡escucha lo que he de decirte! Sigue hasta el final. Por encima de este *Walthing* está el consejo de los ancianos y de los sabios del Oráculo de Irminur. Y nosotros os exigimos la victoria suprema, el exterminio total, la venganza. No habrá nadie que pueda oponerse a este mandato. Hoy, ahora, aquí, quiero que recordéis vuestro juramento de sangre.

Armin se encontró con la mirada orgullosa y tenaz de Ortwin. Él era quien había avisado a los druidas, consciente de la gravedad de la situación. Y él, Armin, había cometido un error, que aún estaba a tiempo de enmendar. Recordó la violación de su hermana por parte de aquellos romanos, recordó la muerte de su padre en combate, la traición de su hermano, su travesía en el mar, recordó cómo las agrias pero veraces enseñanzas de Cerunno lo habían rescatado de la ruina personal en los ejércitos de Roma, de cómo había llegado hasta ese punto de su vida, y se sintió aliviado en lo más hondo. Una parte de su cultura moría, adquirida en tierras remotas, siempre y cuando Cerunno fuera capaz de tomar ciertas decisiones por él. Ahora la historia

seguiría su curso por encima de su debilidad humana. Nadie sospecharía jamás, en los cientos, miles de años posteriores, que él vaciló en nombre de una situación humana, quizá demasiado humana ante los inescrutables designios de los dioses y de la historia de los pueblos.

—El *Walthing* seguirá el consejo de los druidas —declaró Armin, alzando la cabeza y enfrentándose a los ojos de Cerunno—. Este *Walthing* no quería estar por encima de los sabios...

—¡Se acabó! ¡Acaba con tus necias palabras! Blando me has parecido, hijo de Segimer, todavía un joven distraído, y no basta con ideas, también hay que llevarlas a cabo. Algún día serás un hombre acabado, cuando aceptes en su entera rotundidad el sentido trágico y destructor del mundo, cuando te des cuenta de que el único designio es morir en combate, como llegó a aprenderlo tu padre tras arduas lecciones que sólo los dioses saben dar. ¡Escucha ese trueno que galopa sobre las colinas de Teutoburgo y las estribaciones del Monte Sagrado! —bramó Cerunno—. Suena la hora en que los hombres deben convertirse en dioses. No habrá más paradas para comer hasta que no llegue el fin absoluto. Las cohortes deben ser reducidas hasta que no quede un solo romano vivo, y aquellos que sean atrapados con vida, deberán ser llevados ante los sacerdotes para que sean sacrificados en agradecimiento a los dioses que hoy nos apoyan con todas las fuerzas del cielo. Preparaos para el embate final. No habrá descanso ni comida hasta que llegue ese momento, y la única señal que advertirá a los jefes que pueden volver a comer será la salida del sol, claro y luminoso entre las nubes. ¡Y preservad a Varus con vida, o traedme su cuerpo! Vosotros —miró a Ortwin—. Encended cientos de antorchas alrededor del campamento de Varus. Avisadlos. Y ve en compañía de tus guardianes y responde a Varus que Cerunno quiere arrancarle el corazón sobre los altares de Teutoburgo. Nada más.

Un salvaje coro de voces se alzó alrededor, festejando el nombre del anciano. Armin se sintió eclipsado por aquella implacabilidad sin límites. Los régulos alzaron los brazos, gritaron, liberados de la terrible tensión a la que habían sido sometidos por aquel santón, aquel visionario capaz de arrancar acentos desconocidos en el ánimo de sus seguidores, ebrios de victoria.

—¡Los tesoros de Varus y sus estandartes serán de quien logre arrebatárselos! —exclamó Cerunno—. ¡Luchad por ellos!

Armin se preguntó si acaso no era la decisión más astuta. Aceptando la rendición de Varus, las hordas contaban con el nuevo problema de un reparto equitativo del botín, lo que no encajaba con la mentalidad de los germanos. Lo único que disuadiría a otros jefes ante la captura de los estandartes y las joyas y el oro era el reconocimiento del privilegio del vencedor, de aquel que llegase primero y lo protegiese como su propiedad. Cerunno azuzaba a sus perros tras dejarles oler la carne fresca. Cerunno conocía a su pueblo, pensaba Armin, y se sintió traicionado por

su propio conocimiento del mundo romano.

Ahora haría lo que mejor sabía hacer: conducir el ataque hacia una victoria definitiva.

Se encontró con la mirada de Vitórix. Creyó leer cierta censura en sus ojos azules. Quizá no había estado de acuerdo con sus decisiones, de ahí que se hubiese sumido en la oscuridad para apartarse de ellas. Pero era un amigo fiel. No había tratado de imponerse. No se había rebelado. No le había hecho ningún reproche. Al contrario que Ortwin, quien ya mostraba la poderosa formación de su mentor, Cerunno el Sabio. No había conocido amistad alguna cuando se había tratado de quebrantar las leyes que el poder de los sacerdotes habían dictado entre los pueblos de Germania, aquel extraño y terrible poder que no parecía conocer límites y que encontraba en Cerunno la personalidad más representativa.

Los druidas abrieron paso formando un pasillo, y los jefes fueron abandonando la precaria sala de pieles entre goteras y golpes de viento. Armin fue el último. Cerunno clavaba sus ojos en la máscara del querusco. Era él único que lograba atravesarla, el único sobre quien aquel camuflaje no operaba influencia alguna.

Armin se echó la espada sobre los hombros y caminó lentamente ante la mirada atenta de Cerunno, quien le espetó:

—Acaba con temeridad lo que temerariamente has empezado, hijo de Segimer.

Vitórix le aguardaba afuera. Las antorchas comenzaban a puntear el campo de batalla, tal y como Cerunno había exigido. Iba a ser la noche más larga.

Ortwin pasó junto a ellos, dirigiéndoles una mirada mucho más serena. Subió al caballo, cubierto de nuevo por las pieles de nutria, y se movió con la guardia hacia el flanco sur. Sus cuatro antorchas casi desaparecieron en la lluvia. Armin siguió su rastro en silencio.

Cuando se hallaron en las inmediaciones de la barrera, presenciaron el encuentro de Ortwin con las antorchas romanas. Cientos de luces parpadeaban débilmente en la distancia, y ya rodeaban el perímetro del asedio. Los legionarios de Varus contemplarían aquel despliegue con desasosiego. Armin esperaba que los legionarios no traicionasen al portavoz y su escolta. No ocurrió así. Las luces se separaron. El parlamento había sido breve. Sin duda alguna, Ortwin no les había concedido más palabras. Todo había acabado.

Cada vez eran más las antorchas que se encendían formando un tupido anillo alrededor del campamento de Varus. Armin sabía que el tiempo era muy valioso. Le parecía que en todo momento los ojos de Cerunno lo espiaban desde las sombras, clavando su mirada en la nuca. Poco tiempo después ya cabalgaba dictando las órdenes que algunos jefes acataban sin gran simpatía. La actitud de Cerunno había cuestionado su mando, y se percataba de lo que ya con anterioridad había pensado: que había planificado un gran ataque, pero no sabía lo que sucedería después.

Contó con la fidelidad de los clanes queruscos, que dispusieron gran cantidad de toscas empalizadas, ensambladas a última hora por orden del *kuninc*, y procuró que Gailswinther controlase la caballería sajona, procurándose él mismo el poder de la caballería querusca y dejando que Wulfila y sus hijos controlasen a los clanes de infantería.

Las antorchas parpadeaban, se apagaban y volvían a encenderse. La lluvia se había vuelto más fina, pero el viento continuaba arremolinándose violentamente. Armin creyó incontenible el estado de belicosidad de los guerreros que iban a pie, tomó una antorcha impregnada de resina y galopó en círculo seguido por algunos de sus hombres. Y a medida que su rastro huía por la llanura, un rugido estallaba detrás.

Los legionarios espiaban entre la empalizada de escudos. Las antorchas continuaban en su sitio, si bien muchas de ellas se habían movido ligeramente. Algo había pasado pero no sabían qué. Lucius Egius corrió entre las filas, gritando como un loco. Su voz se hizo eco entre los centuriones, que exhortaron inmediatamente a las armas. La confusión puso en alerta a todo el campamento.

De la oscuridad surgieron gritos que atravesaban el viento. Rugidos de gargantas raucas, amenazas ininteligibles y maldiciones germanas que venían a su encuentro. Los arqueros romanos hicieron zumbar sus arcos contra la oscuridad de manera desordenada y muchas lanzas y puntas fueron arrojadas. La antorcha que galopaba seguida de su guardia casi completaba el círculo, cuando las primeras hordas alcanzaban la empalizada y se arrojaban contra ella, furiosas. Armin sabía que esas filas serían sacrificadas. Pero esto no parecía importar a los sacerdotes germanos. Hubo docenas de muertos entre los sugámbrios durante aquella primera acometida, pero quienes les seguían caminaron por encima de ellos, aplastándolos, saltando las barreras y arrojando sus armas sobre unos legionarios que retrocedían acobardados por aquella marea salvaje que surgía de las tinieblas.

El perímetro completo fue atacado. Las balistas y catapultas comenzaron a disparar a discreción. El impacto de sus proyectiles se perdía en las sombras. Lucius daba órdenes, y los legionarios corrían a defender la línea. Pero la marea parecía incontenible. Por fin los escudos comenzaron a proteger a los que retrocedían. Cerrándose y apuntándose desde dentro con sus lanzas, las tortugas se desplazaron aplastando a sus propios muertos. El clangor de los metales resonaba por encima de las cabezas de quienes lograban protegerse en el interior de las tortugas. Las puntas conseguían herir a muchos germanos, pero las pesadas frámeas de hierro que arrojaban éstos a veces se escabullían por los intersticios, penetraban y atravesaban los cuerpos de sus adversarios. Un constante matar y ser herido dominaba el combate. El derramamiento de sangre era lavado por casi horizontales rachas de lluvia. El desorden era tal que los germanos llegaban a herirse entre ellos.

Armin retrocedió en busca de los contingentes de caballería. Encontró caballos

inquietos que mugían azotados por la lluvia. Gailswinther lograba retener el deseo de destrucción que parecía haber encolerizado a las hordas hasta extremos desconocidos. La desproporción de la fuerza y la furia se abatían sobre el enemigo sin concierto alguno. Armin no podía haber aspirado a mayor control del asalto. Comprendía la imposibilidad de manejar con acierto grandes contingentes de germanos, porque no se consideraban germanos como tales, sino hijos de sus clanes, de sus tribus, y eso descomponía el poder sobre aquellos hombres. Ahora sólo cabía esperar.

Al menos los queruscos habían obedecido las órdenes del *kuninc*. Ordenó a Vitórix que los jefes de sus clanes atrajesen la mayor cantidad de aquellas improvisadas empalizadas hasta el flanco norte.

Armin cabalgó frente a las filas.

—¡Esperaremos hasta que nuestros hermanos nos hayan abierto paso! ¡Después arrojaremos estas empalizadas y lanzaremos a los caballos!

Nadie lograba entender nada y la tensión crecía entre los jinetes. Algunos escuadrones, animados por sus jefes, que estaban algo alejados en la extensa disposición del ala, emprendieron galopes para otear el campo de batalla.

La caída de un rayo desveló por un segundo el misterio de la batalla. Los ojos de Armin quedaron impresionados por aquel mar encrespado de cabezas, lanzas y miles de hombres. El ejército de Varus había retrocedido hasta convertirse en una compacta masa que sólo podría ser eliminada tras arduos y mortíferos combates. Armin temía que hubiese logrado formar un cuadrado, en cuyo interior protegían armas, heridos, y el alto mando con los estandartes.

No muy lejos se escuchó un zumbido y un pesado golpe que, como el puño de un gigante, aplastaba la tierra. Las piedras de las catapultas empezaban a cobrarse docenas de vidas entre los enceguecidos germanos. Tampoco eso importaba a Cerunno ni al consejo de los sacerdotes. Había que vencer a cualquier precio y antes de la llegada del amanecer. Pero el querusco sabía que ese método impulsivo y tan poco precavido exigiría muchas bajas en su bando; la mejor solución habría sido un asedio organizado.

Un golpe terrible lo sacó de sus cavilaciones. Sonó como un chasquido. Un lance de balista había atravesado el cuerpo de un caballo con tal precisión que pareció haber sido alcanzado por un castigo de los dioses. La escena fue iluminada por el resplandor lívido de un rayo. Varios jinetes se habían aproximado demasiado a la línea de alcance. El rostro de Armin pareció ser consumido por un dolor y una furia sin límites y sus ojos, ávidos y salvajes, se volvieron de pronto hacia el flanco sur.

Gailswinther ya conocía el plan y Wulfila sabía ordenar el asalto contra las empalizadas. El jinete sonrió ante el ingenio ideado por los queruscos. Poco tiempo después, Armin ya había desaparecido en compañía de sus incondicionales. No hubo grandes arengas ni mayores palabras. Buena parte de los queruscos a caballo

siguieron al *kuninc* que, encolerizado, atravesaba las rachas de lluvia en busca del flanco sur. Se distanciaron del frente y al fin el querusco se detuvo. Desmontó y dio una palmada en el lomo de *Draupner*, que se alejó en la oscuridad, seguido de otros muchos caballos.

Cuando el grupo estuvo dispuesto y mientras iban llegando más y más hombres del clan del lobo negro, iniciaron una carrera silenciosa en pos de las empalizadas que protegían las máquinas de guerra romanas. Armin ordenó que se separasen unos de otros, creando un frente poco tupido, y les prohibió el grito de guerra.

Todo sucedió muy rápido. Apenas los puntos de luz se volvieron más nítidos cuando las primeras formas aparecieron en las penumbras. Después los germanos pasaban entre las filas dispersas de combates aislados y arrojaban una lluvia de pesadas frámeas. Escucharon los gritos ahogados y se abalanzaron sobre los escudos. Armin apenas pudo distinguir nada por debajo de su salto. Si había esquivado una punta afilada no había sido sin ser alcanzado por otra que logró magullarle un costado, y ese había sido el pago de sus tributos a la fortuna, cuando la larga espada giraba y aplastaba el yelmo de un legionario. Entonces los gritos se generalizaron en aquel frente y la marea de los queruscos se introdujo como una punta en el pecho del ejército de Varus. No muy lejos, Armin ya vislumbraba, como si fuesen creaciones fantasmales de la luz fugaz, las catapultas y balistas que zumbaban y gruñían bajo los fucilazos azules.

—¡A por el Águila! ¡El Águila está allí!

Su voz gritaba y como un eco sus hombres repetían aquella llamada, y una nueva fuerza comenzó a empujar por detrás de él. Arrojaba mandobles a diestra y siniestra. Logró correr al amparo de la repentina oscuridad por encima de una docena de escudos, sorteando ciegas lanzadas arrojadas por los intersticios. Los legionarios contemplaban la figura iluminada por un rayo, y cuando estallaba el siguiente su forma ya se había esfumado. Los ojos que lo perseguían sólo lograban componer imágenes inconexas de un ser que parecía cambiar de lugar y sobre el que era imposible hacer blanco. Detrás de él otros germanos corrían sobre los escudos. Algunos eran heridos, otros lograban arrojar las lanzas de hierro entre los escudos, causando grandes quebrantos en cabezas y hombros, razón por la que de pronto el suelo de escudos cedía y el caos aumentaba, fragmentando las barreras que trataban de contener el ataque.

Armin saltó al vacío y rodó. Apresó la espada e hirió a un pesado centurión. El gladio iba a arrojarse sobre el querusco cuando una cuchillada desgarraba su entrepierna, dejando escapar un grito casi tan aterrador como el que profería Vitórix, su verdugo.

El querusco huyó en las sombras, corrió entre malheridos que apenas podían presentar batalla y alzó el arma. Empuñando el largo mango a dos manos y

desorbitando los ojos descargó el golpe del halcón sobre un acobardado operario de catapulta. Giró sobre sus talones con tal rapidez que apenas lograron empuñar sus lanzas cuando un cortante mandoble abrió los cuellos de dos legionarios. Acto seguido, Armin saltó sobre los mástiles de la gran catapulta. Descargó un golpe y los tensos tendones que acumulaban la energía de lanzamiento estallaron en ambas direcciones. Los dos latigazos corrieron en la oscuridad. Un legionario fue alcanzado en la cara y sintió que la mitad de su rostro había sido separada de su cabeza, cubriéndose inmediatamente entre despiadados alaridos, buscando refugio, arrodillándose, retorciéndose, deseando morir, mientras la sangre le manaba entre la manos y le parecía que el aire de su respiración jadeaba libremente entre sus mandíbulas, privadas de uno de sus carrillos, la nariz y el labio superior reventado. El otro flanco de tendón retrocedió por el lado opuesto y fustigó el muslo derecho del querusco, que sintió como si le ardiese la pierna después de haber sido marcado por un hierro al rojo. Soltó la espada y retrocedió. Trastabilló contra un mástil y cayó de espaldas, aferrándose a la pierna, embargado por el dolor. Aquel hecho le salvó la vida, pues de haber permanecido donde estaba, la piedra que la valija de catapulta cargaba para arrojar sobre el frente lo habría aplastado sin más demora que unos granos de arena al derrumbarse, librada del contrapeso que la retenía: la gran roca se precipitó en la oscuridad, destrozando el cabestrante.

Hazañas semejantes inutilizaban las balistas a su alrededor. Creyó reconocer el grito salvaje de Vitórix y su perfil a la luz de los rayos, dando muerte a otro legionario al pie de una gran balista. El ataque estaba resultando efectivo. Mordido por el dolor, empuñó su espada y se perdió en las tinieblas, en busca de las tiendas de los mandos.

Nadie entendió por qué, pero Gailswinther había esperado inquieto para dar la orden de asalto. Se había producido un cambio, y a partir de ese momento Wulfila corrió en busca del frente. Cientos de queruscos cargaban sobre sus brazos con largas estacas que habían unido mediante mimbres y cuerdas, como fragmentos de una empalizada móvil. Se produjo una confusión allá adelante, o lo que fuera que hiciesen era traído por el viento como un rastro de gritos.

Fue entonces cuando sonó una trompa. Después otra le respondía. Gailswinther miró a los jefes sajones, se llevó su cuerno de uro a los labios y sopló. Cientos de caballos se pusieron en movimiento bajo la lluvia y siguieron el galope de los jefes. Gailswinther avanzaba a galope tendido a través de las tinieblas. Escuchó las voces, vio el frente y su caballo continuó galopando a toda fuerza por encima de aquella empalizada que habían arrojado los queruscos encima de las primeras y aguerridas filas de *hastatii*. Los caballos se precipitaron hacia delante y su peso aplastó aquellas filas de germanos y legionarios, hasta que lograron caer sobre los escudos. Las patas de las cabalgaduras patinaban sobre el acero mojado, y el peso de la caballería hundió

rápidamente a varias cohortes enteras bajo su peso, mientras un infierno se desataba alrededor y las hachas sajonas caían y desmembraban desde arriba. Muchos caballos, heridos por las lanzadas de aquellos a los que trataban de aplastaban, se encabritaban y arrojaban a sus temerarios jinetes. Pero la caballería logró abrir una brecha a través de la que empujaban más y más jinetes y desde cuyos flancos se abría a izquierda y derecha, este y oeste. Las fuerzas de los germanos habían logrado alcanzar el corazón mismo del ejército de Varus.

No muy lejos aparecían los estandartes plantados, largas figuras en el resplandor de los rayos, y las formas de unas tiendas que crecían en círculo rodeando carruajes y docenas de aterrorizados caballos. Gailswinther lanzó el grito que provocaba el furor de sus hombres:

—¡A por el Águila!

Enfurecido, el jinete ordenó a su caballo trotar sobre un campo de heridos, mientras quienes debían protegerlos huían de su paso. Por las calles, entre tiendas mal plantadas atestadas de heridos, los caballos sajones y queruscos corrían a galope tendido. No eran pocos los que, desoyendo a sus jefes, se habían arrojado enloquecidos hacia el centro del campamento. El oro y las joyas de Varus, así como sus preciados estandartes, parecían al alcance de la mano.

Un aguerrido romano saltó al paso de Gailswinther, tratando de frenar su paso, acompañado de varios centuriones, pero el jinete ordenó a su caballo correr con más fuerza. La muerte los visitó rápidamente. El acero de Gailswinther descendía con un destello. Su caballo resultaba malherido por los *pilla* de los centuriones. La caída era aterradora. Lucius Egius se desplomaba como un saco inerte, con la hoja de un hacha incrustada en la cabeza.

Varus aferraba la espada de sus antepasados, ante los ojos aterrados de sus augures. El clamor rodeaba la tienda. Además de aquel viento, el furor de nuevos combates se había cernido alrededor como el batir de alas de un ave rapaz e inmensa que descendía para despedazarlos. La guardia personal se apretaba alrededor de la tienda, suponía el pro-pretor. Aunque estaba seguro de que muy pronto huirían para morir degollados por sus salvajes vencedores. ¿Cuántos habían depuesto sus armas, entregándose para salvar la vida?

—Lucius... ¡Lucius! —gritó el pro-pretor—. ¡Nos has abandonado! ¿Dónde están ahora los centuriones de la XIX, sino lejos de su mando? ¡Te demandaré ante Roma! ¡Te azotaré yo mismo, Lucius...!

Varus corría de un lado a otro como si cada sonido en el exterior de la gran tienda significase un ataque funesto e inesperado que acabaría con su vida. Se volvía torpemente de una a otra parte, como loco en su delirio. En un arrebato se ciñó el casco emplumado.

—¡Moriré con la honra de mis antepasados!

Uno de los augures mostraba presencia de ánimo y no pudo dejar de pronunciar palabras de gran desprecio.

—Tus antepasados, Varus, sólo tuvieron honor para arrojarse sobre sus propias espadas cuando vieron llegada la hora de su derrota...

—¿No me hablasteis vosotros de águilas que sobrevolaban el cielo cuando nos dirigíamos hacia el oeste? ¿No fuisteis vosotros, falsos augures, quienes me animasteis en mi cometido? Sucios cobardes, mentirosos hijos de mala madre... Me habéis llevado a la ruina... y a todo el ejército de Augusto... Mirad este desastre... ¡Mirad...!

Varus se volvió, sacudiendo los gruesos carrillos. Su piel roja, casi amoratada, brillaba con el sudor. Las gotas mostraban los largos regueros que descendían por su rostro, iluminados por la vacilante luz de sus palmatorias. Sus ojos, antaño placenteros y suspicaces, ahora acosaban su entorno desmesuradamente abiertos. Ansiedad y angustia eran lo único que podía leerse en ellos.

—¿Debo ir a ese campo de batalla, para ser muerto por esos bárbaros? ¿Tienen ellos derecho a dar muerte a un familiar del mismísimo Augusto? —preguntó, casi enajenado.

Un galope atrajo su atención. Escuchó otro grito. Una pesada lanza atravesó la tienda y fue a clavarse en la endeble pierna de un muchacho galo que había servido mudamente los deseos de Varus.

El pro-pretor se abandonó a sí mismo, dejó caer la espada y se inclinó ante el niño

brutalmente herido.

—¡Salvajes! ¡Bárbaros! Bastardos hijos de animales... —gimoteaba entre lágrimas.

Acarició los cabellos del adolescente y aun con la mirada enturbiada por las lágrimas Varus logró articular algunas palabras.

—Esa lanzada era mía, joven Asúrix, era mi cuerpo el que debió ser quebrantado... ¿qué has hecho tú para merecer ese trato... sino servir a Roma como te ordenaron tus padres? ¿Qué les diré cuando los encuentre de nuevo, confiado rehén?

Las voces crecieron alrededor. Los augures retrocedieron. Varus sintió una última oleada de orgullo y valor y recordó el suicidio de su padre tras la batalla de Filipos, el de su abuelo en Farsalia, rememoró el asedio de Judea, las campañas de Siria.

Tomó la espada y apoyó el extremo del mango contra el suelo.

Después se retiró la coraza y arrojó todo su peso desnudo contra la punta de acero. Sus ojos permanecieron abiertos, al tiempo que descendía lentamente.

El acero enrojecido surgió por su espalda.

Quedó boca abajo.

Lo último que vio fue el rostro de su joven esclavo, sus suplicantes ojos de incompreensión; Asúrix aún se debatía herido de muerte. Todos los demás huyeron en desorden.

El fuego ya trepaba por los costados de la tienda de Varus y muchos de sus últimos acompañantes estaban siendo atados o asesinados, cuando Armin logró llegar hasta sus puertas.

—¡Reservad a esos augures para Cerunno! ¡No los matéis! ¡Son sus sacerdotes!

Casi tuvo que recurrir a la fuerza de su espada para impedir que fuesen muertos allí mismo, aunque a aquellos augures les aguardaría un final mucho peor en los altares de Teutoburgo.

Después entró en la tienda. Las llamas ocultaban un cadáver abultado. Pidió ayuda para sacarlo del lugar, y Wulfsung tiró con fuerza de las piernas del pro-pretor. Armin se dio cuenta de lo que había pasado. La espada otorgada por Augusto atravesaba su pecho. Las manos ensangrentadas del pro-pretor se aferraban engarfiadas alrededor del mango. Una parte de sus piernas y de su costado habían empezado a arder, pero el resto del cuerpo permanecía intacto. Lo envolvieron con unas pieles para evitar que los jefes de otras tribus se lo arrebatasen, y retrocedieron a través de lo que ya era el final de una larga matanza.

—¡Ese niño...!

Armin se inclinó sobre el muchacho. El cuerpo de Varus lo había protegido de las primeras llamas. La lanza atravesaba su pierna de parte a parte, ensartado como un oseznó en el fondo de una trampa. El querusco se inclinó. Apoyó su pie en el frágil

muslo y aferró la ensangrentada frámea. Tiró con fuerza hacia sí y logró que el resto de la lanza atravesase el cuerpo hasta abandonarlo. El muchacho perdió el conocimiento. Armin lo alzó y abandonó la tienda en llamas.

Una gran lucha se había desatado muy cerca y los combates enceguecidos pugnaban por el estandarte de la legión: el Águila de Plata volvía a conjurar a su alrededor el deseo de victoria, causando discordia entre los régulos germanos, hasta que los queruscos de Segmir y Wulfila lograron hacerse con la preciada pieza, y los demás trofeos quedaron a disposición de otros guerreros.

La batalla se descomponía en cientos de combates aislados. La reducción del campamento de Varus llevaría aún varias horas. Sólo era una cuestión de tiempo que todos aquellos hombres sucumbiesen. Algunos habían tratado de huir y la caballería los alanceaba salvajemente. Otros resistían formando, dispuestos a resistir hasta el último momento, para vender cara su piel a un enemigo que no les había dejado vendérsela a cambio de una retirada pactada. La madrugada se acercaba.

Armin retrocedía en medio del caos. La lluvia continuaba azotando el campo de batalla. Él, Vitórix, Wulfsung, Angbrandt, Wilunt caminaron entre millares de muertos. Cargaban con el cuerpo de Publius Quinctilius Varus.

EL ÁGUILA PERDIDA



Sólo por la tarde habían empezado a escuchar llamadas de trompas que se aproximaban. Los germanos venían rápidamente por los altos de los alrededores, evitando los terrenos inundados. Estaban agotados, pero sabían que la muerte sería segura si abandonaban aquel lecho. Durante todo el día, el segundo tras el inicio de la emboscada, una monótona lluvia gris se había filtrado en la selva y el fondo del bosque. El paisaje era una cuna entre brazos de colinas pedregosas, una corriente de lodo que se fragmentaba en mil torrentes.

Decidieron dormir subidos a las ramas de los árboles. Calvus no quiso oír nada relacionado con abandonar la ruta escogida. Era la más difícil y estaba empezando a hacer mella en sus cuerpos, pero era la única que ofrecía algunas garantías de supervivencia. Con suerte, los mársenos de los bosques se cansarían y, atraídos por el olor de los botines y de las recompensas fáciles, iniciarían combates con otros régulos germanos por el reparto del oro y de las telas, de las armas, de los carruajes que hubiesen sobrevivido al primer asalto. Eso les permitiría deslizarse secretamente hacia el sur, y Calvus guardaba la esperanza de encontrarse con otros grupos dispersos de supervivientes, igual que las aguas, fluyendo con los torrentes en busca del gran campamento de Aliso y de la ruta del Lupia que descendía hasta el Rhenus.

Sobrevivir y salvar el estandarte de las garras del enemigo eran una misma cosa. Aquel grupo de legionarios carecía de sentido sin el símbolo con el que cargaban. Necesitaban aquella victoria personal para paliar el inmenso desastre en el que se habían precipitado sin honor alguno.

Los viejos árboles ofrecieron un cobijo precario. Llevaban ya casi un día entero caminando en medio de aguas torrenciales, sucias y gélidas. La imposibilidad de encender un fuego empeoraba sus perspectivas. Se acomodaron como pudieron entre las horquillas de las ramas y trataron de conciliar el sueño.

Durante aquellas largas horas Calvus se aferró a pensamientos duros como jamás habían aflorado en su mente. Sintió que la decisión de morir era para él sencilla como el aire que respiraba. No supo si por acción de una larga educación, si gracias a la veneración de ciertos ideales estoicos, pero su ánimo se volcó en la decisión de morir acometiendo su objetivo. Dejó de prestar atención a la tos y al frío, y la propia acción continua de la mente pareció resucitar un calor que abandonaba a otros, cuya única preocupación eran el desánimo y la pesadumbre. La tristeza no se abrió paso hasta su corazón y muchos recuerdos que para otros eran motivo de tortura fueron desechados por aquella tenacidad superviviente. Así le encontró una madrugada gris.

La lluvia continuaba cayendo con menos fuerza, y la segunda mañana descendió opaca y neblinosa entre los árboles. Calvus puso en marcha a sus hombres, ubicando

el estandarte en el centro de la columna, y ordenó que a partir de ese momento fuera porteado por dos hombres y que no se sostuviese en pie, para evitar que desplazase las ramas y llamase la atención inútilmente. Nadie discutió su decisión.

Fue entrada la tarde cuando la calma de muerte fue interrumpida por un viento huracanado y una nueva tormenta comenzó a descargar lluvia sobre los bosques. Las aguas cobraron ímpetu a su alrededor y uno de los heridos, que había empeorado mucho durante la mañana, ya estaba muerto cuando se acercaba la noche. Preocupados por sortear las dificultades del terreno y resistir el frío, sus porteadores se habían conformado con soportar el peso de las parihuelas, y cuando quisieron darse cuenta cargaban con un cadáver. Calvus ordenó que su cuerpo fuera cargado hasta un lugar más firme, donde le darían sepultura. El frío ya empezaba a cobrarse nuevos enfermos. Los hombres se debilitaban en aquellas condiciones. Calvus veía sus rostros demacrados y pálidos, olvidándose de que el suyo debería estar igual o incluso peor.

Antes de que la luz se extinguiese fueron en busca de una de las orillas. Calvus y dos hombres más abandonaron el grupo. Se acercaban a una zona menos profunda cuando el sonido de una trompa, no demasiado lejana, puso en alerta el rostro de Calvus. Se inclinaron sigilosamente hasta que el agua pasaba relamiendo sus labios. Las hierbas flotantes se enredaban en torno al casco y el frío atenazó su cuerpo, pero Calvus continuó agazapado en la superficie como un anfibio. Tras reptar lentamente entre montones de matas, descubrió un grupo de márseros en la orilla. El viento arrancaba un zumbido ensordecedor a los árboles. Calvus se dio cuenta de que no eran más de cuatro o cinco. Si los atrapaban por sorpresa podrían eliminarlos.

Los márseros se embadurnaban el rostro con una tintura roja. Después se inclinaban y cortaban pedazos de una carne que llevaban oculta en una especie de piel. Calvus tuvo una extraña premonición y se acercó dando un rodeo. Sus dos compañeros dejaron las parihuelas y el cadáver oculto entre unas malezas y se movieron en dirección contraria.

Cuando estuvo suficientemente cerca, Calvus se dio cuenta de que sus sospechas no eran infundadas. Lo que los márseros llevaban en la piel no era sino una pierna humana. Observó por un momento las actitudes de aquellos bárbaros, sus ademanes, la absoluta carencia de humanidad, los ojos fieros y vigilantes, encerrados en unas cuencas oculares pintadas de negro. Estaban suficientemente confiados. Se sentían seguros. Sin saber si era o no el momento, Calvus emergió lentamente del agua. Controlaba su respiración, su tos, sus ojos miraban fijamente aquellos pechos descubiertos, las pieles de oso con que se cubrían los hombros, las crestas apelmazadas, las cabezas rapadas embadurnadas con la sangre de sus sacrificios.

Sin provocar ruido alguno, sin dejar escapar un gemido o un estertor de pasión, Calvus pisoteó el barro y se arrojó hacia delante.

El mársero se había cortado otro pedazo de carne y se lo llevaba a la boca. Iba a echar un confiado vistazo a su alrededor; algo disonaba en la armonía del bosque, oculto por el ulular del viento, un olor diferente.

Cuando se volvió sólo vio el filo de la espada que se descargaba contra su cabeza. La bóveda craneal se abrió esparciendo su contenido. Los otros apenas lograban ponerse en pie cuando los legionarios cargaban mortalmente contra ellos. Caldus se volvió contra el único que había logrado ponerse en pie y amenazarlo con un puñal. Pero el mandoble buscó su cuerpo, lo hirió y de pronto otra de las armas descargó un golpe contra su cuello. El último inició una huida desesperada entre los árboles, pero no bastó. Caldus iba cerca, recurriría a todas sus fuerzas, era más alto y se había vuelto loco. Ambos gruñían como animales en una persecución. El primer mandoble alcanzó la espalda del mársero. El segundo no logró tocarle pero la fortuna quiso que, al descender, la hoja tropezase con la cara anterior del muslo derecho, donde desgarró profundamente la musculatura. El mársero cayó herido y tenso como una alimaña que se retuerce, lanzando un grito horroroso. Caldus rodó encima y perdió la espada. Se enfrentó a los ojos enloquecidos de aquella bestia. Trató de protegerse interponiendo el brazo, pero el mársero clavó su dentadura en él con el ansia de un perro acosado por la rabia. Rodaron entre montones de hojas.

Uno de los legionarios ya había llegado pero no lograba asestar un golpe certero. Fue muy rápido, y lo que ocurrió paralizó el ánimo de los romanos que presenciaban el bestial combate. Caldus hundió su cabeza en el recio cuello del bárbaro e hincó su dentadura entre las hinchadas venas. Cerró las mandíbulas, mugiendo. Giraban en el barro. El mársero abandonó sus brazos y trató de gritar, desesperado, con los ojos fuera de las órbitas. Caldus se separó descubriendo un rostro bañado en sangre. Se sentó sobre el torso del moribundo y cerró sus piernas a ambos lados. Aferró una piedra, la levantó y golpeó la cabeza de su enemigo. Los golpes sonaban secos. El ensañamiento no conocía fin. Sus dos hombres retrocedieron, satisfechos y a la vez conmocionados ante la visión de aquel despedazamiento. El romano se detuvo, exhausto.

Caldus miró los deshechos, volvió en sí, se levantó jadeando y escupió sangre. La mordedura en su brazo manaba sin cesar. No sabía diferenciar entre sus propias heridas y las causadas a su antagonista en el bestial trance. Se levantó, perplejo y mareado. Apenas reconoció a sus hombres, que retrocedieron temiendo que en su locura arremetiese contra ellos. Había sido raptado por aquel delirio sanguinario, salvaje, propio de un animal dispuesto a matar a cualquier precio con tal de sobrevivir.

Caldus recorrió el camino entre los árboles. No reparó en los cuerpos de los márseros asesinados, en la pierna de cuya carne se alimentaban. Se arrojó al agua y se dejó arrastrar por la corriente. Por un momento creyó que todo había sido una extraña

pesadilla. Que nada había sucedido.

Y en verdad no había sucedido. El agua era el agua de sus ríos. Jugaba en el río que bañaba la hacienda de sus padres en Umbría. Sólo era eso. Delirios de un joven que ansiaba la gloria militar. Había oído hablar de Drusus, de los grandes hombres de Roma, y él, un patricio, había deseado el renombre bajo el mando de otros generales. Levantaría la cabeza, aspiraría el aire, vería el cielo azul, los rostros de sus primas que, casi desnudas, jugaban en la orilla del río de su patria...

Creía que se ahogaba cuando el aire entró a borbotones por su boca. El gélido viento azotaba las ramas de los árboles. Sus hombres lo sostenían por los hombros y lo habían sacado del agua, donde estaba a punto de ahogarse. Volvió en sí lentamente. La terrible mordedura estaba ahí, tatuada en su brazo. El pedazo de carne no había sido seccionado por los dientes de su salvaje enemigo, y colgaba. Al menos la sangre y los restos del germano habían desaparecido. El agua de la corriente los había disuelto, y con ello el recuerdo dejaba de ser tan vivido, tan truculento, tan perturbador, y lograba abandonar aquel estado de desfallecimiento.

¿Había hecho aquello realmente? Al menos en los rostros de sus hombres ya no leía miedo sino preocupación, eso sólo podía significar que volvía a ser un hijo de Roma. Escupía convulsivamente tendido en el barro. Sus hombres ocultaron el cadáver del romano y arrojaron al agua los cuerpos de los bárbaros, sobre los que dejaron caer pesadas piedras para que se mantuviesen fuera del alcance de la vista al menos hasta que ellos estuviesen suficientemente lejos.

Las tinieblas de los bosques crecían alrededor. Recorrieron el camino de regreso a través de la inundación. Sus hombres ya no estaban en el lugar en el que los habían dejado. Los buscaron torpemente en las crecientes sombras.

Arrio apareció de pronto, como un fantasma. Ya no se cubría con la piel de leopardo.

—El Águila... —murmuró Calvus.

—No la hemos perdido —respondió el *aquilifer*.— Aquí.

Su brazo sostenía el pesado estandarte. El rostro de Mario, un decurión, apareció algo alejado, sosteniendo el extremo de la barra.

—Cumplimos con tus órdenes, Calvus...

—No lo hicisteis —repuso Calvus, apartándose los mechones mojados de la frente—. Os ordené que en cuanto escuchaseis evidencias de un combate huyeseis a poner a salvo ese estandarte que es todo lo que queda de Roma ahora... y me desobedecisteis.

—No podíamos dejarte aquí —protestó Marcus, un centurión—. No podíamos hacerlo, y decidimos esperar.

—Ahora está hecho —repuso el líder, tratando de sostenerse por sí mismo.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Arrio.

—Nada que deba saberse. Unos márseros encontraron la muerte a orillas de esta crecida. Nada más...

—Caldus dio muerte heroicamente a dos de esos salvajes, impidiendo que uno de ellos huyese a dar la voz de alarma, gracias a él estamos vivos todos... —atestiguó uno de sus compañeros. Cada vez eran más los soldados que emergían de las tinieblas.

—Repartamos esos restos de comida... —pidió Caldus con indiferencia.

—¡Aquí hay algo! —exclamó un legionario, y las sonrisas se dibujaron en los rostros demacrados de los romanos.

—¿Una ardilla? —preguntó Caldus.

—¡Un jabato, por Júpiter y Minerva! —exclamó el cazador, orgulloso.

—¿Y cómo lo cocinaremos? —preguntó el prefecto—. Sabéis que no podemos hacer fuego, que no podemos abandonar este lugar hasta que las aguas nos conduzcan como un paso detrás de las colinas.

—Pues cargaré con él hasta que llegue la hora de comerlo, o me lo comeré crudo —añadió el legionario, cosechando un discreto coro de risas y estertores en las penumbras azotadas por la lluvia.

Caldus se quedó mirando al legionario. Sólo quienes le acompañaban comprendieron lo que sentía.

—En marcha. Hemos perdido demasiado tiempo. Caminaremos durante toda la noche. Vamos.

Las horas fueron largas. El agua se volvió más profunda y encontraron el lecho del río. Los relámpagos se marcharon a otra parte, pero el viento sopló con más fuerza que nunca y no fueron pocos los árboles que se derrumbaron no muy lejos y por fortuna ninguno de aquellos hombres resultó herido por su caída. Fue lo único que pudieron agradecerle a las largas horas de marcha hasta que llegó una madrugada tétrica y fría. Uno de los rastreadores del grupo se dio cuenta de que una barrera de rocas cortaba el avance de las aguas, detrás de ellas el desnivel del terreno los arrojaba con brusquedad hacia una zona de torrentes y gargantas.

—Son las fuentes del Lupia, no me cabe ninguna duda, desbordadas por la tormenta —murmuró Caldus—. Siempre oí en Aliso que el río que descendía de las colinas lo hacía a través de un laberinto de gargantas rocosas y espesas selvas.

La mañana volvía a abrirse paso entre las barreras de árboles. Las copas se sacudían azotadas por un viento frío. La luz gris les mostró cómo detrás de unas espesas barreras boscosas la inundación se despeñaba entre cortantes riscos que los glaciares del pasado habían desmenuzado en las paredes de las colinas, cuando un manto de sempiterno hielo reptaba por encima de ellas. El resultado era un paisaje hostil. Las aguas dificultaban su descenso. Las gargantas eran mucho más profundas de lo que habían supuesto. Allá abajo vieron la espuma batiendo tras pulverizarse en

las rocas. La humedad recorría las paredes verdosas con regueros permanentes. El rastreador les mostró una cañada especialmente honda, un precipicio cortado a pico que salvaba un desnivel de cuarenta pies.

Apenas eso sucedía y la columna de romanos se aproximaba emergiendo de las malezas, cuando un zumbido inadvertido se zambulló en el agua dejando un rastro de burbujas.

—¡Flechas!

Un instante después gritos de furia y delirantes alaridos recorrían las rocas de los altos riscos. Eran llamadas que nunca habían escuchado. Los acosaban los demonios de los bosques, los márseros. Inconfundibles aullidos salvajes les avisaron a la par que docenas de flechas cruzaban el aire. Mario cayó al agua después de que una le perforase el muslo izquierdo. Al menos siete hombres habían caído alcanzados por más de tres flechazos cada uno. Sus cuerpos comenzaron a deslizarse corriente abajo.

Caldus no vio la forma de ponerse a cubierto.

—¡Arrio! ¡Saltad!

Caldus aferró la barra del Águila de Plata y tiró de ella. Arrio dio unas zancadas y ambos se lanzaron al vacío de la cascada, mientras otros soldados sorteaban los últimos pasos antes de arrojar al abismo.

El salto fue largo y Caldus creyó escuchar el zumbido de los flechazos que pasaban a su alrededor precipitándose en busca de las paredes rocosas. Luego una confusión, un golpe de agua y un rugido que los devoraba y los ocultaba en una ignota profundidad. No supo durante cuánto tiempo fue arrastrado por la corriente, pero la profundidad casi negra parecía succionarlo hacia las paredes de la montaña. Después de un interminable lapso de tiempo, la misma fuerza que se lo tragaba comenzó a escupirlo, como si se tratase de un alimento que las divinidades de los torrentes despreciaban, y vio con desesperación cómo se acercaba a la superficie tatuada de cambiantes y espumosas ondas. Volvió a coger aire. A su alrededor las olas empujaban con fuerza. Vislumbró cascos romanos apareciendo y desapareciendo en medio del caos. La garganta por la que el torrente empujaba se abrió. A intervalos creía escuchar los ecos de unos gritos salvajes recorriendo las paredes rocosas, cuya verticalidad ascendía a ambos lados encerrando el cielo amenazador.

Arrio surgió de la nada y se aferró a su brazo.

—¡Me ahogo! ¡Ayúdame!

Caldus le prestó toda su fuerza. Pero cuál fue su sorpresa al darse cuenta de que el *aquilifer* todavía aferraba el pesado estandarte. Volteado por la corriente y evitando las rocas, Caldus consiguió cerrar una de sus manos en torno a la barra del estandarte y aligerar así la carga de Arrio. El torrente era demasiado profundo todavía. Aparecieron unas márgenes, pero eran sólo copas de árboles cuyos troncos habían quedado ocultos bajo la formidable crecida. Tras un agotador esfuerzo y cuando la

garganta torcía a la derecha, abriéndose y liberando en cierto modo la inmensa fuerza de la corriente, Calvus y Arrio lograron asir las ramas de unos fresnos. Desde allí reunieron a otros hombres. Vieron los cadáveres de los que se habían ahogado, fluyendo rápidamente río abajo. Los doce supervivientes unieron sus manos en torno al estandarte y se dejaron llevar junto a sus compañeros.

La corriente los escupió y no todos lograron mantenerse unidos al estandarte. La garganta desembocó en un laberinto de afilados riscos, aunque más bajos, entre los que sobresalían árboles y el terreno embarrado de unas laderas abruptas. Las primeras flechas se cobraron algunas vidas.

Caldus veía cómo sus hombres caían uno a uno. Era el fin. Los salvajes márseros recorrían las rocas profiriendo gritos. Parecían multiplicarse, salir de todos los rincones, animales hambrientos y excitados por la caza. Querían evitar que la corriente lograra arrastrarlos vivos.

—¡Nada, Arrio! —ordenó Caldus.

El prefecto se dio cuenta de que debían alejarse de aquella margen tan pronto como descubrió las siluetas de unos arqueros apuntando contra ellos. Se hundieron deliberadamente. Las flechas perforaron el líquido. Cogieron aire de nuevo, para descubrir que el torrente principal se precipitaba en busca de un nuevo salto. Las corrientes se unían en el abrupto fondo del valle y adquirían una fuerza inconmensurable. No veían a ninguno de sus hombres. Un brazo sobresalió por delante. Escucharon gritos ahogados.

El primer golpe contra las rocas hizo crujir su hombro derecho. Perdió el estandarte, y vio cómo Arrio era tragado por una trenza de agua. Las rocas parecían unirse hombro con hombro para detenerlos. Vio figuras humanas encima de ellas, hombres pintados de rojo que saltaban de piedra en piedra, tratando de atraparlos. El furente pasadizo estaba a punto de expulsarlo cuando una mano logró apresar sus cabellos y tiró de ellos. Caldus despertó de su letargo, respiró y apresó el brazo despiadado que lo retenía contra la fuerza de la corriente, para ver, vuelto hacia la dirección del agua, que había sido atrapado al frente de un nuevo y profundo desnivel. Arrio descendía aferrado al estandarte y desaparecía abajo, tragado por los torbellinos. Quería morir en aquel abismo.

Se volvió en un arrebato de ira. Cerró ambas manos en torno al brazo de su captor y apoyó las piernas bajo el agua contra la roca. Recurriendo a todas sus fuerzas, tiró de él, y el mársero fue arrojado junto a su víctima a la corriente de la catarata. Caldus creyó que el agua esta vez había logrado despedazarlo. En la caída, el mársero había rotado arrastrado por el impulso del romano y había sido el primero en ser batido por la columna de agua. Detrás, Caldus había logrado caer en mejor posición.

Ahora el cuerpo del mársero flotaba, quizá se había partido la espalda contra una piedra. Caldus apenas logró discernir las figuras que nadaban hacia él, arrojándose desde los árboles. Un brazo surgió del agua y lo apresó. Poco después sintió el alivio de la tierra firme y descansó esperando la muerte. A su alrededor los rostros salvajes

de sus enemigos lo escrutaban.

Al abrir los ojos escuchó el murmullo de voces siniestras. Los ancianos parecían debatir. La noche ya había caído. Había dormido durante muchas horas. Todavía conservaba su coraza, sus andrajosas vestiduras. Le faltaba el casco. Sintió que sus manos pesaban muchísimo. Se dio cuenta de que estaban sujetas por una pesada cadena. Hasta donde alcanzaba aquella luz de antorchas, veía largas filas de legionarios aherrojados. Nunca habría imaginado que aquel pueblo desease prisioneros o esclavos. Supuso que tratarían de venderlos a otros clanes que precisaban mano de obra.

Romanos esclavizados en la orilla derecha del Rhenus. Romanos convertidos en sirvientes de aquellos bárbaros. ¿Qué había sucedido en verdad? No podía ser cierto. ¿Y durante cuánto tiempo vivirían así, a la espera de ser liberados por las legiones? Meses, quizá años, o morirían sirviendo a sus enemigos, fieles a su nueva condición de esclavos.

Caldus entornó los ojos, incapaz de enfrentar aquella ignominia.

Una voz murmuró su nombre. Era Arrio. Abrió los ojos y lo encontró a su derecha, no muy lejos.

—¡Por todos los dioses, Arrio, dime que no es verdad lo que está pasando!

—Somos esclavos...

—Dime algo que no sepa, Arrio... ¿el estandarte?

—¡No lo encontraron! Al menos eso sí que pude hacerlo: me desprendí de él al caer en la segunda y allí permanecerá, oculto en el fondo... Han rastreado el río durante todo el día, pero no lo han encontrado. Tendrán que esperar a que las inundaciones acaben para volver a intentarlo, pero estoy seguro de que ese pozo siempre contiene agua, pertenece al curso natural del río.

—Moriremos con cierto honor, aunque Roma no nos reserve triunfo alguno... — murmuró Caldus, agotado.

—He oído muchas noticias —reveló Arrio—. Algunos de los esclavos pertenecen a la legión XIX. Dicen que Varus y todos sus mandos han sido aniquilados y degollados como cerdos, Caldus, que no ha quedado nadie, que las tres legiones han sido masacradas...

—Parece tan irreal... tan increíble...

—Pero lo creo —añadió Arrio—. Mira esos hombres, dicen que la mayoría de los centuriones de las seis cohortes fueron sacrificados por algunos de esos ancianos...

—Y a nosotros, ¿nos arrancarán el corazón o nos devorarán?

Los ojos de Arrio se entornaron, incrédulo.

—He oído que... se comen a nuestros muertos, pero nadie lo ha visto con sus propios ojos desde que somos cautivos...

—Créelo, yo lo vi.

—Santos dioses...

—No te preocupes más por tu vida, desea morir con honor, recuerda tus hazañas y no te atormentes. Ahora es tiempo de decidir si uno quiere ser esclavo o si desea morir.

—¡Las legiones vendrán! Asprenas ya debe estar en camino...

—Puede que cuando lleguen ya sea demasiado tarde —reconoció Calvus.

Varios márseros se volvieron hacia ellos y tiraron de las cadenas. La hilera de Calvus y Arrio fue una de las que se puso en pie. Los legionarios mostraban un aspecto lamentable, pero la mayoría lograba mantenerse firme. Los ancianos se volvieron tras dar una serie de órdenes, y uno de los régulos ordenó que se pusieran en marcha, siguiendo las antorchas.

El viento continuaba soplando sobre los bosques, pero la lluvia había pasado. Las sendas embarradas dificultaban el paso de las hileras de romanos encadenados. Abandonaron los valles y crestearon por un dédalo de colinas, huyendo de los terrenos inundados y de las ciénagas. Calvus se sentía absolutamente desorientado, pero no había perdido la esperanza. Aún creía que podría llegar la oportunidad de librarse.

Pasaron largas horas de marcha, y sólo cuando las luces empezaban a declinar se dieron cuenta de que les esperaba un cambio. Aparecieron nuevos guerreros, ajenos a los clanes de los bosques. Se parecían más al tipo de germanos que Calvus y sus compañeros conocían. Montaban altos caballos, lucían orgullosamente yelmos alados y sus armas eran mucho más pesadas. La hilera se detuvo en un claro rodeado de altos robles que se cimbraban al soplo del viento. Unas rocas de gran tamaño emergieron tras la maleza.

Algunos de aquellos germanos se volvieron hacia los romanos apresados, que apenas podían sostener su orgullo, con las manos encadenadas. Uno de ellos hablaba el latín y se dirigió al grupo de Arrio.

—Varus se ha suicidado.

Dejó caer su mirada indolente sobre los legionarios, que intercambiaban miradas funestas o agachaban los ojos. Calvus era de los pocos que lograba mantenerse firme.

—¡Dinos la verdad, germano! —le exhortó Calvus, tratando de obtener más información.

—Varus se arrojó sobre su espada cuando Armin fue en su busca.

—¿Quién es ese Armin? —inquirió Arrio.

—Armin es el *kuninc* de esta guerra, el que organizó la derrota de las legiones —respondió sin odio ni pasión su interlocutor.

—¡Te conozco, germano! —exclamó una voz en la hilera de prisioneros—. Vi tu cara en Mattium, entre los auxiliares queruscos.

—Muchos hemos trabajado para Roma antes de luchar por la libertad. Armin fue

conocido como tribuno de caballería, pero renunció a ser ciudadano de Roma para ser ciudadano de Germania —explicó el germano arrugando una sonrisa.

Caldus dudaba si escupir todo su odio o esperar.

—Dinos algo más, ahora que has vencido —logró decir al fin, fingiendo un gesto derrotista.

—Ya no existen las legiones de Mattium ni las legiones de Varus, ha sido el fin del ejército del pro-pretor, los germanos vuelven a ser libres. Todos nosotros somos libres. Algunos de vosotros vais a ser esclavos, otros moriréis en los altares de nuestros dioses, a los que debemos agradecerles su favor y su victoria.

Hizo girar a su caballo y habló unas palabras con el jefe másero. Después señaló a algunos de los prisioneros y reagruparon a varios de sus hombres en una nueva fila. Los soldados se despidieron con solidarios saludos, muchos de ellos recordaron el nombre de Augusto y suplicaron la bendición de Roma, otros la maldijeron. Al final las sombras crecieron y las copas de los árboles comenzaron a zumbar alrededor contra un ocaso opaco y ceniciento.

Una gran columna de prisioneros partió en otra dirección, pero Caldus y Arrio permanecieron en aquel lugar, reservados para una última hora. La noche envejeció y allí, sentados al pie de unas rocas, vieron cómo los salvajes máseros encendían un gran fuego que las ráfagas de aire se encargaban de avivar. Caldus creyó haber caído dormido, cuando sintió el olor de una carne que se tostaba y vio los pedazos de corzo y jabalí rodando en improvisados espetones. Les entregaron unos pedazos y no supieron resistirse ante el hambre que había despertado en sus entrañas.

Si aquella era comida envenenada, la habrían masticado aún con mayor fruición. Pero no lo era, y poco después se escuchó un rumor en la selva y un séquito de antorchas se abrió paso en la negra masa de los árboles. Al principio eran sólo unos puntos rojos, pero después crecieron y parecieron multiplicarse. Una comitiva seguía los pasos vacilantes y ensimismados de un anciano. Era un enjuto amasijo de nervios y huesos, iba embadurnado de rojo, y le seguían varias mujeres de cabellos rojos y ensortijados. Sus cabellos eran largos y le colgaban en espesos mechones recubiertos de una pasta granate. Caldus estaba seguro de que era sangre.

Apenas habían quedado diez hombres. Cuando las antorchas rodearon el claro, el silencio de aquellas criaturas inhumanas fue todavía más profundo. Los ojos del anciano se clavaron en los prisioneros. Las mujeres limpiaron las rocas vertiendo unos odres de agua que otros guerreros habían porteado. El anciano se echó una piel de oso sobre los hombros y empuñó las garras del animal, como si a partir de ese momento ya fuesen sus propias manos. Entonó unos sonidos guturales y dejó que calentasen un caldero en el que previamente habían vertido el contenido de varios recipientes forrados con piel.

—Van a matarnos —reconoció Arrio—. Es el fin.

—No nos matarán, no dejamos que recuperasen el estandarte y no entregaremos nuestras vidas a sus dioses, no les dejaremos ese placer, pues sólo en el caso de que logren realizar bien el sacrificio se comerán después nuestros cuerpos —añadió Calvus.

Arrio no logró apartar los ojos de aquel anciano, que empuñaba ahora un cuchillo y lo elevaba ante las llamas.

El viejo hechicero interrumpió la entonación de sus runas y se ordenó que atrajesen a los prisioneros. Los márseros tiraron inmediatamente de las cadenas, atrayendo a los romanos hasta el fuego. El hechicero extendió su brazo empuñando el cuchillo y señaló primero a uno de aquellos desgraciados, un joven y corpulento legionario. Sus compañeros se volvieron locos de rabia y varios de sus amigos profirieron gritos y maldiciones. Hicieron falta muchos márseros para bloquear la agitación de aquellos hombres. Calvus se quedó inmóvil, consciente de que el momento se aproximaba y de que la elección del santón no había acabado.

El cuchillo se extendió apuntando a otro legionario. Después a otro. Por último y rápidamente, los ojos se clavaron en él y acto seguido el brazo lo señalaba. Como había sido uno de los pocos que no se habían resistido, los márseros no se sorprendieron de que el romano caminase impávidamente hacia el fuego, enhiesto, sosteniendo la mirada del sacerdote.

Los gritos de los primeros legionarios llenaban de quejas el viento. Arrio quiso decir una palabra, pero se había quedado sin voz. En ese momento Calvus sintió el peso de las cadenas en sus manos, como si en verdad sostuviese su vida entera atada a los puños. El breve instante alcanzó una profundidad inconmensurable, como aquel abismo que a punto había estado de tragárselo. La desesperada huida tocaba a su fin. En la densidad del instante recordó los pasos vacilantes de aquel recio instructor, un *græculus*, y las enseñanzas estoicas se abrieron paso hasta él de manera definitiva.

Sabiendo que al resistirse sólo causaría placer entre sus vencedores, y consciente de su incapacidad de causar daño alguno en medio de la triunfal caterva de salvajes, Calvus se sirvió de la tranquilidad que había inspirado su impavidez: de pronto recurrió a toda su fuerza y se golpeó la cabeza con las cadenas.

Arrio apenas tuvo tiempo de reaccionar ante el suceso. Con el extravío de quien descubre algo inconcebible, vio caer el cuerpo exánime de Calvus, vio la profusa sangre manando de su cráneo abierto, vio el mármol roto, la estoica escultura despedazada.

Los legionarios gritaron enfurecidos. Varios márseros se apartaron para inclinarse, coléricos, ante el cadáver del héroe, en el que clavaron sus cuchillos en señal de venganza. Arrio desorbitó los ojos y corrió hacia delante dando un empujón a uno de sus captos, que fue a caer en medio de la hoguera. El sacerdote profirió un estremecedor aullido. El mársero abatido se retorció como una alimaña abrasada por

ascuas y llamas. Arrio retrocedió con otra carrera cuando iba a ser alcanzado y se arrojó de cabeza contra las rocas del altar, dejando allí su último rastro de humanidad a salvo de la barbarie del cruel enemigo.

EL ÚLTIMO ROMANO



La marcha de los fugitivos comandados por Casio Querea había resistido durante dos días y dos noches al continuo asedio de los germanos. Casio era consciente de que habían quedado numerosos contingentes mal armados. Los esfuerzos de sus enemigos se concentraban momentáneamente en su exterminio o en la captación de esclavos. Aprovechando esta fatídica coyuntura, Casio ordenó a sus fuerzas que avanzaran todo lo rápido que pudiesen, y mientras fueron superiores a las bandas de márseros y tubantios que los acosaban, lograron abrirse paso a través de las boscosas colinas. Al tratarse de un grupo numeroso, la formación en cuadro era la más apropiada para proteger las reservas, los adminículos y las mujeres e hijos de muchos legionarios que sin duda alguna ya habían muerto. Debían escoger pistas boscosas suficientemente elevadas como para evitar los valles anegados por las inundaciones.

La lluvia hizo mella en sus cuerpos y en sus almas, pero los víveres y la organización mantuvieron alta la moral de la columna. Casio sabía que todo podía depender de los siguientes dos días. Estaba seguro de que las colinas de la muerte habían quedado atrás, y de que aquellas laderas acosadas por furentes vientos descendían por encima de un valle frondoso y salvaje hasta las praderas, donde encontrarían el camino de vuelta hasta Aliso o sus inmediaciones.

Los pesados troncos de los árboles caían abatidos por la rabiosa tempestad que soplaba entonces barriendo los lomos de las colinas al sur de Teutoburgo. Lo que se había descrito en los mapas romanos como las fuentes del Lupia y del Amisia con un espacio casi en blanco demarcaba las fronteras sagradas entre los territorios de los queruscos al norte, superando espantosas ciénagas que velaban por el pie de los montes Melibocus como un foso natural, y los muros de paja y barro que habían levantado los angrívaros en las grandes praderas que recorría el Amisia hacia el oeste.

Casio se miraba impasible sus propias cáligas, los pies desnudos, embarrados, las venas hinchadas de sus piernas y, consciente de su fuerza, se preguntaba cómo eran capaces todas aquellas mujeres de sacar adelante la pesada carga de sus hijos. Si bien era cierto que Casio concedía permisos para que los legionarios que formaban como un perímetro entrasen a socorrer la carga de las mujeres o a cuidar de los muchos animales que todavía tiraban de los carros, la verdad es que la mayoría de ellas no cedía ante las inclemencias. Muchas eran galas y germanas que habían dado a luz a hijos de legionarios romanos, con lo que ya se habían adaptado a la forma de vida de los campamentos romanos. Las germanas sabían que los sacerdotes de sus pueblos de origen no les perdonarían el sacrilegio. A pesar de ser muy jóvenes, serían sacrificadas junto a sus niños en honor a los tenebrosos dioses de Germania.

La caída repentina de los árboles y las crecientes dificultades del terreno

complicaron todavía más el último día de marcha. No podían retrasarse. Al caer la noche, Casio volvió a ordenar que levantasen las toscas empalizadas. Se encendió un fuego y se deliberó durante muchas horas. Los legionarios enfrentaron el ataque de los márseros, que, igual que los animales, parecían seguirlos a escondidas, a la espera de un momento propicio para atacarlos.

—Esperan la llegada de hordas más pesadas —barruntó Cazarratas. El centurión echó un trago de vino y pasó el odre a un enjuto legionario de aspecto escuálido y mirada feroz, con una nariz suficientemente larga como para recordar a un perro de caza.

Flaco sencillamente asintió y tragó cuanto pudo. Julius tuvo que arrebatarse el odre antes de que volviera a abusar del preciado contenido.

—Parece que has devorado pocas princesitas bárbaras, ¿eh Julius?

Julius acababa de tragar y se pasaba la muñeca por la barbilla.

—Lo que parece es que las princesitas bárbaras nos han metido una buena *mentula*... en el *culus*.

Cazarratas contestó con una estúpida sonrisa.

—Lo que me sorprende es que aún estemos en pie —rezongó.

—Y bebiendo vino... —terció un legionario de tez oscura.

—No habrá princesitas —meditó Flaco con la mirada perdida—. Esta vez no habrá princesitas. Tendremos suerte si salimos vivos del matadero de ese cerdo.

—Los cerdos no tienen mataderos, Flaco, son los cerdos los que van al matadero —añadió Julius indolentemente—. Así que aquí el único cerdo que conozco eres tú.

—Sólo hay que verte esa cara de perro —rió Cazarratas.

Flaco seguía absorto, ensimismado, asqueado.

—Ese embasiceta de Casio... —murmuró. El legionario de tez oscura silbó subrayando el atrevimiento de Flaco—. Estamos recorriendo el camino demasiado lentamente y todo para salvar a esas rameritas germanas... Nos van a desollar de un momento a otro por culpa de ese loco.

—Ya no crees en el amor, Flaco, ¡qué lástima! —se burló el africano.

—Es un buen soldado, Flaco —aseveró Julius—. Ese Casio sabe lo que se hace. Aunque estoy de acuerdo en que podríamos darle mejor uso a esas mujercitas. ¿No podríamos juzgarlas por traición?

—Yo elegiría a la rubia, a esa de los ojos verdosos, la que lleva un niño quién sabe de qué color... —confesó Flaco—. Es soberbia, la he visto moverse durante toda la tarde y malditos sean esos trajes de las germanas...

—Les gusta mucho abrir el traje —añadió Julius, deleitándose.

—¡Ya basta! —gruñó Cazarratas con voz de trueno—. Sois unos cerdos. Pensar así en las mujeres de vuestros compañeros caídos...

—¡Bah! Cállate, Cazarratas... —gruñó Flaco como un perro enfermo.

—Si vuelves a hablar así se lo diré a Casio y no te libras de unos cuantos azotes. No serás el primero al que él mismo le rompe la cara con los puños por meterse con una de las mujeres. Ayer mismo los centuriones fuimos testigos de uno de los castigos de Casio Querea. Es un verdadero romano, y a pesar de todo ahora estoy empezando a apreciarlo. No como ese Varus, cobarde imbécil, nos ha metido en una ratonera. Pero Casio es capaz de romperte la cabeza con tal de poner orden; ha dicho que las mujeres se vienen, y eso significa que se vienen.

Flaco se levantó y se echó a dormir alejado de su ronda de compañeros. Trató de conciliar un sueño inútil, cuando un griterío se propagó por el campamento, no habría sabido decir cuánto tiempo después.

Los combates se iniciaron poco antes de la llegada del día. La lluvia volvía a caer. Llegaron arrastradas por un viento huracanado, y trajeron una numerosa horda de brúcteros y tubantios. Casio ordenó defensa y dejó que se aproximasen a ellos, cuando provocó una terrible carga y varias docenas de germanos cayeron ensangrentados y ensartados por la lluvia de *pilla*. Aquello parecía ser sólo una advertencia, una avanzadilla de lo que se avecinaba. Casio hizo una selección de carros y abandonó algunos de ellos en aquel lugar. Necesitaban ir más rápido aunque cargaban con más heridos. Si seguían así la carga ahogaría la capacidad de avance de la columna y el fracaso resultaría desesperante. Con la retirada de la horda iniciaron el avance bajo la lluvia y el resplandor de los rayos.

El cielo estaba tan nublado, que la llegada de la luz apenas sirvió para delinear unos cambiantes perfiles en su rostro: formas de nubes desgarradas y negruzcas, preñadas de rayos, que se desprendían de una cubierta espesa y gris y que se arrastraban contra las cumbres de las colinas.

Como muchos árboles comenzaron a ser derribados por el viento, Casio tuvo que abandonar más carros y ordenar una marcha lineal, hasta que el desastre se desató ladera arriba. Había oído relatos acerca de la caída de árboles, pero jamás había imaginado que el tempestuoso viento fuera capaz de obrar semejante caos en un bosque: la caída de muchos de aquellos árboles provocó, debido a su peso y a lo tupido de la trama del bosque, un derrumbamiento de los troncos más jóvenes allí donde apenas crecían árboles viejos y de profunda raigambre, o donde el substrato de las colinas no les permitía arraigarse con fuerza. Entonces el viento era capaz de hacerlos sucumbir zarandeando sus pesadas ramas. Fuera como fuese, Casio comprendió el peligro y ordenó una retirada ladera abajo.

La caída sorprendió en plena marcha al contubernio de Cazarratas. La mayoría logró escapar de un gran abeto de negras agujas. Vieron cómo junto a ellos el golpe del aire sacudía el techo de la selva un instante antes de que las sombras temblasen por encima y las grandes raíces que se retorcían en la ladera se levantasen como un gigante cojo. El gran tronco comenzó a ceder, llevándose por delante a media docena

de abetos jóvenes. Flaco, no obstante, no había reaccionado todo lo rápido que las circunstancias requerían, al igual que varias mujeres que caminaban por una trocha paralela. En su desesperación, Flaco comprendió que la joven germana no escaparía al azote de los troncos. Se lanzó tras ella. Nunca supo si lo hizo porque deseaba morir junto al cálido cuerpo de aquella hermosa bárbara o porque trataba de salvarla, aunque quienes lo conocían habrían afirmado lo primero. La cubrió como un lobo abraza a su presa y ambos rodaron un instante antes de que las pesadas ramas los barriesen como flexibles y gruesos látigos.

El niño lloraba. La joven se quejaba bajo el cuerpo de Flaco. Flaco mantenía los ojos cerrados y rezaba. No había placer más caro que aquél. Sentía un dolor abrasivo en la espalda y un gran peso que lo bloqueaba. Un espeso techo de agujas de pino los sepultaba. Pero no era necesario que gritasen para pedir auxilio: el llanto del niño los delataba. Flaco escuchaba los gemidos de la joven y las preocupaciones que se tomaba para socorrer a su hijo, inmovilizados como estaban. Poco después escucharon las voces de sus compañeros. No podía ser otro sino Julius el que blandía su gladio a modo de machete de un modo tan poco prudente.

—¡No es necesario que nos cortes la cabeza, imbécil! —protestó Flaco.

Amortiguada por la espesa maleza, las risotadas de Cazarratas y Julius vinieron a su encuentro.

—Y ya pensábamos que estaba muerto...

—¡Sacadnos de aquí! —vociferó Flaco.

Después cedió y sintió el cuerpo de aquella mujer pegado al suyo, y no pudo evitar arrastrar ávidamente su nariz entre la masa enredada de sus cabellos rubios. Luego continuó rodeando el cuerpo de la joven y, excusado por las circunstancias, recorrió con suavidad sus turgentes senos como si aquella pudiera ser la última vez en su vida que estaría cerca de una mujer, antes de que las ramas fueran cortadas y de que el rostro sucio de Cazarratas apareciera por encima.

—Has sido azotado severamente, Flaco —se burló el centurión—. Eso te pasa por poner las manos donde no te incumbe. —Al apartar una de las ramas que había cruzado la espalda del legionario éste profirió un amargo grito. La señal del latigazo había quedado al descubierto, ensangrentada. Lo alzaron y lo sentaron fuera. Después continuaron socorriendo a la joven germana y al conmocionado chiquillo, de apenas dos años, ambos cubiertos de arañazos, pero ilesos.

Casio apareció de pronto.

—Este hombre nos ha salvado la vida a mí y a mi hijo —reconoció ella con admiración.

Casio lanzó una mirada incrédula a la cuadrilla de Cazarratas.

—¿Qué es lo que hizo?

—Nos cubrió al caer ese árbol —aseguró ella, abriendo los ojos verdes.

Casio observó el gran tamaño del árbol.

—Si sobrevivimos procura que tu legionario obtenga recompensa —le pidió a Cazarratas. Después continuó en busca de otros heridos.

Flaco, lejos de parecer un héroe, se quejaba de su espalda ensangrentada. El niño empezaba a calmarse.

—Ya te curaré tus heridas, Flaco querido —se burló Julius, tratando de impresionar a la joven.

—No —prohibió la germana, clavando sus ojos verdes en la mirada del centurión—. Lo haré yo.

Julius y Cazarratas abandonaron la escena con ganas de escupir a Flaco en la misma cara por su buena suerte.

Legionarios y mujeres rodaron entre malezas espinosas, enganchándose entre los setos o patinando por las trochas que los animales habían abierto.

Casio ordenó que fueran en busca de los heridos y que se protegiesen al pie de la elevación. Una vez reunidos, iniciaron una larga marcha hacia los bosques que crecían al pie de las colinas. Estaban seguros de que habían atravesado la parte más peligrosa, y que ahora se avecinaba una marcha menos dificultosa en busca de Aliso.

Cuando caía la tarde entraron en una pradera. Comprobaron que estaba encharcada, pero no era un terreno cenagoso. El viento barría la llanura con gran fuerza. Los bosques se distanciaron alrededor y comprobaron que de una masa de árboles, algo más al sur, emergía una mancha que no podía ser otra cosa sino el desbordado cauce del Amisia, que surgía del este para dar un largo rodeo hasta Aliso. Aquella era una de las pistas que las legiones de Drusus y Tiberio habían utilizado para acceder al corazón de Germania. Al fin era un territorio en el que los legionarios sabían defenderse.

Pero no habían corrido demasiado cuando escucharon los gritos de un rastreador. Agitaba los brazos y hacía señales contra el viento. Casio ordenó a la columna que se detuviese y que respetase la formación en cuadrado, dejando en el centro a mujeres, heridos y niños. Cuando atravesó un inofensivo bosquecillo y vio lo que se extendía al otro lado, como una mancha que moteaba la pradera hasta donde alcanzaban sus ojos, sintió que no había sido consciente del terrible infierno que abandonaban.

El escenario de una batalla esparcía sus restos sin el menor respeto a la memoria de sus actores. Cuerpos de caballos y jinetes se amontonaban. El hedor a muerte se dejaba arrastrar por las ráfagas que barrían el paisaje. Casio echó a caminar atravesando los primeros grupos de cadáveres. Los cuerpos tumefactos esgrimían miembros rígidos.

Unos bloques de piedra sobresalían entre montículos de muertos. Se trataba de un altar dedicado a los dioses bárbaros. Las piedras, recubiertas de manchas negruzcas, eran testigos de la sangre vertida. De los viejos robles que rodeaban el conjunto

megalítico colgaban cabezas romanas. Los mandos del ala de caballería. El destino de la huida de Cejonius. De hecho, su cabeza estaba allí. Le faltaban los ojos, picoteados por ávidos cuervos. El poco cuello que aún pendía debajo estaba hinchado. Los cabellos lacios y grises aparecían como recubiertos de una pez granate. Cejonius, un despojo a merced de las aves carroñeras.

Casio se acercó y reconoció muchos de aquellos hombres, con los que había compartido parte de su vida. Los mandos de las alas de caballería de la legión XVIII habían sido decapitados. Muchos de sus cuerpos estaban abiertos y amontonados al otro lado de las rocas; Casio sabía que los druidas germanos les habían arrancado los corazones como era su costumbre tras una batalla.

—¿Por qué? —preguntó un legionario de tez morena.

Casio se volvió, aparentemente impasible, y clavó su mirada en el rostro visiblemente perturbado de aquel soldado.

—Así lo han querido los dioses —respondió vagamente.

—¿Por qué están ahí con el pecho abierto? ¿Qué quieren esos sacerdotes germanos?

Casio aspiró aire profundamente y miró el cielo nublado, en el que se arrastraban, raudos e indiferentes, los nubarrones tormentosos.

—Los augures consideran que las entrañas revelan el destino de los hombres. ¿No has visto nunca a esos adivinos de campamento, que van sacando las monedas a los legionarios a cambio de que les cuenten cuál será su suerte, si vivirán o no tras la siguiente campaña, o si ésta o aquella mujerzuela les hará favores? A menudo se sacrifican animales. Los germanos sacrifican a los líderes de sus enemigos, los entregan como prueba de admiración a sus dioses y les arrancan el corazón porque suponen que el corazón del hombre encierra su coraje, y, arrebatando el corazón de los mandos del enemigo, creen que privan a todo su ejército de voluntad y de dirección, y que de este modo propician nuevas derrotas.

—¿Y qué hacen con los corazones?

Casio estalló repentinamente y le gritó furioso:

—¿Cuántas veces crees que he estado presente en sacrificios de esos germanos? ¿Cuántas? Nunca lo vi, si es eso lo que quieres saber. Supongo que se los comerán, o se los darán de comer a sus caudillos en alguna forma de banquete sagrado en el que condimentan la bebida con la sangre de los enemigos... Eso no importa ahora. ¡Mirad esas colinas!

Los legionarios se volvieron hacia el paisaje del que procedían, señalado por Casio.

—¿Creéis que no nos ven? ¿Que no nos esperan? Seguían las huellas de los caballos de Cejonius y seguirán las nuestras. No perdamos más tiempo. Es de ley que sus restos deben tener digna sepultura. No dejaré a los mandos de las turmas de las

ala de una legión entera ahí esparcidos entre gusanos...

Casio trepó por encima de las raíces y se encaramó a una de las ramas. Entre las marcas rituales rojas y verdes, se aferró a los muñones de la corteza y logró extender su brazo hacia las cabezas. Le costó desengancharlas, tan fuertemente habían sido clavadas en unos garfios de hierro. Supuso que la matanza había tenido lugar uno o dos días atrás. Fue dejando caer las cabezas, que los legionarios reunieron. Al mismo tiempo, otro grupo se dedicó a reunir piedras. Con la ayuda de unas palas abrieron la tierra húmeda de la llanura y arrojaron docenas de cabezas a la fosa común. La cubrieron y levantaron un tímido túmulo. El cabecilla decidió que habían acabado, rindiendo un honor humilde pero sincero a los mandos de un ejército masacrado.

—No se merecían tanta ceremonia —reconoció Cazarratas a Julius.

—Por mí podrían haberse quedado ahí mismo, a fin de cuentas ese Cejonius desertó como un asqueroso bastardo. Si no hubiese sido ajusticiado por los bárbaros me habría encargado yo mismo de cortarle las partes —repuso su implacable compañero.

—Ya. Pero eso a ti no te habría costado honor alguno como el que hemos rendido ahora a esos cerdos, sino que el gran Casio te habría despellejado la espalda él mismo antes de echarte como carnaza a los leones de Colonia —se burló Cazarratas.

—Pues por una vez comparto el criterio de ese atajo de salvajes queruscos, ¡al infierno con Cejonius! ¿No quería huir? Pues ahí lo tienes, ¡una cabeza menos!

Mientras debatían de ese modo, sorteando montones de muertos, entre los que no reconocían germano alguno, se dieron cuenta de que Casio se detenía a menudo para divisar las colinas con rapaz insistencia, hasta que al fin se quedó quieto como si alguna magia lo hubiese convertido en piedra.

No pudieron asegurarlo, pero parecía que una mancha se desprendía de los árboles y se adentraba en la llanura, al pie de las colinas. La mancha se hizo más grande, y después aparecieron otras manchas al norte. Casio se mordió el labio inferior, tenso como un arco, manteniendo el puño aferrado al mango del gladio. No estaba seguro de lo que veía. La marcha de sus más de quinientos hombres a través de terreno despejado resultaba un espectáculo demasiado evidente desde las cumbres de las colinas, que ascendían en busca de Teutoburgo. Los vigías enemigos tenían que haber dado la voz hace tiempo. El breve y oscuro día germano envejecía rápidamente.

De pronto Casio corrió y ordenó integrarse en columna. Apenas había llegado, jadeando, hasta el grueso de su miserable ejército, cuando advirtió que se aproximaba un ataque.

Pero ese era el terreno que beneficiaba sus soldados. Despejado, a diferencia de los espesos bosques, propiciaba arduas defensas que sólo un enemigo muy numeroso podría echar abajo. Las decurias se organizaron rápidamente, los centuriones, que por fortuna abundaban, dispusieron el cuadro y dejaron en su interior el espacio de

reserva. Las líneas orientadas hacia el enemigo fueron reforzadas. Casio corrió a su frente. Sus ojos revelaban una violenta ansiedad. Por un lado trataba de defender la retirada del honor, por otro sopesaba las fuerzas de los grupos que venían a su encuentro, sin orden de asalto y sin caballos: un deseo de destrucción largamente contenido se abría paso por todos los rincones de su alma en busca de venganza.

Las formas crecieron en la distancia. Las líneas corrían hacia ellos. Casio estaba convencido de que perderían el aliento, de que llegarían exhaustos, de que los desangrarían a tajos sin piedad. Desenfundó enérgicamente el gladio. Como si su brazo hubiese sido arrastrado por un nervio rebelde, alzó el arma. Sus marcas de sufrimiento se borraban por instantes. Las profundas arrugas que habían empezado a mellar, gracias al hambre, el entorno de su boca, se tensaron. Un grito palpitaba en su estómago, un grito de odio, de libertad, de cólera.

Entonces lo vio. La tensión que engarfiaba sus dedos alrededor de la empuñadura desapareció. Estaba perplejo. Alrededor ya se escuchaban voces desconcertadas.

Eran romanos. Bandas de romanos que venían a su encuentro. Llegaron y se mezclaron con los soldados de Casio en medio de una algarabía alegre y delirante.

—¿Hay más? —inquirió Casio.

—No, sólo los que ves —respondió un veterano.

—Juntos ya somos una peligrosa cohorte —aseguró Casio, entusiasmado.

—Muchos están heridos, los continuos combates nos han diezmando. Ayer éramos cinco cohortes, ¿puedes creerlo? Cinco cohortes y ya sólo quedábamos unos pocos centenares...

—Soy Casio Querea, del mando de Varus en la legión XVII, ¿puedes decirme algo de los míos?

El centurión negó con la cabeza.

—Nada, Casio Querea, te lo dice Camillo Pisón, de la XVIII. Logré hablar con algunos supervivientes que huyeron a caballo del campamento de Varus...

—¿Dispuso un campamento? ¿Luchó? ¿Han avisado a Asprenas?

—Lo dispuso y resistió hasta las últimas, dijeron. Hubo actos heroicos, pero finalmente Varus se suicidó antes del final de la batalla.

—¿Quién podría esperar mejor destino para él? —preguntó Casio sin esperar respuesta.

—Las legiones han sido exterminadas, Casio Querea. Creo que somos los únicos supervivientes, a no ser que las turmas fugitivas llegasen a Aliso antes que nosotros.

—He enterrado la cabeza de Cejonius ahí, detrás de esos árboles. Toda la caballería fugitiva de la XVIII está esparcida por ese campo... Muertos.

—Vala Numonius también huyó cuando se produjo el ataque contra Varus. Al parecer fueron atraídos a una emboscada y después separados de las cohortes de Varus por una numerosa horda de caballos del norte y de locos bárbaros. Entonces

huyeron y dejaron en la estacada a varias cohortes.

—Vala también huyó —se resignó Casio—. Nuestro testimonio será importante si logramos llegar a Aliso, es necesario que los fugitivos sean juzgados como lo que son, cobardes. Pon orden entre tu gente, la dejo a tu mando y al de tus decuriones, que se incorporen al cuadro. ¡Cazarratas! —gritó al aguerrido centurión. Cazarratas se volvió y dio unos pasos indolentemente—. Procura que estos hombres coman, pero que lo hagan en marcha, ¡nos ponemos en movimiento ya mismo!

En ese momento alguien gritó y rápidamente muchos se volvieron hacia el noroeste. Se aproximaba lo que más habían temido. Una oscura masa invadía la fatídica llanura. Un frente numeroso abandonaba las sombras de los árboles. Algunos caballos marchaban al frente. Los jefes germanos exhortaban a sus hordas; no tardaron en escuchar sus gritos.

Inmediatamente, la voz de Casio Querea se impuso al miedo. Sus ochocientos hombres se dispusieron formando un cuadrado que retrocedía sin apartar la vista de las hordas, que venían a paso vivo. Los heridos iban en el centro, protegiendo los pocos enseres que habían sobrevivido a tantas dificultades. Mujeres y niños guardaban un silencio de muerte provocado por el rumor lejano y bronco de su enemigo. Casio se hizo con uno de los pocos caballos que habían llegado con los nuevos contingentes y recorrió a galope las líneas de legionarios, ordenando a los decuriones que compactasen más sus filas, que guardasen el paso, pidiendo a los heridos que procurasen armas de refresco cuando empezasen los ataques. Recorría su ejército con orgullo, consciente de que allí podrían defenderse dignamente y ofrecer batalla. Estaba absolutamente convencido de que Cejonius había sido sorprendido por un repentino ataque en medio de la noche, de lo contrario las hordas no habrían logrado un éxito tan rotundo sobre la caballería romana.

Los germanos se aproximaban y el cuadro de los legionarios llegaba a las orillas del Lupia.

—¡Sin romper la formación! —gritaba una y otra vez.

Nada podría resultar más desastroso que sufrir pánico y bajas por alcance. Si se producía un hecho así serían exterminados por completo.

Las orillas del río se aproximaban, una mancha de acero que fluía hacia el suroeste. Las crecidas ocasionadas por las lluvias ofrecían un cauce excesivamente ancho en aquella parte de la llanura, mas Casio supuso que también era poco profundo.

Unas docenas de caballos germanos emprendieron un galope, rodeando el ejército de Casio. El romano se daba cuenta de que la horda no superaba los dos mil hombres. Se habían precipitado. Ese era un número que podrían enfrentar victoriosamente, si lograban mantener la disciplina en campo abierto. Observó a los caballos de los germanos. Los ágiles jinetes se habían dado cuenta de lo que se había propuesto y

pretendían cerrar el paso hacia el río, que podría convertirse en una nueva defensa contra la que guardar las espaldas, para poder presentar mayor resistencia.

Casio galopó tras ellos y ordenó que los veinte jinetes de los que disponía le siguiesen.

—¡Arqueros! ¡A la vanguardia! ¡Ahora!

El desesperado ejército se movilizó rápidamente. Los germanos se interpusieron y blandieron sus hachas bipenne. Pero los legionarios no sólo no se dejaron intimidar, sino que además los amenazaron con gran rabia. Las primeras salvas de flechas volaron en busca de los germanos. No fueron pocas las piedras que llovieron, y los jinetes germanos retrocedieron profiriendo espantosas amenazas. Casio ordenó frenar al escaso escuadrón y dejó que la cohorte atacase medio centenar de jinetes enemigos. Sabía que retrocederían, y no quería desperdiciar sus únicas fuerzas montadas.

Al fin emprendió un galope blandiendo el gladio y ordenó la carga a las filas de vanguardia, que corrieron tras su caballo apuntando con los *pilla* hacia los germanos. Éstos los rodearon y, perseguidos por las jabalinas, escaparon fácilmente al asalto.

Habían alcanzado el río. Un mar de ortigas y cizañas orlaba la orilla; las arvejas crujían al compás de la brisa. Casio ordenó la disposición en medio arco para soportar el embate de las hordas, mientras los heridos más débiles empezaban a cruzar el cauce a hombros de compañeros. Un rastreador se introdujo a caballo para comprobar su profundidad. Avanzó hasta el punto medio, donde la corriente concentraba gran fuerza y el caballo apenas lograba tocar fondo. Pero era vadeable. Podían conseguirlo.

Las hordas emprendieron la carrera de asalto.

—¡No abandonéis las filas! ¡Ensartadlos! —repetían las voces de los centuriones.

Los legionarios se apostaron tras una barrera de escudos, ocultaron jabalinas y lanzas. El frente creció como una marea. Los germanos se precipitaron y enarbolaron las hachas para asestar golpes de muerte.

La última orden llegó. Entonces los escudos se abrieron y las puntas escaparon por los intersticios, la fuerza de cientos de legionarios soportaba el furor teutónico y docenas de escudos se cerraban por encima.

El golpe resonó y una vorágine de gritos se derrumbó sobre ellos. Las púas atravesaron el abdomen de los asaltantes. Aquellos germanos no respetaban ninguna de las reglas básicas de un enfrentamiento en campo abierto, y Casio escuchó con placer los alaridos. Los hachazos abollaban los escudos o se quedaban incrustados en ellos. Un filo se introducía en medio por casualidad y despedazaba una cabeza. Los decuriones ordenaron el asalto de las lanzas y los arqueros arrojaron una lluvia de flechas que jamás pudo tener mejor provecho. Los heridos germanos se multiplicaban y las lanzas no dejaban de apuntar y herir sus pechos desnudos.

Mientras tanto, la columna empezaba a cruzar el río.

Todo ello sucedió en un lapso de tiempo tan breve, que el líder romano no se dio cuenta de que la caballería germana vadeaba el río a una cierta distancia para castigar a los que lograban atravesarlo. Mujeres, niños y heridos alcanzaban la otra orilla tras sortear la parte más profunda. La pradera, inundada por la crecida, era tan transitable como el suelo de la llanura, y por fortuna no encontraron ciénagas.

Los primeros contingentes de legionarios empezaban a cruzar. Casio gritaba a los centuriones que la retirada fuese lenta y que no evitasen matar mientras pudiesen, pues eso era lo único que frenaba el acoso de los bárbaros.

Fue en un momento de desesperación cuando escucharon los gritos. Los brazos de muchos legionarios señalaban la otra orilla. La matanza había comenzado.

Casio vio cómo los caballos germanos trotaban al otro lado. Las espadas descendían y asesinaban. Allí mismo, los heridos trataban de sobreponerse a la furia

de los jóvenes tubantios. Uno de ellos, Flaco, el que había salvado a una de las germanas tras la caída de un árbol, empuñó el gladio que ocultaba y logró herir uno de los caballos. El animal entró en pánico y echó por tierra a un colérico guerrero pelirrojo.

Cazarratas ordenó a los jinetes romanos que cruzaran las aguas. Los legionarios que estaban aún en medio del río se apresuraron en su auxilio.

El joven pelirrojo, un tubantio de aspecto feroz y anchas manos, profería gritos de ira tras la caída. Indignado, apresó la larga espada y se arrojó en busca de Flaco, sin prestar atención a las mujeres. Sin embargo, una de ellas logró interponer su pierna en la ciega carrera del germano, haciéndole caer a los pies de Flaco. El romano no se lo pensó dos veces, aferró su cuchillo y lo hundió en la espalda de su enemigo. Escuchó los gritos de la denostada mujer que le había salvado la vida y que no era otra sino aquella a quien él había salvado al derrumbarse el árbol. Otro germano la empujó y la tiró al suelo. Cuando se levantaba para recoger a su hijo, él le dio un puñetazo en el pecho y fue a por el niño. Parecía loco de furia. Enemigos delirantes trotaron alrededor; sus espadas descendieron partiendo el cráneo de otra mujer y mutilando a dos heridos.

Aquél alzó al niño. Nadie supo cómo pudo apresarlo con una sola mano. Lo elevó profiriendo un salvaje grito, como si dirigiese su palabra al pelirrojo muerto, y estampó el niño contra unas piedras. La madre se quedó mirando los restos aún palpitantes de la criatura; parecía que iba a ahogarse, los ojos trágicos y vacíos de pronto, los labios balbucientes. Flaco llegó demasiado tarde. El germano empuñó la espada, dispuesto a decapitar a la joven, enardecido por aquel furor inhumano. El grito de desesperación de ella fue tan fuerte y profundo que logró atraer la atención hacia el horror. Un trote repentino anunció la llegada de otro caballo. Antes de que Flaco pudiera exonerar a la madre, la espada del Último Romano separaba al germano la cabeza del cuerpo. Flaco abrazó el cuerpo convulso de la joven madre.

Los legionarios empezaban a correr hacia el escenario de la matanza después de cruzar las aguas. Algunos fueron recibidos por jinetes bárbaros, pero la mayoría logró superar esa primera resistencia e iniciaron una carrera. Entre ellos había un centurión que profería horribles maldiciones. No corría con la agilidad de los más jóvenes, pero su furor y sus órdenes parecían capaces de cobrarse vidas por sí mismas. Junto a él ya chapoteaba un aguerrido y desigual contubernio, así como docenas de vengativos legionarios.

Julius corrió de frente contra una montura y esquivó el mandoble del germano con la agilidad de un gladiador antes de clavar la lanza en el costado del caballo. Encabritado, arrojó a su jinete y éste, una vez tendido en el suelo, sólo pudo ver allá arriba la imponente aparición de un centurión que descargaba su gladio sobre su cabeza, reventándole la bóveda craneal. Cazarratas rugió de placer y exigió muerte a

sus hombres a cambio de gloria.

—¡Aliso está detrás de esas colinas! ¡Aliso espera! ¡Las legiones vienen a nosotros!

Sus gritos broncos y desaforados despertaron un furor sanguinario entre los romanos.

La muerte corría por todas partes bajo las formas más abyectas y deplorables. Un grupo de mujeres se había cerrado, apresado por el terror a sus atacantes, y ya no encontraron forma alguna de huir sino bajo los golpes de las hachas. Enardecidos por el olor y las salpicaduras de sangre, algunos germanos profirieron espantosos aullidos que helaban la sangre en las venas de los que todavía seguían con vida. Las ráfagas de cólera sólo presagiaban un fatídico desenlace para aquel grupo desesperado: la tragedia se cernía como un ave de presa dispuesta a despedazarlo. Los germanos se ensañaban, aun cuando sus golpes ya no surtirían efecto alguno en sus cuerpos muertos, y el baño de sangre brotaba alrededor y despertaba en ellos una locura delirante y un atroz apetito de muerte.

La irrupción de Julius y Casio Querea no logró atraer la atención de aquellos tres germanos. Por eso Julius amputó el brazo de uno de ellos. La sangre saltó; al volverse, el germano sintió cómo el mismo acero que lo había malherido le atravesaba el cuello de una implacable puntada. Casio hacía frente a uno de los captores y media docena de jinetes germanos emprendían la retirada ante la presencia de los romanos. Los llantos, las quejas, las maldiciones y los gritos de las mujeres y de los heridos desbordaban la inhumana escena.

Casio se inclinó, sintiendo hasta el peso de su espada en los tendones de las rodillas, los ojos fijos en su antagonista, un tubantio rubio cuyo pecho descubierto estaba tatuado con la sangre de sus víctimas. Le costó moverse entre cadáveres. El gigante retrocedió, acorralado por los ojos de acero de aquel hombre imbatible, en cuyas facciones había resucitado el honor y la fuerza que siempre lo habían caracterizado. Esquivó la primera punzada del gladio. Los ojos de Casio vacilaron. Al germano le pareció que su tensión desaparecía y que perdía la intensa concentración con la que aguardaba cualquier punto débil. Creyó llegada la hora de dar mandoble y romper el combate. En ese momento sintió un hielo que le atravesaba el cuello y que le paralizaba el brazo, como una magia poderosa que lo convertía en piedra. Pero no era magia alguna: una mujer gritaba enceguecida detrás. Empuñaba el cuchillo con el que había atravesado la nuca del germano. Mientras ella desenfundaba el arma e iniciaba una atroz carnicería dando puñalada tras puñalada al pecho del enemigo (ayudada por otras compañeras que, histéricas, pisoteaban al verdugo de sus hijos o iban en busca de los restos de aquéllos) Casio corrió tras el tercer bárbaro, que huía hacia una montura acosado por los tajos de Julius.

La carrera de Casio superó al germano. Se apartaron del frente. El germano se

volvió de improvisto. Casio castigó su atrevimiento y logró sajar al bies sus costillas. Inició un acoso metódico. El joven germano era fuerte, pero carecía de la destreza agonal del prefecto. Mientras su oponente cedía, protegiéndose, Casio no lo pensó dos veces y aprovechó un momento de confusión para insinuar una estocada baja y, al contrario, apuntar mandoble a la pierna derecha, de cuyo muslo abierto brotó profusa sangre. Incapaz de sostenerse en pie, el germano esperó el último combate retorciéndose como una alimaña. Fue entonces cuando llegó Julius.

—¡Déjame a mí!

—¡No! No perderemos el tiempo con celebraciones bárbaras... —y diciendo aquello Casio pisó el brazo derecho del germano, inutilizó su espada y apoyó la punta del gladio en su cuello sudoroso y ensangrentado. Julius apoyó su pie izquierdo en el pecho. Casio hundió el acero en la garganta. La abundante sangre encharcó la curtida cáliga de Julius.

—¡Respira hondo, germano! —susurró Julius a los ojos angustiados del vencido.

Las escenas de barbarie dieron paso a un inmenso dolor. Las mujeres no querían separarse de los restos de sus hijos y hubieron de ser arrastradas por la fuerza tras los funerales. El grueso de las famélicas fuerzas romanas lograron cruzar las aguas y reagruparse, momento en el que causaron de nuevo gran mortandad en la horda enemiga, cuando ésta, todavía enceguecida por el odio y la fuga de sus presas, se arrojó al agua desafiando las afiladas puntas de las lanzas. Muchos cuerpos se alejaron flotando, arrastrados por la corriente.

—Esperemos que algunos de esos cuerpos lleguen antes que nosotros a los pies de las empalizadas de Aliso —murmuró un legionario moreno.

—Y que alguien los vea —añadió Julius detrás de él.

Cuando los germanos se retiraron para reponerse del asalto, los romanos volvieron a formar precariamente y siguieron el cauce del río, tan rápido como la dramática situación les permitió.

La situación era crítica. Los enemigos les seguían de cerca. Algunos jinetes continuaban recorriendo la orilla opuesta, aunque pronto quedaron atrás, ocupándose de sus heridos y sin lugar a dudas esperando refuerzos. Casio estaba seguro de que los jinetes supervivientes galopaban para informar a otras hordas, y si no los alcanzaban a tiempo entonces irían a buscarlos hasta Aliso: sabían que se dirigían desesperadamente hacia aquel lugar.

El tiempo jugaba más que nunca en su contra.

El prefecto ordenó una marcha despiadada, pues la caída de la noche sólo podía traer nuevos asaltos. No tenían ya ni las fuerzas ni la destreza como para caminar por el cauce del río para evitar dejar huellas que de nada servía ocultar.

El viento continuaba soplando. Los bosquecillos de saúcos y castaños se hicieron más espesos. El río volvía sobre sí mismo en una gran curva hacia el suroeste y

descendía por praderas largas cuya pendiente se dejaba acunar en el regazo de unas colinas frondosas.

Cayó la oscuridad cuando los perfiles de algunas de aquellas colinas empezaban a resultar familiares al infatigable prefecto. Las nubes fueron desgarradas por primera vez en muchos días y apareció una luna errante.

Se escucharon aullidos de lobos.

No muy lejos descubrieron luces que parpadeaban. Con la mayor precaución, caminaron en silencio. Después de una larga marcha estuvieron seguros. Las luces se acercaron, creando una forma geométrica, como si una constelación de fuego ardiese en la oscuridad del terreno.

—¡Es Aliso! —gritó Julius como loco, al reconocer en el camino la monolítica presencia de un legionario romano. El perfil de la muralla de estacas se insinuaba en las sombras. Las luces recordaban la disposición propia de un gran campamento romano, ubicado para mayor seguridad en el alto de una loma. Invadieron la orilla opuesta en medio de desaforados gritos, y alguien tocó una corneta. Les respondieron. Muchas antorchas se abrieron paso desde la puerta de la vía principal.

Profirieron sus nombres y los de sus cohortes y legiones. El prefecto de Aliso acudía a la llamada. Casio Querea atravesó el río a caballo, trotó por la orilla, desmontó y corrió con los brazos extendidos hacia los mandos de Aliso que, incrédulos, espiaban a los recién llegados a la luz de las antorchas.

EL DÍA DE LA GLORIA



Las nubes, desgarradas por un viento druídico, se apartaron; la luz caminó dejando huellas de oro sobre aquellas praderas. Las sombras huyeron arrastrándose, como si los dioses retirasen el manto de un gigante derrotado que hasta entonces había cubierto la tierra. Imperturbables aves de presa contemplaban desde lo alto cómo el verdor ondulaba en un mar de sombra y luz.

El mediodía emergió de pronto entre los despojos de la tormenta.

Armin corrió sobre cadáveres hacia la cima donde los restos del ejército de Varus se acumulaban dispersos, arrojados al azar por la mano caprichosa de un dios sembrador de muerte. Bandadas de cornejas y urracas huían a su paso. Comenzó a trepar el terraplén herboso que había sido el último bastión de su enemigo. Al tropezar con un cuerpo cayó de bruces y se vio obligado a apoyarse con las manos. Entonces sintió aquel ímpetu extraño y salvaje. Algo amenazador, magnífico, indeterminado. Se expandía por sus pulmones y atravesaba su sangre, una ráfaga innombrable que tumba todos los miedos. La esencia misma de la gloria. El poder.

Podía tocarlo con sus dedos.

Miró hacia arriba. Allí, bajo el punto radiante del sol, contempló en lo alto del terraplén la figura desgarbada y firme de Cerunno, apoyado en su bastón de raíz. El querusco contuvo aquel momento eterno. Paralizado por la aparición del sacerdote, su corazón todavía trotaba, excitado, hacia nuevas y desconocidas emociones. Recuperó el paso. Se dio cuenta al mirar hacia arriba de que Cerunno lo escrutaba fijamente. Por fin llegó junto al sacerdote y clavó su mirada en los ojos hostiles, ocultos bajo las cejas espesas y erizadas, de aquel superhombre entre los hombres.

El adivino habló con voz cavernosa, sin mover un solo músculo que pareciese alterar su hierática indiferencia.

—Victoria aguarda al hijo de Segimer.

Permanecía firme como un árbol seco al que un viento extraviado arroja sin consuelo, melancólico cuando todos festejaban, saciado cuando todos tenían hambre, ajeno a las emociones de los hombres mortales.

—La victoria de los Ases es un peso demasiado grave para los hombres jóvenes, pero sólo ellos son suficientemente temerarios para provocarla. Y así, sin mayores razones, encadena el mundo verdades y mentiras, colocando la bella flor que abre sus pétalos en un lugar tan abyecto como el cieno, dando al buen padre hijos pérfidos, haciendo temerario, en cambio, al hijo de un pusilánime... Que no me hablen de razas de héroes, he visto cobardes en las mejores familias, he conocido hombres valientes que nacieron en cunas innobles...

Docenas de queruscos seguían a Armin. Muchas hordas se arremolinaban

alrededor, algunos se acercaban, rebuscando entre los jirones ensangrentados de las tiendas que habían servido de último refugio al pro-pretor de Roma y a sus generales.

—¿Cuántas urracas hurgarán hoy en la carne podrida de los enemigos? —inquirió Cerunno con voz de trueno, y de pronto la respuesta, que él mismo pronunció, pareció ser arrojada por la sibilante lengua de una serpiente—: *Demasiadas*, creen mis ojos. Sólo tengo que veros arrastrándoos hacia el campamento de Varus sin mirar cuántos hermanos merecen curación... Yo os digo que no actuáis como un pueblo de grandes hombres sino como un amasijo de gusarapos. Buitres y cuervos es ahora lo que veo, mientras los hermanos de la alianza continúan luchando en las selvas de Nerthus... No es el oro lo que ha de darnos la libertad, ¡sino el exterminio de nuestro enemigo!

De pronto y con increíble agilidad, giró y miró fijamente a un brúctero que hurgaba la coraza de un romano, creyendo algo oculto entre ella y el pecho ensangrentado.

Cerunno se acercó a él sin pestañear.

—¿Quién crees que eres, hijo de mala cerda, para despojar estos trofeos? —preguntó—. ¿Un dios, acaso?

El germano alzó los ojos claros, tan azules como vacíos, y comprimió los labios en una mueca de rabia y desprecio. Armin se aproximó y empuñó la larga espada, elevándola amenazadoramente.

Un gesto de Cerunno con su mano izquierda, sin apartar la mirada del brúctero, bastó para indicar imperiosamente a Armin que debía retirar su espada.

—Allí donde el rayo besa con labios de fuego de nada sirve la mordedura de una espada mellada... Y tú, aparta tus manos de ese romano, ¿eres acaso el hijo de algún gusano para actuar como tal? ¿Del culo de qué gigante salieron tu padre y tu madre...?

El brúctero respiró profundamente, sopesando lo que hacer. Sus ojos chispearon rápidamente mirando alrededor. A pesar de que el *kuninc* había retrocedido unos pasos, decidió no enfrentar la cólera del omnipotente sacerdote. Se levantó, sin apartar la mirada del anciano. Cerunno lo persiguió con los ojos y después oteó amenazador el campamento.

—¡El día de la gloria! —gritó con brutal vehemencia—. ¡Preparaos para el día de la gloria, corazones victoriosos! ¡Aquellos que habéis venido incólumes del baño de sangre, aquellos cuyas almas han sido protegidas de los mandobles, todos aquellos que las valquirias han despreciado a su paso tormentoso... debéis oír el designio de los sagrados Ases, porque sólo a ellos les debéis la vida! Como una flecha está lista para su arco, así debe ser vuestro paso por el mundo, ¡tensos para la hora sagrada, para el gran mediodía!

Cerunno alzó el báculo, aferrándolo con nudillos crispados, e imploró al cielo en

su delirio.

—¡Oh tú, astro todopoderoso! ¡Oh tú, voluntad que domina el cielo y la tierra! ¡Oh tú, voluntad del guerrero, matador de dragones, insidia de toda necesidad y necesidad misma de la voluntad! ¡Ilumina para nosotros el día de la gloria, bendice esta sangre y esta muerte, recibe sobre la mesa de los cuervos los sagrados sacrificios, contempla la obra de los libertadores...! No desaparezcas, ¡no!, no te ocultes, no desprecies el trabajo tan arduamente logrado... Derrama tus ríos de oro y devora el hedor de los muertos, acoge el hálito de sus últimos estertores antes de que llegue la noche, antes de que santifiquemos la carne de los héroes en nuestras hogueras...

De pronto Cerunno se arrodilló y comenzó a murmurar en una lengua extraña, con el rostro vuelto al cielo y los ojos cerrados. Pronunciaba runas que nadie más era capaz de entender. Los sacerdotes se aproximaban, caminaban entre los ensangrentados guerreros, se arrodillaban y miraban al cielo. El sol, poco a poco, iba desvelándose y brillando con más fuerza, aunque una tormenta lo amenazaba en el este y trepaba con inquietante ambición.

Armin sintió miedo ante los rezos de Cerunno. Las nubes empañaron el brillo del sol. Una vaguedad gris difuminó el paisaje. La mayor parte de los guerreros que habían visitado el último campamento de Varus retrocedieron y abandonaron el lugar. Los hombres-cuervo comenzaron a encender pestilentes hogueras en honor a sus tenebrosas divinidades.

Armin se había sentado junto Wulfila en la pradera. Poco después apareció Ortwin el Blanco. Sus ropas estaban sucias pero su mirada continuaba manteniendo la enigmática quietud que lo caracterizaba.

—Cerunno pide al *kuninc* que reúna el botín en el campamento de Varus, que los hombres retiren las ruinas de los carruajes y tiendas y que lo amontonen todo. Que los queruscos y los brúcteros y los téncteros traigan a los prisioneros, y que los cadáveres de los enemigos sean arrastrados hasta allí.

Cuando Armin quiso hacer preguntas la mirada de Ortwin le hizo desistir. Se celebraban extraños rituales, y si bien conocía el plan del combate, desconocía los deseos de los dioses.

Se afanaban en reunir miles de cuerpos muertos en la loma que Varus había utilizado como última salvaguarda. Parecía increíble que la cantidad de enemigos muertos fuese tan grande. Las pilas empezaban a heder. Un enjambre de buitres resonaba en el cielo. Los robles milenarios que, retorcidos y firmemente enraizados, se aferraban al vago montículo, servían de centro de culto para el poderoso sacerdote; el arrendajo cantaba entre las ramas. A su alrededor varias docenas de santones se reunían murmurando. Las hordas más salvajes habían partido hacia los bosques; los que deseaban mayores aventuras desaparecían bajo las arboledas de Teutoburgo, muchos de ellos en busca del saqueo que, de momento, era imposible llevar a cabo

bajo la estricta vigilancia de los druidas.

Pero allí, en las praderas, reinaba la solemne celebración que preparaba el líder espiritual de los queruscos. Casi doscientos romanos esperaban encadenados en el centro del campamento, rodeados por un círculo de rostros hostiles. Fue difícil impedir que la matanza no se cebase en sus cuerpos, pero una vez contenido el último ímpetu de la batalla, lograron ponerlos a salvo. Había muchas mujeres de diverso origen en el grupo. Algunas de ellas, aunque muy pocas, eran nobles esposas de altos mandos que miraban desoladas a su alrededor, maltratadas por los combates de la noche y perplejas al encontrarse con vida al amanecer, para contemplar un paisaje de ruina y destrucción que sería inimaginable para Roma. Muchas lloraban desconsoladamente, otras soportaban con orgullo el cautiverio o cuidaban de los hombres heridos; algunos morían silenciosamente, permanecían inmóviles y eran retirados por sus guardianes y arrojados sobre las pilas de cadáveres romanos que iban acumulándose al pie de la colina. Los restos de carruajes, caballos muertos, los despojos de las tiendas, las máquinas de guerra, todo ello era arreado con pesados esfuerzos y arrojado al pie de la loma sangrienta, creando una especie de avenida de la muerte, una explanada alfombrada con cadáveres que conducía a los altares del templo de la guerra.

No muy lejos se acumulaban los metales útiles, que Cerunno había ordenado despojar para su posterior reparto entre los jefes y para su fundición por parte de los herreros, salvo aquellas armas que podían resultar útiles, porque las legiones acantonadas en Germania gozaban de un gran abastecimiento de hierro procedente de las minas de Noricum, de donde se extraía el mejor acero del Imperio.

Era probable que algunas de aquellas mujeres hubiesen sido violadas en medio de la salvaje captura, cuando las hordas habían roto el endeble anillo que protegía el orgullo de Varus, pero a partir de aquel momento fueron tratadas como parte del botín que sería repartido entre los régulos.

Bajo las ramas del roble más grande, donde Cerunno aguardaba junto a la gran piedra de un altar megalítico, allí descansaba una de las Águilas de Plata, la que habían arrebatado a Varus.

El trofeo ejercía un imperioso magnetismo a su alrededor. Sólo la unanimidad de los sacerdotes de los diversos pueblos aliados impidió que estallase una verdadera tempestad y una matanza entre los jefes germanos por poseer la codiciada Águila. Al pie de otras dos piedras cercanas al robusto tronco, bajo la frondosa copa del árbol, se amontonaban los cofres colmados de riquezas con los que Varus planeaba regresar a Roma, como había hecho desde la expoliada provincia de Siria. Las piezas de oro brillaban amontonadas en la hierba, las sacas colmadas de plata se derramaban con descuido, las copas cinceladas, el cristal de Alejandría, la cerámica negra, los refinamientos de la cultura griega estampados en aquellos platos, todo contrastaba

con la agreste naturaleza, los cardos agitados por el viento, las ramas caídas y las greñas sucias de quienes custodiaban, victoriosos en su ignorancia, la belleza de la civilización. Pero como si fuese el mayor tesoro de todos, como un saco de oro puro, allí reposaba ante el sacerdote el cuerpo del pro-pretor de Germania: Varus descansaba sobre la roca, tendido de espaldas. Su rostro mostraba una expresión fruncida, como si el dolor del suicidio se hubiese quedado marcado en todas sus facciones, comprimiéndolas para siempre y deformando lo que había sido el rostro personificado de la indolencia, de la comodidad y de la más fatua soberbia.

No mucho tiempo después del mediodía ardieron muchos fuegos en los que se asaban presas y caballos jóvenes heridos en el combate que fueron sacrificados para alimentar a los hambrientos germanos. Ese había sido el mensaje de Cerunno: pretendía celebrar los rituales para que los dioses les concediesen la bendición de la victoria.

Al fin Cerunno se puso en pie y caminó hacia los prisioneros. Escogió a un buen número de ellos. Las mujeres más jóvenes fueron separadas, porque serían repartidas entre los sugámbrios, que querían esclavos romanos, así como algunos hombres, aunque la mayor parte de ellos serían sacrificados en nombre de Wuotanc. Algunos formarían parte de una comitiva, de una embajada que partiría aquella misma tarde hacia la ciudad de Colonia, como advertencia, con un mensaje para Augusto y para su Senado.

Cuando todos estuvieron listos, Arminius los obligó a tirar de un carro maltrecho cargado con los cascos e insignias de los legados imperiales y de los generales, con sus planos de guerra y mapas bordados al hierro candente sobre pieles de oso. También añadió parte del ajuar personal de Varus, al que le habían arrancado los ribetes bordados con hilo de oro. Una de las togas más ricas del prefecto de Germania y cónsul de sus ejércitos había sido convertida en un harapo ensangrentado en el que el propio Augusto pudiese llorar sus legiones perdidas. Y en ese momento, Arminius trajo a la rastra un cuerpo muerto; extrajo la espada y después de abrirlo en canal y ante la mirada atenta de Cerunno, escribió con la sangre del cuerpo en la rica toga:

ROMA VICTA

Cerunno extrajo su cuchillo ceremonial. Arrojó su aliento sobre la hoja y en ésta aparecieron misteriosos tatuajes que sólo los santos herreros del norte eran capaces de dibujar; el hechicero caminó con pasos solemnes hacia las piedras en las que aguardaba el sacrilegio de Varus.

Armin alzó la espada y gritó a los que se habían convertido en los mensajeros de la derrota para el Imperio Romano:

—¡Germania es la tumba de Roma! ¡Marchaos ahora! ¡Y con este honor y estos víveres desapareced! ¡Iréis escoltados por los queruscos hasta el Rhenus! ¡Y allí seguiréis con mis presentes hacia Roma, y se los entregaréis de mi parte a Augusto!

Entregad esa toga de Varus al Senado, y decidle que Arminius ha sido el hombre que ha firmado con sangre romana lo que en ella aparece escrito, y decidle a Tiberio que lo que aparece escrito es el destino de nuestros enemigos, decidle a Augusto que os hemos derrotado y que no contáis ya con un solo campamento más allá del Rhenus, decidle a Germánico que ha llegado la hora de que los germanos derriben la frontera y den muerte al emperador de los romanos.

El sol descendía abrumado, arrastrando un telón de sangre y oro en su caída. Había en su mirada algo de apocalíptico, de dichoso, de ese gozo ególatra al que sólo se entrega un dios vengativo tras presenciar el sacrificio de un mundo entero.

La pesada tarde, el hedor de los campos, la muerte infecta, todo ascendía creando un vapor inconcebible que en aquellos tiempos, tan lejanos a los nuestros, era el verdadero respiradero de la gloria. Olía a sangre reseca y a matanza insatisfecha, a hambre, caos, sed infinita, heridas cosidas, gritos de locura. Dolor e infortunio se daban la mano donde otros reían, y los caballos retozaban nerviosos en las manchas verdes de la pradera, muy cerca de las hogueras en las que otros de sus congéneres, sacrificados, tostaban su carne ensartados en largos espetones, allí donde no se acumulaban miembros dispersos, corazas, loricas destrozadas, cabezas derruidas, cuerpos quebrantados por mil golpes y regueros de sangre, esparciendo atroces mosaicos. Los arroyos goteaban rosados con la esencia de diez mil vidas, conversas ahora en alimento de un subsuelo ávido, de una tierra inconquistada que rumia eternamente la pesadilla de la humanidad.

Los gritos de las hordas atronaron los bosques y el sol pareció despertar de nuevo en su delirio sangriento dando un postrer zarpazo ígneo a la bóveda incandescente, dispuesto a disfrutar de aquella última hora.

Las nubes que formaban su lecho en el horizonte se desgarraron y desfilaron solemnemente. Las horas habían pasado, los sacrificios que habían tenido lugar en las piedras bajo los robles habían congregado a los jefes de muchas tribus germanas. La sangre manaba alrededor y empapaba la hierba.

—Traedme el cadáver de Varus —ordenó la voz cavernosa de Cerunno.

Un murmullo se alzó entre los druidas y los jefes gritaron. El cadáver medio quemado de Varus fue colocado sobre la piedra más grandey lisa.

Cerunno aferró a Armin por el hombro y lo obligó a arrodillarse. Una caja de madera fue abierta y Ortwin puso en manos del santón de Wulfmunda un yelmo de acero al que habían engarzado dos alas de águila desplegadas. Cerunno retiró las fauces y el hocico de lobo que cubrían las greñas sucias del querusco y lo coronó violentamente con el casco de acero. Tenía la factura de un casco sajón, fabricado con una extraña aleación de hierro, cobre y estaño, con la diferencia de que las ornamentaciones recordaban el estilo de las forjas célticas. No llevaba incrustaciones de piedras nobles, ni oro ni plata, pero una protección nasal descendía sobre el rostro y cubría el puente de la nariz.

En ese momento Cerunno dejó caer el cuchillo y desgarró el cuerpo de Varus. Todos vieron, en medio de un éxtasis ritual, cómo la mano del sacerdote se introducía

en el pecho del pro-pretor de Germania. No existía mayor símbolo del odio sembrado contra la dominación romana que aquella garra mugrienta hurgando en las entrañas del gobernador de las provincias germanas. Introdujo el cuchillo, lo blandió con maestría y poco después el brazo nervudo se elevaba, mostrando a todos el corazón de Varus.

Giró lentamente sobre sí mismo y clavó sus ojos en Armin. Inclino su brazo ante el éxtasis de los sacerdotes que lo rodeaban. Entonces apretó aquel pedazo de carne y dejó que chorrease sobre el yelmo alado, santificando con la sangre del peor enemigo vencido el símbolo del líder de Germania.

Los hilos rojos resbalaron entre las greñas. Descendieron. Salpicaron las cejas, las atravesaron y una extraña rojez inundó la mirada de Armin al tiempo que parpadeaba y aquel crúor bajaba hasta sus labios y goteaban pesadamente de su barbilla, desapareciendo entre las matas de hierba, en busca de tierra y descanso.

Crepúsculo y fuego.

Armin contempló los velos de las nubes empapados en sangre; tras la tormenta, se acercaban vientos furiosos que barrerían el mundo. En una momentánea calma, el ocaso reflejaba la victoria de los germanos. Igual que el cielo muestra el azul del mar, aquella tarde reflejaba la sangre vertida en Germania.

Cercenada la cabeza de Varus, Cerunno la ató mediante dos cordales al estandarte del Águila de la legión vencida. Si aquello era el orgullo de Roma, el sacerdote se encargaba de desmitificarlo. Después se la entregó a Armin. El líder empuñó el estandarte y caminó desde el pie de la loma entre los montones de cadáveres romanos.

El hedor nauseabundo estaba a punto de vencerlo. Habían sido amontonados hasta crear una anchísima pila de más de doce pies de altura entre los grandes robles que dominaban la cima del montículo. Las hordas aullaban. El crepúsculo se deshacía en vapor de metales pesados, un inmenso y vacilante torbellino de fuego perdido en la niebla cenicienta. El sol, ebrio, vagaba a la deriva en los confines del mundo.

El querusco llegó a la cima y allí clavó el Águila de Plata, en lo alto del túmulo funerario. Los cuervos graznaban inquietos alrededor. Docenas de buitres sobrevolaban la matanza. Otros estandartes y símbolos de la legión, como los imagos de Augusto, fueron clavados entre los muertos creando un espantoso espectáculo contra la rojez del ocaso. De unos pendían ensangrentadas vestiduras, de otros, cabezas de centuriones en torno a las que, audaces, los cuervos peleaban por picotear los ojos. La cabeza de Varus no tardó en ser desollada por los insaciables pájaros de la muerte.

Aquel momento era diferente a cuanto habían vivido. Era portentoso.

El ocaso de Roma había comenzado.

Era el principio del fin.

Poco tiempo después las nubes lograron cubrir el mundo y el paso de los truenos tamborileó a sus espaldas. El sol había sucumbido en las anchas aguas del oeste, y las tormentas volvían al norte. Unos relámpagos aislados iluminaron tenebrosamente la Cima del Trueno, destacando los contornos ominosos del Wiehengebirge. Las nubes bajas irrumpieron repentinamente, ocultando las cimas de las colinas, y llegó la lluvia. El sueño había acabado. El viento vino de pronto y los cuervos de Wuotanc fueron espantados, arrojados a las cuatro esquinas del mundo por sus ráfagas furiosas.

Armin tomó el Águila de Plata y desató la cabeza de Varus.

—Guárdala en esa caja de madera en la que portabais el yelmo alado —ordenó a Vitórix—. Vamos a enviar nuestros presentes a Marbod.

El galo sonrió malévolamente, mostrando sus dientes sucios y algo separados.

—El aliado de Roma...

—El *kuninc* de los marcómanos debe saber cómo tratamos a los romanos en el oeste. Aquí hay un ejército que no quiere ni a los romanos ni a los amigos de los romanos.

Vitórix apresó sin ningún pudor la cabeza de Varus y la metió en la caja.

—Dejaremos que la sellen con cera, así no olerá tan mal; escribiré una carta para Marbod y otra para Augusto, diciéndole que le envío con honores la cabeza de su querido familiar.

Vitórix aulló por toda respuesta.

—¡Por fin un poco de diversión!

La guerra continuaba en los bosques, pero Cerunno no deseaba dejarlos partir todavía. Aún faltaba un importante ritual que no podía esperar más tiempo para las almas de los que habían caído en el campo de batalla. La lluvia pasó, pero era una noche negra. Las antorchas hormigueaban titilando en la linde de los bosques. Los funerales iban a empezar. Las manadas de lobos aullaban alrededor cuando la gran pira de leña estuvo lista.

Limpiaron con agua fresca las heridas de los muertos. Todos fueron runificados. La mayor parte de ellos había sido dispuesta como una rueda gigantesca, con las cabezas apuntando al centro. Eran varios miles. Alrededor, las tribus formaban un anillo de teas ardientes que se concentraba en el perímetro de la rueda funeraria.

Uno de los hombres-cuervo, envuelto en un sago negro, tomó una antorcha de manos de Cerunno y subió al montón de leña. Caminó entre los cuerpos de los germanos hasta el centro. Una vez allí derramó el aceite y prendió fuego depositando su antorcha. Después retrocedió, caminando siempre sin dar la espalda a la hoguera que ya cobraba fuerza en el centro de la enorme pira.

Pronto el fuego se extendió a toda la plataforma. Fue la mayor incineración de guerreros que habían visto jamás. Era una rueda de fuego ardiendo en el fondo del valle, una llama altísima, un calor que los obligaba a retroceder, y después el silencio, la oscuridad, el adiós.

Aquel fulgor significaba para Armin la consecución de una vida y de una batalla victoriosa. Casi el completo exterminio de tres legiones, con sus dieciocho nobles tribunos, tres generales y noventa decurias de caballería; Varus, cónsul del ejército y prefecto de Germania, se había suicidado.

En tan sólo una batalla habían caído tres legiones enteras, como tragadas por las ciénagas de Germania. El equivalente a tres legiones cayó ante los muros de Numancia, tal fue el precio que Roma tuvo que pagar por la resistencia de los celtíberos... pero durante quince largos años de cruentos enfrentamientos. La conquista de Cartago costó media legión, la de Corinto, tres cohortes... Pero el desastre de Teutoburgo asentaba un hito en el libro negro de la historia militar de Roma.

En cuestión de días habían muerto tantos legionarios como en los quince peores años de la resistencia de Iberia... Jamás había recibido Roma un revés tan implacable, tan diestro, tan certero. Y lo recibió en el momento de su máximo apogeo y esplendor. Alguien había sido capaz de jugar con sus propios conocimientos, y los había utilizado sin piedad alguna: la misma que tuvieron Roma, el Senado o sus generales en tantas otras batallas.

El nombre de Arminius, él lo sabía, crecería como un fuego en la espinosa maleza de la Historia. El soberbio pueblo de la guerra, Roma, que había doblegado medio mundo con sus armas, pronunciaría su nombre con odio y un extraño respeto que ya no haría sino crecer a lo largo de muchas generaciones.

Arminius empezaba a ser consciente, a la luz de aquellas llamas, de que había conquistado la gloria, y de que ya nadie podría robársela jamás. Había liberado a Germania, a su pueblo entero. Había infligido la más ignominiosa de las afrentas, el más profundo de los desprecios al pueblo que siempre se había vanagloriado de ser el mejor, el más aguerrido, el más conquistador. Ante los ojos de la Historia, Arminius había robado a Roma su laurel máspreciado: porque iba a convertirse en el hombre que había escupido al Imperio en su rostro de mármol, a Augusto el Divino, al favorito de los dioses. Lo había ridiculizado sin dejarle ni siquiera la opción de recurrir a las palabras y a una retirada... y en ese momento el germano comprendió que la verdadera guerra no había hecho más que empezar.

HÉROES Y RENEGADOS



—Soy Casio Querea, prefecto de la legión XIX, bajo el mando del pro-pretor Publius Quinctilius Varus.

—Hablas con Lucio Casditius, al mando del campamento de Aliso. ¿Por qué no tenemos noticias del pro-pretor?

—Estos heridos, mujeres y niños son todo lo que ha sobrevivido de cuanto hubo en Mattium y del ejército que Augusto había dejado en manos de Varus. Las tres legiones, seis cohortes de auxiliares, tres alas de caballería y el alto mando han sido aniquilados. Algunos supervivientes dicen que Varus se suicidó en el momento de ser apresado.

El prefecto miraba a Casio como si todo aquello fuese una broma. Pero la impasividad del romano sólo podía ser la propia de un héroe que escapa de la muerte.

—No puede ser cierto, las tres legiones... —murmuraba el prefecto de Aliso.

—No creo que los pocos que hayan podido sobrevivir resistan la cacería a la que están siendo sometidos en los bosques de Teutoburgo. Necesitamos prepararnos porque estoy seguro de que vendrán a derribar Aliso como han ido hacia Mattium. Pero aquí no os cogerán por sorpresa.

—¡Hay que enviar mensajeros a Colonia y a Vetera inmediatamente!

—Que vayan en busca de Lucio Nonius Asprenas y de sus dos legiones. Que vengán a proteger nuestra retirada y que informen a Roma de la mayor derrota sufrida desde que Augusto es emperador...

—Por todos los dioses, lo que cuentas robará el aliento al Senado.

—Y si no nos damos prisa le robará también las Galias; temo una invasión a gran escala de las tribus germanas. Ahora su caudillo cuenta con una credibilidad absoluta. Los demás jefes le seguirán hasta las puertas del infierno, basta con que él lo pida.

—¡Ya habéis oído! ¡Poneos en marcha! —gritó el prefecto a unos centuriones.

Las órdenes se propagaron como un fuego; las antorchas se multiplicaron. Casio no se detuvo hasta que vio cómo los supervivientes se echaban en las tiendas que el prefecto había reservado para ellos, desalojando a sus legionarios. Creó nuevas guardias así como un perímetro de seguridad en torno a la empalizada con antorchas y hogueras. Mandó quemar toda la leña seca que encontrasen por los alrededores. Siempre pensó que los germanos prenderían fuego a sus defensas si atacaban de nuevo Aliso. Algunos comieron, pero la mayoría se derrumbó de cansancio; muchos necesitaron la ayuda de los galenos, que limpiaron y cosieron sus heridas. Hubo quienes murieron en el transcurso de la noche, pero al menos éstos lograron morir en paz.

Casio se dirigió a solas hasta el centro del campamento y contempló el altar de

Marte. Ardía con una tímida llama. Se quedó mirándolo, interrogándose inútilmente acerca del destino de los hombres. Ahora era él el que no entendía cómo podía haber sucedido. Trató de abandonar aquellos pensamientos perturbadores y se retiró a descansar.

—Nos reuniremos antes del alba. Di que me despierten —pidió Casio a Lucio—. Comeremos con los mensajeros. Ellos escucharán todo lo que sé y partirán con esa información hacia Colonia a primera hora.

—Así se hará antes de las primeras luces —respondió Lucio. Y vio cómo la apesadumbrada silueta de Casio desaparecía en la oscuridad.

Despertó envuelto en una manta de lana. Tenía los músculos de la espalda agarrotados y le dolían huesos y articulaciones como nunca antes, pero se sentía mucho mejor. A pesar del dolor de cabeza, había logrado descansar. Lo peor de todo habían sido aquellas pesadillas. Un muchacho lo zarandeaba con una lamparilla de aceite en la mano.

—Es hora.

Se levantó con cierta dificultad y se lavó la cara. El muchacho traía ropa nueva y limpia que el propio Cæditus le prestaba.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Casio al joven mientras se vestía.

—Publius Frontinus —respondió escuetamente.

—Hace mucho que estás aquí, ¿verdad?

—No hará un año.

—¿Has visto mensajeros o caballos en los últimos días?

Frontinus negó con la cabeza. Casio le pidió que le cerrase las juntas de la lorica *segmentata* que se había ceñido. Después se calzó las cáligas. No sin cierta molestia física y con las nubes del sueño abotargando su mente, se puso en marcha en busca del pretorio de Aliso.

El prefecto aguardaba puntualmente. En su rostro se dibujaban unas ojeras grises. Casio supuso que no había dormido en toda la noche, y eso le agradó, pues delataba el grado de celo con que había entendido la necesidad de prevenir un ataque inminente. Había encontrado legionarios en las calles. Los fuegos ardían con la misma intensidad y vio que la guardia que recorrió una de las empalizadas triplicaba la disposición normal en esos casos. La alerta había cundido y eso era bueno.

En el pretorio encontró varios *lectus* poco lujosos en los que aguardaban los centuriones de Aliso. Tras el escueto saludo de Casio, hicieron entrar una docena de fornidos jóvenes.

—Os han escogido para que llevéis varios mensajes de importancia vital para el Imperio. Puede ser la misión más importante de vuestra vida y seréis condecorados si lográis vuestro destino con éxito. Vais a escuchar las noticias de primera mano. Deberéis transmitir las incluso heridos de muerte a los mandos de Vetera o de

Asciburgium, y también a todos los romanos que encontréis en vuestro camino. Partiréis cuatro grupos, dos en cada una de las direcciones mencionadas, por si acaso hay mala fortuna para uno de ellos, aunque espero que todos lleguéis sanos y salvos. Una vez transmitida la orden debéis estar seguros de que vuestros mandos envían inmediatamente mensajeros en busca de los puestos de Colonia. Los que vais a Vetera debéis pedir a Lucio Nonius Asprenas que movilice sus legiones a lo largo del Lupia con la máxima precaución para que puedan desalojarnos en Aliso junto a todos los supervivientes del ejército de Varus.

Al oír aquello algunos de los jóvenes escogidos elevaron los ojos y miraron a Casio.

—No lo olvidéis, aunque además de los mensajes orales llevaréis otros escritos. Que vengan los escribas.

Tres hombres del despacho de Aliso entraron en la sala.

—Estos tres hombres hablan y escriben el griego. Tus mensajes, Casio —añadió Lucio— no podrán ser leídos por el enemigo si fueran interceptados.

Casio se incorporó y se situó en el centro de la sala.

—Que anoten cuanto voy diciendo. Seré breve. Pero redactaremos, a su vez, otro mensaje por triplicado para Augusto.

Un profundo silencio se hizo en la sala.

—¿Para el emperador?

—Para el *princeps*. Tiene que conocer la verdad de primera mano, y ello requiere una noticia detallada por parte de los que han sobrevivido.

»Tenéis que saber que el mayor desastre ha sorprendido a las legiones del pretor de las Germanias, y que el propio Varus ha sucumbido con ellas. Que no ha sobrevivido nadie salvo unos pocos cientos de heridos, mujeres y niños. El ataque ha sido urdido por un joven caudillo germano llamado *Arminius*, quien había trabajado en las legiones del Rhenus. Conocía muy bien los planes de Varus gracias posiblemente a numerosos espías de Mattium que servían en las tropas auxiliares germanas; éstos desertaron una vez se produjo el anuncio del ataque. Tuvo lugar en las selvas de Teutoburgo, y Varus descuidó el orden de marcha y confió demasiado en sus fuerzas. Que sean conscientes del peligro que corre la frontera. Que las tres legiones, tres alas de caballería y seis cohortes de galos e hispanos han sido aniquiladas. Más de veinticinco mil hombres con todas sus pertenencias han sucumbido en medio de la gran tempestad que asolaba aquellos salvajes parajes. Que las fuerzas de los germanos podrían superar los cincuenta mil hombres, con varios miles de jinetes. Ante esta situación, deben cuidar la evacuación de las fortalezas que jalonan las rutas fortificadas del Rura, del Lupia, del Siga... Y ante la victoria es muy probable que su caudillo cuente con más simpatizantes y que emprenda una invasión de las Galias, lo que podría ocasionar un desastre de proporciones inimaginables. Han

de saber que Casio Querea, prefecto de caballería de la legión XIX, sobrevivió y trata de advertirles del peligro. A su vez, pide la ayuda inmediata de Lucius Nonius Asprenas para combatir o incluso liberar el asedio de Aliso, que no tardará en empezar y donde no estamos en condiciones, dado el número de heridos y el tiempo que media, de huir de manera inmediata.

Los escribas redactaban en sus tablillas. La noticia era tan devastadora como increíble. Los hombres se miraban unos a otros. Durante la noche los rumores se habían extendido, pero buena parte de los legionarios había dormido sin saber nada de aquello.

Cuando el mensaje estuvo listo, Casio dictó en voz alta el emotivo mensaje para el emperador. Su relato fue más dramático y personal, advirtiéndole de la pérfida traición de un bárbaro llamado Arminius, de las numerosas atrocidades que se habían cometido, de los miles de familiares y amigos del ejército que habían muerto, pues era tan grande la mortandad, que casi cualquier romano, decía, habría perdido algún pariente en la matanza de Teutoburgo. Le advertía de todas sus sospechas y de los peligros que corría la frontera y cuando reparó en la muerte de todos los mandos, en los asesinatos y en los sacrificios que habían contemplado, entonces y por primera vez la voz de Casio se atascó en la garganta y se dio cuenta de que sus ojos estaban encharcados. No emitió sonido alguno que delatase debilidad y nadie oyó el llanto, pero sus dedos rugosos se limpiaron las lágrimas que le corrían por las mejillas, manándole de los ojos enrojecidos, y la voz ya no acudió en su auxilio. Estaba conmocionado hasta tal punto, que sólo lograba mantenerse en pie. Nadie osó tocar a aquel hombre único, y nadie dudó que su hazaña acarrearía un alto precio, un sufrimiento profundo, y lloraba por sus amigos desaparecidos, por la indignidad de la traición, por los errores de Varus, que tantos otros legados habían advertido pero que nadie fue capaz de evitar.

Cuando el mensaje para el emperador finalizó, no eran pocos los que mostraban una mirada perdida. La terrible escena descrita por Casio caía sobre ellos como un halcón. Por fin los mensajes estuvieron transcritos, sellados y cerrados. Casio estampó su anillo en aquellos tres que iban dirigidos al palacio imperial. Después se despidieron. Lucio acompañó a los mensajeros con objeto de recordarles algunas recomendaciones y ante todo, aunque no hubiera querido reconocerlo, para desearles la mejor suerte.

Las puertas se abrieron en la fría y gris mañana. El viento cortaba como un cuchillo, pero los caballos salieron al trote. Desde las torres, divisaron cómo se alejaban hasta que desaparecieron. Ahora todos esperaban la llegada de las hordas de Arminius.

Lucio y Casio se empeñaron en eliminar toda la leña de los alrededores. Los troncos secos que resultaban demasiado pesados o alejados fueron hundidos en las

aguas del Lupia. Se repararon armas, se atendió a los enfermos y a los heridos, se fortalecieron las empalizadas, en las que no dejaron ni un pie sin inspeccionar.

Durante aquel día algunos supervivientes hablaron de una de las mayores masacres acontecidas en Teutoburgo. Dijeron que cinco cohortes enteras de la legión XVII habían resistido al pie de una colina. Los combates se multiplicaron y se habló de la aparición de un dios con forma de lobo. Los romanos contaban lo contado, deformando los acontecimientos hasta tal punto, que cuanto había sucedido parecía surgido de la imaginación de un niño aterrorizado. Los hombres-lobo eran del tamaño de árboles, y abatían árboles a su paso. Fue ante su aparición cuando varias cohortes abandonaron sus posiciones, víctimas del pánico que despertaban sus enemigos. Las hordas atacaron desde todos los flancos. La gran laguna al pie de las colinas se había inundado. Vertía el caudal de los arroyos por los despeñaderos en busca de los afluentes del Lupia. Los legionarios dijeron que aquella laguna se volvió roja cuando miles de romanos muertos en combate fueron arrojados a sus profundidades por orden de sanguinarios druidas que presenciaban la matanza; vieron cómo la espuma se volvía rosada durante todo un día, pues el agua bajaba de Teutoburgo teñida con la sangre de sus compatriotas.

Esa y muchas otras historias despertaron la atención de los hombres de Aliso, que creyeron llegada la hora de su último combate. No fueron pocos los que preguntaron por el maldito caudillo germano. Los relatos eran dispares. Algunos lo definían como un hombre de talla más que humana, otros decían que era uno de los gigantescos hombres-lobo que arrancaban los árboles a su paso. Los relatos ajenos a la leyenda pretendían mostrarlo como un astuto guerrero, pero la sola mención de su nombre despertaba el miedo; su fama crecía por días por todas las rutas fortificadas que Roma había abierto hacia el corazón de Germania, donde habitaban los clanes queruscos. Casio estaba completamente seguro de que la oleada de asedios no tardaría en comenzar.

Caía la tarde cuando una trompa sonó en la distancia, como la llamada de un ser lastimero y solitario que pedía el auxilio de sus congéneres. Volvió a sonar. Era una trompa germana. Después se hizo el silencio. El campamento entero pareció paralizarse ante aquella llamada de terror, que no obtuvo respuesta.

Apenas llegaban las últimas horas de luz bajo el cielo gris cuando la trompa volvió a sonar, más cerca. Le respondió otra, no tan lejana.

Y luego otra. Los legionarios aguardaban en silencio. Los vigías escrutaban la oscuridad, en la que habían dejado multitud de teas encendidas para vislumbrar la llegada del enemigo. Pero no sucedió nada, hasta que miles de antorchas se encendieron en un breve lapso de tiempo en la negrura de la llanura. Surgieron de la nada como un enjambre de luciérnagas rojas. Las trompetas romanas tocaron; comenzaba el asedio de las hordas germánicas.

Casio corrió hasta las empalizadas y trepó la tosca escalerilla. Una vez en el voladizo fue en busca de Lucio. Frontinus, el joven que le habían asignado como ayudante de campo, le seguía a todas partes como una sombra. Eran pocos los momentos que Casio dejaba vacíos en su infatigable actividad, pero habían sido aprovechados por el cadete para formularle toda clase de preguntas acerca del enemigo. Casio había despertado un sentimiento de orgullo entre los hombres del campamento. El prefecto de Aliso sintió admiración por el incombustible romano, por el hombre que había visto morir al verdadero heredero de Augusto tras ser pérfidamente herido en el asedio de Artagira, en las montañas de Armenia.

Casio Querea era el nombre de un héroe capaz de acometer desafíos militares imposibles, superando la adversidad por encima del apego a su propia vida. Frontinus, que era un cuidadoso observador, había anotado la forma de proceder del romano, siempre tan concentrado en la ejecución de sus maniobras, en los movimientos de los legionarios, pues parecía que su cabeza preparaba, igual que una máquina de guerra, el ensamblaje de nuevas estrategias.

El viento sacudía la capa merina que pendía de los hombros de Casio, las fuertes piernas tensas, los ojos clavados en el enjambre de antorchas que venía hacia Aliso como una marea de fuego escupida desde los abismos nocturnos. No tardaron en escuchar cantos inconexos y un coro de voces desordenadas.

—Vienen muy contentos —observó Lucio, acariciándose la pesada mandíbula.

—Comprender a un enemigo puede ser crucial para ganarle —pensó Casio sin apartar los ojos de las hordas—. Tenemos que convertir su seguridad en nuestra baza de triunfo.

—No les dejaremos acercarse.

—Todo lo contrario, Lucio —y esta vez Casio dialogó frente a frente con el prefecto—. Necesitamos servirnos de su estupidez. Necesitamos que nos crean inferiores, mucho más de lo que en verdad somos.

—Supongo que no dejarás que incendien las empalizadas —aseveró Lucio, incómodo.

—No son capaces de eso, sabes que necesitarían mucha leña y tendrán que ir lejos a buscarla.

—¿Y si ya la traen consigo? —inquirió Cazarratas.

—En tal caso no les servirá de mucho y habrá sido esfuerzo en vano —respondió Casio—. Dejemos que se aproximen y asestemos un primer golpe que se cobre muchas vidas. Ya nos sucedió durante la huida, están tan ebrios de victoria que descuidan todas las reglas básicas que los han conducido a ella. Su verdadero caudillo

es el que supo hacer uso de esas debilidades de Varus. Los demás son unos animales.

—Entonces sólo nos libraremos de la muerte si ese Arminius no viene al mando de las hordas, ¿es eso lo que quieres decir?

Cazarratas escupió al escuchar aquel nombre. Su mente rebuscaba en el pasado y no fue necesario demasiado esfuerzo para darse cuenta de que Arminius era aquel cerdo bárbaro que a poco lo despedaza en Panonia: era el desertor, el protegido de Paterculus.

—¿Arminius? —preguntó el centurión de pronto. Las conversaciones se interrumpieron y todos miraron a Cazarratas. Había oído muchos cuentos a lo largo de aquel día acerca de la batalla de Teutoburgo, pero aquel nombre no se había deslizado todavía en sus oídos; de pronto lo entendió.

—Conocí a ese Arminius, si es el mismo al que se refieren esos salvajes.

—Arminius, un querusco —aclaró Casio, sin inmutarse.

—El hijo de Segimerus *Cabeza-de-Lobo* —continuó Cazarratas.

—¿Hablas de Segimerus, el que presentó batalla a Cayo Sentio Saturnio? —preguntó Lucio—. ¿Lo conociste realmente?

Cazarratas se puso rojo y pareció raptado por recuerdos que le causaban dolor.

—Al menos cuando desertó se descubrió que no era otro sino el hijo de Segimerus, y la leyenda comenzó a circular desde los campamentos de Siga, donde un importante advenedizo, llamado Segestus, que era el padre de su novia, reveló la verdadera identidad de Arminius. Paterculus fingió no saber nada...

—O quizá nunca supo nada...

—¡Mentira! —escupió de pronto Cazarratas—. Claro que lo sabía, pero renegó de todo hasta el final. Yo siempre tuve claro que ese germano era un cerdo.

—¿Cómo era Arminius? —pregunto Frontinus.

—Un cerdo querusco como todos los cerdos queruscos, y te puedo asegurar que no es un gigante, yo mismo estuve a punto de estrangularlo con mis propias manos...

—¿Y por qué no lo hiciste? —la pregunta de Casio hirió a Cazarratas como un latigazo; había en ella un tono de desprecio que denotaba la desconfianza que siempre había sentido hacia la clase de soldados que representaba Cazarratas, hombres sin moral alguna y sin escrúpulos para los que la legión era una patria por encima de los intereses de Roma.

Cazarratas lanzó una mirada de odio a Casio.

—No sería tan despreciable guerrero cuando no pudiste con él —añadió Casio.

Incluso con las hordas acercándose, Cazarratas sólo deseaba romper la cabeza del arrogante Casio y escupir en sus sesos. Un legionario de Cazarratas vino en su ayuda.

—Ese Arminius fue tan traicionero con Cazarratas como lo ha sido con Varus. —No era otro sino el rostro cubierto de arañazos y contusiones del mismísimo Julius el que articulaba las frases en defensa de su inseparable compañero—. Su estilo es

atacar por la espalda y cuando menos te lo esperas, así es cómo nos venció tras ese asedio en Panonia. ¿Y crees que alguien nos hizo caso en la *Germánica*? Nadie, pues Paterculus admiraba a Arminius y Arminius recibió rápidamente la ciudadanía romana y el rango de tribuno de caballería.

—Así funciona el ejército de Augusto —añadió Cazarratas sin separar las mandíbulas—. Así de *bueno* es Augusto con los legionarios. Nos exige veinte años de servicios, nos paga una miseria y después eleva a los hijos de sus enemigos a la categoría de tribunos de caballería y les regala la ciudadanía romana. ¡Augusto es un cerdo corrupto!

Cazarratas echó mano de su gladio y al oír aquella frase el rostro de Casio arrugó un amargo desprecio.

—¿Cómo puedes atreverte a...?

—¿Y cómo puede Augusto atreverse a nombrar pro-pretor a ese inepto y asqueroso cerdo de Varus sólo porque se ha unido políticamente a su familia? Política, política, la política de Roma y sus senadorcitos y los hijos de sus senadorcitos... Malditos asquerosos, ¿dónde están ahora mis hombres? ¡Muertos! ¡Todos muertos!

Casio respiró profundamente tratando de mantener la calma.

Lucio intervino.

—Ya basta, ¡basta! —gritó—. Ese Arminius estaría realmente contento de ver cómo nos sacamos la piel a tiras.

—Sí, dejemos eso para más tarde —espetó Cazarratas—. Soy un veterano, y merezco cierto respeto. El ejército entero tiene derecho a sentirse asqueado ante las decisiones de un emperador que envía sus legiones al matadero bajo el mando de un inútil con cabeza de perro...

—Tendrás que responder por lo que has dicho —aseguró Casio.

En ese momento se dieron cuenta de que las hordas ya se acercaban al río y lo cruzaban. Las cornetas romanas tocaron y anunciaron lo que todos sabían.

—Ha llegado una nueva ocasión para que te encuentres con tu amigo —añadió Casio, mientras pedía a Lucio que le siguiese—. La empalizada ya no va a ser un lugar seguro. Aquí arriba nos pueden alcanzar y conozco a esos arqueros márseros. Tienen buena puntería.

—No son márseros —aseguró Lucio—. Esas hordas son brúcteros, los conozco, sé cómo aúllan y no son márseros. Y los brúcteros nos odian desde hace tiempo, ya sabes que estamos en sus territorios. Atacaron Aliso hace meses.

—Lo recuerdo —corroboró Casio—. La noticia fue recibida con indignación en Mattium.

—Y no sólo la noticia —añadió Cazarratas descendiendo por la escalera de la torre vigía.

—También las cabezas de algunos legionarios llegaron a Mattium como presente de los jefes brúcteros, provocando a Varus —añadió Julius.

—Lo tenían bien planeado. Querían que Varus se precipitase hacia el oeste para cogerlo desprevenido.

Abandonaron el pie de la torre vigía y descendieron por la escalera. Cazarratas y Julius desaparecieron entre los grupos de arqueros que empezaban a apostarse a los pies de la empalizada.

—Incluso los que no saben manejar un arco harán blanco en el enemigo si les dejamos que se acerquen. ¡Apagad esas antorchas! —gritó Casio.

—Deberíamos ordenar una carga de *pilla* —propuso Lucio.

—Sí, una carga *de pilla* para hacerlos picadillo y el disparo de todas las máquinas al mismo tiempo, y cuando se sientan confundidos abrimos las puertas.

—Y cargamos a toda fuerza con caballos y lanceros, con las unidades más pesadas.

Se separaron y corrieron en busca de las dos torres vigías en los extremos del cuadrado, seguidos de varios centuriones que se encargarían de transmitir las órdenes. Casio le pidió a Frontinus que ocupase su lugar y que vigilase. El mismo fue en busca de su caballo y se puso al frente de la caballería.

Escucharon cómo las hordas se aproximaban. Ya habían cruzado el río y la infernal algarabía creció. El ataque se concentraba contra ellas. Las primeras antorchas fueron clavadas en la empalizada con objeto de incendiarlas, pero la madera había sido humedecida previamente con muchos galones de agua tanto por dentro como por fuera. Los contrafuertes gruñeron cuando el grueso de la horda se agolpó al otro lado, mugiendo como un gigantesco toro. Arrojaron cuerdas y los primeros usurpadores ya se encaraban al muro para invadir el campamento.

Frontinus miraba con los ojos muy abiertos cómo aquella caterva corría y empujaba largos troncos a modo de arietes. Se dio cuenta de que la teoría podía ser muy atractiva, pero la realidad era bien diferente. En cuanto escuchó los gritos desaforados y vio las miradas de odio, las greñas sueltas y las largas coletas, los rostros pintados de los brúcteros, pensó que todo el plan se vendría abajo. La marea llegaba hasta donde alcanzaba su visión nocturna en una noche sin luna punteada por miles de antorchas. Frontinus sintió pánico. Pensó que la alta torre se vendría abajo de un momento a otro ante el ímpetu de aquella fuerza. Los germanos se agolpaban y empezaban a trepar por los muros, lanzaban hachazos contra la empalizada, la atormentaban con sus arietes, trataban de prenderle fuego con sus antorchas. El caos hormigueaba allá abajo y temía que el campamento fuese barrido por la vociferante marea de germanos.

Miró detrás y descubrió filas y filas perfectamente dispuestas a lo largo de la empalizada, cientos de arqueros y legionarios que empuñaban ansiosos sus *pilla*,

listos para obedecer las órdenes de Lucio.

Los germanos, confiados, iniciaron una oleada de galopes y docenas de trepadores lograron encaramarse a lo alto de la empalizada. Algunos ya habían alcanzado el voladizo que la recorría por detrás, cuando la voz de Lucio atronó a sus centuriones y la orden esperada se propagó implacablemente.

Aquel germano que se había encaramado a lo alto de la empalizada desorbitó los ojos al ver lo que le esperaba un instante antes de ser alcanzado por varias flechas. Lo mismo le ocurrió a otros intrépidos, pero no fue lo peor. La primera nube de flechas y *pilla* se cobró muertes en un porcentaje sorprendentemente elevado. Los gritos de dolor y las injurias se multiplicaron. Algunos alzaron sus escudos a tiempo, otros retrocedieron con graves heridas.

El segundo grito de Lucio provocó otra nube de flechas y *pilla*, y además accionó, tal y como habían planeado, el disparo de las máquinas de guerra desde una mayor distancia, para mortificar a los que se situaban en segunda línea del asalto. Frontinus escuchaba el siseo de unas aves invisibles, el zumbido de los grandes proyectiles, la pesada caída de las piedras. Y se dio cuenta de que el ejército germano sucumbía en medio de un terrible caos. Los que lograban abrirse paso y trepar la empalizada eran abatidos por los arqueros desde el otro lado, sin poder llegar a luchar, y el grueso de las fuerzas enemigas sufría la caída de los proyectiles pesados.

El tercer grito de Lucio provocó la carga y Frontinus ya no tuvo dudas de que la batalla se había transformado en un victorioso comienzo. Los germanos retrocedían maldiciendo y agitando sus antorchas. Los jefes ordenaban retirada y las piedras y los grandes lances de las balistas iban en su busca. Fue el momento del fuego: unos proyectiles recubiertos de resina que las catapultas arrojaban a discreción. Las líneas pasaban entre las torres como péndulos en llamas que estallaban al caer, impregnando de fuego a todos los enemigos que tocaban o abatían.

Una cuarta orden no provocó la lluvia de flechas, pero las puertas se abrieron de pronto hacia adentro. Los germanos alzaron sus armas. Y Frontinus vio cómo los *hastatii* se abrían paso a lanzadas ensartando a cientos de germanos y rematando a cuantos encontraban heridos a sus pies, mientras por detrás entraban los escuadrones de caballería, a cuya cabeza iba Casio Querea. La carga fue discreta pero eficaz, y recorrió el pie de las empalizadas, donde no eran pocos los que se refugiaban de los proyectiles romanos. Allí las lanzas y los gladios los acosaban y les daban muerte sin compasión. La defensa era digna de la tradición militar de Roma, apenas contaban con bajas y estaban infligiendo un severo castigo a sus enemigos.

Las puertas traseras del campamento se abrieron tal y como habían planeado y los primeros jinetes empezaron a entrar. Casio Querea no estaba entre ellos. Frontinus lo había perdido de vista cuando se aventuraba a lo largo de la empalizada oriental seguido de otros jinetes. Mientras tanto, el joven pudo apreciar cómo una parte de los

hastatii empezaba a replegarse y otra rodeaba la empalizada rematando a cuantos encontrasen heridos en el camino. Los cadáveres sembraban la noche hasta donde alcanzaba la luz. Muchos de los legionarios que recorrían el pie de la empalizada recogían cuantos *pilla* podían y cargaban de vuelta con ellos.

Poco tiempo después las puertas traseras se cerraban y las principales permanecían vigiladas por un centenar de *hastatii* que recogía armamento arrojado durante las cargas anteriores. En ese momento varios jinetes emergieron de la oscuridad. Uno de ellos parecía gravemente herido. Los otros le ayudaban y tiraban de cuerdas que arrastraban a seis prisioneros atados de pies y manos.

Cuando aquel cortejo penetró en el campamento escucharon la orden de Casio y los *hastatii* comenzaron a replegarse. La recolección de armas aún continuó unas horas más. Algunos germanos se aventuraban de pronto en busca de los legionarios, pero no lograban infligir daños graves. La mayor parte de la horda se había concentrado detrás del río y parecía deliberar. Estaban desconcertados. Frontinus supuso que carecían de un jefe que dirigía la batalla, por lo que imaginaba empezaban a culparse unos a otros del desastre. Imaginó que Arminius no había estado al mando de aquel asalto.

Por fin se atrevió a ponerse en pie junto a uno de los vigías. Hasta ese momento había espiado como desde lo alto de un mástil en un bajel que se enfrenta a una tormenta. Ahora disfrutó de la vista. Los gritos de los heridos remolineaban alrededor de la torre. Las antorchas mostraban cientos de cadáveres, algunos de ellos amontonados junto a la puerta principal del campamento. Docenas de fuegos se habían encendido entre los octetos de Aliso y muchos legionarios arrojaban cubos de agua a la empalizada o reparaban daños menores. Un gran número se reunía alrededor de los prisioneros.

Frontinus casi perdió el equilibrio al tratar de bajar. No quería perderse detalle. El ajusticiamiento de los enemigos sería terrible. Hacía tiempo que no presenciaban juegos, y sin lugar a dudas aquello sería mucho mejor. Logró abrirse paso hasta los centuriones sólo porque decía ser el ayudante de campo de Casio Querea.

Se situó detrás de los prefectos. Casio se volvió y clavó en él una mirada pensativa.

—¿Tienes algo que contarnos?

Frontinus no supo qué responder cuanto todos los mandos de Aliso lo miraron. Se sintió insignificante. Pero Casio Querea requería su punto de vista, le había pedido que fuera sus ojos allá arriba.

—El enemigo ha retrocedido tras el río, Casio —respondió el joven con aplomo—. Aliso ha vencido.

III

Después de las manifestaciones de júbilo que recorrieron las filas de legionarios, no fueron pocos los que exigieron la muerte de los prisioneros. Aguardaban tirados en el suelo, magullados, maniatados, pero conservaban miradas desconfiadas e intercambiaban comentarios en su propia lengua. Uno de ellos parecía disponer de cierto rango por encima de los demás y los exhortaba con palabras de ánimo. Y eso ocurrió hasta que Cazarratas dio unos pasos decididos y levantó el gladio ensangrentado dispuesto a dar muerte. Casio se interpuso recurriendo a su propia arma.

—Estos prisioneros han sido capturados por Casio Querea —advirtió. Y de pronto una inmensa ira difícilmente contenida estalló en su boca—. ¡Casio Querea!

Se hizo el silencio alrededor.

—Este centurión es un superviviente de Teutoburgo. Vino conmigo desde allí —gritó—. Vino a mis órdenes. Quiero que lo sepáis. Este centurión me pertenece. Está bajo mi mando. —Giró sobre sí mismo, arengando a los legionarios que presenciaban la escena—. ¿Desde cuándo los centuriones se interponen al juicio de un prefecto? ¿Desde cuándo no son azotados por sus insolencias?

Cazarratas hizo caso omiso y alzó su espada.

Casio golpeó el rostro de Cazarratas con el puño. El centurión retrocedió conmovido, sangrando abundantemente. Cazarratas se encaró dispuesto a combatir cuando varios legionarios, a una señal de Lucio, le apuntaron con sus lanzas, cercándolo.

Casio respiraba entrecortadamente, furioso, deseando dar la orden y despellejar vivo a aquel insurrecto. Le bastaba todo lo que había oído y la mitad de lo que había hecho para justificar su muerte.

Uno de los germanos comenzó a reírse de ellos. Primero lo hizo levemente y después a carcajadas. Casio se dirigió a él y lo contempló. Alzó el gladio y lo decapitó de un mandoble. La cabeza rodó a los pies de Cazarratas. El jefe germano se quedó mirando los ojos vacuos de su compañero, ensimismado.

—Te ha salvado la vida —murmuró Casio mirando a Cazarratas—. Encerrad a los prisioneros en la cárcel del pretorio, y en otro lugar encerrad a este centurión. Que ninguno de ellos reciba agua o comida, y queda prohibido que ese centurión sea visitado por sus compañeros. Ha insultado el nombre de Augusto y los altos mandos decidirán si debe ser castigado con la muerte o de cualquier otro modo. Yo soy testigo de sus insultos y Lucio también.

Nadie se atrevió a mover un dedo en contra de Cazarratas.

Tomaron a los prisioneros y tiraron de sus cuerdas. Detrás, los lanceros echaron

una mirada compasiva a Cazarratas. Éste dio media vuelta y renqueó tras los germanos, seguido por la guardia escogida; en ningún momento fue maniatado ni se le quitaron sus armas o condecoraciones.

El viento soplaba con fuerza y abrió un claro en el cielo, en el que se insinuó, vagarosa, una luna de plata cuyo filo recortaba a su paso pardos vellones tormentosos. La luz mortecina se extendió sobre el paisaje. Las nemorosas colinas de los alrededores semejabán un rebaño de criaturas adormecidas. Las praderas se extendieron, grises y lóbregas, hostiles patrias barridas por el viento.

Casio contemplaba el campo de batalla, moteado por cientos de cadáveres. La cinta del río se destacó no muy lejos. Los campamentos del enemigo fueron manchas más pardas que las grises praderas en las que titilaban los fuegos nocturnos. Todo ello se reflejaba en sus ojos, que Frontinus escrutaba como si de la visión de un semidiós se tratase.

Lucio vino al puesto de vigilancia protegiéndose del viento. Las capas aleteaban en sus espaldas.

—¿No había un lugar más acogedor para reunimos? —protestó Lucio, sentándose junto a Casio.

—Hay demasiados oficiales y centuriones en el pretorio y no quiero que nos oigan. Frontinus, por favor, déjanos solos.

El joven retrocedió y descendió por la escalera. Hasta que no se encontraron completamente solos, Casio no pronunció palabra alguna. El viento ululaba en los mástiles de la torre vigía. Allá arriba destacaba la forma enhiesta de un centinela. El perfil de su casco se recortaba contra las penumbras del cielo.

—La luna ha escapado de su cárcel, Lucio.

Lucio miró con indiferencia el disco amarillento.

—No tardará en ocultarse. Con este tiempo... —respondió prosaicamente el prefecto de Aliso.

Pasó algún tiempo en el que la única voz que oyeron fue la del viento.

—Eso que has hecho, Casio, estaba justificado, pero ha sido muy peligroso —reconoció Lucio—. Podrías haberte enfrentado a un levantamiento. Muchos de esos fugitivos aman a Cazarratas, aman a su centurión.

—Lo sé, pero hay momentos en los que no se puede hacer nada mejor. Iba a matar a esos prisioneros.

Lucio arrugó sus facciones con un gesto de condescendiente protesta.

—Eso es precisamente lo que hiciste tú.

—Tenía planes para esos prisioneros, y sigo teniéndolos. Si Cazarratas hubiese dado muerte a su antojo a uno de ellos, el resto habría sido pasto de las espadas en pocos segundos. No me tomé la molestia de cazarlos para que ellos diesen satisfacción a sus instintos. Me costó un hombre darles caza. Uno de ellos es el hijo

de un jefe, lo sé.

—¿Y qué quieres con eso?

—Quiero que entiendan que están en el ejército romano, y que hay que obedecer a los superiores.

—Te he apoyado porque tenías razón, pero ya te digo, esos centuriones son poderosos.

—Tuve que matar a ese germano porque estaba poniéndonos en ridículo. No podía enviar a un centurión a una celda y dejar que el germano se burlase de todos nosotros ante el campamento entero. Creo que era necesario para que los legionarios continuasen respetándome.

—Así visto, pues sí. Pero sigue siendo una situación poco agraciada. ¿Y qué quieres con esos prisioneros?

—Los jefes han decidido cercarnos y esperar más refuerzos. Dejarán que el hambre haga el resto.

Lucio asintió y añadió:

—Y no tenemos demasiadas reservas, esa es la verdad, somos muchos.

—Cuentan con eso. Para ello quiero que dejemos a los prisioneros en un lugar desde donde puedan vernos entrar y salir de los graneros. Fingiremos que desplazamos muchos sacos de grano, después les dejaremos partir para que les digan a sus jefes lo que han visto, y que así cuenten con un asedio largo y duro fuera de sus hogares.

—No es mala idea. ¿Y Cazarratas?

—¿Qué opinas?

—Creo que deberíamos liberarlo en un par de días, que aprenda la lección, aunque la verdad es que ese no aprenderá jamás —aseveró Lucio—. No es buena idea dejarlo ahí demasiado tiempo, sus compañeros se rebelarán y no quiero mayores problemas. Ya tenemos bastante con los germanos. Que sientan que eres magnánimo.

—He sido demasiado magnánimo con ese hombre. Es incorregible. Pero tienes razón, me parece lo más conveniente, lo soltaremos.

Durante los siguientes días los germanos continuaron ampliando el círculo, pero no se aproximaron al campamento. No aparecieron grandes contingentes. Los vigías atisbaron el horizonte, temerosos de la irrupción de grandes hordas. Pero tal y como suponía Casio, la mayor parte de los germanos había regresado a sus hogares en el norte o se esparcía por Germania en busca de otros puestos de vigilancia romanos. El alimento escaseaba y apenas alcanzaría para una semana, pero interpretaron la comedia ideada por el prefecto, y dejaron desfilar a muchos legionarios que parecían cargar con sacos de grano por delante de la cárcel del pretorio.

Hicieron aquello durante tres días. Después liberaron a Cazarratas, a quien se le permitió comer durante su cautiverio; dos días más tarde, por la mañana, Casio

mandó que los germanos abandonasen la cárcel y fueran reunidos junto a las puertas principales.

Un gran gentío se agolpó allí para presenciar la ejecución. Todos esperaban que fuesen muertos a latigazos. Los germanos fueron arrojados en medio del círculo. Los prefectos los miraron con severidad.

Cazarratas había recibido instrucciones de Lucio, quien se proponía restablecer el honor del centurión y con ello devolver la calma al ejército. Lo que no sabían es que el propio Casio había decidido aquel plan hasta el final.

Cazarratas se sirvió de una pesada hacha germana que habían adquirido en el campo de batalla. Tomaron a uno de los prisioneros y lo arrodillaron. Fue necesaria la intervención de Julius y de otros legionarios de tez oscura que tanto aprecio tenía por el veterano centurión.

Cazarratas escupió sin mirar a la primera víctima.

—¿Quieres ser libre? —preguntó al germano—. ¿Libre? ¿Quieres ser libre?

Repitió aquella pregunta cosechando un coro de risas y escarnios. El brúctero miró desafiante al centurión, tratando de adivinar cómo le daría muerte y deseando que fuese rápida.

Cazarratas empuñó el hacha, la alzó y la descargó sobre el grueso tocón de leña al que habían atado las manos del cautivo.

—¡Ya eres libre! —El grito del centurión fue distorsionado por un alarido de dolor.

Las manos seguían atadas al tocón. Pero el germano sacudía los brazos mientras la sangre le brotaba de las muñecas cercenadas.

Un gran júbilo se desató entre los legionarios. Cazarratas intercambió una mirada con Lucio. Varios miembros de la guardia del prefecto se llevaron al prisionero y le hicieron torniquetes en los brazos.

Lo mismo les sucedió a los demás cautivos, uno tras otro, hasta que al final fue el cabecilla el que tuvo que sufrir la mayor vergüenza; ya antes de perder sus manos gritaba y se rebelaba contra el ajusticiamiento como si hubiese sido poseído por la rabia de un perro del infierno.

Después abrieron las puertas y los empujaron a patadas. Una vez fuera, huyeron en busca de los germanos. Desde la torre vieron cómo se reunían con unos jinetes y cómo éstos les ayudaban a cruzar las aguas crecidas del Lupia. Escucharon gritos furibundos. Desde allí uno de ellos comenzó a increparlos con las peores palabras que conocía. Escupía furia y fue necesario que otros compañeros lo retuviesen para que no cargase en solitario contra Aliso. Por su aspecto, Casio supuso que se trataba del padre de aquel cabecilla.

Al caer la tarde los ataques comenzaron por primera vez después de aquellos días. Los germanos se sentían provocados. Además, debido a los relatos de los prisioneros,

ahora creían que los romanos disponían de muchas reservas, lo que les hizo perder la paciencia. Casio confiaba poder debilitarlos de nuevo. Pero los asaltos fueron selectivos, y casi siempre se trataba de jinetes que aparecían de pronto en las tinieblas y arrojaban una lanza por encima de la empalizada por el lugar más insospechado. Esta táctica no logró grandes objetivos, aunque los romanos se vieron obligados a trasladar varias filas de octetos hacia el centro, fuera del alcance de las jabalinas brúcteras, y dos legionarios resultaron heridos de gravedad en el transcurso de uno de los ataques.

Finalmente se impuso el criterio de la espera, y los ataques dejaron paso a una aparente indiferencia durante los siguientes días. Varias hogueras delataron los funerales de los druidas en medio de la noche. Eran fuegos que se encendían repentinamente en la oscuridad lunar, grandes llamas que se desvanecían como si en su ignición los espíritus emprendiesen un largo viaje al más allá.

Llegó una mañana neblinosa. Era como un muro gris que reptaba por el valle. No podían ver a más de cinco yardas alrededor. El campamento fue alertado. La quietud les hizo sospechar, hasta que de pronto un gran fuego se encendió al pie de la empalizada. Las llamas brotaron con rapidez, impregnadas quizá con el jugo de numerosas resinas o los aceites con que los druidas incendiaban las hogueras funerarias. Las llamas treparon de pronto y empezaron a devorar la base de la empalizada.

Casio ordenó que los arqueros dispararan una salva tras otra contra la niebla. Después organizaron cadenas de hombres que se pasaban cubos de agua de mano en mano, hasta que una lluvia de jabalinas surgió de la niebla y cayó sobre ellos. Varios legionarios fueron ensartados por aquellas puntas de hierro y se retorcieron junto a las llamas. Como no podían dejar que el fuego progresase, continuaron trayendo agua y disparando salvas de flechas, pero las jabalinas vinieron y mataron. Un nuevo fuego estalló en el extremo opuesto del campamento. Varios germanos lograron trepar a la torre vigía e iniciaron una lucha en lo alto. Las flechas lograron abatirlos y sus cuerpos cayeron al vacío, pero el fuego trajo jabalinas y frámeas, como habían planeado, y esta vez eran los romanos los que llevaban la peor parte.

Las horas que tardó la niebla en empezar a disiparse fueron largas y duras, y contaron un total de treinta y siete muertos. Las empalizadas habían permanecido intactas. Cuando un sol velado comenzó a iluminar las praderas iniciaron las tareas de fortalecimiento de las zonas quemadas. Pero los germanos les habían demostrado que podían cobrarse muchas vidas y que un enemigo repentino, la niebla, podía traer la ruina a Aliso en menos de un día.

La seguridad los abandonó y las provisiones escasearon. Se acercaba el momento de planear una retirada en busca de los cuarteles del Rhenus. Tenían la esperanza de encontrarse con las legiones de Lucio Nonius Asprenas por el camino, aunque

también era probable que se hallasen muy lejos, defendiendo los puentes del gran río de una nueva invasión comandada por Arminius y las hordas queruscas. De cualquier modo, Casio pensaba que la niebla acabaría con ellos a no ser que fueran capaces de aprovecharla para escapar. Había llegado la hora de renunciar a la plaza fuerte de Aliso.

Los debates se sucedieron y Casio trató de convencerlos por todos los medios. Finalmente se organizó una retirada y todo estuvo dispuesto para abandonar el campamento lo más silenciosamente posible. Varios rastreadores lograron entrar y salir de la fortaleza durante las siguientes noches. Se dieron cuenta de que los germanos no guardaban turnos regulares de vigilancia, de que la horda contaba con advenedizos y con bandas que iban y venían, con lo que podrían aprovechar la desorganización de su enemigo para escapar. Establecieron una ruta, dado que el anillo de los sitiadores era irregular y dejaba grandes espacios abiertos. Sería cuestión de suerte que la columna fugitiva no se encontrase con patrullas de cazadores.

En los últimos días entró un frío riguroso, y el cielo comenzó a cubrirse. Finalmente la niebla creció antes del amanecer. Reptó por el valle y las praderas desaparecieron alrededor. Casio se dio cuenta de que había llegado la hora esperada.

En el más absoluto silencio con el que pueden movilizarse dos mil hombres, mujeres y niños, se inició la maniobra. Las puertas se abrieron y la formación se puso en marcha rumbo al sur. Casio controlaba a caballo la primera mitad de la columna. Les parecía que se adentraban en un mundo gris, desolado. Cada arbusto y cada sombrío cinturón de árboles emergía repentinamente de la bruma como si ocultase docenas de enemigos. El aleteo de un pájaro solitario bastaba para agitar sus corazones.

Las torres de Aliso desaparecieron rápidamente, con sus muñecos apostados en ellas, para despistar a sus vigilantes durante el mayor tiempo posible. Casio escuchaba los ruidos de las armaduras, el entrecuchar de algunos metales, el rumor que despertaban todos aquellos pasos a pesar de lo esponjoso y húmedo de la hierba que pisaban, y se preguntaba cuánto tiempo tardarían los enemigos en darse cuenta de su presencia. Tenía la esperanza de que iniciaran otro ataque despiadado contra la empalizada.

Casio detuvo el caballo al ver una sombra en la niebla. Era demasiado pequeña como para tratarse de un hombre. Desenfundó la espada, pero no ordenó a la columna que se detuviese, consciente de que paradas y puestas en marcha ocasionaban muchos ruidos inesperados que en aquella delicada situación serían adversos a su suerte.

Se movió lentamente. Los pesados pasos del caballo eran amortiguados por la tupida hierba. La sombra se detuvo, no muy lejos. Casio continuó avanzando, los ojos fijos, tratando de perforar la densa bruma.

Se acordó de las leyendas que rodearon las campañas de Drusus. De aquella aparición de una diosa bárbara en las orillas del Albis, que advirtió al legado imperial que jamás iría más lejos. De las visitas de criaturas extrañas en los campamentos de

Locorum. Pero todo aquello eran supersticiones, cuentos de legionarios asustadizos, no podría tratarse de otra cosa...

En ese momento la imagen emergió de la bruma. La frente de Casio estaba perlada de sudor. La humedad hacía que sus cabellos colgasen empapados bajo el casco. Las gotas se abrían paso entre las profundas arrugas, marcadas por los esfuerzos de las últimas semanas, entre un duro inicio de barba que demarcaba su rostro como un barboquejo natural. Aferraba el gladio dispuesto a dar muerte.

Allí delante apareció la imagen de un enérgico anciano. Se arrugaba sobre su espalda y su brazo reposaba en el muñón de una larga raíz que usaba como bastón. Sus cabellos húmedos colgaban largos, mugrientos, su barba blanca era larga e hirsuta. Vestía un sago negro que no parecía haber sido humedecido por la lluvia, y sus ojos le hipnotizaban como un ave de presa. Extendió los brazos y abrió la boca como si fuera a lanzar un grito de advertencia o una señal.

Casio blandió el acero y acicateó el caballo, pero el animal vaciló, piafó acobardado y por poco lo arroja al suelo. Viendo que el caballo se negaba a seguir, desmontó y fue hacia la espantosa figura. Los ojos del hechicero parecieron ahora pozos ciegos, fragmentos de un cielo cerúleo y profundo que lo traspasaban. Pero Casio continuó corriendo, dispuesto a cercenar su cabeza aunque fuese lo último que hiciese.

Iba a asestar el mandoble letal, cuando la imagen del anciano cambió. Las manos abiertas desaparecieron y la mancha negra se transformó y trotó ágilmente a su derecha. No podía ser real lo que veía: el lobo negro se detuvo a suficiente distancia, observando la desesperación y el jadeo del prefecto.

—No puede ser... maldición... no es cierto... —murmuraba el romano entre resuellos.

En ese momento el lobo negro desapareció sin mayor esfuerzo en los espesos cendales de niebla. Un aullido tétrico y largo cruzó los ámbitos del cielo, y se quedó flotando lánguidamente hasta extinguirse.

En ese momento varios caballos trotaron pesadamente alrededor. Casio alzó la espada. De pronto, las siluetas de Frontinus y del centurión Camillo Pisón emergieron, llevando las riendas del caballo de Casio.

—¿Estás bien?

—Sí... —respondió el romano—. Creí ver algo...

Montó su caballo, sin dejar de lanzar suspicaces miradas a su alrededor, como si de un momento a otro una horda de hombres-lobo fuera a abalanzarse contra ellos.

—¿Alguna señal? —preguntó a sus preocupados compañeros.

—Casio, ¿no has oído el aullido de ese lobo?

Por supuesto que lo había oído, pero no quería preguntar directamente por el mismo, no fuera cosa que hubiese perdido el juicio momentáneamente.

—No... —mintió, restando importancia al asunto—. Me refiero a otra clase de señales. Los aullidos de lobos son comunes en estos páramos. Sigamos.

Nada sucedió. La niebla les ofreció el mejor amparo que podían esperar. Habían recorrido varias millas y las praderas se abrieron después de zigzaguear entre colinas densamente pobladas de árboles. El gran valle del Lupia descendía a partir de allí con fluidez y suavidad. Sólo necesitaban pasar desapercibidos y no ser atacados desde los altos de los alrededores. Casio había temido un ataque devastador, oculto en las sombras, pero los bosques parecían desiertos. Salvo unas manadas de gamos que huyeron despavoridos al descubrirlos, nada más se cruzó en su camino. Estaban suficientemente lejos, cuando un sonido se elevó detrás de ellos, delatando lo que tarde o temprano sucedería. Las trompas de los germanos bramaron en la distancia.

Había caído la noche y la niebla se aclaraba. Casio y otros de sus rastreadores galoparon hacia una elevación del terreno. Desde allí otearon la distancia, y a medida que ascendían descubrían que las nubes, en el norte, estaban siendo iluminadas desde abajo por un gran resplandor anaranjado. No lograban ver las llamas, pero el humo ascendía delatoramente: los brúcteros ya habían descubierto la huida y prendían fuego a Aliso.

—Informa a Lucio y a todos los centuriones, a partir de ahora debemos caminar mucho más rápido y hay que formar en cuadro. Los jinetes nos alcanzarán esta misma noche —aseguró Casio, volviendo a la columna. Frontinus galopó junto a la hueste lanzando hostiles miradas a la completa oscuridad que los rodeaba.

Algún tiempo después los centuriones ya habían creado el cuadro de avance, una robusta estructura en movimiento que podría resistir varios embates. Casio estaba seguro de que alcanzarían los campamentos de Vetera a la mañana siguiente si las hordas no habían incrementado su número y si continuaban careciendo de líderes con verdadera formación militar.

El sonido de las trompas fue acercándose. Las partidas de cazadores pisoteaban sus huellas y galopaban hacia ellos. Poco tiempo después las llamadas de varias cuernas germanas estallaron alrededor, muy cerca.

Corrían por las estepas, rodeados del zumbido del viento, cuya sombra huía agitando un mar de hierba alrededor. Las nubes dispersas se apresuraron y una luna errante iluminó débilmente el paisaje desolado, donde las nieblas húmedas arrastraban los lamentos medio disipados de los lobos.

Casio creyó descubrir, allá en lo alto, la aparición de una línea roja, una estrella fugitiva que, como hacían ellos en la tierra, se escapaba del firmamento, y se preguntó si el augurio anunciaba un final trágico para todas sus luchas.

La aparición de los jinetes germanos a la incierta luz de la luna ensombreció todavía más el ánimo de los fugitivos. No eran pocos los que iniciaban galopes repentinos y arrojaban sus jabalinas contra los legionarios, causando algunas bajas.

Hubo varios intentos por parte de aquellos cazadores, pero se vieron frustrados por la rápida intervención de los arqueros romanos y el lanzamiento de sus *pilla*. A menudo los cuerpos bravos de sus enemigos caían ensartados en la hierba, y los romanos tenían oportunidad de leer los extraños símbolos con que tatuaban sus pechos descubiertos a pesar del frío. Los más vengativos se inclinaban y cortaban sus manos, para enfurecer a sus familiares, pues sabían que los druidas consideraban aquel sacrilegio una forma ritual para inutilizar las armas de los bárbaros, empuñadas por los hermanos de los que así habían sido castigados.

Pero Casio sabía que aquello no podría durar demasiado; los jinetes trataban de poner freno a su fuga a la espera de contingentes mucho mayores. La noche los obligaba a caminar contra el viento cuando las rachas cambiaron. Veían los perfiles de las nubes de tormenta, tenuemente iluminados por el macilento resplandor lunar, enmarcando negras sombras cargadas de agua, lampos estallando en el lejano norte. Los resplandores recorrían fugitivamente el ondulado horizonte.

No había pasado mucho tiempo cuando escucharon gritos traídos por el viento y un clamor de trompas germanas. Los jinetes se alejaron aullando y alzando las armas, y Casio vio cómo los altos de unas lomas se recubrían de cambiantes formas humanas, cuando un resplandor estallaba en el horizonte, iluminando las estelas de nubes del otro lado. Eran cientos de caballos, una fuerza suficientemente numerosa como para cargar contra el cuadro de apenas cuatro cohortes, y despedazarlo. Cientos de antorchas comenzaron a arder, una tras otra, punteando la tenebrosa colina, desde donde se avecinaba una poderosa carga.

Casio buscó a Lucio. Lo encontró rodeado de desconfiados centuriones.

—Si no vienen del otro lado habrá que enfrentarlos aquí mismo. Formaremos a legión —ordenó Lucio.

Casio asintió sin mayores palabras. La formidable disciplina romana maniobró en medio del zumbido del viento. Los frentes se organizaron fragmentando las líneas, dispuestos a dejar que la carga penetrara en su terreno para después ensartar a cuantos se hallasen a su alrededor. Una reserva especialmente numerosa aguardó al final del casillero chirriante y metálico que creaban las decurias de legionarios, protegiendo a heridos, mujeres, niños y carros de víveres. Los escasos escuadrones de caballería cubrieron los extremos del frente. Las trompetas romanas empezaron a tocar y a intercambiar llamadas. Los portaestandartes esgrimieron sus símbolos con orgullo, y todos quisieron morir como hombres de su ejército, y recordaron la vergonzosa derrota de la emboscada de Varus. Allí, en campo abierto, ofrecerían una resistencia digna de Roma.

Casio aguardaba sin apartar los ojos de las lomas grises a la incierta luz de la luna. Podrían ser mil caballos germanos. Eso les confería una fuerza casi imbatible, descendiendo a galope tendido por las laderas. La fortificación en tortuga de las

unidades era crucial, la resistencia sería la clave del primer embate. Si lograban tenerse en pie y sostener la posición podrían presentar batalla.

De hito en hito daba órdenes y volvía la cabeza hacia las lomas. Las luces se multiplicaban. Había grupos dispersos, clanes de brúcteros que habían acudido desde las inmediaciones del valle para dar muerte a los que habían sido sus señores durante muchos años.

La situación se complicaba.

Escuchó la lejana llamada de los bronceos romanos. El viento la arrastraba y debilitaba.

El ataque iba a empezar de un momento a otro. Hubo un desprendimiento de luces rojas. Varias ruedas incendiadas comenzaron a descender envueltas en llamas. Algunas lograban sortear los montículos de hierba y llegaban hasta los legionarios. Otras se detenían y se quedaban ardiendo allí delante. Casio supuso que no las estaban utilizando como arma, sino que se trataba de alguna clase de ritual de los sacerdotes brúcteros para librar del peligro a sus guerreros o para hacerles creer que los caballos contarían con mejor suerte.

Las sombras se deslizaron raudas colina abajo.

—¡Ataque! —gritó Casio desafortunadamente.

La voz luchó en vano contra el viento, apoyada por los gritos de los centuriones. Las tortugas se cerraron, las trompetas continuaban resonando cada vez con más fuerza. Los primeros caballos aparecieron contra la claridad agrisada de la ladera. Transcurrieron unos granos de arena y el galope retumbó junto a ellos antes de producirse un violento impacto. Las mazas y hachas se descargaban contra los escudos imperiales. Los gritos salvajes llenaron el viento de ira. Los germanos cargaron y muchos de sus caballos saltaron por encima de las barreras que creaban los legionarios agachados tras sus defensas. Poco después los centuriones daban la orden y cientos de lanzas surgían al desmontarse las tortugas y ensartaban por igual bestias y hombres.

Casio inició un galope en busca de los germanos que trataban de llegar hasta las últimas filas, cuando el sonido de los metales romanos le confundió, llegando desde la lejanía. Fue al trotar alrededor del campo de batalla cuando vio en la lejanía antorchas encendidas formando una interminable hilera que se perdía en el valle.

Se volvió y gritó como loco:

—¡Tiberio! ¡Viene Tiberio!

El grito se propagó rápidamente. Los germanos vacilaron.

—¡Las legiones!

Algunos enemigos empezaron a retroceder. Sabían quién era Tiberio, y que nunca vendría con menos de tres legiones a su alrededor. Sin duda los germanos vieron las luces puntear el valle desde las colinas. Los legionarios redoblaron sus esfuerzos,

inundados por un nuevo ardor, convencidos de su victoria. Encendieron antorchas e hicieron señas. Un ala de caballería ya galopaba en su ayuda.

La irrupción de las turmas de caballería romanas causó una gran mortandad entre los germanos, a la par que una retirada precipitada en la que hubo muchas muertes por alcance.

No era Tiberio, por supuesto, el que venía en camino, como bien sabían; pero Casio era consciente del efecto que tendría entre los germanos la noticia de que Tiberio en persona llegaba al frente de tres o cuatro legiones en busca de venganza. Había sido la última persecución de la ruta del valle del Lupia. Lucio Nonius Asprenas era el general que venía en plena noche, contra la costumbre romana, en busca del campamento de Aliso o de sus supervivientes.

Los ejércitos se reunieron y las más de treinta cohortes se establecieron en la llanura formando un enorme cuadrado en cuyo centro empezaron a ser plantadas las tiendas del pretorio y las de los heridos.

Fue una noche larga en la que pocos lograron dormir, tal fue el interés de miles de legionarios por conocer la suerte de Varus y de la derrota de Teutoburgo. Casio, después de ocuparse de sus hombres, fue llamado en presencia de los generales a la gran tienda del pretorio, en la que se reunieron urgentemente todos los mandos.

Cuando docenas de palmatorias estuvieron encendidas y se ubicó el necesario mobiliario de campaña, Casio recordó lo que significaba estar en una legión. Aquella experiencia de las últimas semanas, combatiendo con exiguos medios en circunstancias inimaginables para cualquier general escogido por Augusto, le creaba una extraña sensación ante los lujos del verdadero ejército de Roma.

Los mandos se reunieron, generales, legados, prefectos, los centuriones más importantes, algunos de los soldados más veteranos y de reconocido prestigio, hasta abarrotar la sala con silenciosas filas de hombres que clavaban sus ojos en Casio Querea. Habían leído su mensaje, pero necesitaban escuchar lo que había pasado, tan increíble parecía.

Asprenas era un hombre ligeramente grueso, de marcadas arrugas en torno a los ojos claros y pesadas bolsas, anchos carrillos y cierta prominencia de vientre que disimulaba con la coraza de bronce. Su mirada atestiguaba lo que todos pensaban.

Invitó a Casio a sentarse en una de las sillas de marfil. Él mismo ocupaba otra, así como dos generales que los acompañaban.

—¿Partieron mis mensajes hacia Roma? —preguntó Casio de pronto, sosteniendo su casco entre los dedos.

—En pocos días Augusto y el Senado serán informados de tu noticia —respondió Asprenas.

—¿Ha habido otros supervivientes? —continuó Casio.

—Los primeros fueron veinte jinetes —reveló Asprenas—. Llegaron exhaustos a Vetera. Hablaron del desastre de Varus así como de la deserción a la que les obligó Vala Numonius.

—He oído esa parte de la historia. Y, ¿qué ha sido de Numonius?

—Según aquellos jinetes, tuvo un destino a la altura de sus acciones: fueron sorprendidos en los bosques, en medio de la tormenta, y alcanzados por arqueros. Vala fue capturado vivo por los márseros.

—Se lo habrán comido —aseguró de pronto Casio, impasible—. Tienen esa costumbre, si logran llevar a cabo ciertos rituales...

—¿Te responsabilizas de cuanto has dicho? —preguntó Asprenas con rostro grave, acariciándose en actitud pensativa la barbilla.

—Así es, cuanto habéis leído es cierto, os dije la verdad. Los mandos del Rhenus debían estar advertidos.

Los murmullos crecieron a lo largo de la sala.

Después las preguntas se sucedieron. Todos querían organizar los acontecimientos y entender el desarrollo de la batalla. Pero a medida que hablaba se daban cuenta de que Varus había sido atraído a una traicionera trampa en la que las legiones de Asprenas acantonadas en Vetera también podrían haber sufrido graves pérdidas. Preguntaron muchas veces por el caudillo germano, Arminius, y Casio no supo decirles más de lo que sabía, invitándoles a que interrogasen a un prefecto llamado Veleius Paterculus, de Colonia Agripina, que había sido su mentor en las mismas legiones. Aquel comentario despertó la indignación de todos los presentes, pero Asprenas intervino para proteger a Paterculus, a quien sin duda conocía.

—No es culpa de un amigo que el conocido obre a traición —sentenció—. Si Paterculus apoyó a ese joven es porque era un buen soldado, y debemos reconocer que ha sido un buen soldado, por más que nos pese haber sufrido en carne propia el peso de su decisión. Si Arminius ha derribado tres legiones entonces es un enemigo peligroso, y no un bárbaro cualquiera.

Casio continuó hablando de las atrocidades vividas, del asedio de Aliso, de la pérdida de las tres águilas de plata, de la vergüenza que ocasionaría eso al ejército romano y sobre todo de sus temores.

—Esto no es nada en comparación de lo que puede llegar a ocurrir en las próximas semanas. Si la frontera del Rhenus no se vigila podrían invadir las Galias y despertarían la simpatía de muchos galos que todavía no son partidarios de Roma.

—Tienes razón —reconoció Asprenas, siempre pensativo y observador.

—Arminius podría incrementar sus fuerzas de cincuenta a doscientos mil hombres... y eso le permitiría derribar a cuantos ejércitos romanos apareciesen en su camino y asediar todas las ciudades de las Galias para saquearlas después. El descontento de los galos iría en su favor... —arguyó Casio.

—He enviado docenas de mensajeros a todos los puertos del Rhenus y en Colonia ya están avisados. Los despachos ya deben estar llegando hasta Moguntiacum y más allá, la frontera al pie de las grandes montañas y el norte de Panonia —anunció Asprenas, tranquilo—. No lograrán cruzar el Rhenus. —En cuanto Augusto se entere reunirá al Senado y enviarán refuerzos.

—¿Cuántos?

—¿Cómo voy a saberlo? —respondió Asprenas, algo irritado, a la pregunta desesperada de Casio.

—Necesitamos ocho o diez legiones formando ante Germania si queremos que Arminius se detenga.

—En total contamos con cinco —explicó Asprenas.

—No bastarán, sé que no bastarán —repetía Casio.

—Creo que sobreestimas a ese bárbaro —lo tranquilizó Asprenas.

—Es la situación lo que hay que valorar —respondió Casio—. Ahora ese hombre contará con las simpatías de todo su pueblo, y cualquier osadía será respaldada con tal de que sea propuesta por él.

—No lo dudo, pero no lograrán traspasar la frontera, Casio, puedes estar seguro. Ahora deberíamos descansar. Ha sido una noche larga. Mañana continuaremos deliberando durante la marcha. Retrocedemos hacia los campamentos de Vetera, no fuera que Arminius quisiese adelantarse a nosotros.

No sufrieron más ataques durante su viaje de regreso a los campamentos de Vetera, y una vez cruzado el gran río muchos de los supervivientes de Teutoburgo miraron atrás esperando no tener que regresar jamás.

Las dos legiones bajo el mando de Lucio Nonius Asprenas iniciaron una serie de despliegues por la orilla izquierda hacia Asciburgium y Novertum. Desde allí seis cohortes guardaron la línea hasta Divitio, a donde habían llegado nuevos destacamentos desde Colonia Agripina. De nuevo desde Vetera, el campo de operaciones se extendió en el oeste hasta Noviomagus y Trajectum. Se enviaron embajadas a los gobernadores de los menapios, de los eburones, de los bátavos, de los toxándrios y de los tungrios, que habitaban los territorios entre los grandes bosques del Arduenna y las costas del Atlántico, para alertarlos ante una posible invasión de queruscos, longobardos y sajones que acarrearía la completa devastación de sus plantaciones y el saqueo de sus ciudades. Desde Divocortorum y Divodurum, en la calzada que llevaba a Lugdunum vía Augusta Treverorum, fueron enviados numerosos contingentes de tropas auxiliares galas, después de alertar a la población de una inminente invasión de hordas germanas.

La frontera del Rhenus fue vigilada sin pausa día y noche, a la espera de señales que evidenciasen una invasión desde Germania.

Casio y tantos otros mandos se trasladaron a Colonia. Allí escucharon los relatos

de algunos supervivientes llegados desde Mattium. El que había sido uno de los cuarteles permanentes desde donde Varus había tratado de gobernar el interior de Germania fue pasto de las llamas tras una conquista fácil y traicionera. Las tropas auxiliares queruscas, que habían emprendido la huida cuando tuvo lugar el ataque de Arminius, retrocedieron hasta las puertas de Mattium y allí anunciaron la emboscada de los germanos. Las cohortes que se habían quedado al cuidado del campamento y sus instalaciones no sospecharon nada, pues conocían a muchos de aquellos tribunos, y les abrieron las puertas. Una vez dentro, los queruscos iniciaron una sangrienta batalla que terminó por diezmar a los romanos. Los supervivientes huyeron por las rutas del Siga después de ascender las colinas en las que nacen las fuentes del Adrana. Dijeron que los germanos no quisieron darles caza una vez huyeron, pero que saquearon el campamento entero, llevándose consigo todo cuanto podía serles de alguna utilidad, caballos, reses, aparejos, víveres, reservas de grano, herramientas y armerías. Luego prendieron fuego a las empalizadas, a las torres de madera y a los tejados de los diversos edificios levantados con piedra. Una gran columna de humo fue barrida por los vientos que azotaban la región y esto fue lo último que supieron de lo que había sido el centro de operaciones de Varus en Germania Magna.

Otras noticias devastadoras fueron llegando en los días sucesivos. El pánico cundía en las calles de Colonia. Se decía que los ataques ya habían tenido lugar en todas las fortificaciones situadas más allá de la orilla derecha del Gran Río, que las rutas abiertas por los grandes generales como Drusus, en los valles del Lupia, del Siga y del Rura habían sido controladas por los sugámbrios, los márseros y los queruscos, y que todas las fortificaciones romanas habían sido abandonadas por sus soldados y destruidas por las hordas de Arminius el Querusco.

Moguntiacum fue fortalecida con nuevas cohortes, en la desembocadura del Mœnus, pero sus campamentos en la ruta que bordeaba por el este los bosques de Hercynia no fueron asaltados, y consideraron que la oleada de levantamientos no se extendería hasta el reino de los marcómanos.

Una vez más se especulaba acerca del papel que podría jugar un eventual levantamiento de la gran fuerza que Marbod, el *kuninc* de los marcómanos, atesoraba entre las barreras montañosas del Boiohæmum. Casio no dejaba de alertar a los mandos de Colonia de que las barreras que separaban a los germanos del este de aquéllos del oeste debían ser fuertes y no sólo físicas. Tenía la esperanza de que el Rey Brujo, como era conocido Marbod entre los germanos, sintiera celos del nuevo poder de Arminius en el oeste y que ante esa nueva situación tratase de congraciarse de nuevo con Roma y su emperador.

De cualquier modo, los úbios, los germanos que habían levantado Colonia, odiaron el nombre de Arminius, y temieron sus hordas. Se esperaban las reacciones de Roma con ansiedad, pero los despachos todavía no traían noticias. Todo había

sucedido demasiado rápido, era necesario que el emperador tomase algunas medidas de seguridad para ratificar lo que leía, pues serían muy pocos los que realmente darían crédito a sus oídos al oír que el ejército de Roma había pasado de veintiocho legiones a sólo veinticinco, en el transcurso de unas semanas.

Una tarde Casio logró encontrarse con Veleius Paterculus. Hacía tiempo que deseaba hablar con él, aunque no lo conocía personalmente. Ocupado en algunos asuntos en las Galias, Paterculus volvía con los contingentes de tropas auxiliares demandados por los generales de Colonia. Casio y algunos otros mandos invitaron a Paterculus a una reunión en el pretorio.

Cruzado el largo pasillo ante las esculturas de los dioses, Paterculus penetró reciamente en la sala, ocupada ahora por Casio, pues se esperaba la llegada de otros mandos algo más tarde. Casio había pretendido un trato personal con Paterculus. A solas. No sabía si se había obsesionado con aquella cuestión, pero le costaba reponerse de lo vivido tras el desastre de Teutoburgo. Tenía extrañas pesadillas con sacerdotes que pugnaban por abrirle el pecho, y veía las cabezas de sus antiguos compañeros, las cabezas que él mismo había arrebatado a aquel árbol de los sacrificios. Lo que tan impasiblemente había llevado a cabo, renacía en su interior cada noche y lo acosaba.

—Casio Querea —saludó Paterculus—. Tu nombre me era conocido. Tus hazañas en Armenia junto al nieto de Augusto son leyenda de las legiones. Nunca un hombre sin muchos legionarios a su mando alcanzó tanta gloria como tú en Teutoburgo.

Casio no logró sobreponerse a la primera impresión que le causó el rostro de Paterculus: franco, decidido, maduro, romano. Sus ojos evidenciaban una gran astucia humana sin maldad alguna.

—Te saludo, Veleius Paterculus.

Tras una incómoda pausa, Paterculus inició la conversación:

—He escuchado nuevas hazañas selladas por tu mano, y debo mostrar mi más abierta admiración. Las noticias todavía eran contradictorias en las Galias.

—Las tres legiones de Mattium han sido aniquiladas, junto a tres alas de caballería y seis cohortes auxiliares de galos e hispanos. Varus y todos sus mandos fueron muertos.

Paterculus apenas mostró un gesto de comprensión.

—Es lo que había oído, aunque no hay mayor confirmación que la de su más famoso superviviente.

—Lo aseguro, así ha sido.

Tras un tenso silencio, Casio miró a su interlocutor con determinación y preguntó:

—El caudillo germano parece llamarse Arminius.

Esta vez el rostro del veterano pareció ser atravesado por un espasmo de estoica rendición.

—Si es el mismo Arminius, yo lo conocí, y supongo que es esa la razón de nuestra reunión.

—Así es. ¿Qué ha podido mover a ese hombre a ejecutar semejante traición? Necesitó meses, si no años, para preparar el asalto. No es el golpe de un aficionado.

—No es un germano cualquiera, lo odiamos o no. Arminius fue el mejor jinete que he visto en mi vida. Ingresó en las legiones empujado por su tío, Segestus, de las guarniciones de la desembocadura del Siga. Era inteligente y fuerte, y eso le convirtió en uno de los mejores tribunos de Tiberio. Pero su suerte cambió en el transcurso de la campaña de Panonia, y finalmente debo reconocer que me engañó. Creo que cometió crímenes contra los legionarios, y después desertó. Durante algún tiempo pensé que había muerto, y que todo habían sido patrañas de ciertos centuriones y soldados que le tenían envidia. Pero cuando, meses después, oí en boca de su tío que su hija, Thusnelda, había sido robada por Arminius y que el hermano de ésta había sufrido la amputación de su mano derecha... supe que el terrible guerrero había vuelto y que estaba contra Roma. Pero jamás imaginé que esto pudiera suceder... Jamás. Lo normal era que se retirase hacia el norte a fundar su familia lejos de las legiones, en los territorios de los sajones, con los que su familia siempre tuvo buen trato...

—No podía ser una familia cualquiera quersca la que mantenía esas relaciones con los régulos del norte, los sajones no hacen buenas amistades con nadie —indagó Casio, tratando de obligar a Paterculus a reconocer sus errores.

—No era una familia cualquiera, Arminius había sido hijo de un jefe germano. Paterculus no quiso seguir.

—¿De quién? —la pregunta de Casio adquirió un tono cortante y duro.

—Arminius es el segundo hijo de Segimerus *Cabeza-de-Lobo*.

—¡Santos dioses! —exclamó de pronto Casio, echándose las manos a la cabeza y dando unos pasos, agitado, escuchando la confirmación que más temía oír.

—¿Cómo pudiste apoyar de ese modo al hijo de un caudillo tan poderoso? Fue el responsable de las derrotas de Cayo Sentio Saturnio...

—No lo sabía —mintió Paterculus—. La verdad de esa historia la supe mucho tiempo después, cuando Segestus sufrió el robo de su hija y la humillación de su heredero. Fui engañado por las circunstancias, y Arminius se cuidó mucho de revelar su verdadero origen a nadie. Aprendió mucho y bien. Sabe cómo operan las legiones como si fuese un general, y será un enemigo peligroso ahora que dispone del favor de su pueblo.

—¿Qué más sabemos de él?

—Su hermano.

Casio miró sorprendido al veterano prefecto.

—Se llama Flavus, porque es muy rubio, y su verdadero nombre es Segiferus, y

es el hijo mayor del legendario Segimerus. Es un gran jinete, pero ni por asomo tan inteligente y peligroso como su hermano. Flavius se vanagloria de sus trofeos y ha tenido mil oportunidades para fugarse, pero se siente orgulloso de pertenecer a las legiones. Y por precaución está al mando de tropas auxiliares galas y no germanas, en los campamentos de Noviomagus.

Casio escuchaba la historia sin poder dar crédito a lo que oía.

—Desde Noviomagus se organizan muchas batidas para comprar y robar caballos a los amávaros, ya sabes —continuó Paterculus—. Flavius es un experto en las razas del norte y un excelente domador. Se encarga de muchas de las mejores monturas que después son trasladadas a otras legiones.

—Tengo que conocer a ese hombre —pidió Casio, pensativo.

—Allí lo encontrarás.

Casio se puso en marcha hacia las puertas de la sala, de donde llegaban unas voces en el pasillo.

—¡Casio! —exclamó la firme voz de Paterculus—. Flavius y Arminius se odian a muerte. Nunca supe por qué. Pero lo constaté al hablar con los dos.

Casio asintió y abandonó la sala. Se disculpó bruscamente ante los prefectos y anunció que debía marcharse urgentemente a Noviomagus.



Partió en solitario después de caer la noche. No podía esperar ni un grano de arena. Las decisiones de Augusto pronto llegarían y deseaba saber todo lo que podía saberse de su enemigo.

Apenas había iniciado un suave galope cuando avistó al otro lado del Gran Río unas luces en lo alto de las colinas. No supo si había guarniciones de vigilancia en aquellas estribaciones. Pronto las luces de las antorchas puntearon los amplios lomos y empezaron a brillar a lo largo de muchas millas, hasta donde se perdían el cielo y la tierra, en la distancia estrellada de los confines del oeste.

Continuó galopando y al mirar hacia atrás vio que las luces se multiplicaban frente a Colonia, en la orilla derecha del Rhenus.

Y lo comprendió: Arminius saludaba al Imperio Romano. Lo amenazaba. Provocaba el pánico en las ciudades de la frontera. Mostraba su poder y advertía que la invasión sería cuestión de días.

Pero ¿lo haría realmente?

Cabalgó durante toda la noche. Por fin llegó el alba gris y las luces del enemigo se extinguieron. No vio rastros de humo que evidenciasen la presencia de campamentos enemigos al otro lado, pero estaba ya demasiado lejos de Colonia como para saber si efectivamente Arminius había iniciado su invasión o un ataque contra los puentes. Pasó desapercibido por Asciburgium, descansó, pernoctó y escuchó las noticias que llegaron algún tiempo después desde Colonia.

Dos legiones habían cruzado los puentes para salvaguardarlos e intimidar al enemigo, pero los rastreadores se encontraron con cientos de cráneos humanos clavados en estacas, ennegrecidos a causa de la resina con la que habían sido impregnados para que ardiesen. La macabra escena fue supervisada por los generales. Algunas de las estacas contaban además con restos de armaduras romanas. Las hordas habían encendido sus trofeos y se habían retirado antes del amanecer. Sus huellas se introducían en los espesos bosques de los montes.

También encontraron algunos estandartes clavados en lo alto de una colina, de los que pendían varias cabezas hinchadas, a cuyo pie habían dejado el cadáver medio quemado y mutilado de Varus, al que le faltaba la cabeza. Por lo demás, el resto de Varus contaba con todas las insignias que delataban su uniforme, incluida la capa púrpura, a la que habían arrancado los hilos de oro que la ribeteaban.

Casio sabía que aquello sólo lograría engrandecer todavía más la leyenda de la derrota. Entendía la práctica del terror a la que recurría Arminius. Sabía que no encontraría mejor aliado que el miedo, si lograba despertarlo en sus corazones antes de iniciar un ataque masivo. Y todo apuntaba a que pretendía entrar por las puertas de

oro de las Galias, por Colonia Agripina.

Casio volvió a viajar hasta Vetera, donde no esperó noticias, cambió de caballo y continuó hasta Noviomagus, en el oeste.

El río parecía haberse ensanchado mucho más en las últimas millas. Los perfiles de las colinas eran más suaves a ambos lados. Al caer la tarde le pareció que mediaban muchos meses desde los aciagos días de Teutoburgo, cuando las tormentas repentinas de la estación lluviosa irrumpieron para mayor gloria de los ejércitos tribales. El sol descendía tras unas nubes dispersas e hinchadas, iluminando los territorios que los bátavos atribuían a la Tierra de los Siete Ríos, donde el poderoso caudal del Rhenus se fragmentaba desembocando en el océano, al sur del lago Flevo.

Los campamentos de Noviomagus estaban bien cercados por altas empalizadas, en una zona llana a pocas millas del cauce del Mosa, que sólo por casualidad no acababa por verter sus aguas en el Rhenus, separado del Gran Río por caprichosas colinas verdes. Las aldeas de los bátavos punteaban la llanura, donde veía varios caminos que la atravesaban en busca de las puertas del gran campamento romano. Noviomagus contaba además con grandes cercados en los que se daba cría a cientos de caballos. Los establos eran tan grandes como los de Colonia, lo que daba una idea de la importancia de aquel campamento para la cría equina y los escuadrones montados de las legiones acantonados a lo largo de la frontera que recorría el Rhenus hasta el Danuvius, al norte de Panonia.

Casio aminoró el trote y disfrutó de la luz de aquel sol. Se extravió en recuerdos traídos desde Roma por la brisa del atardecer. Sin embargo la batalla continuaba palpitando en su interior. Ya estaba a las puertas de Noviomagus. Varios bárbaros cubiertos con pieles se retiraban al mando de sus carros vacíos. Los vigías le dieron el alto y Casio fue a su encuentro. Preguntó por el prefecto del campamento y se le asignó una escolta después de leer los salvoconductos firmados por Lucio Nonius Asprenas.

Asprenas le había concedido un salvoconducto con el que disponía de libertad absoluta para moverse por las Galias y los campamentos fronterizos, sin que ningún otro mando pudiera exigirle ninguna obligación, pues se le atribuía un cargo de inspección militar. Casio se encontró ante las escaleras del pretorio. Fue llevado en presencia del prefecto, quien le recibió a solas.

Casio pasaba por los trámites de la realidad sin reparar demasiado en ella, permanentemente absorbido por sus propias ideas y la imperiosa necesidad de obtener información sobre Arminius. No estaba seguro si era un interés personal o si, como decía, lo hacía en bien del Imperio; era una combinación de ambas motivaciones, pero empezaba a sospechar que se interesaba demasiado en aquel bárbaro, y que, quisiese o no reconocerlo, y aunque jamás aquella afirmación habría abandonado el cerco de sus dientes ni bajo la más feroz lluvia de latigazos, lo

admiraba. Admiraba su osadía y su cálculo. Admiraba su astucia y su determinación. Y por momentos Casio, atormentado por los vividos recuerdos de aquellos días, se odiaba a sí mismo y se convencía de que la información que pudiera recabar sería de gran utilidad para luchar contra semejante enemigo.

La conversación giró una y otra vez en torno a la batalla de Teutoburgo, visitaba las contradictorias noticias, el miedo que despertaba en las legiones aquel acontecimiento, y debía responder a preguntas que ya había oído muchas, demasiadas veces. Tuvo que sugerir al prefecto que dejaran aquella conversación para la cena, si se lo permitía, pues se hallaba cansado del viaje y deseaba echar un vistazo a los caballos, tal y como Asprenas le había pedido.

Sin revelar sus auténticas intenciones, Casio obtuvo la bendición del prefecto, quien le asignó una guardia de cuatro legionarios antes de que partiese. Después fue en busca de los establos. Despidió a la guardia diciéndoles que deseaba sólo ver a los caballos, y recorrió indolentemente las herrerías. Fue allí donde comenzó a hacer preguntas. Los jinetes entraban y salían de los establos. Había rotación de turnas enteras que patrullaban las orillas del río hasta los puestos intermedios en el oeste, próximos a Trajectum. Un herrero veterano fue el escogido para la indagación.

—Sí, es todo lo que sé, lo llaman Flavus, es un galo o un germano muy rubio, un tribuno de los jinetes auxiliares —lo describió Casio.

El veterano arrugó la boca sin abandonar su tarea.

—Hay uno, creo que hay uno, pero no sé si partió hacia Trajectum en busca de caballos. Sé que dos cohortes auxiliares fueron en busca de caballos, había muchos caballos salvajes que traer, ¿por qué no le preguntas a Cornelio?

—Es un asunto sin importancia, no hay que molestar a los mandos.

—Ya entiendo —sonrió de pronto el herrero.

Casio no entendió el comentario.

—¿Qué es lo que entiende?

—No creo que ese Flavus sea muy del gusto de las costumbres de ciertos legados venidos de Roma.

Casio se inclinó, sus ojos se volvieron fríos y duros.

—No soy un legado venido de Roma —pronunció su frase subrayando cada palabra. El veterano se mostró indiferente y volvió a su tarea sin prestar mayor atención.

—Los rebaños de caballos salvajes se guardan al final de ese camino; no tienen establo, sólo un cobertizo. Lo verás, la valla es más alta.

Casio se volvió y abandonó la fragua. Recorrió la pradera que le separaba de las vallas. Los caballos mugían y corrían por doquier. Rodeó un círculo de galos que trataba de sujetar a un semental. Un camino recorría las vallas que se alejaban de la empalizada principal de Noviomagus. Una nueva empalizada, más baja, había

empezado a ser construida alrededor de los grandes terrenos de los establos.

Entonces distinguió los rebaños de altos caballos negros que trotaban airados por la pradera. Vio el cobertizo, los toscos abrevaderos de madera, los altos vallados. Mientras caminaba se preguntaba cómo sería el hermano de aquel hombre, y a medida que se acercaba distinguía una figura humana que daba gritos a una cabalgadura. Estaba atada por la cabeza y el domador la obligaba a trotar en círculo, pero a menudo el animal lograba arrastrarlo y empujarlo. Casio llegó hasta el pie de la valla y observó la lucha.

La llegada de unos galos a caballo sorprendió a Casio. Arrastraban largos troncos recién talados, con los que en seguida se dispusieron a fortalecer, no muy lejos, una parte de la valla que parecía desvencijada. El domador desistió y saludó a los galos alzando el brazo.

Casio se aproximó a ellos.

—¿Es ese Flavus?

—El mismo —respondió uno, mirando de reojo las insignias del prefecto.

Casio trepó la valla, saltó al otro lado y comenzó a andar decididamente hacia el germano. Aquél se dio cuenta de ello y caminó indolentemente a su encuentro. Cuando Casio estuvo en frente suyo se dio cuenta de que era muy alto, sus cabellos eran rubios, casi rojos, su piel era pálida pero su rostro mostraba vigorosas manchas rojas y muchas pecas; todo su cuerpo era desafiante, y su mirada se perdía esquivamente a una gran distancia de los hombros de quien le observaba. Llevaba los anchos brazos desnudos, se protegía con una lorica *segmentata* y, a diferencia de la mayoría de los germanos que servían en las legiones, no llevaba pantalones sino faldilla de cuero y cáligas romanas. Casio se quedó escrutando aquellos ojos azules, oscuros, que lo observaban impasiblemente debajo de los mechones rojizos que colgaban sacudidos por la brisa. El germano se restregó las anchas manos y miró las insignias del prefecto.

—Flavus, por fin te encuentro —dijo Casio hostilmente.

—No te conozco, romano —respondió Flavus—. Pero igualmente te saludo.

—Soy Casio Querea, prefecto en el ejército de Varus.

El rostro del germano continuó firme e impenetrable.

—He oído que ese ejército ya no existe —comentó desapasionadamente.

—Hemos sobrevivido unos pocos de los veinticinco mil hombres que partimos hace unas semanas desde Mattium.

Casio volvió a guardar un obcecado silencio, clavando sus ojos en la mirada de acero de su interlocutor.

—He hablado con Paterculus, y Paterculus había hablado con Segestus muchas veces —asestó al fin Casio.

Un gesto de Flavus reveló que se había dado cuenta de lo que más temía.

—Y eso, ¿me conviertes acaso a mí en un traidor? —preguntó de pronto.

—No.

—¡Jamás debí saludar a mi tío Segestus ni a Ingomerus! ¡A ninguno de los dos! —gritaba. El germano parecía haber sido alcanzado por un rayo.

—Ese saludo te delató hace tiempo, pero no te conviertes en un traidor —lo tranquilizó Casio.

—¡Maldito sea mi hermano! ¡Maldito sea mil veces! —juraba una y otra vez—. Pero el orgullo de haber crecido en la legión, mis recientes ascensos y mis victorias en Panonia, todo eso quise esgrimir ante mi tío Segestus...

—¿Para pedir la mano de su hija, Thusnelda?

Flavus se detuvo como si lo hubiesen clavado al suelo, después se restregó el rostro, visiblemente contrariado.

—No.

—Querías mostrar tu orgullo, lo entiendo, también nos pasa en Roma —dijo Casio, tratando de tranquilizarlo.

—No habría servido de nada pedir la mano de su hija, cuando Arminius roba cuanto se le antoja.

—Tu hermano ha dirigido ese ejército contra Varus, y debo pedirte tu ayuda.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Todavía no lo sé, Flavus, pero estoy seguro de que los generales desearán conocer mejor a Arminius, al menos pienso que sería valioso conocer sus debilidades. Ha traicionado a Varus...

—¡Siempre fue un traidor! —estallo de pronto Flavus—. A mí me abandonó a mi suerte en medio de una batalla, cuando alguien estaba a punto de estrangularme. Sólo piensa en sí mismo, en su propia gloria...

—¿Y quiénes fueron sus aliados entre los queruscos? ¿Cómo logró el apoyo de tantos jefes después de su incierto regreso?

—No sabría decirlo, pero en mis años de Wulfmunda había allí un sacerdote, un druida muy viejo al que llamaban Cerunno y cuyo único deseo era destruir a Roma. Desde que tengo memoria sólo puedo recordar las frases de Cerunno antes que la voz de mi padre, que hablaba poco. Cerunno educó a todos los niños para que fuesen enemigos de Roma, y no eran pocos los sacerdotes de otros clanes y aldeas que seguían las enseñanzas y deseos de Cerunno. Era un loco, un augur demente...

—Pero gozaba de gran influencia entre su pueblo —concluyó Casio.

—Eso es poco —rió Flavus—. Le habrían seguido ciegamente al fondo de una ciénaga si él se lo hubiese pedido. Mi padre seguía sus enseñanzas.

—Segimerus *Cabeza-de-Lobo* —confirmó Casio.

—Fue un gran guerrero, pero siempre quiso más a mi hermano Armin que a mí, y también a su madre, que fue otra que la mía. Los quiso más a ellos y fue injusto

conmigo siempre que fue necesario beneficiar a Armin. Yo fui abandonado por Armin en aquella batalla del Amisia, y desde entonces no volví a saber nada de ellos. Me educé como esclavo de Roma y al fin obtuve sus favores en la legión, me dediqué a los caballos y mis superiores me han apreciado. Fue mucho tiempo después cuando volví a oír hablar de Segestus y de Ingomerus, mis tíos, para enterarme de que mi hermano ya había desertado en Panonia. De cualquier modo, no podría haberlo delatado como hijo de Segimer, porque la misma sentencia me habría esperado a mí... De modo que seguí siendo Flavus y nada más.

—Necesito saberlo todo —insistió Casio. El sol se ponía y su ocaso otorgaba a los cabellos del germano un tono todavía más aureorrojizo de lo que ya era natural en ellos.

—Y ahora sólo puedo esperar que la gloria de Armin en Germania se convierta en mi perdición. Todos me odiarán si se enteran de que soy su hermano...

—No es cierto, al contrario. Cuando tu fidelidad a Roma quede manifiesta Roma te querrá todavía más de lo que te quiere, Roma te deseará muy cerca y será tu oportunidad para servirla mejor y para crecer entre los mandos.

—¿Quién puede creerse eso?

—No somos germanos, Flavus, y la política es más importante que una batalla incluso en las legiones, nos guste o no así son las cosas.

Flavus escuchaba sorprendido aquellas insinuaciones, sin acabar de comprender el contenido de las mismas. El sol se sumergía en una resplandeciente franja de oro rojo.

—Quiero que te vengas conmigo a Vetera, hablaremos con Asprenas, y con lo que me digas crearemos los informes secretos para el legado imperial de Augusto. Dime una cosa, ¿qué es lo que tu hermano más aprecia?

Flavus se quedó pensativo durante un tiempo.

—Antes de poner en marcha esa emboscada contra Varus, mi hermano raptó a Thusnelda y le cortó la mano derecha a Segismund, el hermano de ella y mi primo, y el hijo mayor de Segestus... Por lo tanto ella era más importante que esa batalla.

—O sencillamente es un buen estratega, y se dio cuenta de que no podría recuperarla si antes conquistaba la gloria en la guerra. Actuó con gran astucia. Una vez la retuvo en el norte ya no tenía nada que temer de su tío, ¿me equivoco?

—La familia de Segestus lo odia. ¿Puedes imaginar cómo se siente mi tío, después de que Arminius le robe a su hija y mutilase la mano derecha de su primogénito, que iba a ser su heredero? No hay afrenta más grande contra un padre, y Segismund escupe rabia cada vez que el nombre de su primo es mencionado. La derrota de Varus debe haber despertado en ellos todo ese rencor que difícilmente dormiré jamás en sus entrañas...

Casio asintió, consciente de que la envidia, y no sólo el odio, acosaba la historia

del hombre que había liberado a Germania de un golpe. Aunque le concedía a Flavus todas las razones, Casio sentía la envidia con la que el germano miraba todos los actos de su hermano. Trató una vez más de superar la simpatía que en el fuero interno le provocaba el caudillo germano, y de usar toda aquella fuerza en su contra llegado el caso. Una extraña y descabellada idea comenzó a cobrar forma en su mente.

TERROR SOBRE ROMA



9 d. C. Roma

Aquella noche Augusto volvió a ser asediado por espantosas pesadillas. Al principio sólo sentía angustia, pero después una imagen lo poseyó: un lobo se enfrentaba a varias águilas en las tinieblas de su alma. Había logrado apresar una de las aves y despedazaba sus alas.

Augusto se revolvía en sueños, tratando de escapar. Se veía a sí mismo como un viejo astroso que rebuscaba entre los despojos de una ciudad arrasada. Desesperado, iba en busca de un puñal, una daga, un gladio... Habría dado su Imperio entero a cambio de la hoja cortante de una espada con la que degollar el cuello al siniestro animal.

Mientras el águila se revolvía y lanzaba picotadas, la cabeza del lobo se tiñó de sangre, pero no cejó en el empeño. Los ojos ambarinos se posaron en la mirada interior de Augusto, quien, silenciado por el espanto, asistía al execrable crimen. El ave más soberbia del cielo estaba siendo vencida por un lobo rabioso. Por fin terminó éste de arrancar el ala y en un último embate saltó sobre el cuello de la rapaz, lo atrapó ente sus dientes y lo despedazó.

Peor que el can Cerbero, más cruel que los caballos de Diomedes, alimentados según las leyendas con carne humana, como el más abismal de los horrores de Minos, la sombra del hombre-lobo se erguía ante Augusto, empequeñecido contra muros ensangrentados; el monstruo de sus sueños lo amenazaba, dispuesto a devorar al emperador de los romanos.

—¡Mis águilas...! ¡Mis águilas...! ¡Perro sarnoso del Averno! ¡Engendro de las sibilas! ¡Horror depravado de Hécate! ¡Vuelve aquí que te atravesase con mi cuchillo...! ¡Me bañaré en tu sangre...! ¡Devuélveme mis águilas...!

Los desesperados gritos de Augusto despertaron el palacio imperial. Livia se cruzó con los centinelas bátavos, ataviada con una túnica, sosteniendo la lámpara de oro. Mientras tanto, los gritos del emperador resonaban en el ominoso pasillo.

—¡Perro sarnoso del Averno! ¡Suelta mis águilas...!

Livia sabía lo mucho que aquella pesadilla se había repetido en los últimos meses. Numerosos augures habían sentido que el emperador, de por sí muy supersticioso, empeoraba con los años. Su vejez había llegado repentinamente, atraída por penas familiares que habían hecho mella en el espíritu del hombre más poderoso de la tierra.

Resultaba de vital importancia que cuanto acontecía entre las paredes del palacio imperial no trascendiese a la ciudad circundante: Roma no debía ser consciente de las

vicisitudes privadas de la familia. Livia había cuidado de este hecho con el celo de una matriarca, protegiéndose tras la fiel guardia de bátavos que se habían ganado la confianza del emperador tras muchos años de servicio. Los augures insistían en los numerosos sacrificios y ofrendas que Augusto, como *Rex Sacrorum*, debía hacer en los templos de la ciudad, para apaciguar sus temores sobrenaturales. El destierro de hijos y nietos, la muerte en dudosas circunstancias de otros familiares, los escandalosos adulterios, la pérfida muerte de su nieto Cayo Julio César durante la campaña de Armenia y el levantamiento de Panonia, que apenas acababa de ser sofocado por las legiones de Tiberio y de Cæcina, todo había contribuido a crear un permanente estado de malestar que ponía en duda sus más profundas convicciones acerca de la continuidad de la familia imperial en el poder. Los últimos diez años se habían clavado en él como una salva de flechas cuidadosamente afiladas, que si bien en ningún momento lograron tocarlo mortalmente, mermaron sus facultades, volviéndolo más viejo y decrepito de lo que todos, incluido él, habrían imaginado quince o veinte años atrás. Ahora, en el año 9 d. C., a sus setenta y dos años, se daba cuenta de que un cambio terrible tenía lugar en el alma del hombre en la sexta década de vida. Esos decisivos últimos doce años no habían sido el destino elegido y por el que había luchado durante décadas. La época más gloriosa de su vida devino un infierno personal, pues la continuidad de su poder estaba tan en peligro como al principio de su reinado.

Augusto no había logrado conciliar el sueño después de aquel despertar en la madrugada. Quizá había sido ocasionado por la terrible noticia de algunos días atrás. Las nubes pasajeras habían invadido Roma, cuando una de ellas, arrastrada por un poderoso viento, voló hacia el Campo de Marte. No fueron pocos los que vieron cómo Júpiter insultaba a Marte, enviando un venablo de fuego contra el Templo. La caída del rayo fue catastrófica, destrozando la escultura del propio dios de la guerra, y el lugar y la hora en que había caído, por la tarde y sin signo evidente de tormenta, despertó los temores de cuantos lo presenciaron. Augusto escuchó el lejano chasquido del trueno, como si una lengua divina se hubiese abierto paso desde los labios del dios supremo, antes de pronunciar una palabra innombrable.

Aquel asunto había bastado para envenenar sus sueños. Desde entonces vivía permanentemente acosado por miedos nocturnos. Un sabio griego decía que eran grietas en el alma a través de las cuales se escapaban los pesares más arduamente encriptados por una mente fuerte. Aunque Augusto era capaz de caminar sobre las tumbas de sus familiares como por encima de funestos enemigos que se oponían al designio glorioso de su obra, había enterrado muchos miedos en el lodo de su conciencia.

Ahora abandonaba el jardín, taciturno, de nuevo bien togado, tras un frugal desayuno. Caminó hacia el salón de Neptuno para recibir algunas visitas y uno de sus

sirvientes le informó de que un mensajero traía noticias de las Galias. Los despachos eran habituales desde todas las fronteras, y sólo los más importantes llegaban a sus manos de manera urgente y expresa.

Augusto dejó que colocasen los mensajes sobre una mesa y esperó a encontrarse solo para inspeccionar su contenido. Leyó su procedencia: Colonia Agrippina, Castra Vetera, Moguntiacum. Todos ellos compusieron en su imaginación la línea del Rhenus. Con renovado vigor, Augusto movió sus firmes y rugosos dedos tanteando cada mensaje. Había uno que procedía de Aliso, y reconoció el sello de quien lo enviaba: Casio Querea. Se extrañó. Aliso apenas era un puesto avanzado de la reciente provincia de Germania, no muy lejos de Mattium. Enviado por Casio Querea, el héroe en cuyos brazos había muerto su nieto Cayo Julio César tras sus enfrentamientos con los rebeldes de Artagyra, en Armenia. Casio Querea, el que se enfrentaba por placer con los gladiadores en los circos de campaña, uno de los mejores hombres de todo el ejército.

Un extraño ardor golpeó su corazón. Fingió indiferencia, dispuesto a enfrentarse a las extrañas noticias. Se reprochó el miedo y, un grano de arena después, se llamó a sí mismo viejo cobarde. El despacho, con la excepción del encabezamiento latino, estaba escrito en griego, algo que presuponía la necesidad de protegerse de algún enemigo. Casio Querea o su escriba no habría escrito en griego al emperador de Roma de no haber sido en circunstancias de extrema necesidad.

Augusto leyó la carta de Casio:

Imperator Cæsar Divi Filius Augustus

Contra la voluntad de todos los hombres que fueron fieles a tu Imperio y ante la insidiosa trampa tendida por pérfidos enemigos y terribles tormentas adversas al curso de la campaña, te envió a Roma la fatal noticia de que el ejército de Varus ha sido exterminado, y realizo este atrevimiento en horas inciertas, cuando, al mando de unos pocos cientos de hombres y mujeres, este prefecto que permaneció fiel a los estandartes de Roma logró llegar a las empalizadas de Aliso.

Las tres legiones con sus tres águilas, las tres alas de caballería con sus seis cohortes de tropas auxiliares formadas por galos e hispanos, con toda su carga y sus animales, han sido masacradas en un paraje de los bosques de Teutoburgo, al sureste de los montes Osnengi, en el corazón de Germania. Y no sólo aquellos hombres parecieron estar confabulados contra tus ejércitos, sino también los árboles, que decidieron abandonar la tierra y correr para golpearnos, o derribarse sobre nuestras cabezas tumbados por los vientos de una devastadora tormenta.

Una confederación de márseros, sugámbrios y tubantios entre muchos otros clanes menores, liderados por los queruscus, vinieron en auxilio del enemigo en la campaña que Varus había emprendido para castigar merecidamente los insultos y

los levantamientos sanguinarios que los brúcteros habían protagonizado, de manera aislada, contra diversas guarniciones y puestos romanos que velaban por las rutas de la provincia.

La traición ha sido absoluta. Nadie imaginaba que los líderes de aquellos pueblos pudieran planificar secretamente y en detalle la reunión de sus fuerzas, vigilando previamente los movimientos de Varus. Las tropas auxiliares germanas que nos acompañaban abandonaron la retaguardia, donde cabalgaban o andaban según fuera el caso, en el momento en el que comenzaron a sonar las llamadas de las trompas germanas, anunciando el inicio de una batalla que apenas llegó a tener lugar.

La mayor parte de nuestras cohortes fueron sorprendidas en medio de los bosques. Una gran tormenta asoló el paisaje durante días. Resistimos varias jornadas, pero tras la fragmentación de la columna fue imposible establecer una defensa digna que garantizase la salvación de las legiones. Los veinticinco mil hombres que formaban el ejército, junto a sus familias, que esperaban ocupar tras la campaña de Varus los campamentos de invierno en Vetera, han sido asesinados por los germanos.

Junto a este mensaje se han enviado otros a las diversas ciudades a orillas del Rhenus, con la esperanza de que pongan en alerta a las Galias del peligro inminente ante una invasión.

El líder germano ha sido un querusco conocido como Arminius. Ha traicionado a Roma y se ha servido de la confianza de Varus y de su propio pueblo para aniquilar el ejército. Como soldado debo reconocer que lo que ha conseguido había sido cuidadosamente planeado: ningún enemigo habría causado jamás semejante desastre sin la intención previa de llegar hasta el final.

Si acaso no resistimos en Aliso el asedio que nos deparan los enemigos, manifiesto al emperador mi más profundo pesar y le pido que informe a mis familiares sobre mi muerte, llegado el caso.

CASSIUS CHÆREA

La reacción de Augusto fue de perplejidad e incompreensión, como si en verdad el griego fuera una lengua desconocida para él. Pero allí estaban las palabras del mismo hombre que había merecido toda su confianza. Habría esperado una mentira de cualquier habitante de Roma, pero no de Casio Querea. Nervioso, aferró los salvoconductos y comenzó a abrirlos con ansiedad. Sus ojos crispados arañaban los sellos. Extraía las noticias y comenzaba a leer.

Asprenas desde los campamentos de Vetera, el sobrino de Varus. Los sellos eran auténticos. Los despachos imperiales pasaban por pocas manos hasta llegar a las suyas. La noticia de Aliso tenía que haber pasado antes por Vetera o por Colonia

Agripina. No, no cabía ninguna duda. Leyó el principio del despacho de Asprenas. La fecha era algo posterior. Apenas comenzó a leer y las palabras ya se repetían.

Publius Quinctilius Varus asesinado... Las tres legiones aniquiladas...

Dejó de leer ese mensaje y buscó otro procedente de los mandos de Colonia Agripina. Otra vez aquellas fatídicas palabras. Más detalles, pero el mismo contenido. La misma noticia desde otros lugares. El mismo horror visto y oído desde diferentes puntos de la frontera...

Le faltaba la respiración. Necesitaba leerlas todas, saber antes que nada si en todas ponía lo mismo o si alguna desmentía las anteriores. Otra misiva afirmaba lo expuesto anteriormente. Los mandos urgían al emperador y al Senado. El peligro de una invasión proyectaba su sombra sobre los altos estandartes clavados en las Galias, Augusto no podía contener las hordas en su propia mente, donde se agolpaban con rostros anónimos y salvajes.

Por un momento se sintió profundamente enfermo y viejo. La silla de marfil, en la que se sentaba con orgullo cada mañana, donde recibía a emisarios y dictaba resoluciones y órdenes, le pareció un miserable refugio. Ahora sentía la necesidad de desvanecerse y caer al suelo como un muerto.

De pronto aquella antigua fuerza que lo había llevado hasta la cúspide del poder a tan temprana edad retornó sobre sí misma y lo rescató como un águila que se atrevía a levantar el vuelo. Consiguió apoyar las palmas de sus manos arrugadas en la mesa, arrojando la vista sobre aquellos fatídicos mensajes.

Se volvió hacia la entrada, midiendo los pasos, y trató de llamar a su guardia. Apenas lograba mantenerse en pie y su rostro se había descompuesto. Los ojos grises del anciano parecían haber sido abandonados por aquella intensa luz propia, sobre la que algunos habían escrito leyendas.

Por fin la rabia que devoraba sus entrañas logró estallar y el estridente grito alertó a sus guardias.

—¡Varus! ¡Varus!

Los aullidos de Augusto se transformaban en largos gemidos. Cada vez que repetía el nombre del pro-pretor no podía saberse si lloraba por él o si lo acusaba de haber cometido algún crimen imperdonable.

—¡Quinctilius Varus!

El grito fue tan desgarrador que quienes lo escucharon quedaron paralizados por su locura.

Livia estaba acostumbrada a las pesadillas y los gritos con los que despertaba su esposo eran bien diferentes. Abandonaba el sueño desesperado, pero volvía a la realidad con contención. Aquel era un grito de ira, un grito consciente y furioso, como si le hubiesen clavado una daga sin llegar a matarlo. Livia temió el intento de homicidio y ocultó un cuchillo entre los pliegues de su túnica.

Augusto había rechazado la ayuda de uno de sus guardias y se apoyaba en la pared. Las manos crispadas y abiertas arañaban la pintura y apoyaba su frente contra el muro. Nadie se atrevió a preguntarle por qué pronunciaba una y otra vez el nombre de Varus.

Después se volvió; estaba tan colérico y desesperado que se rasgó la túnica como si de su propia piel se tratase.

—¡Devuélveme mis legiones! ¡Varus! ¡Devuélveme mis legiones!

Livia lo sabía. Un fracaso de cualquier índole producía enfados tales en su esposo que le impedían hablar del asunto, tal era su soberbia. No podía soportar la derrota y menos aún su reconocimiento público. Pero esta vez Livia se sintió tan sorprendida por la incontenible reacción que su curiosidad fue superior a su precaución. Ni siquiera tras el levantamiento de los panonios vio a Augusto tan descompuesto y enajenado.

Dio unos pasos hacia la mesa. Augusto abandonaba la sala en busca de uno de los despachos adyacentes. Livia miró los salvoconductos y leyó uno de ellos. Sin dignarse a dar noticia alguna a los que presenciaban la escena con asombro, la emperatriz abandonó la sala. Dio orden de que Tiberio fuera localizado e informado de manera urgente.

Algunas horas más tarde Augusto, gris y envejecido, dictó la noticia a varios de sus redactores. Luego hizo que los salvoconductos fueran enviados al Senado, y ordenó una reunión extraordinaria para el día siguiente.

Durante aquel día la derrota de Varus comenzó a recorrer pasillos y villas, procedente de muchas fuentes contradictorias. Algunos decían que Varus había sido hecho prisionero, otros aseguraban que estaba muerto, pero no habría confirmación oficial hasta el día siguiente. Sin embargo, después de una semana, en todas las ciudades de las Galias se temía la invasión de los germanos; la noticia se extendía por las vías de acceso a Roma como un fuego que prende en la hierba seca de un largo verano. Se consideraba que los dioses dictaban el fin del Imperio tras los largos años que había costado sofocar la rebelión de los panonios. Casi inmediatamente después, llegaba la noticia de que la frontera germana era amenazada tras el exterminio de tres legiones.

El cónsul Marcus Papius Mutilus fue llamado por Augusto al mediodía. Augusto le pidió un despliegue especial de tropas en el interior de la ciudad, abandonando el Campo de Marte en el que se acantonaban varias cohortes encargadas de socorrer la vigilancia y los incendios. La ciudad debía estar preparada para el fatal impacto de la noticia, y sabía que los republicanos pondrían el grito en el cielo y aprovecharían la ocasión para denunciar la mala gestión del Imperio así como el riesgo de una invasión que llegaría a las puertas de Roma.

Se redactaron docenas de salvoconductos en los que se ordenaba a los

gobernadores de todas las provincias que permaneciesen en sus puestos y que desoyeran el final del período de mandato, dado que pretendía mantener en el poder provincial a todos los hombres que eran de su confianza, temiendo que un cambio de manos pudiera desencadenar traición contra su voluntad o los intereses del Imperio, especialmente en las Galias.

Por la tarde, acompañado por los cónsules *suffectus* y por su guardia personal, fue al Templo de Júpiter, procurando que muchos vieran el gesto imprevisto y postrado del devoto emperador. Augusto se inclinó ante las escalinatas y contempló el paisaje de Roma desde la colina, en cuya ladera, mirando por encima del gran bullicio, se levantaba el gran santuario y la escultura del dios a cuyos pies llameaban permanentemente los inciensos y las teas sagradas.

Augusto ascendió solo ante la multitud y una vez arriba se inclinó ante el dios. Allí permaneció largo rato, hasta el punto de que varios de sus guardias creyeron que había muerto y se alarmaron. Vacilante, el emperador se alzó de nuevo y descendió lentamente los peldaños hacia atrás, sin volver la espalda a la imagen del todopoderoso. Muchos temían que cayese de espaldas y que la desgracia fuese aún mayor. Sus fieles guardias se postraban inquietos ante la escalera, prestos a ascender para socorrerlo; los augures se miraban unos a otros, confundidos por la arriesgada proeza del anciano.

Pero Augusto no tuvo en cuenta lo que pudieran pensar o decir; descendió prudente y severamente cada peldaño. En dos ocasiones tuvo que inclinarse como un mendigo ante Júpiter, cuando un pie le vaciló. Pero se rehízo y continuó con su estoica ofrenda. Cuando por fin llegó al último peldaño, retrocedió lentamente hasta situarse en el lugar que le correspondía entre los augures. La multitud, que se había reunido alrededor de las escalinatas, prorrumpió en vítores con el nombre de Augusto, aclamándolo *Imperator Mundi*; Augusto, ensimismado, no apartaba los ojos de la divinidad, como si implorase perdón y venganza, y dejó que los sacrificios tuviesen lugar al modo antiguo, derramando la sangre a escasos pies de su persona. El buey de cuernos dorados sacudió las guirnaldas y se opuso tercamente al sacrificio. Varios hombres forcejeaban con el bravo animal. Los guardias temían que se revolviere y alcanzase a Augusto, quien permanecía sin apartar los ojos de Júpiter demasiado cerca de la bestia, cuando por fin un martillazo en la cabeza del animal contuvo sus bríos; el matarife de los augures pudo servirse de la enorme hacha para descargar un pesado golpe sobre su cuello. La cabeza colgó tras un gutural mugido y la sangre salpicó las blancas vestiduras del emperador de Roma. Un nuevo golpe y la cabeza fue separada del cuerpo en medio de un gran charco de sangre que se reptaba cubriendo las losas.

Augusto miró el animal sacrificado y dejó caer la triste mirada en la sangre humeante. Vio las manchas que salpicaban su toga. Los augures ya le alcanzaban,

como era costumbre, otra nueva para que repudiese la manchada, pero el emperador extendió el brazo con un dominante gesto de negación. Era la sangre de los sacrificios lo que debía manchar aquella toga, el día que supo que tres de sus legiones habían sido aniquiladas.

Se humillaba a sí mismo durante la celebración de un devoto sacrificio y en la secreta pronunciación de las súplicas ante el dios todopoderoso que le había dado la espalda. No podía imaginar por qué, pero fuera lo que fuese había provocado la ira del cielo.

Todos estaban seguros de que no se había reconciliado con el sueño. A la mañana siguiente y tras recluirse después de la procesión al Templo de Júpiter *Liberator*, Augusto parecía más muerto que vivo. Además, se empeñaba en vestir la toga salpicada de sangre en nombre de sus legiones.

La visita de Tiberio a última hora de la tarde fue respondida con un obstinado silencio, y no celebró reunión alguna con su hijastro. Temieron por su salud seriamente pero nadie se atrevió a dirigirle la palabra, ni siquiera Livia; los augures aseguraban que el emperador sufría el diálogo directo y divino con el mismísimo Júpiter, y que eso lo debilitaba, porque el dios le dedicaba duros reproches. Pero lo que no sabían es que las duras palabras se las dedicaba él a sí mismo, y el grito dirigido contra Varus continuaba estallando entre sus sienes.

A la mañana siguiente apareció en el salón de Neptuno con la toga ensangrentada, dispuesto a partir hacia el Senado. No desayunó y dejó que lo portasen en la litera imperial.

Era muy temprano y la luz todavía no tocaba directamente las fachadas de las basílicas Sempronia y Fulvia ni las altas victorias que adornaban el camino del Forum. Todavía no se encontraban demasiados senadores en la escalera de la Curia Hostilia, cuyos peldaños ascendió con paso firme. Quería evitar los corros, las miradas, las alarmas, el desasosiego... Pero incluso a esa hora no eran pocos los transeúntes que ya se asomaban detrás de las filas de pretorianos, esperando la llegada del Padre de la Patria. Muchos habían decidido insultar al César, exigirle explicaciones a voz en grito, pero ante la aparición del anciano vestido con aquella toga salpicada de sangre todo aquel ardor se convirtió en silencio.

Aquel día no hubo una sola vacante entre los senadores. Todos los ediles, pretores, cuestores, *homines novi* y padres conscriptos abandonaron los murmullos en los pasillos y ocuparon sus puestos en los bancos del Senado. Los miembros de su familia asistían a Augusto en aquella hora decisiva: allí estaba su nieto Germánico y también Tiberio, sus dos herederos. No hubo ausencias por razones personales o pecuniarias, nadie estuvo enfermo y los más ancianos hicieron un esfuerzo sobrehumano por presenciar la asamblea. Augusto aguardaba el momento en su lugar, la mirada perdida, la barbilla enterrada en los pliegues sangrientos de la toga, los

brazos lánguidos reposando en el trono imperial. Aquel día no dirigió ningún saludo especial a amigos como Planeo o Asinio Polión, ni se permitió soberbia alguna frente a sus grandes detractores, Galo y Hortensio. Todo acontecía como en aquel sueño premonitorio y sangriento. No le habría importado ser muerto a puñaladas en aquel mismo instante.

Los senadores miraban el rostro demacrado del emperador, que no se había afeitado desde hacía días y cuyos cabellos colgaban como los finos hilos de una deshilachada trama de plata. Sufría las pérdidas como si una espada hubiese mordido su propia carne y eso le hacía merecedor de su cargo a los ojos de muchos aduladores. Para sus detractores era, de cualquier forma, un fracaso del gobierno autoritario y monárquico de las últimas décadas; los dioses protestaban contra la abolición de los derechos romanos y de su gran invención: la República.

Augusto se irguió e invadió el espacio de la escena, que rodeaban los bancos del Senado.

—El hombre debe enfrentarse a la verdad todos los días de su vida —dijo—. Y este es uno de esos días en los que no quisiera estar vivo para no tener que enfrentarme a lo que soporto desde hace días. Dioses y hombres no han dejado al Pueblo Romano celebrar sus triunfos sobre la rebelión de Dalmacia, de Iliria, de Panonia... —elevó el brazo derecho e hizo un gesto como si viese alejarse un pájaro—. No. Apenas yo, que he sido tantas veces elegido contra mi voluntad portador de los poderes imperiales del principado, iba a decretar juegos y triunfos, cuando un rayo destruía la estatua de Marte en el campo que le profesamos a las puertas de la ciudad. Y junto al rayo vino su verdadero trueno: Germania nos ha traicionado —algunos rumores recorrieron la sala—. Varus ha muerto en un paso de los bosques y un ejército compuesto por tres legiones, tres alas de caballería y seis cohortes auxiliares ha sido masacrado vilmente por el enemigo...

Los rumores, por primera vez en muchos años, interrumpieron la palabra de Augusto. Éste alzó los brazos, impotente ante la marea que crecía a su alrededor. Muchos habían deseado que las noticias, como en tantas otras ocasiones, hubiesen sido inventadas por informadores maliciosos contrarios a la monarquía. Los rumores devinieron desconcierto y conmoción. Las preguntas asaltaron al anciano, e incluso quienes fueron amigos y proclives sortearon las barreras del respeto sagrado a su persona y plantearon cuestiones, movidos por la incertidumbre.

—Tres legiones han sido aniquiladas más allá del Rhenus y más acá de Albis. Tres legiones han sucumbido en Germania Magna... —continuaba Augusto, como un actor que encuentra algún placer patético en la recreación de una tragedia.

Augusto se echó las manos a la cabeza y se sostuvo las sienes con las palmas de las manos, revolviendo sus cabellos, como si no pudiese soportar el sonido de su propia voz pronunciando la sentencia de muerte de los ejércitos de Roma.

Ante aquella patética imagen, ante un Augusto que se sostenía bajo su túnica como un árbol seco, los senadores comenzaron a guardar silencio. Poco a poco los comentarios se calmaron, como si aquel actor en escena fuera lo único verdaderamente importante en el mundo.

—Las noticias han sido muchas, pero puedo hablar con absoluta certeza, puedo decir que Varus actuó imprudentemente, creyendo a sus guías, que desviaron la ruta para conducir a los ejércitos a una emboscada en la que aguardaban muchas tribus unidas para cobrarse venganza sobre Roma.

—¿Qué tribus han sido esas? —preguntó una voz airada.

—Los salvajes márseros, los brúcteros, los tubantios, los sugámbrios... — Augusto elevó el rostro transfigurado, como si sus ojos escrutasen el lejano norte tratando de desvelar la imagen de su enemigo— ...comandados por los queruscos.

Germánico apretó los puños; enfurecido, sentía como una afrenta personal aquel levantamiento. Pero logró resistirse a lanzar un grito crispado pidiendo la aniquilación de aquellos pueblos sólo porque su abuelo lo consideraría inadecuado a su *dignitas*.

—El proceso de la provincia fue precipitado y abusivo —lo acusó Hortensio, poniéndose en pie—. ¿Quién podría creer que los germanos serían llevados al yugo con tanta facilidad? Todavía recuerdo las últimas comparecencias de Varus frente a todos nosotros y cómo se jactaba de que golpear a los germanos los volvía dóciles. ¿Es esta la docilidad de las nuevas provincias romanas? ¿No es acaso cierto como que ha sido una imprudencia de nuestro emperador considerar el criterio de Varus como válido? ¿Quién podría imponer la civilización con esa rapidez? ¿Quién podría permitirse el lujo de tratarlos como a una raza inferior, sin tener en cuenta las costumbres bárbaras pero arraigadas en sus pueblos? Infligiendo tantos desprecios Varus sólo consiguió despertar el odio salvaje de los pueblos sometidos, en lugar de dejarles disfrutar de la paz provincial frente a sus vecinos, y así, transcurridas unas generaciones, convertir la provincia en un lugar romanizado...

—¿Quién habla de docilidad cuando se menciona a los germanos? —protestó Germánico, hablando con redoblada ira y un ímpetu digno de los césares—. ¿Quién se atreve a denigrar las decisiones de un emperador que todo lo ha dado, hasta su fortuna personal, para engrandecer esta ciudad y este gobierno? Los germanos son ingobernables, brutales, locos...

—Precisamente por eso, estimado Germánico y en nombre de tu padre, Drusus Claudio Nerón, habrás de reconocer el arduo trabajo que se ha venido llevando a cabo para lograr establecer una provincia a la orilla derecha del Rhenus, y ello debía tener en cuenta que un proceso de civilización no es un proceso únicamente militar —respondió Hortensio.

—Si no es por la fuerza, ¿cómo someteríamos a Germania? —insistió Germánico,

desarmado ante la retórica de Hortensio, quien no entendía de espadas pero sí de palabras.

—No se trataba de someterla sino de crear una provincia capaz de satisfacer los deseos de Roma, que garantizase la paz y la vida de sus moradores, ¡así es cómo ha crecido el Imperio, estimado y joven Germánico!

—Joven Germánico... —repitió el nieto de Augusto.

—Y en cualquier caso, sagrados padres conscriptos y dignísimo emperador, yo os pregunto hoy: ¿por qué se levantaron de tal manera los impuestos en la provincia de Germania? ¿Acaso para provocar esta rebelión?

—Tus preguntas son capciosas, Hortensio —replicó Planeo, saliendo en auxilio de Augusto.

—Mis preguntas se basan en el derecho a hacerlas y en la obligación a responderlas —insistió Hortensio.

—La rebelión de Panonia costó millones de sestercios al erario público y consideré que las demás provincias pacificadas debían contribuir a restablecer el orden de las arcas —respondió el emperador.

—Y entonces cabe preguntarse por la fortuna personal acumulada por Varus en Siria antes de partir a Germania, y si éste hacía lo que se le pedía en Germania o traicionaba a su propio emperador tratando de continuar enriqueciéndose a costa de su cargo y del hecho de que este Senado ya no controla las provincias desde hace años, desde que el emperador las domina con sus edictos.

Hubo un gran alboroto y varios senadores se alzaron. Uno de ellos trató de hacer callar a Hortensio con las manos y el conato de pelea se evitó al aproximarse varios guardias pretorianos, que Augusto detuvo con un solo gesto de las manos.

—Varus no engañó a este Senado ni tampoco al pueblo de Roma —reconoció Augusto.

—Entonces engañó al pueblo de Germania —replicó una voz desde los últimos bancos.

—Incrementar los impuestos a los germanos fue un error y una imprudencia de nuestro emperador —gritó Galo. El senador se volvió dignamente y proyectó su potente voz contra el creciente escándalo—. Este es el más grave desastre militar sufrido por Roma desde la Batalla de Canæ, ¿y es así cómo debemos ser gobernados?

—Augusto comparece para dar sus explicaciones —replicó Tiberio.

—El emperador quiere el gobierno absoluto de las provincias sin la intervención del Senado, y es en las provincias donde se está produciendo el inicio del fin de Roma.

Aquellas palabras alcanzaron la sala como la caída del mismo rayo que derribara la estatua del Dios de la Guerra unos días atrás. Los que se habían mantenido cautos y silenciosamente críticos hacia la política de Augusto se desbordaron en esa hora.

Un grito irrumpió en el escenario de voces:

—¡Que liberen al senador Sixto Aulio! —y fueron varios los que repitieron esa frase, que llegó a los oídos de la familia imperial.

—Sixto Aulio llegó a advertir de la debilidad de la frontera con Germania —añadió otro senador.

—¡Y así es cómo se lo pagamos, encarcelándolo! —gritó otro.

—Me dejé llevar por la tasación que Varus hizo de la provincia, y fue muy alta. Quizá esos impuestos fueron demasiado elevados, pero fue el criterio de Varus el que me asesoró sobre la implantación de los nuevos impuestos que debían paliar los cofres de los ejércitos —explicó Augusto, manteniendo la calma.

—¡Ya tenemos un culpable! ¡Se llama Publius Quinctilius Varus y está muerto, de modo que podemos ahorrarnos un juicio o una confiscación! —exclamó descaradamente Galo.

—Yo mismo escuché en boca de Varus que los germanos se arrastraban como perros dóciles a comer de sus manos si uno era capaz de golpearlos a tiempo —declaró Hortensio—. ¿Es esta la cobardía de los germanos? ¡No son perros dóciles, sino lobos hambrientos!

—Esas legiones han sido derribadas sólo gracias a la astucia de una emboscada y a una traición propia de cobardes —se defendió Germánico, exaltado.

—Querido Germánico, muy a pesar he de reconocer que el nombre que llevas poco honor te hace ya —siguió Hortensio con malicia— desde que todas las victorias de los últimos veinte años han sido borradas del mapa de Roma en tan sólo una semana. Has de reconocer que los germanos han actuado con astucia militar y se han servido de los puntos débiles de Varus para lograr su objetivo, son un enemigo mucho más peligroso de lo que parece. Deberías enviarle una felicitación personal a Arminius. ¿Quién garantiza ahora la seguridad de Roma? ¿Qué les impide reunirse y saquear las Galias, eh Germánico?

—He decidido enviar inmediatamente a Tiberio, que conoce el frente de Germania mejor que ningún otro general, a los campamentos y ciudades del Rhenus, para que ponga fin a la rebelión e impida una invasión —advirtió Augusto. Germánico no pudo dejar de mostrar su desilusión. Hortensio leyó su rostro y le sonrió con suficiencia—. Otros miembros de mi familia realizarán tareas semejantes que yo mismo escogeré según sus capacidades, y seremos los primeros en sufrir las consecuencias de este desastre...

—Augusto no logrará reemplazar tres legiones con los miembros de su sagrada familia, aunque sea de origen divino —declaró Galo, y esta vez Augusto pareció realmente ofendido por el comentario del senador, que además decidió continuar con otro golpe—. Porque este Senado no debe olvidar que se han perdido casi cuatro legiones, ¿de dónde procederán esos hombres? Las rebeliones de Panonia nos han

dejado sin reservas...

—Habrá que recurrir a la conscripción —aseveró Augusto con firmeza.

Ese fue el momento en el que aquella reunión se dio por finalizada, después de que el escándalo alcanzase tal grado que las discusiones tuvieron que ser socorridas por la intervención de los guardias pretorianos. Augusto dio por finalizada la sesión, en la que lo fundamental ya se había dado a conocer; sus familiares y senadores más allegados lo siguieron en medio de una lluvia de airadas protestas.

La conscripción exigía la llamada a filas de los hombres libres. Cuando esta llamada incluía a muchos que ya habían cumplido con un largo servicio en las legiones de más de veinte años, el peligro de disturbios aumentaba. Con la campaña para sofocar la rebelión de los panonios la conscripción se había vuelto demasiado impopular, y esa había sido la primera vez que Augusto recurrió a ella. Una nueva conscripción de hombres libres apenas dos años después podría ocasionar graves problemas. Además, ésta incluía hombres libres que nunca habían tenido que trabajar en las legiones, o a sus hijos, y este hecho no sería bien recibido. Esta era la razón por la que los senadores poco adeptos a la monarquía elevaron sus protestas. Augusto sabía que se enfrentaba a una situación incierta tanto en las fronteras como en el corazón mismo del Imperio y trabajó concienzudamente para reparar los daños causados por el desastre, a pesar de que muchos consideraban que el Padre de la Patria empezaba a volverse loco. Sin embargo, lo más importante en ese momento era la intervención de Tiberio y la marcha de miles de hombres hacia la frontera del norte.

Tiberio volvía a considerarse el comodín favorito de Augusto, pero al menos ahora contaba con la aparente potestad tribunicia que le convertía en candidato a su herencia. Si los planes de Livia prosperaban, sería el siguiente emperador de Roma. Ella estaba convencida de que debía emplearse a fondo en Germania para ganar popularidad en Roma. Livia hizo lo imposible por enviar a Germánico a la frontera, quién sabe con qué oscuros propósitos, aunque el más evidente era silenciarlo y procurar que en Roma su coraje y su creciente popularidad no distorsionasen la imagen pública de Tiberio.

Augusto anunció la celebración de juegos navales si lograban contener la frontera de Germania, para agasajar a la divinidad que se había sentido ofendida y que castigaba a Roma de tal modo.

Se vivió una hora de extrema urgencia y miedo. Conscientes de que las reservas de hombres en disposición de combatir habían sido diezmadas por las campañas de Panonia, muchos cargaban sus pertenencias en carros y partían hacia el sur. La situación era incierta, hasta que la palabra de Augusto se hizo cumplir y ante el hecho de que muy pocos fueron los que se presentaron voluntariamente, prometió privar de sus derechos y propiedades a los que no lo hiciesen en un breve plazo de tiempo. Cuando éste expiró dictó el ajusticiamiento de unos pocos y las filas comenzaron a engrosarse. Por primera vez creó una legión de libertos; comenzó a enviar a muchos que habían quedado libres tras largos períodos de servicio, lo que provocó disturbios en Roma. Germánico tuvo que ocuparse de las cohortes de vigilancia, después de recibir la desilusionante negativa de su abuelo ante la petición de partir con Tiberio hacia la frontera. Tan pronto como aquellos regimientos quedaban listos eran enviados hacia Germania.

Mientras tanto, no había noticias de un nuevo ataque germano y las cabeceras de los puentes continuaban en poder de los romanos. Era muy probable, como Tiberio había comentado a Augusto, que los germanos hubiesen celebrado la victoria a su manera, con largas borracheras y sangrientas disputas sobre el botín, lo que les daba una oportunidad de oro para reforzar sus posiciones.

Por otro lado, Augusto tomó una sorprendente decisión: despidió a su fiel guardia personal de germanos bátavos. Les dio buenas sumas de dinero y los trató con honor, pero renegó de su servicio, convencido de que Roma no debía volver a confiar en los germanos jamás. Los disturbios ocasionados por algunos senadores le obligaron a devolver sus derechos a algunos que habían sido encarcelados tras pronunciar fuertes críticas a la política de fronteras en los últimos años, en un intento de ganarse el respeto de sus acérrimos detractores. Por otro lado y presionado por muchas voces

que venían del pueblo, Augusto decretó que los germanos que vivían en Roma como libertos o como guardia de *corps* debían abandonarla y ser deportados a una isla, en la que vivirían aislados; además todos los galos estuvieron obligados a abandonar la ciudad con sus pertenencias, pero desarmados. Esta decisión fue especialmente injusta, pues vivían en paz y no habían tenido nada que ver con el desastre de Varus.

El hijo de Tiberio, Cástor, solicitó ser enviado al sur de Italia para reclutar tropas, lo que no agradó al propio Tiberio, ante el celo que mostraron tanto Germánico como el inútil de su hermano Claudio por acudir al teatro de operaciones; Augusto pidió a Cástor que comprase miles de esclavos para después convertirlos en soldados. Fue una decisión muy discutible desde el punto de vista de la moral del ejército romano, pero poco discutida dado que Augusto podía llevarla a cabo sin pedir permiso al Senado. Las unidades resultantes no pasaron a formar parte del ejército regular y sirvieron en fuerzas específicas llamadas cohortes *voluntariorum civium Romanorum*, un nuevo régimen de cohortes auxiliares.

Los malos augurios se multiplicaron, y aunque su veracidad resultaba más alarmista que obvia, Augusto dejaba que el Colegio de Augures anotase cuanto estaba en su conocimiento, pues necesitaba interpretar las señales de los dioses.

Durante aquellos días llegaron enjambres de insectos a Roma como una verdadera plaga, que las golondrinas se encargaron de devorar. El emperador supuso que las golondrinas no eran otra cosa que el perdón de las divinidades, que venían en su auxilio ante el ataque de sus enemigos.

Después de aquel suceso se supo que una de las cumbres de los Alpes se había agrietado y que en su lugar habían sido avistadas tres columnas de fuego cuyo significado continuaba siendo un misterio. El cielo parecía arder recorrido por grandes llamaradas. Llegaban noticias de que algunos campamentos habían sido atacados por tormentas que venían del norte, y cuyas rachas de lluvia se transformaban en salvas de flechas cuando caían sobre ellos. Una estatua consagrada a la victoria, que señalaba la dirección de Germania en una de las vías que iba hacia la frontera, había cambiado de lugar y miraba ahora hacia Roma, lo que no podía indicar otra cosa sino que la suerte se volvía en su contra. Las abejas hacían panales en los intersticios de los altares más importantes de Roma. En uno de los campamentos de Colonia Agripina se había originado un conato de motín entre los soldados romanos, al pie del estandarte del Águila de Plata de la Legión I *Germanica*.

Todo aquello mantenía a Augusto en vilo. Aguardaba día y noche la fatal noticia de combates contra los germanos, en los que sus fuerzas habían vuelto a ser abandonadas por el favor de los dioses. El tiempo pasaba lentamente; los días que mediaban entre los acontecimientos se volvían demasiado largos. Mientras tanto, Augusto no se afeitaba y se dejaba crecer los cabellos. Quienes lo conocieron en su grandeza se preguntaban si aquel era verdaderamente el fin del hombre más grande

que había conocido la tradición romana.

Livia aprovechó el ostracismo de su marido para introducir una nueva guardia personal en palacio, formada fundamentalmente por hombres de su confianza. Esta ventaja le dio mucho más poder de maniobra en el entorno de Augusto, quien con la expulsión de sus fieles bátavos perdía el último escudo que le protegía de las pretensiones de su esposa. Ahora podía interceptar todas las cartas y conocer su contenido, y el anillo imperial de Augusto, del que tenía un duplicado, servía para dar muchas órdenes en su nombre que de otro modo habrían quedado desatendidas en aquellos días.

Las noticias de Tiberio llegaron y Augusto supo que los germanos no habían atacado los puentes, pero que debían esperar en Roma una embajada de Arminius. Se sorprendió ante la osadía del caudillo germano. De cualquier modo, esa embajada había sido llevada a Marbod en el este, y el propio Marbod había solicitado permiso para enviarla a Roma. Augusto respondió que recibiría la embajada del germano, satisfecho al saber que las fronteras seguían en su sitio y que las primeras operaciones de Tiberio lograban controlar las hordas que se habían acercado a los puentes de Colonia Agripina.

La llegada de la embajada de Arminius, nombre que ya se había hecho popular tanto en el Senado como en las tabernas del Subura, conmocionó el palacio de la *domus Augusta*.

Ocurrió que tanto Germánico como Claudio estaban allí aquel día, y Augusto, deseoso de que presenciasen actos de estado, les permitió que asistiesen a la ocasión. Los pretorianos trajeron un cofre y Augusto se quedó mirándolos.

—¿Quién lo ha traído?

—Ha llegado con una partida de nuncios.

—¿Y quién lo envía?

—Lo envía Marborenduus, el Rey de los Marcómanos, a quien se lo había enviado Arminius.

—Y esa es toda la embajada de un bárbaro... —reconoció el emperador—. Abridlo. ¿O acaso sabéis lo que es?

Los guardias se alarmaron ante la pregunta del anciano.

—Adelante, abridlo.

Primero abrieron el gran cofre, que parecía bien sellado en todos sus bordes. Después los pretorianos captaron un olor nauseabundo y miraron al emperador, indecisos.

—Abridlo —insistió Augusto.

Claudio y Germánico se aproximaron tras el emperador.

El segundo cofre se abrió y el aguerrido pretoriano alzó la cabeza de Varus, que todavía llevaba su yelmo empenachado. Varus ofrecía un aspecto espantoso y era

difícil saber si había empezado a descomponerse; su cabeza había viajado sumergida en algún aceite que garantizaba una mediocre conservación. Claudio se miró las sandalias tan pronto descubrió el horror, pero miró a su hermano, que había llegado a obsesionarse con Arminius; sabía que Germánico juraba venganza contra el caudillo querusco.

Augusto se quedó mirando el rostro deforme del pro-pretor de Germania. Exigió que se lo llevaran y que se avisase a Claudia Pulcra, su viuda, para que le rindiese los dignos honores a la cabeza del difunto y llevase sus cenizas al panteón de su familia.

Cuando esto se supo en Roma, no fueron pocos los que protestaron. Creían que prestar honores al que había sido castigado de ese modo por los dioses podría despertar la ira de éstos. Pero el emperador no prestó oídos a tales comentarios, convencido de que los dioses ya habían impuesto su castigo y de que si habían permitido que su cabeza llegase a Roma era para que fuese tratada según las costumbres romanas y no según las costumbres bárbaras, y además recordó que no vencerían a los bárbaros comportándose como ellos.

Coincidiendo con el levantamiento de la conscripción y la escasez de hombres útiles en la guerra, Augusto apoyó los decretos que fortalecían el matrimonio y la tenencia de hijos gracias a la *Lex Papia Poppæ* (llamada así por ver la luz con el mandato de los cónsules *suffectus* Cayo Poppæus Sabino y Quinto Poppæus Secundus), que prohibía a cualquier hombre ocupar altos cargos si no estaba casado y que limitaba las posibilidades de hacerse acreedor de las herencias si, a pesar de estar casado, no tenía hijos.

Con todo ello el estado trataba de fomentar el crecimiento de su población en todos los estratos sociales, y especialmente entre los hombres libres, cuando las últimas guerras habían dejado tan manifiesta la debilidad de Roma en este sentido. Cuando la conscripción tuvo lugar antes de que Tiberio partiese con las nuevas columnas de refuerzo hacia la frontera germana, se dieron ejemplos del amor por las armas que demostraban muchos romanos acomodados. Un respetable propietario cortó varios dedos a sus hijos para evitar que fuesen a la guerra, dado que así se les consideraría inútiles para empuñar las armas. Esto enfureció de tal modo a Augusto, que ordenó que aquel hombre fuera encarcelado y ajusticiado. Sus propiedades quedaron confiscadas y sus hijos tuvieron que marchar al frente a pesar de sus limitaciones.

Las ocho legiones que habían logrado reunir en la frontera se agruparon bajo el mando de Tiberio como un solo ejército. Aquellos meses posteriores al desastre de Varus sólo sirvieron para asegurarse de que Arminius no lograría arrebatarnos los puentes. De hecho, los sugámbrios habían tratado de organizar un ataque masivo contra Colonia Agripina, pero ante la presencia de Tiberio retrocedieron, disfrutando de la victoria y dejando a los romanos en manos del duro invierno.

Fueron largos meses en los que el general no penetró en territorio enemigo. Sólo fueron destruidos algunos campamentos sugámbrios en la orilla derecha, donde no encontraron gran resistencia, acciones punitivas ordenadas por Tiberio para que en Roma hubiese noticias de alivio y de triunfo, sin ser verdaderamente decisivas. Recordando las hazañas de Drusus, Tiberio, con su acostumbrada disciplina, obligó a los legionarios a soportar un invierno de marchas y fortificaciones. Tiberio odiaba la frontera de Germania y le enfurecía en el ínterin tener que soportar las inclemencias del invierno germano tan lejos de Roma. Los recuerdos de la isla de Rodas le asaltaban como extraños demonios nocturnos cuando volvía a Germania. La soledad de los palacios de Colonia, tan austeros en comparación a su villa del acantilado, le resultaba de una insoportable gelidez. De cualquier modo, Tiberio había viajado esta vez en compañía de Trasilo, su amigo nabateo, el adivino al que conociera en la isla de Lesbos.

Los cuentos que Trasilo extraía de su memoria e imaginación entretenían a Tiberio en las horas de esparcimiento que compartía con amigos del alto mando. Siempre eran relatos eróticos y extraños que hablaban a los soldados de extravagancias sexuales que incluso en Roma eran poco conocidas.

—Algún día crearemos una gran villa en una isla, y emprenderemos una vida de placer que nadie ha imaginado jamás —solía prometer Tiberio, medio ebrio, cuando escuchaba las historias de Trasilo. El astuto nabateo sonreía tras sus barbas y continuaba con otro cuento de Lesbos.

Tiberio soportó el invierno gracias a las nuevas adquisiciones que Trasilo se ocupaba de obtener. Pero el gusto por la extrema juventud que padecía Tiberio se agudizó con la ansiedad por volver a Roma. Trasilo apenas lograba el favor de mujeres que, sin embargo, eran demasiado mayores para el gusto del general; el apego de galos y ubios a sus vínculos familiares así como el respeto hacia la castidad de sus hijas no facilitaba la tarea del adivino en una ciudad como Colonia.

La ciudad fundada por Agripa había crecido en las últimas décadas, pero continuaba siendo serena y los germanos ubios no sólo se habían ganado el respeto de los romanos, también sus derechos. Tiberio deseaba emprender las campañas del

nuevo año para hacer botín de esclavos, y allí, entre los más jóvenes, abrir una cantera de placeres.

Un día sucedió algo que no era en absoluto de su gusto: una misiva de Augusto le advertía de su decisión de enviar a Germánico hacia Colonia. Tiberio escribió un largo informe en el que le decía a su padrastro que sus servicios todavía no eran necesarios, y que no sería menester poner en peligro la vida de su hijo adoptivo. Poco después recibió una carta de Livia que le recriminaba el informe enviado a Augusto, el cual había interceptado y destruido. Ella le recomendaba que Germánico permaneciese a su sombra en Germania para que dejase de acaparar la atención en Roma, donde se había vuelto demasiado popular.

De todos modos, Tiberio le habría respondido que Germánico prosperaría donde estuviese. Era la viva imagen de su hermano, Drusus, el verdadero y principal conquistador de Germania. Gozaba de esa fuerza de carácter y de esa honradez con la que trataba a cuantos se acercaban a él, en claro contraste con la desconfianza, la introversión y la malignidad de Tiberio. No había un solo día en el que éste no se vanagloriase de su absurda suerte: tras haber estado a punto de morir ejecutado en Rodas por las espadas de los centuriones de los hijos de Julia se había convertido, por intervención de su madre, en el heredero del emperador. Tampoco olvidaba que en Rodas era donde había descubierto un nuevo e innombrable placer. Cuando había empujado a aquella muchacha al abismo había experimentado una honda liberación personal, sin saber por qué. El invierno le permitía acariciar aquellas soleadas horas de Rodas, y rememoraba los placeres prohibidos. Quizá odiaba a todas las mujeres del mundo a causa de su madre, Livia, y a la vez las deseaba como deseaba a su madre. No habría logrado nunca liberarse de su tutela, hasta convertirse en su juguete; necesitaba compensar esa realidad que pesaba sobre sus anchos hombros con actos depravados que le producían profundo e insondable placer. Llegó a pensar que no había nada como el placer de ser culpable y sentirse libre, y esta nueva máxima le alegró durante muchos días, hasta el punto de que se la comunicó a Trasilo, el único testigo de sus más profundas depravaciones. Le unía a él la suerte, la buena fortuna de la que el adivino había sido mensajero. Pero no dejaba de molestarle que Trasilo no participase de sus mismos gustos.

Durante unos juegos celebrados a su costa al comienzo de la primavera, Tiberio disfrutó de sus animales favoritos, los osos. Recordaba los tiempos en que el derramamiento de sangre le repugnaba. Había cambiado. Pensó que era cuestión de temperatura, y el frío alteraba mucho la escena. Para él no había nada más repugnante que la sangre vertida en un circo de provincias en el sur de Italia. Le parecía que podían olerla desde los palcos y había demasiados insectos, calor, humedad.

Fue allí donde conoció a un prefecto al que debió rendirle honores al final de los juegos. En una celebración extraordinaria y por orden directa de Augusto, Casio

Querea fue agasajado con varias *phaleræ*, así como con una lanza de plata que el propio emperador envió desde Roma. Después de sacar los cadáveres que una osa había dejado a su paso, Tiberio descendió a la arena y presidió la ceremonia militar. Casio Querea recibió sus trofeos.

Tiberio conocía la historia de aquel hombre. Estaba seguro de que Cayo, su hijastro, había hablado de sus planes al prefecto durante su campaña en Armenia, sobre todo antes de morir. Según Augusto, Cayo había muerto a un paso de ese Casio, y precisamente ese Casio había sido uno de los pocos mandos que habían escapado de la matanza de Teutoburgo, recurriendo a una inmensa temeridad rayana con la locura. Lo que para muchos habría sido un signo de distinción, para Tiberio mereció el rango de entrometido y se sintió tan incómodo al tener que imponer él mismo los trofeos a un hombre que había escuchado los deseos de Cayo antes de morir, quien deseaba matarlo, que decidió premiar a todos los centuriones que habían escapado junto a Casio de las garras de los germanos.

Tiberio recorrió las filas y al fin estuvo frente a los ojos de acero de Casio Querea. Impuso sus insignias y recordó la voluntad de Augusto. En ese momento y frente a los altos mandos allí reunidos, la voz de Casio Querea se alzó y preguntó:

—¿Y cuál es la voluntad de Tiberio?

La insolencia de Casio cogió por sorpresa a Tiberio, acostumbrado a mandar sobre mudos sirvientes y devotos mandos.

—La voluntad de Tiberio es premiar a cuantos escaparon heroicamente de la emboscada —respondió el general.

No hubo más comentarios, pero todos se quedaron con la impresión de que Casio actuaba muy por encima de sus posibilidades; poco después Tiberio se enteró de que Casio ansiaba la llegada de Germánico.

Con el nombramiento de los cónsules Servio Cornelio Léntulo *Maluginensis* y de Quinto Junio Blæsius en el 10 d. C., las pretensiones de Germánico se vieron satisfechas y se decidió su incorporación a la frontera del norte. Parecía que al fin llegaba la gran hora de su vida, y deseaba sinceramente ayudar a su tío Tiberio.

Germánico había cumplido en Roma, evitando los motines y los disturbios en el momento de mayor incertidumbre tras la derrota de Varus. Cuando su abuelo consideró que su apoyo no era de vital importancia en la ciudad, se animó ante las recomendaciones de los cónsules para enviarlo a Germania.

—Hubo un tiempo, Germánico, en el que miré hacia el norte como quien mira hacia el futuro. Lo contemplé con ojos semejantes a los tuyos, y desoí los consejos de Virgilio —le confesó Augusto una mañana—. En esta misma ágora estuvimos sentados años atrás, conversando tantas veces sobre los ideales más elevados de Roma, que ningún otro poeta supo ensalzar como hizo él. Pero en su modestia Virgilio era sabio, más sabio de lo que yo me imaginaba. Yo entonces era demasiado arrogante.

Germánico miró a su abuelo con devoción. No habían llegado a sus oídos los comentarios maliciosos que se burlaban de sus recientes arrebatos de ira ni de sus fracasos. La barba y los cabellos blancos crecían sin cuidado alguno, otorgando al emperador un aspecto divino, propio de un hombre que conversa a menudo con los altos dioses. Mas sus ojos continuaban siendo luminosos, e irradiaban una extraña energía. Las manos rugosas del anciano, ya con más de setenta años, se acariciaban los pliegues de su toga blanca, por encima de los sencillos distintivos imperiales; al joven le fascinaba la concienzuda capacidad de trabajo que demostraba su abuelo a pesar de la avanzada edad. Para Germánico no había falta alguna si no quedaba demostrada, y por eso durante los últimos años había pensado que Póstumo merecía el castigo si su abuelo lo había impuesto, pero la conspiración a la que había sido sometido su primo, el hijo de Agripa y de Julia, había quedado desenmascarada gracias a Emilio, y ahora Germánico trataba de sostener una conversación que le resultaba difícil de comenzar. Temía dañar a su abuelo.

—Sé que quieres hablarme de algo, y es algo a lo que das mucha importancia, joven Germánico, yo también quería comentarte algunas cosas que no puedo confesar a nadie, de modo que uno de los dos debería ser el primero, ¿quién lo hará?

Germánico no dijo nada. Augusto hizo un gesto y pidió desde el banco de mármol que todos los guardias los abandonasen, algo que últimamente no sucedía a no ser

que lo pidiese expresamente. Un gesto de su mano bastó para que los pretorianos se apostasen más lejos, detrás de los espesos cipreses. El cielo de Roma era de un intenso azul y la mañana estaba fresca.

—Como he hablado mucho y has soportado demasiados discursos, tendrás que hablar tú primero esta vez, joven Germánico.

Germánico miró los cipreses un momento y comenzó a sincerarse ante la persona que más veneraba en el mundo.

—Quería hablar sobre Póstumo, si me lo permites.

Augusto asintió impertérrito, sin apartar sus ojos grises de la contrita mirada de Germánico.

—Puedes hablar con total libertad.

—A partir de ciertas conversaciones sostenidas en secreto, Claudio y yo nos hemos dado cuenta de que probablemente Póstumo no violó a nuestra hermana Livila. No podemos imaginar los móviles que llevaron a aquella situación, y creemos que el esposo de mi hermana, Cástor, no actuó de mala fe, aunque estaba en su derecho de enojarse ante la admiración que Póstumo le profesaba a su prima, pues ya era su esposa. De cualquier modo, he conocido a Póstumo y a sus hermanos desde la niñez, y sé que Póstumo no violó a mi hermana ni, como se dijo en secreto, a la hija de Emilio.

—¿Cómo conoces esa acusación? —preguntó serenamente Augusto.

—Aunque se mantuvo en secreto, Claudio, a quien muchos creen tan idiota, se enteró por medio de Livila de esa y de muchas otras acusaciones.

—Procuramos mantener el secreto de esa acusación para no ensuciar el nombre de la hija de Emilio.

—Y ni siquiera Emilio lo supo, ¿no es cierto?

—Así es, para ahorrarle disgustos y para evitar un escándalo que pusiese en mala situación a la familia.

—Hablé con Emilio, tenía que hacerlo para llegar a la verdad. Y supe que Emilio era capaz de reír, tenías que haberlo oído, y dijo que eso era mentira, porque Póstumo jamás entró en su casa.

—Pudo hacerlo en secreto.

—No fue así como se dijo. Pero lo más importante es el descubrimiento de Claudio.

—Tendríamos que llevar a Claudio a Germania, a realizar informes sobre el enemigo —dijo Augusto, con una sonrisa.

—Y no creas que no le agradaría, a pesar de sus dificultades Claudio me rogó que le dejase acompañarme, y le dije que esa decisión pertenecía a Augusto. Pero Claudio descubrió algo mucho peor. En una de las fiestas a las que asiste nuestra hermana, Claudio, a quien todos han considerado tan estúpido, logró sorprender a Livila

brindando por Póstumo. Este hecho le contrarió de tal modo, que se atrevió, aparentemente contagiado por la alegría, a indagar los pensamientos de su hermana. Y Livila se jactó del gran engaño que habían urdido contra Póstumo. Y entonces lo reconoció. Que Livia le había pedido que atrajese a Póstumo hasta su alcoba, por eso ella esperaba tan cerca, para poder sorprender a Póstumo en el lecho y cursar una buena acusación. Me temo que puede ser cierto. Y ahora sé algo que antes desconocía: que la fortuna de Póstumo, que fue de Agripa y de la que era heredero una vez su madre fue desterrada, fue confiscada, y que de este modo Livia creía que Tiberio sería el próximo emperador, como le garantizaba aquel testamento.

—La acusación es demasiado grave como para ejecutarse sin pruebas —reconoció Augusto, de pronto con un semblante contraído por la pena—. Me dices pensamientos que yo ya tuve, si bien no tengo la facilidad de Claudio para hacerme pasar por idiota... Pero a veces el que todos creen suspicaz e inteligente es el más fácil de engañar. No lo sé, pero a mis ojos esa historia aparece como una gran sombra de la que quiero escapar en la última hora de mi vida.

—¡No es la última hora de tu vida! —protestó Germánico.

—Es la última y debe convertirse en la más gloriosa de todas. Desearía enmendar todos mis errores, y no han sido pocos. Algunos de ellos son irreparables, otros, de los que ni siquiera soy consciente, también, pero querría devolver las aguas a su cauce. No debes hablar de esto con nadie, y pídele a Emilio que guarde silencio. Yo continuaré dando los pasos para cambiar el destino y que sea una expresión de mi voluntad. No puedo decirte lo que haré para no implicarte en ello, pero que sepas que hoy me confirmas una verdad que sospechaba tan cierta como la luz del día. Habla con Claudio, y pídele que sea discreto, y no me escribáis carta alguna, y tampoco os enviéis cartas el uno al otro.

Germánico se sentía extrañamente triunfador, y de pronto sus ojos se ensombrecieron.

—No quiero que pienses que deseo más de lo que hasta ahora me hayas cedido, yo sólo codicio las armas con las que blandir el coraje. Me entristece tener que ser yo el que sostenga esta conversación. No deseo conspirar contra Tiberio.

—Sé cuáles son tus verdaderas intenciones —replicó el anciano, tranquilizador—. Y creo que Tiberio no se quiere a sí mismo bajo ninguna de las formas imaginables.

Germánico no lo entendió.

—Tiberio es difícil, no lo olvides —siguió el anciano—. Nunca sabes lo que piensa, y, lo peor de todo, jamás sabes lo que siente. Y eso dificulta mucho el conocimiento de un hombre. A menudo me he planteado que Tiberio no está en el lugar que parece estar, sino mucho más lejos, que aparece sólo a disgusto en la escena que le toca interpretar, porque sabe que debe agradar al público para el que actúa desde hace muchos años. Pero esa doble vida la vimos cuando se exilió a Rodas; es

un hombre con dos almas, y ninguna de las dos me agrada. Pero de entre todas las posibilidades, él era el que el destino me proponía como la única opción a elegir entre ninguna otra. En pocos años murieron Lucio, Cayo, Póstumo fue desterrado, Julia fue la gran vergüenza, luego ha sido Julila, su hija... Pero ahora entiendo que entre tantas manzanas podridas debía haber un gusano.

Germánico asistía al monólogo de Augusto como ante una escena divina de los templos de la ciudad, mientras la voz y los gestos del anciano se encendían y cobraban una fortaleza extraordinaria.

—No quiero saber más de lo que sé —dijo Germánico.

—Pero en adelante evita confesar ninguno de tus pensamientos a tu abuela Livia —aseguró de pronto Augusto, con un gesto firme—. Y en cuanto a Claudio el Idiota, creo que no hace falta que le dé consejo alguno, porque es él quien, en su aparente debilidad, nos está aconsejando a nosotros. ¡Aquí me ves! Soy el emperador de Roma, y todo para descubrir tantas mentiras y engaños, y para que mi nieto Claudio el tartamudo me dé una lección de política y de conspiración familiar. Pero no ofende mi orgullo, debo aprender la lección, y la mejor forma de demostrar que se ha aprendido una lección es no volver a cometer el mismo error. Tendrás noticias de Póstumo muy pronto. Y ahora escucha: Germania perteneció a tu padre, y Germania te pertenece a ti. Sé gracias a algunos informadores que Tiberio titubea en la frontera. No quiso entrar en el territorio enemigo porque el invierno vino blanqueando las colinas tras la derrota de Varus, pero sé que desea mantener sus posiciones. Necesito que lo ensombrezcas para que mis planes vayan adelante. No es hora de que te amedrentes. Tienes la misma edad que Drusus, tu padre, cuando partió hacia Germania, es hora de que demuestres tu valía y tu fuerza. Una vez en las legiones deja de servir a Tiberio con reverencia, y que todos conozcan tu imperio. Después me encargaré de que Tiberio vuelva a Roma y entonces te llegará la hora de dominar el norte y de reconquistar lo que te dio nombre en nombre de tu padre.

Germánico no esperaba frutos tan inmediatos de la alianza, y bendijo a Claudio por todas sus palabras.

—Aprende de tu enemigo, estudia todos sus puntos débiles. Drusus no venció a tantas tribus sólo gracias a la fuerza de su ejército; estudia el terreno y haz uso de las verdaderas posibilidades de nuestros regimientos. Ponte la coraza de Medusa, y que la mirada de la gorgona petrifique a tus enemigos como petrificó a los de Drusus.

—Lo haré como me dices, no me importaría morir en esa guerra si al menos tengo la oportunidad de la gloria de las armas.

—Ese es el espíritu de los grandes hombres de Roma. ¡A las armas! ¡A por la gloria! —exclamó de pronto Augusto, poniéndose en pie. Los guardias se asomaron, alertados por la voz exaltada del emperador—. ¿Quién cree que Roma ha sido vencida? ¿Quién cree que Augusto ha sido postrado?

—Nadie puede atreverse —reconoció Germánico, cayendo de rodillas ante su abuelo—. Lo haré.

—Vengaremos a Roma. Y ambos venceremos, cada cual en su campo de batalla. Y ahora levántate, Germánico. No vuelvas a arrodillarte ante mí, pues me ha costado muchos años darme cuenta de que sólo soy un hombre tan vulnerable como el más idiota de los claudios.

La partida de Germánico hacia la frontera fue una de las más gloriosas que la ciudad había visto en muchos años, y todos deseaban que a su regreso se celebrasen triunfos tan grandes como los que merecía su padre, que tornaron la celebración de sus saturnales en sus exequias. Desde el primer momento Augusto recurrió a su fortuna personal para financiar los gastos que pudiera ocasionar la aparatosa despedida, que nada tenía que ver con la dispendiada a las legiones de refuerzo con la marcha de Tiberio. Claudio se dio cuenta de que Livia estaba iracunda. Antonia, su madre, lloraba de alegría ante tanto reconocimiento hacia su hijo. Augusto celebraba la partida de Germánico como si de un semidiós se tratase, el único, por nombre y abolengo, capaz de vengar a Roma en Germania, y como las noticias acerca de las campañas de Tiberio no despertaban gran interés por lo anodino de su contenido, las masas se desbordaron ante el popular Germánico, que había infundido ánimos y un coraje cesáreo en las multitudes ante el miedo que sobrevino tras la derrota de Varus.

Una gran multitud exaltada siguió la cuadriga de Germánico. Augusto esperó junto a otros miembros de su familia en el Campo de Marte. La escultura del Dios de la Guerra, restituida tras la caída del rayo, fue el solemne lugar en el que Germánico ofreció un espectáculo único y a la vez grandioso.

—Juro venganza por Roma ante Roma.

Adquirió un protagonismo que eclipsaba la estancia de Tiberio en los frentes.

—Juró traer a Arminius encadenado a mi triunfo como hizo Julio César con Vercingetórix.

Las multitudes prorrumpieron en gritos y no fueron pocos los que lloraron cuando Germánico se despidió emotivamente de su abuelo y de su madre. Y aunque nadie reparó en ello, salvo los que estuvieron cerca y atentos, Germánico demostró gran templanza haciendo los mismos honores a Livia. Vestía las armas de su padre. La coraza de plata, en la que aparecía el rostro de Medusa con sus ojos vacuos y sus culebras a modo de cabellera, resplandeció al sol, pues Augusto había ordenado que fuera bruñida por tres esclavos hasta el momento anterior en que su nieto la vistiese. Era la coraza que había vestido Julio César, y era el yelmo único en el que aparecían las hazañas de Perseo.

Germánico descendió las escaleras del Templo de Marte, se ajustó el yelmo y subió a la cuadriga. Por orden de Augusto y para dar mayor gloria a su nieto, se habían preparado cinco cohortes de cuerpos de voluntarios, muchos de ellos libertos y

otros esclavos liberados para servir a Roma con la promesa de crecer y acceder a mayores honores y mejor vida. Habían sido ricamente armadas. El pequeño ejército fue encabezado por Germánico, que ordenó el paso y desfiló hasta los Campos de Agripa, desde donde tomó la Vía Flaminia hacia el norte. A su vez, casi todas las cohortes urbanas y pretorianas se unieron al desfile para engrandecer la partida, lo que provocó que miles y miles de ciudadanos persiguiesen el cortejo hasta las afueras de Roma.

Germánico no olvidó la última conversación que había sostenido con su hermano Claudio, e iba rememorándola mientras el bullicio y el gentío quedaban atrás en el camino.

—No podremos enviarnos cartas, de modo que esta es la oportunidad de decirnos lo que haya de servirnos en el futuro —dijo Germánico. Aquello sucedió antes de colocarse la magnífica coraza, y leía en los ojos de su hermano tal devoción, que habría dado una parte de su vida por partir hacia Germania junto a él, los dos juntos, en nombre de su padre.

—Augusto no me deja pa... partir contigo, así que debo quedarme —tartajó Claudio.

—En realidad despertaría muchas sospechas, y aunque no me dijo lo que pretende, tratará de sorprender a todos sus enemigos de una vez por todas. He afilado mi espada, Claudio, pero sé que nunca será tan aguda como tus observaciones. Echaré de menos tus informes en Germania, pero si Augusto te retiene es por algo.

—Mi presencia afearía mucho el desfile —reconoció Claudio, haciendo una cómica reverencia—. Aunque haría algún bien como jefe de escribas a tu mando.

—No afearías el desfile —sentenció Germánico con severidad. No le gustaba escuchar cómo Claudio se denigraba, es más, llegaba a enojarse muchísimo más que cuando los demás se burlaban—. No quiero que mi hermano hable así de sí mismo. ¿De acuerdo?

—A tus órdenes, ge... general.

—¡Vamos! —exclamó Germánico, y ambos se abrazaron.

Germánico fue acogido entre las legiones del Rhenus como si fuese la reencarnación de Drusus. Muchos legionarios detestaban el mandato de Tiberio; esto, unido a la carestía de botines, los sinsabores de los últimos años del levantamiento en Panonia y la prolongación del servicio militar, promovía un gran malestar en los regimientos.

Germánico y su esposa Agripina tuvieron la sensación de que llegaban a un ejército sin comandante. Fue tal la emoción de los rudos y sentimentales legionarios, que Tiberio en persona, como ocurriera años atrás, no se dignó a salir al encuentro de su familia, argumentando después que era demasiada la gente que se había echado a las calles de Colonia para recibirlo, que un recibimiento privado y acogedor era lo más apropiado.

Pero Germánico disfrutó aún más, si cabe, de la entrada en Colonia. Desde hacía horas se sabía de su llegada, esperada días atrás. Los úbios festejaron al hijo de Drusus como si se le celebrase un gran triunfo. En la memoria de todos los que conocieron a su padre aparecía escrita esa frase inacabada de su vida. Nadie perdonó al destino que no dejase a un triunfador de su talla disfrutar de su victoria ni siquiera un solo día. Fue un acto cruel e incomprensible por parte de los vengativos dioses, como la masacre que había tenido lugar en Teutoburgo. Roma estaba preparada para sufrir derrotas, pero no para la aniquilación de legiones enteras. Germánico traía salvoconductos de Augusto, en los que se prohibía la creación de legiones que tuviesen el mismo nombre y número que las desaparecidas XVII, XVIII y XIX, y de hecho en toda la historia posterior del Imperio no volvieron a existir legiones bajo esas cifras. Desaparecieron para siempre del ejército, por respeto o por desprecio, según se vea, borradas de las listas romanas por la mano de Arminius y por la rebelión de las tribus germánicas.

Las calles de la gran ciudad fronteriza fueron abarrotadas por el gentío. Se arrojaban flores al paso de Germánico, que había decidido entrar al frente de la misma cuadriga que le había visto partir de Roma, la cual mandó que arreasen con los mejores corceles. Colonia Agripina se llamaba así precisamente debido a que fuera fundada por Agripa, y coincidía con el nombre de su esposa, quien era, como delataba nominalmente, una de las hijas de Agripa y de Julia. Todo ello contribuía a crear aquel ambiente de idoneidad y reciprocidad: el hijo del conquistador de Germania era su más digno heredero, y su esposa, Agripina, era algo así para la gran ciudad del norte como Livia para Roma. Qué poco había gustado a la emperatriz aquella amalgama de coincidencias, de eso ya daba buena cuenta su hijo Tiberio.

Los timbales marcaban el paso con insistencia y varias cohortes empezaron a formar en los campos del campamento, ordenadas de modo espontáneo por muchos

oficiales veteranos, con lo que se pidió a Germánico y a Agripina que visitasen las legiones con sus hijos. El recuerdo de Drusus permanecía vivo desde hacía casi veinte años, tal y como era recordado, y Germánico aparecía como un heredero que ostentaba su viva imagen. Sólo algunos veteranos recordaban a Drusus, pues otros o habían muerto o se habían marchado, pero lo cierto es que la armadura de plata, la coraza de Medusa y el yelmo de Perseo se habían vuelto legendarios. Cuando Germánico penetró en los campamentos se dio cuenta de que accediendo a la invitación de los exaltados centuriones rompía el protocolo militar, dado que tal recibimiento no parecía haber sido preparado por Tiberio. Pero Germánico cambió de parecer y con ello se obró un gran cambio en su persona, un cambio que acaso llevaba esperando años y que ya con la partida de Roma había empezado a manifestarse. Y de un momento a otro Germánico se convirtió en un hombre.

Después de dirigir un breve discurso a los legionarios y de mostrar a sus hijos, Nerón Julio César y Drusus Julio César, de tres y cuatro años de edad, en los brazos de Agripina, Germánico y su familia volvieron escoltados por varios legados al palacio que Tiberio ocupaba en Colonia, para encontrarse que su tío había salido a supervisar asuntos urgentes. Les invitaba a través de sus esclavos a que se acomodasen en ciertas habitaciones, poniendo a su servicio todos los lujos de los que disponía.

A la noche, Germánico observaba la fría ciudad desde una balconada. Las antorchas se encendían y los límites de la civilización desaparecían punteados con fuegos frente a la ominosa oscuridad del Rhenus, detrás de cuyas perezosas aguas se extendían los territorios de sus enemigos. Podía ver los campamentos, las guarniciones aisladas y los grandes puentes ribeteados por diminutas luces rojas. Agripina había logrado que sus hijos durmieran, dejándolos al cuidado de Amaltea, la mujer de confianza que les regaló Antonia, la madre de Germánico, entre otros muchos valiosos presentes el día de su boda. Agripina se abrazó a esposo con gran entrega y descansó su mejilla sobre sus espaldas.

Al cabo de un rato él le preguntó:

—¿Por qué decidiste venir?

—Porque no me gusta estar lejos de ti, ya lo sentí durante tu viaje a Panonia, porque me prometí que te seguiría hasta donde fuera posible y que te ayudaría, porque desconfío de Roma, porque quiero a mi esposo.

—Esas son muchas razones... —se burló él—. Pensaba que era sólo por mí.

—Todas esas razones van en tu favor.

—De todas ellas la que más me gusta es la última. Pero ¿temes a Roma?

—Temo a Livia, llevo advirtiéndotelo muchos años —reconoció ella con serio semblante, y él se volvió hacia ella—. ¿O crees que la muerte de mi hermano Lucio en Hispania fue tan casual como se dice? Ni siquiera creo que Cayo fuese herido en

Armenia...

—Esa es la única parte de la historia que parece verosímil, hubo muchos testigos de ese combate en Artagyra.

—¿Y el destierro de mi madre? Tiberio jamás fue un buen esposo. Tú no lo conoces —una sombra pareció cruzar los ojos de Agripina.

—Muchas veces mencionas a Tiberio y con creciente malestar.

—No me importaría acompañarte a pie cargando con mis hijos por las rutas en las que Varus fue emboscado, pero la compañía de Tiberio es peor que todo eso.

—O mucho me engaño o le guardas rencor.

—No fue un buen padre para nosotros, ni un buen marido para mi madre. Hoy parecía ausente. Es la envidia lo que le mueve. Te envidia sin apenas haber tenido la oportunidad de tocar las armas, igual que envidiaba a tu padre. Livia está detrás de todas esas conspiraciones que solamente han querido imponer un heredero a Augusto.

Germánico no había compartido con ella su reciente conversación con su abuelo, ni lo que Claudio había descubierto sobre las acusaciones contra Póstumo.

—Desde hace tiempo me ocultas algo, porque siempre callas al hablar de tus hermanos. ¿Y Julila?

—Ya se ha encargado Livia de llamarla adúltera y de echarla por tierra. Estoy segura de que si me quedase sola en Roma muy pronto oirías que dispongo de tres o cuatro amantes.

Germánico rió con franqueza.

—Me reiría del mismo modo que me río ahora —reconoció, poniendo sus manos sobre los hombros de ella.

—Eso lo dices ahora —Agripina se puso muy seria—. Mi hermana Julila me contó algo que nunca quise creer, y le prohibí bruscamente que volviese a hablarme de eso. Pero me siento culpable ahora que las acusaciones pesan sobre ella igual que han pesado sobre mi madre...

Germánico la miró preocupado.

—Sé que hay algo que me ocultas desde hace tiempo.

—Es el secreto de Julila, el que ahora me parece tan cierto. Julila me habló de Tiberio hace años, cuando todavía éramos niñas, y quiso contarme algo horrible, e insistió. Yo había visto cómo él nos miraba, nunca olvidaré sus extraños ademanes. Nunca mostró simpatía alguna por Lucio, por Cayo o por Póstumo, pero a nosotras nos trataba de un modo muy extraño. Y ello se agudizó en su relación con Julila, porque yo era algo más mayor y mostré una clara reserva ante el que era sólo mi padrastro; un día que él estuvo demasiado cerca, sin saber por qué, grité, y varios de nuestros esclavos vinieron. A partir de entonces Tiberio me evitó, pero Julila era más pequeña y más inocente y no supo qué decir. Fue más tarde cuando me enteré de las acusaciones que Julila sostenía en secreto contra Tiberio. Lo odiaba porque la había

tratado como a una mujer cuando fue niña.

—No puedes haberme ocultado algo así durante todo este tiempo —la amenazó de pronto Germánico, incendiado por un repentino fuego—. ¿Tiberio?

—Más tarde, cuando Tiberio y mi madre pasaban sus peores años, algunas noches vi cómo alguien traía muchachas muy jóvenes a nuestra casa, que por la mañana ya no estaban, y ello empezó a confirmar mis sospechas de que había tratado injustamente a Julila. Era tan inverosímil cuando me lo contó, yo sabía tan poco de los hombres y las mujeres y me pareció tan repugnante y doloroso, que la consideré repugnante a ella en un primer momento, y la culpé por habérmelo contado. Las personas somos tan egoístas con nuestros sentimientos, que preferimos que no nos cuenten un problema para no tener que cargar con él. No sé si hice bien o mal, no sé qué consecuencias habría tenido aquello, pero pienso que hice lo correcto. ¿Quién nos habría creído? Augusto no habría dado crédito a unos niños, mi padre Agripa muerto y mi madre bajo sospecha de adulterio, ella no habría logrado nada, Livia se habría encargado de argumentar que trataba de desprestigiar el buen nombre de su hijo para encubrir sus propios errores morales. Me habría envenenado...

—Por todos los dioses, Agripina... —murmuró Germánico.

—Y hoy acusan a mi hermana de adulterio y de vida disoluta, y ya sabes que Augusto se ve obligado a expulsarla de Roma. Es cierto, Julila no ha sido una buena esposa y se ha entregado a los placeres de las orgías sin demasiada precaución, pero la perdono porque oculta en su alma una infancia desdichada y se ve obligada a vivir bajo la dictadura de Livia, la madre del hombre que la ultrajó una y otra vez, al cual ahora quieren convertir en emperador. No quiero promover una pugna entre tú y tu tío, es más, sólo quiero olvido y ante todo la seguridad de mi familia, pero en Roma yo no estaría segura, créelo, y ahora te cuento esto porque la presencia de Tiberio me horroriza, lo detesto profundamente y seré yo, esta noche, la que no está dispuesta a saludarlo. No asistiré a la cena, y montaré guardia junto a una de tus espadas toda la noche, por si uno de los secuaces de Livia y su hijo trata de envenenar a mis hijos.

—Agripina —advirtió Germánico, cuyo rostro parecía transfigurado por la revelación—. Agripina, nuestros hijos no morirán envenenados, y aquí tienes una de mis espadas, empúñala si es necesario.

—¿Qué haremos? —preguntó ella con ansiedad.

—Mañana mismo buscaré una villa en la que nos estableceremos y una guardia personal que nos sea fiel.

—Eso es lo que más temo, después de todo lo que hemos presenciado en nuestra familia.

—Encontraré hombres fieles a Drusus con los que crearé un cuerpo que será como un ejército privado; estaréis a salvo, Agripina. Y en cuanto a Tiberio no sabría decir qué es lo que debo hacer. Debemos protegernos ante todo de cualquier posible

insidia y ahora comprendo que aquí estamos más seguros que en Roma mientras Augusto no ponga orden.

—Augusto planea algo, ¿verdad? Lo leí en tus ojos cuando volviste una tarde y me hablaste de esa conversación, y de pronto te quedaste muy callado. Sé que no puedes decirme nada, pero no sabes cómo deseo que ese sagrado hombre limpie su alma de las faltas que ha cometido inspirado por los delitos de otros.

—De Livia, cada vez que pronuncio su nombre me siento confuso. Es mi abuela. Nunca se hizo de querer, pero si bien a mí no me trataba especialmente bien ni mal, me molestó, a medida que crecía, su desprecio hacia Claudio y el trato que dispensaba a tus hermanos. De pronto todo está tan claro... pero Tiberio, lo que me has contado de Tiberio me trastorna —y al decir aquello Germánico se volvió con los ojos perdidos en la vasta noche, y la mano se fue instintivamente hacia la cadera, buscando cinto y espada.

—¡No! No puedes matarlo, Germánico, no puedes dejarnos solos a tu esposa y a tus hijos, no quiero presenciar tu injusto juicio —suplicó Agripina, aferrando las manos de su esposo.

—No habría pensado en un modo mejor, si confesase su delito, pero no lo haría, Tiberio es de otro modo... jamás reconocería lo que ha hecho. Livia y él han destrozado la familia de Julia, la familia de mi esposa, la familia de los verdaderos herederos de Augusto, y nuestros hijos, Agripina, nuestros hijos son hijos de Julia y por tanto y gracias a ti hijos de Augusto.

—No le molestan tanto esos niños por ahora, pero tú eres un estorbo para la sucesión de Tiberio, y Claudio también —anunció Agripina con voz agorera.

—Mañana mismo fundaremos un nuevo hogar, y yo mantendré una conversación con Tiberio. No despertaremos la menor sospecha, eso nos da ventaja; ya no nos sorprenderán. Duerme con Amaltea y los niños, yo iré con vosotras tan pronto acabe de cenar. No pasará nada.

Después de decir aquello Germánico besó a su esposa y le entregó una de sus espadas, que ella cogió y envolvió en una toga. La vio encerrarse en la cámara en la que dormían sus hijos. Luego abandonó la sala y recorrió los solitarios pasillos, descendió la escalera, cruzó otro largo corredor vigilado por guardias y estatuas y su silueta caminó a la luz de las antorchas hasta la puerta entornada de un gran *triclinium*.

Mientras tanto, pensaba en las advertencias de Claudio y en lo perentorio y necesario de la intervención de Augusto. Mil extrañas ideas aturdieron su imaginación, y recordó cómo Julio César, al frente de sus legiones, había cruzado el Rubicón para imponer un nuevo tiempo en Roma. Y más aún, se preguntó si él mismo no se vería obligado a hacer lo mismo contra el heredero de Augusto, si ese heredero era una amenaza contra el destino del Imperio y el de su propia familia.

En unos pocos días había pasado de estar bajo la tutela de su abuelo a verse frente a problemas de estado de una dimensión histórica.

El *triclinium* ya había sido ocupado por el anfitrión y uno de sus principales invitados. Tiberio yacía en el *lectus medius*; a su derecha era Lucio Casio Longino, prefecto de Colonia, el que miraba indolentemente al segundo invitado.

—Germánico, hijo, disfruta de la cena y de la compañía —pidió Tiberio.

Germánico miró su rostro mientras iba hacia el *lectus summus*, que Tiberio le había cedido para agasajar su presencia. El recién llegado llevaba la marcial vestimenta, lo que sorprendió tanto al prefecto que le preguntó, en tono agudo y algo afeminado, a Tiberio:

—¿No ha tenido tiempo el nieto de Augusto para descansar del duro viaje?

—El joven Germánico es un hombre de armas, y prefiere saludar a los ejércitos antes que a su tío y padre —respondió Tiberio con una falsa sonrisa que siempre había tenido el efecto deseado sobre Germánico. Pero por alguna razón que él sólo podía suponer aquella noche Germánico no se parecía a un muchacho adulto e ilusionado, fácilmente manipulable desde la veteranía.

—Y Tiberio está demasiado ocupado como para recibir a su sobrino e hijo cuando recorre millas y millas para incorporarse a su ejército —añadió por fin el hijo de Drusus con una cínica sonrisa que no tardó en desaparecer de su rostro.

Lucio Casio miró furtivamente y con cierta aprensión las cálidas polvorientas de Germánico, quien ya se había recostado en el *lectus* y miraba a su alrededor.

—Dejarás que al menos mis esclavas te retiren la espada —y al decir aquello Tiberio hizo una señal a una joven rubia que en seguida se acercó para pedir, con los brazos extendidos, el arma de Germánico. Éste la miró con amabilidad y negó levemente con la cabeza.

—Un hombre siempre está a la sombra de las espadas —reconoció el joven sin mirar a ninguno de los presentes, como si esperase hambriento la llegada de algunos manjares.

Una señal de Tiberio hizo que la esclava se retirase de nuevo a donde aguardaban otros muchachos y muchachas. Nadie se atrevió a responder aquel comentario. Germánico reparaba en la extrema juventud de las mujeres que los servían. Se daba cuenta de que Tiberio, en su retiro, descuidaba las apariencias.

—¿Lamentaremos la ausencia de Agripina? —preguntó Lucio Casio.

—La lamentaréis y ella me ruega que os comunique su abrazo y su deseo de veros, pero desgraciadamente los hijos y herederos de Germánico están especialmente llorones esta noche y demandan la presencia de su madre, de modo que será imposible contar con ella; pueden retirar el banquete preparado para ella.

—Dicen que es mejor no malcriar a los niños —murmuró Tiberio—. He oído a muchas matronas romanas que los niños deben aprender el deseo de sus padres desde

la más tierna infancia. De lo contrario se vuelven malcriados y desdeñosos.

Germánico esperó a que una de las esclavas sirviese el vino en las copas, y bebió antes de replicar.

—¿Y a qué deseos se referían esas matronas, Tiberio? —inquirió Germánico.

—A todos aquellos que garantizan la felicidad de los padres, y sobre todo los que les aseguran que al llegar a la edad adulta sabrán llevar el camino recto que les dicten las buenas costumbres —explicó Tiberio.

—¿Es así cómo educaste a tus hijos? —volvió a preguntar Germánico, evitando responder directamente.

—Así eduqué a Castor, mi hijo —respondió Tiberio sin saber a dónde se dirigía la conversación.

—¿Y no fueron los hijos de Julia acaso tus hijos? ¿O ya los has olvidado, porque casi todos están muertos?

Tiberio clavó su mirada en los ojos de su hijastro, que le devolvía el desafío con tanta indolencia como ello fuera posible. Y entonces sucedió algo que dejó al prefecto anonadado:

—Cuando pregunto a Tiberio por sus hijos pregunto por *todos* sus hijos, y no sólo por el que él ha tenido en mejor consideración —la puntualización de Germánico sonó como una queja hábilmente interpuesta.

—Tienes razón, pero has de saber que esos hijos de los que me hablas no estuvieron cuando muy niños conmigo, por lo que me refería al comentario de las matronas referido a la primera infancia.

—¿Quieres con ello sugerir que fueron malcriados por Julia, y que tu hijo Cástor ha recibido mejor formación gracias a tu presencia y que Agripa no supo ser buen padre?

—No he dicho nada de eso, y lo sabes —el tono de Tiberio mostraba contrariedad y enojo.

—¿Y qué formación reservaste para Lucio, Cayo y Póstumo? —insistió Germánico. Las esclavas atendieron el *repositorium*, en el que depositaron unas bandejas de oro llenas de cangrejos de río ahumados.

—Eso ahora no viene al caso —respondió bruscamente Tiberio.

—La educación que den Germánico y su esposa a sus hijos tampoco viene entonces al caso, y mejor nos dedicamos a estos cangrejos. Dime, Lucio Casio Longino, ¿de dónde obtenéis estos pequeños frutos de río, del gran Rhenus o caso de los arroyos que descienden por las cañadas de las colinas? He oído que hay que meterse descalzo en el barro y remover las piedras para capturarlos...

Tiberio había sufrido el escarnio en carne viva, y quizá el dolor era más intenso porque jamás le había sucedido algo así con Germánico. Era como si la presencia de los ejércitos hubiese despertado un fantasma que odiaba, al hombre a cuya sombra

había tenido que vivir. Junto a la soberbia indignación había sentido la instintiva y profundamente arraigada necesidad de servir a Germánico, pues era el fantasma de Drusus el que había entrado en el *triclinium* de golpe, su misma indolente arrogancia, su misma frescura para hacer lo que le venía en gana cuando le venía en gana. Trataba de esclarecer el motivo de aquella reacción, cuando se dio cuenta de que el prefecto había asistido mudo de asombro a la imprevista contienda, agresivamente resuelta por Germánico; el prefecto de Colonia explicaba con detalle la captura y preparación de los cangrejos de río con la mansedumbre de un siervo que vive entre fogones de cocina.

Germánico parecía sentirse satisfecho y levantaba las escamas que cubrían la sabrosa carne de cangrejo con el *cochlear*, la cucharilla afilada para el marisco de concha, asintiendo con indiferencia a las explicaciones de aquel insulso gordo. Prefería no reparar en las facciones del prefecto de ojos ladinos y rizos lacios, cuya máxima ambición siempre fue servir a la familia imperial para contar con su favor en el *cursus honorum*.

—Me gustaría que me hablaseis de Teutoburgo. Lucio, tú vives aquí desde hace muchos años, has administrado la ciudad, sabes mucho de tus queridos vecinos, los germanos, pues los ubios mismos que pueblan Colonia son germanos.

—Teutoburgo es una región boscosa cerca de las fuentes del Lupia —respondió el prefecto.

—¿Y qué hacían tantos germanos en Teutoburgo? —insistió Germánico. El prefecto no sabía si esa pregunta, a la vez tan frívola, era una broma o un insulto.

—Supongo que esperaban a Varus...

—No me refiero a eso, que es evidente, quiero decir... ¿qué hacían allí? ¿Cómo es que se reunieron tantos jefes y tribus? ¿Cómo lo consiguió Arminius?

El prefecto, como si hubiese sido desarmado por la pregunta, hizo un gesto nervioso y se le cayó el cangrejo, preparado con algo de *moretum* y aceite, manchando el lujoso *lectus*.

—Germánico, nuestro invitado no pertenece al ejército —lo distrajo Tiberio, tratando de socorrer el estupor del prefecto.

—Entonces le preguntaré al comandante en jefe de los ejércitos imperiales. ¿Qué ha averiguado Tiberio durante este invierno sobre las emboscadas de Arminius?

—Que yo sepa, Arminius sólo ha tendido *una* emboscada, por lo que podríamos considerar tu plural como un recurso demagógico y descarado, por no decir insultante —replicó Tiberio.

—Pensaba que en las cenas familiares se podía hablar con la confianza propia de los familiares —añadió Germánico.

—Y eso no priva a los familiares del debido respeto que se merecen —añadió Tiberio.

—No quería dañar el respeto de nadie, pero si Augusto me envía a los ejércitos tengo que preguntarte por el desarrollo de la campaña.

—Conoces el desarrollo de la campaña, y en cuanto a los detalles de la misma es a Augusto a quien debo informar cada día si fuera necesario, y no a ti.

Germánico se quedó inmóvil de pronto, como una estatua, y el prefecto habría jurado que se trataba de una reproducción de Marte.

—Y que sepas que asistir a esta cena con el polvo pegado a las caligas no es la mejor forma de mostrar respeto a tu padre —añadió Tiberio.

—¿Y cuándo debo preguntarte por los asuntos que realmente me ocuparán en el ejército, padre? —insistió Germánico, dejando el *cochlear* sobre el *repositorium*. Extendió el brazo sin apartar los ojos de Tiberio y mojó los dedos en una fuente sostenida por un esclavo, en los que se los limpió.

—Eso corresponde a la luz del día y al *prætorium* —respondió Tiberio.

—En ese caso —Germánico se levantó bruscamente—. Disfrutad de la cena. Yo he venido a vengar a Roma. Hablaremos a la luz del día. —Y diciendo aquello se despidió y abandonó la sala.

El prefecto de Colonia logró recuperar el apetito tan pronto fue librado de la presencia de Germánico.

—¿Es siempre tan irritante y descarado? —preguntó a Tiberio.

—Curiosamente no, es la primera vez que se muestra así. Es como si sufriese esa rara enfermedad que despiertan los aullidos de los lobos en los inviernos de las Galias. Pero estoy seguro de que es la presencia de Germania y el deseo de grandeza así como el recuerdo de su padre lo que le trastorna. Yo he pernoctado durante meses a orillas del Albis, tan lejos como fue Drusus en su primera incursión. Conozco el campo de batalla, conozco a los germanos y no merezco este trato por parte de un joven arrogante que se cree el conquistador de Germania sólo porque exhibe ese nombre.

—He oído cómo lo aclamaban las legiones, y me parece injusto —añadió el prefecto, adulator—. La novedad enternece a los sentimentales legionarios.

—Germánico tendrá que adaptarse a las decisiones de mi mando.

A la mañana siguiente y antes de que saliese el sol, Germánico y Agripina ya estaban en los campamentos de Colonia. Amaltea habría jurado que su señora no había pegado ojo en toda la noche. Los soldados se sorprendieron ante la aparición del hijo de Drusus. Se instalaron en el pretorio y se reunieron a desayunar con los mandos. Los hijos de Germánico eran agasajados como si de los dioses gemelos se tratase. Comenzó a hacer indagaciones para procurarse una villa sencilla en el seno de los grandes campamentos. Dijo, en voz bien alta para que todo el mundo se enterase y para que corriese la voz, que había denegado la oferta de su tío Tiberio y del prefecto y que prefería empezar a seguir el estricto código militar y moral de su

padre, Drusus, por quien propuso varios brindis, en lugar de llevar una vida cómoda en el palacio de la ciudad. Esto sin lugar a dudas avivó los sentimientos de complacencia por parte de los soldados, sobre todo los de rango medio, los muchos centuriones y prefectos y comandantes de guardia que compartían el comedor de campo de oficiales; un tribuno de caballería se aproximó a él y le comunicó que había alguien que quería hablarle en persona y sin mediaciones.

—¡Casio Querea! —exclamó Germánico, pues recordaba perfectamente ese nombre desde que su abuelo le mencionara la gesta de Teutoburgo, y la fidelidad que había mostrado hacia su primo Cayo, el hermano de Agripina, en Armenia—. Debemos encontrarnos cuanto antes.

Tras el copioso desayuno y muchos conocimientos espontáneos, al aproximarse tantos hombres para saludarlo, a quienes recibía con su acostumbrado brío, decidió acceder al encuentro con Casio Querea. Hizo que viniese y lo recibió en una sala apartada que había solicitado a tal fin. La naturalidad con que Germánico había llegado al campamento parecía surtir un efecto que muy pronto contrariaría a Tiberio; Germánico parecía ser *ipso facto* el comandante en jefe de todas las legiones de la frontera, y todos accedían a sus proposiciones casi con placer.

La puerta resonó con firmes golpes y Germánico consintió.

Allí apareció el prefecto Casio Querea, acompañado de dos hombres que lo habían escoltado hasta el lugar y que se quedaron tras la puerta, que volvió a cerrarse. Casio era exactamente lo que Germánico esperaba encontrar. Algo mayor que el príncipe, su rostro curtido por algunas cicatrices y su fibrosa complexión física conferían a Casio Querea la credibilidad del «Hombre Más Valiente Del Imperio» en palabras del propio Augusto, quien había ordenado a Tiberio que lo condecorase.

—Me siento honrado por la presencia del admirado Casio Querea —reconoció Germánico con devoción.

—Lo mismo debo decir yo ante el hijo de Drusus, al que su abuelo tanto quiere —añadió Casio—. Recibí los honores de Augusto y quiero, si la muerte no me lo permite, que su nieto le transmita mi gratitud.

—Germánico ha venido para ser el amigo de los soldados, además de su comandante —anunció Germánico—. Te agradezco lo que dices y se lo comunicaré a Augusto. ¿De qué quieres hablar?

—De asuntos que no he querido compartir con el actual comandante en jefe —advirtió Casio secamente, quizá para observar la reacción de Germánico.

—¿Planeas traicionarlo?

—No, sólo son asuntos de una importancia menor que reservaba para alguien más cercano al ejército, de alguien más preocupado por su enemigo.

—Sentémonos —pidió Germánico.

—Durante este tiempo he estado haciendo numerosas averiguaciones sobre el

desastre que trajo la ruina a Varus, y he llegado a algunos conocimientos que considero de gran importancia.

Germánico perdió la noción del tiempo y decidió informarse a fondo y desde el principio. Las preguntas remontaron la corriente del tiempo en busca de las fuentes desde las que fluía el desastre. No sólo supo de las corruptas decisiones de Varus, sino que en todo momento pudo componerse una idea clara del plan de Arminius y de cómo había sido ejecutado con la maestría de un general romano. Arminius contaba con fuerzas difíciles de controlar, pero al menos en aquella ocasión había demostrado un enorme liderazgo, ésta había sido la clave del principal desastre. Supo todos los pormenores de la batalla, que trató de reconstruir en su mente. Casio abandonó los buenos modos para hablar con pasión de cada uno de los pasos que dieron antes y durante la huida. Después habló elogiosamente de la intervención inmediata de Lucio Nonius Asprenas, quien había simulado un gran movimiento de tropas hacia la frontera y quien había persuadido a Arminius, con esos movimientos, de que no lograría las cabeceras de los puentes del Rhenus sino con profusos derramamientos de sangre, con lo que el germano pareció dedicarse a disfrutar de la victoria que había logrado.

Germánico pudo conocer la situación real de cada línea fronteriza, pues mucha de esa información le era escamoteada en Roma, donde Livia y sus agentes procuraban que la estancia de Tiberio resultase a todas vistas victoriosa y la responsable de la contención de la inminente invasión de los pueblos del norte. Nada más alejado de la realidad, según Casio: pues los combates de Arminius habían sido selectivos y había logrado que sus tribus se dedicasen a expoliar y destruir todas las fortificaciones romanas ubicadas en las rutas abiertas por Drusus, por Lucio Domitio y otros muchos generales de menor valía y rango, para que cualquier acción inmediata de los ejércitos imperiales caminase a ciegas por las rutas más conocidas.

Supo que había sido sólo demagogia de Tiberio mostrarse enérgico a unas pocas yardas de la frontera, mientras se perdía hasta el último palmo de tierra conquistada a lo largo de los últimos treinta años de guerra en Germania Magna, y Arminius se dedicaba a destruirlo todo. Además, Casio habló de las numerosas empalizadas que habían sido abandonadas y posteriormente quemadas, de las guarniciones sorprendidas por las hordas que fueron reducidas inmediatamente, saqueadas y destruidas. Todo ese panorama causó una honda impresión en Germánico, que se puso a llorar no como lo hacen los niños, sino como lo hacen los soldados, desbordada y amargamente. Era como si aquella derrota la hubiese sufrido él mismo, y poco después de serenarse continuó interrogando a Casio. Sus ojos volvieron a mirarlo con la fijeza de un ave rapaz y parecía determinado a destruir el nombre de Arminius aunque en ello tuviese que empeñar su propia vida. La ambición conquistadora del joven se veía a la vez frustrada y excitada por la funesta existencia

del caudillo germano al que, por otro lado, reconoció un digno enemigo.

—Es verdad que ha sabido aprovechar todas las debilidades de su oponente, y sabes que Roma, a pesar de actuar siempre con su honor, también supo ser astuta en numerosas batallas. Recuerda sólo cómo Cayo Mario se apostó ante los teutones a orillas del Rodanus. Los dejó que provocasen a sus ejércitos y a su propio nombre un día tras otro, poniendo a prueba la paciencia de su enemigo, pero ¿cuántos no pensaron que Cayo estaba siendo un cobarde...? Los siguió durante días hasta que encontró la forma de sorprender a su superior enemigo y de derrotarlo. No nos engañemos aquí ahora, conscientes de que queremos verlo muerto: la verdad es que Arminius ha obrado astutamente y ha ganado ponderando sus fuerzas, como todo gran comandante.

—Yo también lo he pensado a veces —reconoció Casio—. Me he culpado por ello y me he mordido la lengua al pronunciar esos pensamientos, pero es la verdad. Superada mi culpabilidad ha de reconocerse la verdad.

—¿Y qué sabemos sobre él? —preguntó Germánico inmediatamente.

Casio Querea se embarcó en la parte más fascinante de su relato, y las noticias sedujeron de tal modo los oídos de Germánico que éste perdió la noción del tiempo. Desde luego que los aspectos personales sobre el origen de Arminius siempre habrían resultado de algún interés, pero no esperaba saber nada más, aparte de que se tratase de un bárbaro especialmente ingenioso. Pero el relato de la estancia de Arminius en las legiones, el conocimiento y la protección de Veleius Paterculus así como su desertión durante la campaña de Panonia agudizaron el interés del príncipe. Después Casio le habló de su árbol genealógico, del padre de Arminius y de Cayo Sentio Saturnio, de Segest y de Thusnelda, del rapto de ésta y del matrimonio contra la voluntad del padre, y sobre todo de su hermano Flavus.

Al principio Germánico se levantó de la silla precipitadamente y pidió la cabeza de Flavus. No entendía por qué Casio no lo había degollado allí mismo para escarnio de su hermano. Pero después se sintió estúpido y se disculpó ante el prefecto, pues supo que Flavus era un renegado absoluto, y que odiaba a Arminius de tal modo que sería capaz de cortarle él mismo la cabeza si tuviese la oportunidad de hacerlo. Casio iba a continuar desarrollando lo que debía ser un plan secreto, cuando la puerta resonó con unos golpes.

Al parecer Tiberio se impacientaba esperándolo. Germánico y Casio se despidieron hasta la tarde, y Germánico partió en busca de Tiberio. Su tío, padrastro y a la vez comandante lo recibió con frialdad, vestido con piezas de bronce de gran categoría, en el pretorio.

—¿Cuál será mi parte del ejército? —fue la primera pregunta que hizo Germánico, y la hizo en voz alta.

Tiberio se sintió incómodo.

—Mientras yo esté al mando, desempeñarás las funciones de segundo según las indicaciones de Augusto.

Germánico se acercó peligrosamente a su padrastro y respondió, esta vez en voz baja, junto a su oído derecho:

—Yo no obedezco órdenes de Livia ni de ninguna otra matrona que pretenda ordenar los ejércitos.

El comentario debió enfurecer tanto a Tiberio, que éste abandonó la sala y no le dirigió más la palabra durante semanas.

Después se enteró de que Germánico había decidido trasladarse con su familia a una vivienda cercana al pretorio, para lo cual y tras recibir grandes ovaciones al revisar una formación de doce cohortes, solicitó permiso para ocuparse de sus pequeños y de su mujer Agripina. Lo hizo casi a gritos, voceando desde un caballo por encima de las cohortes a Tiberio. Éste no tuvo más remedio que concederle el permiso, al ver la gran simpatía que despertaba cada una de sus jugadas en las cohortes, pues habiéndose negado sólo habría conseguido aumentar su ya de por sí considerable impopularidad.

Germánico ordenó la llegada de sus enseres y se reunió con Agripina, Amaltea y varias docenas de esclavos que los acompañaron desde Roma. Despidieron algunos cuya procedencia no era de absoluta confianza y Germánico volvió a recibir a Casio. Éste reconoció haber sido interrogado por uno de los legados más fieles a Tiberio. Germánico, consciente de lo que pasaba, le pidió a Casio que crease para él y para su familia una guardia de *corps* que velase día y noche y que jurase protegerlos ante cualquier circunstancia.

—Encontraré hombres que darían su vida sin pestañear por proteger las costillas del hijo de Drusus y de la hija de Julia. Después de Teutoburgo y con las injusticias y los malos regímenes propios de Tiberio, eso será muy sencillo, mi general.

No tuvieron apenas tiempo para detallar los planes que habían quedado interrumpidos por la llegada de Tiberio, y Germánico consideró de máxima importancia contar con una protección inmediata e incondicional que garantizase la vida de su familia durante sus futuras campañas.

Las cartas de Augusto a menudo parecían contradictorias. Germánico decidió no tomarlas en serio, porque se dio cuenta del descaro con el que Livia estaba controlándolas. Recibió extraños correos en los que Augusto le reprochaba mil veces sus insolentes actitudes ante Tiberio, que contaba con la potestad tribunicia y que, le recordaba, era su gran heredero. Todo ello ya no amedrentó a Germánico quien, al contrario, se dio cuenta de que Tiberio tenía miedo de la frontera, y por ello exageró mucho más sus así llamadas «insolencias».

Hacía comedidos y graciosos desplantes al comandante durante las revistas y contradecía sus órdenes ante muchos legados, disculpándose encarecidamente

después y sugiriendo cientos de preguntas incómodas que ponían de manifiesto no el desconocimiento sino el hastío y el desinterés que a Tiberio le provocaba aquella estancia en la frontera de Germania, un lugar del que estaba completamente harto. Germánico recordó cómo Cayo Mario se quejaba de sus mandos durante la campaña de África, y cómo los desprestigiaba una y otra vez ante Roma: recurrió a sus tácticas aplicando la historia que, como decía Claudio, siempre se repetía de manera cíclica.

Con gusto habría solicitado informes a su hermano para que le detallase más todavía los procedimientos de Cayo Mario, pero no quería poner en evidencia al que se había convertido, por su aspecto tan poco agraciado, en el mejor espía de Augusto en el seno de la familia. Germánico se preguntaba cómo terminaría el duelo entre Augusto y Livia, que ya era declarado a nivel interno, y cómo lograría el anciano eliminar la influencia de Livia. Agripina le dijo una noche:

—Ella tiene ventaja, porque él desea cortarle las manos, pero ella le cortará la cabeza. Ya está acostumbrada a eliminar lo que se opone en su camino; sabe que este es el último acto de la tragedia, y quiere salir vencedora.

Germánico, sintiéndose presionado, estalló de ira, impotente, y le preguntó si debería ir a Roma y cortarle él mismo la cabeza a su abuela.

—Eso es algo que sólo a Augusto le corresponde hacer sin sufrir injustas consecuencias y es su propia dignidad hacia la familia lo que le impide hacerlo.

Luego ella lo tranquilizó y le hizo ver que su papel era el que cumplía y que no podía ni debía hacer más de lo que le correspondía.

La escasez de noticias fiables desde Roma y algunas misivas directamente firmadas por Livia no agregaron novedades al respecto, pero las legiones se movilizaron. La guardia personal de Germánico pareció al fin ganarse la confianza del *pater familias* cuando Casio Querea quiso permanecer en Colonia hasta que hallasen a otro jefe de personal que fuese tan de confianza como lo era el prefecto. Casio accedió, diciendo que de ese modo podría preparar el plan secreto contra Arminius.

La situación fue crítica cuando una noche Trasilo, el adivino, volvió a aparecer en la calle donde se levantaba la pequeña villa de Germánico.

Germánico detestaba la presencia del adivino de Tiberio. Era uno de esos seres que repudiaba mortalmente desde hacía muchos años, pero más aún cuando supo su origen, que procedía de los extraños y oscuros años en los que Tiberio deambuló por el *Mare Nostrum* oriental, y al saber que se trataba de un adivino oportunista que sangraba las pagas de muchos altos mandos con sus dudosos servicios. Germánico era supersticioso y tenía aprensión por las brujerías. Aunque atribuía los errores a la fatalidad del mundo, y sobre todo a la incompetencia humana, temía cierta clase de hechicerías. Trasilo quiso leer sus estrellas en más de una ocasión, pero Germánico se manifestó bruscamente en contra cuando insistía, y al final le prohibió que le

dirigiese la palabra, para mayor desprecio a los gustos de Tiberio. Pero Germánico había oído hablar ya demasiado acerca de venenos y de muertes inesperadas entre sus primos y antepasados, y sospechaba de la casual aparición de Trasilo en las calles que rodeaban el pretorio de Colonia.

Aquella tarde Casio Querea, que era de la misma opinión, aunque el hombre menos supersticioso del Imperio, si ello era posible, salió a la calle y fingiendo que no sabía quién era Trasilo, para impedir que se escudase en su amistad con Tiberio, y sin dejarle tiempo para que hablase, se acercó y le propinó tal codazo a la altura de la barbilla y el cuello, que el adivino cayó desmayado.

Germánico temió que el violento soldado lo hubiese matado, pero afortunadamente estaba vivo.

—No sirve de nada dar una lección si el sujeto no tiene la oportunidad de aprenderla —advirtió Germánico.

—Tampoco sirve de nada el castigo si el sujeto no tiene oportunidad de sufrirlo —añadió Casio fríamente.

Agripina llegó a reírse en privado cuando supo la noticia, pues se había convertido en una obsesión de ella que Tiberio trataría de envenenar a sus hijos.

Aquella misma noche Casio y Germánico se presentaron en el palacio de Colonia para disculparse ante Tiberio de lo sucedido, mas fueron acompañados por más de cien soldados, que querían, aparentemente, felicitar a su gran comandante Tiberio.

La farsa adquirió proporciones monstruosas cuando Trasilo despertó y sufrió un ataque de pánico ante la presencia de Casio Querea, que se acercó para besarle las manos. Tras arrojar numerosas maldiciones, Trasilo fue atendido por los médicos y Germánico se disculpó de nuevo ante Tiberio.

—Has estado a punto de matarlo —gruñó Tiberio, impotente. No podía ordenar el asesinato de Casio ante Germánico, que informaría a Augusto, y menos aún con un centenar de dudosos legionarios a las puertas de su casa.

—Me extraña que Trasilo no adivinase lo que iba a sucederle esta tarde... —se burló Germánico.

Tiberio abandonó las promesas hechas a Trasilo y se propuso evitar a su sobrino en la medida de lo posible, recriminando a Trasilo por haberse acercado a su domicilio.

Tiberio evitaba las confrontaciones, e incluso llegó a enviar varios regalos a Agripina, de quien, lo sabía, procedían los comentarios que habían despertado tal inquina en su sobrino. Ya había entrado el año 11 d. C. y por mediación de Livia aquel Lucio Casio Longino, el detestable prefecto de Colonia, había abandonado su cargo para suceder como cónsul *suffectus* a Tito Estatilio Tauro tras su primer mandato de seis meses. Germánico se dio cuenta de que era una nueva maniobra para dificultar o al menos controlar mejor a Germánico en Colonia. Esto le importó más

bien poco mientras su prestigio continuase aumentando en las legiones.

Las campañas de aquel año no fueron en absoluto gloriosas, pero sirvieron para exhibir una gran fuerza en Germania. Abandonaron los puentes de Colonia y desde allí recorrieron la orilla derecha en busca de los asentamientos de las colinas. El único que participaba personalmente en los ataques era Germánico, quien trataba de acalorar el coraje de los legionarios, que se mostraban demasiado acobardados en territorio enemigo.

Llegaron hasta la desembocadura del Rura, frente a los campamentos de Asciburgium, y Germánico puso en marcha a sus tres legiones hacia el interior. Pero Tiberio, al mando, logró imponer su criterio y retrocedieron después de espantar tres o cuatro asentamientos germanos, dejándose insultar por los sugámbrios, que los seguían a caballo por encima de las colinas.

Germánico tenía la desagradable impresión de que se había perdido absolutamente todo y de que aquellos años sólo habían servido para hacer mapas borrosos e inciertos de las tres o cuatro vías de acceso básicas hacia el interior de Germania. Los territorios de los queruscos continuaban pareciéndoles una tierra de leyenda ubicada más allá de Teutoburgo, alrededor del monte Melibocus. Sabía que entre los montes Semana y la barrera oriental de los Sudeta se extendía una tierra salvaje, densamente boscosa y casi desconocida que sólo había pisado Tiberio cuando planeaba atacar a Marbod después de enfrentarse a los longobardos y a los hermúnduros, por donde fluían cientos de afluentes que irrigaban el cauce del Albis. Si las legiones caminaban acobardadas frente al Rhenus, eso significaba que se había perdido todo lo que habían conseguido hasta entonces.

Con aquellos escasos resultados y sin aventurarse a mayores desafíos, Tiberio ordenó la retirada y envió informes en los que al parecer hablaba de la ausencia de peligros para la frontera, anunciando mayores campañas para el año siguiente, pues consideraba que lo fundamental era fortificar la línea del Rhenus y después reconquistar y reconstruir las líneas de acceso a Germania a través del Rura, del Siga, del Adrana, y del Mœnus. Volvieron a Colonia por el mismo camino y ordenaron la creación de fortificaciones para proteger los puentes de la ciudad, que eran los más grandes y emblemáticos.

Poco tiempo después y con la llegada de las lluvias, Germánico conoció a Flavus, que había hecho traer a Colonia por recomendación de Casio Querea. Flavus le pareció un germano de aspecto hosco, recio como un árbol joven, en el que se verificaban las características con las que eran definidos los queruscos: muy fuerte y posiblemente poco resistente, ancho y alto, pálido y de ojos azules y con una larga cabellera rubia, algo rojiza, que le había valido el sobrenombre latino con el que era conocido entre sus mandos. «*Segiferus Leo Flavus*», Segifer, el León Rojo.

Germánico se dio cuenta de que no podía sacar mucho de él que ya no supiese,

pero decidió incorporarlo al ejército de Colonia tras solicitar su traslado. Lo hizo con gran disimulo y prácticamente en secreto, para evitar que los observadores de Tiberio reparasen en su presencia y lo interrogasen. Casio Querea, sin embargo, parecía entusiasmado con un nuevo plan que sólo podrían poner en práctica cuando Germánico lograra encabezar verdaderas ofensivas contra el territorio interior de los germanos.

Mientras tanto el destierro de Julila había sido hecho efectivo, si bien Augusto había ordenado a Livia que no dispusiera ella misma de la forma del mismo, y se encargó de ubicar a Julila en otro lugar menos austero y vigilada por sus propios hombres. Esto debió enfurecer a Livia, supuso Germánico, pues Augusto continuaba bloqueando los movimientos con los que su esposa, había dominado el futuro y el presente de la familia, creando un horrible pasado para todos ellos.

Germánico y Agripina se preguntaban en qué medida aquel duelo terminaría por acabar con el Padre de la Patria, y sospechaban que Livia recurriría de un momento a otro a todas sus armas para detener aquel veto que iba imponiéndose contra sus designios. Una vez descubierta era sólo cuestión de tiempo que todo acabase como el emperador determinaba, mas preservar la dignidad de ella dificultaba doblemente la tarea que se habría resuelto de un golpe. Augusto temía no sólo el escándalo sino las consecuencias indirectas que podría ocasionar un acto así, cuando Livia llevaba años firmando actas y documentos con un duplicado de su sello, y, en esencia, gobernando en su nombre.

Llegó un mensaje de Augusto que requería la presencia de Germánico y de su esposa en Roma para la celebración de los juegos navales, dejando a Tiberio al mando del ejército durante el invierno. Germánico supo que aquella decisión era indudablemente de su abuelo, pues sabía que Tiberio estaba harto de la frontera y no hacía más que perjudicarlo, y decidió partir con su familia rodeado de su guardia y con varios cientos de esclavos galos que había comprado y equipado a su costa para garantizarse mayor seguridad. Recordó la muerte de su padre al llegar al Rodanus, y en ningún momento acicateó su caballo en busca de impetuosas carreras.

Claudio encontraba cierto gusto en atender un pequeño terreno de su hacienda. Germánico lo había visitado en el transcurso de su estancia en Roma y un día había decidido ayudarlo a pesar de la oposición que éste había mostrado hacia el ofrecimiento. Germánico le ayudó a limpiar de arbustos muertos una parte del jardín, pues le parecía que esta tarea era de las más pesadas. Claudio estaba asustado, pues sabía que nadie debía enterarse de que ellos se dedicaban a semejantes trabajos, ni siquiera por placer. Para eso estaban los esclavos. La gente sobrellevaba con indiferencia las excentricidades de Claudio, pero se esperaba otro comportamiento de Germánico. Sin embargo fue imposible y su hermano puso manos a la obra con la premura de un legionario que va a levantar una nueva empalizada.

Arrancó las ramas secas de romero y las puso entre los desperdicios. Germánico había tirado enérgicamente de la mata. Vio que Claudio se agachaba con la dificultad que siempre le ofrecieron sus defectuosas piernas para recoger algo. Puso los dedos entre las ramas. Germánico se inclinó, curioso. Vio cómo una pequeña araña trepaba por los gruesos dedos de Claudio. En cualquier otro caso no habría reparado jamás en algo tan pequeño.

Claudio se la enseñó.

—Cojea. Como yo.

Su hermano no supo que decir. La minúscula araña se movía por los dedos de su hermano arrastrando dos patas casi invisibles, inutilizadas por la pequeña catástrofe que habían causado sus manos. Se sintió extrañamente culpable. Su hermano crecía ante él de un modo insospechado. Claudio tenía la virtud de enseñarle cosas que él jamás habría podido aprender. Le pareció de una bondad sobrenatural, un hecho que, al menos, era capaz de admirar en medio de un mundo de mentiras.

Claudio dejó que la araña saltase tendiendo un hilo sobre las ramas verdes de otra mata.

—Me dan pena —dijo Claudio—. No es que me pase el día mirando esas pequeñeces, pero si me encuentro con ellas, pues procuro ayudar.

Germánico se quedó callado, mirando con serenidad en los ojos de su hermano, que empezaba a vacilar, incómodo.

Entonces Germánico pensó en la brutalidad que había segado las vidas de los hermanos de Agripina y la comparó con la bondad innata con la que Claudio se inclinaba para salvar la vida de una insignificante araña que no se merecía más la muerte que cualquier otro ser vivo, y reparó en la facilidad con la que se mataba sólo por precaución, recurriendo a las formas más viles de tormento. Se acordó de Póstumo. Fuera de un campo de batalla y sin armas en la mano, le parecía

inconcebible dar muerte, pero había otras personas que mataban con indiferencia, placer y deshonor.

—Algún día levantarán templos consagrados a tu persona, Claudio.

Su hermano se encogió de hombros.

—Sí, Claudio, algún día se hará así como yo te digo.

—Los templos serán para Germánico.

—No. Germánico sólo es un hombre de guerra. Tú podrías enseñar cosas a los hombres y mujeres de Roma. Germánico sólo será ceniza en un templo de Claudio.

—¿Y qué será de Póstumo? —preguntó Claudio oportunamente.

Germánico se cruzó de brazos, pensativo.

—Si lo supiese...

—Todavía no te ha dicho nada Augusto —aseguró Claudio—. Lo temía.

—Me dijo que debíamos tener esperanza y no quiso revelarme nada más. Tampoco pude insistir. Augusto es muy mayor y temo por su fin. Livia continúa controlando el correo gracias a sus agentes. Pero Póstumo sigue vivo y esa es nuestra mayor esperanza. Que todo cambie en el último momento.

—Ves muy cercana la muerte de Augusto —dijo Claudio. En realidad su hermano le daba gran seguridad y esa era la razón por la que en su presencia casi nunca tartamudeaba.

—Se aproxima; tengo muchas pesadillas. ¿Recuerdas aquella vez, cuando fuimos a visitar el oráculo de las Sibilas en las cuevas del Gauro?

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Pues esas palabras que tantas veces tuve que repetir para lograr memorizar de niño ahora me persiguen en sueños. Era una terrible profecía y sólo ahora he llegado a comprenderla.

—¿Por qué no las repites?

Germánico recitó las palabras que aquella monstruosa y demente adivina había dejado escapar entre sus labios con voz de trueno:

*Gira así la rueda para los hijos de Drusus:
El último tiene lo que el primero merece,
El segundo prepara un baño al primero,
El primero se pudre donde el último florece.
Tres águilas en el cielo se ahogarán,
el cachorro de la loba que hoy acosan
Mañana sus alas a dentelladas arrancará.
Corrompidos caerán los frutos del Árbol Claudio,
Cuando la Diosa de Roma pode sus ramas.
Un cachorro sangriento y plumas imperiales,
Un idiota consagrado por el sacrificio*

*La que gobernará el Secreto de Vesta,
Sin quererlo, salvará como imperial novicio.
Veneno del Rómulo hecho Quirino enfurecido
Rociará en los sueños del segundo César,
la misma loba que a Rómulo amamantó
Cría hoy al cabelludo vástago de Sísifo.*

—Las tres águilas son las de Varus, destrozadas por el lobo germano —explicó Claudio.

—Y los frutos del Árbol Claudio son sus descendientes, que han caído muertos y podridos cuando la Diosa de Roma ha podado sus ramas.

—Livia. ¡Esa es Livia! Las plumas imperiales y el cachorro sangriento se refieren a nosotros, y el imperial novicio serás tú.

—No puede ser, Germánico, eso no puede ser. A mí me parece que será emperador aquel que recibió las plumas imperiales, o sea, tú. Y yo seré algo así como tu ayudante.

—El veneno que rocía los sueños de Augusto está presente en la profecía. Hacía años que Livia ocasionaba pesadillas a Augusto, hasta que éste se ha librado de ella en los últimos tiempos. ¡Por todos los dioses...! Todo estaba allí, dicho, cuando fuimos niños...

—No soy muy inclinado a creer en sibilas, pero he de reconocer que la traición de Livila también es mencionada cuando se refiere al baño preparado por el segundo hijo de Drusus, que no es otra sino ella.

—Y el cabelludo vástago de Sísifo...

—Tiberio —murmuró Claudio en voz baja.

—Que me parta ahora un rayo si esto es falso o si un dios se burla de nosotros... —pidió Germánico.

—¡Deja a los dioses aparte! —suplicó Claudio—. Tiberio es temible. Casi no he podido pensar en otra cosa aparte de lo que me contaste de Antonia y de su hermana. Pobre Julila... violada por su padrastro una y otra vez.

—Y mientras tanto nuestra hermana acusa falsamente a Póstumo de intentar violarla y Livia logra enviarlo al destierro. Cada vez que lo pienso se me cierra una niebla sobre la mente y empiezo a dejar de pensar...

—¡Tienes que ser frío! —exclamó Claudio—. Acuérdate de los grandes romanos. Desacredita a Tiberio frente a sus legiones, recobra el máximo poder y espera. Y sobre todo no dejes que nada que venga de ellos se acerque a ti o a tu familia.

—¿Será eso posible en estas circunstancias? Temo por el veneno de Livia en cada palabra que oigo o en cada alimento que me hecho a la boca. Deseo cortar la cabeza a mi propia abuela, y a veces pienso si no nos habremos vuelto locos todos.

—En el fondo no podrías hacerlo.

—¿Volverme loco?

—No. Matarla. Tú no eres como ella. Esa es la ventaja con la que ha contado desde el principio frente a quienes se han puesto en su camino. Que ella carece de escrúpulos que para otras personas son indispensables. A ti te vuelve loco pensar en algo que ella haría sin pensar dos veces, y que después lo celebraría con sus mejores amigas.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —vaciló Germánico.

—No puedo convencerte de ello...

—¡Ya lo sé! Yo también lo veo claro, pero cuando pasa cierto tiempo y veo de nuevo a mi abuela, esa anciana, entonces dudo de mí mismo y quisiera ser otra persona, estar en otro lugar, muy lejos... Pero después deseo matarla. A ella y a Tiberio. Todo acabaría de un golpe.

Claudio trató de serenarlo, pero Germánico abandonó el jardín, se marchó agitado y no volvió a verlo en mucho tiempo. Durante las primeras semanas temió que una terrible noticia asolase Roma. Temió con cada mensajero y con cada comentario que llegaba apresuradamente a sus oídos. Temía esa frase, temía escuchar el nombre de Germánico manchado con la sangre de su propia familia. Temía que Germánico se ensuciase con seres tan viles como Tiberio, que sus impulsos fueran más fuertes y que un día la cabeza de Tiberio rodase por la escalinata del Senado, cercenada por la espada de Drusus, de su propio hermano, blandida por un Germánico enloquecido. O incluso peor, que Germánico diese muerte a Livia durante el sueño. Aunque eso era mucho más difícil, dado que ella estaba bien protegida por una nueva guardia de terribles germanos que le habían jurado devota protección a cambio de divertirse y de tener inmunidad en la gran ciudad. Si mataba a Livia sería de un golpe y en público, y eso sólo traería la ruina de Germánico. Se serenó cuando supo que éste había partido hacia Colonia de nuevo y que su prima Antonia y sus dos hijos estaban sanos y salvos.

Entretanto, Claudio se enteró de otra decisión de su abuelo: el viejo Augusto indultaba a un libertino de tendencia republicana, llamado Sixto Aulio. Había sido prefecto de Lugdunum durante años, amasado una inmensa fortuna y levantado una de las villas más lujosas de Roma. Sus orgías alcanzaron cotas de lujo y placer inimaginables. Pero se había atrevido a criticar la política exterior de Augusto ante el Senado y eso había bastado para que fuese encarcelado y privado de todos sus bienes.

La liberación de Sixto Aulio fue aplaudida en silencio. Muy pocos lo vieron abandonar los calabozos del Senado, donde había sido confinado por orden de Augusto, y donde había tenido que vivir apartado de los placeres de la gran fortuna. Pero fue uno de los indultos concedidos por el emperador como reconocimiento a las duras críticas que Galo, Haterio y Escauro habían dedicado a la desastrosa campaña de Varus y a la mala gestión de las Germanias, denunciada con anterioridad por

senadores como Sixto Aulio.

Su liberación llegó como el vuelo de Alcione a las tinieblas de la prisión senatorial. Sixto sólo escuchó las voces de sus captores, que volvían en un momento indeterminado del día. El preso supuso que su muerte se avecinaba y esperó que fuese una ejecución con público. Envidió a los gladiadores y a los condenados *ad bestias* por sus horas de gloria en el pórtico arenoso de la muerte. La única ventana de su calabozo daba a un patio gris al que jamás accedían directamente los rayos solares. Entonces las voces se hicieron más fuertes y la puerta se abrió.

—Ya no comerás más habichuelas, senador —carraspeó la voz de su guardia, mostrando los dientes cariados de la sucia boca.

Sixto nunca respondía a los escarnios de sus verdugos. Había desarrollado una astuta actitud de superviviente y, aunque nadie lo hubiese creído, había sobrevivido a la carestía de lujo, algo que incluso a Augusto le sorprendía. Muchos decían que Sixto Aulio se convertiría en un gran filósofo. Y así había sido. Había aprendido a no responder jamás a la violencia con violencia, a no dejarse engañar con falsas esperanzas, a no resultar insolente o intelectual, a no mostrarse nunca arrogante o superior, a ser como una parte inanimada de la habitación ante la cual ningún vigilante reparaba, parte del silencio, del tedio y de la nada que deambulaban por aquellos corredores intemporales, hasta que la muerte abriese su puerta y se lo llevase en silencio.

Pero esta vez no hubo plato de chirimías duras ni verdura pasada, ni fruta medio podrida, que era todo lo que le servían los guardias. Augusto era muy generoso, pues trataba de mantenerlo con vida para prolongar su escarmiento. Sabía que Augusto deseaba escuchar que había muerto, y era consciente de que el mayor desafío ante la sutileza de un emperador inteligente era resistir a su escarnio. En cuanto a la escasez de alimento, Sixto sabía perfectamente que eso era cosa de Livia. Augusto tenía más honor, pero cometía el desagradable error de desentenderse del cumplimiento de sus castigos, donde los secuaces de Livia se dedicaban a cobrarse venganza.

Un rostro afeitado entró en las penumbras.

La luz de la ventana caía como una mortaja gris en el cavernario calabozo.

—¡Senador Sixto Aulio! —lo saludó una voz conocida—. Hemos venido a sacarte de este lugar. Tu presidio ha finalizado.

Galo no conseguía reconocer a aquel hombre. Se acercó y sin miedo alguno, aunque con un rictus de repugnancia, se inclinó ante lo que parecía ser un sucio vagabundo.

—¡Vergüenza de los dioses...! —exclamó—. ¡Eh, patanes! ¡Hablo con vosotros! ¿Es este verdaderamente el hombre que buscamos?

—Sixto Aulio Rutilio —repuso uno de los guardias.

—Pues ahora dejad que mis esclavos lo afeiten y lo laven, porque ni siquiera

puedo reconocerlo.

—Está mucho más delgado —añadió otra voz, y el coro de risas se alejó por el lúgubre corredor.

—Está bien, soldados, hasta hoy podíais reiros de este hombre, pero con un senador de Roma por testigo ese escarnio os puede llevar al interior de la misma celda que él ocupa por mucho tiempo. ¡De modo que cuidaos!

Los esclavos sentaron a Sixto Aulio en una silla y le quitaron las andrajosas vestiduras. Después lo lavaron, lo afeitaron y le cortaron el pelo, dando vida a ciertos rizos que recorrían su nuca cuando había sido uno de los sibaritas más famosos de Roma.

—Eres tú... estás vivo —musitó Galo.

—Soy yo, no quería hablar hasta que me vieses —dijo Sixto serenamente—. Como Diógenes, he sobrevivido en mi tonel, con la grave falta de que nuestro Alejandro no ha tenido la delicadeza de apartarse un poco y dejarme ver el sol.

Galo rompió en una estruendosa risa.

—¡Y no has perdido el humor!

—¿Por qué? Es tan barato y a la vez tan útil...

—Formidable, no hay mayor venganza sobre ese Alejandro que tu presencia de ánimo, ¡qué grandeza!

Apoyado en los hombros de dos esclavos, Sixto caminó lentamente hacia la salida. Recorrieron los pasillos y llegaron hasta la salida. Una escalinata y algunos trámites retuvieron al preso. Después abandonaron el sórdido lugar. Sejano y otros secuaces de Livia habían ordenado que Sixto Aulio abandonase el edificio por la puerta dedicada a los esclavos.

Cuando por fin la luz del sol apareció ante sus ojos bañando el portal, recubriéndolo como con una pátina de oro, Sixto se sintió cegado y no pudo ver nada más. Cerró los ojos y recitó aquellos versos de Virgilio mientras los curiosos lo rodeaban:

¡Aprended por mi ejemplo a conocer la justicia

Y a no despreciar a los dioses!

Galo sintió cómo Sixto apretaba su mano y repitió el verso de Virgilio (*¡Discite justitiam moniti et non temnere divos!*), que se refería a Flegias, rey de Beocia, quien después de haber saqueado el templo de Delfos fue precipitado por Apolo a los infiernos y condenado por toda la eternidad a repetir en voz alta aquella advertencia. Sixto sabía que los soldados escuchaban, y deseaba complacer a Augusto en su derrota, ahora que estaba seguro de que al fin con su silencio había vencido a los soberbios. Estaba convencido de que vería morir al viejo emperador. Además era muy conocida la devoción con la que Augusto se postraba ante los designios de Apolo, a quien había mandado construir un templo adyacente a su propia *domus*,

donde guardaba los últimos libros sibilinos que habían sobrevivido a la soberbia de Tarquino.

Galo había entendido al cínico, y repitió la advertencia del único poeta al que Augusto reverenciaba. Se alejaron junto a sus esclavos en busca de las literas que habían de sacarlos de la ciudad en busca de una villa en el campo, donde Sixto se repondría de sus miserias.

EL REY DE LOS BÁRBAROS



Habían recorrido aquella senda en contadas ocasiones. Después de dar caza a un joven *keiler*, Armin deambulaba entre los estanques silenciosos de una selva de hayas. Vitórix resollaba como un animal malherido.

—Pareces cansado —se burló Brumber, que cargaba con el jabalí sobre sus anchas espaldas.

El galo hizo caso omiso.

Delante de ellos Armin continuaba empujando de la comitiva a paso vivo. Las botas de oso estaban recubiertas de barro negro. Los bancos de hojas podridas crujían a su paso. Apartaron unas ramas y entraron en una espesa maleza. Descendieron bruscamente y salieron a un claro.

Estaban en la orilla de un lago. Enfrente, a no más de veinte pasos, se levantaba un muro de piedra. Los árboles viejos dejaban colgar sus raíces por la ladera.

—Es por aquí —murmuró Armin, adentrándose en el agua.

—¿También hay que nadar? —protestó Vitórix.

Brumber volvió a burlarse del galo.

—Podrías preguntarle a Vercingetórix si te dará alas para volar... —le sugirió. Las gruesas pantorrillas del germano chapotearon en el agua.

Armin ya se había adentrado en el lago. Parecía el paso más estrecho de la extensión de agua. Vitórix miraba consternado cómo Wulfsung y Wulfrund seguían a Brumber con el agua hasta la cintura. Se unió a la cola y avanzó tratando de pisar las rocas limosas del fondo, mientras las plantas acuáticas se enredaban tímidamente a sus rodillas.

Armin empezó a nadar. Al pie de las rocas el agua era mucho más profunda. Recorrió el trecho, se encaramó a las piedras y trepó rápidamente. Miró a su alrededor. Unos patos levantaban el vuelo cantando y vio cómo una línea azul cruzaba el espacio de orilla a orilla: era el vuelo de un *guldbläuling*. Lo había estado buscando durante días. Se preguntó si los sacerdotes tenían razón.

Se quedó mirando el lugar en que el pájaro había desaparecido. Lo había seguido por las lagunas y no lograba dar con el nido. Trepó rápidamente por la cornisa mientras sus compañeros le seguían. Una vez arriba, dejó el fardo de piel con el que había cargado y descendió un desnivel terroso y escarpado.

—Esperadme aquí —ordenó mientras se dejaba caer.

—Como siuviésemos ganas de seguirte —comentó Vitórix, malhumorado.

Armin se dejó caer entre las malezas y se abrió paso por la orilla fangosa gracias al puñal. Una vez allí trató de recordar el lugar. Rebuscó durante rato hasta que dio con el escondite: introdujo los dedos en un pequeño nido y miró los pequeños

huevos. Tomó uno de los tres y retrocedió con cuidado de no romperlo. Lo envolvió como mejor pudo y se encontró con sus compañeros.

—¿Se puede saber a qué estamos esperando? —inquirió Vitórix.

—Ya he acabado —respondió Armin, evasivo.

La senda penetró en un bosque de abetos achaparrados y la luz escaseó rápidamente. La humedad comenzó a hacer mella en ellos. El bosque se hizo más y más profundo; Armin siguió adentrándose en aquel santuario de pájaros y bestias hasta que se acercó la noche.

—Yo diría que es por aquí —comentó Brumber, fatigado por la carga del jabalí.

Armin asintió y torcieron por la cañada. A ambos lados los robles trepaban poblando unos montículos rocosos. Las hojas caían bailando al soplo del viento. Poco tiempo después ya casi caía la noche; unas luces rojas empezaron a parpadear en la trama de los árboles. El sendero se ensanchó, los árboles se hicieron viejos alrededor y llegaron al campamento.

Cerunno aguardaba frente al fuego, que ardía al pie de una enorme roca, en el centro. A su alrededor, los cazadores murmuraban sosteniendo largos espetones donde tostaban pedazos de carne. Algunos ya estaban borrachos, otros colmaban sus cuernos con *medhu* y cerveza. Brumber depositó el jabalí sobre una piedra y resopló.

—¡Cómo pesa esa maldita bestia! —protestó.

—No tanto como tú —le replicó Armin—. Si no fueses tan grande no tendrías que cargar con ella.

—Nos pasa por ir sin caballos... —replicó el gigantesco Brumber. Se sentó en un tocón y depositó el cuchillo y otros enseres de caza en el suelo.

—¿Quién va a la caza del jabalí con caballos? —le preguntó alguien.

Armin no hacía demasiado caso. Parecía muy preocupado por aquel hatillo de piel.

—¿Qué es eso? —inquirió Wulfsung, asomando sus barbas ralas por encima del hombro del querusco.

—¿Y a ti qué te importa? —respondió Armin sin mirarlo, guardándose celosamente el hatillo de piel.

—Es algo que cogiste en ese podrido lago, ¿verdad? —indagó Vitórix.

—¡Bah! Dejadme en paz... —Armin se volvió limpiando el puñal en un pedazo de piel.

—¿Para eso tuvimos que darnos ese maldito baño? —protestó el galo.

—¿Tienes que meterte en todo? —rezongó Armin de mal humor.

—Por culpa tuya seguimos mojados —siguió Vitórix, desnudándose sin disimulo frente a las llamas—. ¡Werwin, ya puedes ir dándome una de esas pieles de lobo para que me tape el *culus*...!

El joven Werwin arrojó una piel a Vitórix, que la atrapó y se vistió rápidamente.

Poco después se había hecho el silencio y habían ido llegando más cazadores. Las presas se acumulaban envueltas en pieles sangrientas. Se encendieron algunas antorchas más y Cerunno se acercó a los hombres. Se aproximó a las llamas y roció los pedazos de carne con aceite de semillas de haya.

—Creo que ya vienen.

Vitórix, que dormitaba acurrucado junto al fuego, entreabrió los ojos y vislumbró unas siluetas en la oscuridad.

Tres caballos de gran alzada se detuvieron al borde del círculo de luz. Sus rostros, iluminados por las llamas, parecían pálidos, y en sus ojos claros el fuego cobraba vida y destellaba. Iban vestidos de un modo extraño. Sus pieles estaban curtidas, sus yelmos eran como máscaras sajonas remachadas con puntales de cobre, sus cabellos iban recogidos en coletas y eran negros.

—Catwald el Vándalo os saluda —saludó el del centro. Se retiró la máscara, y todo lo que vieron, para sorpresa de muchos, fue el rostro de un muchacho de no más de dieciséis años.

—Los lobos negros saludan al vándalo —respondió Cerunno. Estaba sentado en una de las rocas, quieto como una raíz o un tronco que fuese parte del paisaje, y nadie lo había visto moverse durante horas hasta ese momento, en que alzó el mentón levemente y escrutó los ojos de sus invitados.

—Helgolast saluda a Cerunno —aquella voz procedía de un personaje que brotó de las tinieblas como si fuese parte de ellas. «Otro hechicero», pensó Armin al ver la gran capa de pieles curtidas y gastadas en las que se envolvía como si fuese un habitante de los bosques. Se cubría la cabeza con un sombrero de piel, de ala ancha y desigual, puntiagudo y algo torcido, que le daba un aspecto único. Hasta el sombrero parecía cubierto por el musgo de lo gastado que estaba.

—Sigues cubierto con pieles de tejón —murmuró Cerunno.

—Soy el tejón que conoce todos los agujeros, soy el que camina por donde las sombras son largas, soy el que reconoce todas las setas y el que sabe qué hacer con ellas cuando están podridas —recitó Helgolast apostándose ante los guerreros. Abrió una especie de saco de piel del que brotó una espantosa pestilencia.

—¡Rayos y truenos...! —protestó Brumber.

—¡No ves que estamos comiendo! —añadió Wulfsung.

Helgolast se apresuró a cerrar el saco mostrando sus dientes podridos con una extraña sonrisa tras sus barbas espesas y negras. El fuego ardió por un instante en sus pupilas al escrutar el rostro desconfiado de Armin.

—¡Tú! —lo señaló Helgolast—. Tú eres.

Armin guardó un obstinado silencio. Vitórix ya había empuñado su largo y mortífero puñal con gran disimulo.

—Erminmeranz, aquí está mi gran amigo, un hechicero entre los rugios. Te hablé

de él —comentó Cerunno con gran tranquilidad—. Durante años me ha contado secretos de los pueblos del este, ha sido mi tejón mensajero, nos ayudó sin que nadie lo supiese. Y estos guerreros que lo acompañan son vándalos, y Catwald es un bravo y joven guerrero. Pero si queréis seguir conversando, debéis deponer vuestras armas ante nosotros. Ahora.

Catwald alzó el tahalí por encima de su cabeza y entregó la espada a un querusco. Lo mismo hicieron sus acompañantes.

—Desmontad y uníos al festín.

Dejaron los caballos y se sentaron en el círculo. Los cuartos del jabalí se tostaban girando lentamente sobre un brasero, mientras Brumber rotaba el espetón sin perder detalle de la conversación.

—¿Qué hace un vándalo en los bosques de los lobos queruscos? —inquirió Armin. Se llevó a la boca el pedazo de jabalí y al morderlo la grasa que recubría su fibra chorreó jugosamente por las barbas. Se llevó el cuerno a la boca y tragó como un sediento.

Catwald extendió la mano y tomó el pedazo de carne que le ofrecía Wulfsung ceñudamente. Intercambió una mirada con Vitórix: los dos lamentaban tener que compartir una presa capturada con tanto esfuerzo, pero esas eran las desventajas de ser hospitalario.

El vándalo mordió con gran apetito y tomó el cuerno que le ofrecía Ortwin amistosamente.

—He venido para ofrecer mis espadas al *kuninc* de los queruscos: odio a Marbod —declaró Catwald.

—Odias a Marbod —repitió Armin después de un rato. Volvió a morder la grasa y se chupó los dedos, por los que goteaba un delicioso jugo—. No eres el único.

—Marbod odia a Armin —dijo el vándalo.

—Eso no es nuevo para ninguno de nosotros —añadió Cerunno, que contemplaba el festín con indiferencia.

Helgolast, más joven que él, agarró uno de los pedazos de carne que le ofreció Wulfsung.

—Hermoso jabalí, por las barbas de Thor —murmuró el personaje. Por una razón que no podía entender, aquel sombrero extraño y puntiagudo molestaba sobremanera a Wulfsung, que lo miraba ceñudamente. Para él, cualquier hombre que no vistiese con pieles de lobo y botas de oso era un ser extraño.

—Marbod envidia la victoria de Armin —aclaró el joven vándalo—. Pero yo he venido para ofrecer mis espadas secretamente, y todas las de mis familiares.

—¿Cuántos de ellos saben que has venido a hacerlo desde tan lejos? —inquirió Armin, clavando de pronto su mirada en el joven.

—Ninguno —respondió Catwald—. Los de mi clan odian al marcómano porque

desde hace años hay disputa en nuestras familias. Pero sé que si algún día Armin tiene que enfrentarse a Marbod, entonces los vándalos se unirán al querusco para vencer.

—El *fürst* dice verdad —corroboró Helgolast, respondiendo a la mirada de Cerunno.

—Ya son muchos los hombres del norte y del este que han enviado embajadas hasta los queruscos. Todos hablan mal de Marbod, el Rey Brujo.

—¿El Rey Brujo? —se atrevió a preguntar Vitórix.

—Marbod se ha ordenado sacerdote, gran sacerdote, eliminando el poder de muchos de sus antiguos ayudantes... —añadió Cerunno—. Pretende comportarse como Augusto, mostrarse divino ante todos sus hombres y clanes, para personificar el poder, pero los dioses le castigarán por ello.

—Se ha hecho construir un templo de piedra y madera, donde arden hogueras día y noche. Allí ocupa un trono en lo alto, donde convoca su *Thing*. Dicen que por las noches se transforma en halcón y en serpiente, y que recorre las colinas vigilando a los jefes, pero yo no los creo. Ha sacrificado muchos hombres, castiga otros, hace lo que quiere. Sabe que los romanos le necesitan, ahora que los hermanos del oeste se han rebelado. Llegan numerosos presentes de Roma, le envían toda clase de mercancías desde el lejano sur... —explicó Catwald.

—Es posible que llegue la hora de una guerra —anunció Cerunno— si Marbod no se enfrenta a los romanos, como es su deber.

—No lo hará, envidia el poder de Armin, teme a los *ingævonios*... —insistió Cawalda.

—Te propongo un trato, joven Catwald —propuso Armin. Los ojos del muchacho se abrieron al escucharlo—. Este hechicero, que es de confianza para Cerunno, será nuestro cuervo mensajero. Me dirás todo lo que consideres importante, y en el futuro esperarás.

—No sé si podré esperar —protestó el muchacho—. Mi hermana.

Todos miraron al vándalo.

—Mi hermana está en la fortaleza de Marbod, tras las estacas de Ratdagar, prisionera. Tendrá que casarse con Marbod y darle tres hijos cuando cumpla la edad.

—¿Cuándo la capturó? —preguntó Armin.

—Hace dos años —respondió Catwald—. Nada más morir mi padre. Todavía no es una mujer.

—¡Escuchad! —Helgolast abrió los ojos desmesuradamente y se inclinó hacia ellos—. La joven hermana de Catwald es más hechicera que la noche. Todos lo supimos desde el día en que nació. Yo estaba allí, tenéis que saberlo, yo la vi salir de las entrañas de su madre con los ojos abiertos. Nadie como esa chiquilla ha preparado bebedizos y recolectado las setas con la maestría de una sacerdotisa. Nadie como ella

ha sido capaz de saber cuándo iba a cambiar el tiempo. La he visto hablar con espíritus a la luz de la luna, sé que en sus pesadillas entran y salen los emisarios de los dioses... Es una mujer sagrada.

Cerunno escuchaba con atención.

—Y supongo que Marbod se enteró de todo eso —dedujo Armin, dando un bocado a otro pedazo de carne recién traído del calor de las brasas.

—¿Quién no había oído hablar de la niña-hechicera, de la princesa de los vándalos? —repuso Helgolast alzando las manos—. Sus prodigios eran famosos en la región. La he visto encontrar la enfermedad de un hombre con sólo ver su cuerpo... tenía diez inviernos y ya era capaz de saber que un enfermo iba a morir o si sobreviviría.

—Marbod la retiene y la hará su mujer dentro de algunos años —murmuró Catwald.

—No esperarás que la gran guerra entre el este y el oeste dé comienzo para liberar a tu hermana, ¿verdad? —comentó Cerunno.

—Si esa guerra ha de tener lugar será cuando llegue su hora. Son muchas las injusticias que tienen lugar en este mundo, pero las batallas deben emprenderse cuando es el momento propicio —explicó Armin—. Trata de espiar a tu enemigo y dale confianza, prepara su emboscada. Envíanos cuanta información quieras compartir gracias a tu hechicero, y dejemos que los dioses anuncien la hora definitiva. Tarde o temprano cortaré la cabeza de Marbod, le arrancaré los ojos y se la enviaré a Augusto para que la cuelgue al lado de la de Varus.

Un coro de risas incontenibles barbotó alrededor. Catwald se sonrojó ante la serena resolución con la que Armin hablaba de enemigos aparentemente invencibles, y se preguntó si para él todo era tan sencillo como eso. Le habría gustado hacer lo mismo: tender una trampa a Marbod y despedazarlo, pero no era tan fácil. No era un príncipe querusco. No contaba con el apoyo de tantos hombres y sacerdotes... ¿No era suficientemente temerario? Sintió que hería su propio orgullo al hacerse esa pregunta. Armin el Querusco estaba allí, ante él, riéndose a carcajadas de Varus y masticando carne de jabalí. Hasta entonces había pensado que se encontraría con un dios germano... pero era sólo un hombre. Fuerte, astuto, de temperamento impredecible, pero un hombre a fin de cuentas. Igual que él. Igual que Catwald el Vándalo.

—Ten paciencia —le pidió Armin, aferrando su cuerno con la mano derecha, el codo apoyado en la rodilla—. Tuve que esperar muchos años para vengarme de los romanos. Piensa que cada día es un día que te prepara para el gran día. Tarde o temprano llegará. Lo importante es que seas capaz de resistir, de aguantar hasta ese momento, porque si te precipitas y fracasas, le darás una gran alegría a tu enemigo.

—Algún día Armin será el Rey de los Bárbaros, y para que eso suceda es

necesario que Marbod sucumba. Los hermanos del este y del oeste estarán unidos y Roma será aplastada por nuestros caballos. La ciudad entera será arruinada y habrá llegado el fin del Imperio —anunció Cerunno. Puso una pequeña marmita entre las brasas y dejó hervir trozos de corteza de fresno y hojas de tilo, la infusión con la que sus cazadores conciliaban rápidamente el sueño.

Catwald no supo qué decir. Se quedó pensativo durante un buen rato mientras devoraba carne. El Rey de los Bárbaros... nunca había escuchado algo así. Parecía algo demasiado grande. De cualquier modo, no pudo abandonar la idea de raptar a su hermana y apartarla de Marbod.

Algunos días después la comitiva del vándalo había partido y los queruscos llegaban a Wulfmunda. Atravesaron las praderas y se dividieron. Brumber, que estaba casado con Krimilda, una de las hermanas de Armin, ascendió junto a los cercados al encuentro de su hija Ingwir. Era una muchacha alegre, y se estaba convirtiendo en una mujer de hermosa constitución, pues siendo hija del gigantesco Brumber todos pensaron que se convertiría en una especie de osa.

Armin recorrió el sendero al pie de la colina y fue hacia la caverna de Cerunno. El anciano le esperaba en el interior. La familia de albinos que guardaba su misterioso hogar había salido, a excepción de la madre.

Cerunno extendió su mano. Armin sacó el hatillo de piel y lo desenvolvió.

—Aquí está... ¿no te has equivocado?

—Es un huevo de *guldbläuling*... yo mismo lo vi abandonar el nido. Era azul y volaba por encima de las aguas como un rayo —explicó el querusco.

Cerunno cogió el minúsculo huevo y lo inspeccionó detenidamente. Lo colocó en un cuenco de madera.

—Ayudará.

Se inclinó y extrajo una bolsa de piel. Derramó parte de su contenido en otro recipiente de metal. Lo calentó y le prendió fuego. El contenido ardía con una llamarada leve y azul. Cerunno tomó el huevo, lo rompió y vertió su contenido en el ardiente caldero. Después sopló, apagó la llama y batió el contenido con una cucharilla.

Uno de los albinos entró en la caverna en silencio. Saludó a Armin y ofreció al santón un panal.

Cerunno vertió unas gotas de miel en el recipiente de metal y lo removió cuidadosamente durante lo que parecieron ser horas. Por fin se detuvo.

—Márchate. Ya está hecho. Yo mismo se lo daré a Thusnelda.

Durante los años posteriores a la batalla de Teutoburgo, Thusnelda no se quedó embarazada. Tuvo problemas en varias ocasiones, y Cerunno pensó que podría tratarse de alguna maldición auspiciada por el padre de ésta. Pero tras algunas averiguaciones que nadie entendió, el druida estuvo seguro de que el problema era de

otra índole, de que Segest no disponía de poder e influencia alguna sobre su hija.

Pasó el tiempo y Cerunno les recomendó paciencia. La vida siguió con normalidad hasta que aquella primavera el hechicero de Wulfmunda pidió a Armin que capturase un huevo de *guldbläuling*, uno de los pajarillos más raros de ver en las selvas germanas. Antes de extinguirse, acostumbraba vivir en las orillas de los estanques más recónditos. Así, algunos días después de preparar la poción, Cerunno apareció a las puertas de la casa de la colina. Golpeó la madera con su bastón. Armin lo vio entrar desde la pradera, donde peleaba con los testarudos bueyes junto a Brumber. Thusnelda, acalorada con el trabajo que le daba llevar leña al secadero, se acercó a Cerunno respetuosamente.

—Bébetete esta poción ahora. Abejas, pájaros y flores se han unido para ayudar a las mujeres de Wulfmunda en los días de la fertilidad. No habrás probado nada más dulce en toda tu vida —confesó el hechicero.

Thusnelda tomó el cuenco y bebió sin pensarlo dos veces.

El sol hería los campos verdes, entronado en un azul cerúleo.

Armin se ató las botas de oso y cerró los tendones de gamo alrededor con fuertes nudos. Se frotó el ancho pecho y los brazos desnudos con un aceite de fresno y cubrió sus hombros con la piel negra. Ajustó el hocico del lobo y dejó que la mandíbula superior enmarcase con afilados colmillos su campo de visión. Se inclinó y vio su propio rostro reflejado en la corriente. La barba castaña había empezado a poblarlo. Se echó agua y dejó que los cabellos hirsutos goteasen. Después caminó a través del manantial, atravesó un riachuelo y trepó por el ribazo de hierba. En la cima de una cadena de montículos, por encima de los árboles, contempló al otro lado la grandiosa escena preparada por los pueblos liberados para bendecir al libertador de las Germanias.

Un gigantesco tejo tendía sus ramas milenarias bajo el sol. Crecía solitario en lo alto de una colina aislada; a su alrededor las lomas verdes descendían al encuentro de bosques y arroyos. Junto al tejo sagrado se levantaban como por magia dos enormes columnas de piedra que parecían ser los restos de una montaña abandonados en medio del paisaje. Aquellas rocas habían despertado el interés de los germanos desde tiempos inmemoriales, al igual que el grandioso templo del Externstein, al norte, donde habían celebrado la victoria tras la derrota de Varus. Ese templo dedicado a Irmininur por los sugámbrios no era tan grande, pero las dos rocas semejaban imponentes y amenazadoras advertencias dominando el paisaje. No podía imaginarse mayor señal territorial que aquélla que los gigantes habían colocado para advertir a los extranjeros de que los sugámbrios eran hijos de sus tierras, y por tanto prestatarios de las mismas en nombre de poderosos y vengativos dioses. Había miles de sugámbrios y brúcteros concentrados para la sagrada escena dedicada a Irminur. El dios de los *ingvæonios* y de los *istvæonios* era celebrado por toda Germania, pero especialmente por los pueblos más castigados por Roma, los sugámbrios; el importante centro de culto santificaba la tierra.

Vitórix, Wulfsung, Brumber, Rotram formaron su guardia personal y lo siguieron a unos pasos de distancia.

Armin ya no era un régulo querusco, tampoco un jefe de los clanes ni un poderoso *kuninc*. Había dejado de ser un hombre. Por dondequiera que pasase los guerreros inclinaban sus ojos al encontrarse con los suyos, audaces y airados. Iba acompañado permanentemente por una guardia personal formada por una horda de casi trescientos amigos, devotos protectores o hijos de jefes que eran encomendados para protegerlo y para que se convirtieran en grandes guerreros. Lo saludaban como a un régulo cuyo poder sobrepasaba las fronteras del territorio querusco. Un inmenso

poder recaía sobre sus hombros. Los jefes podían considerarlo o no una amenaza, podían envidiarlo o temerlo, amarlo o despreciarlo, pero lo cierto es que el pueblo prorrumpía en vítores y brindaba a su salud en cuanto escuchaba su nombre bajo cualquier forma germana y eso estaba fuera de la cuenta de las riquezas que nadie pudiese adquirir con oro. Era un héroe. Era amado por la gente. Era querido por los artesanos, venerado por los druidas, glorificado junto al fuego y la mesa. Los abuelos contaban a sus nietos que Armin el Querusco había invocado a los dioses en Teutoburgo, que su larga espada había dado muerte a más de dos mil romanos, que había matado un dragón, que se había bañado en su sangre, que era invencible.

Ya no era un hombre, sino una especie de semidiós mortal que hasta entonces la mentalidad de los germanos no había conocido más allá de un radio de acción de unas pocas leguas. Sólo los dioses como Thor, como Wuotanc, habían sido adorados y respetados por unanimidad en los diversos territorios de Germania, hasta que Armin había vencido en Teutoburgo a Varus. Entonces el pueblo prefirió a Armin entre los dioses, se convirtió en hijo de los dioses. Ciertamente es que los jefes adquirían fama y beligerancia, preponderancia y dominio y prestigio sobre algunos clanes de un mismo pueblo, pero jamás había habido germano alguno cuya gloria en la guerra, la única gloria que en verdad los germanos eran capaces de codiciar y de envidiar, sobrepasase las inciertas fronteras idiomáticas y territoriales que marcaban los diferentes pueblos de las Germanias occidentales, e incluso Marbod, en el este, y sus marcómanos, había tenido oportunidad de escuchar muchas veces el nombre de Armin. Se decía que Augusto había llorado al aprender a pronunciar el nombre de un querusco por vez primera, de un germano que no trabajase en su guardia personal, y el envío de la cabeza de Varus a Marbod y después a Roma no dejaba de despertar orgullo y fe ciegos en aquel semidiós nacido más allá de las ciénagas que protegían los bosques queruscos. Wulfmunda se había hecho conocida en el oeste y Cerunno, el artífice, el pensador del Externstein, viajaba por todos los templos refiriendo las hazañas de sus héroes y pidiendo a los sacerdotes que sus régulos se mantuviesen fieles a la Alianza de los Ases. Durante aquellos años el poder de Armin creció, y su influencia fue tal, que algunos hombres recurrieron a su consejo para interferir en disputas territoriales, matrimoniales, herencias o acusaciones de cualquier índole, como si su consejo estuviese por encima de sus jefes. Esto no gustó a muchas familias de guerreros, pero callaron y soportaron la envidia en silencio. En aquellas ocasiones en las que Armin entendía que se hacía injusticia, se presentaba armado al frente de varias hordas y pedía que se enmendasen los hechos con un juicio justo, o simplemente daba muerte a los jefes que abusaban de su poder. El pueblo lo aclamaba, pero muchos guerreros empezaron a temer su inapelable influencia.

Un gran silencio se hizo cuando la voz de Cerunno ordenó que las cuernas resonasen en lo alto de la colina. Armin comenzó a caminar lentamente. A ambos

lados cientos de muchachos y campesinos sugámbríos lo miraban con expectación. Una ligera brisa sacudía sus cabellos castaños. Los ojos de los régulos se clavaban en Armin con curiosidad, respeto y cierto miedo. No eran pocos los que aseguraban que se trataba del hijo de Irminur, del hijo de Thor que ahora caminaba entre los hombres para enfrentarse al dios Augusto, pues sólo el hijo de un dios podía haber derrotado a los ejércitos de un dios romano.

El espacio despejado entre las multitudes de sugámbríos estaba cubierto de anchos escudos de metal y madera. Los más allegados amigos de Armin se detuvieron. Los ojos fijos y locos de Vítórix parecieron indicar algo al sorprendido querusco, que continuó adelante por encima de los escudos. Cuando llegó a lo alto la sombra del tejo alivió su rostro. Cerunno, rodeado por docenas de sacerdotes y druidas, le ordenó que se acercase. Entonces Armin obedeció y se apoyó sobre la rodilla derecha, hincando la izquierda en la hierba, como era costumbre en esa clase de bendiciones.

Cerunno apartó un paño y descubrió un yelmo cónico de acero, con dos alas de águila engastadas en dos agarraderas a ambos lados. Armin reconoció rápidamente la variedad de águila que había escogido el santón. Se trataba de aquella especie que recorría hábilmente los pedregales al acecho de culebras y víboras desprevenidas. Era considerada por los cazadores como la más audaz y soberana de todas las rapaces que sobrevolaban los bosques germanos. No podía ser más acertada la elección pues él, Armin, a quien desde pequeño habían llamado «aguilucho», había acorralado la larga víbora del ejército romano antes de decapitarla y darle muerte, como se refería de boca en boca, en las gestas que desde hacía pocos años se transmitían de padres a hijos por todos los poblados de Germania, a la sombra de los bosques o en las estepas del oeste.

Cerunno retiró la cabeza de lobo que cubría la testa de Armin, tomó el yelmo y lo alzó solemnemente. Los druidas entonaron un canto extraño y arcaico. Lentamente, las manos nudosas del sacerdote posaron el yelmo penígero sobre las greñas del querusco. Después entregó a Armin su espada, *Zankrist*, que había sido reparada tras los duros combates de Teutoburgo, y le pidió que la empuñase.

Armin tomó el largo mango, paseó su mirada fugazmente por el filo impoluto y alzó el arma empujándola a dos manos como si fuera a asestar el golpe del halcón. Cerunno gritó sobre la colina, levantando los brazos:

Giwigam miti wabnum!

Su voz encontró un eco terrible y repentino en las masas, que de manera inconexa y exaltada comenzaron a gritar aquellas palabras, alzando los brazos, como si saludasen al verdadero dios de la guerra. Junto a Cerunno, varias brujas y doce

vírgenes asistían la celebración de la victoria. Fue allí donde el anciano les habló enigmáticamente del Yelmo de Oro, y de que llegaría un día poderoso que arrojaría sombra por encima de todos los días del pasado, en que un hombre sería el líder de todos los germanos, unificando las fuerzas de los *ingævonios* y de los *istævonios*, cuando las fronteras romanas caerían y llegaría el fin del Imperio Romano.

Y entonces habló a los germanos del Día de la Gloria, del Día del Imperio, y del Rey de los Bárbaros.

Al caer la noche continuaban llegando régulos de numerosas tribus. Al otro lado de la colina se había levantado un gran pabellón de madera en cuyo interior tenía lugar el banquete de los jefes. Familias enteras cantaban y bebían dentro y fuera, en los braseros se tostaba carne, los sacerdotes sacrificaban bueyes, las hachas bipenne los despedazaban en los altares, la cerveza corría a raudales.

Armin había visto cómo a la hora del crepúsculo el enorme tejo y las dos rocas del Irminsul se convertían en ominosas siluetas negras recortadas contra una estela moribunda, dorada y rojiza, que se desvanecía en el oeste ante el mágico influjo de un racimo de cristales centelleantes. Festejos y cantos poblaban las praderas, los fuegos nocturnos se encendían todo alrededor hasta el negro umbral de los bosques. Hombres y mujeres bebían, se asaban cuartos y aves, la grasa chorreaba entre las débiles llamas.

Armin tomó lugar a la cabecera de un gran banquete en el interior de aquel enorme y desvencijado pabellón que no habría resistido el paso de una sola tormenta. Había sido construido por orden de los druidas para dar mayor solemnidad a la celebración, pero las grandes ramas con las que habían creado la cubierta parecían ralas y el humo escapaba entre los huecos de la techumbre de hojas verdes. Grandes fuegos se habían encendido allí abajo, otros se reducían a extensos braseros por encima de los cuales, ensartados en largos espetones, giraban grandes venados, jabalíes y gamos. Abundaba la cecina de oso y los enormes pedazos eran devorados a cuchilladas por los hijos de los nobles sugámbrios, formando bulliciosos corros. Las doncellas acudían con odres cargados de *medhu*, los cuernos rebosaban por todas partes, la cerveza encharcaba la pradera. Había alegres peleas y ruidosos pugilatos, pero nadie empleó el acero ni se derramaba sangre por mujeres. Un gran jolgorio se había iniciado tras los primeros tragos, y la solemnidad con la que había sido acogida la presencia del líder querusco dio paso a una estruendosa fiesta.

Cerunno, que había presidido los rituales preliminares, abandonó silenciosamente la bulliciosa multitud. Fue en ese momento cuando Wulfsung dio rienda suelta a sus espantosas bromas. Recurría a uno de sus mayores tesoros, un yelmo romano que había pertenecido sin lugar a dudas a algún legado de Varus, que se ponía torcido sobre las greñosas y abundantes melenas, imitando a Varus, mientras dejaba que Vítórix le colgase teatralmente una andrajosa capa roja. Su hermano Wulfrund siguió semejante ejemplo pero lo hizo imitando la vestimenta de un centurión. Varias jóvenes pintaron en sus rostros círculos rojos con tintura de quermes, y cuando al fin estuvieron listos se formó un gran escándalo. Las risas estallaban sin necesidad de que pronunciasen palabra alguna. No había nada comparable al descomunal

Wulfrund imitando los andares de un Varus demasiado afeminado; si además era Vitórix el que hacía pantomimas absolutamente borracho, el espectáculo estaba servido. Wulfsung miró censor a Vitórix, que lloraba tambaleándose, pidiendo silencio solemnemente, hasta que al fin logró coger fuerzas, dio un paso hacia delante haciendo volar la pomposa capa, y exclamó:

—¡Ic Varrus sus!

No sirvió de nada: Armin se levantó, robó una jarra de *medhu* y la vació en la cabeza de su amigo, cosechando mayor escándalo.

—¡*Varus!* ¡*Varus!*—gritó Vitórix. —¡Ven a los brazos de tu amado Augusto!

El galo aferró por la fuerza la cabeza de Wulfrund y trató de estampar un beso en sus labios, lo que ocasionó una carcajada en todo el auditorio, y muchos empezaron a arrojarles cuernos de cerveza. Wulfsung dio un empujón a Armin, que resbaló en la hierba húmeda y cayó aparatosamente como un muñeco. Volvió a coger el yelmo alado y se lo ajustó. En ese momento Varus y su centurión iniciaron una pretendida conversación en latín, imitando los sonidos de aquella lengua que apenas conocían. A pesar de lo borracho que estaba, Wulfsung, en su papel de Varus, se mostraba estirado y solemne, y trataba de recriminar a su centurión por algo que había hecho sin dejar de pronunciar las pocas palabras que conocía, y entre ellas *legionis*, *legionosinæ*, *centurio*, *centuriæ*, y cosas por el estilo que provocaron gran alegría sobre todo entre los pocos que sabían algo de latín, que eran en su mayoría los jefes. Finalmente Varus le dio una patada en el culo a su centurión, enviándolo con gran estruendo contra una fila de jefes entre los que se encontraba su padre, Wulfila, quien disfrutaba resignado del espectáculo.

Wulfrund, ofendido, se levantó y golpeó a su hermano en la cabeza con gran acierto, de tal modo que su pomposo y emplumado yelmo salió volando. Poco después se había iniciado una ruidosa pelea entre los hermanos y el espectáculo dio lugar a furibundos e inconexos gritos que eran ahogados con cerveza, *medhu* y otras recetas de aquel hidromiel que fermentaban los sugámbrios. Mientras el grupo de contendientes borrachos era empujado hacia un extremo, coreado por numerosos vítores y animadas risotadas, Armin volvió a ocupar su lugar ayudado por Vitórix. Allí reconoció no muy lejos el rostro algo torcido de un pelirrojo querusco al que conocía desde los tiempos de la infancia. El pelirrojo reaccionó de un modo extraño, como asustado por la mirada del líder, y Armin se levantó y fue a su encuentro, tambaleándose.

Caminó pesadamente entre las filas de barbudos régulos y casi cayó de bruces al tratar de abrazar a Rotram.

—¡Viejo amigo! ¡Eres tú! —gritó Armin.

Rotram rió tímidamente como si estuviese borracho, intimidado por los fijos y penetrantes ojos azules de Vitórix, la mano derecha de Armin según había oído decir,

y su más fiel protector.

—Todavía tienes torcida esa nariz... —se burló Armin—. ¡Hombres y mujeres! Hermanos de Germania —gritó—. Este hombre tiene una bonita nariz.

Rotram sonreía nerviosamente. Aunque era más alto y corpulento que Armin, como en los tiempos de la niñez, continuaba temiendo al joven que le había deformado el rostro de un solo puñetazo.

—Deberías contar por qué te rompí esa fea nariz... —balbució Armin—. Porque seguro que me culpas cuando hablas de ello...

—Nunca hablo de ello... —aseguró Rotram, pero nadie le oyó. Un corro de hermosas mujeres, jóvenes y mayores, con largas trenzas, giraba alrededor del líder ebrio, que alzaba de nuevo el cuerno de uro esperando que alguna doncella escanciase el preciado hidromiel de los dioses.

—¡Nunca habla de ello! —gritó Armin—. Bien, yo les diré que Rotram trataba de matar al mejor perro guardián de Wulfmunda. Se le había ocurrido la extraña idea de... meter su cabeza en un saco —al decir aquello el rostro de Armin pareció ser atravesado por un espasmo de la cólera original que había provocado en él aquel acto, y blandió el brazo derecho derramando todo el hidromiel que acaban de verter en su cuerno, mientras que con el brazo izquierdo rodeaba el cuello de Rotram como si fuera a estrangularlo—. Meter la cabeza de aquel perro guardián de bueyes en un saco, y yo llegué... llegué... ¡cuando iba a aplastársela con una piedra!

—Yo era un niño... —se disculpaba Rotram, intimidado.

—Eras un niño asesino... —lo acusó Armin—. Eras un mal niño y por eso el niño Armin tuvo que golpear tu nariz para que te acordases de lo que tienes que hacer bien... bien... ¡eso! ¿Verdad?

—Verdad —reconoció Rotram.

Armin lo soltó con desdén y dio media vuelta. Su rostro cambió y una inconcebible e iracunda mirada alcanzó a todos los presentes. Se tambaleaba, volvió hacia Rotram y lo amenazó:

—¡No vuelvas a decir que yo te rompí la nariz sin motivo alguno! —rugió de pronto, con el entrecejo fruncido. Rápido como un rayo desenfundó un largo puñal de caza. Un momento después veía su rostro reflejado en la hoja y empezaba a desgañitarse. Al ver que Rotram no pronunciaba palabra alguna pareció olvidarse de él de un momento para otro.

—¿Combatiste en Teutoburgo? —preguntó Sigmir, uno de los familiares de Armin, a Rotram.

—Estas cicatrices lo atestiguan —declaró seriamente Rotram, mostrando una profunda secuela que tatuaba su brazo derecho.

Armin sufrió un repentino e inesperado ataque de risa y escupió toda la cerveza que había acumulado en su boca sin poder tragarla. A su alrededor la sala giraba, los

rostros le miraban subiendo y bajando, el suelo cambiaba de lugar. Varios brúcteros peleaban no muy lejos. En su ebria mente, el techo se convertía en suelo y trataba de caminar por allí para ir a parar otra vez al suelo, donde Vitórix y otros amigos lo recogían y le servían más hidromiel.

—¿Por qué no vamos a por Segest? —gritó una voz.

—¿Quién ha dicho eso? —inquirió el querusco—. ¡Quién ha sido!

—Eso, ¡matemos a Segest!

—¡A por los puentes de Colonia! —estalló Armin.

—¡Quemaremos los puentes y obligaremos a los ubios a saltar al gran río para que se vayan nadando en busca de otra tierra al otro lado del mar!

—¡Mataremos a Segest algún día, ese bastardo cerdo! —rugió Armin—. ¡El traidor de Siga!

Pocas horas antes del amanecer, uno de aquellos hombres desaparecía de la gran sala. Su silueta recorría sigilosamente los corros soñolientos. Evitó a unos brúcteros borrachos y corrió como el espejismo de un sueño al amparo de los árboles. Allí trepó la ladera hasta llegar al cerco que contenía muchos caballos. Aquellos a quienes habían ordenado sus régulos que cuidasen de las cabalgaduras también habían sucumbido a la tentación de las celebraciones y ni siquiera estaban allí. Fue una suerte que los lobos no se sintieran especialmente codiciosos esa madrugada. El hombre escogió un caballo y abrió la verja. Después la cerró y desapareció, dejando que el caballo chapoteara en el lecho del arroyo, evitando dejar huellas que delatasen la dirección de su viaje. Aunque estaba absolutamente seguro de que nadie repararía en su desaparición, tenía el sigilo de un astuto cazador que persigue con perseverancia una fiera presa.

No supo cuánto tiempo pasó, pero al despertar Armin sólo pudo recordar el nombre de Thusnelda. Deseaba estar de vuelta en Wulfmunda, lejos de los festejos ajenos a sus comunidades, lejos de los sugábrios y de los brúcteros. Pensó que acabaría por matar a alguien en el delirio de aquellas bebidas que le servían en los banquetes, y consideró que ya habían tenido lugar demasiadas celebraciones inútiles. ¿Cuándo tendrían un hijo? Eso era lo primero que deseaba cada mañana.

A su alrededor los cuerpos se aplastaban unos contra otros, durmiendo en grandes grupos. Pero no había mujeres cerca, pues los sugábrios habían cuidado mucho de sus esposas e hijas, temiendo el desenfreno de los extranjeros en su borrachera. Sorteó los cuerpos y huyó hacia la entrada.

Estaba gris. Todavía era muy temprano. Hacía frío y unos cuervos merodeaban por el campo antes de que el alba se extendiese por el horizonte boscoso. Caminó ladera arriba como si cargase con un fuerte dolor de cabeza del que no lograba deshacerse, se ajustó el yelmo alado. Le molestó comprobar que una de las alas se había doblado durante la noche. Lanzó una maldición, la ubicó en su sitio y volvió a

colocarse el preciado yelmo.

Cuando alcanzó la cima de la colina vio por debajo los fuegos humeantes que punteaban los prados. Un rebaño de bueyes pastaba cerca del bosque, donde había varios carros. Se escuchaban los berreos de las bestias, procedentes de la floresta. Fue entonces cuando distinguió una silueta solitaria que contemplaba el amanecer, al amparo del tejo milenario.

Caminó al pie de las rocas del Irminsul y Tanfana y reconoció a Cerunno. Estaba sentado en una de las piedras que formaban un círculo dedicado a los sacrificios. Un pequeño corzo yacía sobre la más grande de las rocas, sobre una superficie plana. Tenía el pescuezo abierto y la sangre había manado abundantemente alrededor, formando un charco cuyos flecos goteaban por toscos canalillos en busca de la hierba. Los ojos del animal mostraban un brillo acuoso y vacío. Armin volvió a los años de su infancia, cuando su padre volvía de las cacerías con los carros cargados de presas, y al día que descubrió por primera vez la mirada de la muerte.

Pero esa no podía haber sido la primera vez, pensó. Había visto animales muertos antes, pero fue la primera vez que se hizo consciente de lo que significaba estar muerto, fue el descubrimiento de la finitud, la conciencia de los límites.

—Has despertado a tiempo para contemplar el nacimiento del poderoso ojo que todo lo ve —meditó Cerunno sin volverse. Armin dejó de mirar el cadáver y caminó hasta las rocas. Se sentó en una de ellas sin apartar la mirada del perfil anguloso, arrugado y hosco del temido anciano. Sus manos rugosas se engarfiaban firmemente en torno al muñón de raíces en el que había sido disecado aquel báculo cubierto de runas. La barba blanca descendía en la penumbra como una niebla que distorsionaba su rostro, en el que sólo parecía haber sitio para aquellos ojos fijos, negros, así como la nariz ganchuda, carcomida, de una ancestral ave de presa.

—Tu barba crece. ¿Crees que ya eres un hombre?

Armin no supo qué responder.

—Sí —dijo al fin.

—Vigila tus espaldas —murmuró Cerunno, sin apartar los ojos del lejano horizonte. Un incendio empezaba a propagarse en los confines del mundo—. Tus poderes son venerados y temidos. Y el temor desea la muerte de aquello que se teme. Los hombres se saben más salvos cuando respetan a dioses que no caminan entre sus esposas e hijas. Hay nuevos peligros en cada edad del hombre, y piensas que ya está todo hecho. Eso es lo más peligroso, joven Erminmeraz, *confiar*. ¿Qué es lo que ha hecho sucumbir a tu enemigo, rindiéndose a tus pies de tal modo? La confianza, ese ha sido el error imperdonable de Varus.

Armin trataba de soportar el dolor de cabeza.

—Esta noche podrías haber muerto mil veces, mil veces has tenido suerte —le advirtió el santón—. Habría bastado con que alguien hubiese deseado hacerlo. Podría

haberte clavado mil puñales allí mismo, borracho como estabas, o dormido, como todos esos estúpidos haraganes de los que te rodeas.

No le gustaban esa clase de comentarios acerca de sus más fieles amigos.

—Ya sé lo que piensas, joven Erminmeraz. Pero continúas siendo un niño. Tus juegos han cambiado, pero siguen siendo los juegos de un niño.

Cerunno clavó su mirada en Armin y se puso en pie. Apoyó firmemente el bastón de manzano en una de las raíces que huían retorciéndose entre la hierba como sedientas culebras, y la brisa sopló sobre sus cabellos largos y ralos. Sus labios se abrieron y habló como una sombra recortada contra el resplandor del amanecer, que había parpadeado por encima de un manto de nubes deslavazadas.

—Como esa bola de fuego brilla el futuro ahora. Como ese gran astro, ¿qué sería de la luz sin aquellos que deben ser iluminados? Del mismo modo, ¿qué sería de los líderes sin aquellos que deben ser gobernados? Porque en su ignorancia son como los rebaños de esos bosques, salvajes jabalíes y corzos, buscan agua, hierba y apareamiento sin otro objeto, y por eso Roma ha logrado vencer a sus enemigos, porque siempre quiso algo más. Y ese *algo más* se llama Imperio, dominio, gobierno, dirección...

»La copa quiere rebosar en sus confines y verter un mar de oro sobre los territorios entregados por los dioses a los hombres mortales. Y con esas mismas aguas benditas fue forjado el alto yelmo que debe señalar al más grande de los germanos. Lo quiso Tuisto y lo codició Boiórrix, alguien dice que Teutobold llegó a lucirlo en los años de las grandes guerras teutónicas, más de un siglo atrás... Es el Yelmo de Oro, como ese que luces, pero amarillo y todopoderoso, el que señalará al Rey de Germania, al Rey de los Bárbaros. ¡Escúchame! ¡El Rey de Germania! Hermoso, ¿verdad? Sin ese yelmo y ese hombre, Roma logrará presentar batalla a las tribus beligerantes. Al igual que la Alianza de los Ases prevaleció desde la última guerra de los teutones, en el norte, antes de iniciar la gran migración, de entre los ases debe surgir la cabeza que domine Germania y presente un frente único a las legiones de los romanos. ¿Crees que todo ha acabado? ¿Crees que es el fin? No, joven Erminmeraz, estamos al comienzo de la Gran Guerra. Las alianzas deben fortalecerse. Debes gobernar. Debes utilizar el poder para mantener la unidad.

Armin sintió cómo el sol perseguía la última penumbra que se había refugiado entre las frondosas ramas del tejo.

—Este árbol —dijo de pronto el querusco—, ¿estaba aquí antes de que Teutobold librara la última guerra de los teutones?

Cerunno volvió su rostro hacia el tronco y dio unos pasos. Se apoyó en la rugosa corteza y miró la tupida cubierta de ramas.

—Más de mil inviernos han echado su nieve sobre estas ramas. Este tejo es un árbol sagrado, anterior a los tiempos de los teutones, quizá a su alrededor jugaron

niños que fueron muertos en cruentas batallas, quizá es el último superviviente de un gran incendio que asoló el centro de culto. Y está aquí, silencioso y comprometido, respirando el aliento de la esperanza y del odio, es una puerta hacia las divinidades. Los rayos lo respetan porque es sagrado y porque Thor y Wuotanc hablan en su corteza. Hay signos antiguos a lo largo de su leñosa piel, aparecen y desaparecen al cabo de los años. Igual que la columna de los teutones en la colina de Wulfmunda, donde los rayos arañan extrañas palabras, este árbol nos acerca al más allá.

—Debemos resistir el embate de las legiones —aseguró Armin, volviendo a mirar el ojo del sol.

—Así es, aguilucho, porque las legiones volverán. Siempre vuelven. Han reunido una enorme fuerza en las fortalezas del Río Grande. Causarán graves daños. Derramarán sangre. Buscarán venganza. Pero ahora tienen miedo, ya lo ha demostrado Tiberio al mando de sus últimas campañas.

—No han hecho nada de valor a pesar de disponer de tantos soldados —añadió Armin con sonora convicción.

—Temen la sombra de Teutoburgo, y temen un nombre, el tuyo. Ya no eres un desconocido para los grandes jefes de los romanos, ni siquiera para Augusto. Te odian y te temen, como odiaron a Aníbal. Pero tu nombre estará escrito en muchas lenguas cuando todos los hombres hayan muerto, porque venciste a Roma en una hora gloriosa. Mas ese no debe ser el fin. Tu nombre es como este tejo: vivirá miles de años. Puedes superar la gloria de Aníbal y la de Alejandro el Grande. Puedes ser un nombre respetado entre los muchos que componen las epopeyas de los griegos, porque como sus líderes has usado la cabeza en lugar de la fuerza. Has sido lo que los griegos llaman *metis*, astuto, algo que siempre se atribuyó a Odiseo. Astucia y cólera son las dos cualidades que pueden crear al que alcanza la victoria en los campos de batalla.

—Sin embargo, los griegos y los romanos veneran a Aquiles —recordó Armin—. Siempre fue el que mayor admiración despertó entre sus generales.

Una risa llena de desprecio obligó a inclinarse al recio anciano.

—Reír por la mañana es lo más importante del día —se burló— y tú hoy me has hecho un gran favor. La cólera que se atribuye a Aquiles es brutal, joven Erminmeraz, pero no puede compararse ni con el rayo ni con el carro de Thor. Aquiles no es un hombre, mientras que Odiseo es de carne y hueso. Aquiles es demasiado caprichoso, por eso debe sucumbir, mientras que Odiseo es un hombre que blande las armas de un hombre, y en su humildad se vuelve más poderoso que Aquiles, por eso logra vencer. Los griegos veneraron a Aquiles por su deslumbrante furia, pero le sirvió de poco. Igual que Aníbal, quien después de tantas hazañas sólo consiguió que Roma ordenase la incineración de Cartago. No te dejes llevar por la cólera salvo en el momento justo, o verás cómo todos tus sueños son derribados de un momento a otro por algún error

fatal semejante al rayo que destroza una choza, y eso mismo te parecerá tu propio esfuerzo, paja quemada por el fuego.

Tres noches más tarde, un jinete recorrió la linde de los bosques sobre las escarpadas colinas del Rhenus, por encima de la populosa aldea de Siga. Se detuvo y vio los nuevos barracones romanos alineados junto a un puente. La luna iluminaba largas y afiladas empalizadas. Las volutas de humo se alejaban de los tejados de la aldea, que ya rodeaba casi en su totalidad el perímetro oriental del campamento romano. El jinete se detuvo, como si esperase una señal. Pero no ocurrió nada y descendió hacia el Río Grande.

Atravesó un rodal de alerces y recorrió la vieja colina. Pasó al trote junto a las rocas megalíticas del monumento de los teutones y después recorrió los campos de cereales que crecían al amparo de Segest, el señor del valle.

Una vez junto a la aldea dejó al caballo atado tras una verja, y llamó a una puerta. Varios aldeanos lo detuvieron y fueron en busca del alto palacete del germano.

Una gran bandeja de latón contenía los restos del asado. Segest todavía degustaba un bocado del cochinito, cuando las voces de guardia llamaron su atención. Se restregó la barba amarilla que empezaba a blanquearse con un basto trapo, se limpió las manos, y clavó la mirada en la entrada de la sala. Pidió a sus esclavos que echasen troncos al fuego de la gran chimenea con una sola mirada, y se detuvo en los ojos funéreos de su hijo.

Segmund mostraba un rostro demasiado pálido para ser un hombre mortal, casi gris, tras la barba oscura y castaña. El pelo de sus cejas había crecido abundantemente, como era costumbre en los varones de la familia. Con la mano izquierda sostenía un pedazo de cerdo asado. El brazo derecho descansaba sobre la mesa. Había cubierto el muñón amputado de su muñeca derecha con una gruesa pieza de cuero que ataba hasta la altura del hombro y de la cual crecían agudas puntas de acero en su parte exterior, lo que había llegado a manejar como un arma formidable. No eran pocos los que había matado de un solo puñetazo en la cara, reventándoles el cráneo con los afilados remaches. Cuántas veces habría deseado descargar ese golpe sobre el rostro de Armin, eso sería innumerable, pero la rabia con la que había matado injustamente a otros procedía de un odio largamente contenido contra el querusco.

—¿Quién nos interrumpe esta noche? —inquirió la voz grave de Segest.

—Ha llegado el Cuervo Rojo —respondió uno de sus guerreros.

Segmund asestó un golpe involuntario a la mesa al oír la nueva.

—Que venga ese pájaro —ordenó su padre, recostándose en el gran sillón.

Escoltado por dos de aquellos guerreros familiares, Rotram caminó indecisamente por la sala.

—Igmund, Adelgast, abandonadnos. Conozco al Cuervo Rojo, y cenará con nosotros.

Los hombres se retiraron.

—Siéntate, Rotram, ya nos conocemos lo bastante. Es un honor para nosotros. Una vez más.

Rotram no dejaba de mirar los ojos impenetrables y funestos de Segmund.

—Los cuervos se alimentan de carroña, pero por esta vez no será cierto el dicho —se burló Segest—. ¡Vamos! Sólo es una contraseña, nadie debía conocer tu nombre. ¿Has visto alguna vez un cuervo rojo? —inquirió arqueando las obtusas cejas, sin dejar de fruncir el entrecejo, gesto que jamás le abandonaba, incluso cuando sonreía, lo que hacía de mala gana y sólo cuando veía oro—. Dime, ¿has visto alguna vez un cuervo rojo?

Rotram negó con la cabeza y aferró con los dedos el pedazo de carne.

—Yo tampoco. Es algo bastante extraño. Hay quien los ha visto blancos, incluso tan negros que parecen azulados, pero ¿un cuervo rojo? Es algo digno de las Nornas...

Rotram devoró el jugoso pedazo de carne y apartó algunas costillas. Segest extrajo un gran cuchillo de caza y, sin dejar de mirar los ojos atemorizados de Rotram ni sus mechones cobrizos, recortó otra pieza saizando la crujiente piel del cochinitillo. Después cogió la careta del animal, morro, ojos y orejas, y la colocó en la bandeja destinada a su salvaje invitado.

Cuando los dedos de Rotram iban a aferrar la carne el cuchillo de Segest descendió con fuerza y se clavó en la nariz del cerdo. Tras un tenso instante, Segest se echó a reír mostrando sus cariadados pero firmes dientes. Después apartó el arma y volvió con parsimonia a su trono.

—Así dejó tu rostro ese bastardo al que tanto apreciamos —añadió el régulo, acariciándose la barba amarilla con el filo.

—Así dejó su brazo —añadió Rotram con severo pragmatismo querusco, señalando a Segmund. El pálido rostro de Segmund se agrió en un instante. Siempre contaba que la mano le había sido arrebatada por el zarpazo de una osa, después de entrar en su caverna para capturar un par de oseznos cuya médula le habían pedido varios hechiceros. Nadie le había creído, pero al menos el propio Segmund se había sentido mejor, y después de matar de un puñetazo a varios hombres que se atrevieron al principio a reírse de su historia, nadie más se atrevió a ponerla en duda.

Pero ante Rotram ese ardid no le servía. Rotram venía de Wulfmunda, y allí todos sabían lo que Armin había hecho con la mano derecha de Segmund, el hijo mayor de Segest, el hermano de Thusnelda. La propia Thusnelda no había mostrado desaprobación alguna al escuchar, tiempo después, entre chanzas y repetidos escarnios, aquella historia, diciendo que era un buen pago a las bofetadas que le había

propinado a ella en ausencia de su marido.

Segmund parecía tener la virtud de hablar con su mirada, algo apreciado entre los régulos. Pero jamás decía nada bueno. Rotram se fijó en la pesada cadena de oro que rodeaba el cuello de Segest, por encima de las ligeras pieles de zorro gracias a las cuales se había urdido una majestuosa capa. También Segmund ostentaba varias cadenas y anillos, pero parecían de factura romana. Algunas de las que permanecían aferradas a su coraza de cuero eran sin lugar a dudas *phaleræ* de las que otorgaban como premio a los tribunos y centuriones romanos.

—Esto —Segest se acarició la cadena de oro— es lo que vienes a buscar, pero algo me dice desde el primer momento que no me traes buenas noticias. Pero soy un hombre que cumple con su palabra. —Extrajo una bolsa de piel y la depositó bruscamente sobre la mesa. Ante la ávida pasividad de Rotram, Segest desató los cordales y echó las monedas de oro en el plato de su invitado, entre los restos del cochinillo—. ¿Te gusta así más la cena?

—No puedo tomar ese oro —aseguró Rotram compungido, sin apartar los ojos del plato, después devolvió una péfida mirada a su anfitrión. El régulo no parecía sorprendido en lo más mínimo.

—¿Acaso no es eso lo pactado, Cuervo Rojo?

—Sólo si hubiese logrado lo que me había propuesto. Y no lo he conseguido.

Rotram no podía apartar su mirada de los ojos penetrantes del germano. Un gesto con la mano le advirtió de que Segest había pedido clemencia a Segmund, quien posiblemente había estado a punto de golpear la cabeza de Rotram con todas sus fuerzas.

—¿Qué te lo impidió?

Rotram comenzó a hablar nerviosa y entrecortadamente.

—No es tan fácil como os parece... Siempre está rodeado de su guardia... son muchas docenas de hombres... y no he dado con nadie que se atreva a... ¡a matarlo! Se dice que es un dios, que es un dios venido del norte.

—¡Pero tú lo conoces, maldición, Rotram! —estalló Segmund, amenazándolo con el brazo derecho.

—¡Alto! ¡Siéntate! —gritó Segest con voz atronadora, y el calor le subió a las mejillas.

—No es tan fácil como os creéis y yo también le odio pero...

—¿Qué?

—Jamás reparó en mí en las últimas semanas, nunca se fijó en mi presencia y sin embargo hace unas noches, esa noche en la que había pensado hacerlo, pues sabía bebería hasta reventar... de pronto me vio y... y me cogió por el cuello y me recordó el día en que me rompió la nariz, cuando éramos niños... y...

Segest se cubrió el rostro con las manos abiertas, sin dejar de mirar a Rotram

entre los dedos.

—Y pensé que era imposible que se hubiese percatado de mi presencia precisamente cuando estaba pensando en... Pues va a ser imposible. ¡Hay un gallo! ¡Sí! Un gallo al que llaman Vitórix, que siempre anda a su espalda y maneja varios cuchillos... es su amigo, y a veces hablan en latín y nadie entiende nada. Y ese gallo es como un demonio que siempre observa. ¡Y está Cerunno!

—¡Maldito sea su nombre cien veces!

—Yo no lanzaría maldiciones contra Cerunno, ¡Cerunno tiene poderes! Merodea convertido en cuervo. Siempre anda revoloteando la compañía de su guardia. No... no es posible hacer lo que queremos hacer y ese oro no me pertenece.

—¡Ya basta de dichos y dijes! —exclamó violentamente Segmund, golpeando la mesa y poniéndose en pie.

Rotram recurrió a un cuchillo que había ocultado en el forro de su extraña y mugrienta coraza y lo blandió ante los ojos de Segmund, a quien le clavó una punzante mirada.

—Rotram, ese oro es tuyo. Debes perdonar a mi hijo —Segest dio unos pasos hacia ellos y se interpuso entre ambas miradas con hipnótico poder—. Deteneos. Esto alegraría a nuestro enemigo. Rotram, Segmund odia a Armin, y quiere verlo muerto. Tú también, pero debemos confiar en tu palabra. Te pago en nombre de tus servicios como espía, y has de saber que tu oro es bien merecido. Segmund, encontraremos la forma de conseguirlo.

Rotram respiró profundamente, y Segmund volvió a sentarse, desanimado y ensimismado.

—Hace unos días conversé con un romano. Venía de las legiones de Varus. Joven, fuerte, leí runas propicias en sus ojos, y él nos ayudará a conseguir lo que pretendemos. No sabréis su nombre. Sólo necesitamos que tú, Rotram, continúes hablándonos de los movimientos de Armin. Que nos digas cuándo entra y cuándo sale de Wulfmunda. Mañana conocerás al que persigue la sombra de Arminius como la perseguimos nosotros, y entonces será hora de responder a algunas preguntas.

Segmund se levantó y abandonó la sala. Rotram se llevó el plato con algunos pedazos de asado y se perdió en la noche como un perro solitario. Segest, al fin solo, acercó su trono a las crepitantes llamas de la chimenea, y allí, con la mirada perdida en el fuego, imaginó delirantes juicios y sangrientas venganzas.

Había amanecido nublado y soplabla fuerte viento. Después de un frugal desayuno y cuando los gallos dejaron de cantar, Rotram ya trotaba a la grupa de su caballo, rumbo a Molda, en las tierras queruscas. Agitó la mano y se perdió en la distancia con indolente monotonía.

Segest y su hijo cabalgaron seguidos de su guardia hasta las puertas del campamento romano de Siga. Una vez allí les dieron el alto. Sólo ellos pudieron sortear el foso y entrar. Segest ordenó a su guardia que esperase.

Recorrieron la vía y saludaron respetuosamente los llameantes altares de Marte. Allí, en lo alto de una tarima que rodeaba el fuego sagrado, les aguardaba una figura firme y tan sólida como una escultura de mármol. Los romanos lanzaban miradas recelosas a los germanos. Tras la derrota de Varus se había prohibido la entrada a cualquier germano en los campamentos romanos, salvo estrictas medidas de seguridad. A pesar de que conocían a Segest, los legionarios los miraban hoscamente. Aquel centurión abandonó la tarima sin siquiera saludarlos y los acompañó al pretorio. En una sala con una mesa y varias sillas les aguardaba aquel hombre del que Segest le había hablado la noche anterior a su hijo.

—Casio Querea, deja que te salude y que te presente a mi hijo Segmund.

Casio respondió con fría cortesía. Reparó en todos los detalles que caracterizaban la melancólica y terrible presencia del manco.

—¿Y bien?

—No ha podido ser —respondió escuetamente Segest.

Casio no pareció en absoluto contrariado por la respuesta. Daba la impresión de que había llegado hasta allí sólo para constatar algo que ya sabía de antemano.

—Nuestro hombre nos habló de una enorme guardia personal y de otros miedos que por ahora acobardan a todos los hombres comunes. Tienen miedo. Lo consideran un dios. Les parece invencible. Se llega a decir que si alguien intentase sorprenderlo en medio del sueño y clavar un hierro en su carne sólo conseguiría arrugar la punta y despertarlo, para ser decapitado un momento después por su larga espada.

—Entiendo —comentó Casio secamente.

—Nos queda esperar, dejar que se confíe, aguardar el momento propicio en el que caiga muerto bajo nuestras maldiciones. Roma logrará lo que desea...

—Roma no desea nada —le interrumpió de pronto el prefecto con ruda insolencia—. Nada. Esto no es idea de Roma. ¿Te ha pagado alguien algo para que lo hagas?

—¡No!

—Pues por eso no tiene nada que ver con Roma. No es algo encargado por el Senado, nadie quiere recurrir a esos métodos para acabar con Arminius...

—Pero si alguien lo hace, mejor —murmuró Segmund. Casio no le prestó atención.

—Es algo que desean unos pocos hombres y que no lograrán por estos métodos, de eso ya estaba seguro mucho antes de venir.

—Entonces, valiosísimo Casio, ¿para qué has venido? —inquirió Segest con taimada arrogancia—. Si lo sabes todo no te hace falta venir a averiguarlo. Además eres adivino.

—Es otra la razón que me mueve hacia vosotros. Ese hombre, el Cuervo Rojo, ¿dijisteis que es un habitante de Wulfmunda? ¿Conoce a Armin?

Segmund sonrió.

—Ahora vive cerca, en Molda. ¿Que si lo conoce? Jugaron juntos cuando fueron niños hasta que un día ese demonio de las ciénagas le reventó la nariz por segunda vez a nuestro cuervo, y desde entonces es un cuervo rojo sin pico... —respondió Segest—. Sabe cuando va y cuando viene, y está enterado de los planes generales de los queruscos.

—¿Y qué se sabe ahora? Esa información puede ser muy valiosa.

—Cerunno, ese fanático hechicero, realiza festejos por todos los centros de culto de los sugámbríos, de los brúcteros, de los tubantios... Allí Armin saluda a los jefes y fortalecen la alianza del oeste, dentro de la cual él es el *kuninc* supremo. La gente lo aclama por donde va, y al parecer es considerado una especie de semidiós. Si hay algo de lo que estoy seguro es que le seguirán ciegamente hasta la muerte si fuera necesario. A partir de ahora y después de la derrota de Varus nadie dudará de su palabra, eso es algo con lo que Tiberio debe contar. Conozco a esos queruscos, mis familiares a fin de cuentas... y harán lo que su líder les pida.

—¿Y tu hija?

—Thusnelda no le sigue —respondió Segest, y su rostro cambió al pronunciar el nombre de su hija. Melancolía y desprecio demacraron sus facciones de pronto, como si un repentino invierno soplase sobre su rostro—. No, Thusnelda... espera en Wulfmunda. Ella permanece allí o en alguna otra aldea próxima. A veces las mujeres cambian de lugar. Son órdenes de Armin, se dice, pero conozco a mi hija, y sé que son órdenes de ella. Cuando se siente insegura en ausencia de su marido se marcha a alguna otra aldea en compañía de muchas otras mujeres, y de este modo aparece y desaparece, y así lo hará hasta que la guerra acabe.

—¿Crees que esta guerra acabará? —preguntó Casio.

—No lo creo, romano —respondió Segest fríamente.

—Para llevar adelante el plan que me he propuesto necesitamos que el Cuervo Rojo nos dé informes más detallados.

—¿Cuál es ese plan? —inquirió Segest rápidamente.

—No puedo decírtelo, salvo que te beneficiará grandemente. Pero esta vez

procederemos con el mismo secreto con el que el propio Arminius veló por su ataque contra Varus.

—¿Quién más lo sabe? ¿Quién más te ayuda?

Casio se puso en pie y recorrió una cortina. Segest se quedó como una estatua de sal al descubrir quién esperaba detrás de la misma, sentado en un taburete. El germano se irguió. Era muy alto y fuerte, de larga y rojiza cabellera rubia, indiferentes ojos azules en el rostro lechoso.

—Segifer... —murmuró el régulo.

—Mi nombre romano es Flavus, *Leo Flavus*.

—¡Cuántos años han pasado...! Y sin embargo tienes la misma mirada desconfiada que cuando eras un muchacho. Recuerdo aquellos días en Wulfmunda, cuando iba a visitar a mi hermano...

Flavus atrajo el taburete y se sentó a la mesa.

—Deseas la muerte de tu hermano tanto como yo... supongo... —dedujo Segest, pensativo—. La mayoría de los hermanos me habrían provocado una profunda desconfianza. Si no fueses tú, el que tan bien conozco, ya mismo habría gritado a este romano que pretende una locura. Los hermanos se aprecian demasiado... pero recuerdo el odio que os teníais tú y tu hermano. Desde muy pequeños. Nunca os soportasteis el uno al otro.

—Algún día todo habrá acabado —comentó Flavus, sin mirar a Segest.

—Los vínculos entre los niños germanos son normalmente indestructibles. He conocido familias en las que varios hermanos disputaban a diario y a veces a muerte, y cuando un tercero quiso dañar a alguno de ellos, aprovechando la discordia, acabó abierto en canal precisamente por el cuchillo del que peor hablaba de sus hermanos y del que más los despreciaba. Pero sé que vosotros no erais así. Os odiabais.

—Olvidas que no fuimos hijos de la misma madre —aseveró Flavus.

—¡Sólo hay que veros! Los dos tan diferentes... —añadió Segest.

Antes de que los nuevos nombramientos consulares anulasen la magistratura más importante del estado a Germánico, el Senado aprobó la decisión de Augusto de retirar el poder a Tiberio. Germánico pasó a convertirse en el comandante supremo de todas las fuerzas que vigilaban la larga frontera de las Germanias.

Los enfrentamientos entre Germánico y Tiberio eran velados pero evidentes para todos los mandos del Rhenus. Hacía ya muchos meses que Germánico no respetaba la mayoría de las decisiones que Tiberio tomaba sobre sus ejércitos, y ofrecía cobijo a los que quisiesen oponerse al general, con el pretexto de la potestad consular que tan arrogantemente ostentaba. Esto le había permitido anular castigos y movilizar unidades enteras sin el consentimiento directo de Tiberio, quien se ocultaba cada vez más en sus palacios de Colonia tras su guardia personal, convencido de que Germánico intentaría asesinarlo tarde o temprano.

A principios de año 13 d. C. el Senado escogió como nuevos cónsules anuarios a Gaio Silio Aulo Cæcina *Largo* y a Lucio Munatio Planco. La reunión de los padres conscriptos concedió a Augusto el *Imperium* por diez años más, mientras que Livia lograba que muchos senadores propusiesen a Tiberio el alto cargo proconsular en todas las provincias, después de abandonar los ejércitos, en los que Germánico tendría mayores poderes. Augusto accedió para no levantar sospechas públicas y guardar las apariencias, consciente de que la obtención del dominio de los regimientos a favor de Germánico era la mayor garantía de éxito de sus planes, y la moción salió adelante.

Pero algunos días después Germánico volvía a Colonia. Durante el crudo invierno las nevadas descendieron del lejano norte hasta las orillas del Rhenus. Tiberio se retiró de la vida militar y se ocultó en su palacio, rodeado de exóticos lujos. Dejó órdenes claras y estrictas, pero Germánico continuó inspeccionando periódicamente los campamentos a lo largo de la frontera, fortificándolos y previniendo cualquier eventualidad que procurase alguna ventaja a sus enemigos. Tiberio aguardaba ser nombrado en Roma para abandonar al fin el insufrible ostracismo al que le sometía la frontera germana, cuando un mensaje anunció que Germánico debía regresar a Roma, solicitado con urgencia por Augusto y por el Senado.

La noticia llegaba una tarde de espantosa ventisca. Las calles de Colonia eran barridas por furiosas ráfagas de nieve. El hielo y la humedad carcomían los barracones de las legiones y las villas de los altos mandos parecían sepultadas por un manto blanco. Germánico decidió reunirse con Casio y puso orden en sus asuntos para partir de viaje aquel mismo día. Muchos consideraron que la idea era una locura. El frío podría atacar a sus hijos pequeños y su esposa estaba embarazada de nuevo. Pero la decisión de partir, no lo sabían, era de Agripina. Su costumbre de seguir los pasos de su marido había llegado a ser proverbial. Se convertía en el prototipo de la mujer ideal romana, especialmente si el marido era un militar. Lo que nadie sabía es que la mejor salvaguarda de Agripina era la espada y la audacia de Germánico. Nadie sospechaba el duelo silencioso que se libraba en el seno de la familia imperial, y del miedo que rodeaba la vida cotidiana de Agripina, que temía el envenenamiento en cada ocasión que se presentaba propicia. Muchas mujeres criticaban a escondidas a Agripina porque a menudo mandaba que sus esclavas arrojasen cubos de leche fresca o ánforas de aceite al río, bajo pretexto de que, si no era bueno para su familia, no lo era para ninguna otra. Pero Agripina temía que muchos de aquellos víveres estuviesen envenenados. Con todo, había logrado que Germánico, en secreto, ordenase a presos condenados a muerte que probasen ciertos alimentos antes de admitirlos para el consumo familiar. Durante aquellos años, sólo en una ocasión uno de aquellos hombres enfermó hasta morir, y no pudo descartarse el previo mal estado de salud del preso como causa de la muerte.

De cualquier modo, Germánico partió hacia Roma después de dejar una serie de mensajes escritos para su padrastro. Una vez más decidió no despedirse personalmente, y por la tarde varios carros cargados abandonaron Colonia. Germánico montaba a caballo y se cubría con una de las pieles de su padre. Varias cohortes aceptaron sin reticencias acompañar al general y su familia hasta Augusta Treverorum, desde donde un nuevo destacamento de las Galias los escoltaría hasta Lugdunum, y así sucesivamente hasta alcanzar el norte de la península itálica.

Germánico montaba a caballo. Se volvió antes de adentrarse en las colinas. Vio las siluetas grises, congeladas, de los ralos bosques nevados al otro lado del Rhenus. Sintió el peso de las nubes de plomo y el ímpetu de las ráfagas ululando alrededor como diez mil lobos, y se preguntó durante cuánto tiempo más debía esperar la gran guerra contra Arminius. Cuando al fin ordenó a su caballo seguir la comitiva de carros azotados por el viento, siguió pensando en el extraño plan ideado por Casio Querea.

Poco tiempo después se supo la razón de la precipitada partida: Augusto agonizaba en su lecho de muerte. Germánico no dejó de pensar que la derrota de Teutoburgo había sido como la caída de un rayo en el corazón de su abuelo. Lo había visto empeorar, pero no imaginó que sucumbiese. Le revolvía las entrañas pensar que Arminius había logrado, además, asestar un golpe mortal en el ánimo del hombre más poderoso de la tierra. Lo odiaba más que nunca, y, a su vez, sentía por aquel bárbaro indómito una inconfesable admiración que le robaba el sueño.

Tarde o temprano tendría que acabar con él, y sabía que el duelo entre Roma y Germania sería mortífero y grandioso como pocas guerras de la historia romana.



Ejercitando mi decimotercer consulado, el Senado, el Orden Ecuestre y el Pueblo Romano me llamaron Padre de la Patria, y decretaron que este apelativo fuese inscrito en el vestíbulo de mi casa, y en la Curia Julia y en el foro de Augusto bajo la cuadriga que ahí fue puesta en mi honor por decreto del Senado.

Cuando escribí estas memorias tenía setenta y seis años.

RES GESTÆ DIVI AUGUSTI, XXXV

Las cohortes imperiales escoltaban el cuerpo del emperador. Avanzaron con paso solemne hasta las cercanías de Roma. En no pocas encrucijadas aparecían grandes multitudes que se despedían del Padre de la Patria. Para el pueblo había sido un buen emperador. Su reinado había traído orden y prosperidad. El Principado y la idea del Imperio habían cobrado forma gracias a su tenacidad. Su victoria sobre Marco Antonio en las guerras civiles del triunvirato habían traído riquezas y una Roma renovada y grande como no había existido jamás. Livia ya había ordenado que empezasen a esculpir las primeras inscripciones del *Res Gestæ Divi Augusti*, un memorial que detallaba todas las obras que había acometido Augusto durante sus largas décadas de poder, tanto arquitectónicas como aquellas que se referían a los juegos lúdicos concedidos en nombre de sus herederos. Livia esperaba que al menos una de ellas estuviese lista para el momento en que el cuerpo del hombre más poderoso de la tierra fuera reducido a cenizas.

Dos días después la compañía que seguía al emperador se extendía sobre muchas millas. Eran miles los que pisaban las huellas de las cohortes para poder presenciar la despedida de Augusto. Para los romanos incluso la muerte ofrecía un espectáculo digno de mención. Cuando las colinas de Roma aparecieron en el horizonte, los primeros caminantes prorrumpieron en lamentos y gritos, y algunos caballos galoparon anunciando el gran retorno. Pero caía la tarde, y Livia ordenó que se detuviesen y que montasen guardia, porque Augusto debía entrar en Roma al mediodía, cuando el sol se hallaba en su punto más alto y fuerte, y no en medio de la noche como un ladrón que se oculta al amparo de las tinieblas.

Las antorchas volvieron a arder. Desde las laderas que la Vía Campana recorría por el sur para entrar en Roma admiraron el espectáculo de una ciudad que aguardaba en silencio el retorno de su emperador. Al día siguiente una aurora de fuego ardió tras las colinas al pie de una bóveda despejada y bruñida. Tiberio recibió una larga lista de órdenes de parte de Livia y supervisó las tribunas del Campo de Marte, al norte del cual debían comenzar de inmediato las obras para levantar el Mausoleo de Augusto. Apenas hubo tiempo para poner orden en todos aquellos detalles, cuando Tiberio fue a ver el arco del triunfo que había sido erigido en tan sólo dos días para conmemorar la entrada de su padrastró. Ordenó que retirasen los andamios y que se cerciorasen al asegurar los bloques del arco. Después recorrió la Vía Campana hasta encontrarse con el cortejo fúnebre. Los romanos se habían tocado con las *togas pullas*, bajo prohibición de vestir cualquier prenda que no fuese negra. Más de cien lictores con sus hachas, vestidos del mismo color, precedían a los senadores de Roma, cuyos miembros más destacados tenían el honor de cargar con la litera mortuoria del

emperador.

Roma entera observó la llegada de la espectacular comitiva. Era la ceremonia fúnebre más emocionante jamás vivida entre las murallas de la gran ciudad, dedicada al hombre que la historia mostraría como el emperador romano que durante más tiempo estuvo en el poder. Pasaron bajo el arco triunfal y recorrieron los puentes y los templos adyacentes hasta que el cortejo se detuvo en medio del Campo de Marte. Una vez allí, Tiberio y su hijo pronunciaron algunos discursos de despedida. En especial el discurso de Castor fue breve, pues no era un buen orador y se temía que arruinase la solemne escena, pero nadie pensó en invitar a Claudio a pronunciar unas palabras en nombre suyo y de sus hermanos.

Mientras todo aquello sucedía, varios de los más fieles soldados de Livia irrumpían en el Templo de las Vestales en busca del testamento de Augusto. Siguiendo órdenes de la viuda, Sejano comprobó que el nuevo testamento era bien diferente al que convenía a Tiberio, y lo sustituyó por el antiguo y ya conocido, ocultando aquel otro que convertía a Germánico en sucesor de Augusto, para entregárselo a Livia.

Varios de aquellos centuriones irrumpieron en la casa en la que Julia estaba presa. Ordenaron el levantamiento de la guardia y se quedaron con la custodia. Cuando se marcharon, uno de ellos envenenó a la hija de Augusto y sólo mucho tiempo después se supo que había muerto.

Un viejo augur se acercó a la gran pira y trepó hasta situarse junto al emperador, al lado de Livia. Una vez allí depositaron en su boca una moneda de oro forjada para la ocasión, y cubrieron con una capucha negra el rostro marmóreo, sereno y succionado de Augusto. Después abandonaron el lugar, y dejaron que una antorcha iniciase su divino trabajo.

Un gran fuego ardió de pronto ante miles de personas, que se reunían en los Campos de Marte alrededor de las tribunas levantadas para celebrar la incineración del cadáver. Jamás habían vivido un momento como aquel. Claudio no podía imaginar tanta gente reunida en Roma y a la vez tan silenciosa. La desproporción entre la ingente cantidad de populacho y su respetuoso silencio causaban un extraño y sobrecogedor sentimiento de grandeza. Quizá ése había sido el último gran triunfo de Augusto. Y se marchaba a otro lugar con un nuevo triunfo, no podía ser de otro modo tratándose de aquel hombre. La alta llama que de pronto chasqueó rodeada por un mar de togas negras se elevó y languideció rápidamente.

Y todo había acabado. Una vida, un hombre, un Imperio.

Tiberio era la sombra de Augusto. No tenía nada de su tenso cuerpo, de sus pragmáticos ideales, de sus elaborados pensamientos, de sus calculadas intenciones o de cualquier otro elemento que lo caracterizase como animal político superior: sólo era la sombra de un símbolo. Y poseía los rasgos de esa sombra. Era el poder corporeizado en un hombre, la consecuencia anodina y maligna del primer *Imperium Romanum*. No había nada en la naturaleza abstracta del poder que despertase el verdadero interés intelectual o histórico de Tiberio, como sí había sido el caso de la concepción política de su predecesor, salvo el materialismo que le obligaba a cerrar a su alrededor los resortes capaces de volverlo plenipotenciario frente a las magistraturas del estado. Tiberio vivía como una sombra de Augusto, alabándolo, premiándolo, ensalzando su memoria que era, por lo tanto, su mejor salvaguarda. Cuidaba del gran símbolo que era su recuerdo, para que justificase la necesidad de perpetuidad en su heredero. A cambio, la sombra gozaba de poder ilimitado para continuar permaneciendo en el vértice del Imperio. Era un pacto con el recuerdo; el símbolo alcanzaba tal talla que la sombra podía permitirse el lujo de continuar gobernando tras la muerte espiritual y física del mismo.

Su pensamiento político tuvo grotescas consecuencias prácticas. Tiberio empezó adoptando curiosas actitudes que no hacían sino anunciar el alto grado de corrupción y tiranía que se avecinaba. Lo peor de todo, como muy bien sabían sus opositores, era la retorcida manera de acometer sus objetivos.

Temiendo ser apuñalado en las escalinatas que accedían al Senado, la segunda gran sesión tras la muerte de Augusto se inició tensa y expectante. Los cientos de senadores ocuparon su lugar y se inició un lento y arduo recuento durante el cual Tiberio se mostró extremadamente humilde al saludar a cada senador como si se tratase de una sesión distinta o del comienzo de una nueva era. Independientemente de este detalle, el primer tema que empezó a debatirse fue desde luego la sucesión de Augusto, asunto ya incómodo por las numerosas pegas que se habían interpuesto a la llegada de Germánico. Las primeras invectivas llegaron de Valerio Mesala, quien se oponía al reinado de Tiberio:

—Parece absurdo que discutamos *pro forma* lo que *de facto* ya está consumado: que Tiberio desea establecerse en la monarquía es algo que a nadie sorprende.

—Yo no he dicho en momento alguno que desee los poderes absolutos —respondió Tiberio con serenidad—. ¿No era acaso necesario que alguien se ocupase de la ciudad y de los festejos fúnebres de mi padre durante estos dolorosos días? Se ha hecho para facilitar el transcurso de un momento grave y triste para todo el Imperio.

—Eso no cambia el contenido de mi afirmación: Tiberio desea quedarse con el poder de Augusto y nadie se lo impedirá, desde luego, y además parece imprescindible que esta reunión tenga lugar a espaldas de Germánico.

Los rumores airados de numerosos aduladores de Tiberio y de Livia recorrieron los bancos del Senado.

—Nadie se reúne a espaldas de Germánico —habló duramente un senador de edad media y severas facciones recién afeitadas, aunque con pobladas cejas; era Quinto Severo—. Si Germánico no ha venido es porque ha tomado una decisión juiciosa. No debe abandonar las fronteras. Las legiones creen en él. ¿Qué pasaría si los germanos decidiesen atacar de nuevo? Los regimientos están confundidos tras la muerte del emperador, no debemos dejar de reconocer que la inestabilidad del Imperio puede ser aprovechada por los bárbaros, y especialmente por ese Arminius que tan diestro es en el arte de la traición.

—Han pasado cinco años, cinco largos años de vergüenza desde que los queruscos y sus aliados echasen las águilas de Roma al barro de Germania para pisotear nuestro orgullo. ¿Cuándo llegará la venganza? —preguntó Mamercio Escauro—. ¿No es acaso tan cierto como eso que Tiberio no se atrevió a cargar contra Arminius durante estos años? ¿Y por qué ahora debemos vivir con temor de las fronteras, en lugar de finalizar la gran obra de Drusus en el norte?

—Obedecí en todo momento las órdenes del sagrado Padre de la Patria —respondió Tiberio, visiblemente contrariado—. Respondí a sus peticiones y jamás obré por mi cuenta. Y Augusto no quiso que los regimientos penetrasen más allá de las orillas del Rhenus. Augusto quiso una frontera fuerte. Fue necesario recomponer las tres legiones bajo otros nombres y fortificar los puentes.

—De nuevo las mismas excusas —lo atacó Quinto Haterio—. No cabe la menor duda de que la vergüenza de Teutoburgo sigue pesando sobre los hombros de un Imperio que ha envejecido con Augusto, y que quizá debería morir con él.

Varias voces le respondieron a la vez y los senadores los señalaron airadamente. El senador permaneció en pie en medio del aluvión de quejas y acusaciones.

—No me he sentado, reclamo el derecho a la opinión —exigió quedamente, sin apartar los ojos de Tiberio—. ¡No he acabado!

Era evidente que uno de los vetos no reconocidos por el derecho de la cámara consistía en no dejar terminar las frases a un orador indeseado, práctica muy desarrollada en los tiempos de Augusto. Pero los detractores de la monarquía sabían que era el momento de hacer lo imposible por detener a Tiberio. Después ya habría tiempo para entrar en su juego de réplicas y comedidas reconciliaciones propios de la hipocresía cortesana que tanto gustaba a la familia imperial. Los republicanos estaban hartos de un Senado que cumplía funciones meramente ornamentales en el aparato del estado.

—Estamos confundiendo los términos —sentenció Tiberio—. Nada tienen que ver las decisiones de Augusto con el hecho de la sucesión imperial.

—Sí que tienen que ver en el caso de que fueran erróneas. Mi mayor respeto a la memoria de Augusto, pero cometió errores en los últimos años de mandato, errores de un buen padre, pero errores que este Senado romano tiene derecho y debe ejercer el derecho para subsanar. El desastre de Varus no puede quedar impune, los regimientos requieren una decisión que sea capaz de demostrar a todos los pueblos bárbaros que Roma sigue siendo invencible, que sigue siendo la Roma victoriosa que siempre vuelve sobre sus pasos.

—Hagámoslo —replicó Tiberio con su voz tan carente de emoción—. Que Germánico sea el brazo del Senado y que ejecute con decisión la venganza de Roma.

Tiberio reconquistó el favor de la sala. Aunque en el fondo sabía que ese no había sido el plan de Livia. Se trataba de lograr la sucesión imperial sin concesiones a Germánico, y lo más importante era el control de los ejércitos. Pero Tiberio comprendía que no alcanzaría ninguno de sus propósitos sin reconocer dignidad alguna a Germánico. Era demasiado popular. Además juzgó en último momento el plan de Livia propio de la ambición de una anciana, que lo desea todo cuanto antes amenazada por la cercanía de la muerte, y aquello requería tiempo. Si cortaban el paso a Germánico de una manera tan descarada era probable que aquél rehusase y desencadenase una guerra civil.

—Y que Tiberio sea el nuevo emperador —gritó un senador.

—No deseo ser emperador —anunció Tiberio, poniéndose en pie—. No quiero ser emperador. —Las frases, pronunciadas con gran energía, crearon el silencio en la sala.

—Por favor, Tiberio, no cometas un error que el pueblo nos reproche durante cientos de años —pidió zalameramente Quinto Severo.

Otro senador se puso en pie y añadió:

—Hemos aguardado durante mucho tiempo la benévola decisión de Augusto, queremos que nos gobierne.

—Toma la monarquía y haz grande a Roma —clamó otra voz.

—Está bien —protestó enérgicamente Asinio Galo—. Está bien, Tiberio, deseas los poderes absolutos con toda tu alma, no nos obligues a contemplar este espectáculo por más tiempo y deja de hacerte de rogar.

Tanto Mésala como Haterio y Escauro, los más sonoros antagonistas de Tiberio, aplaudieron la petición de Galo. Tiberio se sintió incómodo. Aquellos descarados lograban ridiculizar sus absurdas tretas y la puesta en escena con la que trataba de mostrarse ingenioso y soberano de la situación.

—¿No quiere Tiberio ser emperador? Pues aceptemos esa decisión y elijamos los doce pretores del estado en esta asamblea —añadió Galo, triunfante—. Si Tiberio no

desea ser emperador no deberíamos contrariarlo y hacerle infeliz de por vida con semejante cargo. Seguro que prefiere dedicarse a otras tareas como el estudio de retórica en Rodas.

Nombrar a Rodas en ese contexto fue uno de los golpes más bajos que Galo pudo asestar. Y si se lo hubiese pensado dos veces no lo habría hecho, pero era un hombre apasionado cuando protegía sus convicciones políticas.

—El descarro de Galo se burla de la decisiones del propio Augusto —replicó otro viejo senador.

—¿Quién ha puesto en duda sus últimas voluntades? —replicó Galo con un ágil movimiento de brazo—. Nadie, y mucho menos Asinio Galo, pero es Tiberio quien ha dicho, si no recuerdo mal, que no deseaba ser emperador, es más, que no quería.

Tiberio se sentía apesadado en su propia trampa.

—He dicho que no lo deseo, pero el deseo de mi sagrado padre está por encima del mío —declaró indignado, tratando de salvar la comedia que tan mal había interpretado. Escauro, Galo y Haterio sonreían burlonamente—. Si debo cargar con tan grande y pesada tarea, lo haré, más sólo para respetar el deseo del que ha sido el hombre más grande de Roma, y ese deseo debe ser acatado por todos los presentes, y quienes osen burlarse de las decisiones del sagrado Augusto serán castigados convenientemente, pues ningún ciudadano tiene derecho a menospreciar la voluntad de un dios romano.

Los rumores que respondieron a aquel arrebatado de autocracia encubierta no replicaron el discurso, que sin lugar a dudas no esperaba otra respuesta que el silencio, como la palabra de cualquier tirano.

—Y si esta asamblea respeta la voluntad de Augusto, seré emperador de los romanos, y como tal elegiré a cuatro de los pretores, dejando los otros ocho al libre ejercicio del Senado, cuya institución y poder venero.

La mayoría de los senadores prorrumpió en un aplauso de temerosa adulación, hasta que los detractores de Tiberio se unieron a la farsa con desgana. Tras los detalles de gobierno, que ponían en marcha el funcionamiento del estado, dejando la elección de los cónsules para comienzos de año, Tiberio propuso la creación del Augustal, un colegio de augures dedicado a su nombre con tareas religiosas específicas.

La asamblea terminó debatiendo asuntos sin importancia y hasta Escauro volvió a sacar su denostado patriotismo y citó al censor Catón, quien había preconizado una Roma implacable con sus enemigos bárbaros, recordando que el debate sobre Germania no debía ser sobrellevado con tanta ligereza por los senadores, demasiado ocupados en las leyes que afectaban a sus riquezas como para reparar en el peligro que aguardaba en el norte; al decir aquello procuró que Tiberio y los suyos entendiesen la amenaza que suponía para Roma no sólo Arminius, sino, sobre todo,

Germánico.

IX

Aquella misma noche y tras atravesar los jardines que rodeaban el Teatro de Marcelo, las literas de Sixto Aulio y de su buen amigo Gordius recorrían una alameda solitaria bordeada por altos ciparisos. Comentaban entre risas lo que habían escuchado sobre la sesión en el Senado. Entretanto el camino empedrado llegó al umbral de una lujosa villa. Atravesaron más vergeles y un bosquecillo de pinos en el extremo occidental del monte Cælius. Los esclavos se detuvieron ante la columnata de un pórtico. Los próceres romanos descendieron trabajosamente y caminaron al encuentro de dos muchachos que recibían a los invitados.

Entraron en la villa y recorrieron con parsimonia un pasillo recubierto de mármol blanco. El ruido creció cuando se aproximaban a la sala del banquete, en la que docenas de personajes hablaban a la vez reclinándose en grandes *lectus* que se disponían en semicírculo, encerrando un espacio central dedicado a otros espectáculos que debían amenizar la orgía. El senador Asinio Galo, que era el buen dueño de la casa y el que ofrecía el banquete, saludó afectuosamente a Sixto.

—¡Por fin en Roma! —exclamó—. Siempre supe que regresarías de ese calabozo. Hoy tenemos que celebrarlo una vez más.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Galo, y también a tu hermosa Vipsania —respondió Sixto, haciendo una reverencia a la hermosa mujer de galio, que en otro tiempo había sido esposa de Tiberio. Se sabía que esa era una de las muchas razones por las que Tiberio odiaba profundamente a Galo, dado que había sido obligado por Livia a separarse de Vipsania, mujer ágil y menuda, con aspecto aniñado, que agradaba más el gusto de Tiberio por la juventud.

—No he podido asistir a esa magnífica representación del Senado, pero me han contado lo que ha pasado, y nuestro *Biberius Caldius Merón* ha recibido buena comparación pública. Sin embargo, esperaba que los senadores gozasen de mayor poder.

—La república no volverá —añadió Galo—. De todos modos, dejad que Tiberio se afiance en el poder y veréis algo mucho peor que Augusto.

—¡Qué razón tienes! —replicó Sixto—. ¡Tito Bestia! No puedo creerlo...

El grueso millonario se volvió y caminó con parsimonia al encuentro de su compañero de orgías. Llevaba los cabellos humedecidos con aceite bajo una corona de laurel y vestía una impecable toga blanca; se apoyaba en dos sonrientes efebos de cabellos rizados cuyos ojos habían sido pintarrajeados con albayalde y Corinto.

El atuendo inmaculado de Tito era, no obstante, engañoso, pues ya había tenido oportunidad de beber y estaba tan ebrio como era costumbre en él en noches de semejante comercio.

—¡Adiós, Augusto el Sagrado! —gritaba con el rostro iluminado—. Mirad. Ahí entra el rey de la fiesta...

Sixto contempló la opulenta llegada de Trogus Bíbulus *Rizos-de-Oro* y de su esposa, la viciosa Porcia *Platina*; los cabellos espolvoreados con oro puro y su toga púrpura no lograban rivalizar con los atuendos de sus seis esclavas galas: además de exhibir sus melenas rubias llevaban brazaletes y largas espadas y lucían armaduras que enmarcaban sus turgentes senos. El propio Bíbulus alzó los brazos, tomó un yelmo empenachado de pro-pretor, y gritó para gran alegría de los presentes:

—¡Que comience el Triunfo de Varus!

Al parecer, Bíbulus iba disfrazado de Varus y presenciaba el desfile de sus legiones al frente de los frutos de su campaña. Pero toda su legión era una variada colección de galas con los ojos pintados con *stibium*, vestidas con armas propias de los bárbaros del norte. Después entraron otros muchachos pintarrajeados con gran picardía, con atuendo que recordaba las vestiduras de los sacerdotes fenicios y la lujosa indumentaria de los nobles medos. Bíbulus tomó una corona en forma de tiara recubierta de oro e incrustaciones preciosas y la colocó sobre la frente de Vipsania.

Galo dio unas palmadas mirando hacia los extremos de la gran sala, y muchas luces se apagaron. La luz de fuego cubrió de rojo hombres, mujeres y muebles, creando curiosas máscaras en los rostros de ojos muy maquillados. Los esclavos inundaron la ruidosa multitud cargados con pesadas bandejas. Nadie prestaba atención a una danza ejecutada por las galas, y Sixto se procuró un *lectus* cerca de Galo, de Vipsania, de Bíbulus y de Tito Bestia. Aún entraron nuevos invitados, muchos, algunos de los cuales eran en verdad una sorpresa de Galo, pues se trataba de incondicionales maestros de retórica que traían a sus alumnos y que ofrecían singular espectáculo en medio del escándalo general. Allí Sixto reconoció a un viejo *grammaticus* que venía acompañado de Fidias, Cuartilo y su más aventajado alumno, el descarado Esperión.

—Se dice que ese Esperión ha visitado en varias ocasiones los favores de algunas orgías organizadas para Tiberio —le reveló Gordius a Sixto—. Todo el mundo cree que Tiberio va a ser más permisivo con los placeres y los banquetes, porque él mismo hace cosas innombrables...

—Esperión se hace más mayor y busca mejores padrastros.

—Fue él quien una noche nos contó que Tiberio ha adquirido una gran casa de Lúculo en la costa, frente a Capri; allí ha empezado a erigir la Villa de Júpiter, donde planea crear una especie de sociedad de amigos —reveló Tito Bestia.

—¿Busca la fortaleza de Capri para ocultar sus vicios?

—Algo así; Esperión está bien enterado, porque Tiberio va a la caza de jovencitos a través de varios agentes a los que les gusta vestirse de mujeres, ya sabes...

—Pero Esperión no era de esos —replicó Sixto, a quien el comercio con hombres

siempre había agradado.

—¡No! Ya es demasiado mayor para el gusto de Tiberio; sospecho que Esperión y sus bien relacionados amiguitos son agentes de los agentes de Tiberio.

A Bíbulus le gustaba el teatro, pero otra clase de teatro: el que se improvisaba en medio de una orgía cuando él ejercía de maestro de ceremonias, algo que siempre se le concedía incluso a pesar de que no corriese con los gastos, pues resultaba espectacular como *rex sacrorum*.

Se escanciaba vino aromatizado con esencia de almáciga y poleo, y volvieron más oloroso el vino rosado añadiéndole jugo de piña. Se servían novedosas morcillas de pescado, de ostras lisas y de otras conchas marinas similares, de langosta, de cangrejos y de esquillas. Depositaban en los repositorios grandes bandejas cubiertas de pulpo cocido cortado en finas láminas, aderezado con *laserpicium*; había íbices y flamencos asados con pasta de *moretum*; las uvas de Apamea eran especialmente dulces y conjugaban con el cabrito asado al estilo parto, con salsa de ciruelas de Damasco, la variedad cultivada en Roma desde que Lúculo importase ciertas frutas tras su estancia en Siria. Galo hizo servir también diez bandejas con más de treinta tetinas de jabalina con sus matrices, guisantes en cuencos de oro, lentejas con una salsa tocada de vino en cuencos que se decían hechos a base de una ceraunia traída de Ivernia, habas y arroz salvaje en platillos de ámbar, se rociaban los peces y las setas con perlas blancas en lugar de pimienta, para excitar la búsqueda de estos tesoros por parte de los invitados. Varios estanques habían sido rociados con nobles perfumes y con carísimo azafrán, y se repartían almohadones rellenos con pelo de liebre y plumas de perdiz.

—¡Eh tú, Esperión! —llamó Sixto a un joven en medio del gran tráfago de bandejas, esclavos y bailes desenfrenados que ocupaban el espacio central del banquete, donde un caballero se revolcaba con una gala—. Que tu nombre no haga a tu persona tanto de rogar como los frutos de las Hespérides, Esperión, y no seas cruel con Sixto ni lupatria con Gordius, que no son precisamente unos Heracles...

El joven se volvió y se acercó tambaleándose a los *lectus* de los padres de la orgía.

—¡Qué gran honor, *discaláatus*! —exclamó el desvergonzado, levantando una pierna y apoyándose en el *lectus* de Sixto, como si tratase de mostrarle descaradamente sus atributos masculinos.

—No es necesario que te ofrezcas tan rápidamente, Esperión, que aunque no lo creas quería hablar contigo ahora que estás tan borracho como el peor de los gingilifos —reconoció Sixto.

Esperión se rió de buena gana y echó un gran trago de vino.

—Os burláis de mí... —reconoció el joven, evasivo.

—Peores sátiras hizo Horacio de Hermógenes, y acabó éste cantando... —

comentó Sixto.

—Por Baco —juró Gordius— ya sabemos que eres un chico importante entre los agentes de Biberius, así que podrías contarnos algo acerca de esas misteriosas costumbres y de su nueva isleta, Capri.

Un extraño gesto cruzó el rostro de Esperión como un espasmo de significado incomprensible.

—Biberius cree en el placer y no es como Augusto —rió de pronto el joven.

—Pero hemos oído que desea cosas muy especiales —le sedujo Tito Bestia.

—¡Me ha nombrado uno de sus *espintrias*! Lo hizo en el transcurso de una fiesta. Se inclinó y me tendió un vaso de plata enorme lleno de vino puro, y me prometió que si me lo bebía de un trago encontraría un regalo en el fondo, y así lo hice.

—¡Qué Milón de Crotona que estás hecho, oh tú Esperión de las Hespérides, el Grande! —le aduló burlonamente Bíbulus, por cuyo rostro manaban los churretones de salsa hasta gotear sobre su túnica desde la gruesa papada.

—Y como lo conseguí y me di cuenta de que no había nada en el fondo... me nombró uno de sus *espintrias* —acabó escuetamente Esperión.

—No nos dejes con tanto desprecio y revélanos tus importantes encargos, *onobellus* —le suplicó Porcia, la esposa de Bíbulus, entornando los ojos y pasando a Esperión la mano por debajo de la túnica.

—Debo imaginar cómo sorprender a Biberius con nuevas formas para satisfacerse, y yo le propuse muchas, porque en ello soy ya un experto y sé más que la mayoría, pero Tiberio no se conformó... —replicó Esperión, beodo, y con ganas de expresarse al fin— y entonces me di cuenta de que *Biberius Caldus Merón* deseaba algo que me desagradaba.

Su público concentraba gran atención en el joven.

—¡Vamos, dínoslo!

El círculo se cerró a su alrededor, como una pegajosa bruma de rostros adúlantes que seducían al joven canalla.

—Siempre hemos sido tus amigos, Esperión...

—¿Cuántas veces disfrutaste de los placeres de mi palacio, cuando fue mío, como si tú mismo fueras su dueño? —le recriminó Sixto.

Esperión pareció extrañamente abatido, y un pensamiento o recuerdo lo apartó del caos de personas y gritos que abarrotaba la sala. No importaban las fornicaciones que tenían lugar a sus espaldas, ni las bandejas cargadas de renovados manjares, ni el vino que se derramaba, ni nuevas y desconocidas jóvenes ataviadas con clámides doradas ni los jóvenes muchachos que saltaban de un *lectus* a otro como ávidas felatrices o locas embasquetas: en ese momento Esperión cayó completamente ebrio, abandonado por su arrogancia, y miró a Sixto con perturbación y culpa.

—¿Qué has hecho, Esperión, muchacho? —le preguntó Sixto, sorprendido. Su

rostro desenfocado emergió en la visión de Esperión como el de un padre comprensivo.

—Biberius me pidió que lo hiciese...

—¿Que hicieras qué?

—Que los trajese y los llevase hasta aquella sala de las termas...

—¿De qué estás hablando?

—Que los sedujese contra su voluntad...

—¿Que es lo que te perturba de ese modo?

—Que manchase a mi familia y la memoria de mi madre...

—¡Habla Esperión! —gritó el coro de la repentina tragedia.

—¿Qué llevaste? —insistió Gordius, sacudiendo al anonadado Esperión por los hombros—. ¿Acaso serpientes u otros animales? ¿Bárbaras jovencitas?

—Niños.

Bíbulus y Gordius intercambiaron una extraña mirada de incompreensión por encima de los ojos del sabio Sixto.

—Jóvenes efebos, ¿eso te perturba...?

—¡Mira a tu alrededor!

—¿Son pocos los que ves?

Los ojos de Sixto se entornaron hasta convertirse en finas rejillas por las que escapaba una extraña mirada de comprensión.

—No, no, no eran jóvenes muchachos que salpican como fontanas con su placer recién descubierto... eran niños... niños muy pequeños. ¿Verdad?

Esperión se echó las manos a la cabeza para intentar detener aquella vorágine que giraba a su alrededor: los maquillajes de aquellos rostros se deformaban, los remordimientos lo torturaban, y el peso del vino derruía su cabeza.

—¡Por el martillo de Vulcano habla de una vez, o te ahogará sin poder compartir tu sufrimiento!

—¡Habla! —gritaban a su alrededor las voces. Esperión sentía que aquellas horribles imágenes se repetían en su cabeza. Pero las bocas de Titus, de Bíbulus, de Sixto Aulio, de Porcia, se abrían y sus ojos delineados con *stibium* lo escrutaban, y él escuchaba aquel imperativo:

—¡Habla! ¡Habla! ¡Habla!

Esperión se aferró las sienes, perturbado por el despertar de aquel infame sufrimiento y se sintió culpable, culpable por vez primera y sin sentido alguno, como si, en palabras de su gran maestro de retórica, hubiese traspasado inconscientemente una frontera donde habitaban otros dioses vengativos del sueño y de la memoria, los cuales vagaban a su antojo cuando los vapores tórbidos del alcohol derribaban las murallas de la razón y de la forma.

—¡Habla!

Le parecía que toda la orgía giraba alrededor suyo como un torbellino y que él, de rodillas, era señalado por el resto de los mortales como un infame condenado a las mil torturas de Minos.

El coro había vencido:

—¡Él me pidió que lo hiciese! ¡Me obligó a llevar niños y traje a mis sobrinos, pensando que no podía esperarles más que un juego como los que había visto hasta entonces! Un juego... —murmuró desesperadamente Esperión—. Yo le había hablado de ellos y él me decía que los adoptaría, pero... pero los... él mismo...

Esperión balbucía, parecía atragantarse con una visión que lo destrozaba. Cual temible *deus ex machina*, Sixto descendió entre los rostros divertidos, borrachos, sorprendidos, entre las carcajadas inmundas y las miradas de censura, para pronunciar los ebrios anámetros de la catarsis en la improvisada tragedia:

—Has sido manipulado por el poder de Tiberio y sus repugnantes deseos para permitir que violase a tus propios sobrinos... ¿qué edad tenían, condenado y ambicioso Esperión?

—De cuatro y cinco años son los pequeños.

No podía apartarse esa visión de la cabeza, los horribles gritos, la lascivia de Tiberio y la colaboración de sus degenerados *espintrias*... y se reprochaba haber permitido aquel sacrilegio innombrable, atroz.

Trató de ponerse de nuevo en pie y recuperar el paso para huir, dormir la borrachera, esperar a que el mundo dejase de girar, y seguir adelante. Quería huir de aquel coro.

—¡Tu tragedia se acaba, Esperión! —gritó Sixto Aulio.

En ese momento Esperión volvió en sí para darse cuenta, en su embriagada y desesperada locura, que cuanto había pensado también lo había reconocido en voz alta. No eran pocos los que lo rodeaban y escuchaban. Giró apenas unos pasos para descubrir en el rostro crispado de Sixto Aulio Rutilio, en aquella masa de carne temblorosa, una mirada de funesta ira y desprecio, para ver cómo el brazo del que fuera senador de Roma se precipitaba contra su pecho, hundiendo en él un pesado cuchillo que el prócer, medio en broma, había arrebatado a uno de los guardias personales de su amigo Bíbulus.

—¡No te escaparás! *Nec hoc nec illud!*

La sangre saltó apresurada y viva del pecho de Esperión, quien, confundido por el golpe y el crujido de sus costillas, abiertas por la premura insaciable del acero, logró retroceder para caer de espaldas sobre varios cuerpos que continuaban entregados al placer. Se elevó un clamor terrible, y el propio Bíbulus descendió trabajosamente de su *lectus* y se precipitó con la daga en alto sobre Esperión, para asestarle una puñalada en el cuello. Luego fue Gordius, gritando «Muerte al César», el que asestó varias puñaladas al cuerpo del depravado, que se convertía por momentos en un

guiñapo de sangre.

—¡Por Júpiter y por Baco, Esperión, tú sí que eres un criminal...! —repetía Sixto Aulio, indignado y enfurecido—. ¡Vender a tus sobrinos por agradar a un repugnante César...! ¡Muere, Esperión! —gritaba con la convicción de un gran actor griego, las ropas ensangrentadas dignamente replegadas sobre sus muñecas, el cuchillo homicida y chorreante empuñado con firmeza—. ¡Muere, Esperión! —Lo apuñaló de nuevo—. ¡Muere ante mis ojos! —Esperión desorbitaba sus ojos—. ¡Ahógate en tu propia sangre!

Esperión yacía con la mirada crispada y encendida, fija en algún lugar del techo, las manos abiertas, los dedos engarfiados. Las sandalias de sus improvisados jueces y ejecutores dejaban confusos rastros rojos a su alrededor. Un charco de sangre ribeteó su figura y se extendió por el mármol. La mancha purpúrea y densa se expandió lentamente, una nube que crece pacientemente detrás del paisaje de carne y hueso que la muerte había inmovilizado.

Se formó gran revuelo y los amigos de Esperión desaparecieron en cuanto se dieron cuenta de lo ocurrido, aunque todo lo que les contaron es que Esperión, peligrosamente ebrio, había emprendido una loca lucha contra la guardia personal de Asinio Galo, y que ésta había tenido que intervenir inmediatamente, recurriendo a sus armas. Pero el espectáculo del apuñalamiento de Esperión había producido enorme excitación en muchos de los invitados. Al principio se creyó que se había tratado de un ajusticiamiento improvisado y fue considerado un descubrimiento grandioso en el transcurso de una orgía. Si bien muchos habían decidido que el lujo y la variedad no igualaban la fantasía de las orgías ofrecidas por Sixto en sus tiempos de esplendor, la verdad era que aquel derramamiento de sangre había sido el mayor éxtasis imaginable para quienes se arrojaban sin freno hacia lo más profundo y desconocido del placer. Independientemente de las razones que habían movido la mano armada de Sixto Aulio, el espectáculo era digno, siempre y cuando muriese un simple plebeyo.

Sixto Aulio se arrojó a una de las piscinas que había sido rociada con perfumes y azafrán. Allí se desnudó y se limpió la sangre con indiferencia. Varios esclavos de Galo lo cubrieron al salir del agua y lo secaron, le dieron una toga nueva y lo acompañaron a la salida. El propio Galo vino a su encuentro.

—¡Por los rayos del cielo, Sixto, me buscas la ruina! —gritaba Galo echándose las manos a la cabeza. Gordius era el que se arrojaba en ese momento a la piscina abrazado a dos orondas esclavas de la casa.

—No pude evitar castigar a ese maldito Esperión, una criatura inmunda...

—¡Marchaos los tres y desapareced cuanto antes! Será difícil lograr que se creen esa historia. Y supliquemos que este imbécil no fuese uno de los favoritos de Tiberio... porque en ese caso pensará que hemos tratado de ir contra él a puñaladas...

—No le dará mayor importancia. ¿Cómo crees que piensa ese retorcido cabrón de

Tiberio? —preguntó Sixto—. Durante muchos años fui un epicúreo, pero en el calabozo me convertí en el más grande de los cínicos que hoy pisa los mármoles de Roma. Tiberio se reirá de su muerte, como se rió de sus servicios cuando consumó su deseo con sus pequeños sobrinos... Le parecerá que Esperión es de esa clase de imbéciles que vive sólo para satisfacer sus más ocultos deseos. Los hombres como Tiberio, que habitan en el gran poder de la tiranía, piensan de ese modo. Consideran útiles a otros por el simple hecho de que pueden satisfacerles, pero no los aprecian en modo alguno, es más, te diré que cuanto más placer procuran y más bajos son más los desprecian, porque se sirven de sus debilidades. Tiberio ya es un tirano, y uno de los peores tiranos que conocerá Roma... Él se considera el Único, y la propiedad del Único es todo aquello que pueda procurarle placer; a su vez, el Único no es propiedad de nadie. Lo que él quiere es bueno y lo que quiere servirse de él es malo.

—¿No es acaso tan cierto como eso que sus amigos lascivos, algunos de ellos ancianos y con aspecto de filósofos, que arreglan su cabeza utilizando una ridícula redecilla, admiten haber sufrido algunas obscenidades de esa clase y se jactan de tener sus mismos gustos? Según los compañeros de Esperión, éstos fingieron tales vicios para hacerse más gratos al príncipe, imitando sus aberraciones... —continuó Gordius—. Y lo creo: Tiberio se entiende bien con los viejos ricos porque sabe que sólo pueden estar ocupados en su enfermiza satisfacción del deseo, cual sedientas lupatrias con sus gingilifos, especialmente cuando sólo quieren sentirse como bellas doncellas, y no hacen más que buscar el falo de algún joven y ambicioso soldado. ¿No son repugnantes?

—Pero por más cierto que sea, ahora debéis desaparecer durante mucho tiempo hasta que estos acontecimientos hayan perecido en el tiempo, o al menos hasta que sepamos si Tiberio se siente molesto o inquieto —pidió Galo, nervioso—. Conocéis la inquina que me tiene, sobre todo después de que Póstumo fuera descubierto gracias a Escauro, mi amigo Escauro, a quien dieron muerte en el acto, lo sé...

—Lo siento, Galo, he abusado de tu hospitalidad —dijo Sixto, dejándose togar. Abrió los brazos y apoyó las gruesas manos en los hombros del anfitrión—. Pero créeme, no será esta venganza de hoy la que te traiga la ruina. Hoy hemos celebrado el triunfo de Germania sobre Augusto.

—¡Ya basta, Sixto de Tarento! Si desafías a Tiberio no acabarás en un calabozo, se encargarán de que te corten la cabeza...

Poco tiempo después la comitiva era porteada en literas y desaparecía en la noche seguida de varios esclavos secretamente armados y la numerosa guardia gala de Bíbulus.

LA MEMORIA DE LAS ÁGUILAS



No había pasado mucho tiempo, cuando las águilas del Imperio se agitaron en sus nidos de plata. Los años de permanente y mal pagada obediencia, así como la muerte de Augusto, habían actuado como piedra de toque para el malestar que llevaba mucho tiempo gestándose a la sombra de los estandartes. Pues las águilas, además de orgullo, también tienen memoria. Los legionarios estaban hartos de condiciones de vida durísimas y, sobre todo, de los bajos sueldos con que se les recompensaba, hasta que la herencia de Augusto, que el propio emperador había legado a todos sus soldados en su testamento, se retrasó, y Tiberio, que nunca fue especialmente querido por las legiones, empezó a ser odiado.

Los campamentos de Colonia comenzaban a ser tocados por el verano, y una mañana clara inundaba los cielos de Germania. Cazarratas mataba el tiempo en compañía de su contubernio. Después de haber escapado a las hordas de Arminius en la columna del singular Casio Querea, tanto ellos como algunos otros participantes de la odisea en los bosques fueron trasladados por orden de Casio a los campamentos de Colonia, donde acabaron formando parte de una sección especial, de élite, dentro de la Legión XXI *Rapax*.

La «Codiciosa» —tal era el nombre de la legión, en el sentido de «codiciosa de gloria»— había sido creada en el 31 a. C. por Octavio a partir de contingentes dispersos y nuevas tropas reclutadas en el norte de Italia. Desde entonces no había alcanzado la gloriosa trayectoria de la Legión V *Alaudæ*, la favorita de Julio César, pero se había consolidado como una de las unidades más efectivas, participando en la campaña contra los cántabros, en el norte de Hispania; después se había establecido en la base de Regina Castra, en Rætia, desde donde había acudido a la campaña de Panonia durante el gran levantamiento de los años sexto y noveno de nuestra era. Poco después y cuando el desastre de Teutoburgo asoló Germania, la *Rapax* fue desplazada a Colonia desde donde fue comandada primero por el inactivo Tiberio, y desde hacía unos meses, por Germánico. En cualquier caso, Germánico llevaba algún tiempo ausente, supervisando la recaudación de impuestos de las Galias, y el verdadero alto mando de las legiones acantonadas en Colonia y en sus campamentos, que formaban la fuerza central de la frontera del Rhenus, estaban bajo el mando de Aulus Cæcina, quien había contribuido brillantemente al éxito de la campaña de Tiberio contra la insurrección de Illiria y Panonia.

De cualquier modo, lo que Cazarratas y demás héroes de Teutoburgo encontraron en la *Rapax* fue una legión en completo estado de aletargamiento desde hacía demasiado tiempo. Sufría el cansancio de la indisciplina, y si bien Cazarratas había recibido de manos del propio Germánico y a instancias de Augusto algunos premios

por su heroico comportamiento durante la huida de las «Selvas de la Muerte», como una lanza de plata, algunos *phaleræ* que colgar de sus corazas y varias piezas de oro, lo cierto es que miles y miles de legionarios continuaban esperando soldadas que nunca llegaban, y especialmente la herencia que Augusto les había concedido en su testamento. Fue en medio de ese ambiente de incertidumbre cuando los rumores que circulaban por los fuegos de campamento resonaron más y más fuerte, hasta que la noticia llegó aquel día, como un rayo en un cielo despejado.

Cazarratas, inclinado sobre uno de los abrevaderos, donde de vez en cuando mojaba su cuchillo, se afeitaba una barba blanquecina y dura como el alambre, mirando su rostro contrahecho y soberbio reflejado en una bruñida pieza de bronce que habían robado a unos galos en una reyerta callejera. De hito en hito sus ojos bizqueaban al sol echando un vistazo a los barracones. Recogió un puñado de agua y se lo restregó, aliviando los numerosos cortes que se había abierto.

—Maldito filo... ¡eh, imbécil!

Un hombre de aspecto menudo y moreno, que se lavaba el torso no muy lejos, le respondió con una mirada hosca.

—Ya podrías afilar mi maldito cuchillo... ¡mira esto! Te lo he dicho cien veces y cien veces me has desobedecido, ¡que me afiles el cuchillo, *africanus*!

El interpelado no se dio por aludido y continuó con el aseo. Todo el diálogo se resumía a esa clase de intercambios.

—¿Quieres que te rompa la cabeza? —continuó Cazarratas—. Sería la mejor forma de dejarte claro que mi cuchillo está tan afilado como un canto rodado...

Julius, desprovisto de su yelmo pero ataviado con su lórica, dejaba ver unos cabellos oscuros y demasiado bien peinados, lisos, y lucía en la mañana la piel curtida, recién afeitada, de un rostro peligrosamente implacable.

—¡Julius! Dame tu cuchillo...

—No.

—No puedo continuar afeitándome con éste...

—Puedes comprarte otro.

—¡Te lo compro, y cuando Augusto me pague ya te doy las moneditas!

Varios legionarios que andaban cerca sonrieron con alevosía.

—Entonces ya sé que no cobraré jamás... —comentó Julius.

Cazarratas se bamboleó ruidosamente y arrojó el cuchillo cerca de Julius, a lo que éste respondió con una mirada envenenada.

—Desde que Flaco te abandonó con su nueva mujercita estás insoportable, Cazarratas —dijo Julius con fría tranquilidad—. Comprendo que estabais muy unidos, pero tarde o temprano tendrás que acostumbrarte al *culus* de esos asnos... en lugar de tu querido Flaco.

—Eres un cerdo, Julius —respondió Cazarratas con desprecio—. Tienes suerte de

que...

En ese momento algo atrajo la atención del veterano. Hay algo a lo que los soldados de infantería de las grandes unidades están habituados, especialmente los mandos medios, a *sentir* cuando algo sucede como una sola agitación que se transmite entre los cuerpos de un cuerpo mucho más grande que es en verdad un ejército. Tanto el miedo como la excitación, la cercanía de la victoria, eran sensaciones que se propagaban como las ondas en un estanque. Y Cazarratas sintió que algo pasaba entre los legionarios del otro extremo de aquella pradera en la que, por lo demás, pastaban varios cientos de caballos y deambulaban centenares de legionarios aburridos y desgastados.

—¿Qué es...?

Cazarratas no respondió y caminó decididamente hacia el tumulto, que venía a su encuentro. Varios corros se reunían en torno a unas voces raucas que no paraban de gritar frases ininteligibles en medio de un clamor creciente.

Julius siguió a Cazarratas y ambos se toparon con los rudos cuerpos de los soldados.

—¡Por las barbas de Júpiter, apartaos! —gruñía Cazarratas, abriéndose paso a empujones y codazos.

Por fin estuvieron en el corazón de la multitud y llegaron hasta las voces que gritaban las noticias.

—Como lo oís, las tres legiones de Panonia se han sublevado. Nunca había sucedido algo así, las legiones se han rebelado contra Tiberio, primero en Nauportus y después en los campamentos de Savaria y de Tarsalica, ¡las legiones se rebelan contra el César!

—¿No nos estarás mintiendo? —inquirió el vozarrón de Cazarratas— porque de ser así yo mismo ordenaré que cuelguen tu cabeza del Águila de la *Rapax*...

—Tan cierto como que venimos escoltando al correo desde el este y no se habla de otra cosa a nuestras espaldas; la noticia no tardará en llegar hasta los campamentos de Britania. Los legados podrán confirmarlo a los centuriones y demás cargos, y entonces los legionarios sabrán la verdad, a no ser que los altos mandos no quieran que esto se sepa...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que los generales no querrán que los legionarios se enteren de lo que sucede... pero ¡yo soy uno de ellos! También soy de los que no cobran y ese Tiberio me debe dinero...

Muchas voces se alzaron reforzando aquellas frases pronunciadas con la alevosía de un pirómano que arroja su antorcha a un mar de hierba reseca.

—¿Qué más puedes contarnos de esas legiones?

—Son tres las que ya se han amotinado —continuó el mensajero—. Dicen que los

veinte años de servicio de guerra son ilegales, porque habían sido reducidos a quince por Augusto ya antes del desastre de Teutoburgo, y se quejan de una soldada tan baja como la que tenemos y que encima no nos pagan... Dicen que están peor, mucho peor pagados que los pretorianos, quienes cumplen servicio durante dieciséis años y cobran el triple que nosotros. Además detestan a Tiberio, y le acusan de derrochar en caprichos la parte que Augusto había heredado a los ejércitos como pagos extraordinarios...

—¡Es verdad!

—¿Cuándo nos van a pagar el regalito de Augusto?

—¡Nunca!

—Y tenéis que saber más: en Panonia los amotinados han logrado que Junio Blæsus, el pro-pretor de la provincia, una vez tomado preso, enviase a su hijo mayor a Roma para solicitar que se cumplan todas sus condiciones si tanto el Senado como Tiberio quieren que las legiones permanezcan en el lugar en el que se encuentran. De todos modos no sirvió de mucho, muchachos, pues una banda de cabecillas y veteranos rompió las negociaciones porque sospechaban de las artimañas de Tiberio, y decidió destruir los puentes de Nauportus. Después fustigaron a varios *pater familias* ilustres, saquearon sus haciendas y humillaron al prefecto de su campamento haciéndolo desfilar desnudo por las murallas...

El relato de la rebelión despertó una incontrolada alegría en muchos de los presentes, la mayoría de los cuales atesoraba demasiadas energías inactivas, demasiadas insatisfacciones económicas. Los gritos se elevaban una y otra vez y no eran pocos los que repetían lo que habían oído, de tal modo que la muchedumbre, cada vez más numerosa, escuchaba lo mismo en diferentes bocas, con diversos añadidos y exagerados matices que contribuían a glorificar a los amotinados. Cazarratas veía a su alrededor una especie de fuerza enorme que empezaba a desbocarse.

—Pero hay más, hay algo todavía más importante... Tiberio envió inmediatamente a su hijo Drusus Castor a Panonia, acompañado del jefe de los pretorianos, Lucio Elio Sejano, ¿y a que no sabéis lo que pasó?

—¡Dilo de una maldita vez y deja de venderte como una ramera, boca de Melegrao! —gritó Cazarratas, excitado.

—Sus negociaciones no han servido de nada. ¡Él y su amigo Cneo Lentulo fueron amenazados de muerte antes de huir indignamente de Panonia! ¡Volvieron a Roma como los perros apaleados, escondiendo el rabo entre las piernas!

El fuego de aquellas arengas se abrió paso. Aquello bastó para encender los ánimos. Los mandos se percataron de lo que ocurría y la masa se dispersó, pero los gritos no cesaron y un extraño ardor había prendido ya en los barracones, donde no se habló de otra cosa en todo el día. Las cuatro legiones acantonadas en el entorno de

Colonia experimentaban un deseo incontrolable de sedición. Llegó la noche y las voces no se calmaron. La llamada al orden no parecía dar resultados.

Cazarratas fue uno de los primeros centuriones que se dio cuenta de que algo extraño sucedía cuando, caída la tarde del discutido día, se alejaba en busca de su propio barracón y varios legionarios parecieron mirarlo airadamente al cruzarse con él. Su espíritu autoritario y severo era contrario a ese estado. Que faltaba disciplina era un hecho sobradamente demostrado para su gusto, eran pocos los que gozaban de su grosera camaradería. Un hombre como aquél, que nunca había deseado abandonar la legión para llevar una vida más próspera y más tranquila, era un hombre señalado en tales circunstancias, un hombre sospechoso de simpatizar a ultranza con las medidas de los cesares.

Fue entonces cuando Cazarratas se volvió hacia los ojos de uno de los jóvenes *velites* y se arrojó sobre su cuello con el deseo de estrangularlo. El recio y robusto centurión logró cerrar su brazo alrededor del cuello y lo apretó con saña. Normalmente aquel acto intimidatorio acababa con la humillación del joven, algo que causaba satisfacción a Cazarratas como a tantos otros mandos veteranos, pero aquella noche sucedió algo diferente.

Uno de los compañeros del joven extrajo prestamente un cuchillo y dio una tajada al rostro del centurión de manera tan inesperada como eficaz. La cuchillada fue demasiado indecisa, así que sólo logró abrir el cartílago deforme de la nariz de Cazarratas, lo que resultó más humillante que doloroso. El grito del centurión puso en alerta a varios decuriones y a Julius, que no andaba muy lejos, mas cuando habían llegado varias docenas de legionarios gritaban, agitaban antorchas y maniataban a Cazarratas. Tomaron dos grandes leños, los cruzaron, pasaron una soga, de tal modo que Cazarratas fue conducido atado a ellos trabajosamente, del mismo modo que una bestia de carga. Ni Julius ni los mandos pudieron hacer nada, pues el clamor se extendía como un oleaje en el mar. Ya eran cientos los que rodeaban al centurión. Los cabecillas gritaban que debía ser ajusticiado, otros querían encerrarlo y unos pocos se lanzaron a la caza de varios centuriones que les habían estado cobrando una parte de su sueldo a cambio de no ser denostados o recompensados con durísimos trabajos, y, cuando quisieron darse cuenta, la *Rapax* se había amotinado por completo.

La noche, los gritos, las hogueras y el pánico tomaron la ciudad; al principio muchos pensaban que Arminius había logrado sorprender a las legiones para degollarlas en medio del sueño. Aulus Cæcina trató de serenar los ánimos de la *Rapax*, cuando el motín ya se extendía a la Legión I *Germanica*, y después a la Legión XX *Valeria Victrix*. Mas cuando quiso reunir las fuerzas de la V *Alaudæ* se dio cuenta de que la situación estaba absolutamente fuera de control, pues también ésta tenía sus cabecillas y se unía a las pretensiones de las legiones de Panonia, ansiosa de que se redujesen sus años de servicio así como de que le concediesen un

aumento del sueldo a la manera de los privilegiados pretorianos.

Llegó la mañana y las tropas sublevadas accedieron a preservar la ciudad de Colonia de los saqueos, haciéndoles saber los generales que una cosa era que manifestasen sus pretensiones y otra, bien diferente, que se convirtiesen en bárbaros y enemigos que saqueaban las ciudades romanas. No eran pocos los auxiliares que amenazaban con irrumpir en Colonia, arrasarla y crear una nueva provincia libre en la desembocadura del Rhenus, otros pretendían llevarse el botín a Germania y pactar una vivienda en el territorio de Arminius, idea que la mayoría rechazaba entendiéndolo que, tarde o temprano, Arminius o Tiberio los exterminaría.

Los días pasaban; Germánico no respondió, hasta que por fin, cuando buena parte de la recaudación de las Galias estuvo solventada, partió con aquel dinero hacia Germania en lugar de enviarlo a Roma.

Su llegada a Colonia fue acompañada de un gran silencio. Las voces que no cejaban en su empeño, el desorden y a veces la amenazadora locura que barbotaba en los campamentos de las legiones como un agua hirviente a punto de desbordar, acallaron con la llegada del líder romano. Cæcina salió a su encuentro. Germánico ordenó que los carros de la recaudación se detuviesen y continuó seguido de una tropa poco significativa. De todos modos, lo que Germánico hizo determinó en gran parte el resultado de aquellos acontecimientos.

Fue sin guardia alguna hacia sus hombres y, demostrando una carencia absoluta de temor, los saludó con camaradería. Entró a caballo en las praderas destinadas a los ejercicios de caballería, abarrotadas por desordenadas tropas, y se perdió como una mancha plateada en medio de la multitud, que lo rodeaba y lo seguía.

Llegó hasta el centro, y, una vez allí, descabalgó y subió a la tribuna que normalmente se utilizaba para presenciar los ejercicios de equitación. Varios cabecillas retrocedieron y él se quedó solo en el lugar más alto. No se quitó el yelmo de plata hasta mucho después. Entonces extendió el brazo y saludó las Águilas de las cuatro legiones, que suponía se encontraban en algún lugar próximo al pretorio. Permaneció así, en esa postura, como una escultura, esperando el silencio. De pronto, gritó con fuerza, pronunciando cada palabra con gran énfasis:

—*Augustus Imperator Mundi!*

Reinó un extraño silencio.

Los legionarios repitieron en su mayoría el gesto con gran fervor. Después la voz de Germánico los sobrecogió con su fuerza:

—He oído que las cuatro legiones de Germania Inferior se han amotinado. He oído que mi *Rapax* y mi *Valeria*, que mi *Germanica* y que la *Alaudæ*, la favorita de Julio César —y al pronunciar aquel nombre gritó con gran energía— se han rebelado contra sus águilas. ¡Contra sus águilas! He oído que han despreciado el honor de Roma. He oído que han pisoteado los estandartes e imagos del sagrado Augusto. He

oído que se han burlado del pueblo y del Senado de Roma. Sí, lo he oído —gritaba Germánico, en un aparente estado previo a la furia, volviéndose en todas direcciones, para que su discurso llegase por igual a la muchedumbre que lo rodeaba—. Lo he oído muchas veces. Demasiadas veces. Tiberio me ha escrito una carta, diciéndomelo. El Senado hizo lo mismo, repitiéndomelo. Todos lo dicen. Pero ¿sabéis? ¡Eso es mentira! ¡No me lo creo! Y he entrado en este campo que es mi hogar, donde mi hijo Calígula, apadrinado por vosotros, ha caminado seguro junto a vuestras espadas, para decíroslo bien alto: ¡yo no me lo creo! —un clamor de aprobación comenzó a crecer en la multitud ante la hipnótica presencia de Germánico, cuyos movimientos secos y cortantes, sus pausas duras y su voz poderosa, seducía los corazones de aquellos hombres—. ¡No lo creo! ¡No! Mis legiones no se amotinan, eso es lo que he contestado a Tiberio. Mis legiones no se burlan de los estandartes, eso he dicho al Senado, a Roma, al Imperio, al mundo. Y cuando me han propuesto venir aquí a hacer la guerra al frente de cien mil hombres procedentes de todos los campamentos de las Galias, he dicho, ¡NO! —varios timbaleros golpearon y el discurso de Germánico adquirió una cadencia extraordinaria, como si sus palabras trajesen el trueno—. ¡No! Voy desarmado a ver a mis hombres, y vamos a pagarles lo que Augusto les legó con el dinero de la última recaudación de las Galias, porque ellos son mis legiones... —La ovación con la que Germánico fue respondido apenas tenía parangón en los anales de la historia militar romana—. ¡Mis legiones no se han amotinado! Quieren lo que por derecho romano les pertenece. Dejad que vuestros cabecillas vengan conmigo, elegidlos por votación, y arreglaremos esto de una vez por todas, porque ahí afuera espera el enemigo de Roma. Es Arminius, y si se entera de que no somos capaces de enfrentarnos a él entonces todo el sueldo de veinte años no os servirá absolutamente de nada, porque las hordas de los queruscos y de los sugámbrios invadirán las Galias y os darán muerte en unas pocas semanas...

Un gran clamor ahogaba el discurso de Germánico, que alzó sus brazos pidiendo silencio.

—¡Hay un enorme botín que debemos recuperar, nos enfrentamos a la última y definitiva parte de esta guerra! ¡La venganza de Roma debe alcanzar a los germanos, y un inmenso tesoro caerá en nuestras manos y os juro que se repartirá buena parte del mismo entre las vuestras; crearemos nuevas ciudades más allá del Rhenus, prósperas ciudades en las que vivirán vuestros hijos y donde tendréis tierras y esclavos...!

Ya no logró hacer valer su palabra.

Descendió las gradas y estrechó las manos de varios hombres a los que conocía y con los que siempre había tenido buena relación. Escoltado por ellos, no fueron pocos los que lo acompañaron como una guardia hasta las puertas del campamento, donde

anunció que los líderes estaban dispuestos a negociar sus legítimas pretensiones de manera pacífica y que se hacían responsables de un uso ordenado del campamento hasta que la ley militar se restableciese por completo. Era una cuestión de cantidades y de tiempo que todo se solucionase, y Germánico deseaba lograrlo sin la intervención de Roma para demostrar todavía mayor poder frente a Tiberio. El comandante además ordenó que no se amenazase a ninguno de aquellos cabecillas y que los mandos cooperasen con esos hombres, si bien las decisiones superiores continuaban estando en su haber. De este modo pasó un día más y, al caer la noche, llegó una cierta calma a los campamentos. Todos confiaban en Germánico, aunque todavía eran muchos los que continuaban soñando con la libertad absoluta; las historias de Espartaco fueron recordadas con especial fervor, así como los sueños con los que numerosos esclavos pretendían una libertad imposible y ajena al sacrificio de sus propias vidas.

A la mañana siguiente, lo primero que Germánico hizo, antes de desprenderse de buena parte de los recaudos en las Galias, fue visitar a los presos. Exigió que los centuriones abandonasen los improvisados calabozos, argumentando que el orden debía volver a los barracones. No fueron pocos los que se opusieron, y la reunión hubo de posponerse, pues se informó a Germánico de que varios senadores enviados por Tiberio estaban a punto de llegar a Colonia para entrevistarse con el comandante. Al oír aquello los cabecillas se enfurecieron y no prestaron más atención a Germánico.

—Si Germánico va a ser utilizado por Tiberio, entonces esperaremos —dijo uno de ellos.

—No te atrevas a hablar así ante el hijo de Drusus —lo amenazó Casio Querea.

—Déjalo. Se habla más alto cuanto menos se sabe —sentenció Germánico con indiferencia—. Pero lo que verdaderamente me importa es que este ejército no tiene intención alguna de rebelarse contra las instituciones romanas. Está negociando sus deudas y sus malestares con los administradores del erario militar, y esos senadores vienen en nombre de su pueblo y de su Senado.

—¡Que no entren en los campamentos! —gritó otro.

—Fuera de esta sala —ordenó Casio Querea—. Una palabra más alta que otra y haré con tu cabeza lo que Tarquino con su Lucrecia, embasiceta.

Los cabecillas temían a Casio y a la guardia personal de Germánico.

—Basta de gritos y amenazas —sentenció Germánico, de nuevo con ecuánime indiferencia—. Hemos de solucionar esto cuanto antes, y los soldados deben cobrar lo que se les debe. Me reuniré con los senadores y presentaré, cabecillas, vuestros respetos al Senado, a no ser que, cuando las tropas ya pagadas vuelvan a ser obedientes como buenos legionarios, deseéis mi antipatía. ¿Es así?

Sólo el silencio respondió a Germánico.

—Entonces marchad y pensad antes de hablar. Hasta la tarde.

Germánico se reunió con los enviados del Senado en el palacio que había servido como prefectura a Tiberio. Ocuparon un salón revestido de mármol, rodeados por gruesas columnas blancas. No había pinturas, pero la luz clara penetraba a raudales por amplios arcos, donde la brisa fresca de un mediodía germano acariciaba telas casi transparentes. Ocupadas las sillas, Germánico se sentó en la tira de cuero que reposaba sobre colmillos de marfil con la sobriedad de quien no pasa por trance alguno. Los saludos de los senadores fueron cordiales, pero muy reservados.

Germánico tuvo al fin la desfachatez de preguntar:

—Y bien, ¿qué trae a los emisarios de mi tío a Colonia?

Los senadores intercambiaron miradas de circunstancias.

—El motín de las águilas —respondió Sexto Atelio, un hombre de endeble constitución que siempre se había granjeado el beneplácito de Augusto y que ahora hacía lo propio frente a Tiberio.

—No hay ningún motín.

Después de decir aquello, Germánico permaneció frío e imperturbable, con la barbilla alzada hacia el frente como el espolón de un trirreme, los ojos claros y serenos, los cabellos rubios y más largos de lo habitual apenas agitados por la brisa. Sus manos nobles reposaban con tranquilidad sobre las piernas, y la coraza de Medusa mantenía firme y enhiesto su porte de general imbatible.

—Pero las cuatro legiones de Colonia se han amotinado... ¿no es cierto?

Germánico intimidó al senador clavando en él una mirada antes de responder con corteses palabras.

—Lamento tener que advertirte que no es exactamente el caso, Cornelio Léntulo. Los soldados han protestado merecidamente.

—Julio César Germánico —dijo Sexto Atelio con firmeza—. Soy un poco más viejo que tú, aunque creo que eso en las cuentas del tiempo no sirve de mucho, pero me debes cierto respeto y considero que tus respuestas no son las dignas a un senador que te interpela, preocupado por las legiones que vigilan la peor frontera del Imperio. Te lo preguntaré más claro: ¿qué sucede con las legiones de Colonia?

—Es la primera vez que formulas una pregunta, respetable y conscripto padre del Senado —respondió Germánico—. Y por eso es la primera vez que puedo responderte: Tiberio no ha debido esperar tanto tiempo para pagar sus soldadas y para cumplir con la palabra de Augusto, escrita en su testamento. Si ese era su testamento, entonces debió cumplirlo con premura, porque era su deber repartir entre los soldados lo que Augusto les había prometido; y además protestan por sus bajos sueldos y por la promesa incumplida de reducir el servicio en legiones de veinte a quince años.

—¡Eso es absurdo! —protestó Cornelio Léntulo.

—*Divide et impera*. De modo que vayamos por partes. Lo primero es lograr que cobren, por eso he movilizad hasta aquí buena parte de los ingresos que Roma ha atesorado en la recaudación de las Galias. Una vez hayan cobrado trataremos de convencerlos de que sus pretensiones van en contra del orgullo de sus estandartes, pudiendo convertirse en los únicos que codician ese deshonoroso fin en un momento en el que el Imperio necesita de su vigilancia.

—Deberían ser castigados... —protestó Sexto Atelio.

—¡Deberían formar parte de un gran ataque contra Arminius! —gritó de pronto Germánico, cubriéndose su rostro de una repentina coloración granate que tintaba sus blancas facciones y que hacía destacar ciertas venas amoratadas, tatuando la piel de sus sienes—. ¡Deberían estar en marcha! ¡Deberían estar disciplinadas ante la

expectativa de nuevas campañas, y no permanecer inactivas como lo han hecho durante estos últimos años al amparo de Tiberio!

Germánico se levantó, airado, y gesticuló mientras se expresaba con ira.

—¡No habrá castigos y no solicito la participación de ningún ejército! Germánico resolverá esta situación y os lo advierto: que nadie se atreva a enviar a otro comandante en busca de Colonia, porque entonces seré yo el que marchará al frente de estas legiones y procuraré que se amotinen de verdad. ¿Está claro?

—No podemos dejar que un hecho como éste quede impune. Los mismos cabecillas volverán a despertar el rencor de los soldados en otro momento, y Arminius podría estar al tanto, o incluso estar financiando un levantamiento para caer sobre la frontera y barrerla... ¿Qué crees que sucederá entonces? —preguntó Cornelio Léntulo.

Germánico les daba la espalda y perdía su mirada en la luz reflejada en las gasas que cubrían el arco.

—Este es el plan —anunció, volviéndose hacia ellos—. Primero los soldados son pagados, después resuelvo las contingencias del motín a mi manera y según mi criterio, sin observadores externos, sin interferencias, después reúno una columna de castigo, entro en Germania y... —hizo un gesto fulminante con su brazo derecho— ¡*vastare!*

—¿Qué región?

—¿A estas alturas del año? Acaba el noveno mes...

—No me importa —respondió fríamente—. Penetraré por las rutas occidentales como un ariete, golpearé a los brúcteros y arruinaré cuanto se encuentre a nuestro alrededor en un radio suficientemente grande, pero seguro. No quiero que el año muera sin que dé comienzo la verdadera guerra. Los legionarios necesitan acción, una motivación que dé forma a todas sus esperanzas, caminar, entrenarse, mover sus espadas, tener la sensación de que pueden vencer a su enemigo. Este levantamiento es consecuencia del miedo que se ha creado alrededor de ese germano, del terror que circula por la frontera después de la derrota de Varus. Los legionarios temen marchar tierra adentro por la otra orilla del Rhenus. El miedo gotea sobre sus almas día tras día como si fuese plomo fundido y acaba por anquilosar sus armaduras y sus articulaciones. Quieren acabar cuanto antes, cobrar y marcharse, han perdido el verdadero orgullo de ser legionario, de desear la confrontación, porque se consideran perdedores. Y eso debe acabar. A partir de este momento el senado debe saber que Germánico conquistará Germania, y buena parte de los ingresos recaudados en las Galias así como de las tropas auxiliares que allí puedan reclutarse deben ponerse al servicio de mi ejército. No es una proposición. Es una decisión de Germánico, y no aceptaré intromisiones. Y porque considero que cualquier otro plan está condenado al fracaso e irá en contra de los intereses del pueblo romano, en ese caso me vería

obligado a ejercer el poder desde mis legiones.

Los senadores se miraron, apesadumbrados y mudos de asombro.

Sexto Atelio se puso en pie con gran dignidad.

—No dudo de la integridad de tus decisiones.

—Volved a Roma y tranquilizad al Senado. En unas pocas semanas tendréis buenas noticias y se contarán por miles los germanos muertos al otro lado de la frontera. Roma debe castigar a los aliados de los queruscos de manera inmediata — explicó Germánico.

—Si venimos en nombre del Senado entonces el Senado apoya tu decisión — reconoció Cornelio—. Pero procura castigar a los insurrectos o pasado mañana lo lamentaremos.

—*Dat veniam corvis, vexat censura columbas* —sentenció Germánico—. Me ocuparé de que se haga justicia y llegaré hasta las últimas consecuencias en el saneamiento del ejército, pero sigo convencido de que muchas de las pretensiones de los soldados son legítimas y de que debemos ayudarlos en lugar de castigarlos.

—No pondremos en duda tu destreza militar. Son *tus* legiones, Germánico —dijo Cornelio. El comandante miró al senador a los ojos, tratando de desentramar el reconocimiento que le había hecho al pronunciar aquella palabra. Quizá había dejado traslucir una voluntad de poder que no imaginaban en su persona. Quizá estaban convencidos de que él, Germánico, deseaba alcanzar el dominio mediante la amenaza de un golpe militar. Por un momento imaginó Roma a sus pies, él, convertido en emperador de los romanos...

Acto seguido Cornelio le habló de los miedos de Tiberio y de cómo había dejado el poder en manos del Senado, para no cargar con toda la responsabilidad de aquella delicada situación, y dando a entender que deseaba a Germánico la victoria. No parecía sino que Tiberio proponía a Germánico la próxima repartición de la soberanía, y aquello hizo dudar al joven comandante. Por un lado estaban todas las razones familiares que iban en contra de un reinado de Tiberio y las profundas divergencias personales; por otro, el testamento de Augusto, que lo había elegido en primer lugar a él, a Tiberio, como cabeza del Imperio. ¿Sería acertado que él, inexperto en la gran política, acaparase el poder? Carecía de ese individualismo. Pero lo que le corroía las entrañas desde joven era el fracaso de Drusus ante Germania, las pérdidas de su padre, y trató de alejar aquellos pensamientos por defectuosos en líneas generales, pues sería un regalo para los enemigos de su padre, los germanos, que él, el propio Germánico, abandonase el frente para iniciar una guerra civil, dejando las fronteras a merced de Arminius. Primero conquistaría Germania, sólo después solventaría la política de Roma.

Al caer la tarde, la embajada de los senadores se ponía en marcha, escoltada por dos escuadrones de pretorianos, para abandonar Colonia. Sucedió que al cruzar la

ciudad y circular por la calzada que descendía hasta Augusta Treverorum un buen número de legionarios salió a su encuentro y les bloqueó el paso. Algunos llegaron a agredir a los pretorianos, que pronto se vieron rodeados por una numerosa y encolerizada multitud. Escuchaban gritos como «Germánico *Imperator*» y «*Biberius* a la pocilga». Germánico fue hacia el lugar tan rápido como su caballo se lo permitió. Se encontró con grandes desórdenes y desenfundó su espada. Tan pronto como los soldados reconocieron el caballo y la coraza del hijo de Drusus se amedrentaron y retrocedieron, avergonzados. Germánico no medió más palabra y se puso a la cabeza de la comitiva, que sólo en ese momento pudo ponerse en marcha, hasta que se internó en las colinas y desapareció en la distancia.

Los legionarios habían tratado de vengarse de los pretorianos, por sus privilegiadas condiciones en el ejército, pues cobraban el triple que ellos y cumplían menos años de servicio. Todo era consecuencia de que residían en Roma, siendo, por así decir, las tropas de lujo del ejército y el brazo armado de la familia imperial.

Sin más mediaciones, Germánico se propuso reunirse de nuevo con los líderes del motín para informarles de las noticias que los senadores habían traído. Una gran multitud rodeaba el pretorio, donde más de cuarenta cabecillas y otros tantos prefectos, legados y generales rodeaban al comandante.

—Los senadores desean pagar inmediatamente a los soldados. Lo que se les debe. A todos, no sólo a los que lo han reclamado. Vuestro esfuerzo ha servido para que se haga justicia en todo el Imperio —anunció Germánico, y procuraba que varios de sus hombres repitieran lo que decía como un eco a las puertas del pretorio, para que los miles de soldados que aguardaban afuera se enterasen de lo que pasaba, acción inteligente que había adoptado para evitar que algunos cabecillas demasiado astutos tergiversasen sus palabras. Además, cada vez que hablaba Germánico las trompetas tocaban como para disuadir de las habladurías y prestar atención a la palabra del verdadero jefe. Germánico trataba con ello de retener el poder moral sobre sus hombres, su única arma si quería salir airoso del trance.

—Pero los centuriones deben ser traídos al pretorio para que yo los juzgue después de escuchar todos los cargos que han pesado sobre ellos. Y eso debe ocurrir ahora.

No importaba lo que exigía, los legionarios sólo deseaban cobrar. Se hicieron llegar los carros con el dinero como prueba de la buena fe de Germánico y él mismo, con gran paciencia, decidió pagar uno por uno a todos los soldados, negándose a entregar el dinero a los cabecillas, pues ese era el peor error que podría haber cometido. Si alguien manejase aquel dinero se produciría una escalada de violencia incontrolable y, a partir de ese momento, las indisciplinadas legiones se convertirían en una fuerza destructora.

Y así, uno por uno, Germánico miró a todos sus soldados a los ojos, y no fue rara

la ocasión en la que cruzó algunas palabras con ellos, o comentó la situación llamando a la calma y al respeto. Algunos legionarios caían de rodillas, otros asistían recelosos a comparecer ante el noble y poderoso rostro del hijo de Drusus; algunos llegaban a llorar, porque los legionarios eran rudos y a la vez muy sentimentales cuando se trataba de afrentas al honor. Ya entrada la noche y cuando la mayoría había percibido su dinero, el cielo despejado de Germania anunció un extraño presagio: hubo un eclipse lunar que aterrorizó a los romanos. Fue casi total y la desaparición de la luz ayudó a Germánico en gran medida. No fueron pocos los que aseguraron que los dioses amenazaban con una gran hecatombe, y, al día siguiente, cuando se reanudaron los pagos, la mayor parte de los legionarios suplicaban a Germánico que realizase algunos sacrificios para suplicar perdón a Augusto, su abuelo, a lo que Germánico respondía que no haría tal cosa hasta que todo hubiese sido resuelto de manera definitiva, porque prefería que los dioses aniquilasen sus legiones antes de verlas sucumbir al deshonor y a la vergüenza de Roma.

A pesar de todo y durante la siguiente reunión, los cabecillas se resistieron a liberar a los centuriones apresados. Las palabras subieron de tono y Germánico empezó a perder la paciencia. Ahora, buena parte de los soldados ya se había puesto claramente de parte del comandante y seguía sus órdenes, fueran cuales fuesen. Germánico desenfundó entonces su espada en medio del círculo de airados negociadores y mostró el acero a varios de los que se decían portavoces de las legiones.

—¿Veis esta espada? Es la misma con la que Drusus decapitó a no pocos gigantes téncteros, hombres-oso de las cavernas del norte... pues esta misma espada me verá morir aquí, estoy dispuesto a hundir su filo en mis entrañas si no me escucháis.

Germánico, no conforme con su escena, decidió repetirla en lo alto de la tribuna del pretorio, donde se puso ante miles de legionarios, amenazando con darse muerte a sí mismo. Los legionarios se quedaron perplejos y fue el momento decisivo en el que la gran mayoría comenzó a suplicarle que no lo hiciese, pues no podrían soportar semejante culpa. Hubo, no obstante, algunas voces que le ofrecían sus propias espadas, asegurándole que tenían mejor filo que la suya, pero Germánico no quiso oírlas.

Entonces descendió de la tribuna y, al frente de cientos de legionarios enardecidos por su actuación, asustados por el oportuno eclipse y motivados por el pago de las deudas de Augusto, fue a liberar a los presos.

Cuando Cazarratas vio la luz del día y sintió el fresco aire mitigar el sufrimiento de sus purulentas heridas a causa de los latigazos, sintió el deseo de arrojarse sobre aquellos hombres y despedazarlos uno a uno. Pero Germánico era el que vino a cogerlo por el brazo, en el momento en el que se cubría de la luz del sol, y escuchó la voz del hijo de Drusus, que le decía:

—No digas ni hagas nada, y déjame a mí, de lo contrario dejaré que te pudras en esa letrina.

Después de aquello estableció una fecha y una vista para los juicios, y ordenó que fuesen tratados por los galenos y encerrados en los calabozos del pretorio con toda clase de lujos y cuidados.

Acusados de cobrar sobornos a sus soldados, ciertos centuriones fueron considerados culpables y condenados por Germánico a la degradación. Otros, como Cazarratas, fueron absueltos y se buscó a sus captores, los cuales fueron condenados a ser azotados por el propio Cazarratas, quien logró matar en el suplicio a uno de ellos, razón por la cual Germánico lo envió de vuelta al calabozo durante varias semanas, privándole de su paga por un año. Por lo demás, se abrieron más causas, pues Germánico quiso llegar hasta el fondo con aquella práctica que consistía en el soborno de los centuriones y en los impuestos que cobraban a sus legionarios algunos de ellos a cambio de no realizar ciertas tareas. Se aseguró de investigar a todos los sospechosos y ejerció justos y severos castigos, aplicando algunas indemnizaciones en los casos más evidentes a favor de aquellos legionarios que habían sido robados por sus superiores. Se accedió, además, a reducir el servicio militar a dieciséis años, como habían exigido las tropas.

En cuanto a los cabecillas, Germánico no era hombre rencoroso, pero procuró que fuesen reunidos en una sola unidad en la que permanecieron vigilados y aislados de los demás soldados, sometidos a un durísimo entrenamiento que no debía dejarles tiempo para pensar en locuras revolucionarias. De este modo impuso el nuevo orden en su ejército; abandonó Colonia por unos días a mediados del décimo mes del año para pasar revisión y arengar un discurso ante las legiones de Germania Superior.

Entonces dobló también la atención y la vigilancia; dispuesto a cruzar el Rhenus, determinó por sí mismo la clase y peso de los bagajes, y, situado en la orilla del río, no permitió el paso de ninguno de ellos hasta después de haberse asegurado, comprobando la carga de los carros, que no llevaban más que lo necesario o autorizado por sus reglamentos. Una vez cruzado el río, fue costumbre habitual suya comer sobre la hierba, acostándose en muchas ocasiones a la intemperie sin utilizar tienda. Daba por escrito todas las órdenes para el día siguiente, y hasta instrucciones que podían ser necesarias en circunstancias repentinas; exigía que hasta en las menores dificultades se dirigiesen sólo a él para resolverlas, a cualquier hora que fuese del día o de la noche.

III

Germánico ordenó a sus legiones que se detuviesen ante la bifurcación de las rutas principales que se adentraban en territorio enemigo. A pesar de encontrarse ya al final de la campaña estacional, en el décimo mes del año, el comandante estaba decidido a realizar una implacable incursión contra los sugámbrios y los brúcteros. Deseaba que la guerra diese comienzo de manera inmediata y contra la adversidad de lluvias y tormentas si fuera necesario, y suplicó muchas veces a los dioses que contuvieran las lluvias otoñales para culminar su misión de castigo, que no tendría nada que ver con las operaciones de igual nombre que había conducido Tiberio algunos años atrás.

Los generales y legados comenzaron a ver el grado de obsesión que dominaba a su comandante, que rehusó los lujos de los que habitualmente disponían las grandes tiendas destinadas al alto mando. Ordenó tajantemente a todos los mandos que compartiesen las inclemencias que padecían los soldados, y fue práctica general que durmiesen al raso para dar ejemplo. Durante los primeros días de la campaña dejó que varios escribanos diesen lecturas a los legionarios con partes escogidas y patrióticas de la *Eneida*, y supervisó docenas de veces inspecciones de todas las unidades, durante las cuales no cesaba de estipular recomendaciones y críticas.

La mayoría esperaba que Germánico escogiese la ruta del Siga y del Adrana, los dos ríos que conducían a los campamentos centrales del gobierno de Varus, en Mattium, pero Germánico declaró que su ataque iba dirigido contra los sugámbrios y que no deseaba utilizar la ruta más fácil y, por ende, mejor vigilada por sus enemigos bárbaros. Improvisó entonces un avance que atravesaba las elevaciones occidentales del Siga para penetrar en el corazón de Sugambria, descendiendo por el valle del Rura, donde ejercería la mayor devastación posible.

La columna estaba formada por elementos de las cuatro legiones que se habían amotinado, pretendiendo con ello fortalecer los sentimientos de lucha y patriotismo de sus hombres, y Germánico sabía que hasta los hombres que más se odiaban entre ellos o que más descontento experimentaban sobre cualesquiera circunstancia de la vida se volvían fieles como hermanos en cuanto aparecían los enemigos comunes. Además, Germánico contaba con veintiséis fieles cohortes de infantería auxiliar gala y con ocho *alæ* de caballería, una fuerza que, bien utilizada, carecía de rivales en Germania, a no ser que Arminius fuese capaz de volver a reunir un ejército tan formidable como el de Teutoburgo.

Una mañana, cuando todo estuvo dispuesto, Germánico se puso al frente de su ejército y lo contempló desde lo alto de una loma. Las formas geométricas extendían sobre la llanura quince veces mil hombres. Los estandartes destellaban intercambiando señales vexilarias, y las cuatro Águilas de Plata ardían al frente de las

largas estribaciones uniformadas que cubrían la tierra hasta muy lejos. Germánico todavía pudo ver la línea plomiza del Rhenus, serpenteando entre verdes calveros. Tuvo la intensa sensación de que su verdadera hora era aquella, que todo carecía de sentido hasta ese momento, y que ese era el eje de los años en los que había respirado y comido por llegar hasta allí. Era el comienzo de su guerra. La hora de presentar venganza por su padre y de recuperar lo que por nombre le pertenecía. Sin bien no se trataba de un ejército digno para protagonizar una invasión a gran escala, era una contundente fuerza para ejercer un prólogo a lo que sucedería en años posteriores. La columna de castigo contaba con pesados galos aduatucos, nervios y menapios, con miles de úbios, los germanos moradores de la región de Colonia y que habían demostrado ser últimamente más fieles a Roma que las propias tropas ciudadanas, y no faltaban escuadrones de caballería procedentes de Hispania, algunos de los cuales continuaban prestando servicio, como ciertas unidades de cántabros, y algunos honderos baleáricos y arqueros cretenses.

Germánico se ciñó el yelmo de Perseo que había protegido a su padre, dejó que la Medusa de infames ojos, repujada en plata sobre los pectorales de su coraza, ejerciese su proverbial conjuro sobre las legiones, y alzó el brazo tratando de saludar a Roma, en dirección sur, donde suponía que la ciudad se levantaba.

—¡Sagrado Augusto! —gritó—. *Si vis pacem, para bellum!*

Giró enérgicamente hacia las colinas y ordenó trotar a su caballo. Poco después las huestes se movilizaban en pausado orden, sin timbales ni llamadas sonoras. Docenas de partidas vigilaban el entorno en varias millas a la redonda, para cerciorarse de que los enemigos no los avistaban. Pero una extraña calma rodeaba aquellas lomas boscosas y sus pasos verdes. Cuando las tormentas se retrasaban en otoño, normalmente era porque irrumpirían con mayor violencia. Los germanos se sentían seguros de sí mismos, y la elección de la ruta y las costumbres de Tiberio tendrían su fruto: los germanos creían que se trataba de otra ronda fronteriza para exhibir su fuerza sin mayores consecuencias. Pero las legiones se introdujeron rápidamente en busca del corazón de Sugambria.

No había caminos y la marcha era más dificultosa de lo que imaginaron. Los días se hacían largos y las pretensiones de un ataque sorpresa por medio de rutas desconocidas despertaban la desconfianza de muchos legionarios. Las primeras lluvias se acercaron tímidamente, hasta que una tarde, pocos días después de la esperanzadora partida, las nubes, que habían pasado de largo empujadas por vientos benignos, se enfrentaron unas a otras. La tormenta no tardó en estallar, y las rachas de lluvia comenzaron castigar a los soldados. Germánico ordenó que la formación se abriese formando un cuadro enorme de cuatro unidades, lo que disminuyó el ritmo de avance. No hubo encuentros inesperados, pero el comandante se dio cuenta de que el miedo carcomía el ánimo de sus soldados igual que la lluvia calaba sus capas y

bultos. Al caer la noche, la lluvia dejó de azotarlos, pero desde una hondonada encharcada podían ver las garras de fuego de los rayos, engarfiándose fugazmente a los nubarrones de hierro.

Germánico desenrolló la piel de oso del mapa que había pertenecido a su padre y observó todas sus anotaciones, así como las que él mismo había mandado grabar a consecuencia del desastre de Varus y que recogían todos los hallazgos hechos después de la muerte de aquél. La luz de las lámparas mostraban a un hombre aparentemente indiferente a las inclemencias del tiempo y que no experimentaba la menor ansiedad. Sus generales se sentían seguros con él, pero le hablaban de lo que se temía entre los soldados.

—No me preocupa. Todo acabará mañana —dijo Germánico, sin apartar los ojos del mapa—. Aquí —y diciendo eso posó el dedo índice en un punto del mapa con la misma decisión con la que Zeus hubiese señalado el objetivo de uno de sus letales rayos—. Este es el centro de culto señalado por mi padre. Se menciona varias veces. Nunca lo vio pero sabía que estaba en ese lugar. Sospecho que se alza más o menos en el medio de las tierras más fértiles, con lo que las consagraciones tendrán lugar en sus inmediaciones. Y es hora de celebrar cosechas. Según mis cálculos, y estoy demasiado cerca del Rhenus como para fallar, mañana mismo alcanzaremos el lugar desde el que arrojaremos un ataque masivo. Que doblen las guardias y nada de fuegos.

Después, Germánico preguntó si alguien tenía algo que objetar, pero los generales permanecieron en silencio, y supuso que algo del miedo de los legionarios se había agarrado a sus huesos.

La mañana llegó envuelta en veloces vapores que pronto se dispersaron. La humedad de las lluvias comenzó a evaporarse, pero el aire había cambiado y hacía más frío. La columna descendió por el amplio valle. A mediodía, Germánico ordenó que se detuviesen y que buscasen refugio aproximándose a los bosques, no sin antes dejar que los rastreadores examinasen el entorno. Una vez allí, dictó nuevas órdenes, y durante aquel día envió a la infantería auxiliar, bajo el mando de Casio Querea, a marchar con toda rapidez y sigilo hasta cierto lugar más adelante. Pidió a los soldados que descansasen, pero al caer la noche reanudó la marcha. Las estrellas brillaban con gran claridad y Germánico dijo que se guiarían como los marineros, así que continuaron en marcha; en el camino se encontraban con los puestos que la infantería auxiliar iba dejando a su paso. Vieron los primeros grupos de márseros y sugámbrios muertos, pues habían sido sorprendidos por la avanzadilla; en su mayoría se trataba de cazadores. Llegada el alba se detuvieron y se ordenó descanso.

Casio Querea volvió junto a un escuadrón y se reunió con el alto mando en la tienda.

—Tenías razón. Las distancias son las que calculaste —reconoció Casio.

—¿Son numerosas las aldeas? —preguntó Germánico.

—Más de lo que imaginábamos, y ya no podemos ir más allá de este punto en el que nos hemos detenido sin ser descubiertos incluso de noche. Hay grandes festejos, y puedo suponer que esta noche se reunirán varios miles de germanos en las proximidades del santuario. Varios espías han visto cómo los germanos arrastraban troncos enteros resecos desde la linde de los bosques para reunirlos tierra adentro. Los campos han sido segados en su mayoría y las cosechas parecen recolectadas. Los cazadores están muy activos. Su país ha prosperado.

—Esta será la noche. Hoy mismo ejerceremos el primer castigo en nombre de las legiones aniquiladas en Teutoburgo. Rodearemos las aldeas. Procura que tus guías se unan a los legados al mando de cada una de las secciones en las que dividiremos el ejército y que rodeen el mayor número de aldeas posible. Después atacaremos.

El día transcurrió lentamente. Los árboles se mecían con el viento y una calma indecisa dominaba sus ánimos. La noche se desnudó, suspirando en las copas del bosque, y Germánico ordenó que se pusiesen en marcha. Descendieron rápidamente y llegaron a praderas y campos que habían sido cultivados y cuidados, algunos de ellos formando extensiones irregulares y muy grandes. Los fuegos parpadeaban en la llanura, señalando la presencia de numerosas aldeas que habían prosperado en los últimos años. El comandante ordenó que las cuatro grandes unidades se dividiesen en tres segmentos cercanos unos a otros, y que formasen en semicírculo invadiendo la llanura. Pocas horas más tarde podían escuchar los gritos de la gente, que celebraba las festividades bárbaras. Los fuegos eran muy altos, y grandes llamas se alzaban por doquier. Habían llegado puntualmente la noche de alguna gran festividad.

Una luz más intensa que las otras parpadeaba en la distancia, elevada quizá sobre una colina. Germánico y los augures supusieron que se trataba de aquel centro de culto del que hablaban los mapas de Drusus. Germánico deseaba ante todo llegar hasta él.

—¿Se trata de un árbol o de un templo? Si es un templo lo derruiré —dijo el comandante, montando a caballo.

—Los templos de los germanos son tan salvajes como ellos, y normalmente están formados por pesadas piedras —respondió un augur.

—No importa, aunque me cueste la fuerza de mil hombres juro por Marte que ese templo caerá hecho pedazos, o derribaré sus moles para que no puedan volver a levantarlas jamás. ¡Adelante!

La orden galopó de un puesto a otro, y las cohortes se movilizaron. Los legionarios desenfundaron sus gladios y cargaron con las antorchas incendiarias. Las órdenes del comandante estaban claras: no se llevarían esclavos, y el botín no era prioritario. Los legionarios podrían destruir a su antojo cuanto cayese en sus manos, tenían libertad absoluta y era el momento en el que un legionario podría disfrutar de

los poderes de Roma, sobre todo si invadían aldeas por sorpresa. El infierno estaba a punto de dar comienzo en Germania una vez más después de muchos años, cuando Drusus ordenaba toda clase de exterminios, incendios y holocaustos. Su hijo volvía clamando venganza contra el acto liberador de Arminius, y era la primera vez, desde la victoria del líder germano, que los generales romanos condenaban a la población a un brutal castigo.

Cazarratas corría hacia la línea de casas. Su veteranía le recomendaba mantenerse en una forzosa tercera línea después de dar la orden de asalto. Procuraban ir en silencio, pero las primeras voces habían empezado a lanzar alaridos. Hasta que llegó el clamor. Las primeras líneas irrumpieron en las viviendas. Los germanos construían sus aldeas de forma circular, rodeando los *Things*, bastante separadas unas de otras, lo que permitió poner en aviso a muchos de los que no habían abandonado sus hogares para participar en las festividades nocturnas. Los gritos crecieron y la confusión se adueñó de la noche, a la par que intensos fuegos empezaban a trepar por los tejados, devorando las gruesas vigas de madera. Cazarratas vio cómo algunos legionarios saqueaban una casa después de dar muerte a dos ancianas y a los que debían ser algunos de sus nietos. El acero refulgía teñido de rojo después de abrir las gargantas de los primeros infortunados. A su alrededor, la cólera incendiaria, el terror, la ruina empezaban a crear un ambiente que le resultaba familiar en las campañas de Drusus. Por fin aquel ideario de libertad exterminadora, de impunidad y de endiosamiento para los soldados, apartaba la disciplina de los ejércitos: Germánico soltaba a sus bestias después de haberlas azuzado debidamente.

Había perdido de vista a Julius y al pequeño legionario cartaginés, y detestaba al imbécil de Flaco, quien desde que encontrara esposa entre las germanas que lograron escapar de Mattium, tras perder a sus esposos romanos en la batalla de Teutoburgo, ya no sentía el mismo placer por el frente y se había entregado a las pretensiones revolucionarias de los más radicales cabecillas del motín. Ahora escuchaba gritos a un lado, veía cabelleras incendiadas a otro, rostros que se agolpaban aterrorizados ante su aparición.

Rodeó un granero en llamas y miró a cierta distancia, en los campos en los que tenía lugar la reunión de los sugámbrios. Allí se desataba un gran caos de llamas, formas humanas que se recortaban confusamente contra los resplandores. Recorrió varias casas ávidamente.

Escuchó un lamento. Se volvió y las presas corrieron, pero no lo bastante rápido. Dos germanas huían con niños a los que arrastraban de la mano. Varios legionarios salieron a su encuentro, cortándoles el paso. La silueta ominosa del centurión se detuvo tras ellas. Cazarratas fijaba su mirada, apasionado por la caza. Corrió. Una de las germanas, como era costumbre en las mujeres de aquel pueblo, mostró el hacha bipenne y trató de blandiría. Cazarratas alzó el gladio y, sin mayores preámbulos y con la maestría de un consumado luchador, puso fin a los furiosos gritos de las mujeres. La que sostenía el hacha fue alcanzada por el primer mandoble y perdió el brazo, amputado. Continuó oponiéndose y tratando de cubrirse, pero el siguiente

golpe del centurión le abrió la cabeza. Los legionarios miraron sorprendidos al centurión, quizá dispuestos a dejar con vida a las mujeres y los niños, pero Cazarratas los despreció con los ojos inyectados en sangre y los músculos crispados.

—¿No habéis oído a los generales, cerdos imbéciles? ¡*Vastare!* ¡*Vastare!*

Después torció el gesto y asestó un golpe mortal en el cuello de la otra mujer.

Nuevas presas atraieron su atención. Dos niños se quedaron mudos y silenciosos junto a sus madres, respirando entrecortadamente, otros echaron a correr y se ocultaron en el interior de una de las casas, donde el techo completamente envuelto en llamas no tardó en derrumbarse sobre ellos y abrasarlos. Salieron corriendo, agitando los brazos, convertidos en antorchas humanas. Otros, más afortunados al escoger su escondite, pasaron desapercibidos, pero no fue raro el caso en el que los legionarios, corriendo como ebrios a causa de una extraña e incontenible furia y un placer innombrable, agitaban sus espadas y despedazaban niños pequeños que huían gritando y llorando en medio del infernal escenario.

Fue entonces cuando la vio. Era joven. Una mujer que empuñaba un arma y corría perseguida por media docena de hombres armados. Jugaban a darle persecución, y ella se defendía como una gata salvaje. Parecían tenerla atrapada cuando subía a un tejado y saltaba al otro lado. Por fin dos de aquellos hombres lograron retenerla, inmovilizando sus brazos, tras recibir uno de ellos una cuchillada. Fue éste el que la golpeó y la echó al suelo, donde, con la ayuda de otros compañeros de armas, se dispuso a disfrutar de su cuerpo después de abrirle las piernas. Los gritos de la joven extasiaban a Cazarratas. Le parecía que los años no habían transcurrido desde sus primeras campañas. Volvía a experimentar *aquello*, fuera lo que fuese. Por un momento quiso interrumpir el placer del legionario, que arrancaba quejas y gritos de la muchacha entre las chanzas y forcejeos de sus compañeros, pero a unos pasos del espectáculo se quedó como en blanco, experimentando un violento y turbador placer. Podía ver las piernas sujetas por los hombres armados, sentía casi con su propio cuerpo el frenesí a la vez placentero y castigador del que la violaba, y los ahogados y rabiosos gritos de ella le hacían perder la razón. Se acercaba y apenas cuando estaba a unos pasos experimentó todavía mayor placer. Estaba a punto de caer sobre ellos. Empuñaba la espada con tal fuerza que parecía iba a romper sus propios nudillos. Ahora ella estaba a tan sólo unos pasos. Los legionarios lanzaban miradas confusas al centurión, en medio de la vorágine que aturdía la mente del veterano. Escuchó un grito de inconmensurable placer. Sintió cómo sus piernas parecían vaciarse y toda la tensión le abandonaba. Aquel grito era el suyo y estaba tan ebrio a causa de lo que sentía, y había llegado tan lejos, que apartó de un golpe al legionario que la violaba. Casi a punto de perder el sentido, Cazarratas prorrumpió en una risa atroz y gritó:

—¡Oh dioses!

Después se arrojó con todo su peso sobre ella y sacrificó su cuerpo con la espada.

Las costillas chasquearon al ser traspasadas por el acero, y así Cazarratas consumaba uno de los mayores placeres de su vida.

Germánico irrumpió en las celebraciones después de que las primeras cohortes iniciasen su gran cacería. Ordenó que los altares fuesen destruidos y vio cómo cientos de germanos eran rodeados por insaciables legionarios que los ensartaban sin piedad. No importaba si algunos lograron extraer sus espadas, o si otros se reunieron presentando batalla y logrando huir hacia los bosques. Pocos fueron los que escaparon. La multitud fue sorprendida y el fuego y el acero interrumpieron la danza de las espadas con la que los guerreros sugámbríos daban gracias a Thor por haber bendecido las cosechas de los campos y las cacerías.

Germánico se alzaba sobre su corcel, capitaneando los escuadrones de caballería, y escuchaba el sonido atroz de la sangrienta matanza. No habría esclavos, había jurado, sólo muertos.

Un anciano logró abrirse paso hacia los caballos y señaló a Germánico con su báculo. Estaba ensangrentado y habría jurado que uno de sus ojos todavía le colgaba de la cuenca ocular después de haber recibido un golpe de acero. Gritaba frases incomprensibles en una lengua bárbara.

—¿Vienes a maldecirme a mí como maldijiste a mi padre? —gritó Germánico, quien era supersticioso.

Acicateó al caballo y se lanzó hacia el anciano, y le cortó la cabeza de un solo tajo.

—¡Muere, maldito bárbaro! —escupió, ebrio de cólera.

Alzó la espada y ordenó la carga en busca de las siguientes aldeas. Los cuatro sectores del ejército devastaban las poblaciones con fatal certeza. Pronto los fuegos orlaron las colinas como una invasión de dragones. Si bien algunos grupos lograron escapar, Germánico puso gran interés en darles caza más adelante, pues parecían reunirse y huir hacia un lugar poco propicio. Las aldeas quedaron a ambos lados, incendiadas, y varios legados advirtieron a Germánico de que podría tratarse de una emboscada. Pero tras ascender una colina y sortear ciertas rocas, se dieron cuenta de que los sugámbríos se reunían en el corazón mismo de su pueblo: al pie del santuario que Germánico había adivinado en aquel territorio.

No serían más de quinientos los guerreros que habían logrado reunirse, pero Germánico decidió atacar inmediatamente. Con la llegada de varias cohortes el resultado parecía garantizado y el comandante decidió ir al combate en primera fila. Las antorchas ardían por toda la colina, agrupándose en su parte inferior, lo cual delataba claramente el anillo defensor que habían creado los germanos en aquel lado. Por detrás, la loma descendía de nuevo con menor pendiente y se hundía en la masa oscura de los bosques. A pesar de todo, Germánico ordenó el ataque con formación en tortuga y decidió combatir desde la desventajosa posición inferior de la pendiente.

Adivinó la tortuosa silueta de un gran tejo en la cima del calvero y las ominosas formas de unas rocas que sin lugar a dudas eran el venerado santuario dedicado a Tanfana entre los sugámbrios, los márseros y los brúcteros que habían traicionado a Varus.

Las cohortes se movieron decididamente hasta recibir pedradas. Algunos legionarios cayeron muertos o heridos de gravedad, pero las bajas no eran algo significativo para Germánico una vez daba comienzo una desigual batalla condenada a ser ganada. Los germanos gritaban enfurecidos, aullaban, agitaban sus hachas bipenne, volteaban sus greñas y sus ojos mostraban tanta furia, que la mayoría lucharía como tres legionarios. Pero el romano era consciente de que sus fuerzas serían invencibles y azuzó a sus centuriones. Los combates cuerpo a cuerpo empezaron a dar muerte y a verter profusa sangre en la hierba. Las antorchas continuaban ardiendo una vez quienes las habían sostenido cayeron abatidos, y los muros de escudos cuadrangulares continuaron empujando por encima de los cadáveres. Germánico se aproximaba y gritaba una y otra vez:

—¿Dónde está ahora Arminius? ¡Llamadle! ¡Germánico quiere luchar con él cuerpo a cuerpo! ¡Germánico lo llama mujerzuela! ¡He venido a llevármelo encadenado y a arrastrarlo de la barba por todo Roma!

Enfurecido, Germánico recorría el perímetro del frente increpando a los germanos y animando a sus soldados, a riesgo de ser alcanzado por las frámeas germanas. Los combates continuaban y las grandes piedras ya estaban muy cerca. Muchos germanos habían insultado a Germánico, pero retrocedían pensando en huir, y algunos se habían visto obligados a hacerlo cuando sus sacerdotes así se lo ordenaron. Aun así, los que conocían algo de latín respondían a Germánico de este modo:

—¡Drusus culus! ¡Drusus cunnus!

Y bajezas similares que lograban enfurecer todavía más a Germánico, hasta el punto de que uno de aquellos guerreros, especialmente corpulento, encegueció al hijo de Drusus, que abandonó el caballo y se fue directamente a por el germano. Éste hizo lo propio y dejó la protección de sus lanceros, y corrió en busca del comandante. Era un guerrero de talla sobrehumana, larga barba hirsuta y ojos claros enmarcados por un pronunciado toro supraorbital que le daba el aspecto de verdadero minotauro. Además de sus pieles, guarnecía sus hombros con dos placas de bronce y esgrimía un hacha de combate. Se encontraron en desigual lucha en el momento en el que varios guardianes de Germánico, a las órdenes de sus generales, fueron a socorrer al comandante. Pero el hacha del alto germano evitó los tajos de Germánico y después dio muerte con un gesto hábil a un joven romano. Al ver aquello, Germánico endureció sus golpes, manteniéndose a distancia del pesado antagonista. Por un instante un zumbido cruzó el aire al bies y la flecha ya se había clavado limpiamente en el brazo izquierdo de Germánico. El germano sonrió seguro de sí mismo al ver

aquello, mas Germánico, aparentemente ajeno al dolor y aprovechando el descuido, se arrojó en una puntada hacia delante, logrando herir el costado del enorme jefe sugámbrio. Éste retrocedió defendiéndose de los gladios romanos y blandió el hacha. La confusión se acabó cuando varios jinetes germanos se interpusieron, ataron por los hombros al germano y se lo llevaron a la rastra del campo de batalla, donde una lluvia de *pilla* les habría dado muerte un instante después.

Germánico se vio rodeado por su propio ejército y contempló los resultados de su hazaña temeraria: sus hombres, encorajinados por el ejemplo, habían conquistado la colina y los últimos germanos huían del otro lado en busca de los frondosos bosques. Germánico se puso en marcha después de que Casio Querea le hiciese un torniquete en el brazo y le arrancase la flecha germana. Viendo que no se trataba de una punta envenenada, el comandante ordenó que se dispusiesen inmediatamente para echar abajo aquellas piedras.

Gritaba enfurecido. Los cabellos le goteaban de sudor y no admitía razones. Pero aquellas piedras parecían ser parte de la misma colina, de modo que no podían echarse abajo. Germánico, no obstante, estaba convencido de que no lo eran.

—Mirad alrededor —gritaba—. ¿Hay piedras sobre las demás colinas? No he visto peñas ni montañas, sólo tierra blanda, hierba y barro... ¡Echadlas abajo!

Se tendieron largas cuerdas y se ordenó a los expertos en puentes e impedimenta que utilicen a todos los caballos si ello fuera necesario. Las cuerdas recorrieron la pendiente después de que varios escaladores a los que se les prometieron insignias por su trabajo rodeasen los inmensos mojones. Después prendieron fuego al tejo sagrado, derribaron los altares de piedra que había entre sus retorcidas raíces y cuando las chasqueantes lenguas de fuego empezaban a trepar iluminando la escena en lo alto de la colina y miles de antorchas punteaban el pequeño valle alrededor, Germánico ordenó a sus hombres que abandonasen la cima y exigió furioso que empezasen a empujar, pues había jurado por Marte que no se marcharían de aquel santuario sin echarlo todo abajo, ni siquiera si Arminius volvía al frente de toda Germania para impedirselo.

Las cuerdas se tensaron y los hombres empezaron a empujar, pero las rocas no dieron muestra alguna de debilidad. Es posible que hubiesen sido clavadas, pero en ese caso llevaban siglos enteros afianzándose en el terreno. Los esfuerzos se renovaron y varios cientos de hombres se unieron a la petición del comandante. Pasaron varios minutos y Germánico, desesperado, desenfundó la espada y juró que los mataría a todos si no echaban abajo aquellas piedras. Contra toda prudencia, galopó colina arriba y observó el otro lado de los grandes colmillos. Escucharon el grito del comandante.

—¡Se han movido! —lo escucharon aullar, y los hombres se miraron, consternados.

—¡Echadlas abajo! ¡Recuperad el honor perdido en ese motín! ¡Demostrad a Roma cómo la amáis y echad abajo estos dioses!

Los cimientos de las moles rocosas eran profundos, y a pesar de todo ningún experto estaba seguro de que hubiesen sido emplazadas allí por los bárbaros. Muchos creían que podría tratarse de formas rocosas aisladas en el terreno y que sus raíces, podridas por el tiempo, ya estaban partidas, de ahí que fuese posible echarlas abajo, pero increíblemente dificultoso. Germánico ordenó que subieran, que dejaran de tirar y que cavasen al pie de las rocas para desplazar la tierra y debilitar la resistencia que ésta ponía. Los legionarios no aceptaron de buena gana aquel cometido, porque si las piedras cedían entonces algunos de ellos morirían aplastados. Pero Germánico parecía fuera de sí, enfurecido. Era como si los insultos a su padre, de tan obscena índole, le hubiesen vuelto loco. La fijación por aquel centro de culto era tal que ordenó a docenas de legionarios que trajesen los martillos y que despedazasen una a una las grandes piedras del altar dedicadas a los sacrificios, y aseguró que si no echaban abajo las moles las despedazaría una a una antes de irse, y las reduciría a un montón de escombros.

—Si esto es un templo de los germanos entonces deben saber lo que Roma hace con los templos bárbaros... ¿No fueron acaso estos dioses los que traicionaron a Varus? ¡Pues ahora conocerán a Germánico!

Mientras escuchaban arengas de esa guisa los zapadores miraban desconfiadamente hacia arriba.

—¡Apartaos e intentadlo!

Retrocedieron y se unieron a quienes más abajo tiraban de las cuerdas y empezaban a tensarlas. Empujaron y ataron a los caballos, pero no sirvió de nada. Iban a darse por vencidos cuando los gritos de Germánico los pusieron sobre aviso y el comandante se retiró al galope. Primero imperceptiblemente, después con mayor decisión, las rocas comenzaron a moverse. Más de mil hombres y doscientos caballos tiraban de aquellas cuerdas. Sudaban y resbalaban por la hierba embarrada. Las piedras se movían. Una de ellas lo hacía más rápido que la otra. Germánico descendió a galope la loma y se volvió para presenciar el espectáculo. La enorme roca comenzó a ceder, levantando una lengua de tierra. La otra se inclinó y quedó atrancada en la tierra, pero se vino abajo con pesado estruendo cuando cientos de manos se unieron a las cuerdas que la apresaban. La mole se derrumbó y comenzó a rodar. Hubo gran confusión entre los legionarios y muchos de ellos cayeron de espaldas. La mayoría logró echar a correr, pero la piedra, al llegar a la base de la colina, rodó por encima de varios soldados rezagados que fueron aplastados ante los ojos de Germánico. El comandante ordenó que se les hiciesen dignos funerales como héroes que habían sido; volvió a sentir el placer de la victoria, que era infinitamente superior a cualquier otra emoción que había vivido. Los insultos a su padre resonaban todavía en sus

oídos, y ni el sacrificio de una legión entera le habría frenado si a cambio de ella hubiese obtenido el triunfo sobre sus enemigos.

La gran llanura que descendía hasta el valle del Rura aparecía punteada por el rastro del fuego más de cincuenta millas a la redonda. Los ataques se sucedían y las aldeas, que los romanos ya no lograron tomar por sorpresa, ardían envueltas en llamas al paso de las cohortes de castigo enviadas por Germánico hacia las cuatro esquinas del mundo. Ordenó, además, que se lanzasen al grito de Drusus sobre los poblados, para que sus enemigos volviesen a recordar el nombre del gran vencedor y para que se extendiese el rumor de que Drusus no había fallecido, como se había creído entre los bárbaros, sino que había vuelto para continuar con su obra. Germánico necesitaba provocar el terror, y esa clase de revelaciones sobrenaturales eran las más efectivas, si lograba que se las creyesen. Por otro lado, quería venerar el nombre de su padre, y los insultos que las groseras lenguas germanas se atrevían a lanzarle a la cara desbordaban cualquier sentido de la piedad que hubiese abrigado antes de iniciar la batalla.

Durante los siguientes días, las cohortes se desplazaron por toda la zona devastando el territorio de los sugámbrios. Las columnas de humo se elevaban por doquier y podían verse desde larga distancia. Abandonados por sus dioses, no hubo lluvias que viniesen en auxilio de los germanos, y el implacable castigo de aquella primera misión se ejerció hasta las últimas consecuencias. Germánico procuró que se tomasen algunos trofeos, como armas, carros destinados a portear a los régulos germanos, yeguas blancas que habían pertenecido a los sacerdotes, con la intención de ir creando el botín que exhibiría en Roma algún día, cuando retornase vencedor y se le concediese el gran triunfo ante el pueblo.

Cuando la retirada de las tropas fue evidente, muchos de los que aguardaban en los bosques se unieron para hacer frente a Germánico: usípetos, brúcteros y tubantios se agruparon en las colinas del Rura, en un lugar por donde las legiones no podrían retroceder a no ser que se introdujesen en los bosques de cierta garganta. Al verse acorralado, Germánico subió al caballo y desenfundó la espada, y galopó entre las cohortes, exhortándolas al combate:

—¡Hoy tenéis la oportunidad de reponer el deshonor de vuestro levantamiento! ¡Luchad como romanos!

Las enardecidas palabras de Germánico no tardaron en hacer mella en el ánimo de los legionarios. El *barditus* con el que los germanos trataban de asustar a sus enemigos brotó de los árboles, pero las legiones, aquellas muchedumbres chirriantes envueltas en cuero y acero, comenzaron a mugir como un vendaval, cantando canciones que habían aprendido en su juventud, tonadas absurdas y temerarias, con las que habían enfrentado sus primeros pasos en las campañas de Drusus y Augusto. No hubo fuego ni grandes piedras, ni avalanchas de troncos recién aserrados, como algunos temieron, porque aquellos germanos actuaban desesperadamente dejándose llevar por el deseo de venganza. No habían tenido tiempo para preparar la emboscada, sus líderes no retuvieron a los más jóvenes, y hubo un asalto en los bosques.

En aquella ocasión Germánico tuvo la oportunidad de exigir a su ejército algo más que una matanza. La sorpresa estaba de parte de los germanos, pero no contaban con la superioridad numérica ni con un plan bien definido, e incluso en los bosques fueron repelidos por las lanzas. Germánico incurrió en su acción más temeraria cuando, acompañado por unos centenares de jinetes y varias cohortes, se concentró en la cabeza del ejército y dirigió la acometida hacia el campo abierto. No quería dejar que los germanos se apoderasen de la espesura. Allí hubo una lluvia de flechas. La buena fortuna apartó todas aquellas puntas envenenadas de su paso, y mientras tres hombres caían abatidos cerca, él mismo llegaba hasta las líneas de germanos y descargaba la espada en el hombro de uno de los pálidos arqueros. Varios lanzadores de *gæso* resultaron masacrados por Casio Querea y otros hombres, que sólo siguieron adelante persiguiendo los gritos furiosos del temerario general; fue entonces cuando Germánico irrumpió entre los árboles y su caballo descendió un abrupto ribazo de hierba, precipitándose en la soleada pradera, por la que galopaban grupos desordenados y dispersos de brúcteros. Al verlo, muchos de ellos se acobardaron, tal era el resplandor de su coraza; otros lo amenazaron, y no fueron pocos los que corrieron en su busca, pero para entonces Casio y otros muchos romanos, a pesar de

haber sido diezmados en la espesura, emergieron y crearon un mortal círculo alrededor de Germánico, que no dejaba de dar órdenes.

Aquella fue la hazaña más memorable de la campaña. Las cohortes siguieron la brecha abierta por el general y atrajeron a los germanos a campo abierto, donde los germanos se vieron obligados a sucumbir ante el implacable y sanguinario furor de los legionarios. Los que no fueron muertos huyeron rápidamente, dispersándose y retrocediendo en busca de las colinas de las que habían salido.

Germánico había matado a diestro y siniestro, y cuando un grupo de no más de medio centenar de tubantios había sido rodeado por cientos de romanos, él fue de los que luchó por abrirse paso a caballo entre los salvajes germanos, buscando el baño de sangre con tal ardor, con tal cólera en los ojos, con tanta sangre manchando el caballo blanco o tiñendo el resplandor de la Gorgona que tatuaba su esplendente coraza, que pareció que miles de hombres coreaban su nombre, orgullosos de su líder, mientras éste ora buscaba uno a uno a los germanos, ora mutilaba sus miembros en desigual combate, ora los decapitaba de un solo tajo, como quien siega la mala hierba de un campo.

La tarde ardía en su frente. De pronto se detuvo, jadeante, en medio de una laguna de cadáveres y malheridos que se arrastraban ensangrentados, donde los legionarios se inclinaban para dar puñaladas de muerte en las nuca, cuando los barbados brúcteros escupían dientes y sangre con los carrillos abiertos o los miembros cercenados, allí, en medio de la bacanal por la que su corcel pisoteaba, excitado y violento, como si fuera la uva de la que surgiría el vino para unos dioses sedientos de venganza, Germánico alzó el gladio al encontrarse con la mirada temeraria, los ojos de acero de Casio Querea, y entonces gritó con todas sus fuerzas, y aquel grito fue repetido por miles de hombres que le seguirían hasta las puertas del infierno si ello fuera necesario, y pareció alejarse por las colinas como el relincho de un trueno:

¡Roma Victa!

Las nubes parecían muy lejanas en el suroeste, pero el tamborileo de un trueno había anunciado la proximidad de la tormenta en el sur. El cielo de Wulfmunda presagiaba la llegada del otoño. Los contornos de la colina, en cuya cima se erguía como un dedo blasfemo el monolito de roca negra dedicado a Irminur, aparecían almenados por oscuras hileras de coníferas. De los grandes robles retorcidos se desprendían las hojas tocadas con oro y rojo, y la mañana ventosa las arrastraba en torbellinos por encima de los tejados humeantes.

Tras batirse con el hacha bipenne contra el tronco de un roble caído que, con la ayuda de Vitórix, había convertido en pasto para el fuego de su chimenea, el querusco miraba ahora hacia el horizonte, los sudorosos brazos en jarretas. Las anchas manos, los dedos en los que brillaban anillos de oro, los brazaletes, el rostro de acero, los ojos fieros y el yelmo alado componían la figura de Armin, oscura contra el cielo de la mañana.

—¿Se puede saber qué haces ahí abajo?

Vitórix, en cuclillas, elevó el rostro con una extraña expresión y dejó de rebuscar entre astillas y restos de corteza esparcidos en la hierba.

—Creo que en este tronco habitaba uno de esos *ylfen*...

Armin comenzó a reírse a carcajadas. Las dos mujeres que los acompañaban hicieron lo mismo, aunque con mayor reserva.

—¡Escuchas demasiados cuentos de druidas, buen amigo! —exclamó Armin.

El querusco miró a las mujeres. Una de ellas, de cabellos rubios y largas trenzas, se tapaba la boca sin dejar de mirar de soslayo a Vitórix. La otra, que cargaba las piezas de leña en un carro al que iba arreado un pesado buey, trataba a duras penas de disimular su asombro.

—Explícale que no va a encontrar *ylfen* en esos troncos secos... —pidió Armin, apoyándose en el hacha.

Thusnelda cargó otra pieza en el carro y se volvió a Vitórix con una expresión desconcertante en los ojos verdes.

—Vitórix, no vas a encontrar elfos ni enanos ni ninguna criatura misteriosa en esos troncos secos.

—¿Por qué no?

—Porque no habitan cerca de nuestras casas.

—¿Y tú qué sabes? Por Vencingetórix que me ha parecido ver algo extraño cuando partíamos ese tronco, ¡os lo juro! —el galo se levantó y se mesó los cabellos grasientos y negros, en un ademán de preocupación, como si hubiese perdido la presa más valiosa de una importante cacería—: estaba ahí mismo... ¡eh! ¿De qué os reís?

La otra joven se acercó al galo y le pasó la mano por los cabellos.

—Estás tan loco...

—¡No estoy loco! Lo he visto, Ingulfrid, ¿sabes? Con mis propios ojos —aseguró el galo—. ¡Bah!

La llamada de una trompa resonó en el fondo del valle, y todos miraron por encima de los árboles. Thusnelda e Ingulfrid se situaron a ambos lados del buey y se alejaron colina arriba.

Cerunno caminó por la pradera, ordenó que los astiles fuesen reforzados contra el viento, que soplaba con fuerza y agitaba las matas de hierba, dejando a su paso un rastro caprichoso. Aquí y allá los caballos retozaban. Varios bueyes tiraban de otro carro, cargando con la caza de unos madrugadores.

Pero Armin había escuchado la llamada, por el este, donde se levantaban las rugosas espaldas del monte Melibocus; a primera hora de la mañana había sido avisado de que una embajada se aproximaba. Cerunno se situó a la derecha del *kuninc*, escrutando las figuras desharrapadas de quienes acudían en busca del líder de los hombres-lobo.

Sin mayor expectación que unos cuantos queruscos armados, los embajadores de los tubantios se detuvieron en el centro de la pradera y ofrecieron algunos presentes a Armin. No eran valiosos, pero el querusco los aceptó como señal de amistad. Después los invitó a que se desarmasen en nombre de sus buenas intenciones y a que entrasen a comer en la gran sala del *Thing* de Wulfmunda. Los tubantios no dudaron en hacerlo, y entregaron sus armas. En la sala de reuniones ardía un fuego en las penumbras, la carne de buey se tostaba ensartada en largos espetones, la grasa chorreaba siseando entre las brasas.

Armin se sentó al frente del banquete y dejó que un joven colmase su cuerno con el sagrado *medhu*. Por un momento recordó los tiempos en los que su padre lo obligaba a remover la fermentación de los grandes barriles. Ahora ocupaba su lugar al frente de los clanes.

—Decidnos, hermanos, ¿qué es lo que preocupa a vuestros señores en las tierras del sur?

El germano que lideraba la embajada había hundido sus mandíbulas en un jugoso pedazo de carne con tal interés que resultaba imposible que respondiese en ese momento. Era como si Cerunno, tras un circunspecto y obcecado silencio, esperase el momento aparentemente menos oportuno para iniciar el diálogo de los jefes. No era costumbre que el *kuninc* iniciase la conversación, ni tampoco que nadie le dirigiese la palabra directamente, durante una reunión solemne, a no ser que él mismo decidiese hacerlo. Sin embargo el tubantio estaba acostumbrado a aquella clase de protocolos, y sabía que no tenía por qué responder de manera inmediata. Devoró el pedazo de carne, se restregó con el antebrazo izquierdo la grasa que le chorreaba por la barba,

elevó el cuerno rebosante de cerveza y lo descargó entre sus labios sitibundos. Se restregó de nuevo el antebrazo por la cara y respiró profundamente.

—Alabo esta carne que me alimenta y este refresco digno de la valquiria...

—Sois bienvenidos, hermanos —dijo Armin con naturalidad, dando por finalizada la ceremonia.

—Lo que preocupa a muchos jefes es una palabra maldita que todos los hombres sabios conocen: Germánico.

Al pronunciar el nombre del general romano, Cerunno entornó los ojos.

—Ha devastado muchas tierras en la época del año en que nadie esperaba que las serpientes de acero se movilizasen. Tras arruinar los festejos de los sugámbrios fueron hacia el santuario de Tanfana, las grandes piedras a las afueras de los bosques... ¡las derribó! Después prendió fuego al tejo sagrado y lo hizo ceniza...

Cerunno comprimió las cejas, silenciosamente encolerizado.

—Las brisas del odio necesitan muchas semanas para convertirse en un viento de guerra —murmuró el santón.

—Necesitamos que ese viento venga del norte, como nos prometió Armin años atrás. Yo estuve entre los jefes que se reunieron. Hubo clanes tubantios, numerosos nobles guerreros brúcteros, miles de usípetos feroces, todos ellos hijos de héroes, y tendimos una emboscada en la retirada de las legiones. Pero Germánico apeló al orgullo de sus soldados, lograron sacarnos a campo descubierto, hubo desórdenes entre los hijos de Germania, y tuvo lugar una nueva matanza. Perdimos. Thor nos abandonó. Las nornas cortaron muchos hilos...

Armin escuchaba el relato pacientemente, mas con la sensación de que, desde un comienzo, sabía lo que ocurriría sin necesidad de que se lo contasen.

—Os arrastraron a sus mejores condiciones, y allí formaron: lo dije mil veces, no os dejéis tentar jamás por una cohorte, porque entonces los germanos son hombres muertos, un juego de niños para esos centuriones —aseveró Armin, mas como si hablase para sí mismo.

—¡Pero estábamos tan seguros...! —protestó el guerrero, frustrado—. Era un paso estrecho, creíamos estar preparados...

—Pero el odio cegó a muchos de vuestros *herzogs*, y la unidad se perdió, no había un *kuninc*, ¿dime si me equivoco?

Su interlocutor agachó la mirada, sintiéndose culpable, y dijo, arrastrando las palabras con rabia:

—No lo había. ¡Todos queríamos matar! He perdido a mi hijo, mi hermoso y alto Arnuld... Todavía recuerdo sus galopes, sus fuertes brazos, y cómo saltaba en las cascadas de Moldortwin, era un bravo muchacho. Tuve que recogerlo muerto, había sido ensartado mil veces por puntas de hierro, nadie quiso batirse con él a espada, ¡cobardes!, y murió entre escudos de los que salen agudas lanzadas... Además, vi una

cuchillada en su nuca, lo remataron...

—Comprendo tu odio, hijo —la cavernaria voz de Cerunno penetró en el alma del germano. El santón colocó sus dedos arrugados en la frente de aquel hombre—. Cree que de uno u otro modo Germánico morirá.

—Germánico debe morir, igual que murió Julio César, igual que murió su padre maldito, Drusus... ¡Muerte a Germánico! —rugió aquel hombre deshecho.

—Muerte a Germánico —sentenció Armin, sin apartar los ojos de la mirada turbada del embajador—. Pero si privamos a Germánico de sus legiones, mucho mejor. Le dirás a tus jefes que los queruscos viajarán hacia el sur.

—¡Hay mucho más que debes saber! —exclamó otro de aquellos visitantes. Era alto y delgado. Su barba rala era casi roja y sus cabellos colgaban desaliñados sobre unos hombros pálidos y nervudos. Hecho un largo trago del cuerno, lo alzó solemnemente y habló con gran apasionamiento:

—Aulus Cæcina, el carnicero de Illyria, vendrá con más legiones desde el oeste, ¡también debe morir!

—¿Cómo sabes eso? —inquirió Cerunno.

—Nuestro adivino en Enfunda nos lo dijo, y muchos espías lo corroboran, todos creen que Aulus atacará a los queruscos. Germánico odia a los hijos de Wulfmund más que a ningún otro pueblo de Germania, y desea demostrar a Roma que las garras de sus legiones pueden alcanzar a su mayor enemigo y despedazarlo... juró que le arrancaría el corazón a Arminius.

—Eso tampoco me sorprende, aunque bueno es estar prevenido —dijo Armin, colocándose el puño izquierdo a la altura del corazón con una sonrisa; tomó su cuerno y bebió otra vez—. Era una cuestión de tiempo que Germánico se precipitase en busca de nuestras aldeas, pero estamos preparados. No le dejaremos tomar la iniciativa. Iremos en su busca. Llevaba mucho tiempo, casi años, esperando este día. Sabía que pronto los signos nos mostrarían la hora de proteger nuestras victorias en Teutoburgo, tarde o temprano la venganza de Roma volvería. Roma siempre vuelve, esa es la frase favorita de sus generales. Y no me sorprende que el artífice de la venganza sea precisamente Germánico. Tiberio es un inútil entregado al poder, le da igual lo que pase en Germania siempre y cuando no traspasemos la frontera pero Germánico es como su padre, y vendrá reclamando lo que considera de su propiedad.

—¿Qué es lo que considera suyo? —preguntó el pelirrojo, confundido.

—Germánico se llama así en honor a las victorias de Drusus, su padre, en toda Germania: Germánico considera que Germania es una gran provincia, y que sus animales, bosques, hombres y mujeres le pertenecen.

—Cerdo hijo de un tejón... —repuso el guerrero.

—El hijo de Drusus, también él está maldito —declaró Cerunno enigmáticamente.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Brumber.

—¿Te explican los pájaros cómo vuelan? —replicó el druida.

—No...

—Pues no preguntes *cómo* si no *qué*: y yo te digo que Germánico morirá, morirá lejos de las armas...

—¿No será vencido por nuestros jefes?

—Peor, mucho peor todavía: el que es hijo de la guerra morirá, como su padre, privado de la gloria del campo de batalla, porque su estirpe está maldita. Su sangre será vertida por los miembros de su familia, y su muerte será fatídica. No me preguntes cuándo pero así es como caerá. Y yo os digo: Germania vencerá.

—Decidle a vuestros jefes que se preparen durante el invierno y que se refugien en el norte o en la espesura de los bosques, que no funden aldeas allí donde las legiones puedan combatir en campo abierto —pidió Armin—. Decidles que forjen armas, y aseguradles que los queruscos entrarán en guerra en primavera, que cuando Germánico vuelva los hombres-lobo descenderán desde las faldas del monte Melibocus junto a todos los clanes unidos, y que Armin irá en busca de Germánico, para cortarle la cabeza.

Llegó el invierno y los martillos resonaban en las fraguas de las aldeas queruscas. La nieve caía, acumulándose en los tejados cuyas aguas bajaban hasta el suelo. Los campos de hierba de la colina desaparecieron y se volvieron blancos, pero el frío no amedrentó a los cazadores ni los rituales de los guerreros. Tras aquella reunión no fueron pocas las ocasiones en que los embajadores de los germanos del sur visitaron el poderoso *Thing* de Wulfmunda, y los rúgulos de los clanes de la nutria, del ciervo, de los hombres-lobo, se reunieron en el castro de la legendaria colina para festejar y debatir, pero sobre todo para que Cerunno preparase un nuevo viento de guerra.

Armin continuaba sin poseer un plan definido. Las grandes sorpresas no podrían repetirse, porque las legiones ya no acampaban en el interior de Germania, sino en la orilla izquierda del Rhenus, y vigilaban celosamente sus puentes. Había acariciado la idea de iniciar una temible invasión, como aquella que protagonizara su padre en los tiempos de su propia niñez, cuando lograron robar el estandarte de la Legión V *Alaudæ*, pero se le antojaba un desperdicio de fuerza, un sacrificio de hombres cuyas armas, utilizadas con reserva, podrían dar mejores resultados en los emboscados paisajes de Germania. Decidió prepararse y esperar en su propio territorio, la agreste selva, las ciénagas y los ríos desbordados de Germania en primavera.

El invierno visitó Wulfmunda y el blanco manto del norte ocupó los campos de la Colina de Irminur. Las ciénagas se congelaron. Muchos pájaros huyeron. El mundo se sumió en el silencio de la tierra muerta bajo melancólicos cielos grises, sempiternamente nublados. Por la noche, el fuego parpadeaba en algunas ventanas y

se festejaba en nombre de los dioses verdaderos. Como años atrás, los queruscos forjaban en el frío invierno las armas con las que atacarían a su enemigo con la llegada del sol. La canción del martillo tonaba sobre puntas al rojo, los yunques eran castigados, hombres silenciosos bebían y forjaban.

La tarde del solsticio de invierno Cerunno pidió a través de Ortwin que Armin lo visitase en la fragua de Gristmund. El querusco hizo crujir sus botas de oso en la nieve hasta el inicio de las ciénagas, y, una vez allí, siguió el sendero. Los centenarios sauces que vigilaban aquel sagrado lugar estaban deshojados. El viento silbaba en sus ramas. La monótona capa de nubes parecía atrapada en la bóveda desnuda. El suelo del bosque descendía entre nudos y retorcidas raigambres hasta el lugar donde se levantaban las primeras rocas de una escarpada pared perdida en el interior de la floresta, como el lomo de una bestia ancestral que hubiese sido momificada mil años atrás por el lodo de las ciénagas.

Armin escuchó los golpes del martillo, y se acercó a la boca de aquella caverna, que desde tiempos inmemoriales había servido de hogar a los sagrados orfebres y herreros de Wulfmunda. Penetró en el antro en el que dormían milenarias tinieblas, y vio el resplandor de aquel fuego que según la leyenda jamás se apagaba, fuera invierno o verano, año tras año, y posiblemente era el mismo que lo había iluminado tiempo atrás, cuando era niño. El resplandor bermejo reverberaba en las ahumadas, ennegrecidas paredes. Recorrió el pasadizo y se encontró con la escena que tanto le fascinaba.

Tres herreros, con el torso cubierto por parachispas de curtida piel de becerro, apresaban con sus tenazas un gran crisol. El hierro líquido manó loco de furia en los moldes de las barras que varios muchachos sudorosos se encargaban de introducir en los barreños cargados de nieve, hielo y agua, de donde surgían fantasmales vapores y sibilantes imprecaciones que sólo el hierro fundido es capaz de pronunciar. Otros golpeaban rítmicamente hojas de espadas sobre una enorme bigornia. Allí, bañado por el resplandor, estaba Gristmund, el herrero ciego, más viejo que en sus recuerdos de la niñez, pero en apariencia inalterable. Su mirada azul, vacía, sus párpados abiertos, sus facciones recias y los tensos tendones que circundaban su cuello por detrás de la barba, todo en él ofrecía la apariencia misma de un semidiós creador, salido de los cuentos de los sacerdotes de Wuotanc. Cerunno, el druida fugitivo, miraba los ojos de Armin esbozando una extraña sonrisa.

El líder se aproximó a los parcos saludos de los herreros, respondiendo a las miradas vivaces de los muchachos con una sonrisa de complicidad. Entró en el resplandor de las llamas y se sentó frente a Cerunno.

Gristmund alzó su cuerno y dio un largo trago de cerveza.

—He visitado a Thusnelda —anunció el santón.

Armin lo miró, interesado.

—No está enferma —añadió el anciano.

Los martillos resonaron de nuevo. Armin se preguntó si eso era todo, pero ya estaba acostumbrado a los extraños hábitos comunicativos del sacerdote.

—No está enferma —repitió Armin—. Eso está bien. Brindaré por Thor para darle las gracias.

—Brindarás por Thor —añadió la temblorosa voz de Gristmund, como si fuese a seguir hablando.

—Brindarás por Thor cuando sepas que tu mujer será madre en verano —finalizó Cerunno, y sólo entonces sonrió. Fue algo tan extraño para Armin, que no pudo interpretar aquel gesto en el terrible, severo anciano. Era posible que fuese la tercera vez en su vida que lo veía sonreír de aquel modo tan franco. Sólo en aquel momento se acordó de lo que había dicho.

Entonces se sintió nervioso y toda la calma con la que había reaccionado lo abandonó y un intenso calor hormigueó por sus entrañas y le subió a la cabeza. Los graves herreros, sin abandonar su trabajo, lo miraron e intercambiaron mudas sonrisas. Era su forma de darle la enhorabuena.

Armin devolvió los saludos y vio entonces la alegría en el rostro de uno de los muchachos, que se había detenido y lo iluminaba con una sonrisa amplia y sincera en la que aparecía su dentadura mellada. Fue entonces cuando Armin se rió de sí mismo, extendió el brazo, robó el pesado cuerno a Gristmund y se lo llevó a los labios. Bebió del cuerno sagrado del herrero de Wulfmunda hasta saciarse, y sólo cuando la cerveza goteaba por sus barbas ralas se lo retiró y volvió a reír a carcajadas en medio de un arrebatado de euforia. Se inclinó respetuosamente y volvió a poner el cuerno en la mano del ciego, que entonces lo alzó sin sopesarlo y se lo llevó a la boca para encontrarse que estaba vacío, lo que volvió a arrancar una espantosa risa de Armin y de algunos aprendices; sin embargo, se sintieron inmediatamente intimidados por una mirada de Cerunno, el cual, a pesar de sonreír, se apresuró a colmar de nuevo el cuerno de su vetusto amigo.

Gristmund también reía, y todos creyeron que hacía cien años que no escuchaban la risa del herrero. Éste entregó a Armin un fino torque de oro del que pendía una curiosa pieza ornamental como una cabeza de lobo, y un brazalete, también de oro. El torque mostraba el tatuaje de detalladas filigranas, complicadas trenzas, incrustaciones de ámbar; el brazalete era más robusto y se enroscaba como una serpiente en cuyos ojos ardían dos brasas rojas.

—El brazalete es para Armin, y el torque, para Thusnelda —dijo Gristmund.

LA PROMESA DE UN PADRE



Llegó la primavera del año 15 d. C.; las legiones empezaron a movilizarse. Germánico se había retirado a última hora a finales del período estival de campañas del año anterior, después de una operación de castigo en las inmediaciones de la orilla derecha del Rhenus, y había mantenido la disciplina de combate durante el invierno. La nieve se replegaba a los altos de las colinas, las nieblas cedían día tras día, y las aguas perezosas del Rhenus se volvían turbulentas bajo los jirones volátiles en los que flotaban las naves de guerra.

Una mañana Germánico vio cómo algunas birremes se deslizaban corriente abajo. Un vaho exhalado por frondosas tinieblas nocturnas flotaba sobre el río. El valle alrededor se sumía en la niebla. Comenzaba a arder el disco bronceo de un frío sol germano. La mirada del comandante se detuvo en las siluetas de los bosques, y se preguntó cuántos barcos podrían construirse en Germania: flotas enteras, docenas, cientos de trirremes, y entonces cruzó por su mente la idea de desembarcar cuatro, siete, diez legiones en el lejano norte, y coordinar su ataque desde el Rhenus, para así aplastar de una vez por todas el corazón de Germania. Siempre que trazaba un plan tropezaba con aquella dificultad táctica ineludible: los germanos siempre podían huir hacia el norte, siempre les esperaban pueblos germanos, siempre había agua y caza en abundancia, jamás podía arrinconarlos y someterlos de una vez por todas. Ese mandoble podría ser el ataque conjunto, pero especialmente la creación de una Gran Flota. Necesitaba a Claudio, la suspicacia, la historia, la sabiduría, el cálculo de Claudio: no confiaba en nadie más que en su hermano cuando se trataba de esa clase de informes. Pero estaba lejos y el correo, además, intervenido por Livia. Ya armado con la coraza de plata de su padre, descendió con ánimo encendido los peldaños y recorrió el largo pasillo marmóreo del palacio de Colonia, todavía iluminado por el resplandor vacilante de las antorchas.

Entró en su despacho y saludó a Casio Querea.

—Es el día —dijo Germánico—. Nos marchamos. ¿Han llegado los mensajeros?

—Aulus Cæcina respondió. Todo está listo —Casio le entregó la nota, escrita en griego, por las manos del segundo general.

—¿Y tu plan secreto? —al formular aquella pregunta Germánico miró por primera vez a los ojos a Casio, tratando de vislumbrar alguna inseguridad, un atisbo de miedo.

—Nada podrá detenerlo, salvo el infortunio o la muerte.

—¡Marte está con nosotros, Casio!

Aquella misma mañana las legiones se pusieron en marcha desde Colonia y tomaron el puente de Moguntiacum en la niebla, donde se unieron a sus fuerzas dos

legiones más. Cuando los vapores empezaban a despejarse, desde los altos de las colinas podía verse la gran columna. Germánico se reunía constantemente con sus mandos, galopaba arriba y abajo y controlaba el más mínimo detalle.

Pusieron rumbo al territorio del monte Taunus, dispuestos a introducirse como una garra en el oeste, a la espera de que las legiones de Vetera iniciasen la ambiciosa incursión contra Arminius. No mucho tiempo después, las tropas de Germánico comenzaban a devastar aquellos territorios que rodeaban en el oeste las gigantescas florestas de Hercynia. Las aldeas ardían y los catos huían al norte. A su paso, Germánico volvió a fundar campamentos donde los mapas mostraban la existencia anterior de castros romanos, tratando de recobrar la ruta que conducía hasta Mattium. Aunque lo intentaron, las provocaciones no sedujeron a los catos a una confrontación masiva, y la mayor parte huyó, como en los tiempos de las invasiones de Drusus, hacia los grandes bosques de Hercynia. No obstante, quienes fueron capturados sufrieron las represalias, y Germánico envió centenares de esclavos hacia Moguntiacum. Después aprovechó la bonanza de la estación primaveral e invadió con sus tropas la ruta del río Siga, donde, en compañía de Segest y un contingente de tropas mixtas que acampaba en la desembocadura, se adentró hasta las ruinas de Mattium.

Pues sólo encontraron despojos, y los germanos que habían usado algunas de sus construcciones de piedra para improvisar una aldea ya habían huido. Encontraron un lugar extraño barrido por la barbarie de sus enemigos.

Segest trotó sobre su caballo blanco. Solicitó permiso para hablar con Germánico. El noble anciano apareció con sus mejores vestimentas, la capa de pieles de zorro sobre los hombros, la pesada cadena de oro, la mirada servil y a la vez astuta, atenta al más mínimo gesto del general.

—¿Querías hablar conmigo, germano? —preguntó Germánico, clavando una mirada desconfiada en el anciano.

Segest, sintiéndose viejo y sabio, decidió omitir la invectiva.

—Germánico, hijo de Drusus. En ese mismo lugar en el que ahora sólo hay ruinas yo advertí a Varus de la traición que Arminius planeaba contra Roma. Yo me incliné ante su *lectus*, en el que bebía vino puro, y le supliqué que no abandonase Mattium por esa ruta. Allí, en el oeste, no muy lejos, en los montes Osnengi, en el Bosque de los Teutones, Varus sucumbió.

—No me cuentas nada nuevo —murmuró Germánico, aparentando suma indiferencia—. Tengo mucho que hacer, Segestus.

—Los romanos rara vez tienen tiempo para escuchar las palabras de un viejo como yo... pero en ciertas ocasiones les habría resultado muy útil prestar atención —espetó el anciano.

—Pues habla —replicó el general, paciente.

Los ojos de Segest se abrieron de pronto, como si fuese a pronunciar una horrible maldición. Extendió el brazo y señaló hacia el norte.

—¡Allí! —rugió contenidamente—. ¡Allí esta Arminius! ¿Quién le cortará la cabeza de una vez por todas?

Germánico se volvió hacia el norte y detuvo sus ojos en las nubes tormentosas.

—No es hora de discursos, Segestus. Ya sé qué es lo que tengo que hacer, no es necesario que vengas a recordármelo. Sólo el haber advertido a Varus de su error y el no haberte escuchado te otorga el privilegio de hablarme de ese modo, pero no abuses de mi paciencia —concluyó Germánico—. Ahora vuelve con tu gente, y cuando verdaderamente tengas algo nuevo que contarme, pide audiencia. Tengo trabajo.

Germánico se volvió y tiró de las riendas de su caballo. Casio Querea cruzó una mirada de inteligencia con Segest. Ambos estaban de acuerdo. El plan estaba trazado. Los pormenores habían sido decididos. Flavus, el hermano de Arminius, el que en otro tiempo se había llamado Segifer, estaba con ellos. Ya no cabía ninguna duda. Mientras Germánico se alejaba en busca de Mattium, donde esperaba que los augures oficiasen dignos rituales por los romanos muertos, Casio se aproximó a Segest, y éste lo interrogó con la mirada.

—Ya sabes a qué había venido... —insinuó el anciano—. ¿Le hablaste de mis condiciones?

—Lo hice, pero Germánico no quiere pactar si antes no se ha conseguido nada —respondió Casio.

—Lo que yo le he ofrecido vale mucho. La quiero a ella... debe estar en mi poder.

—No insistas, Segestus, no estás en posición de exigir. Será lo que tiene que ser, y entonces tendrás que aceptar el trato que Germánico te ofrezca.

Segest masculló algo en la lengua germana, y entornó los ojos volviéndose hacia la pradera, mirando cómo la figura de Germánico trotaba hacia las puertas descabezadas de Mattium.

Aulus Cæcina había partido desde Vetera al mismo tiempo que Germánico abandonaba Moguntiacum. Movilizándose el mismo día y a la misma hora, el general se puso al frente de otras cuatro legiones en busca del corazón de Germania: había aceptado sin discutir el plan de Germánico, por descabellado que pareciese. Tenía que ir al encuentro de Arminius: rodear los bosques de Teutoburgo y sus colinas por el oeste e invadir el país de las colinas verdes. Allí aparecieron los amsívaros y los angrívaros, guerreros de las estepas, cubiertos con máscaras de cieno verde y azul, de tal modo que entre sus gritos los romanos no podían distinguir con claridad a los hombres de las mujeres entre los atacantes. Sus Amazonas se habían hecho famosas, especialmente desde los tiempos en que Tiberio desembarcó en las playas de los frisios, para adentrarse en las colinas y encontrarse con un desierto verde poblado por nómadas y grandes manadas de caballos de altísima cruz. Cuando emprendían un galope aquellos guerreros eran inalcanzables, y en sus ataques esporádicos rara vez conseguían acertar y herirlos, salvo si disparaban una lluvia de flechas o docenas de *pilla* a una vez. De sus grupas colgaban cráneos disecados y sólo sus jefes vestían capas de piel, sus torsos aparecían recubiertos de una grasa azul o verdinegra que olía peor que la muerte.

El general siguió la ruta del Lupia hasta Aliso, que se había convertido en un montón de piedras recubiertas por el salvaje verdor, y donde las ruinas de sus empalizadas de estacas apenas destacaban en medio de los montículos. Allí se empeñó en devolver al emplazamiento estratégico el valor que tenía. Trabajaron durante varios días en su restablecimiento y después continuaron marcha entre los bosques hacia el oeste. Rodearon los montes de Osnengi y Teuroburgo. Construyeron un puente y atravesaron las aguas del Visurgis. No fue mucho más allá donde Arminius los esperaba.

El querusco había elegido un espacio abierto. El sol estaba alto. Enfrente las cohortes se detuvieron y el general romano montó junto a los estandartes, y dejó que las legiones dibujasen un largo perfil por encima de la larga estribación, después de sortear algunos fangales que orillaban el descenso de los arroyos.

El sol empezaba a descender y también se ponía de parte de los romanos, cegando a los queruscos en sus posiciones. Así fue cómo aparecieron los primeros grupos de caballos, hasta que pudieron contar por centenares los hombres de las hordas de Arminius. Las estribaciones irregulares y más bajas que bordeaban el perezoso cauce tras unas arboledas frondosas fueron cubiertas en sus posiciones más altas por una erizada y vociferante marea de jinetes. Aulus miró al frente, hacia su enemigo. Quiso distinguir el batallón de los líderes queruscos, pero sólo se encontró con una confusa

masa de colores oscuros, capas, lanzas, bestias de carga, cuero y acero, sólo percibió la desordenada algarabía de una barbarie que pronto desataría su bestial fuerza contra los invasores.

No pasó mucho tiempo y los contingentes aumentaron en número y audacia. Mientras que el general romano preparaba algunas catapultas, con objeto de intimidar a sus enemigos, y dado que desde aquellos cerros podrían alcanzar posiciones muy ventajosas en el húmedo valle, los druidas descendieron hasta los bosques que crecían en medio del valle y encendieron hogueras de las que brotaba un humo negro. Las hogueras se multiplicaron, y los romanos se dieron cuenta de que, si bien el sol cegaba a su favor el campo de batalla, el viento soplaba del este y traía el hedor pestilente de aquellas fumatas en las que se quemaba podredumbre, carroña y otros despojos animales. La nefaria brisa reptaba hacia las lomas, ascendía por las laderas y esparcía las espesas columnas de humo en una urdimbre caliginosa a lo largo de muchas yardas, apestando el frente romano.

Aquella confrontación no fue la primera que Armin llevó adelante. No quiso en momento alguno comprometerse en una lucha engegueda, y dejó que sus jefes se movilizasen sólo cuando podían causar bajas sin correr riesgos. Y así en medio de constantes desplazamientos y ataques, la guerra se convirtió en un juego organizado que el general romano sufría. Las emboscadas se repetían. Las legiones chocaban en su aparatosa y pesada movilidad con la veloz fragmentación de su enemigo y su conocimiento del medio. Perdieron varias cohortes al adentrarse en terrenos cenagosos, y cada día se contaban por docenas los romanos que caían, mas Arminius nunca entraba en combate allí donde las legiones eran superiores en formación. El querusco era consciente de la desorientación de su enemigo, al moverse de manera indeterminada hacia las ciénagas que jalonaban los valles del Melibocus. Era evidente que el verdadero objetivo del general romano era cortarle la cabeza, y eso llegó a resultarle divertido, en la medida en que parecía imposible que lo capturasen. Cada vez fueron más los queruscos que se unieron al héroe de Teutoburgo. Los días pasaron sin que Cæcina pudiese llevar a cabo un ataque definitivo contra aquel enorme círculo de enemigos que lo acosaba desde todas direcciones. Fue entonces cuando Arminius dejó que Vitórix liderase una gran horda y él mismo, blandiendo la larga espada, rodeó varias colinas y atravesó un bosque. Vitórix emergió en medio de su locura, fingiendo ser Vercingetórix, y galopó contra los legionarios rodeado por muchos jinetes queruscos, que gritaban «*Hi, Armin!*». El ímpetu que el galo puso en el empeño, ataviado con pieles de lobo y la cara recubierta de almagre, convenció sin lugar a dudas a los romanos, que dieron al aviso de que Arminius estaba atacándolos por aquel flanco. Tras causar la alarma, el verdadero Arminius surgió de los bosques envuelto en una horda de salvajes queruscos y delirantes angrívaros, que protagonizaron el ataque más violento de aquella confrontación. El querusco galopó

hacia ellos, descargó un mandoble y la cabeza de un centurión rodó cercenada por el aire. Escucharon los rugidos de los hombres-lobo y cundió el pánico. Cuando el general romano se dio cuenta de la argucia ya era tarde. Habían perdido varias máquinas de guerra, que no tardó el querusco en incendiar, así como más de doscientos legionarios que, una vez aislados por las hordas, fueron masacrados uno a uno.

Por un momento Aulus creyó ver la silueta del líder germano en lo alto de un montículo, que le saludaba agitando la espada. Tenía las greñas encrespadas, sin trenzas, el rostro pintado de negro. El demonio de Germania lo desafiaba abiertamente. El general entornó los ojos y ordenó un ataque masivo.

Las hordas de Arminius retrocedieron a tiempo y burlaron las turmas de caballería. Pero mientras todo aquello sucedía, Germánico había ordenado ir hacia el norte a una parte de sus legiones estacionadas en Mattium, dispuesto a llevar a cabo el extraño plan ideado por Casio Querea, y tantas veces soñado por Segest.

La niebla reptaba a sus espaldas, trepando por las colinas. Las pieles con las que Casio Querea y otros romanos decidieron vestirse a la manera de los germanos estaban empapadas. Habían abandonado las legiones que dirigía Germánico y ahora trotaban furtivamente hacia el noroeste; el paisaje estaba raso de árboles, la hierba era alta, unos túmulos funerarios se elevaban alrededor, como si se adentrasen en un valle de reyes olvidados. El guía los condujo al campamento que habían habilitado por orden de Segest para prestar apoyo a la secreta y temeraria misión.

Flavus, el León Rojo, el hermano de Arminius, hijo primogénito y heredero de Segimer *Cabeza-de-Lobo*, que acompañaba a Casio convertido en la pieza fundamental del plan, aguardaba vestido como un germano y todos podían afirmar que se había despojado del uniforme romano a desgana, tal era el desprecio que había llegado a sentir por su pueblo. Varios de sus hombres de confianza accedieron a acompañarlo. El arriesgado plan no podía dejarse en manos de Flavus, pues odiaba a Arminius y lo que pretendían podía volverse en su contra si el hermano perdía los estribos en el momento decisivo.

El propio Segest no estuvo presente, y Flavus exigió que el hijo de éste, el hosco y manco Segmund *Brazo-de-Hierro*, no participase en la misión, por considerar que podría hacerla fracasar. Era un germano iracundo, consumido por el odio hacia Arminius, quien precisamente le había cortado la mano años atrás.

Así partieron no más de una veintena de hombres ágiles a la grupa de excelentes caballos. Cada uno tiraba de otra montura de refresco, porque el retorno hacia el Rhenus debería hacerse sin pausas. Las nieblas se apartaron en el oeste, sobre el Taunus, y remontaron el curso del Siga hasta que en un punto impreciso y marcado por grandes árboles su guía se precipitó en la espesura de los bosques. Aquello duró dos días sigilosos, en los que era necesario apartarse de las rutas favoritas de los germanos, evitando la cercanía de sus asentamientos. Eso los obligaba a improvisar rutas desconocidas. Se adentraron en el territorio de los sugámbríos y continuaron viaje hacia el norte. Las noches que les separaban del objetivo fueron largas y no encendieron fuego alguno.

Atravesaron nuevas espesuras en las rutas occidentales de Mattium. Las praderas les abrieron paso hasta las fuentes del Amisia. No estaban demasiado lejos del escenario en el que fueron masacradas las legiones de Teutoburgo. El paisaje desplegaba colinas y hondonadas solitarias, espesuras frondosas. Todo era solitario. Ocasionalmente escuchaban el sonido de las cuernas germanas. Se trataba de partidas de cazadores, pero en ese momento eran capaces de ocultarse, detenerse a la espera de una nueva llamada, y huir en otra dirección en caso de que el sonido se

aproximase.

Hablaban poco y miraban el rostro de Flavus. Aquel querusco, el mismísimo hermano de Arminius, los guiaba hacia las puertas de lo que había sido su hogar años atrás. Parecía reconocer los olores que flotaban entre los árboles, los senderos solitarios que serpenteaban a la sombra de adustas colinas verdes, y parecía guiar con maestría la comitiva.

Una mañana se detuvieron en las laderas de una montaña.

La gelidez de aquel viento cortaba sus rostros y las nubes se habían vuelto densas y negruzcas. Se retorcían unas sobre otras, como cabezas deformes que entrechocasen antes de fundirse y rugir.

—La tierra de mis antepasados —dijo Flavus solemnemente. Miraba de un modo extraño con el rostro vuelto al cielo.

Casio no añadió nada, y temió por un grano de arena que aquel germano abandonase su fidelidad a Roma y los delatase soplando una cuerna o desertando a galope tendido. Casio trató de sopesar el influjo que aquel paisaje podría ejercer en el alma del querusco. De todos modos, sabía desde el principio cuáles eran los riesgos de aquella misión, y ése era uno de ellos. Sus romanos disfrazados cruzaban miradas huidizas, como si quisiesen estar en otro lugar; otros le clavaban sus ojos, impasibles. Escogidos entre los más valientes supervivientes de Teutoburgo, algunos le habían jurado muchas veces que lo acompañarían para vengarse de Arminius. Tenían el respaldo de Germánico para intentarlo, y a Casio no le importaba poner su propia vida en juego.

—¿Tardaremos mucho en llegar? —inquirió, procurando parecer más sereno de lo que estaba.

—Por el camino por el que iremos aún nos costará esfuerzo —respondió Flavus sin mirarlo. Su perfil hosco se recortaba contra aquellas nubes inhóspitas. Casio creyó advertir en él mayor arrogancia a medida que se adentraba en su territorio y se sabía tan importante para la misión.

—Mírame a los ojos cuando te hable, germano —le ordenó Casio. Entonces Flavus se volvió hacia él y se observaron con ojos de acero—. No olvides que este también es un ejército de Roma.

—Iremos por las ciénagas, y ese sendero es muy peligroso, requiere paciencia —respondió Flavus sin parpadear. Casio recordó la trampa de Arminius, cómo había llevado a Varus hacia las proximidades de los pantanos, y sabía que los queruscos vivían en colinas custodiadas en el oeste por cambiantes ciénagas que sólo se congelaban en invierno.

—De acuerdo —respondió Casio, desconfiado, mas consciente de que no había otra alternativa sino seguir al guía.

—Si intentásemos llegar por las colinas nos descubrirían, de eso puedes estar

seguro. Por muy lejos que mi hermano esté ahora, festejando con otros jefes o afianzando sus alianzas, alguien nos encontraría y daría la alarma. No podríamos escapar de los clanes vecinos si alguien nos descubriese. Cientos de queruscos se nos echarían encima. Se convertiría en una cacería, pero en ese caso nosotros seríamos las presas —arguyó el rubio.

—De acuerdo, seguiremos el camino de las ciénagas —concluyó Casio.

—En las ciénagas no hay camino; el camino debe ser descubierto paso a paso —añadió el germano—. Las aguas y el barro cambian de lugar, el lodo va de un lado a otro según el año, las lluvias... Una tormenta podría arruinar nuestro plan. Si las ciénagas se inundan Será casi imposible llegar a Wulfmunda sin ser descubiertos. —Flavus descabalgó, se agachó y pasó las yemas de sus dedos por el lodo que encharcaba la huella impresa por el paso de su caballo—. ¿Ves esto? Ya está húmedo. Son esas nubes las que deben preocuparte, no mi fidelidad.

—Has sacrificado lo que eras, un bárbaro, a cambio de lo que podrías llegar a ser, un romano: no olvides eso ahora —Casio hizo una señal con su brazo y la fila se puso en marcha. Flavus volvió el rostro al cielo.

No mucho tiempo después descendían una escabrosa ladera. El suelo de un espeso bosque se volvía más blando. Las raíces de los fresnos centenarios estrangulaban la tierra como dragones sedientos. Desuñados dedos de gigantes muertos, semienterrados en el lodo ancestral les cortaban el paso, troncos recubiertos de musgo, excrecencias que colgaban de las ramas.

—Eso se llama «barba de bruja» —reveló Flavus, acariciando una de aquellas plantas colgantes—. Y esa seta de ahí —señaló las que crecían de los troncos caídos, anchas y de color castaño— es «oreja de Loki».

Desmontó y desde aquel momento tiraron de las monturas sin volver a trotar. A menudo tenían que volver sobre sus pasos. El germano se inclinaba y arrancaba hierbas, removía los bancos de hojas secas, recogía cieno y lo olía. La marcha se hizo muy lenta y la humedad descendió sobre ellos como un manto mojado que las estrellas echan sobre la espalda de un viajero fatigado. Las sombras crecieron y por fin decidieron detenerse ante la proximidad de la noche, en un calvero rodeado de viejos árboles, donde el barro parecía más firme.

Los caballos parecían muy inquietos, y los hombres no cruzaban demasiadas palabras.

—No encenderemos fuego alguno aunque caiga una helada —advirtió Casio.

Poco después se escuchó el aullido de un lobo. Brotó muy cerca, como un lamento inconsolable. Entre las ramas vieron cómo las nubes se apresuraban raudas, recortándose contra un resplandor lunar que erraba en las tinieblas. Una manada entera rompió a aullar todo alrededor. Casio se levantó cuando los caballos empezaban a relinchar de pánico. Tuvieron que organizar dos guardias. Las flechas

no servían de nada en medio de aquella lobreguez, y era evidente que tarde o temprano los lobos, más temerarios que de costumbre, se aventurarían contra ellos.

—Hagamos un círculo alrededor de los caballos —propuso Flavus.

Casio accedió y se dispusieron en torno a sus casi cuarenta caballos. Tuvo que ser un círculo bastante amplio, para evitar que los cuadrúpedos se apretasen unos contra otros y se excitasen más de lo que estaban. Los ataron bien a los troncos de los fresnos. Los más briosos se encabritaban y trataban de emprender la estampida.

Fue una noche terrible. Ninguno logró dormir. Los lobos no los atacaron, pero cerca del alba los vieron acercarse peligrosamente, y pudieron comprobar que eran más audaces en los pantanos que en los bosques, quizá conscientes, como buenos cazadores territoriales, de que allí la huida de sus presas era poco segura. Algunos eran lobos negros, sombras que se deslizaban entre la maleza, otros eran grises, pero todos les parecieron extraordinariamente grandes y feroces. Aun así, preferían que fuesen los lobos los que seguían su rastro a ser descubiertos por los queruscos.

—¿Los aullidos no nos delatarán? —preguntó un romano a Flavus.

—No —respondió aquél—. Los queruscos respetan las cacerías de lobos, y es habitual escucharlos en los pantanos y en las colinas, noche tras noche. Los queruscos piensan que las manadas de lobos los protegen, que son sus guardianes frente a los espíritus malignos.

—Segestus me dijo que los de tu tierra veneran al lobo negro —añadió Casio.

—Se llama Wulfmund —respondió el germano misteriosamente, y sus ojos se abrieron más de lo habitual, como si un miedo oculto en él desde la niñez viniese de nuevo para dominarlo— y no es un lobo, sino un *hombre-lobo*. El fundador de nuestros clanes se convirtió en un lobo que muda de piel cada muchos inviernos, y los que encuentran su piel son llamados a ser jefes, según nuestros sacerdotes.

—El lobo negro y la yegua blanca —se burló Casio con desdén.

—Mientras estemos en sus tierras, yo no insultaría a Wulfmund —añadió Flavus, incómodo—. No sólo nos conviene que mi hermano no se entere de que hemos venido, también tenemos que pasar desapercibidos ante Wulfmund, el gran espíritu. Si los queruscos nos encuentran nos decapitarán y arrojarán las cabezas a las ciénagas. A veces Wulfmund se entera de lo que pasa, y visita a un jefe en medio de la noche, o entra en sus sueños...

—No nos encontrarán —aseveró Casio con gran convicción—. Arminius está muy ocupado en su guerra. Lo que estamos haciendo es inconcebible, se sienten demasiado seguros de sí mismos. No escapé del desastre de Teutoburgo para morir delatado por un perro sarnoso y consentido que roe los huesos de su amo cuando le viene en gana. ¡Vamos!

Flavus se alejó y comenzó a rastrear alrededor, y la marcha volvió a ser tan ardua como el día anterior. Pensaban que aquello duraría otro día entero, cuando el rostro

del germano se iluminó al atravesar un laberinto cenagoso cubierto por la trama deshojada de sauces y fresnos.

—Hemos llegado —dijo.

—¿Ya? —preguntó Casio, sorprendido.

—Estamos al pie de la Colina de Irminur —respondió Flavus—. Recorriéndola podemos entrar en los prados cercados del otro lado, supongo que mi hermano vivirá en la morada del *kuninc*, y lo que buscamos no debe andar muy lejos.

—¿Y cuál es el plan de la huida? —inquirió el romano.

—Recorreremos un trecho de este valle hacia el oeste y seguiremos una ruta diferente, porque lo primero que harán es suponer que iremos hacia el sur, en busca del Rhenus. Trazaremos un rodeo lo más rápido que podamos, y nuestro éxito dependerá de la suerte.

—Entonces este es el punto de encuentro. Será mejor que los caballos de refresco aguarden aquí, es demasiado aparatoso huir de estampida si encontramos resistencia —habló Casio, dirigiéndose a los romanos.

—Procuraremos no dejar demasiados enemigos vivos —añadió Flavus, empuñando su espada. Les sorprendió aquella inquina contra los de su propia aldea natal.

—No perdamos el tiempo, Flavus, ni un grano de arena —insistió Casio—. Atraparemos a esa mujer y nos marcharemos. ¿De acuerdo?

Intercambiaron miradas y asintieron unos a otros.

Después todo sucedió muy rápido. Casio galopaba hacia la incertidumbre, y por momentos le parecía que todos ellos iban a perder la vida. Se dio cuenta de que su vida sólo había estado dominada por la venganza y el odio contra aquel germano al que llamaban Arminius. Entraron al galope en una pradera tras sortear un rodal de alerces. La colina ascendía tan lejos como podía ver. Casio vio cómo la espada de Flavus se alzaba y, al pasar junto a unos bueyes, la descargaba contra un anciano germano que no tuvo tiempo de gritar. La hoja descendió y su cabeza saltó separada del cuerpo en medio de una salpicadura viva. Podía sentir la furia de Flavus como una vibración en el aire. No deseaba alejarse demasiado de él para impedir que echase a perder el plan. La casa del *kuninc*, en lo alto de la colina, apareció ante ellos, rodeada de cercas musgosas.

Por los gestos de Flavus se dio cuenta de que se trataba de la casa de Arminius. Casio vio testas de ciervos y jabalíes que colgaban sobre la tosca puerta. Apenas tuvo tiempo para inspeccionar nada más, cuando Flavus entraba en la casa dando golpes a diestro y siniestro. Salió arrastrando a una mujer de las trenzas.

—¿Es ella?

Flavus la arrastró con furia y la arrojó a los pastos. A Casio le pareció demasiado joven, casi una niña, como para que fuese la mujer que buscaban: Thusnelda, la

esposa de Arminius, era algo más mayor según la descripción de su padre Segest.

—¡No! —gritó Flavus—. ¿¡Thusnelda!? ¿¡Dónde!? —gritó en la lengua germana. La joven, entre el pánico y la sorpresa, respondió algo imperceptible.

—¿Qué ha dicho? —inquirió Casio.

De pronto el puñal de Flavus cortó el aire, se alzó y apuntó la garganta de la joven.

—¡Segifer! —gritó una voz femenina.

Casio comprendió que lo habían reconocido. Ese era el nombre germano de Flavus. El rostro crispado de Flavus ascendió, rojo como la grana, los ojos azules especialmente oscuros y acuosos, la frente congestionada por un gesto de ira y angustia. Otros romanos los alcanzaron y se detuvieron, nerviosos, alrededor de Casio.

La confusión crecía.

Los ojos de Flavus parecían hipnotizados por la aparición de aquella mujer que parecía ejercer sobre él un influjo sobrenatural. A Casio no le cabía duda alguna: se trataba de algún familiar. Sin embargo, Flavus nunca les había hablado del resto de la familia, pero sospechó que Segimer *Cabeza-de-Lobo* también había sido padre de algunas hijas.

—Segifer, ¿qué haces? —inquirió aquella mujer con increíble fuerza—. ¿Vas a matar a tu sobrina? ¿A mi hija? ¿Vas a manchar tus manos con la sangre de Ingwir? ¡Soy tu hermana, Krimilda!

Flavus apuntó con la punta del puñal a los ojos de la muchacha, que estaba a punto de gritar. De pronto se volvió con furia y arrojó a la muchacha sobre la hierba. El germano caminó rápidamente hacia su hermana y se detuvo ante ella.

—Quiero que le digas a mi hermano que estuve aquí, que profané su casa, que oriné en su lecho y que golpeé a su sobrina... ¡quiero que lo hagas! —gritó, como enajenado. Su hermana corrió a socorrer a su hija, envolviéndola con sus brazos, sin apartar la mirada de su hermano.

En ese momento Casio se arrojó del caballo, apartó a Flavus de un empujón y cubrió la boca de Krimilda con su mano izquierda, lo que le costó un mordisco de furia. No tuvo más remedio que golpearla para que lo soltase. Flavus colocó de nuevo el cuchillo sobre el cuello de su sobrina. La muchacha dijo algo en tono suplicante y ya era demasiado tarde para que hiciese nada más: el germano había deslizado rápidamente el filo por la garganta, de la que manó profusa sangre.

Krimilda gritó horrorizada, mientras el cuerpo de su hija perdía tensión y se derrumbaba sobre ella, en medio de un torrente de sangre.

—¡Eso no era necesario...! —susurró Casio, jadeante, y sintió deseos de golpear la cabeza de Flavus, tan despreciable le parecía lo que había hecho. Aquel hombre estaba fuera de control.

Casio se dirigió a Krimilda y la golpeó con fuerza con el puño de su gladio. La germana se derrumbó sin sentido.

Flavus montó a caballo.

—¿Quieres a Thusnelda? ¡Sé dónde está! —gritó.

—¡Espera! —exigió Casio, temiendo que la locura y el odio de Flavus los arrastrase a todos a la muerte.

—Está lavando con otras mujeres, y en esta aldea te puedo asegurar que hoy no hay más que niños y ancianos... ¡ahora o nunca! —y diciendo aquello Flavus pateó el vientre de su caballo y saltó hacia delante, colina abajo, en otra dirección diferente. Los dos romanos que los seguían miraron contrariados a Casio. Otro legionario había entrado en la morada de Arminius en busca de oro. Al salir Casio lo golpeó de lleno en la cara con el puño, dejándolo inconsciente, y ordenó a los demás que siguiesen a Flavus.

—Si alguien vuelve a desobedecerme lo degüello, ¿entendido?

Siempre le había sorprendido cómo ciertos hombres de baja extracción estimaban más el oro que su propia vida, incluso en circunstancias en las que podían perderla fácilmente.

Alcanzaron el galope tendido pendiente abajo, y por momentos Casio creyó que su montura trastabillaría y se vendrían abajo en una caída mortal. Alcanzaron unos establos, vieron que el caballo de Flavus aumentaba la velocidad y saltaba una cerca bastante alta; después retrocedía hacia una pradera y entraron en la sombra de unos tejos. Un grupo de niños los miraba, sorprendidos, y emprendía la huida. Varios hombres habían salido de sus casas armados con hachas bipenne y corrían hacia el vado. Casio veía cómo la situación se le iba de las manos. El aire estaba frío, pero allí, bajo las copas de los tejos, varias mujeres los miraban como si presenciasen la aparición de la muerte. Después de un parpadeo emprendieron la huida todas a una, y empezaron a gritar.

Los galopes entraron en el vado. Flavus descargó un mandoble en el costado de una de ellas, derribándola. Después se arrojó del caballo y corrió tras una joven que llevaba una trenza rubia muy larga. Otras mujeres trataron de socorrerla. Flavus las golpeó con el codo, dejando inconsciente a una de ellas. Casio corrió para evitar que Flavus la matase, pero la joven rubia, una mujer muy alta y recia, había sacado una daga y en lugar de huir se volvió por sorpresa y consiguió herir a Flavus en el hombro. Éste gritó con más furia que dolor, apresó a la mujer por el cuello y la sumergió en las gélidas aguas del río. Con la otra mano inmovilizó su brazo armado. Iba a ahogarla, y por el empeño de ciertas ancianas en protegerla Casio se dio cuenta de que era la mujer que buscaban, Thusnelda, la esposa de Arminius.

Casio golpeó a Flavus con todas sus fuerzas. La mujer emergió de la corriente tosiendo, debatiéndose por sobrevivir. Estaba débil, de modo que un compañero pudo

maniatarla fácilmente. Flavus retrocedió y blandió su espada y miró a Casio a los ojos. Mientras sus dos compañeros lograban apresar a Thusnelda, Flavus, rabioso, se volvió y dio muerte a cinco o seis mujeres. Casio estuvo tentado de clavar el gladio en su espalda, pero decidió conservar la sangre fría. Un enorme germano armado con un hacha se lanzó contra uno de los caballos, lo hirió y su jinete cayó aparatosamente: vieron cómo el germano descargaba su arma sobre su cabeza. Otros hombres de más edad llegaron al vado.

—¡Vamos, vamos! ¡A los caballos! —gritaba Casio.

Flavus se arrojó hacia el germano del hacha, evitó ágilmente una embestida y consiguió herirlo mortalmente.

—¡Brumber! ¡Maldito cerdo! —gritó Flavus, las greñas aureorrojizas colgando sobre su rostro crispado.

—¡Tú...! —exclamó Brumber.

—¡Yo! —y con esa palabra la espada de Flavus descendió y atravesó el cuello de Brumber. Sus ojos todavía parecían conscientes, cuando de su boca manó a borbotones la sangre, que chorreó por la espesa barba con un espasmo. Un instante después había muerto.

Al iniciar el trote por la pradera vinieron a su encuentro los ancianos armados, pero sin excepción encontraron la muerte aplastados por los furiosos caballos o alcanzados por los gladios romanos; los niños les arrojaban piedras, pero de poco les sirvió. Sin embargo, uno de ellos sopló una trompa germana. Era hora de escapar.

Trotaron al pie de la colina y huyeron del escenario del rapto. Varios romanos siguieron a Flavus en un furioso galope colina arriba. Rodearon las cercas, derribaron unas balas de hierba y entraron en la pradera del *kuninc*. Allí, ante los ojos de su hermana Krimilda, que lloraba abrazada al cadáver exangüe de su hija, Flavus encendió una antorcha y la arrojó al tejado. Pronto las llamas corrieron por los costados de la ancestral casa, pero para entonces Flavus ya galopaba como loco colina abajo, haciendo relinchar a su caballo, a tal velocidad que cuando sus compañeros lo vieron regresar creyeron que se desnucaría entre los árboles. Pero el experto domador de caballos hizo frenar bruscamente a su montura, inclinándose con todo el peso de su cuerpo hacia la derecha y después descabalgando en movimiento. El animal trotó nervioso entre las malezas, abriéndose paso a duras penas entre ramas y piedras.

A Casio le costaba sujetar a la germana entre sus piernas, a pesar de que estaba atada de pies y manos, pues se debatía enfurecida, y además tenía que mantener el paso del caballo. Por fin llegaron al punto de encuentro del que había partido la invasión de Wulfmunda. Se escuchaban las llamadas de otras trompas. El romano arrojó a Thusnelda del caballo y se encontró con sus coléricos ojos verdes; le propinó al bies una fuerte bofetada que pareció debilitar su entereza, pero no su orgullo. Fue

al recogerla de nuevo cuando ella puso instintivamente sus manos en el vientre y Casio se dio cuenta de que estaba embarazada. No sólo había logrado robarle a Arminius su esposa, sino también a su futuro heredero.

Recorrieron el laberinto de las ciénagas, cabalgaron día y noche. Abandonaron los caballos, que Flavus se encargó de degollar para dar pasto a los lobos y evitar que los persiguiesen como una jauría delatora. Las monturas de refresco trotaron como perseguidas por el infierno. Las llamadas de las trompas quedaron atrás y Flavus trató de ocultar su rastro en el barro, siguiendo un rumbo inesperado para sus perseguidores.

—Esta es la Garganta de Grung —declaró Flavus—. Por aquí entra el lodo de muchas colinas en los pantanos del lobo negro. Es un lugar sagrado y maldito.

Cruzaron el difícil paso al caer la tarde: la garganta rocosa se estrangulaba entre árboles, espesos matorrales, helechos y un traicionero barrizal. Suplicaban a los dioses que no cayese una tormenta, porque si eso sucedía Flavus les aseguró que aquel lugar se convertiría rápidamente en un desagüe profundo, y por momentos creyeron que no saldrían de aquella encrucijada, cuando un trueno lejano retumbó en las colinas. Pero lo traspasaron a duras penas. Entonces empezó a llover. Primero con suavidad, hasta que se convirtió en una aguacero. Los truenos tamborileaban y las centellas se multiplicaban. El terreno se volvió resbaladizo pero empezaron a trepar; el paso de la garganta quedó atrás mientras ascendían la rocosa pendiente, por una trocha que sólo las bestias transitaban, y continuaron lentamente a medida que caía la noche.

Thusnelda dejó de gritar sólo después de ser amordazada. Cuando se dio cuenta de que sus arrebatos no servían de nada permaneció fría y triste sobre el caballo. Si no hubiese estado embarazada jamás la habrían sacado con vida de Germania, habría preferido arrojarse del caballo, cortarse el cuello o romperse la cabeza contra una piedra. A Casio le pareció esa clase de esposa fiel, digna de un hombre como Arminius. Pero él sabía que el embarazo la obligaba a reflexionar. Conocía a las mujeres lo suficiente para saber que se volvían mucho más tenaces cuando se sentían responsables de sus hijos, y la docilidad de Thusnelda era, aunque pudiese parecer simple resignación, una refinada y femenina forma de tenacidad. Entonces el marido y la honra de éste pasaban, lo quisiesen o no reconocer de ese modo, a ser secundarios. Casio mismo lo había experimentado junto a su esposa, Atia. Él dejó de ser su centro de atención cuando llegaron los hijos.

Durante el día siguiente atravesaron las ciénagas del oeste, persiguiendo cursos perezosos por tierras verdes, agarrándose a las ramas de los árboles, sacando a los caballos de trances peligrosos. Por fin llegaron hasta la linde de los bosques y el terreno firme, cubierto por un manto de hojas secas, los alivió. Estaban seguros de que sus perseguidores no estaban lejos, pues durante la noche habían oído las

llamadas de unas trompas germanas, sin duda de los rastreadores queruscos, aunque les habían perdido el rastro. Esa era su única oportunidad de escapar.

Atravesaron un vasto territorio cubierto por árboles. Después entraron en los dominios de los brúcteros y Flavus continuó adelante. Y así dos días más duró aquel viaje de regreso hacia el Rhenus.

Las anchas aguas bajo el cielo gris se abrieron en un valle orillado por colinas boscosas; la misión iba a acabar con éxito. Llegaron hasta unos campamentos y cruzaron el río en una de las naves atracadas en el cauce. Allí Casio mostró el salvoconducto de Germánico, y los úbios remaron río arriba, rumbo a Colonia. Las orillas verdes se desplazaron a medida que remontaban la corriente, hasta que la tormenta estalló de nuevo, con un vigor renovado, y la nave zozobró azotada por el viento y las rachas de lluvia.

Thusnelda permanecía fría, con la mirada perdida. A pesar de que Flavus había tratado de hablar con ella, no consiguió arrancarle palabra alguna. Y Casio sabía que entendía su lengua, además de la propia de los germanos. Él mismo se había ocupado de limpiarle los rasguños, y no dejó que ningún hombre la importunase. Sabía que Flavus la habría violado si se lo hubiese consentido, pero todas las brutalidades cometidas durante el asalto a la aldea le habían puesto en alerta. Casio siempre fue contrario a la matanza de mujeres y niños, y en cuanto a los prisioneros, le pareció que eran más útiles como esclavos que dándoles muerte sin honra alguna.

Thusnelda miraba las aguas a su alrededor, las manos atadas bajo su vientre. Parecía muy tranquila a la vez que la mujer más desolada que había visto en toda su vida. Habían bromeado durante su viaje hacia Wulfmunda, pero cuanto se encontraron ante ella no pudieron sino tratarla como lo que era: una mujer noble entre las estirpes bárbaras. Al mirarla, Casio se preguntaba si merecía la pena lo que había hecho. Los hombres sólo eran instrumentos del odio y de la venganza. Venganza sobre venganza, odio sobre odio, de generación en generación, de padres a hijos... ¿cómo acabaría el mundo? Pero Arminius, su esposo, había sido el responsable no sólo de la derrota de Roma, sino también de la muerte de muchas mujeres y niños, que viajaban junto a los soldados el día en que las legiones fueron mortalmente asaltadas en los bosques de Teutoburgo. Los romanos trataban de dominar el mundo, los germanos defendían sus territorios, y una vez iniciada la espiral de violencia, todo era legítimo. Pero veía el perfil de Thusnelda, su silueta bajo las lonas que defendían el habitáculo de la nave del azote de la lluvia, y se daba cuenta de la inutilidad del mundo. Y entonces se preguntó si aún estarían vivos muchos de aquellos niños y mujeres, si serían esclavos de algún jefe. Pero sabía que aunque eso fuese cierto, los mandos romanos no cambiarían a la esposa de Arminius por las esposas e hijos de sus soldados romanos. Thusnelda embarazada era un botín humano demasiado valioso, una coacción de incalculable valor, y, ante todo, un motivo de vergüenza para el líder

querusco, el hombre que había humillado a Roma y deprimido el corazón de Augusto hasta causarle la muerte moral.

Llegaron al embarcadero de Colonia. Las aguas remolineaban cerca de la orilla. La lluvia crepitaba en las maderas del puente. Atravesaron la corriente con un último esfuerzo de los remeros y descendieron a tierra. Germánico los recibiría en persona en el pretorio. Casio procuró que la noticia se mantuviese en secreto hasta que el general decidiese lo que quería hacer.

Introdujeron a Thusnelda en un carruaje enviado por Germánico y allí, sentado con ella, Casio esperó mirándola a los ojos, hasta que el trayecto finalizó. Los truenos estallaban más cerca. La calzada estaba inundada en un tramo. Por fin las ruedas dejaron de chirriar. La germana bajó del carro con gran dignidad, sin mirar jamás a los ojos de romano alguno, y se detuvo ante la escalera. Las mujeres de los altos mandos y las esclavas se asomaban para ver el aspecto de la esposa de Arminius: una mujer vestida con un traje germano de ancho escote, ajado por el viaje, con las trenzas desarregladas, las mangas cortas dejaban ver numerosos brazaletes de oro con incrustaciones de ámbar, sobre su pecho colgaba una hermosa cadena de oro.

Casio se acercó, se quitó la capa y la dejó caer sobre los hombros de Thusnelda, para protegerla de la lluvia. Por primera vez ella lo miró fijamente. Casio retiró las manos lentamente.

Thusnelda miró el edificio del pretorio unos instantes. Después se quitó la capa y la dejó caer en el barro. La pisó al caminar por encima hacia la escalera y no miró atrás.

Germánico los recibió en la sala principal del pretorio. Estaba ya abarrotada por sus mandos, que no dejaban de entrar y cuchichear. Thusnelda se quedó sola en el centro del círculo formado por varias docenas de prefectos, legados y generales.

Germánico se acercó a Casio y lo miró a los ojos por largo tiempo. Se hizo el silencio.

—El hombre más valiente del Imperio —dijo. De pronto soltó una jovial carcajada y le sacudió los hombros cansados—. ¡Casio Querea! ¿Quién si no tú? Te has presentado en la aldea de Arminius y le has robado la novia embarazada...

Entonces la miró a ella y entornó los ojos. Thusnelda continuaba con la cabeza ligeramente inclinada, siempre pensativa, desolada, hierática, las manos unidas bajo el vientre.

—Una gran mujer —añadió Germánico con satisfacción—. Hermosa, resignada, fuerte, y estoy seguro de que si tuviese una espada en sus manos no dudaría en separarme la cabeza del cuerpo.

Algunas risas confirmaron lo que pensaba su auditorio. El semblante de Germánico se endureció y no apartó la mirada del rostro de su cautiva.

—No quiero que esta mujer vaya a los infectos calabozos del pretorio —declaró

—. Al contrario, la esposa de un enemigo como ése debe ser tratada con honor. Quiero que se le asigne una sala y que se guarde vigilancia en turnos de cuatro hombres. Si lograrse huir ordenaré la muerte de los responsables, no la de ella. Porque si escapa ella habrá cumplido con su deber —algunos rieron a sus espaldas— mientras que quienes deben mantenerla presa no habrán cumplido con el suyo. Dos esclavas a su servicio: que no le falte de nada, que le den de comer lo que le gusta y que pueda llevar su embarazo sin problemas. Decidle al galeno que la visite una vez por semana como mínimo, hasta que nos la llevemos a Roma.

Sólo en ese momento los ojos de Thusnelda parpadearon inquietos, como si quisiesen hacer una imperiosa pregunta.

—Has de saber —añadió Germánico, aproximándose a ella— que tu esposo ha venido en tu busca. Arminius cercó las colinas de Segest, tu padre, y lo habría matado si no hubiese sido porque enviamos refuerzos inmediatamente, y porque él no venía suficientemente preparado. Ha venido a buscarte y sus mensajeros han preguntado por ti, y yo le he respondido que sólo te liberaré en el caso de que él mismo se entregue.

Rumores y risas recorrieron la sala.

—Si se entrega a Roma en muestra de arrepentimiento por lo que hizo en Teutoburgo —continuó el comandante—, entonces su mujer y su hijo serán liberados. Eso es lo que he propuesto a Arminius. Pero hasta ahora no he recibido respuesta alguna, y eso también es una respuesta, ¿no crees?

Casio se dio cuenta de que había servido en bandeja la venganza de Germánico; el último romano miró hacia el suelo, extrañamente incómodo ante lo que presenciaba.

Ella alzó el rostro firme y habló por primera y última vez:

—Arminius no se entregará jamás. Yo no lo permitiré. Si accede a ese cambio, sólo me encontrará muerta.

Los rumores la acusaban. «Soberbia» decían unos. «¿Cómo se atreve...?» preguntaban otros.

Germánico se volvió hacia ellos y les respondió:

—¿Que cómo se atreve? Porque posiblemente a ella le sobra lo que a muchos de vosotros os falta.

El comandante la miró de nuevo.

Lo que Thusnelda había dicho paralizó de tal modo a Germánico como si hubiesen privado a un niño de un regalo largamente esperado. El general la miró a los ojos fijamente, comprendiendo la admirable tenacidad de los enemigos a los que se enfrentaba.

—Llévala.

Segest había solicitado a Germánico que le permitiese visitar a su hija. Quería una audiencia personal. En realidad deseaba verla encarcelada, llorosa, abatida. Vencida.

Era su hija renegada. La hija de un noble jefe que había desertado contra la voluntad de un padre honorable para casarse con Armin, un proscrito del ejército de Roma. Había imaginado un futuro diferente para ella. Había querido casarla con un importante mando romano. Pero ella pisoteó la voluntad de su padre. Él había logrado enviar a Armin a cumplir servicio en las legiones, e incluso se suponía que había muerto. Pero volvió. Volvió para vengarse, le robó a su hija, y ella lo abandonó, convirtiendo a su familia en una vergüenza sin par. En venganza, Armin cortó la mano de su hijo Segmund, la mano derecha del hijo de un jefe. Armin era sinónimo de odio y frustración para Segest, y más aún cuando el querusco triunfó en Teutoburgo, convirtiéndose en el gran héroe de Germania. Sintió una extraña satisfacción al saber que su plan de venganza había sido un éxito, por fin una compensación a tantos años de ira, angustia, odio, frustración, envidia...

Cuando entró en la sala, Segest se sorprendió. No sólo no estaba en los calabozos del pretorio, como había imaginado, sino que le permitieron encontrarse con ella en una de las salas del palacio de Germánico, en Colonia. Le dejaron que entrase con su hijo Segmund; ambos fueron registrados y demostraron que iban desarmados. Segest pidió a Segmund con un gesto que se quedase atrás. Él dio unos pasos y se detuvo en el centro de la sala. Siete legionarios de largas capas y cascos empenachados, pertenecientes a la guardia personal de Germánico, los vigilaban dispuestos a su alrededor como esculturas vivientes en el círculo de la sala.

Segest aguardó. El padre esperaba a su hija. Todavía no sabía cuál había sido la decisión de Germánico ante sus peticiones. No había recibido respuesta, y el anciano sabía que aquel romano era irritable y poco influenciado. Prefirió esperar. Él deseaba que se la entregase, que le devolviese la tutela de su hija, pero el comandante se mostraba distante, casi hostil a sus deseos. Germánico era demasiado inteligente, pensó el germano. Sus ojos continuaban clavados en aquella puerta, fijos, absorbiendo los colores de la imagen casi sin parpadear. Sus oídos esperaban ruido de cadenas arrastradas por el mármol, rumor de humillaciones, sollozos ahogados. Esperaba que ella cayese de rodillas y que le suplicase el perdón. Entonces la abofetearía...

Escuchó los pasos y eran reales. Aquello lo arrancó de sus innumerables ensoñaciones, de sus delirios de venganza, y apenas tuvo tiempo de componer un rostro digno, severo...

La puerta se abrió de pronto. Dos fornidos legionarios entraron y se situaron a

ambos lados. ¿Quién venía a su encuentro? ¿Germánico en persona? Segest se empequeñeció por momentos, sus pulmones se deshincharon, se sintió confundido.

Casio Querea entró y se detuvo a un lado; hizo una señal a alguien en el corredor.

La mujer que entró era su hija. Thusnelda. Toda la ira del padre se borró por un instante, y se sintió a la vez defraudado e indefenso ante su presencia. Aquella mujer alta y de largas trenzas amarillas como el oro elevó el rostro y el decrepito anciano se sintió traspasado por sus ojos verdes, altivos, que no pestañeaban, que no mostraban el menor respeto o vergüenza al reconocerlo. Segest sintió que su ira renacía.

La miró largamente, tratando de recobrase. Ella parecía inmutable. Su embarazo se mostraba obviamente bajo la túnica romana que le habían permitido vestir. Parecía limpia, tranquila, bien alimentada. Y era una mujer fuerte.

—Hija repudiada, lo has perdido todo —declaró al fin Segest.

—Y tú, ¿qué has ganado? Mírate —respondió ella, manteniendo con entereza la mirada del padre—: no eres más que un viejo gris que babea mendigando la protección de los romanos porque no eres más hombre que cualquier esclavo.

—Quizá Germánico decida convertirme en su ramera... —declaró Segest con voz sibilante, lleno de ira.

—Déjame que lo dude: porque me ha tratado como a la esposa de un enemigo digno, y a ti te dispensa el trato que se merece un traidor. Tú has sido barato para las arcas del Imperio, mi esposo, no.

Segest sintió que su sangre hervía al oír aquello.

—Maldita perra...

—Dile a mi hermano manco que con la otra aún puede sentarse a las puertas de Roma a pedir limosna.

—Tu hermano es querido entre los romanos, ¡es grande...! —rugió Segest, desesperado.

Thusnelda se rió, y aquella risa, forzosa y estudiada, heló la sangre de su auditorio. Segest la miraba con ojos desorbitados, los párpados temblorosos, enrojecidos, viéndose privado de su último y único placer: verla humillada y abatida ante él, de rodillas frente a su padre...

—¡Miserable viejo! —añadió ella, lanzando ofensivas miradas a su hermano—. Has perdido lo único que tenías, y te va a costar muy caro dar satisfacción a tu odio. ¿Os quedaréis a vivir en Siga? ¿Continuareis allí mucho más tiempo? ¿Cuánto crees que tardará mi esposo en separaros la cabeza del cuerpo? Tarde o temprano, una noche u otra, caeréis degollados.

—Lo esperaremos, lo esperaremos allí... —siseaba Segest compulsivamente, le costaba trabajo aceptar lo que decía, pero todavía más que fuese ella, la persona a la que quería humillar, quien estuviese consiguiendo todo lo contrario: hundirlo en la miseria.

—No esperarás aquí: ahora te verás obligado a mudarte a la Galia para siempre, a huir como un cobarde, porque para quedarte tendrías que tener un valor del que siempre has carecido, algo que a ese manco de tu hijo le falta todavía más que a ti.

Segmund permanecía frío y silencioso, posaba en ella una mirada funesta y gris.

Segest, desesperado, se aproximó lentamente a ella. De pronto la escupió a la cara. Casio, que había presenciado la escena acercándose a ambos, sin mediar palabra alguna golpeó a Segest de lleno en la cara con el anverso de la mano derecha, donde los anillos dejaron su marca en el rostro congestionado del anciano.

El germano se volvió, ahogándose en desesperada furia, para presenciar la mirada colérica en los ojos enrojecidos de Thusnelda, que se limpió el rostro con un espasmo de repugnancia. Segmund se lanzó con el brazo en alto, pero una sola mirada de Casio bastó para que cinco de aquellos romanos que los rodeaban lo detuviesen enérgicamente, apuntándolo con las puntas de sus lanzas. Segest se pasaba las manos por la cara como si le hubiesen deformado el rostro. Sus arrugadas encías sangraban.

—¿Lo ves, desgraciado? Fuiste vencido el día que me marché y morirás vencido por más venganza que busques. Estás condenado a arrastrarte por el suelo, como las serpientes. Me has escupido, y querías verme de rodillas: ahora eres tú el que cae de rodillas, y con gusto te veo sangrar, padre...

—¡Maldita...!

En medio de aquel grito Segest había deslizado una mano tras el ancho cinturón y había extraído una daga corta con la que trató de lanzarse hacia el vientre de ella, mas con tal futilidad, con tan poco ímpetu, que pareció la imagen misma de la desesperación y la impotencia personificadas en un anciano vencido. Casio detuvo la mano armada y se interpuso tensando todo su cuerpo.

—¡Esto podría costarte la vida, germano! —le susurró a Segest a dos dedos de su cara ensangrentada—. No puedes atentar contra un prisionero del César. Es Germánico quien debe decidir...

—¡Deja que abra el vientre de esta perra...! —rabiaba Segest—. ¡Deja que lo abra con mi daga y que arranque el fruto maldito...! ¡Prefiero estar muerto a ver vivo un hijo de Arminius y de Thusnelda...!

Su hija había retrocedido, perturbada, pero sin abandonar la venenosa sonrisa y aquella mirada desconcertante, respirando entrecortadamente, sin apartar los ojos de su padre. Entraron más romanos que se apostaron junto a ella y que inmovilizaron al iracundo anciano.

Entonces el orgullo de Thusnelda se sobrepuso y, quizá reprochándose haber sentido un instante de miedo ante aquel arrebato inesperado, volvió a la carga hablando alto y claro en la lengua germana:

—¡Mi esposo y yo guardábamos la mano de mi hermano Segmund en una vasija con aceite de cedro, y nuestros druidas celebraban terribles rituales con ella, y nos

reímos muchas veces al verla arrugada y retorcida...!

Fue necesario golpear a Segmund para frenar el ímpetu con el que trató de abalanzarse contra su hermana, y así evitar ensartarlo con siete lanzadas. Casio había logrado quitarle la daga a Segest y éste se veía privado de satisfacer su venganza, dando muerte a su hija. El romano no entendía cómo las palabras de aquella mujer eran capaces de hacer sufrir de aquel modo a sus familiares, pues no hablaba su idioma.

En ese momento y para sorpresa de todos, Thusnelda corrió decididamente hacia delante con los ojos verdes encendidos y, fuerte y joven como era, de recia constitución, agarró a su padre por la cabellera. Tiró de ella con tal fuerza que logró arrancarle un espantoso grito de impotencia, rabia y verdadero dolor. La humillación alcanzaba límites insospechados. Casio trató de separarla, pero se daba cuenta de que soltando a Segest sólo lograría que éste la atacase, y las órdenes de Germánico habían sido taxativas: Thusnelda debía ser tratada con honor y permanecer incólume a cualquier precio. Pero Thusnelda había dejado de comportarse como una reina bárbara que inspiraba la confianza de sus captores para convertirse en una bárbara salvaje que trataba de arrancar la cabellera a su propio padre. Segest se retorció mientras ella tiraba de los lazos cabellos tratando de obligarlo a arrastrarse por el suelo. Casio cedió para impedir que el sufrimiento del anciano fuera aún mayor, hasta que Thusnelda logró agacharlo, y fue entonces, cuando casi estaba tumbado, cuando tiró con más fuerza y arrojó un grito salvaje más propio de diosas bárbaras que de mujeres nobles.

—¡Suelta a este hombre o el golpe que te voy a dar te hará escupir a tu hijo! —la amenazó Casio, impotente.

Pero no sirvió de nada. En su cólera ella sabía que Casio no podía hacer algo semejante, que iría en contra de los intereses de Germánico. Finalmente Thusnelda cayó en brazos de los legionarios que trataban de detenerla y que, al tirar de ella, sólo lograban empeorar la situación: por fin arrancó un espeso mechón de la cabeza de su padre. Segest gimoteaba con el rostro comprimido, se retorció en el suelo, se cubría la cabeza como si la hubiesen abierto de un hachazo. La sangre le manaba por la frente y le inundaba la cuenca ocular derecha, trazando erráticos regueros por los valles que creaba el paisaje de su arrugada piel en la frente y las mejillas.

—¡Llevaos a este hombre! ¡Lleváoslo! —gritaba Casio.

Thusnelda reía volviendo en sí misma, con el puño cerrado, agitando los cabellos de su padre como un trofeo, y Casio habría jurado que del mechón colgaba un sanguinolento guiñapo de piel.

—Que esa mujer salvaje vuelva a sus aposentos y doblad la guardia... ¡no confiéis en ella...!

—¡Ya te veo de rodillas suplicando perdón, padre! ¡Ya te veo por fin de rodillas!

¡Guardo esta cabellera para tu nieto, como tributo por tu traición!

Los gritos que profería Thusnelda se alejaban por los corredores, mientras los guardias arrastraban a ambos germanos fuera de la estancia. Casio miró el mármol blanco y descubrió en él los rastros de sangre. Era un mal augurio ver la sangre manchando los immaculados pasillos y salas de un palacio notable. Se acordaba de Julio César, muerto a puñaladas en la escalinata del mismísimo Senado de Roma, y aquello fue el comienzo de una nueva guerra civil. —Malditos germanos...— musitó Casio.

Con la retirada de las tropas romanas comandadas por Cæcina, Arminius se enteró de lo que había pasado y, montando en cólera, todavía creía que podría cortar el paso de los captores antes de que alcanzasen el Rhenus. Organizó batidas en todas direcciones, fragmentó las hordas de cazadores, pero fue en vano.

Cuando llegó a la pradera ante su propia casa y vio los rostros de sus vecinos vueltos al suelo y las miradas crispadas, la ansiedad creció en sus entrañas como el veneno inoculado por la más letal de las víboras. Ningún golpe de espada o hacha le habría causado mayor dolor. Podría morir serenamente al ser alcanzado por una flecha, pero aquello era diferente. Nunca lo había experimentado. Estar físicamente intacto sólo serviría para mortificarse. Mantenerse con vida sintiéndose tan culpable sería su ruina. Tenía que encontrar a Thusnelda.

Volvió en sí. El viento ululaba. Su hogar parecía desmantelado. El incendio había arruinado buena parte del tejado. La cubierta había desaparecido y algunas vigas sobresalían carbonizadas.

Los cuerpos, preparados por varios sacerdotes venidos de la vecina Molda, reposaban en la pradera sobre piras funerarias: allí descansaban Brumber, su buen amigo, el esposo de su hermana, y el cuerpo de la joven Ingwir, su sobrina, hija de Krimilda y de Brumber. El padre había muerto en desigual combate contra los sicarios romanos, la hija había sido asesinada.

—Nuestro hermano, Armin —le confesó Krimilda a su lado. La mujer parecía destrozada. No había podido dormir desde que murieron—. No pudimos hacer nada. Después de degollar a mi hija... el romano me golpeó.

Armin la miraba con ojos desorbitados y funestos. Ella sintió la fuerza de sus dedos comprimiendo sus hombros cuando la agarró y la interrogó.

—¿Era realmente él?

—Sí.

—¿Era nuestro hermano, Segifer?

Los ojos de Krimilda ardieron enrojecidos y temblaron.

—Un monstruo que se parecía a nuestro hermano... pero era él, era él, Armin, y te suplico venganza en nombre de mi familia y de tu familia...

Krimilda rompió a llorar al ver el cuerpo de su hija, con las manos cruzadas sobre el pecho, el rostro sereno y pálido, la cicatriz del cuchillo cubierta con un paño. La pradera del *kuninc* se llenó de guerreros armados que asistían a los funerales. Ortwin el Blanco, la mano derecha de Cerunno el Sabio, se acercó a las piras y las inspeccionó. El viento soplaba con fuerza y el rostro de Armin parecía transfigurado. Nadie hablaba, pero muchas mujeres lloraban en silencio, y algunos hombres

ocultaban sus lágrimas entre párpados comprimidos por el dolor.

Al caer la tarde, la antorcha de Ortwin prendió fuego a las piras y los cuerpos de los difuntos se consumieron rápidamente.

Unas horas después de caer el sol la columna de los queruscos ya se había puesto en marcha en busca de Segest. Armin sabía que aquella venganza personal sólo podía haber sido urdida por los traidores de Siga. Sintió entonces como si fuese un dolor físico la amenaza del odio contra su persona, le pareció que la envidia estaba allí, a su lado, como unas fauces invisibles dispuestas a despedazarlo. ¿Acaso se había confiado demasiado? Habían estado esperando el momento, lo habían preparado todo con detalle. ¿Quiénes eran los traidores? ¿Dónde estaba Ingomer? Cerunno lo había dejado libre tras la batalla de Teutoburgo, pues sus hombres lucharon a favor de los germanos como lobos feroces. Desde entonces no habían sabido nada de él. Pero Ingomer era sólo uno entre muchos otros posibles traidores...

Cerunno, que venía rezagado hacia Wulfmunda, se encontró con ellos. Los guerreros de su guardia personal se detuvieron detrás, y el hechicero balanceó la antorcha que apresaba con su mano derecha. Venía montado en un carro tirado por dos yeguas blancas. Se unió a la marcha y habló a Armin.

—Tu hermano murió de envidia el día en que los romanos lo capturaron; desde entonces te odia, y ha vivido para odiarte —le advirtió—. Está consumido y no hay nada en su corazón que no sea veneno de envidia. Ha vivido a tu sombra desde que naciste, y te aborrece. Por eso te traicionó en aquel campo de batalla, y por eso ha vuelto a por Thusnelda.

—¿Sabías que estaba vivo? —inquirió Armin.

—No con certeza, pero lo sospechaba —respondió el anciano.

—La envidia pagará su tributo —anunció Armin.

—No dejes que te desconcierten, lo más importante ahora es tratar de rescatar a Thusnelda —añadió el hechicero.

—Trata de averiguar por cualquier medio quiénes son los traidores —ordenó el querusco.

Armin tenía la esperanza de interceptarlos en Siga, pues fue informado de que los germanos que habían servido como guías para llegar a Wufmunda procedían del reino fronterizo de Segest. Pero con su hermano Segifer en el grupo, no les hacían falta demasiados guías, pues conocía el terreno mejor que nadie.

La llamada del querusco fue secundada por docenas de clanes, y la fuerza de guerra creció prolongándose a lo largo de millas hasta las inmediaciones de Siga. Durante aquel camino, Cerunno se mostró esquivo; Armin culpaba al santón de aquel error. Cuando el mensaje de Germánico llegó a las inmediaciones del campamento de Armin, fue Cerunno el que quiso recibirlos. Era de noche y las hogueras ardían. Armin accedió, pues el sacerdote hablaba muchas lenguas.

No eran romanos, sino germanos, los que lo traían. Llevaban un salvoconducto y procedían de Siga.

—Hombres de Segest, valerosos hombres de Segest —rumió Cerunno al verlos. Los recibió bajo los frondosos castaños—. ¿Qué tienen que decir?

—Sólo hablaremos con Arminius...

—Armin, el *kuninc*, no se encontrará con ratas traidoras como vosotros... Estáis hablándole a sus oídos y la lengua que escucháis es la suya.

—El salvoconducto de Germánico —uno de ellos extendió a Cerunno un cartucho púrpura cerrado por ambos extremos. El druida lo examinó pacientemente, con el desprecio con que se contempla un insecto a punto de ser aplastado.

—Bien... Aprendí a leer el latín y el griego, para vuestra desgracia —reconoció el anciano, entornando los ojos. Sus numerosos guardianes y jóvenes sacerdotes estrecharon el cerco alrededor. Los mensajeros, debidamente desarmados, se inquietaron ante los ojos del adivino. Por fin abrió el pergamino y lo desenrolló, y se enteró de la proposición de Germánico: le hablaba a Arminius de su esposa, del futuro nacimiento de su hijo, de que debía entregarse a cambio de la vida de éstos y presentarse encadenado en un triunfo durante cuya celebración toda Roma le escupiría a la cara y le arrojaría verduras podridas, para postrarse ante el Senado y reconocerse un vulgar traidor de las legiones; no un héroe, sino un legionario pérfido que aprovechó la nobleza de sus señores para traicionarlos en un paso estrecho... Cerunno no se inmutó al leerlo, pero su reacción fue inmediata. Si el sabio tenía una virtud era la de saber qué era exactamente lo que tenía que hacer en cada momento. Los ojos del hombre-rayo se entornaron todavía más y entraron en la inquieta mirada del portavoz de aquellos mensajeros.

—Ya sabes lo que pone aquí, ¿verdad, hombre de Segest? —preguntó la cavernosa voz de Cerunno.

El interpelado sonrió nerviosamente, empezaba quizá a sentirse seguro de sí mismo.

—Lo sabemos —aseguró.

—Saber lo que pone os condena a muerte. No diré ni una palabra más a unas gargantas que no volverán a hablar —aseveró Cerunno, retrocediendo unos pasos con esa engañosa lentitud que ocultaba su verdadero vigor.

Las manos del viejo se alzaron ceremoniosamente y escupió aquella runa convertida en sibilante fonema:

—*¡Rist!*

Como si hubiese pronunciado una palabra mágica propia de la lengua de las más venenosas sierpes, el siseo de su voz se vio cortado por el inmediato golpe de una enorme hacha bipenne que descendió rápida y sin piedad hacia la cabeza del portavoz. Y allí se quedó clavada con un golpe seco, después de reventarle el parietal

izquierdo. Nadie reparó en los temblores de aquel cuerpo derruido por el brutal golpe, cuando la daga de Vitórix, más rápida que el ataque de una víbora, se clavó en el ojo del segundo mensajero de Roma, perforando el cerebro de quien apenas pudo arrojar un grito. Dos gargantas más fueron degolladas, y mientras todo aquello sucedía Cerunno, indiferente a la breve masacre, murmuró algunas palabras, volviéndose hacia los sacerdotes:

—Con razón han cuidado los romanos de enviar hombres de Segest... ¡sabían lo que les esperaba!

Vitórix se acercó rápidamente a Cerunno. Éste se detuvo ante una de las hogueras sagradas encendidas a la sombra del vetusto castaño y arrojó el mensaje al fuego, donde prendió de pronto y empezó a consumirse. Vitórix se quedó mirando las llamas.

—¿Qué querían esos mensajeros...?

Cerunno se volvió lentamente y escrutó los ojos azules, ansiosos, del galo. Varios de los guardianes queruscos que seguían a Cerunno a todas partes los rodearon y uno de ellos, un germano al que creían sobrino de los gigantes por sus descomunales proporciones, obligó a Vitórix a retroceder: nadie debía acercarse más de cuatro pasos al líder espiritual de los queruscos, todos lo sabían.

—Querían perturbar la razón de tu amigo, querían confundir su juicio, querían arruinar su ánimo para vencernos... ¿quieres que eso suceda?

—No... pero... —murmuró Vitórix.

—No sucederá. Germánico anuncia a Armin que matará a su mujer embarazada. ¿Te parece un mensaje digno de un jefe de los romanos? Alguien sólo escribe esa clase de cosas para hacer daño, y no debo dejar que nadie perturbe a Armin. Si es posible, rescataremos a Thusnelda, eso es lo que debemos intentar ahora.

Vieron desde las estribaciones de las colinas que allí, en Siga, se habían acantonado casi dos legiones, y que los trirremes ascendían por el curso del Rhenus con más romanos. Germánico se había adelantado. Mientras que los queruscos apenas se habían reunido a su alrededor, todavía en camino, y cuando no contaban apenas con refuerzos de los sugámbrios o los brúcteros, Germánico ya había previsto aquel movimiento y controlaba el puente después de situar en perfecta formación de guerra más de diez mil hombres. Por más ira que Armin sintiese también sabía que los ejércitos romanos estaban hechos para resistir, y que si no los sorprendían la derrota de los germanos era prácticamente segura, sobre todo en inferioridad numérica, como era el caso, y con aquellas posibilidades de abastecimiento fluvial casi inmediatas...

Todo estaba perdido. En ese momento se dio cuenta. Miró la aldea en la que había crecido tras abandonar las tierras del norte. Allí, en algún lugar, en aquel palacete que Segest se había hecho construir a orillas del Rhenus, el vengativo padre de su mujer aguardaba como un cobarde rodeado de escudos romanos. El robo de Thusnelda

costraba forma en su mente como una perdición irremediable y empezaba a perder la convicción que lo había caracterizado como hombre, cuando escapó con vida de las campañas de Panonia. Quizá estaba ahora en la misma colina donde le cortó la mano al hermano de Thusnelda, Segmund, en pago a sus traiciones. Y así, traición sobre traición, el destino le devolvía la peor venganza que pudiera sufrir hombre alguno.

FURIA Y TINIEBLAS



—¡Atacaremos!

—¿De qué servirá si no podemos vencer?

—¡Muerte!

—¡Es lo que encontrarás si cometes ese error! —gritó Cerunno.

Armin pareció ser alcanzado por un rayo.

—Están en Colonia... ¿has perdido la razón? —siguió el hechicero, tratando de serenarlo—. ¿Crees que Germánico sería tan idiota de dejar ese trofeo en una posición tan desventajosa? ¡No! Escucha la verdad: Thusnelda y el fruto de su vientre están en Colonia, es todo lo que mis espías me dijeron, y eso basta para que sopeses tus decisiones: esas legiones aguardan en Siga para proteger a Segest, que es sin duda quien ha espiado tus movimientos para lograr raptar a tu mujer, y es parte de un pacto para evitar que lo mates, aquí, hoy, ahora.

—¡Muerte a Segest!

—¡No merece la pena, no malgastes tanta fuerza para matar a Segest, podemos matarlo en cualquier momento, se esconda donde se esconda...! Segest no se merece que lleves a todos estos hombres a una muerte casi segura. Debes conservar intactas tus fuerzas. Esto, precisamente, es lo que Germánico desea, que pierdas la razón y que actúes de manera impulsiva. ¡Eso les daría ventaja!

En ese momento Armin se arrojó hacia delante, los ojos insomnes desorbitados, de pronto inyectados en furia, sangre y fuego. Sus mandíbulas se desencajaron. Jamás habían escuchado sus hombres un grito más desgarrado y violento, que todos los que allí estaban, cerca y lejos, echaron mano a sus empuñaduras, creyéndose asaltados por una divinidad infernal o como si una fuerza les ordenase entrar en combate caóticamente y matarse los unos a los otros.

Armin se arrojó hacia los caballos y golpeó la bestia de Gailswinther con tal fuerza que nadie pudo evitar la estampida. El animal se encabritó y retrocedió desplazando otras monturas, y el nerviosismo que irradiaba aquel hombre se propagó a los animales. La voz de Cerunno brotó detrás como el grito de una alimaña.

—¡Detente!

No sirvió de nada. El rostro de Armin se había transfigurado, sus facciones, comprimidas por la larga espera, aparecían enrojecidas por aquel acceso de rabia. Empuñó la espada y la alzó por encima de su cabeza, a dos manos, dispuesto a matar, inundado por un confuso deseo de destrucción.

—¡Detente, Armin! ¡Detente antes de dar muerte a tus hermanos y evita que te despedacen!

Armin se volvió y alzó la espada, los brazos tensos como manojos de nervios en

los que se acumula la fuerza de mil tendones de balista, a punto de partir por la mitad al legendario Cerunno como si de una simple manzana se tratase.

Cerunno miraba los ojos de Armin, pero no encontraba en ellos la razón y el cálculo que había separado al querusco de la brutal ira de sus hermanos. Sólo veía una furia mortífera, desorbitada, casi sangrante.

—¡Si quieres dar muerte a alguien márame a mí! ¿Es acaso mi culpa que acudiésemos a la llamada de los Ases para enfrentarnos a los romanos? ¿Es acaso tu culpa que Germánico planease un doble ataque para ponernos en guardia? ¿Es acaso mi culpa que tu hermano sea pérfido como una serpiente y que se arrastrase por entre las ciénagas de su patria para robar al águila el huevo que creía proteger en su nido? ¿De quién es esto culpa, Armin? Eres el *kuninc* —declamó de pronto el anciano con solemne veneración, y dio un paso más hacia los ojos enloquecidos de Armin, hacia los nervios temblorosos, hacia los brazos hinchados de venas que vacilaban a punto de arrojar un golpe exterminador— y por eso tienes derecho a juzgarme... Si crees que todo eso es así, ¡entonces debes darme muerte para sentirte aliviado!

Los ojos del querusco se abrieron, miraron de pronto al cielo y el alarido que ahogaba su garganta surgió como un aullido miserable. El querusco volvió a temblar y se lanzó de pronto y con gran determinación contra un caballo, arrojó el mandoble y de pronto la cabeza del animal colgó medio cercenada del cuello. La infortunada bestia se desplomó y su jinete rodó por tierra. Éste montó en cólera y corrió hacia Armin, pero tres hombres lograron detenerlo cuando iba a acuchillar al líder querusco por la espalda. Mientras tanto, Armin, ajeno a todo, volvió a golpear el cuerpo del animal escogido, mandoble tras mandoble. La horda de queruscos retrocedía a su paso enloquecido, los caballos nerviosos, varias docenas de hombres, con Vitórix a la cabeza, trataban de rodear a Armin a la vez que impedían que otros jefes se batiesen contra el líder después de que hubiese decapitado la montura de uno de los suyos. El caos crecía, los gritos del querusco se intensificaron y, no sabían si llorando o escupiendo, lo cierto es que al fin encontró una gran piedra plantada en la hierba contra la que descargó los más terribles golpes. Parecía sentir cierto alivio al ver cómo *Zankrist*, la espada ceremonial del clan del lobo negro, era mellada golpe tras golpe, mientras las astillas de aquel acero saltaban peligrosamente y la hoja se curvaba.

No parecía encontrar consuelo y seguía golpeándola, deseando partirla. No lo logró, y preso por la impotencia, arrojó la espada doblada y arruinada contra la piedra. Vitórix trató de tocarlo pero de pronto el puño del querusco volvió y se clavó en su rostro infligiéndole una seria herida. Aun con la nariz partida y sangrando profusamente, el mejor amigo quiso ayudarlo. Armin había cogido con desprecio la espada. La apretó con las manos por el filo mellado y logró rasgarse los dedos. Luego la empuñó y la dirigió contra su estómago.

Fue el arrojó de Vitórix lo que le salvó de la muerte segura. Justo en el momento en que iba a propinarse la puntada mortal, Vitórix aferró la hoja con sus manos y desvió su letal trayectoria, logrando a cambio que desgarrase superficialmente su propio pecho al abrazarse a ella.

—¡Detenedlo! ¡Detenedlo! —bramaba la cavernaria voz de Cerunno, acosándolos desde cerca, cayendo y levantándose, ayudado por acobardados y jóvenes sacerdotes.

Armin no reparaba en lo que sucedía y cuando iba a tratar por segunda vez de quitarse la vida fueron Wulfsung y Wulfila... quienes lograron evitar el desastre. Lo cogieron de manos y brazos y se enfrentaron a lo que parecía una bestia poseída por el mal de los dioses. Se sacudía y peleaba con tal salvajismo, mordiendo, golpeando con su cabeza, sacudiendo brazos y piernas, arañando, que fueron necesarios diez hombres para inmovilizarlo sin herirlo de gravedad.

En medio de la extraña escena, envuelta por un gigantesco anillo de curiosos, Cerunno ordenó que lo atasen de pies y manos a cualquier precio. Cuando lo lograron fue necesario que llenasen su boca de cortezas.

—¡Sangra por la boca! —gritó uno de sus captores.

—Se ha mordido la lengua, como cualquiera que diga tonterías —respondió el adivino con desprecio—. Castigo menor de los dioses...

Cerunno logró llenar la boca del querusco con un manojó de piel, procurando que sus mandíbulas apenas tuviesen recorrido y evitando mayores desastres.

—Ahora puede sufrir y puede volverse loco —añadió— pero no morirá de un ataque de ira.

Cargaron con Armin en un carro. Cerunno lo dejó junto a varias presas de caza. Allí, entre los jabalíes sangrantes y algunas aves alcanzadas por certeras flechas, pasó la mayor parte del tiempo mientras se alejaban de las fatídicas orillas del Rhenus. Gracias a una bebida que Cerunno rociaba en su boca, sus nervios quedaron laxos y no sintió el agudo dolor en las manos desgarradas y fuertemente maniatadas. Aflojaron un poco la atadura que unían sus tobillos. Vitórix, igualmente herido, recibió la aguja candente de Ortwin y dejó que cosiesen los cortes que marcarían su pecho de por vida, abiertos por el filo mellado de *Zankrist*. El galo miraba abatido la forma inerte de su ídolo viviente, dispuesto a acompañarlo hasta el final de su odisea. Su existencia había carecido de sentido hasta el día en que se encontró, en aquellos bosques de Colonia, con el joven querusco, al que había acompañado a los campamentos romanos y las sanguinarias campañas de Panonia, a través de Noricum, para reencontrarse en la libertad y conquistar la mayor victoria imaginada en las selvas de Teutoburgo. Allí estaba, Arminius. Para el galo, el hombre más grande de la historia y de la memoria de quienes se habían considerado libres, alguien que había eclipsado el nombre, tan adorado como amado, del líder de los de su estirpe, Vercingetórix. Pero en su delirante idolatría, Vitórix sintió deseos de llorar la pérdida

de Armin, quería llorar por él porque odiaba esa facilidad con la que Roma era capaz de vengarse vilmente de los héroes que lograban enfrentarla. Había soñado con una victoria absoluta junto a Armin, había soñado, incluso, con morir libre el mismo día que él en un campo de batalla, con su amigo e ídolo. Cualquier palabra de Armin servía para ponerlo en marcha, cualquier cosa que dijese, por simple que fuera, le hacía reír. No había corrido hacia Armin, en su arrebato suicida, para librarlo de la muerte. ¿Él? ¿Impedir a Armin que hiciese lo que quisiese? Estaban todos equivocados, y despreciaba la gratitud con la que muchos jefes germanos lo miraban y le regalaban brazaletes de oro...

No: lo que no podía permitir era que Armin se marchase y lo dejase allí, abandonado, en aquel mundo desesperanzado, sin la poesía de la guerra, en el que había vivido muchos años como un pobre loco, hablando en la soledad de su mente con el mismísimo Vercingetórix, quien jamás volvió para socorrerlos, hasta que por fin se encontró con el semidiós reencarnado que era aquel legendario querusco. No podía quedarse sin su amigo, y por eso, por puro egoísmo, había impedido que se suicidase.

La furia de Armin languidecía. No cruzaba palabra alguna y parecía adormilado en medio de una vigilia. Las nubes tormentosas rugían alrededor. Los cielos se nublaban. El silencio del rayo resucitaba con un temblor lejano en el horizonte. Las frondosas entrañas de los bosques susurraban y mugían, según soprase el viento. Ningún jinete hablaba o hacía chanzas cerca de aquel carro que portaba al melancólico *kuninc*, custodiado por Cerunno.

A pesar de esa calma que envolvía al querusco, el fuego de sus recuerdos envolvía sus pensamientos en un mar de llamas: al rojo, como un metal enterrado en las ascuas cenicientas del odio, su carácter amenazaba con destrozar a su paso cuanto se opusiese a él. El deseo de confrontación iba más allá y a veces sacudía las piernas y los brazos en sueños, y Cerunno apretaba las ataduras, temiendo un nuevo, autodestructor acceso de ira. Fue por aquel entonces cuando le quitaron la corteza de piel que había llenado su boca. El anciano pidió a Ortwin que se ocupase de las llagas que supuraban su boca y que cuidase la herida que los propios incisivos del querusco habían infligido brutalmente en su lengua. Así, entre aciagos dolores, los druidas dejaban caer ungüentos y pócimas y gran cantidad de agua fresca, con la que lo lavaban a menudo.

Así lograron mantenerlo dormido la mayor parte del tiempo.

Los bosques se hicieron muy espesos. Los abetos eran negros. Se elevaban muchísimos pies de altura en el territorio en el que Cerunno parecía querer extraviarse en compañía de una partida no muy numerosa de queruscos: los más fieles seguidores de Armin. Había ordenado que los portadores de estandartes y pieles rituales continuasen su camino hacia el norte. Los escasos días soleados sólo eran una tenebrosa penumbra a la sombra de aquellos bosques poblados por osos. Comenzó a hacer frío, llegaron las nubes, y la lóbreguez se extendió bajo los árboles.

Una tarde descendieron una larga pendiente. La lluvia era un molesto goteo por entre los largos puños de agujas que remataban cada rama. El viento zumbaba gravemente en las copas de erizados abetos milenarios. Sonaba como una amenaza, una protesta manifiesta, una queja que recorría el bosque sagrado en el que Cerunno se introducía tercamente como una garra en la carne cerrada de una bestia dormida. Los troncos trepaban alrededor cual tenebrosos centinelas. Las ruedas del carro giraban suavemente ahora que la ladera abrupta y las protuberantes raíces habían quedado atrás, y un manto espesísimo y casi esponjoso de agujas caídas facilitaba la marcha.

Vitórix miró a su alrededor, desconfiado. Cuando Cerunno tomaba las riendas de un viaje nadie sabía dónde podía acabar, y menos aún cuando la inestabilidad había

sacudido el seno de los clanes. La derrota paralizaba a los hombres, pero no a Cerunno. Él no se comportaba como un hombre mortal. Ni siquiera como un anciano que desprecia su propia vida. Después de haberse expuesto sin miedo alguno al mandoble de Armin, el respeto sobrenatural con el que contaba se reforzó entre los régulos, y todo aquel tiempo que el líder permanecía ausente nadie discutió las taxativas consideraciones del adivino, sus consejos pronunciados como monólogos y sus no menos monosilábicas respuestas a cualquier pregunta. Un sí, un no, un camino invisible hacia planes secretos que sólo él conocía, eso era todo. Cuando los guerreros miraban de un lado a otro, aturcidos, él se ponía en marcha cavilando y murmurando consigo mismo o con fantasmales divinidades que parecían guiar sus pasos e intenciones, y todo cambiaba, hasta el clima. El intuitivo Vitórix sabía que el ritual había empezado y que era sólo cuestión de tiempo que Cerunno mostrase el tenebroso, oscuro, inconcebible propósito de su viaje.

Fue entonces cuando el carro se detuvo. Los caballos fueron aproximándose, entre relinchos y nerviosos pateos. La bestia de Gailswinther se encabritó. Cerunno descendió del carro parsimoniosamente. Cuando la comitiva se reunió en aquel estrecho calvero abierto en medio de retorcidas malezas, habló así a los hombres-lobo:

—A partir de aquí no me seguirá nadie.

Wulfila cruzó una mirada con Hadubrandt y Segmir.

—¿A dónde va el *kuninc*? —rugió Wulfsung.

—Adonde un insensato, terco y estúpido hijo de cerda no puede venir. Un lugar apartado. He criado este hombre en compañía de su padre. Le enseñé qué significaba la luz y cómo volaban los pájaros los días de lucha, le conté los cuentos que había oído muchos años atrás, cuando yo había sido un niño; he guiado sus pasos por la vida. Por lo tanto, ¿quién puede desconfiar de la palabra de Cerunno?

—Oh Cerunno... —habló Gailswinther.

—Me habla ahora el que se casó con una sajona, es, por lo tanto, un sajón bienvenido, pero no tiene voz entre los queruscos —denegó Cerunno—. Mas escucharé su opinión.

Gailswinther no vaciló esta vez:

—Respetado hombre-rayo, hemos venido para proteger el cuerpo de Armin, ¿qué mal te hace nuestra presencia?

—¿Mal? ¿Has dicho? ¿He oído la palabra favorita de Loki? —respondió burlonamente Cerunno. Se colocó una mano en el oído como si quisiera imitar las orejas de algunos animales, para escuchar mejor al guerrero, ridiculizándolo. En ese momento el viento sacudió las copas de los abetos en lo alto; el zumbido del viento pareció envolverlos profundamente como si una enigmática voz que brotase del seno de la naturaleza quisiera advertirles de mayores peligros—. El mal, Gailswinther, no

es sino una invención del miedo.

—No es hora de enigmas, hechicero —habló el guerrero en tono amenazador— y no he recorrido un camino sin saber a dónde voy sólo para recibir por respuesta burlones acertijos...

—Un día Thor quiso cruzar un puente y Loki vino en su ayuda... —siguió el anciano, ausente—. Tuvo que aprender que los puentes están condenados a sucumbir cuando la crecida desciende de las montañas, algo que Loki sí que sabía y procuró ocultar al estúpido Thor. La fuerza no basta. Y... sí, respondiéndote, he de decirte que tu viaje no ha acabado, pero que te quedarás aquí como los otros, esperando, porque para mí no es un problema que me sigáis, pero para *ellos* sí que lo es.

Los guerreros se miraron unos a otros.

—¿Tanto tiempo hace que no vais de caza? ¿No os habéis dado cuenta?

Tras pronunciar aquellas palabras, un cuervo negro descendió de pronto entre las ramas y vino a posarse sobre el carro, lo que muchos queruscos interpretaron como un signo de magia. Algunos retrocedieron, amedrentados, otros empuñaron sus armas y miraron alrededor.

—¿Cuervos...?

—Osos —respondió el santón a la pregunta de Wulfila—. Llevan varias noches rondando nuestra comitiva, pero son demasiado astutos, ¿verdad?, como para que los dominéis con vuestros ojos. Nos hemos desviado de la ruta, estamos en los montes escogidos, en el Bosque de Gruninga, cerca de un santuario que los hombres-oso de los téncteros dedican a sus divinidades... Si el ánimo de un hombre falla, debe ser repuesto con sangre de lobo, pero si es la columna de su voluntad lo que se ha derrumbado, hace falta sangre de oso. Busco el espíritu del Gran Padre de las selvas... El lobo nos ha abandonado, su espíritu ha sido herido, y para resucitarlo necesitaré al espíritu del oso. No podéis seguirme por la sencilla razón de que allí a donde voy vuestra presencia sólo provocaría una absurda matanza... verteríais vuestra sangre inútilmente. Tenéis que confiar en mí; tenéis que esperar. Dependemos de la hospitalidad de otros moradores. Podéis encender fuegos para comer y calentaros, no temáis nada, si no os movéis de aquí no pasará nada. No cacéis en estos bosques. Vendré dentro de unos días. Por eso quise que trajeseis algunas piezas, podéis alimentaros de ellas hasta que regrese.

Y dicho aquello, Cerunno se volvió hacia el carro y tomó las riendas. Una sola mirada bastó para que Vitórix descendiese de mala gana. Imaginaba que el hechicero lo obligaría a quedarse.

—Tú me seguirás —ordenó el adivino sin mirarlo—. A pie. Los demás, ¡dejadme en paz!

Wulfsung dio unos pasos con decisión, pero al encontrarse con los ojos de Cerunno se detuvo.

—Confío mucho más en ciertos locos que en gentes que sólo piensan en comer, estimado Wulfsung. De modo que aléjate del hombre-rayo, y busca algo con que tranquilizar la rumia de tu panza, hijo de Wulfila.

Cerunno azuzó los caballos y se pusieron en marcha. Lentamente, la silueta fue alejándose de los perplejos queruscos, hasta que se sumergió en la profundidad del bosque, tragada por las lúgubres penumbras. Dejó de oírse el sufrido chirrido de las ruedas.

El zumbido del aire en los abetos volvió para recordarles que no estaban solos en un mundo que no les pertenecía.

Vitórix había visto cómo Cerunno desaparecía en las entrañas de la tierra: la caverna de los téncteros se sumergía en el vientre del mundo, descendía mil peldaños en busca de lo que los sacerdotes llamaban la Fuente de la Prudencia. Después se había quedado en la oscuridad de aquel vasto salón. Había huesos desperdigados por la arena seca. Una hoguera languidecía dibujando un círculo de danzantes tinieblas en las paredes. La delirante mente de Vitórix trataba de superar el trance. Se había separado de su amigo para velar, no muy lejos de la entrada de la caverna, por los espíritus que lo perseguían. Según Cerunno, aquellos espíritus malignos moraban en las sombras. Las hogueras sagradas en las bocas de las cavernas, a media noche, lograban arrancar errátiles sombras y gritos espantosos cuando ciertos espíritus trataban de cruzar el umbral mágico. Los sacerdotes protegían la entrada con mil fórmulas, escribiendo runas por toda la boca de la caverna. Allí se erguían esculturas, talladas en madera, de rampantes osos. Vitórix, solo, tumbado, aferrado a su gran cuchillo como al pecho de una amante, espiaba a los espíritus fugitivos de Hella.

A la luz vacilante, la pared rocosa aparecía corroída, quebrada en mil pliegues, y el galo creía descubrir un inacabable ejército de cabezas demoníacas, elfos negros convertidos en piedra. Los guardianes del mundo subterráneo. Escuchó una voz áspera a sus espaldas y se levantó, blandiendo el acero.

El pobre y fiel loco temblaba. Su frente sudorosa ardía. Se dio la vuelta, escrutó el círculo de luz, miró con ansiedad hacia la profundidad. Por allí había desaparecido Armin, rodeado de sacerdotes que vestían cabezas de oso.

Algo o alguien extinguió las llamas. Vitórix empuñó la última antorcha, envuelta en espesa grasa, se acercó a las brasas y la encendió. Alzó el fuego y se movió hacia las sombras.

Ya no recordaba la prohibición de Cerunno. «No debes abandonar el círculo de luz. Dormir, eso es lo mejor que puedes hacer».

Sin embargo, un nuevo mundo empezaba a girar a su alrededor.

Sacudió la antorcha. Criaturas sombrías remolinearon al compás de sus aspavientos. Gritó desesperado; escuchó voces graves y horribles que venían en su busca desde las cavidades del infierno.

Una garganta negra se abrió ante él. Los peldaños descendían. La pared estaba cargada de mensajes, pintados acaso por dedos que se abrieron las yemas para escribir con sangre lo que sentían.

Sacudió la antorcha ante aquel agujero, tratando de iluminar la piedra. Sólo había tinieblas.

La llama de su antorcha se debilitó. La luz huyó a otro mundo. Vio la sombra, que

se cernía sobre él. Trató de desenmascarar alguna de las lucífugas criaturas que lo acosaban, reptando rápidamente por las paredes. Noctívagas deformidades extendieron sus garras hacia el perturbado. Ciegos, hambrientos horrores se abrieron sobre sus ojos. Sintió el verdadero terror devorándole las entrañas. El espectro rugió en su boca.

Vitórix gritaba como loco que era. Sus ojos azules, inyectados en sangre, aparecían desmesurados al resplandor de la tea. Varios de los hombres-oso lo apresaban. Sufría un espasmo tras otro, gritaba palabras inconexas. Era presa del terror.

Cerunno se inclinó sobre su rostro.

—Despierta, insensato galo. ¿Quién te ha mandado perturbar el sueño de los cavernarios osos?

Vitórix volvía en sí, temblando. Vio las fauces de oso coronando la frente de los sacerdotes téncteros, sus rostros recubiertos de cieno, reconoció el rostro grave de Cerunno. Se restregó las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Lo he visto... yo... lo he visto... ¡él! —murmuraba una y otra vez.

Habían pasado algunas horas. La lluvia goteaba en las paredes de la caverna, un murmullo se elevaba de la espesura de helechos. De vuelta al vasto salón de la entrada, Cerunno y otros santones habían encendido de nuevo la gran hoguera.

—Germánico ha aceptado la rendición de Segest, y el padre de Thusnelda creará estar a salvo en la patria de los aduatucos, al sur del Río Grande.

Vitórix se volvió y echó un largo trago de aquella reconfortante bebida caliente que los druidas servían desde una marmita que bullía entre las llamas. Completamente repuesto de su pesadilla, asintió con vehemencia, entornando los ojos.

Cerunno continuó:

—Germánico tiene ahora a la esposa embarazada de Armin, pero estoy seguro de que no respetará el trato dado a esa rata traidora llamada Segest, y es probable que no volvamos a ver a Thusnelda nunca más. Pero la guerra debe seguir.

Una sombra de pesadumbre se posó sobre los ojos del fiel Vitórix, volviendo pesados sus párpados.

Cerunno clavó su mirada en las vacilantes llamas.

—El destino de Armin no será fácil, lo supe desde el primer día... Pero ¿quién sabe lo que va a suceder al día siguiente? Me llaman adivino y sólo soy un lector de signos, las señales que los dioses dejan a nuestro alrededor son mi guía. ¿Sabe el lobo lo que cazará ese día...? ¿Sabe éste o aquél ciervo que será acechado por ese lobo? Y el árbol, ¿sabía que los ciervos mordisquearían sus ramas más bajas hasta deshojarlas...? Infortunio y casualidad van de la mano. Armin debe reponerse, reconocer lo que ha sucedido, superar la confusión, y aceptarlo... Esa es la única

solución. Desesperarse y perder todavía más de lo que se ha perdido va contra la naturaleza misma de la existencia: cualquier animal se lame la herida, por mortífera que sea, para tratar de sanar... Ese es el verdadero sentido de la vida, tal y como nos lo dicta la naturaleza, y lo veremos en cualquier animal aunque el sueño de la muerte lo venza un instante después. Lo que vive debe luchar por sobrevivir.

»¿Se arroja por un precipicio la corza a la que un águila ha robado su joven retoño? Verás tristeza en sus ojos, pero no se precipitará voluntariamente por el barranco para perder la vida entre las peñas... Los hombres y mujeres pueden ser débiles en sus emociones, pero no el líder de un pueblo, no el libertador de Germania. Y lo que vale para él vale para cualquier guerrero. El designio de los dioses debe ser aceptado hasta el final de los días: el guerrero debe invertir cada gota de sangre y cada latido de su corazón en su lucha, debe combatir hasta la muerte. Y sólo morirá dignamente si muere en combate.

Cerunno se puso en pie y Vitórix creyó que el anciano se volvía mucho más grande: su sombra creció a lo largo de las ominosas paredes; era como si una terrible criatura viniese en su busca desde el infierno.

—En el camino se perderán muchas vidas, lo supe entonces, y lo digo ahora. Hoy es la esposa de Armin. Yo la amaba como a una hija, y esperaba santificar el nacimiento de ese niño, de la noble estirpe, victoriosa familia de Segimer... Puede ser un fatal augurio, la destrucción de la línea de los líderes del clan... es un duro golpe para un hombre y para quienes la conocíamos. Pero, en los últimos cincuenta años, ¿quién no ha perdido familiares queridos en las luchas contra los romanos? Mujeres, niños, ancianos, nobles guerreros, cobardes... muchos vertieron su sangre, para alimentar la hierba de las colinas verdes. Estos árboles que cobijan nuestra caza, ¿acaso no han bebido un brebaje de agua y sangre? Entonces, también Armin tendrá que aceptar el fatal destino de nuestra tierra: le ha costado su mujer y su hijo, como le costó su padre en aquella batalla de los héroes que tantas veces os he referido, en las fuentes del Amisia... Hemos perdido mucho en el camino, pero jamás habíamos estado tan cerca de la victoria. Germania es libre, sus pueblos son dueños de sus animales y de sus tierras. Lucharon contra Julio César, después acabaron con Drusus, los dioses nos ayudaron dando muerte a ese hijo de las cerdas romanas, y ahora nos envía a su hijo, Germánico. También él debe ser vencido, y el único rival que puede lograrlo es Armin.

»Los hijos no sólo heredan los bienes, sino también los enemigos de sus padres: se avecina la confrontación definitiva, si Armin vence a Germánico, entonces Germania será libre de las garras de Roma por toda la eternidad.

La monstruosa sombra del sacerdote retrocedió por las paredes, ante la mirada amedrentada de Vitórix.

—Debo volver al profundo santuario, allí donde descansa el cuerpo de tu amigo,

Vitórix.

La interrogante mirada del galo detuvo la inminente marcha del adivino. Éste lo miró a los ojos y dijo:

—Es posible que los hombres no lleguen a ser dioses, pero algunos de ellos hacen el trabajo de los dioses en nuestro mundo. Y la obra de Armin todavía no ha finalizado. Puedes estar seguro: el último querusco volverá desde los umbrales de la locura para acabar con su enemigo.

GLOSARIO

Accensi. Unidad del ejército romano.

Ad bestias. *A las fieras.* Condenación a morir devorado o descuartizado por fieras durante la celebración de unos juegos. Los cristianos fueron condenados a menudo de esta manera en Roma.

Ad Urbe condita. Expresión latina que significa *desde la fundación de la ciudad.* Tomaba el punto de referencia histórico en el año 753 a. C., momento en el que se supone que Rómulo trazó con su arado el círculo que rodea la colina del Palatino. Se atribuye a Terencio Varrón la imposición de tal modelo temporal entre los romanos.

Adsidui. En la antigua Roma, ciudadanos con suficiente capacidad económica y con el privilegio de ser elegidos para servir en el ejército romano.

Aduatucos. Aquellas tribus que habitaban los valles donde las aguas del Sabio desembocaban en las del Mosa, en la Galia Cabelluda; pertenecían al conjunto de los *belgæ*, pues reclamaban su origen más germano que celta, al considerarse parientes de los teutones.

Ænus, río. Actual río Inn que atraviesa Baviera.

África. En lugar de referirse a todo el continente, tal y como hoy lo entendemos, los romanos de la República y del Imperio aplicaban normalmente el vocablo *África* a la parte de la costa norte, en torno a Cartago, en la actual Tunicia.

Agger. Concretamente, se denominaban así las dobles murallas que defendían y fortificaban a Roma por su lado más débil, el *campus esquilinus*, formando parte de la muralla Serviana. Por extensión, se denominó así al terraplén levantado con la arena que los zapadores y legionarios extraían al excavar el foso y sobre el que eran clavadas las empalizadas de estacas que protegían los campamentos.

Agricultura. Literalmente, *ciencia de los cultivos.*

Alæ. La caballería auxiliar romana estaba organizada en tres tipos diferentes de unidades. El *ala quingenaria*, formada por quinientos doce jinetes, el *ala miliaria* engrosada por setecientos sesenta y ocho hombres y la *cohors equitata*, un tipo de unidad mixta de infantería ligera y caballería (en proporción de tres a uno), la cual a su vez podía ser *quingenaria* o *miliaria*. Una cohorte *equitata quingenaria* constaba en total de cuatrocientos ochenta soldados de infantería y ciento veintinueve de caballería; y una cohorte *equitata miliaria* contaba con ochocientos soldados de infantería y doscientos cincuenta y seis de caballería.

A su vez, un *ala quingenaria* estaba dividida en dieciséis turmas. Cada turma constaba de treinta jinetes con un decurión al mando, un lugarteniente y un *sesquiplarius*. Además, cada turma tenía su propio portaestandarte (*signifer*). El *ala* tenía su propio portaestandarte (*vexillarius*), el cual portaba la banderola con el

nombre del *ala*. A su mando iba un *praefectus equitum* procedente de la orden ecuestre, un comandante que a menudo era un extranjero del pueblo al que perteneciera el ala. Esto sorprendió a Armin. Había germanos entre los mandos de las unidades más grandes de caballería. Marcómanos, hijos de príncipes téncteros y brúcteros; la siguiente generación de germanos de los pueblos masacrados por Drusus Claudio Nerón estaba allí representada, conquistada, era parte de los mecanismos que empujaban a Roma hacia la victoria.

También existían las *equites legionis*, que eran las unidades de caballería presentes en cada legión, formada por unos ciento veinte hombres y comandada por un centurión o un *optio*. A su vez existían los *equites singulares*, cuerpos de caballería que hacían las funciones de escolta de los legados imperiales, los más altos cargos designados por el mismísimo amo del mundo, por el divino Augusto, y de los gobernadores provinciales de Germania, como lo habían sido Drusus y Tiberio, los hijastros de Augusto, o Marcus Lollius, Lucio Domitio o el más reciente Marco Vinicio; los que protegían al emperador se denominaban *equites singulares Augusti*, y eran el equivalente a la guardia pretoriana. Cuando Augusto había visitado Colonia tras la muerte de Drusus, ellos eran los que lo habían acompañado junto a las cohortes pretorianas. Formaban una exclusiva, selecta y privilegiada unidad, muy bien pagada por la cercanía a los más altos mandos regionales.

Albis. El actual río Elba.

Alejandro Magno. Rey en el norte de la antigua Grecia, concretamente de Macedonia. Fue el tercero que heredó tal nombre. Nacido en el 334 a. C., fue sucesor de su padre Filipo V a la edad de veinte años. Gran detractor de los persas, asumió el deber de eliminar para siempre la amenaza de que pudieran invadir Europa. Cruzó con su ejército el Hesoponto y desencadenó una increíble odisea de victorias que le llevó a convertirse en uno de los referentes conquistadores más grandes de todos los tiempos, llegando hasta el río Indus del actual Pakistán. Cuando murió, el imperio no le sobrevivió, y el inmenso territorio conquistado, que comprendía Asia Menor, Egipto, Siria, Media y Persia, se dividió entre sus generales, que fueron conocidos como reyes helénicos.

Alesia. Importante ciudad en la baja Arvernia, lugar en el que fueron sitiados y vencidos por Julio César los ejércitos del héroe galo Vercingetórix.

Alianza de los Ases. Término con el que se alude a la confederación de pueblos germánicos que trajo consigo el inicio de la tercera guerra de Germania; los antiguos lazos de unión entre los *herminonios*, los *istævonios* y los *ingævonios*. Se desconoce, aunque parece probable, si realmente ésta fue la misma confederación que, en un estado más primitivo, motivó la multitudinaria migración de los teutones y de los cimbrios hacia el sur, dando lugar a la Primera Guerra entre germanos y romanos.

Allec. Restos sólidos de la elaboración del *garum*, según Catón en *De agri cultura*.

Almadía. Conjunto de tablones o troncos unidos unos con otros mediante cuerdas para poderse servir de ellos en el cruce de un río o lago a modo de balsas.

Alóbroges. Tribus celtas que habitaban los montes al sur del lago Lemanna, al pie de los Alpes occidentales y el Ródano hasta el río Isara, en el sur. Fueron enemigos fieros de los romanos, y combatieron su ocupación.

Alquilifer, pl. alquiliferi. Portaestandarte que portaba el *aquila*.

Ambarres. Una de las ramas de aquel conjunto de tribus celtas que fueron denominadas eduos, habitantes de la zona central de la Galia Cabelluda, cerca del Arar (hoy río Sena).

Ambrones. Una de las tribus de los pueblos germánicos conocidos en conjunto bajo el nombre de *teutones*; todos ellos fueron exterminados en Aqua Sextiae en el 102 a. C. Véase también *Teutones*.

Ambrosía. Comida fabulosa que en la mitología clásica se considera sustento de los dioses, la cual les otorga juventud eterna. En el panteón nórdico, la ambrosía era el *medhu*, el sagrado hidromiel escanciado por las valkirias, así como los frutos dorados que Freia cultivaba en los jardines de Asgard.

Amisia. El actual río Ems. Nace en Alemania, en los altos de Teutoburger Wald, y atraviesa Holanda.

Amsívaros. Pueblo germánico que habitaba los territorios comprendidos en torno al curso bajo del Rin, en su margen derecha, al oeste del lago Flevo.

Ánfora, anforæ. Recipiente de cerámica, alargado, con estrecho cuello, dos asas y terminado en punta. Era utilizado para el transporte de vino, trigo, aceite, y era gracias a su punta, que le permitía estibarse fácilmente en el serrín de las grandes arcas en las que solían acumularse, que no podía romperse, viajando segura de un lugar a otro por mar o tierra, impidiendo que los continuos vaivenes del oleaje o los baches del camino sacudiesen las vasijas unas contra otras y las rompiesen. Por otro lado, en tareas de carga y descarga masivas, se podía girar fácilmente por el suelo sin necesidad de cargar a peso con ellas, lo que agilizaba su movimiento. Su capacidad aproximada solía ser de unos veinticinco litros.

Anglos. Pueblo germano que habitó al norte del río Elba, en el Quersoneso Címbrico, estrechamente emparentado con los queruscos y con los cáttos.

Angrívaros. Pueblo germánico que habitaba los territorios comprendidos al norte del lago Flevo, más allá de las desembocaduras del Ems y hasta las del Weser.

Aníbal. Príncipe púnico, el más glorioso de cuantos dirigió ejércitos contra Roma. Nacido en el 247 a. C., invadió la península itálica merced a un ataque relámpago, en el que, magistralmente, atravesó los Alpes sobre elefantes por el Montgénévre, sorprendiendo a Roma. Se pasó dieciséis años campando a sus anchas por la Galia Transalpina e Italia. Derrotó en sucesivas ocasiones a los ejércitos de Roma, en Trebia, Trasimeno y en Cannas, donde protagonizó la más terrible victoria que había

sido infligida a los ejércitos romanos, aniquilando ochenta mil hombres, un total de diez legiones, contando él tan solo con cincuenta mil. Quinto Fabio Máximo Verrucosis Cunctator fue el ideólogo militar y estratega que consiguió vencerlo, dedicándose a desgastar con continuos ataques el ejército cartaginés, pero sin entablar batalla. Con Fabio Máximo siempre tan cerca, no se atrevió a caer sobre Roma, fue traicionado por sus aliados itálicos y debió dirigirse hacia el sur, abandonando Campania. Perdió Aníbal Tarento y su hermano Asdrúbal, en Umbría, sufría la derrota en el río Metaurus. Se vio acorralado en el apéndice de la península italiana llamado Bruttium, desde donde evacuó a su ejército ileso hacia Cartago en el 203 a. C. Fue derrotado en Zama por Escipión el Africano, y después trabó alianza con Antíoco el Grande, de Siria, siempre obsesionado con vencer a Roma. Tras la derrota de Cartago, buscó asilo en la corte Siria, pero, implacable, Roma lo persiguió y logró someter este estado. Aníbal volvió a huir, ésta vez a la corte del rey Prusias en Bitinia. Roma exigió la entrega de Aníbal en el 182 a. C., y éste, finalmente, se suicidó. Roma siempre lo consideró un gran enemigo, y, a pesar de su pragmática persecución, lo admiró hasta el último momento.

Anonna. Entrega gratuita de cereal que en Roma se hacía a la plebe, para contentarla, con fines propagandísticos y políticos en virtud de los cuales los gobernantes se garantizaban la simpatía de las masas.

Appia, vía. Construida en el año 312 a. C. Era una de las más antiguas y recorría la península itálica hacia el norte.

Aqua Sextiæ. La actual Aix-en-Provence. Ciudad famosa por sus balnearios, en la provincia de la Galia Transalpina. En ella Cayo Mario venció a los teutones en 102 a. C.

Aquila. Principal estandarte de una legión y coronado con una águila dorada o de plata.

Aquileia. En sus comienzos fue una colonia de derecho, ubicada en el confín de la Galia Cisalpina, un bastión que debía proteger las rutas comerciales que se dirigían hacia los Alpes Cárnicos desde Noricum e Illyricum. Fundada en 181 a. C., se convirtió en punto neurálgico de varias calzadas que la unieron a Ravenna, Verona, Patavium y Placentia, transformándose en la ciudad más influyente del norte del Adriático.

Aquilifer. Creado por Cayo Mario durante sus reformas del ejército, cuando concedió a las legiones las Águilas de Plata, era, junto al *primus pillus*, el mejor soldado de la legión y el portador del sacro símbolo central del ejército. Iba revestido con una piel de lobo, de león o de leopardo. Puesto de gran estima y alto honor, fue, a su vez, peligroso, pues los ejércitos enemigos codiciaban las águilas de Roma. No hubo afrenta mayor para un general o legado que perder el águila de su legión. Augusto recuperó varias águilas perdidas en el transcurso de las campañas contra los

cántabros, y Drusus recuperó el estandarte de la legión V *Alaudæ* durante sus invasiones de Germania. Arminius, sin embargo, será el enemigo que más águilas arrebató a las legiones de Roma en un solo enfrentamiento, durante la Batalla de Teutoburgo.

Aquitania. Extensión ocupada por la confederación de tribus celtas llamada de los aquitanios. Su *oppidum* más importante fue la de Burdigala, a la izquierda de la desembocadura del río Garona, y se extendió al sudoeste de la Galia Cabelluda, junto al río Carantonus, al norte de los Pirineos.

Ara Pacis Augustæ. *Altar de la Paz Augusta.* Símbolo del Principado de Augusto; es un monumento de planta cuadrada, a cielo abierto, con un altar en el centro, levantado en el Campo de Marte en el año 12 a. C. y fundado en el año 9 a. C., cerca del propio mausoleo del *princeps*, para conmemorar el final de sus guerras contra cántabros y astures, y las campañas contra los galos.

Arausio. Actual Orange. Situada en la orilla oriental del Ródano, en la Galia Transalpina.

Arduenna. Actual bosque de las Ardenas, en el norte de Francia. En los tiempos de Augusto sus extensiones cubrían desde el Mosa hasta el Mosela y era un bosque profundo e intransitable, centro de cultos drúidicos.

Arelate. Actual Arles, emplazamiento fundado muy probablemente por los griegos, adquirió importancia cuando Cayo Mario decidió la construcción del canal del delta del Ródano.

Argentorate. La ciudad de Estrasburgo.

Argentum. Entre los romanos, plata, y, a su vez y en un sentido más general, dinero.

Aries pensilis. Ariete suspendido de una plataforma de madera.

Aries subrolatus. Ariete provisto de ruedas, o, en su defecto, ariete que se hace rodar sobre un conjunto de troncos.

Armin (Erminer, Erminmer, Irminer, Hermino...). Como otros nombres actuales como Arnold (Arnauld, Arnaldo), por cercanía con el germano *aar*, estaría vinculado con *águila*, *aarmin* vendría a significar algo así como *aguilucho*, *pollo de águila*, denominación que no parece descabellada, tratándose de un hijo varón que no es el mayor de la prole, y que por tanto no puede heredar, en el momento del nacimiento, el derecho a la raíz dominante de la línea genealógica, que a través de su abuelo Segismund y de su padre Segimer recae por ello en su hermano mayor Segifer, todas ellas formas nominales derivadas de la composición de la raíz germánica *sigu*, victoria. Arnulf y Argilulf son nombres longobardos del siglo V y VI d. C. y también conservan intacta, aunque abreviada, la raíz *aar*. Pero lo más probable es que el origen germano de este nombre quede sobradamente justificado por su relación con las palabras *Hermino*, *Irmine*, *Erminer*, todas ellas variantes más o menos dialectales de *Irminur*, uno de los nombres con los que se referían a la deidad primordial de la

guerra en la edad de hierro prerromana. Véase *Arminius*.

Arminius. Desde mi punto de vista, versión latina del nombre germano *Armin*. Algunos historiadores han sugerido que el famoso caudillo germano hubiese sido adoptado por miembros de la familia romana patricia del clan *Arminia*, tras su ingreso en el ejército romano como importante jefe de caballería. A mi parecer, esta teoría es muy poco probable y demasiado especulativa. Véase *Armin*.

As. Ases. Traducción del germánico *ase, asen, æsir*. Familia de los dioses que ya eran personificaciones mayores de las fuerzas de la Naturaleza. Su nacimiento es posterior al de los Vanes, las fuerzas en sí mismas carentes de humanización o representación, como la fertilidad o los cambios de las estaciones del año. Muy al contrario, los Ases fueron encarnaciones concretas en el ideario colectivo, cuyas siglas de identidad se repiten entre los celtas, los griegos o los romanos. El dios de la guerra guarda parentesco entre el Tor nórdico, el Tutatis celta-galo y el Marte romano. Arqueólogos de gran prestigio como Ernest F. Jung o Hachmann sostienen que los Vanes tuvieron su origen en el pensamiento arcaico-mágico de la Edad de Piedra, mientras que los Ases nacieron con la revolución espiritual y el concepto individual de la Edad de los Metales, dominada por un pensamiento mítico-mágico.

As*. Moneda romana, la unidad básica en su escala. En época de Augusto, pesaba once gramos y era de cobre; dieciséis ases equivalían a un denario.

Asciburgius. Nombre latino dado a los montes que hoy se conocen en alemán como Riesengerbirge (Montañas de los Gigantes).

Atrium. Recibidor de las mansiones romanas. Se componía de una gran abertura rectangular en el techo y de un estanque, el cual era usado en un principio para disponer de agua de uso doméstico, aunque después degeneró en elemento ornamental, al que solían añadirse peces.

Audax Iapeti genus. *La audaz raza de Japeto*. Horacio (*Odas*, I, 3, 27) designa con este nombre a Prometeo; por extensión, se aplica a la condición de la lucha humana por la supervivencia frente a la fatalidad del Destino.

Augur. Sacerdote romano. Su función era la adivinación. Cada augur era miembro del Colegio de Augures, repartido en Roma a partes iguales entre patricios y plebeyos. Después de la *Lex Domitia de Sacerdotiis* en el 104 a. C., promulgada por Cneo Ænobarbo, los augures fueron elegidos públicamente y ya no por los propios miembros del Colegio. Por lo que sabemos, el augur no procedía a su antojo, sino que examinaba ciertos objetos o signos acontecidos en su entorno, de los cuales extraía pseudo-conclusiones, a menudo más arbitrarias que reales. Estos signos podían representar o no la aprobación de los dioses ante el inicio de una empresa, fuese de índole política, personal o militar. Existía un elaborado manual de interpretaciones, por lo que los poderes psíquicos no eran necesarios en el elegido a tales efectos. Curiosamente, da una idea bastante clara al respecto el hecho de que el estado

romano no gustaba de aquellos que ostentaban poderes sobrenaturales, prefiriendo atenerse al texto, entendido como una especie de ley arbitraria y más precisa, muestra de que hasta la muy extendida superstición debía atenerse a las leyes propias del espíritu de Roma. Los augures vestían la *toga trabea* y portaban el *lituus* (véanse en este mismo glosario ambas voces).

Augusta Treverorum. Actual ciudad de Tréveris.

Augusta Vindelicorum. Actual ciudad de Augsburgo.

Auxilia. Auxiliares. Tropas pagadas por Roma a través de sus ejércitos, con las que engrosaban los contingentes de ciudadanos de las legiones; no eran, por supuesto, ciudadanos de pleno derecho.

Ave Cæsar, morituri te salutant. *Salve César, los que van a morir te saludan.* Palabras que, según Suetonio (*Claudio*, 21), pronunciaban los gladiadores romanos al desfilar por delante de la logia imperial.

Aventino. Una de las siete colinas sobre las se asentaba la ciudad de Roma.

Ballista. Máquina de guerra que lanzaba piedras.

Barditus. Grito de guerra que, según Julio César (*De bello Gallico*) y Tácito (*Germania*), emitían los bárbaros del norte de Europa para intimidar a sus enemigos; lo describen como una especie de zumbido producido al soplar con los labios contra la parte posterior de los escudos.

Basílica, basílicæ (basílica). Importante edificio destinado a uso público, propiedad del estado. Podía contener tribunales, despachos, salas de reuniones o comercios. Eran erigidas por nobles ciudadanos de reconocido prestigio público, habitual mente consular, y estaban iluminadas por una lucerna cenital. La primera de las basílicas fue erigida por Catón el Censor, en el Clivus Argentarius. Después llegaron muchas otras como la Æmilia, Sempronia y Opimia, albergadas en el Foro.

Bátavos. Pueblo de origen germánico que habitaba en las desembocaduras del Mosa, al sur del Rin. Fueron aliados de Julio César y de Augusto. Sin embargo, protagonizaron junto a las tribus marcómanas una importante invasión del *limes* durante el mandato de Marco Aurelio, quien, desplazado a la zona, contrajo una peligrosa enfermedad que causó su muerte. En torno a este hecho se ha especulado si su salvaje y por lo demás antagónico hijo Cómodo fue el verdadero causante de la muerte, suficientemente lejos de Roma y ansioso de poder absoluto, a la vez que consciente de la desaprobación con que su padre, fiel al estoicismo, veía los excesos del primogénito.

Belgæ. Unión de tribus, de temible renombre, que dominaban los territorios al noroeste de la Galia Cabelluda en las proximidades del Rin. Su origen racial era mixto, y fueron probablemente mucho más germánicos que celtas. Entre ellos se contaban las tribus de los tréveros, los aduatucos, los condrusos, los belovacos, los menapios, los arrebates y los bátavos. Todos ellos fueron dominados por Julio César

durante la Segunda Guerra de Germania.

Belovacos. Pueblo celta-germánico perteneciente a la confederación de los *belgæ*.

Berserker. Palabra islandesa de profunda raigambre germánica. Podría traducirse como *transfigurado, cambiado, trocado, metamorfoseado en animal*. Su origen reside en las primeras prácticas chamánicas y en la creencia popular según la cual, entre los germanos, se daban transformaciones en los animales a los que veneraban. Posiblemente, su existencia demuestra que las prácticas chamánicas fueron comunes entre los primeros pueblos germánicos de la Edad de Piedra y de la de Hierro, merced al uso de drogas naturales. A su vez, la mitología recuerda numerosos casos de *berserker* entre las aventuras de los ases, como Loki, a quien se consideraba padre de Fenrir, el gran lobo, y de otros monstruos infernales. También induce uno de los conceptos guerreros más ancestrales, el de la transformación en el espíritu del animal que domina o da nombre a un clan, con objeto de despertar la furia en aquel sujeto que, al invocarlo, se enfrenta a un combate o participa en una batalla.

Bibracte. Importante centro galo. Localizado en la actual Borgoña, se cree que el emplazamiento original de su fortaleza se hallaba en los altos del monte Beuvray.

Biga. Carro de guerra tirado por una pareja de caballos.

Birreme. Entre los romanos, nave con dos órdenes de remos.

Bohuslän. Provincia del sur de Suecia, famosa por sus hallazgos arqueológicos tanto germánicos como vikingos.

Boiohamum. La actual Bohemia, en Checoslovaquia. Región habitada por las tribus germánicas eduas, marcómanas y suevas.

Bonna. Actual ciudad de Bonn. Entonces sólo se trataba de uno de muchos campamentos próximos a Colonia Agrippina.

Bononia. Actual religión de Bolonia.

Borysthenes, río. El actual Dniéper, en Ucrania.

Breno. Rey celta. En el año 390 a. C. saqueó Roma. Casi llegó a apoderarse del Capitolio durante su asedio, de no haber sido por los gansos sagrados de Juno, que graznaron hasta despertar al consular Marco Manlio. Tras descubrir el punto de las murallas por el que los galos escalaban, consiguió rechazarlos con sus tropas. Viendo su ciudad reducida a humo y escombros y sin provisiones, los defensores del último bastión decidieron comprar sus vidas, lo que fue pactado a cambio de mil libras de oro. Breno aceptó y llevó unas pesas trucadas al Foro. Allí los romanos se quejaron y Breno pronunció la famosa frase, *Væ victis!* (véase). No teniendo tiempo para matar a los romanos por su audacia, un ejército romano irrumpió en Roma, dirigido por el nombrado dictador Marco Furio Camilo, quien venció a Breno y los asaltantes en un primer combate en las calles de Roma. El segundo combate tuvo lugar a ocho millas de la ciudad, en la Vía Tiburtina, donde finalmente la leyenda transmitida por Livio dice que los invasores fueron aniquilados. Camilo consiguió, además, gracias a un

discurso, que los plebeyos no abandonaran la ciudad para asentarse en Veii, y por todo ello fue considerado segundo fundador de Roma. No sabemos qué fue del rey Breno, aunque es probable que consiguiese huir hacia el norte con buena parte del botín.

Britania. Nombre que dieron los romanos a lo que hoy es Inglaterra.

Brúcteros. Pueblo germánico que habitaba al este del curso bajo del Rin. Sufrieron las invasiones de Julio César y demostraron desde el comienzo una abierta indisposición y rebeldía contra Roma. Por ser de aquellos pueblos que habitaron en las cercanías del *limes*, sufrieron por partida doble la crudeza de los ejércitos de Roma.

Brundisium. La actual ciudad llamada Brindisi. Uno de los puertos más importantes del sur de la península itálica. Fue convertido en el 244 a. C. en colonia de pleno derecho. Burdigala. La actual ciudad de Burdeos. Fue la gran *oppidum* de los galos aquitanos. Burgundios. Pueblo germánico que Tácito, en su *Germania*, ubica más allá del cauce del Visurgis, en las llanuras norteñas que descienden al encuentro del Mar del Norte.

Calceus. Distintivo en forma de media luna, tallado en marfil, que acostumbraban lucir en sus calzados los senadores romanos.

Caledonia. Nombre que dieron los romanos a la actual Escocia. Fue una región montañosa habitada por pueblos indómitos, y Roma renunció a su dominio desde el comienzo. Resulta interesante la idiosincrasia de sus moradores primitivos, cuyo origen está todavía poco esclarecido, aunque en el ideario colectivo nos han quedado los apócrifos relatos gaélicos sobre Ossian y su padre, el mítico Fingal, así como las hazañas de su abuelo, el temible Tremnor.

Cáliga. Calzado que usaban como norma general los legionarios. Especie de sandalia bien ceñida y atada con correas a la pantorrilla. Durante la Edad Media el término pasó a designar el calzado de los obispos.

Calzada. Camino empedrado con grandes losas planas sobre una serie de estratos de morteros primitivos a base de gravillas y piedras de diversos tamaños (llamados, desde el más profundo al más superficial, *statumen*, *rudus* y *nucleus*), que los romanos usaban para facilitar el transporte de mercancías y el movimiento de ejércitos. Las calzadas fueron al Imperio Romano en la antigüedad lo que a la civilización occidental y al Imperio Británico en África, Asia, Norteamérica y Sudamérica el empleo de las líneas de ferrocarril.

Campo de Marte. Estaba ubicado al norte de la Muralla Serviana, limitado al sur por el Capitolio y al este por la colina Pinciana, en su parte restante encerrado por la curva del río Tíber. Era el lugar en el que acampaban los ejércitos cuando iba a ser entregado un triunfo, también se realizaban en él prácticas militares y se celebraban los Comicios de los Centuriones. Era cruzado por la Vía Flaminia, que partía de

Roma hacia el norte.

Canícula. Nombre dado a la estrella Sirio en el Can Mayor. Por extensión, se llama así también al tiempo en el que Sirio nace y se pone con el sol. Suelen ser los meses más calientes del año.

Capite censii. Censo por cabezas. Ciudadanos romanos tan pobres que no pertenecían a ninguna de las cinco clases, razón por la que carecían de voto en las asambleas. En su mayor parte pertenecían a las tribus urbanas, concretamente cuatro de las treinta y cinco que existían. Por ello carecían de peso en las reuniones de la plebe, de las tribus o del pueblo romano.

Capitolio. La colina que en su mayor parte estaba reservada a edificios públicos y religiosos. En su altura no hubo nunca residencia privada alguna; sin embargo, en sus laderas se alzaron algunas de las más fastuosas villas de la ciudad de Roma.

Carinae. Fue una de las áreas residenciales más lujosas de Roma. Se hallaba en la cumbre norte la colina Opiana, extendiéndose entre el Velia, el Foro Romano y el Clivus Pullius. Calle principal que descendía la colina Opiana por el lado norte hasta el pie de la colina Cispiana, donde desembocaba en el Clivus Suburanus.

Carnutos, Bosque de los Carnutos. Bosque legendario de la tradición druídica, cuya ubicación exacta no ha sido aclarada hasta el momento por los hallazgos arqueológicos. Se sabe por diversas fuentes latinas que allí los druidas del mundo celta continental acostumbraban celebrar extraordinarias reuniones y multitudinarias peregrinaciones, hasta que el emperador Claudio persiguió y abolió los ritos del druidazgo así como sus prácticas, considerándolos un bárbaro anacronismo de las Galias.

Carnutos. También, nombre de la confederación más amplia entre las tribus celtas de las Galias. Se extendía a lo largo del río Liger, entre la desembocadura en el mismo del río Caris y la ciudad de Lutecia. En su bosque sagrado se hallaban las escuelas druídicas y los nemeton de culto más importantes del mundo celta continental.

Caronte. Dios infernal del panteón latino. Su función consistía en regir los infiernos junto a Minos.

Castellum. Fortín romano rodeado de diversas defensas que se construía normalmente en la cercanía de una frontera. A diferencia del campamento, en el *castellum* había guarniciones permanentes de control y vigilancia.

Castellum Mattiacorum. Campamento anexo a la actual Maguncia, entonces Moguntiacum.

Castra Batava. La actual ciudad de Passau.

Castra Regina. La actual Regensburg.

Cataphractii. Unidad de caballería pesada. También llamado *Clibanarii*.

Cáttos. Conjunto de tribus germánicas consideradas de gran poderío por Tácito en su texto *Germania*. Habitaron el corazón de los montes Taunus y Hercynia, y Tácito

refiere muchas anécdotas sobre su estricto código de guerra.

Cætra. Escudo redondo de origen celta, mucho más pequeño que el usado por las legiones de Roma, habitualmente provisto de un umbo de metal en su centro. Normalmente son descritos como muy coloridos. Era un arma adecuada a la lucha ágil y de gran movilidad a la que estaban acostumbradas las hordas celtas.

Cáucos. Pueblo germánico que habitó los altos del río Wesser.

Caveant consules! Debellare superbos... ¡Cuidado, cónsules! Derribar a los soberbios... Expresión compuesta por dos conocidas frases latinas. La primera, *caveant consules ne quid detrimenti republica capiat* (cuidado cónsules, que la república no sufra menoscabo), era una fórmula con la que el Senado romano invitaba a los cónsules a que designasen un dictador, en un momento de crisis, o ante una gran amenaza. Unida a *debellare superbos* (derribar a los soberbios), palabras de Virgilio (*Eneida*, VI, 5, 853), argumentan una contradicción intencionada por parte del personaje que la formula, a fin de cuentas un senador a favor de la república y en contra de la forma imperial de Augusto, demasiado cercana a la odiada monarquía de la huyó el modelo posterior a los primeros y sangrientos siglos de Roma. Se entiende el mordaz cinismo del senador al trazar una parábola de causalidad entre una idea puramente republicana y un verso de la *Eneida* de Virgilio, que a fin de cuentas estaba dedicada a la familia de Augusto, y que trataba de legitimar, con un origen divino, su forma de poder, por tanto atacando a la *monarquía* con un verso *monárquico*.

Celtas. Denominación actual para una raza de bárbaros que emergió en la Europa central durante los primeros siglos del primer milenio a. C. Racialmente distintos de los germanos, empleaban lenguas semejantes al latín en sus formas. Lograron asentarse hacia el año 500 a. C. en España, Galia, Galacia, Macedonia, Tesalia, Illyricum, Mœsia y Anatolia Central; no ocurrió así en Italia ni en Grecia.

Centuria. Unidad compuesta por 80 soldados y al mando de un centurión.

Centurio. Centurión, suboficial romano al mando de una centuria.

Centurión. *Centurio*. Oficial al mando de ciudadanos romanos o tropas auxiliares. No se debe equiparar al suboficial moderno, dado que los centuriones del ejército romano eran verdaderos profesionales. Un general romano no se preocupaba por la pérdida de tribunos, pero se rasgaba las vestiduras si el número de centuriones muertos en una refriega era demasiado elevado. La jerarquía en el interior de la legión situaba a los más veteranos centuriones en altos puestos de intendencia, hasta llegar al *primus pillus*, el soldado más importante, que ordenaba y recibía órdenes directamente del general o del cónsul al mando.

Cimbria. Quersoneso Címbrico. Actual península de Jutlandia. Patria de los cimbrios, junto a los archipiélagos del sur de Scandia. Se sospechaba que al sur de los territorios de Cimbria habitaban los restos del antiquísimo pueblo de los teutones, al

que la mayoría de las tribus germánicas ubicadas al sur consideraba como los padres de todos clanes. Véase *Tuisto*. Véase *cimbrios*.

Cimbrios. Pueblo germánico de gran fama entre los romanos. Vasta confederación de tribus que en un principio habitaron del norte del Quersoneso Címbrico. En el 120 a. C. iniciaron, junto a la gran confederación germánica de los teutones, una migración épica hacia el sur. Se desconocen las causas de este éxodo. Este traslado ocasionó la cruenta primera guerra de Roma contra Germania. Fueron finalmente masacrados por Cayo Mario en dos decisivas batallas.

Cingulum militare. Cinturón romano del que pendía un faldellín de cuero con apliques metálicos.

Cínico. Seguidor de las enseñanzas propias de la escuela filosófica fundada y propugnada por Diógenes de Sinope. En un principio, los cínicos creían en la sencillez y la libertad como la base de un modo de vida que negaba los grandes ideales, intangibles para el placer del ser humano, desconfiando de los deseos y de las ambiciones mundanas.

Classis. Marina.

Clibanarii. Véase *cataphractii*.

Cloaca máxima. Sistema de alcantarillado que recorría la Subura, el Capitolio, el Foro Romano, el Velabrum y el Esquilino Superior, para desembocar en el Tíber, entre los puentes Sublicio (de Madera) y Emilio. El Spinon era el río que fluía por el primer alcantarillado.

Cohorte. Unidad táctica del ejército romano. Cada cohorte estaba formada por seis centurias. Cada legión constaba de diez cohortes. La potencia de un ejército romano a menudo se refería por el número de cohortes que lo componían, en lugar del número de legiones.

Cohortes Prætorii. Cohortes pretorianas, encargadas de la protección del emperador y de la provincia de Italia, durante la República cumplía solamente funciones de escolta del comandante del ejército.

Cohortes urbanæ. Tropas policiales de la ciudad de Roma.

Cohortes vigilum. Bomberos y vigilantes nocturnos de la ciudad de Roma.

Colonia Agrippina. La actual ciudad de Colonia. Fue fundada por Marcus Vipsanius Agrippa tras la deportación y posterior reubicación de los germanos rendidos a Roma llamados úbios, expulsados de sus asentamientos en los márgenes derechos del Rin por los suevos y los marcómanos.

Comitia. Reuniones del pueblo romano que eran convocadas para tratar asuntos de gobierno, de legislación y sobre todo relativos a elecciones.

Cónsul. La más alta magistratura romana dotada de *imperium*, el escalón más elevado del *cursus honorum*. Cada año se elegían dos cónsules, cuyo mando se turnaba de acuerdo a un sistema de poderes vigilado por el Senado. El *imperium* del

cónsul no tenía límites, anulando, si hubiese *contradictio*, el *imperium* de cualquier gobernador proconsular. Su poder se extendía sobre cualquier ejército.

Cónsul suffectus. Cónsul nombrado por el Senado para sustituir a otro enfermo, muerto o sustituido por razones temporales. En los tiempos de Augusto los *consules suffectus* eran elegidos cada año siguiendo el deseo del emperador de no dejar el poder en manos de ningún cónsul durante demasiado tiempo.

Conttarii. Unidad de caballería que llevaban el *contus*.

Contubernio. Unidad mínima del ejército romano compuesta por ocho hombres y que era alojado en una tienda.

Contus. Lanza pesada llevada por los *conttarii*.

Coraza. Planchas que protegían tórax y abdomen y la espalda desde los hombros hasta los lumbares. Se sujetaban con correas sobre los hombros y de las axilas para abajo; los altos rangos llevaban corazas de relieve cuidadosamente cinceladas, de hierro con baño de plata o incluso de bronce con baño de oro.

Coronas honoríficas de Roma. *Cívica*, estaba entrelazada con hojas de encina, se entregaba al soldado que había salvado la vida de un compañero sin abandono del campo de batalla. *Gramínea*, también llamada Corona de Hierba, era un altísimo honor para aquel que hubiera salvado de la derrota a una legión o a un ejército. *Vallaris*, corona de oro que el primer valiente que asaltara las defensas de un campamento enemigo. *Áurea*, corona de oro, entregada por haber matado a un enemigo en combate singular, o presenciado por gran parte del ejército. *Muralis*, corona dentada de oro que era otorgada al primero que hubiera escalado los muros de una ciudad durante un asalto. *Navalis*, corona de oro entregada por hazañas durante una batalla naval.

Cuatorviro. Cada miembro de un conjunto de cuatro al que se le había encomendado el gobierno de una ciudad, especialmente la administración general y la ejecución de obras públicas.

Culibonia. Práctica del sexo anal por parte de una prostituta.

Culus. Culo.

Cumæ. Cumæ. Primera colonia griega en Italia, desde principios del siglo VIII a. C. Estaba en cabo de Misenum.

Cunnun lingere. Lamer el órgano sexual femenino.

Cunnus. Vocablo obsceno; epíteto aplicado al órgano sexual femenino.

Curia Hostilia. Sede del Senado. Construida por el rey Tulo Hostilio, tercero desde la fundación de Roma.

Cursus honorum. *Curso de honor.* Etapas que debía cubrir el aspirante a cónsul. Primero ingresaba en el Senado, luego servía como cuestor, después debía ser elegido pretor, y finalmente podía presentarse a la elección consular.

Curul. En la cultura romana, silla creada sobre piezas de marfil. Por extensión,

tribuna de algún alto cargo del estado.

Cusios armorum. Legionario que estaba a cargo del equipamiento y las armas de la centuria.

Danastris, río. Actual Dniéster. En la antigüedad también conocido como Tyras.

Danuvius. Nombre romano del actual río Danubio, Donau o Dunarea.

Decurión, pl. decurio. Oficial de la caballería romana.

Delenda est Germania. *Destruída sea Germania.*

Delfos. Gran santuario de Apolo en las faldas del monte Parnaso, en Grecia. Desde tiempos inmemoriales fue un centro de culto, y a partir del siglo VI a. C. lo fue en nombre de Apolo. Contenía el *omphalos*, lo que podemos imaginar que se trataba de un meteorito, custodiado por un oráculo.

Denario. Unidad del sistema monetario romano. Era de plata pura. Contenía 3,8 gramos de dicho metal. Cada denario equivalía a dieciséis ases. Su tamaño era igual a la actual moneda de diez centavos americanos, o bien al de los tres peniques ingleses, o los diez céntimos de euro. El talento, por ejemplo, se componía de 6.250 denarios.

Dia nefas. *Día nefasto.* El más temido era el 17 de julio. Conmemoración del día en el que Breno (véase voz) invadió Roma. Estaba prohibido emprender viajes o empresas peligrosas en tal fecha, y los augures realizaban diversas prácticas religiosas como plegaria por Roma hacia los dioses.

Dies Sanguinis. *Día de la Sangre.* Se trataba de la jornada dedicada a Bellona, la esposa de Marte, diosa de la sangre. Tenía lugar el 24 de marzo.

Divitio. Otro de los campamentos romanos ubicados en las cercanías de Colonia Agrippina y del Rin.

Do lettum... Son versos pertenecientes al *Hadubrandtslied*. Siendo germano del siglo VI d. C. puede considerarse una versión literaria e incluso «moderna» del germano que hablaban Armin y los queruscos en el siglo I.

*Do lettum se asckim scritan,
Scarpen scurim, dat in dem sciltim stont.
Do stoptyum to samane staim bort chlodun,
Heuwun harmlicco huitte scilti,
Unti im iro lintun luttilo wurtun,
Giwigan miti wabnum...*

La traducción aproximada: *Se enfrentarán primero con las frámeas de fresno/De certeras lanzadas protegerán los escudos. /Entonces rabiarán los fuertes en abierto combate,/Estallarán los sufrientes y claros escudos,/Hasta que los enemigos sean destrozados,/ Desmembrados por las armas...* (Para los neófitos es importante recordar que la *w* germánica se pronuncia sin excepciones como la *b* del alfabeto latino, siendo considerado casi el mismo fonema: /v/ y /b/).

Domus. Vivienda aislada urbana que pertenecía a una sola familia o a una sola persona.

Draco. Estandarte con forma de cabeza de dragón.

Draconarius, pl. draconarii. Portaestandarte que portaba el *draco*.

Druidazgo. Cultura religiosa de los druidas, forma de los cultos celtas. Su creencia se extendía por las Galias, Britania e Ivernia. En las Galias, sus principales centros de culto estaban en la Galia Cabelluda, en los territorios de la confederación de los carnutos. Culto naturalista y místico, nunca fue visto con buenos ojos por los romanos, que lo consideraron bárbaro y salvaje. *Duplicarii*. Suboficial con doble salario que un soldado raso.

Eber. En alemán, nombre dado al jabalí macho adulto, especialmente al de gran tamaño. Se ha recurrido a su incursión en el relato, junto a la voz *keiler*, para añadir cierta variedad descriptiva en la presencia de un animal de gran importancia en la cultura germana.

Eburones. Pertenecientes a las tribus galo-célticas de los *belgæ*, se sospecha también que fueron tribus semi-germánicas. Fueron vencidas por Julio César.

Editor. Aquél que encargaba la celebración de unos juegos, financiándolos a su nombre, con dinero propio, del erario público o de otros financieros romanos en posesión de grandes fortunas.

Eduos. Tribus germánicas vecinas a los boios y marcómanos, y bajo su dominio. Habitaron territorios de los Montes Sudeta, en la actual Checoslovaquia, así como territorios de la Galia Cabelluda. Fueron romanizándose en la medida en que los ejércitos consulares destruyeron a sus enemigos tradicionales, los arvernos, con Vercingetórix a la cabeza.

Égloga. Entre los antiguos, composición poética de género pastoral. Virgilio escribió muchas imitando el estilo de Teócrito.

Elisazo. Actual ciudad de Elsass.

Encytum. Variedad gastronómica romana, recogida por Catón en su obra *De agricultura* de la siguiente manera: *Mezclar queso y harina de farro a partes iguales. Tomar un embudo ancho y distribuir la masa sobre manteca hirviente. Dar al resultado forma de espirales, cubrir con miel y dejar enfriar. Servir con miel o con mulsum.*

Ennio. Poeta romano considerado bárbaro en época de Virgilio, por su potente uso de las rimas y su ritmo poco labrado y demasiado abrupto.

Epytirum. Variedad gastronómica romana. Al parecer se trataba de una especie de paté de aceitunas trituradas descrito por Virgilio en su obra *Appendix Vergiliana*.

Equites. Ordo equester. Soldados de caballería. Orden romano de la alta sociedad, para pertenecer a esta selecta capa era requisito imprescindible que el aspirante poseyese una renta anual de 400.000 sestercios. Originalmente fueron la caballería

romana, pero paulatinamente devino en una sociedad de alto nivel económico sin obligaciones militares específicas, dado que las caballerías de las legiones fueron en su mayor parte engrosadas por mercenarios, especialmente germánicos, sármatas y galos.

Equites singulares Augusti. Tropas de caballería encargadas de la protección del emperador.

Ergástulo. Recinto en el que durante la noche los esclavos domésticos eran encerrados. Por otro lado, a veces sucedía que el grado de confianza entre el amo y sus esclavos era tal, que muchos de ellos disponían de sus propias habitaciones en la casa.

Escorpión. Máquina de guerra basada en la técnica de torsión de las catapultas; era una lanzadera de largos lances a modo de las grandes balistas. Se cuenta que fueron de terrible precisión, y que sus lances podían transverberar una veintena de hombres antes de detener su vuelo mortal.

Estadio. Medida romana de longitud. Equivale a unos 175 metros.

Estiria. Región alpina que hoy compone uno de los estados de Austria. Su capital es Graz.

Falcata. Arma de los celtíberos. La hoja de la espada era ligeramente curva, apta para el mandoble y para el golpe en punta.

Fasciæ. Especie de espinillera metálica que componía una parte de la panoplia de ciertos gladiadores.

Felatrix. Prostituta que practica la felación. Masc., *felator*.

Fenrir. Monstruo gigantesco de la mitología germánica, especie de can o lobo nacido del incesto entre Loki y una de las gigantas infernales. Era invocado en la guerra. Se creía que Wotan había conseguido encadenarlo a una montaña en el este con ayuda de su hijo Tor, manteniendo al mundo a salvo de su ruina. Las profecías del Ocaso de los Dioses anunciaban que Fenrir se liberaría de sus cadenas y que, en compañía de todas las criaturas contrarias a los Ases, acudiría a la batalla final, donde daría muerte a varios de los dioses.

Flamen dialis. Sacerdote de Júpiter. Fue el más antiguo de entre los quince *flamines* que componían, junto a las dieciocho vírgenes vestales, los dieciséis pontífices y el *Rex Sacrorum* (Rey de los Sacrificios), el Colegio de los Pontífices de Roma.

Flevo, Lago. Gran superficie lacustre que se extendía al norte de las desembocaduras del Rin, junto a las praderas fluviales de los frisios y de los amsívaros. Fue desecado por los habitantes de los Países Bajos y convertido en territorio habitable con el transcurso de los siglos. Se han hallado en sus cercanías numerosos yacimientos arqueológicos de origen germánico.

Framea. Del germ. *Pfreim*. Lanza pesada, *contus*, azagaya. Véase *gæso*.

Francos. Más tarde se recurrió en historia a este término para denominar la fusión o

conglomerado de diversos pueblos germánicos y galos ubicados en aquella zona geográfica de la Galia Bélgica. Se duda de que en los tiempos de este relato existiese pueblo alguno que ostentase tal nombre.

Frigg. Divinidad femenina del panteón germánico. Esposa de Tor, se le atribuía gran belleza, cierta frivolidad y turgentes senos.

Frisios. Pueblo germánico que habitó en la costa sur del lago Flevo, al norte de la desembocadura del Rin.

Furor teutonicus. Expresión atribuida a Julio César, anotada por sus escribanos durante el dictado de su famosa obra dedicada a las conquistas galas, *De bello Gallico*. Expresión con la que definía la actitud denostada y de loco heroísmo con el que, al principio, se enfrentaron las tribus germanas contra los ejércitos de Roma. Como los galos, César anota que los germanos combatían a pecho descubierto por razones rituales, se pintaban el rostro con diversas tinturas naturales, y lanzaban horrisonos gritos para amedrentar y desorientar al enemigo.

Fürst. En alemán moderno, *príncipe*. Pero no debe confundirse con el *princeps* latino, pues en su origen definía al caudillo que gobernaba las tropas germánicas por sus propios méritos en el campo de batalla, razón por la cual las hordas le mostraban su respeto y le juraban la *devotio* de fidelidad. Su uso era variado, entre el atributo de la nobleza y el honor otorgado por la comunidad debido a sus cualidades como líder. Véase *herzog*.

Gades. Actual ciudad de Cádiz.

Galacia. Provincia romana oriental, al norte de Siria. Fue fundada por las tribus celtas de los tolistobogios, los trocmi y parte de los volcos tectosagos, cuando, muerto su caudillo, cruzaron el Helesponto y se establecieron en Asia Menor, en una extensión llamada, pues, Galacia. Su pacificación y anexión al Imperio se debe a Marcus Lollius.

Galea. Casco.

Galia Cabelluda. Véase Galia Comata.

Galia Comata. También conocida como Galia Cabelluda. Se aplicó el pseudónimo latino, *cabelluda*, debido a que sus moradores eran los galos de largos cabellos. Incluía los territorios de las actuales Francia y Bélgica, y fue para los romanos una vasta extensión de ricas tierras con enormes recursos agrícolas sin explotar e irrigada por numerosos ríos de gran caudal. Durante la administración de Augusto, estaba dividida en cuatro Galias: Lugdunensis, Aquitania, Bélgica y Narbonensis. Sus moradores eran los galos (con un total de cincuenta y siete tribus), mezclados en la franja norte próxima al Rin con otras tribus germánicas que habían dado lugar a los híbridos de la confederación de los *belgæ*. Los galos nunca buscaron el contacto con los romanos, salvo cuando no tuvieron más remedio que aceptarlo, en las zonas fronterizas, y vivían, al estilo rural, de la agricultura y de la ganadería en pequeñas

aldeas o alquerías fortificadas que preservaban la libertad de sus clanes, el tesoro de sus jefes y el trigo de la comunidad. Cuando no se hallaban demasiado mezclados con los germanos, los galos vivían bajo la influencia de sus druidas. Es importante reconocer que los galos de largos cabellos no eran amantes de la guerra y que, a diferencia de los germanos, no la veneraban como *modus vivendi*, pero llegada la ocasión de combatir se convertían en fieros guerreros. Bebían más cerveza que vino, sobre todo hacia el norte, comían más carne que pan, preferían beber leche y usaban la mantequilla para cocinar en lugar del aceite de oliva. Físicamente nos han sido descritos por los historiadores romanos como altos y fornidos, generalmente rubios o castaños, de ojos azules o grises.

Galia Itálica. Nombre simplificado elegido para la provincia de la Galia Cisalpina, de *este* lado de los Alpes. Incluía los territorios de los ríos Amus y Rubico en el lado italiano de las montañas alpinas que separaban a Italia y la Galia Itálica del resto de Europa. De este a oeste se hallaba biseccionada por el río Padus (el actual Po).

Galias Transalpinas. Las provincias romanas al otro lado de los Alpes según la administración de Augusto. Véase Galia Comata.

Garum. Salsa de pescado a la que se atribuye una terrible pestilencia, muy codiciada por los romanos. De cualquier modo, los estudiosos modernos de la gastronomía romana han deducido, a partir de las recetas recogidas por Apicio y de otras investigaciones, que el *garum* no debía ser tan insoportable al gusto moderno como se ha creído hasta la fecha, pues se considera que metían los peces sin eviscerar en sal durante 65 días, aderezados con 16 especias diferentes, en un proceso de maceración.

Gæsatos. Del céltico *gaison*, del germánico *gaizaz*, ambos se traducen por *lanza*. Los gæsatos, los *lanceros*, *armados con lanza*. No se han hallado más referencias a este pueblo aparte de la mención en los anales de Roma, que data de una batalla que tuvo lugar en la Galia Transalpina en el año 222 a. C.

Gæso. Pesada barra de hierro, provista de una punta afiladísima, que los germanos blandían en defensa a corta distancia, o que arrojaban a caballo contra las huestes armadas. También conocido como *framea*, del germano *pfreim*, según Tácito (*Germania*).

Gens. Clan. Familia en un sentido amplio, comprendiendo los grados de parentesco más amplios.

Gépidos. Tribu galo-germana perteneciente a la confederación de los *belgæ*.

Gladius. Gladio hispano. Espada corta de uso común entre los legionarios. A diferencia de la *falcata*, carecía de protección en torno a la empuñadura y su hoja era perfectamente recta.

Glaesum. Versión latina, según Tácito (*Germania*), del término germano *glæs* con el que las tribus del norte se referían al ámbar. Los romanos también empleaban los términos *electrum* y *sucinum*.

Godos. Pueblo germánico de gran renombre en la historia. Habitaron en los territorios de la actual Polonia. Vivieron en paz con la frontera de los sármatas debido al miedo que se tenían mutuamente ambos pueblos, y en los tiempos de este relato no se vieron amenazados por Roma, por estar sus dominios demasiado al norte. Más tarde desempeñarán un papel decisivo en la caída de Roma, cuando Alarich, rey de los ostrogodos, capitaneó la invasión definitiva que echará abajo las fronteras en el año 411 d. C.

Goteborg. Ciudad sueca. Se hallan emplazamientos germánicos desde la Edad de Piedra en sus alrededores.

Græculus. Nombre despectivo con el que los romanos se referían a los esclavos y libertos de origen griego. A menudo se dedicaban a tareas relacionadas con la cultura y la educación, como la gramática, la oratoria, la filosofía o las artes del cálculo o la ingeniería, así como la música o las artes escénicas.

Grammaticus. A diferencia de lo que se piensa, no se trataba de un maestro de gramática, sino del arte de la retórica. Muchos de ellos eran de procedencia griega.

Grecóstasis. Edificio ubicado en Roma, dedicado a la recepción de embajadas extranjeras.

Gustaticium. Degustación de varios platos; menú.

Hastatii. El cuerpo de los legionarios más pesados de una legión. Equipados con armadura completa, escudo rectangular, *pilum* y espada. Habitualmente componían las cohortes más resistentes, y se utilizaban en el movimiento de la legión con objeto de resistir las embestidas del enemigo. Los *hastatii* estaban entrenados para proceder como unidades ágiles que se abrían y cerraban, lo que lograba fragmentar las hordas enemigas y reducirlas a grupos cada vez menos numerosos. Las mayores matanzas de los *hastatii* sucedían por alcance, no por ataque.

Hastile. Vara de mando llevada por el decurión de unos dos m de longitud terminada en una bola decorativa.

Hékate. Diosa de la muerte, venerada por los griegos. Junto a Minos, el legislador de los infiernos, velaba por los designios de ultratumba.

Helia. Diosa infernal en la mitología germánica. Su culto estaba extendido entre algunas de las tribus del norte.

Hemdall. Dios germano perteneciente a la familia de los Ases. Se le consideraba el guardián de la morada de los dioses, las montañas de Asgard, y esperaba al pie del arco iris, el puente por el que se accedía al Walhall, el salón de las tormentas.

Herminonios. Pueblos germanos que adoraban a Herminon, hijo de Mannu, dios de la guerra. Eran mayoritariamente las tribus del interior: cáttos, hermúnduros, queruscos, anglos, brúcteros, vindélicos, hermúnduros, marcómanos, usípetos, téncteros, márseros.

Hermúnduros. Pueblo germánico que habitaba en el curso medio del Elba.

Herzog. La palabra *herzog*, que traducimos hoy del alemán como *duque*, contiene las raíces de *herr*, señor, y *zog*, una de las formas del verbo irregular *ziehen*, *tirar*, *arrastrar*, y por ello está unido a una idea primigenia de *movimiento*, en el sentido que implica *actividad*, *dominio*. Es una palabra que encierra y propone el significado de *líder*, si tenemos en cuenta que los historiadores romanos mejor documentados, como es el caso de Tácito en su texto *Germania*, nos describe, a la cabeza de las hordas germánicas, a hombres en posesión de estos títulos, junio a la palabra *príncipe*. Tácito dejará escrito que Arminius era *un príncipe querusco*, es decir, un líder querusco, de la casta guerrera, hijo de un duque querusco. A diferencia del concepto medieval de la palabra alemana para príncipe, *fürst*, su origen mantiene intacto y con claridad lo que designaba en su fase primitiva. Dentro de la estructura de las castas guerreras de los germanos, *fürst* está emparentada en su raíz con la anglosajona *first*, *primero*, *único*, y describe tanto los derechos como las obligaciones de ese título: articular la defensa del pueblo, y a su vez ser el *primero*, el *líder*, el que dispone de la orden de asalto y de la capacidad de decisión. Hasta tal punto el concepto de lucha está presente entre los germanos, que sus dioses reflejan esa concepción de la guerra como padre de todas las cosas, recordando a un presocrático Heráclito. Wotan, también conocido como Odín, proviene de *wuoden*, antecesora de *wüten*, *rabiar*, *encolerizarse*, unido al modo de pelear. La lucha, una necesidad para sobrevivir y mantener el dominio de los recursos naturales, una obligación ineludible para cualquier tribu desde el origen del hombre, continuaba siendo entre los germanos un rasgo muy marcado, más que en otros pueblos de su entorno, como los galos celtas o los nómadas de las estepas orientales. El *Walhall*, otro símbolo de su mitología, será para ellos el paraíso, la sala (*Halle*) de la guerra (*wal*, ant. Germ.) donde Wotan*, Ziu* o Herminon-Irminur*, el Supremo, recibe a los héroes caídos en las guerras, y el *Ragnarök**, el ocaso del mundo, será la caída de los dioses en una apocalíptica batalla final. Extenuados por las luchas tribales e intestinas, sólo cuando un enemigo común amenace la libertad de los germanos se verá provocada en ellos la necesidad de unirse unos a otros, de salir de la concepción tribal, más estrecha, en busca de una conciencia más amplia del propio *pueblo*, ya en el sentido de *estado*.

Imaginifer, pl. imaginiferi. Portaestandarte que portaba el *imago*.

Imago. Estandarte con un pequeño busto del emperador.

Imperator, c. Emperador. Concentraba en sus manos los poderes supremos originariamente republicanos: ejecutivo, militar, legislativo, fiscal, judicial y religioso, ya que era, también, *pontifex maximus* de la religión oficial romana.

Imperium. Poder absoluto otorgado a un emperador durante el imperio o a un cónsul o pretor en la república.

Impluvium. Apertura en el techo de las casas romanas, por las que accedía la luz con la que se iluminaba el *atrium*, dotando de privacidad a las ventanas interiores, y por

donde se acumulaba el agua de las lluvias, que revertía en los aljibes y en el estanque. **Ingævonios.** Las tribus de la costa, que se atribuían al dios Ingævon. La oscura diferenciación que realiza Tácito en su *Germania* habla de dos grandes conjuntos de tribus germánicas. Por así decir los del interior y los de las costas.

Inmunis. Soldado con oficio.

Insulæ. Casa urbana romana de varios pisos. Llegaron a una altura de seis u ocho plantas, y fueron objeto de terrible especulación inmobiliaria. Eran construidas con malísima calidad, y era habitual que los edificios se viniesen abajo o ardiesen debido a la mala disposición de los fuegos en su interior, donde los subarrendatarios dejaban que fuesen docenas las personas que ocupaban una sola cámara. Cuando las leyes se endurecieron, exigiendo muros más anchos que soportasen el peso de aquellos edificios, se ha descubierto que muchos de ellos eran levantados con muros falsos, cuyo interior era relleno con cascotes de la propia obra. El resultado era una estructura insegura que no tardaba en derrumbarse. Las leyes de Augusto prohibieron que se alzasen edificios de más de seis alturas, aunque los senadores, verdaderos especuladores de la ciudad de Roma, no parecieron hacer demasiado caso, pues el negocio de poseer *insulæ* en Roma era uno de los más lucrativos del momento. La situación vivió una de sus peores crisis en el año 33 d.C, cuando Tiberio ya era emperador. El «crac del 33» fue ocasionado por una sucesión alarmante de derrumbamientos e incendios, así como por un auge exhaustivo de los intereses exigidos por los prestamistas. La gente ya no podía pagar sus casas y llegó una fiebre vendedora. Como no había liquidez, la demanda era mucho inferior, con lo que los precios cayeron en picado. La situación de caos fue resuelta por el propio Tiberio, quien tuvo que intervenir en la economía con su propia fortuna, recurriendo a un método poco ortodoxo: confiscó las minas de oro de Sierra Morena, en Hispania, bajo una falsa acusación contra su administrador, un tal Mario (multimillonario de la época al que se le debe el nombre de *Sierra Morena*) y acuñó gran cantidad de moneda con la que rescató a Roma de la preocupante situación, pagando muchas de las deudas y frenando la espiral de la depreciación.

Irminur. Herminur. Herminon. Uno de los más primitivos nombres del dios supremo de la guerra entre los germanos, junto a Tuisto y Ziu. Hijo de Mannu y nieto de Tuisto. Le veneraban los germanos del interior, identificados todos ellos bajo el nombre general de *herminonios*. Su forma de veneración consistía en una suerte de bloques megalíticos en forma de columnas, en torno a las cuales alzaban círculos de piedras. Estos altares recibieron el nombre de *Iminsül*, Columnas de Irminur, pues suponían que sostenían el cielo y que ponían a los hombres mortales en contacto con la divinidad. La última de ellas, convertida en un gran centro de culto, fue destruida en Ehresberg por Carlomagno a finales del siglo VIII durante las guerras contra los sajones. Esta creencia en el significado totémico de la presencia de los megalitos se

remonta a la Edad de Piedra, cuando estaba prohibido tocar los monumentos, por considerarse puertas que se abrían al más allá. Un aprovechamiento brillante de esta visión tan primitiva como estimulante lo encontramos, paradójicamente, en una película futurista, en el guión de Arthur C. Clarke para *2001: Odisea en el espacio*; cuando el cosmonauta toca el misterioso monolito desenterrado en la Luna, sufre un estado de shock, acompañado de alucinaciones, y, en la segunda ocasión, al aproximarse a él en medio del vacío cósmico, experimenta un *salto al infinito*.

Irrumatrix. Literalmente, *succionadora*. Masc. *irrumator*. Calificativo muy peyorativo para hombres, efebos, prostitutas o mujeres lascivas, ninfómanas o adúlteras. Se consideraba de peor condición moral que la *felatrix*.

Istævonios. Según la oscura división de los pueblos germánicos legada por Tácito en su obra *Germania*, con esta palabra se refería a los semnónios, suabos, túngrios, turingios, ubrios, eduos, eburones, vangiones, sugámbríos, amsívaros, longobardos, bátavos, sajones, rúgios, vándalos, gépidos, burgundios, godos y ostrogodos.

Iugula. *Degüéllalo*.

Ivernia. La actual Irlanda.

Keiler. En alemán, palabra de origen germánico que describe a un jabalí especialmente violento, provisto de afilados colmillos. También hace alusión a un cierto gusto o tendencia por las peleas, como lo demuestra la extendida palabra *keilerei*, *refriega*, *escándalo violento*. A diferencia del *Eber*, no tiene por qué ser un macho viejo de gran tamaño.

Kuninc. Vocablo germánico que significa algo así como *rey*, *líder supremo*, el más alto cargo de un pueblo germánico cuyos clanes y tribus están unidos bajo una casia guerrera organizada. Era, por así decir, el jete de jefes, a menudo elegido entre las familias de jefes, o porque se trataba del líder que contaba con un mayor número de guerreros. A diferencia del *kónig*, palabra moderna alemana que se traduciría a su vez por *rey*, el *kuninc* podía ser elegido por el consejo de las tribus, teniendo o no carácter hereditario. Disponía de una guardia personal que le seguía a todas partes y que estaba obligada a luchar hasta morir por salvarlo durante una batalla; a menudo se desplazaba en carro en las ocasiones solemnes, sobre su propio escudo, en pié, mientras dos o más yeguas necesariamente de pelo blanco tiraban del conjunto.

Laserpicium. Condimento muy apreciado por los romanos que se extraía de una especie de hinojo gigante silvestre que crecía en el norte de África.

Lauriacum. Actual ciudad de Lorch.

Legario. Monolito que se usaba en las calzadas galas. Aparecía tras la longitud equivalente a una legua gala, es decir cada 2.222 metros.

Legatus August pro praetore, pl. Legati Augusti pro praetore. Gobernador de una provincia imperial y comandante en jefe (general) de las legiones estacionadas en la misma.

Legatus imperialis. Legado imperial. Cargo que no existió hasta la época de Augusto. Era el portador del *imperium* militar en el desarrollo de una misión concreta para la que era escogido «a dedo» por el Emperador en persona.

Legatus legiones. Legado, oficial al mando de una legión.

Legio, c. legión. Unidad básica del ejército romano, compuesta por unos 5.120 hombres.

Lenos. Proxeneta. Véase *palæ*.

Lex provincias. Estatuto promulgado al fundarse la provincia, en el que se determinaban las constituciones, la condición jurídica, los privilegios, las leyes y los territorios de las ciudades que formaban parte de la misma.

Libum. Especialidad culinaria romana, especie de hogaza citada por Catón en su obra de gastronomía *De agri cultura*.

Lictor. Funcionario tradicional al servicio del Senado. Pertenecían a un colegio de lictores. Proveían de escolta a todos aquellos que poseían o gozaban de *imperium* tanto en Roma como fuera de ella. Ciudadanos romano de pleno derecho, no pertenecían, a diferencia de los del colegio de sacerdotes, a las clases altas, porque se sabe que su sueldo no era demasiado alto y que dependían de la grandeza y generosidad de aquellos a los que debían escoltar. Dentro de Roma vestían una sencilla toga blanca, pero fuera vestían otra carmesí cerrada por un cinturón oscuro guarnecido con piezas de latón. Sólo en los funerales, vestían la toga negra.

Limes. Frontera; nombre que los romanos dieron a la línea que recorría los límites de sus dominios.

Lituus. Bastón de los sacerdotes romanos, de la altura de un hombre, o incluso más, y curvado en la parte superior.

Loki. El más controvertido e interesante de los dioses del panteón germánico. As del fuego y de la mentira, Loki también es el mejor orador del conjunto, atribuyendo al significado de la palabra el de sofístico engaño. Son numerosas las sagas o cuentos en las que interviene el dios Loki, causando múltiples y variados quebrantos al resto de los Ases, poniéndolos en serios apuros, o dejándolos en absoluto ridículo. Las leyendas le atribuían una alianza primigenia con Wotan-Odin, el dios supremo entre los ases, aunque su sentido no está clarificado; quizá una alusión velada en el interior del *corpus* mitológico que daba al poder supremo una inevitable vinculación con la mentira o la demagogia.

Longobardos. Pueblo germano que habitaba en los territorios septentrionales, más allá del curso del Elba y del Visurgis. Tácito refiere varias de sus costumbres de culto matriarcal en su texto *Germania*.

Losso de Cuma. Maestro de la escuela de los estoicos. Se desconocen sus obras.

Lorica. Armadura.

Lorica hamata. Cota de malla o armadura formada por anillas enlazadas.

Lorica scamata. Armadura formada por escamas metálicas.

Lorica segmentaria. Armadura de placas metálicas.

Lubricus. Lat. Crepúsculo matutino, alba. En castellano se ha recurrido a su traducción en el lenguaje poético con la forma *lubricán*; como la palabra ha caído en desuso, optamos por la forma latina.

Ludi gladiatorii. *Juegos de gladiadores.*

Lugdunum. La actual Lyon.

Lúgios. Pueblo germánico, vecinos de los godos, Luna, *Bosques de Luna*. Enormes extensiones selváticas que crecían en la orilla derecha del Rin, en lo que hoy son los territorios del Odenwald.

Lupia. El actual río Lippe.

Lura. Trompa ceremonial de los germanos. Se trataba de un instrumento forjado en bronce, cuya longitud oscila entre 1,22 y 2,00 metros, según los diferentes hallazgos arqueológicos. Su sonido era grave y metálico, bien diferenciado del que producían las populares trompas de caza o de guerra, hechas a partir de cuernos de animales como bueyes o uros, y su uso debía ser sagrado o sacerdotal, reservado a las ocasiones especiales de cada consejo.

Lutecia. La actual París, ya entonces un próspero centro de intercambio económico y mercantil, una de las capitales de la confederación celta de los carnutos.

Mandata. Código o instrucciones entregadas por el emperador al *legatus* para el gobierno de la provincia asignada bajo su control.

Manipulo. Unidad formada por dos centurias.

Mannu. Dios germánico. Hijo de Tuisto.

Marcómanos. Importante pueblo de Europa central. La discrepancia sobre su raigambre germánica o celta continúa siendo discutida, pero lo cierto es que siempre fueron aliados de los boios bohemios. Habitaban en el curso alto del Elba, donde hoy se halla Checoslovaquia. Participaron en la primera guerra tras unirse a los cimbrios y a los teutones en el séptimo año de la gran migración, hacia el 113 a. C. Pueblo independiente y en posesión de una de las armadas más numerosas, fue durante cientos de años uno de los peligros latentes de Germania, y aunque siempre adoptó una posición de conveniente sumisión hacia los emperadores romanos, acabó por protagonizar una de las peores revueltas en los tiempos de Marco Aurelio.

Márseros. Tribus germánicas que habitaron en los bosques del sur de Teutoburgo, así como las selvas de Hercynia. El arqueólogo Ernst F. Jung se refiere a ellos como los *lobos rojos*.

Medhu. Vocablo germánico del que procede la palabra alemana *Met*, *hidromiel*, una especie de cerveza dulce fermentada que fue la bebida favorita de los germanos. En este relato he optado por usar, además de la más usual, la forma germánica más antigua.

Melibocus. Monte situado en el actual Zwingenberg.

Menapios. Tribus germano-galas pertenecientes al conjunto de los *belgæ*.

Mentulæ. Plural de pene, en su vocablo latino más obsceno.

Miliario. Poste o hito que se colocaba junto a las calzadas cada milla.

Miles, pl. milites. Soldado.

Milla. La milla romana medía un kilómetro y medio.

Modio. Medida antigua de grano equivalente a seis quilos.

Moguntiacum. Actual ciudad de Mainz.

Monteferino, macedónico. Uno de los tipos de casco romano usados en la época de Augusto y tras la incorporación del escudo cuadrangular en lugar del oval.

Moretum. Según catón en su obra culinaria *De re coquinaria*, una especie de pastel de queso con carne.

Mosa. Actual río Mause en Francia (en Alemania, Maas).

Mosella. El actual río Moselle.

Mulsum. Combinación de vino blanco y miel con la que los romanos, según Apicio, gustaban de cocer ciertas carnes previamente doradas al fuego o a medio asar.

Nemeton. Importante término del druidazgo céltico, que la tradición celta ha transmitido hasta nuestros días con el significado de *centro del mundo*, punto de unión entre lo divino y lo humano. También conocido como *belnemeton*, nemeton en honor a Belenos.

Nerthus. Diosa de la Tierra entre los misterios primitivos germánicos y madre de todos los vanes, las fuerzas primigenias del mundo y sus primeras manifestaciones divinas tras la Edad de Piedra. Su culto estaba muy extendido y poseía numerosos santuarios en los grandes bosques. Se cree que gozaba de tributos sacerdotales matriarcales semejantes a los druidas, así como de sacrificios blancos.

Nervios. Tribus galo-germánicas pertenecientes al conjunto de los *belgæ*.

Nidhogg. Uno de los monstruos de la mitología germánica engendrados por Loki. Era una especie de serpiente gigantesca que habitaba en las profundidades de los mares, y que en la cosmovisión original roía eternamente las raíces del Árbol de la Vida, la columna viviente de Irminur que sostenía la bóveda del cielo y que impedía que éste se cayese sobre los moradores del mundo. La mitología le reserva un papel decisivo y funesto en el fin del mundo.

Nitimur in vetitum. *Nos lanzamos en lo prohibido.* Verso de Ovidio, escogido por Sixto Aulio como santo y seña para acceder a sus orgías.

Nodgnir. Nombre de valquiria, recogido en los *Eddas* por el islandés Snorri Sturlusson.

Nómitos. Tribus galo-germánicas de los *belgæ*. Habitaban la zona interior de Germania Superior.

Noricum. Provincia alpina romana, fronteriza al norte con Germania Magna y al

suroeste con las Galias Transalpinas. Se extendía sobre el Tirol oriental y los Alpes yugoslavos. Su población central era Noreia y sus habitantes eran los tauri celtas.

Norna. Divinidad germánica a la que se atribuía poderes sobre el tiempo. Eran tres, Urd, Werdandi y Skuld, pasado, presente y futuro respectivamente. Se creía que tejían los hilos del destino y eran representadas como ancestrales mujeres sin rostro. Comparaban la vida de cada ser a un hilo, que, al ser cortado, traía el fin y la muerte.

Octeto. Desde los tiempos de Julio César, los campamentos romanos adoptaron las tiendas de campaña que albergaban ocho soldados, razón por la que fueron conocidas con ese nombre.

Onagro. lat. *onager*, máquina de guerra que lanzaba piedras con una honda.

Oppidum magna. *Gran fortaleza.* Superlativo de un típico asentamiento galo.

Optimates. Facción de senadores romanos procedentes de familias que mostraron mayor oposición a la familia Julia desde el comienzo de su ascenso al poder.

Optio. Suboficial de una centuria, 2º al mando de una centuria por debajo del centurión. Se colocaba en la parte posterior de la centuria cuando la unidad avanzaba. Llevaba una vara de mando llamada *hastile* de unos dos m de longitud con una bola decorativa en el extremo superior.

Oráculo. Del latín *orare*, hablar (con Dios) de algo elevado que los hombres no pueden entender. Si no se está consciente se necesita un intercesor o médium.

Oratio. Cada fase del discurso retórico en que se apoyaba una exposición oral.

Ordo equester. Orden patricio. Véase *Equites*.

Ostrogodos. Pueblo germánico, parte de los godos que habitaban hacia el este, en las fronteras con Sarmatia.

Ovatio. Literalmente, *ovación*. Estrechamente vinculada con la entrega de un *triumfo*.

Ovitavia. Campamentos romanos al norte de Noricum, hoy Austria.

Palæ. Prostituta romana que no podía elegir entre sus clientes. Trabajaba habitualmente para un *lenos*, o proxeneta.

Palatinado. Una de las colinas de Roma, zona muy cara en la que habitaron los personajes más ilustres. Contiene parte del legendario muro que levantara Rómulo, así como su choza redonda.

Paludamentum. Manto púrpura que portaron primero los cónsules de la República, después los legados imperiales de Augusto y los pro-pretorees de las provincias.

Panecio de Rodas. Maestro de la doctrina filosófica estoica.

Pannonia. Provincia romana ubicada al este de los Alpes, en los territorios de Yugoslavia.

Pænula. Capa o poncho cuadrado o rectangular con un agujero central para la cabeza y con o sin capucha.

Pater patriæ. Título honorífico entregado por el Senado por vez primera a Augusto.

Significa *padre de la patria*. Curiosamente, los germanos llamaron a Wotan padre de la guerra y padre de los pueblos.

Pax Augusta. Pacificación política y militar de las provincias del Imperio.

Phalerae. Insignias honoríficas en bronce, plata u oro, con rostros y personificaciones, que portaban los centuriones veteranos sobre las corazas pectorales.

Peregrinus, pl. peregrini. Peregrino, persona sin la ciudadanía romana.

Pero, pl. perones. Suave zapato cerrado que llegaba hasta el tobillo utilizado habitualmente por los oficiales romanos.

Picta. Véase *toga picta*.

Pie. Medida de longitud romana equivalente a 1,50 metros.

Pilum, pl. pila. Jabalina de dos m de longitud.

Pillum. Especie de ligera jabalina que arrojaban los legionarios sobre sus oponentes en combate.

Plaustrum. Gran carro de cuatro ruedas que se usaba en Roma para las procesiones, sobre el que se mostraban trofeos de guerra o se portaban a las vírgenes vestales.

Podex. Obscena expresión latina referida al orificio del ano; por extensión, cualquier imbécil o idiota.

Pollice verso. Puño cerrado con el pulgar apuntando hacia abajo. Indicaba la muerte de aquel que se encontraba a merced de la elección.

Pontifex maximus. Cargo otorgado al emperador como máximo pontífice de la religión oficial romana.

Porticus. Estructuras móviles que se utilizaban para la protección de los soldados en un asedio.

Præfectura morum. Magistratura desde la que se vigilaba el modo de vida romano, así como la calidad moral de las costumbres.

Præfectus. Prefecto, comandante de una legión o unidad de infantería o caballería.

Præfectus castrorum. Prefecto del campamento romano.

Præfectus classis. Prefecto de la marina romana.

Præfectus fabrum. Jefe de los artesanos especializados (*fabri*), encargado de dirigir a los ingenieros, topógrafos y obreros del ejército.

Præfectus navis. Prefecto de un navío militar romano.

Præfectus prætorio. Prefecto de las cohortes pretorianas, actuaba también como primer ministro.

Præfectus urbi. Prefecto de la ciudad de Roma, comandante de las cohortes urbanas o policía de la ciudad.

Præfectus vigilum. Comandante de las cohortes *vigilum*, también ejercía de juez en las faltas leves.

Prætor. Pretor, en ausencia de los cónsules en la ciudad, el *prætor* ejercía de jefe de

los magistrados de Roma, es responsable de la administración legal, y tiene el poder de dirigir un ejército.

Prætor urbanus. Pretor con jurisdicción en la ciudad de Roma.

Prætor peregrinus. Pretor que ejercía en las causas de los extranjeros.

Primi ordines. Centuriones de la primera cohorte.

Primus pillus. El mejor soldado de una legión, habitualmente un centurión veterano. Portaba la lanza honorífica cuya asta era de plata. Junto al *aquilifer*, ostentaba el mayor rango de honor castrense entre las tropas.

Princeps senatus. Primer senador, cargo otorgado al emperador.

Príncipes. En el antiguo ejército romano equipado con armadura completa, escudo rectangular, pilum y espada. Eran hombres con más experiencia que los *hastatii*.

Pro consul. Pro cónsul, magistrado que operaba fuera de la magistratura anual de cónsul y fuera de Roma.

Pro prætor. Pro-pretor, magistrado que opera fuera de la magistratura anual de pretor y fuera de Roma.

Proletarii. Clase baja de la sociedad romana, pobres, que entregaban a Roma sus hijos, su prole, de ahí la palabra. Las masas, diríamos hoy, que no tenían derecho al voto y cuya única opción era ingresar en las legiones. Sin embargo, los políticos se preocuparon de mantenerlos contentos y distraídos, gracias a los juegos y las anonnas de grano. Roma siempre reconoció el peligro de la revolución; sin embargo, descuidó el peligro de la revolución religiosa, que sí triunfó con el Cristianismo.

Pteruges. Chaleco de lino prensado que lleva acopladas en los hombros y en la cintura unas tiras del mismo material y terminadas en flecos, utilizado por oficiales de alto rango.

Puerta prætoria. Puerta principal de un campamento romano o de *un castellum*.

Pugio. Daga.

Pytheas de Massilia. Geógrafo y navegante griego, alcanzó el mar del norte.

Queruscos. Pueblo germánico que alcanzó gran relevancia durante la tercera guerra de Germania, que se relata en esta obra, debido, fundamentalmente, a la fama del caudillo conocido entre los historiadores romanos como Arminius. De las tribus queruscas nació el libertador de Germania y uno de los peores enemigos de Roma. Antes, los queruscos se unieron a la confederación de los teutones junto a los helvecios ligurinos y los marcómanos, para luchar contra Roma en el año 102 a. C. e invadir el norte de Italia por la zona este del frente que va desde Noricum hasta Aquileia, pero habiéndose reunido en los Alpes se enteraron de los exterminios ocasionados por los ejércitos romanos de Cayo Mario, y retrocedieron a sus emplazamientos originales. Paradójicamente, tras la muerte de Arminius los clanes queruscos encuentran un oscuro final. Tácito refiere que, a falta de enemigos, los queruscos sucumbieron ante sus vecinos germanos con la desaparición del linaje de

Segimer, continuado por su nieto Italicus, hijo de Flavus, nombre latino de Segifer en este relato, el hermano mayor de Arminius.

Querúsquia. Patria de los queruscos, cuyos límites inciertos recorrían las ciénagas norteñas entre los cursos medios del Wesser y del Elba.

Ragnarök. Expresión islandesa que define el fin del mundo según la mitología germánica y la tradición vikinga.

Re coquinaria. Literalmente, asunto o cosa culinaria; hoy diríamos *gastronomía*.

Res Gestæ Divi Augusti. *De las obras del divino Augusto.* Testamento literario de Augusto cincelado en docenas de columnas que fueron repartidas por Tiberio en todas las provincias a la muerte del emperador. Aunque se le dedicará un breve apéndice al final de esta tetralogía, cabe señalar que, para Levi, en el *Res Gestæ* se advierten tres grandes temas: las empresas de Augusto, los honores por él recibidos y los gastos realizados a favor del estado por el emperador. Por todo ello se han incluido numerosas citas a lo largo del texto, que dan al espectador un contrapunto entre lo que realmente ocurría, como nos lo han demostrado los historiadores posteriores, y lo que Augusto quiso que se supiese y lo que su estado promocionó. No es casual que el desastre de Teutoburgo no encuentre referencia alguna en este *memorandum* publicitario. La política de Augusto, como toda política imperialista actual o pasada, tenía como finalidad ocultar cualquier elemento que pudiera desprestigiar su gobierno. Respecto a la estructura del texto, el lector no ha de extrañarse de que aparezcan a lo largo de esta obra en aparente desorden: pues en el *Res Gestæ* original no se trata de que estos temas aparezcan claramente diferenciados, por el contrario, están mezclados y sin seguir un orden cronológico, cuestión, esta última, que se advierte claramente, mientras que esta obra sigue una estricta sucesión cronológica y geográfica. Para Levi esto se debe a que en el documento: «existe un ritmo que a nosotros aparece como secreto, pero de cuya existencia nos damos cuenta ya que constatamos que la exposición está ordenada según una regla interior. El ritmo está regulado por la finalidad del documento, y la composición está determinada de la misma manera, y esto es fruto de la necesidad de hacer resaltar el carácter excepcional de la persona de Augusto y el progresivo intercambio de obras y reconocimientos. Parece necesario señalar que los tres temas no ocupan la misma importancia en la composición de la obra. Como nervio central aparecen las empresas mismas de Augusto, vale decir, las obras de su gobierno. Los otros aspectos se desprenden de aquí. En efecto, los honores son mencionados para demostrar el reconocimiento social que han obtenido sus empresas, así como para señalar que el emperador contó siempre con un amplio respaldo.

Rex Sacrorum. Véase *Flamen dialis*.

Rhenus. El actual río Rin. Se consideraba tan ancho, veloz y hondo, que fue imposible construir puentes hasta que Julio César lo consiguió a mediados de la

primera centuria anterior a Cristo. Los puentes fueron contruidos con la técnica del contrapeso, apostando vigas de refuerzo contra la corriente para permitir que la estructura clavada en el lecho de río resistiera su empuje.

Rorarii. Unidad del antiguo ejército romano.

Rúgios. Pueblo germánico referido por Tácito (*Germania*). Habitaba las orillas del Vístula.

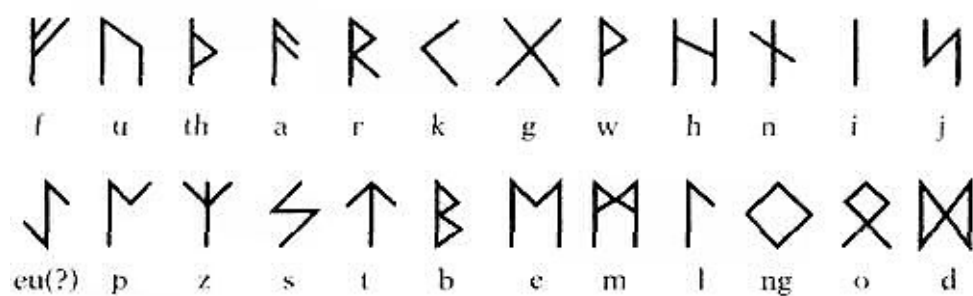
Runas. Signos de escritura utilizados por los antiguos germanos. El cuadro fonético expuesto a continuación es el más completo y aproximado que se ha desarrollado a partir del Futhark, el cuadro de runas más antiguo. Por ser el más habitual en el oeste de Europa septentrional, cabe suponer que los queruscos recurrían a una forma aproximada para realizar sus registros sagrados en monumentos megalíticos como los de Externstein.

Los signos de interrogación del cuadro se refieren al significado de algunas runas que nunca han quedado del todo esclarecidas para los arqueólogos.

Cuadro fonético:

Nombre (reconstruido)	Sonido	Nombre (reconstruido)	Sonido	Nombre (reconstruido)	Sonido
Fehu („Ganado“)	f	haglaz („Granizo“)	h	teiwaz, tīwaz („Dios del Cielo, Tyr“)	t
ūruz („Uro“)	u	naudiz („Penuria“)	n	berkanan, berk(a)nō („Rama de abedul“), berkō (“Abedul”)	b
Þurisaz („Gigante“)	þ (th inglesa)	eisa-, īsan (“Hielo”)	(ei), i	ehwaz („Caballo“)	e
ansuz („As “)	a	jēran („(buen) Año“)	j	mann- („Hombre“)	m
raidō („Cabalgata, Carro“)	r	ī(h)waz („Tejo“)	i	laguz („Agua, Lago“) o laukaz (“Puerro”)	l
kaunan (?) („Herida“)(?)	k	perþō? perþrō? pezdō?	p? (sonido no esclarecido)	ingwaz („Dios Ing“)	ng
gibō („Don“)	g	algiz (?) („Alce“)	-z, -R (consonante final)	dagaz („Día“)	d
wunjō („Maravilla, Milagro“ ?)	w	sōwulō („Sol“)	s	ōþalan („Herencia, Tierra“)	o

Cuadro gráfico:



Sagittarii. Arqueros.

Sagum. Capa.

Sajones. Antiguo pueblo germánico. Habitaban originalmente al norte del Elba. Son

conocidos desde la antigüedad por su terquedad, su fiereza y su carácter indómito.

Sala. Actual río Saale.

Saltus Teutoburgensis. Literalmente, *Sierras de Teutoburgo*. Nombre dado por los geógrafos romanos a las elevaciones existentes entre los ríos Ems y Weser, así como donde tiene su nacimiento el Lippe, afluente del Rin; territorio sureste de los montes Osning (lat. *Osnengi*). Territorios escabrosos y de austera orografía. En la actualidad conserva el mismo nombre en alemán: *Teutoburger Wald*. Muchos nombres de lugares en sus inmediaciones hacen pensar que la mención adjudicada por el obispo Ferdinand von Paderborn en 1710 a lo que anteriormente se denominaba *Lippischer Wald* es acertada, dado que algunos lugares del entorno reciben nombres como *Winnefeld*, Campo de la Victoria, o *Knochenbahn*, Camino de huesos, o *Mordkessel*, Desfiladero de la Muerte, que indudablemente demuestran cómo la geografía de Osning quedó impregnada por las secuelas de la decisiva e histórica batalla protagonizada por Arminius al frente de la armada germánica en septiembre del año 9 d. C.

Scalæ speculatoriæ. Especie de carretilla con un entablado enclavado en la cumbre, sobre la que un soldado era puesto con funciones de observación.

Scandia. Nombre dado por los romanos a Escandinavia.

Scorpio. Máquina de guerra que lanzaba flechas.

Scutum. Escudo.

Secutor. Tipo de gladiador al uso entre los espectáculos romanos.

Sesquiplicarius, pl. sesquiplicarii. Suboficial con salario una vez y media mayor que un soldado raso.

Sestercio. Valor del sistema monetario romano. En época de Augusto, era de latón, pesaba entre 25 y 30 gramos y equivalía a cuatro ases.

Signifer. Cada portador de un estandarte de señalización en las legiones romanas.

Signum. Estandarte de la centuria.

Skuld. De las tres nornas mitológicas, la que mira el futuro.

Sleipner. En la mitología germánica, nombre del caballo de Wotan. Tenía ocho patas, era furioso y galopaba rodeado de temibles tormentas.

Socii. En la antigua Roma, aliados itálicos.

Spatha. Espada larga utilizada por la caballería romana.

SPQR. *Senatus Populusque Romanus*. Iniciales del Senado y del Pueblo Romano.

Spintrias. Se desconoce si estos sirvientes cortesanos en la alta sociedad romana nacieron con anterioridad al mandato de Calígula, pero es seguro que a partir de este emperador comenzamos a tener notas históricas concretas. Al parecer, tenían la misión de organizar espectáculos para las orgías de sus señores, inventando todo tipo de cópulas monstruosas y de actividades lascivas, llegando a extremos horribles que involucraban el uso de niños y niñas en los baños.

Stibium. Cosmético negro usado por los romanos a base de polvo de antimonio. Era usado para las cejas y para las pestañas, tanto por hombres como por mujeres. Era algo así como el rímel de la época romana.

Suevos. Pueblo germánico emparentado en el este con los marcómanos. Su caudillo más famoso fue Ariovist, vencido por Julio César.

Subligaculum. Especie de calzón ajustado al cuerpo con forma de faja utilizado como ropa interior que envolvía la cintura y el bajo vientre, lo más probable es que fuera de lana.

Subligar. Taparrabos de la indumentaria romana.

Sudeta, Monte. Los actuales montes Sedetes en Checoslovaquia.

Sugámbría. Nombre creado para los territorios habitados por los *sugámbríos*, en las fuentes del Lippe y del Rura.

Sugámbríos. Pueblo germánico. Todas las notas históricas que sobreviven a cerca de ellos hablan de grandes matanzas y opresiones sobre sus gentes desde las invasiones de Julio César hasta la llegada de Varus. Resulta curioso observar como, a pesar de ello, nunca fueron dominados definitivamente, y esperaron la ocasión para levantarse en armas contra Roma. Odiaban profundamente al Imperio. Surtur. Divinidad masculina de la familia de los vanes, habitante del fuego, gobernador del mítico sur que la imaginación de los germanos concibió como un mundo de fuego y gas ardiente.

Tablinum. Habitación del *paterfamilias*, especie de despacho provisto de armarios y cama.

Tahalí. A diferencia de la falcata o el gladio latino, la espada empleada por los germanos y gran parte de las tribus galas era mucho más larga, su técnica de manejo pasaba por el empleo de las dos manos, y para ser transportada requería el *tahalí*: una suerte de cinturón de cuero cruzado sobre los hombros que permitía a la espada permanecer cruzada pendiendo del mismo sobre la espalda del guerrero.

Tanfana. Uno de los muchos nombres dados a *Nerthus*.

Taunus, montes. Nombre latino que ha sobrevivido hasta la actualidad en las inmediaciones de Schwarzwald.

Téncteros. Pueblo germánico ubicado al oeste del curso del Lupia en la Edad de Hierro Prerromana.

Tessera. Tabla donde se escribe la contraseña para las guardias.

Tesserarius. Ordenanza cuya función principal era la de organizar las guardias y repartir los deberes de los soldados. Su nombre viene de la tabla que recibía cada noche y donde se escribía la contraseña para las guardias (*tessera*).

Teutoburgo. Literalmente, la ciudad de los teutones. Se desconoce la razón por la que los geómetras romanos denominaron a esta región de esa manera. Todo hace suponer que pensaron que en aquellos bosques, sierras y ciénagas habitaron en algún

momento los teutones, quienes en los tiempos de este relato, en torno al año cero, estaban establecidos mucho más al norte, al sur del Quersoneso Címbrico.

Teutones, Bosque de los. Véase *Saltus Teutoburgensis*.

Teutones. Gran pueblo germánico que protagonizó, junto a los cimbrios, la Primera Guerra de Germania entre los años 120 y 102 a. C., invadiendo suelo romano (Galia Cisalpina) hasta el valle del Po y desplazándose después hasta el norte de los Pirineos, atravesando a sangre y fuego las Galias. Fueron vencidos por Mario en Aqua Sextiae y en Arausio. A su posterior fragmentación se atribuye el nacimiento de las numerosas tribus germánicas de los ingveones, aunque no existe todavía consenso entre los arqueólogos sobre esta cuestión.

Thing. Palabra que los germanos usaron para referirse al *consejo* de una tribu, ubicado en un lugar preeminente o sagrado, al que también se referían con el mismo nombre. En Islandia, el *Thing* continuó como forma política hasta el año 1000. Forma política federal. Confederación de una o diversas tribus con un hermanamiento u origen común en la adoración de un dios, en la convivencia de vecindad, o en el dominio sobre territorios colindantes.

Thor. Tor. Divinidad a la que se atribuía el poder del trueno y del rayo. Perteneciente a la familia de los ases, ha quedado caracterizado como un guerrero pelirrojo de fuerza descomunal cuyo martillo, Mjöllnir, era capaz de abatir cualquier objetivo tras ser lanzado por su señor. Se consideraba que el rugido de las tormentas era el ruido de las ruedas de su carro, tirado por inmensos machos cabríos a los que podía asar y devorar, para volver a resucitarlos después a su antojo.

Thorsberg. Acantilados suecos con una altura de más de mil metros sobre el nivel del mar. Son considerados por la tradición uno de los altares del dios Thor.

Thule. Isla mítica entre los pueblos germánicos, de la que encontramos referencias veladas en los navegantes latinos y griegos. Podría tratarse de Islandia, aunque esto no ha sido demostrado.

Tiberis. Actual río Tíber.

Tíbocos. Pueblo de la confederación de los galo-germanos *belgæ*.

Toga picta. Véase *triunfo*.

Toga trabea. Toga que vestían los *augures* (véase voz) y los pontífices. Tenía una orla púrpura y rayas alternas de color rojo y púrpura. Cicerón la llamaba la toga de los «colorines».

Toga pulla. Toga del luto, tejida con una lana teñida de negro.

Toga virilis. *Toga de la virilidad.* Se trataba de la toga alba o pura, que era blanca y lisa, aunque probablemente tenía un color tirando a amarillo, que la diferenciaba de la *toga candida*, la toga que vestían los *candidatos*, blanqueada al sol y espolvoreada con cal.

Tormenta. En latín, vocablo que definía un conjunto de máquinas de guerra que

acompañaban a ciertas legiones en aquellos asedios o incursiones que así lo requerían. Comprendían el conjunto de balistas, catapultas, escorpiones y onagros de toda índole.

Trágula. Pequeño venablo impulsado por un látigo que era capaz de lanzarlo a gran distancia.

Tréveros. Pueblo de la confederación de los galo-germanos *belgæ*.

Triarii. Unidad del ejército romano equipado con corazas y largas lanzas.

Tribulus. Arma defensiva para evitar cargas enemigas, consistente en cuatro brazos de madera o metal con las puntas afiladas y endurecidas al fuego, y atadas de modo que cayese como cayese siempre se encontraba una punta hacia arriba. Se colocaban en fosos cubiertos por enramadas, con objeto de proteger una frontera o un campamento de los ataques de caballería.

Tribuni angusticlavii. Tribuno de la orden ecuestre.

Tribuni cohortes. Tribuno, oficial durante el imperio al mando de una cohorte.

Tribunus laticlavius. Tribuno de la orden senatorial, jefe supremo de los tribunos de una legión.

Tribunus militum, pl. tribuni militum. Tribuno, oficiales al mando de una legión en la época republicana, y que pasaron a ser oficiales no profesionales adjuntos de un legado durante el imperio.

Triclinium. Comedor, sala habilitada a tales usos.

Trirreme. Antigua nave romana con tres órdenes de remos.

Triunfo. En Roma, el más alto honor que concedía el Senado a un general victorioso. Después de haber sido aclamado *imperator* por las tropas, debía solicitar el *triumfo* al Senado, pues solo él podía aprobarlo, aunque a veces tenía potestad para aplazarlo sin justificación. Consistía en un impresionante desfile con un itinerario bien trazado de antemano desde la Villa Pública del Campo de Marte pasando por la Porta Triumphalis, el Velabrum, el Fórum Boarium y el Circo Máximo, y dirigirse más tarde por la Vía Sacra del Fórum hasta concluir en el monte Capitolino, a los mismos pies de la escalinata del Templo de Júpiter Optimus Maximus. El triunfador entraba vestido con la *toga picta*, que era completamente púrpura, ribeteada en hilo de oro y a veces con dibujos bordados que sugerían las gestas del vencedor, seguido por su escolta de lictores, y ofrecía al dios supremo los laureles de la victoria. Más tarde daba comienzo una gran fiesta que, según las ocasiones, podía incluir a buena parte del pueblo romano.

Triumphator. General por el que se celebraba un *triumfo* (véase), o que lo obtenía.

Tuisto. El más antiguo nombre del principal dios germánico.

Turma. En el ejército romano, unidad básica de caballería compuesta por treinta y dos jinetes bajo el mando de un decurión.

Úbios. Pueblo germánico deportado por Roma, con el que fundó Colonia Agrippina,

hoy conocida como Colonia.

Uro. Bisonte europeo. Prácticamente extinguido en la actualidad, sólo habitan algunos ejemplares en el Cáucaso. Los historiadores latinos escriben que en los tiempos de Augusto estaban muy extendidos por Hispania, Galia y Germania. Destacaban su combatividad, que para algunas tribus bárbaras se convertía en seña de identidad. Los combates a caballo y la caza del uro formaban un ritual iniciático obligatorio para la casta guerrera de ciertas tribus germánicas y celtas.

Usípetos. Pueblo germano emparentado con las stirpes sugámbricas y brúcteras. Habitaba las orillas del Ems.

Vae victis! ¡Ay de los vencidos! Famosa frase atribuida a Breno (véase arriba), régulo de los galos que sitiaron Roma durante seis meses en el año 390 a.U.c. Breno acuñó esta expresión cuando los romanos se quejaron de que las pesas con las que se calculaba el rescate, fijado en mil libras de oro, estaban falsificadas, a lo que el galo respondió con la popular frase añadiendo su espada sobre las pesas. Con ésta se quiere decir que el vencido no está ya en posición de negociar con el vencedor y que ha de respetar sus reglas, por desventajosas que le parezcan, así como mostrarse agradecido por no tener que lamentar mayores quebrantos. Véase *dia nefas*.

Valquiria. Divinidad germánica o mujer de origen noble o preeminente entre las tribus germánicas, escogida por Wotan para acompañarlo en el campo de batalla. Vienen a ser una proyección de la voluntad absoluta, o el arbitrio simbólico del dios supremo. Era su cometido avistar a quienes debían morir en la lucha, y los trasladaban una vez caídos sobre sus corceles nubosos hasta el paraíso de los guerreros. Allí amenizaban la eterna reunión y escanciaban el hidromiel sagrado, algo así como el equivalente a la ambrosía y el néctar jovianos del panteón nórdico.

Vándalos. Pueblo germano en el este, emparentado con los godos. Vivían en los valles del actual río Oder.

Vanes. Germ. *Vanir*. Familia de divinidades cuyo culto era anterior al de los *ases*, y por lo tanto carentes de personificación humanizada. Se les atribuye a cada una el poder de alguna fuerza de la naturaleza en sentido abstracto o muy general. La tierra, la fertilidad, el cielo, las nubes, los bosques. Poco a poco se convertirán en el escenario de fondo mítico-mágico sobre el que se proyectarán las humanizaciones divinas propias de las edades de los metales.

Vangiones. Pueblo perteneciente a la confederación de los galo-germanos conocidos como *belgæ*.

Vélites. Legionarios romanos más ligeros y jóvenes, y también más inexpertos, que cargaban con el *pillum* y el gladio.

Vellum. Conjunto de telas bastas con las que se cubrían las gradas de los anfiteatros durante la celebración de espectáculos.

Venado. Espectáculo en forma de cacería que se ofrecía a los públicos de Roma. Las

venatio eran la expresión más antigua de los juegos, y trataban de simular batallas y cacerías. Con el paso del tiempo, las *venatio* se convirtieron en auténticas matanzas y exhibiciones de violencia.

Vercellæ. Actual ciudad de Vercelli.

Vestales, vírgenes. Vesta, la diosa del fuego y del hogar, disponía de un importante templo en el Fórum de Roma que era regido por el colegio de sacerdotisas conocidas como vírgenes vestales. Eran dieciocho, y sólo después de treinta años podían casarse, lo que suponía un alto honor para los elegidos. Vivían en la misma casa pública que el pontífice máximo, en una zona aparte. Eran seleccionadas entre los tres y los diez años de edad. Disponían de privilegios tales como una mayor independencia que las mujeres normales, puestos privilegiados en la celebración de los juegos, moverse en litera por la ciudad y administrar sus propios bienes sin la *pater potestas*. Entre sus obligaciones estaba la de cocer el pan sagrado para las ceremonias más importantes, así como tomar parte activa en los sacrificios del estado. Eran inviolables, y su sangre jamás debía ser vertida, pues se considerada signo de gran fatalidad; por ello si alguna de ellas rompía su voto de castidad era muerta por estrangulación, evitando que se derramase su sangre, en el Campus Sceleratus, tras la Muralla Serviana, o bien era encerrada en una cámara subterránea tapiada. Al amante se le azotaba hasta la muerte en el Comitium.

Vetera Castra. Actual ciudad de Xanten.

Vexilla. Estandarte con el nombre de la legión o unidad.

Vexillarius, pl. vexillarii. Portaestandarte que portaba el vexilla.

Viadrus. El actual río Oder (a partir del eslavo *odra*).

Vicessima galliarum. Modalidad de impuesto cobrado por Roma en las Galias durante el mandato de Augusto.

Vindélicos. Pueblo de la confederación de los galo-germanos conocidos como *belgæ*.

Vindobona. La actual Viena.

Vinea. Estructuras fijas que se utilizaban para la protección de los soldados en un asedio.

Vindonissa. Actual ciudad de Windisch.

Visurgis. El actual río Wesser.

Vomitorium. Habitáculo provisto de cubas o de agua corriente que, en las villas de la alta sociedad romana, era usado para uso de los comensales que asistían a un gran banquete, con objeto de forzar el vómito y recuperar el hambre, y así poder continuar comiendo hasta un nuevo estado de saciedad. Hubo varias leyes, como la Licinia, que trataron de prohibir esta corrupción de las buenas costumbres antiguas, pero el auge de la riqueza y la influencia de oriente eran tales, que fue imposible poner freno a los excesos de Roma.

Wabnum. Término germano, ancestro del al. *Waffen*. *Armas*.

Walhall. Según la mitología germánica, la gran sala sobre los montes de Asgard en la que Wotanc cobijaba a sus héroes. Se decía que sus techumbres estaban recubiertas de escudos, y que las valquirias servían el hidromiel a los héroes que aguardaban el Ocaso de los Dioses.

Wotan (Wottan, Wuotanc, Wodden, Wodan). Del verbo germ. *wuodden, rabiar, encolerizarse*. Nombre del dios supremo de la guerra, ídolo de los seres humanos, y patriarca de los ases. Filológicamente J. Grimm lo emparentó en su *Mitología Alemana* con la cualidad más apreciada del guerrero: la cólera. Véase *furor teutonicus*.

Wulfmunda. Aldea natal de Arminius. Es nombre creado por este autor, a partir de la raíz germánica *wulf, lobo*, y del al. *mund* en su forma antigua germ. *munda, boca, guarida, protección, cerco: boca del lobo, cerco del lobo*, por ser el centro de reuniones de los clanes del lobo negro, de los que procedía Arminius, y, en mitología, la estirpe familiar de Sigfrido. De cualquier modo, a este destino venían a confluír muchas razones mitológicas. Se considera que Arminius fue el referente histórico del que surgió el cuento mitológico de Sigfrido, y a la familia de Sigfrido se le atribuía un origen divino, y se le conocía en las sagas relativas como la familia de los *Welsingos*, o *Volsungos*, en al. *Wolfsungen: los lobatos, los cachorros del gran lobo*, que vendría a ser el progenitor de toda la estirpe, Wotan-Odin. No es de extrañar que muchas tribus germánicas se atribuyesen un origen espiritual-natural (véase *Berserker*) en el lobo, el oso, el ciervo... todos ellos animales cazadores-recolectores, en igualdad de condiciones económicas que el hombre en la Edad de Piedra, época por lo demás incierta en la que tuvieron origen todos estos oscuros mitos.

Yugurta. Rey de Numidia (160-104 a. C.). Durante varios años sostuvo una guerra contra Roma, en la que resultó vencido.

Zankrist. Es nombre inventado por el autor. A partir del alemán *zank, disputa, pendencia*, y de *rist, rüst, armadura (Waffenristung), coraza (Ristung)*, que a su vez en germ. ant. significa *tumulto, estruendo. Zank+Rist*.

Ziu. Nombre antiquísimo de la tradición mitológica germánica. Jacob Grimm, en su *Mitología Alemana*, lo emparenta con Irminur a modo de divinidad del cielo. Hermano de Tuisto, a veces es confundido con él. Junto a éste, forma la primitiva unidad votiva del arquetipo Wotan-Odin.



ARTUR BALDER (Alicante, 1974). A principios de los años 90 se trasladó a Valencia para emprender estudios de historia, filología germánica y periodismo, además de continuar la formación musical en el conservatorio de la ciudad. Fue allí donde empezó a trabajar como redactor de cultura en el diario Las Provincias. Colaboró como crítico de música clásica en revistas especializadas como Scherzo y otras publicaciones de la Generalidad Valenciana dedicadas al Palau de la Música de Valencia.

Es el autor, entre otras novelas, ensayos y escritos poéticos, de la Saga de Teutoburgo, la obra de ficción más extensa que se ha dedicado al líder germano Arminio el Querusco. Autor y cineasta de renombre internacional, su obra literaria ha cruzado las fronteras con numerosas traducciones. Su trabajo como ensayista ha encontrado fiel reflejo de su concepción del heroísmo en sus obras narrativas, dedicadas a figuras históricas semilegendarias, nunca exentas de una intensa reflexión sobre la naturaleza humana y la condición de la libertad, características esenciales de su concepción de la historia.

Artur Balder ha recibido el premio “Obra de Arte Total 2013” de la Asociación Wagneriana otorgado a su conjunto de novelas “Tetralogía de Teutoburgo”, y también ha recibido el “Premio Bicentenario Richard Wagner 2013” en reconocimiento a su carrera.

En el año 2008 emigró a los Estados Unidos, estableciéndose en la ciudad de Nueva York. A partir de este momento su producción literaria fue complementada

con estudios de cine y producción, proceso de formación que finalizaría en el año 2010 con la realización de los documentales sobre la emigración española a la ciudad de Nueva York, con películas como *Little Spain: a Century of History* y *Little Spain: 14th Street Tales*. El documental *Ciria pronounced Thiria* será estrenado el próximo 29 de mayo de 2013 en Estados Unidos por el Museum of Modern Art (MoMA) de Nueva York en 2013.